ESTALLA LA FURIA DE ROMA

GOBERNADOR IMPERIAL

George Shipway

La historia del general romano que lideró las legiones de Nerón contra los antiguos britanos.

Año 59 d. C. El imperio gobernado por el joven Nerón está al borde de la bancarrota y los ávidos ojos del emperador se posan en Britania; nombra gobernador de la provincia a Suetonio Paulino, famoso general curtido en las campañas de Mauritania. Enviado a la isla para conquistar las minas de oro y otros metales necesarios para salvar al Imperio, Paulino tendrá que enfrentarse a la furia de las tribus britanas unidas bajo el liderazgo de la reina Boudica.

La revuelta contra el yugo romano se extiende por toda la provincia, llegando incluso a alcanzar a la floreciente Londinium, que es arrasada y sus habitantes asesinados. Pero el verdadero enemigo del gobernador está en Roma: las intrigas acechan, los favoritos caen, y Paulino tiene que conseguir el oro y sofocar la rebelión sin incurrir en la ira de un Nerón cada vez más imprevisible.

Una trepidante historia de campos de batalla y conspiraciones políticas, de dos civilizaciones enfrentadas en las brumas de una tierra legendaria.

George Shipway

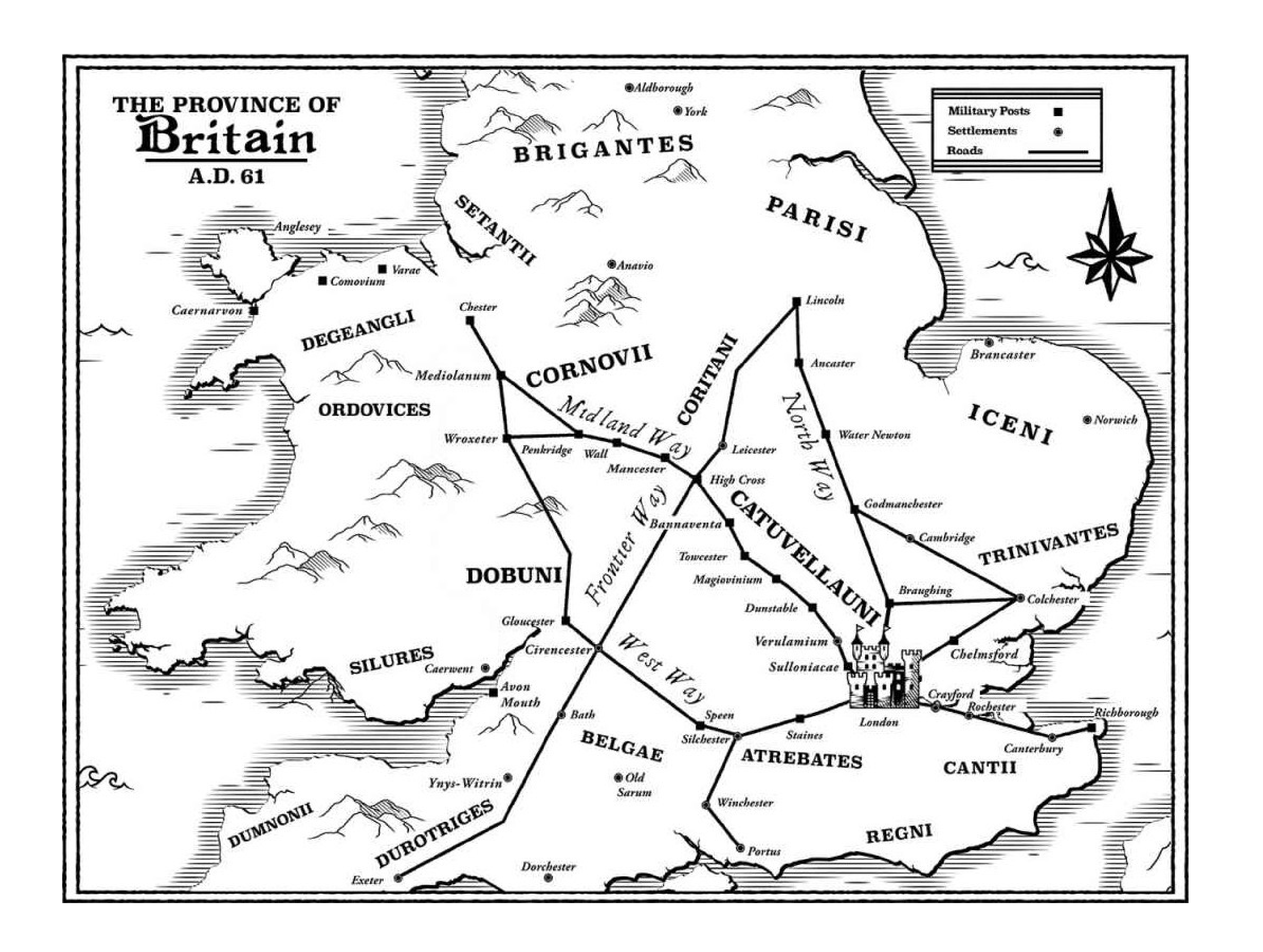
Gobernador Imperial

ePub r1.0
Titivillus 09.03.2020

Título original: *Imperial Governor*
George Shipway, 1968
Traducción: Núria Gres

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1


Para Lorna



THE PROVINCE OF
Britain
A.D. 61
Military Posts
Settlements
Roads
BRIGANTES
PARISI
ICENI
TRINIVANTES
CATUVELLAUNI
CORITANI
CORNOVII
SETANTII
DEGEANGLI
ORDOVICES
DOBUNI
SILURES
BELGAE
ATREBATES
REGNI
CANTII
DUROTRIGES
DUMNONII
North Way
Midland Way
Frontier Way
West Way
Aldborough
York
Anavio
Anglesey
Varae
Comovium
Caernarvon
Chester
Mediolanum
Wroxeter
Penkridge
Wall
Mancester
High Cross
Leicester
Lincoln
Ancaster
Water Newton
Godmanchester
Cambridge
Brancaster
Norwich
Braughing
Colchester
Chelmsford
Bannaventa
Towcester
Magiovinium
Dunstable
Verulamium
Sulloniacae
London
Crayford
Rochester
Richborough
Canterbury
Staines
Speen
Silchester
Winchester
Portus
Gloucester
Cirencester
Caerwent
Avon Mouth
Bath
Old Sarum
Ynys-Witrin
Dorchester
Exeter

TOPÓNIMOS

Anderitum	Pevensey
Belerium	Land's End
Branodunum	Brancaster
Caesaromagus	Chelmsford
Calleva Atrebatum	Silchester
Camulodunum	Colchster
Causennis	Ancaster
Corinium	Cirencester
Damnonium	Lizard, península
Deva	Chester
Dubris	Dover
Durnovaria	Dorchester
Durobrivae	Rochester
Durobrivae	Water Newton
Durocobrivis	Dunstable
Duroliponte	Cambridge
Durovernum	Canterbury
Durovigutum	Godmanchester
Eboracum	York
Gesoriacum	Boulogne
Glevum	Gloucester
Hibernia	Irlanda
Isca	Exeter
Isirium Brigantum	Aldborough
Lactodorum	Towcester
Letocetum	Wall
Lindum	Lincoln
Londinium	Londres
Mandressedum	Mancetter
Massilia	Marsella
Mona	Anglesey

Mona	Anglesey
Mutina	Módena
Noviomagus	Crayford
Pennocrucium	Penkridge
Pontibus	Staines
Ratae Corieltauvorum	Leicester
Rhenus	Rin, río
Rutupiae	Richborough
Sabina	Severn, río
Sabis	Sambre, río
Segontium	Caernarvon
Sorviodunum	Old Sarum
Spinae	Speen
Tamesa	Támesis, río
Venonis	High Cross
Venta Belgarum	Winchester
Venta Icenorum	Norwich
Venta Silurum	Caerwent
Viroconium	Wroxeter

PRÓLOGO

Junio, 68 d. C.

Nerón ha muerto.

Llevaba años completamente loco y era odiado por todos los miembros de la orden senatorial, pero yo debo recordarlo como a un amigo. Me permitió vivir cuando podía haberme matado fácilmente.

Ahora puedo sacar de debajo de las baldosas de mi biblioteca los papeles que llevo seis años escribiendo y, después de arreglar una frase aquí o allá y de pulir un fragmento o dos, enviarlos a las oficinas de copistería para ser publicados. Arriesgué mi vida escribiendo este libro mientras Nerón aún vivía; si él hubiera sabido de su existencia, hoy estaría muerto.

Era el último de la dinastía Julia. Ahora puedo contar la verdad; una verdad que ayer era traición.

¿Quién soy?

Hace ocho años, el nombre de Gayo Suetonio Paulino era conocido por todos los romanos desde el Rhenus al Nilo, desde el Éufrates al Sabrina, como el de uno de los más grandes generales del mundo. Un año después, tras llevar a su ejército a la victoria más famosa de los tiempos modernos, fue destituido del mando y relegado en silencio a la vida privada.

Yo soy aquel hombre.

Nerón nunca me dio una razón; rara vez se molestaba en dar explicaciones. Los rumores y especulaciones abundaron; más tarde, el asunto se olvidó, y el mundo en general solo vio a un hombre que había llegado a ser famoso, y tal vez demasiado poderoso, privado de su eminencia y descartado. Ese tipo de hombres no suele vivir mucho en nuestros tiempos. Pero Nerón siguió demostrándome su favor y se conformó con hacer que me vigilaran para asegurarse de que mi reacción a la humillación pública no me empujaba a la conspiración.

No soy un héroe; tampoco temo demasiado a la muerte, pero no quería morir. Viví rodeado de espías durante aquellos años, espías que observaban e informaban, siempre escuchando a la espera de una palabra descuidada que

pudiera interpretarse como traición, buscando asociaciones con hombres desafectos. Tuve mucho cuidado. Pasaba casi todo mi tiempo en Roma, pero vivía retirado, asistiendo a las sesiones del Senado solo cuando era necesario, y votando exactamente como deseaba Nerón. Había que ser muy valiente para actuar de otro modo. Daba algunas fiestas, invitando solo a personajes ejemplares a ojos de Nerón. Fue una tarea dura para un hombre de mi rango y mi familia. Mis supuestos amigos eran financieros, timadores, proxenetas, prostitutos de ambos sexos, eunucos, libertos y algunos patricios que, como yo, estaban decididos a sobrevivir. Veía a Nerón con frecuencia; siempre se mostraba afable, y en su presencia olvidaba a menudo cuán inestable y peligroso se había vuelto.

La degradación tuvo su recompensa. Poco después del Incendio, retiró los espías; pero la precaución se había convertido en un hábito, y me esforcé por no alterar mi comportamiento. Al año siguiente, Nerón me dio un Consulado como premio por mi buena conducta y en reconocimiento al hecho de que finalmente había decidido que era inofensivo. Al finalizar mi mandato fui a verle y le pedí permiso para retirarme a mi finca en el campo, afirmando que el peso de mis cincuenta y cuatro años era un obstáculo para desempeñar correctamente un cargo público. Me lo concedió alegremente.

Ahora ya no hay necesidad de ocultar nada. Puedo quedarme aquí sentado en paz, contemplando las verdes colinas al otro lado de mis viñedos y olivares, y hablar con franqueza de aquellos caóticos meses en Britania que coronaron y acabaron con mi carrera como soldado. Gran parte de este libro trata de la guerra o de los preparativos para la guerra. Por encima de todo, soy un soldado, empapado en las costumbres y tradiciones militares durante muchos años, desde mi primera campaña como joven tribuno en las lejanas montañas de Mauritania. A la política, que al final significó mi ruina, le presté menos atención de la que hubiera debido. Durante mi ascenso por la escala senatorial, se dijo de mí que era ambicioso. Cierto; pero mi ambición se limitaba al campo de batalla, a la persecución de la gloria militar. Otros de mi Orden, participantes en la misma carrera, dedicaron sus energías al derecho o a la política, prestando solo el servicio militar mínimo requerido y buscando, a la postre, la misma recompensa. Querían una provincia, preferiblemente que fuera pacífica. ¿Qué clase de hombre quiere gobernar una provincia *pacífica*?

Ahora puedo explicar lo que realmente ocurrió, y mostrar al mundo cómo el gran Suetonio Paulino, senador, cónsul y gobernador de Britania, descendió hasta convertirse en Suetonio Paulino, senador, dos veces cónsul, lacayo de un César decadente y compañero de sus obscenas amistades; y todavía peor,

en Suetonio Paulino, un soldado viejo y acabado escribiendo memorias de campañas antiguas y confusas.

Aquí está, pues; la historia de un fracaso contada con sencillez, sin ornamentos ni trucos retóricos. Tened la amabilidad de intentar comprender mis dificultades y juzgarme con benevolencia.

LIBRO PRIMERO

LA SIEMBRA

Octubre, 59 d. C. - Febrero, 61 d. C.

CAPÍTULO 1

«*Asumid los honores que en justicia corresponden a vuestro mérito*».
HORACIO

1

No estaba en Roma cuando el Senado recibió la noticia de que Veranio Nepos, gobernador de Britania, había muerto. Los habituales rumores de desastre siguieron al anuncio, hasta que un comunicado urgente de Palacio reveló que había muerto en su cama, en Londinium, de una congestión pulmonar y no, como se había supuesto, bajo los carros de guerra de un ejército siluro victorioso.

Poco después, un mensajero se presentó en mi cuartel general de la Germania inferior, donde acababa de asumir el mando, para llamarme con urgencia a Roma. Era natural que una llamada inmediata de aquel estilo, incluso en los primeros días del gobierno de Nerón, causara cierta inquietud en el destinatario. Mi conciencia estaba limpia; mis relaciones con el Príncipe eran excelentes y mis especulaciones no fueron demasiado pesimistas durante el viaje de regreso. En Roma me enteré, por unos amigos, de la muerte de Veranio, e hice ciertas deducciones furtivas y excitantes con respecto a mi futuro. Me apresuré a pedir audiencia en el Palacio; el Palacio antiguo, no la Casa Dorada.

El Príncipe me recibió. Estaba sentado a la cabecera de una larga mesa de mármol, con Sexto Afranio Burro, prefecto del Pretorio a su derecha, Lucio Anneo Séneca a su izquierda, y Claudio de Esmirna, responsable de Finanzas, en pie junto a él. Su silla estaba rodeada de tribunos de la Guardia; había un soldado en cada puerta, y varios escribanos, cargados de pergaminos, llenaban el fondo de la estancia. Aquellas personas eran, a todos los efectos, el gobierno de Roma y sus dominios; los senadores no éramos más que los portavoces de las decisiones tomadas en aquel Consejo, no oficial pero todopoderoso.

Nerón me saludó con todo el encanto de la dinastía Julia, me hizo algunas preguntas sobre la Germania Inferior y hasta se disculpó por la urgencia de la llamada. Entonces me señaló una silla y fue al grano.

—Sin duda habrás oído que Veranio ha muerto en Britania —dijo.

—Sí, César —contesté—. Lo lamento. Era un buen oficial y un buen servidor de Roma. Lo conocí cuando era gobernador de Licia.

—Un buen hombre. Pero un soldado más teórico que práctico. Un gran escritor sobre temas militares. No consiguió gran cosa en Britania, aunque sus intenciones eran bastante ambiciosas. Acabamos de ver su testamento; ha llegado en la última remesa de despachos.

Esperé. Aquello no significaba nada para mí. Nerón se tiró pensativamente del labio inferior.

—Veranio pensaba que podría conquistar Britania, toda Britania, en dos años. Se pasó el único año de su mandato luchando contra los… ¿cómo se llaman? Los siluros, igual que Galo y Escápula antes que él, y con el mismo resultado. Nunca llegó a ninguna parte.

—¿Cuáles eran sus instrucciones, César? —pregunté en voz baja.

—Sus instrucciones eran someter Britania hasta el norte, donde habita la tribu de los… —Frunció el ceño. Hizo una pausa, tartamudeó y Burro murmuró una palabra—. ¡Esos nombres bárbaros! Los brigantes. Llegar hasta el país de los brigantes por el norte y hasta el mar por el oeste. Era todo lo que pedía. Y todavía lo pido.

Los ojos saltones y azules de Nerón me miraron a la cara sin afecto, buscando, a través de la carne y el hueso, la calidad del hombre que había debajo. Permanecí muy quieto. En sus años buenos, fue un gran gobernante.

—¿Sabes algo de Britania? —espetó.

—Nada, César, aparte de lo que puede saber cualquier hombre educado de Roma.

—Bien. Entonces Burro y Claudio pueden informarte sobre el desorden y los desastres que están ocurriendo en aquella provincia. Necesitarás saberlo, porque voy a enviarte allí como gobernador para que arregles las cosas.

Me levanté, me cuadré y le agradecí formalmente el honor. Nerón sonrió.

—Espero que todavía me lo agradezcas cuando sepas a qué te enfrentarás. Escucha con atención. Burro, que salga todo el mundo. Esto es confidencial.

Los funcionarios desaparecieron de la habitación sin más demora. Los guardias se quedaron. El Príncipe me mostró un documento.

—Esto —dijo—, es el último informe financiero de Britania. Ahora no entraremos en detalles; Claudio puede tratarlos contigo en otro momento. Los

totales son lo más importante. Mira.

Me pasó el papiro. Estudié las columnas, bastante desconcertado. Claudio acudió a mi lado y pasó un dedo delgado por una hilera de cifras.

—Durante el último año —dijo Nerón—, los costes de administración, fuerzas de ocupación, armada, préstamos y todo lo demás excedieron la producción de la provincia en mil millones de sestercios. ¡Mil millones! El año anterior fueron quinientos millones, y lo mismo el anterior.

Golpeó el mármol con el puño.

—Esto no puede seguir así. Esa provincia está desangrando a Roma. Tenemos otras provincias caras; pero ninguna cuesta tanto como Britania. —Se inclinó, con los codos sobre la mesa y las manos entrelazadas frente a él—. Tenía la intención de retirar a nuestro ejército y a nuestros funcionarios del país, de abandonarlo por completo. Séneca me disuadió.

Se volvió hacia su antiguo tutor y sonrió algo maliciosamente.

—Seguí su consejo, aunque creo que tiene ciertas razones especiales para dármelo, y envié a Veranio con sus órdenes. Esta iba a ser la última oportunidad de Britania; si Veranio fracasaba, evacuaríamos.

Nerón hizo una pausa y frunció el ceño frente a sus manos entrelazadas.

—Veranio hizo muy poco durante el escaso tiempo que tuvo; pero sabía distinguir las situaciones militares y no era un estúpido. Pensaba que podría conquistar Britania en dos años. Yo creo que puede hacerse. —Me miró—. Creo que tú puedes hacerlo.

Incliné la cabeza.

—Si tú lo crees posible, lo haré, César.

—Una promesa precipitada, Paulino —dijo Nerón—. Tú mismo has dicho que sabías muy poco sobre Britania. Escucha. El país es rico en minerales: hierro, cobre, plomo y estaño. También hay oro. Recibimos una parte de esos metales, pero no la suficiente. ¿Por qué? Porque llevamos dieciséis años en Britania y todavía no hemos conquistado ni la mitad del país. ¡Dieciséis años, y el divino Julio sometió a toda la Galia en ocho! Las minas más ricas continúan fuera de nuestra zona de ocupación. No hemos hecho ningún esfuerzo serio por expandir la conquista desde la muerte del gobernador Escápula hace siete años. Durante siete años no ha habido operaciones a gran escala, nada más que escaramuzas fronterizas. En consecuencia, hemos capturado pocos prisioneros, y la mano de obra, incluso para las minas que operamos, resulta ahora insuficiente. De modo que los ingresos caen constantemente.

Nerón empujó su silla hacia atrás y se puso en pie. Todos nos levantamos con él.

—Voy a enviarte a Britania, Paulino —dijo claramente—, para hacer la guerra. He examinado la situación actual, todos los informes de la provincia, y he decidido qué operaciones debes emprender. No las encontrarás demasiado difíciles. Burro y Claudio te harán llegar las directrices y toda la información que necesites. —Hizo una pausa, como si meditara, y continuó con una voz no exenta de amenaza—: Si tienes éxito, tu reputación no tendrá rival en mis ejércitos. Si fracasas, habrás perdido una provincia.

2

El mes siguiente fue muy turbulento. Recuperé todo el mobiliario, equipaje personal y sirvientes enviados a la Germania Inferior cuando esperaba residir en aquella provincia durante tres años, y los arreglé y aumenté de acuerdo con el esplendor que corresponde a un gobernador de Britania. Tuve que organizar una caravana considerable de carros, carretas y animales de tiro para el transporte por la larga ruta a través de Italia y Narbona hasta la costa belga. Como estábamos en octubre, había decidido no viajar por mar hasta Massilia. Los despachos partieron hacia los puestos militares a lo largo de la calzada, de modo que pudiera prepararse la escolta necesaria para cada etapa del viaje. Mi familia se quedaría en Roma; las instrucciones de Nerón, junto a lo que había oído sobre el clima y las condiciones de Britania, predecían que sería mejor que mi vida allí estuviera libre de ataduras domésticas.

Pocos días después de mi entrevista, el Senado celebró una sesión y, por segunda vez en seis meses, me entregó el gobierno de una provincia junto con el pergamino dorado que era el símbolo de mi cargo. La ceremonia revistió toda la pompa y solemnidad propias de una época anterior, cuando los procónsules de Roma eran realmente escogidos por los Padres en Consejo, y solo respondían ante ellos. El resultado práctico de la ceremonia oficial fue un diluvio de peticiones de puestos en mi personal para los parientes y amigos de los senadores. Casi todos los candidatos eran tribunos de medio año: jóvenes que abarrotarían mis oficinas civiles y las tiendas de mi cuartel general durante seis meses, sin aprender nada y trabajando lo mínimo, antes de irse a algún otro lugar a proseguir con sus carreras. Podía haber conseguido toda una cohorte si hubiera aceptado a todo el mundo. Sin embargo, servían para desempeñar ciertas funciones administrativas menores pero necesarias, y su

servicio sería breve, de modo que elegí a una docena de los mejores tras entrevistar personalmente a cada uno de ellos y revisar con detalle sus hojas de servicios y credenciales. También había un tribuno «de galón ancho», que iba a cumplir su año de servicio con la Novena Legión, y tres hombres «de galón estrecho» a punto de empezar sus carreras militares como prefectos de cohortes auxiliares.

Pude ahorrarme el coste de una compañía de gladiadores, actores y bailarines para entretenimiento de los habitantes de mi provincia. Nerón había promulgado un edicto, solo dos años atrás, que prohibía a los gobernadores organizar espectáculos de gladiadores, bestias salvajes o similares en sus provincias, teóricamente para evitar el despilfarro. En realidad, Nerón era muy apreciado en aquel momento, tanto en Roma como en las provincias y, para ser justos, creo que no fueron los celos lo que provocaron aquel edicto sino una genuina preocupación por el bienestar de sus súbditos. Los espectáculos caros podían ser una especie de soborno para evitar que un gobernador fuera acusado ante el César de mala administración o prácticas corruptas.

Entre aquel ajetreo, encontré tiempo para estudiar casi todos los libros escritos sobre Britania, desde Piteas, Diodoro Sículo y Estrabón, hasta los despachos del divino Julio y la crónica del divino Claudio sobre su breve visita. Además, investigué en los archivos del Senado y leí los despachos de los sucesivos gobernadores. Naturalmente, eran poco más que crónicas que contenían información de interés general; todos los asuntos confidenciales se circunscribían a cartas enviadas directamente al Príncipe o su Consejo. A partir de estas fuentes, y de los mapas de la provincia conservados en Palacio, obtuve una imagen bastante detallada de la tierra que, durante mis tres años de mandato, tendría que pasar de ser una carga económica a un cuerno de la abundancia.

Flavio Vespasiano estaba en Roma en aquella época, haciendo preparativos similares a los míos antes de partir para África como procónsul. Durante una sesión del Senado lo induje a hablar sobre sus experiencias en Britania a lo largo de la Conquista. Todo el mundo conoce su campaña relámpago por el sur de Britania con la Segunda Legión; esperaba conseguir su opinión personal sobre la calidad y los métodos del guerrero britano. No me dijo gran cosa.

—¿Cómo luchan? —gruñó—. Muy bien, para ser salvajes. Más valientes que ninguna otra raza que conozca. Más duros. Buena forma física. Cógelos en campo abierto y no tendrás problemas. No tienen disciplina. No conocen la

táctica. Atacan en masa. No saben maniobrar. No llevan armadura. Lánzales las jabalinas y luego ataca. Pero es difícil. No ceden fácilmente.

Traté de comprender todo aquello. El talento militar de Vespasiano, indudablemente brillante, no se corresponde con su facilidad de conversación.

—¿En qué condiciones luchan mejor? —pregunté.

Se rascó el cabello, gris y escaso.

—Hay que cogerlos en campo abierto. Si no, siempre tendrás problemas. Se encierran en fuertes en las colinas. Muy difíciles. Recuerdo un lugar que capturé con la Augusta, Durnovaria, lo llaman ahora. Tremendo fuerte. Tres líneas de fosos. Atacamos todo el día. Muchas víctimas. Lo capturamos por la tarde. El combate más duro de la campaña.

Lo dejé correr. Vespasiano estaba desfasado; las condiciones en Britania habían cambiado desde su época. Sabía que casi todos los fuertes de las colinas en las zonas ocupadas habían sido abandonados; habían perdido su utilidad cuando el país se pacificó y las tribus dejaron de guerrear entre ellas. Los fuertes todavía coronaban las colinas, con sus murallas en ruinas llenando lentamente los fosos y las empalizadas saqueadas en busca de madera y leña. Sus antiguos habitantes, animados por el gobierno provincial, se habían trasladado a vivir a pueblos y ciudades abiertos.

—He oído que vas a Britania —siguió rezongando Vespasiano—. Un país repugnante. Húmedo. Es mejor África. Seco y caliente. Podré hacer algo de dinero.

Aquella última observación era imprudente, por decirlo suavemente. Sabía que Vespasiano tenía problemas económicos; unas inversiones desafortunadas lo habían reducido casi a la penuria y los chismosos de la ciudad afirmaban que Nerón le había dado el puesto en África para ayudarlo en un momento difícil. Pero los buenos tiempos en los que un gobernador podía conseguir una fortuna en su provincia habían terminado. El propio Nerón había endurecido la normativa existente e introducido edictos nuevos que dificultaban la corrupción en el gobierno provincial, aunque no la hacían imposible. Además, se animaba a los habitantes de las provincias a presentar quejas oficiales en Roma ante cualquier caso de corrupción.

—Deberías tener cuidado, Vespasiano. A estos salvajes de las provincias no hay cosa que les guste más que acusar a sus gobernadores ante el Príncipe. ¿Recuerdas a Pedio Bleso, de Cirene, que fue condenado? La semana que viene juzgan a Acilio Estrabón. Eso demuestra que hay que ser precavido. Por lo que a mí respecta, solo espero acabar mi mandato sin perder dinero.

—Tendrás suerte. —Vespasiano estiró las piernas de modo poco elegante, se subió la toga hasta las rodillas y dirigió una mirada irritada a un anciano senador que estaba soltando un discurso interminable—. ¿Esperas vivir de tu salario?

—Me parece más que suficiente. Además, no es dinero lo que espero conseguir en Britania.

—Eres ambicioso, ¿eh? ¿Tienes miedo de que Corbulo te haga sombra? No te enfades, Paulino; de un hombre vulgar debes esperar comentarios vulgares, y, de todas formas, eso es lo que dice todo el mundo en Roma. —Me apoyó una mano en el hombro—. Escucha, jovencito —nos separaban exactamente cinco años—, tu carrera y la mía hasta el momento han sido muy parecidas. Los dos muy afortunados desde muy pronto. Tú, en Mauritania. Yo, en Britania. Hace dieciséis o diecisiete años. Desde entonces, ninguno ha hecho gran cosa. Falta de oportunidades. Ahora los dos tenemos una ocasión. África para mí. Allí no hay guerras. Puede ser dinero fácil; me hace mucha falta. Britania para ti. Nada de dinero. Muchas batallas. Los dos contentos. Será interesante ver cómo acabamos, ¿eh?

Soltó una risita y un eructo. Lo contemplé con disgusto.

—Prefiero mis propias ambiciones, Vespasiano. Mi consejo es que vivas de tu paga, que solo aceptes sobornos pequeños y poco frecuentes, y que lleves bien las cuentas.

—¿Y? —Miró al anciano senador, que proseguía con su discurso—. ¿Cuánto tiempo más va a tenernos aquí Trasea? Bien, yo sí voy a darte un consejo útil. Vigila a los britanos de lo que llaman «zonas ocupadas». Controla a tu procurador y sus impuestos. No presiones demasiado a los nativos. Derrótalos en el campo de batalla y te respetarán. Gobiérnalos bien y hasta pueden llegar a apreciarte. Oprímelos, y tratarán de arrancarte las tripas. No estuve mucho tiempo en Britania, pero eso lo aprendí. Bien, el viejo estúpido ha terminado. Me voy. Adiós, Paulino.

En vista del resultado, a los dos nos hubiera ido mejor si hubiéramos seguido el consejo del otro.

3

Mis directrices escritas llegaron durante aquellos días. Su sentido general, aunque cubierto con toda la verbosidad y las salvaguardas de costumbre en el estilo de Palacio, concordaba con las sucintas instrucciones de Nerón. Con

ellas llegó una carta de Burro solicitándome el favor de una entrevista personal para concretar ciertos puntos de las directrices. El encuentro se celebraría en su casa y no en Palacio, lo que era poco usual; supuse que el Prefecto deseaba confiarme ciertas interpretaciones peculiares y altamente confidenciales.

Fui a verlo aquel mismo día. Cuando nos hubimos sentado, Burro despidió a todos sus escribas y asistentes.

—Espero que las directrices te hayan dejado claras las líneas generales de nuestra política, Legado —dijo.

—Bastante claras hasta el momento, Burro —asentí—. Me gustaría tener algo más de información que no está en mis órdenes y que no puede obtenerse en los archivos oficiales del Senado. Por ejemplo, conozco la misión, el número de hombres y la situación de las unidades militares en Britania, pero no sé nada de su condición, su moral o el carácter de sus comandantes. ¿Cuál es el estado de ánimo de la población en las zonas ocupadas? ¿Hasta qué punto puedo confiar en la cooperación o la neutralidad de las tribus amistosas en las fronteras? Puede que tenga que dirimir litigios relativos a los impuestos o las rentas, que no entran en mis atribuciones directas; ¿hay alguna variante local en el sistema general de impuestos provinciales? ¿Cuáles son las funciones del ejército respecto a la recaudación de impuestos? Esas son algunas preguntas. Tengo otras en mente.

—Son asuntos de detalle —dijo Burro con un toque de impaciencia—. Si haces una lista antes de partir, me ocuparé de que tus preguntas sean respondidas por los respectivos departamentos administrativos.

Empujó su silla hacia atrás, se levantó con aire cansado y recorrió la estancia. Parecía fatigado y más viejo de la edad que tenía.

—¿Qué impresión te ha producido el Príncipe? —preguntó bruscamente.

Miré por encima del hombro con inquietud.

—No tengas miedo, legado. No hay testigos ni espías. Tengo un motivo, un motivo leal, para hacerte esta pregunta.

Vacilé, y hablé con mucho cuidado.

—Es joven, solo tiene veintidós años. Lleva cinco gobernando. Casi ha conquistado Armenia, y ha mantenido la paz en todas las demás fronteras. Ha reducido los impuestos en las provincias. Al mismo tiempo, ha tratado de frenar las extravagancias en Roma. Ha aumentado la autoridad del Senado. El Estado prospera, está prácticamente en paz, y el Príncipe es popular. En la dirección de los asuntos interiores y exteriores es enérgico y competente.

Miré a Burro a los ojos y continué:

—Por lo que respecta a su vida privada y sus problemas familiares, ni yo ni ningún otro ciudadano deberíamos hablar de ellos a no ser que afecten al bienestar general. Hasta el momento, creo que no ha sido así. Es un buen gobernante, y me siento orgulloso de servirle. ¿Te he respondido?

Burro regresó a su silla y me sirvió vino.

—Sí —dijo. Suspiró pesadamente—. Hablaré con la franqueza que tú no has empleado. Todo lo que has dicho era cierto hace un año. Ahora el Príncipe está perdiendo interés por el gobierno; emplea su tiempo en ocupaciones menos arduas, y Agripina gobierna en su nombre. —Su expresión se endureció—. Séneca y yo estamos tomando medidas para solucionar esa situación.

Se contuvo y me sonrió, algo avergonzado.

—Perdona. Las indiscreciones pueden ser peligrosas, incluso entre viejos amigos. Después de tantos años, todavía hablo con demasiada franqueza para la alta política. En realidad, lo ha dicho el propio Príncipe.

—¿En qué me afecta todo eso? —dije.

La sonrisa de Burro desapareció.

—De este modo. El Príncipe ya no es coherente en sus acciones ni en su política. Hace poco deseaba abandonar Britania; hoy está empeñado en la expansión. El menor contratiempo de nuestro ejército puede volver a hacerle cambiar de opinión, cosa que sería un verdadero problema.

—Hemos perdido otras provincias. Ha habido legiones y legados derrotados. Roma sobrevive —dije.

—Cierto. Lo que tú no sabes, y espero que no lo sepa nadie más que el Príncipe, Séneca, Claudio y yo mismo, es que todo el edificio del Estado se ve amenazado, no por una invasión extranjera o una derrota militar, sino por el colapso financiero. Veo que eso significa poco para ti. Deja que te lo enseñe.

Sacó algunas monedas de su faja y las hizo resonar sobre la mesa.

—Cinco denarios. ¿Cuánto crees que valen?

—Veinte sestercios, supongo.

—Eso suponen todos los ciudadanos. Y todos los salvajes del interior de nuestras fronteras. Todos están equivocados.

Miré a Burro sin comprender. Sacudió la cabeza.

—Este asunto, y otros, te los explicará Claudio. El hecho es que el Estado es insolvente. Debemos conseguir materias primas, oro, plata, cobre y todo eso para restaurar la estabilidad. Britania es rica en metales. Te corresponde a ti conseguir el control de las minas y enviar carretas y carretas de metal a Roma. ¿Empiezas a ver cuántas cosas dependen de tu estrategia en Britania?

Traté de sacudirme una depresión incipiente.

—Por lo menos entiendo las consecuencias del fracaso. Britania será abandonada, como dejo entrever el Príncipe con sus últimas palabras. No llego a decir que sería mejor que no regresara…

—¿Pensaste que era una amenaza personal? No. El Príncipe todavía no es vengativo fuera de su círculo familiar. Ahora —añadió Burro bruscamente—, ha llegado Claudio y podrá explicarte las cuestiones financieras con más detalle. Los gobernadores no tienen que preocuparse directamente por la producción, pero la posibilidad de acceder a nuevos recursos en Britania tendrá que gobernar tus operaciones militares. Claudio sabe dónde están todas las minas.

Se dirigió a la puerta y llamó a un sirviente. Poco después entró el responsable de Finanzas.

4

Claudio de Esmirna me saludó respetuosamente, como un liberto a un senador. El puesto elevado y de gran responsabilidad que ocupaba no le había conferido aquella altanería e insolencia que tan a menudo exhiben los libertos con altos cargos en Palacio. Era un hombre tranquilo, delgado, seguro de sí mismo, digno y obviamente competente. Dos funcionarios, portando documentos y mapas, depositaron los artículos sobre una mesa, los arreglaron rápidamente y fueron despedidos. Claudio miró inquisitivamente a Burro.

—He contado los hechos al legado —dijo Burro—; nada más. Si eres tan amable de explicarle los pasos inmediatos que estamos dando para evitar el colapso financiero, y de mostrarle luego dónde están los recursos minerales sin explotar de Britania, podremos empezar a hablar sobre medios y maneras.

Claudio se volvió hacia mí.

—Noble Paulino, debes estar sorprendido por la revelación del lamentable estado de la estructura de la que soy responsable. La culpa no es del todo mía.

Unió los índices y continuó hablando en su latín con acento griego, preciso y algo anticuado, como un filósofo enseñando en una escuela.

—Ya sabes que un número relativamente pequeño de familias, entre senadores y caballeros, poseen entre todas una gran cantidad de dinero. Como muchas de ellas están exentas de pagar las tasas normales, solo una parte muy pequeña de esa riqueza regresa al Estado. Se gasta mucho dinero en construcciones, espectáculos, juegos y otros asuntos de naturaleza

improductiva. Peor aún, la posesión de riquezas ha provocado una demanda a gran escala de artículos suntuarios. Para un millonario, nada normal y corriente puede considerarse lujoso; para él, cualquier cosa que pueda obtenerse en Italia es común. Por lo tanto, compra en el extranjero mercancías exóticas, y gasta enormes sumas en decorar su persona, su mesa y sus palacios. Casi todo ello procede del Este; sedas de Asia, especias de la India, incienso y perfumes exóticos de Arabia. En consecuencia, las importaciones romanas procedentes de Oriente son inmensas, y Roma no exporta nada a cambio. No existe el intercambio. Todo lo que compramos ha de pagarse con dinero, en plata, y hay una gran cantidad de plata fluyendo hacia el Este. Esta situación dura desde hace muchos años. Ahora hay escasez de metales preciosos en el Estado, y en consecuencia, su valor ha aumentado.

Removió los documentos extendidos ante él sobre la mesa.

—Aquí tengo algunas cifras alarmantes, aunque dudo que te interesen. Creo que no. Bueno, la situación no es del todo nueva. Había ocurrido antes, aunque no hasta este extremo, y hay dos maneras de ocuparse de ello. Una es reducir el peso de la moneda de reciente acuñación mientras mantenemos su valor nominal. Como comprenderás, esto tiene muy poco efecto inicial en el comercio interno, donde el aumento del valor del metal se compensa con la pérdida de peso. Sin embargo, en el exterior, donde el valor del metal ha permanecido estático o incluso se ha depreciado levemente debido a la abundancia, los resultados son necesariamente desastrosos. Los mercaderes extranjeros se dan cuenta enseguida de que un denario ya no contiene el valor en plata de un denario. Naturalmente, para evitar pérdidas, han de aumentar los precios, no solo en los artículos de lujo, que no tienen importancia, sino en los más necesarios: grano, aceite, vino, lana. Si nuestros mercaderes pagan precios más altos, los precios también serán más altos en las tiendas de Roma. El denario servirá para comprar menos cosas; el pueblo quedará empobrecido. La pobreza significa malestar, algaradas y disturbios. Entretanto, los millonarios se harán aún más ricos, comprando a precios ridículamente bajos las propiedades de hombres más pobres que se han arruinado.

Claudio hizo una pausa y tosió.

—La otra manera es mejor, pero mucho más difícil. Consiste simplemente en conseguir más metal precioso con el que acuñar moneda y fabricar más dinero. Con tu ayuda, noble Paulino, eso es lo que estamos tratando de hacer.

—Sé franco, Claudio —intervino Burro—. Cuéntale al legado la historia completa.

El secretario asintió y sonrió brevemente.

—La política y las finanzas van muy unidas —dijo—. Yo intento evitar la política y me resulta muy difícil. Uno nunca sabe hasta dónde puede contar. Me lo has ordenado, prefecto.

Igual que Burro unos minutos antes, sacó repentinamente un denario y me lo puso en la mano.

—¿No es una moneda hermosa? —preguntó.

—Recién acuñada y sin usar —observé, bastante desconcertado. La hice sonar sobre la mesa—. Y perfectamente buena.

Claudio tomó la moneda y se la guardó.

—Vale poco menos de tres sestercios —dijo tristemente—. Estamos acuñando miles.

—Quieres decir que…

—Sí. Esperamos que sea una política a corto plazo. El Príncipe ha decidido rebajar las monedas para ayudarnos a superar las dificultades de los dos o tres próximos años, hasta que empiece a llegar el metal de Britania.

No había rastro de ironía en su voz. Lo miré horrorizado.

—¿Este dinero circulará por todo el mundo? ¿Vais a pagar a mis legionarios con monedas sin valor? ¿Cómo esperáis que mantenga la disciplina cuando esto se sepa?

—No del todo sin valor —protestó Claudio—. Y recuerda que las monedas tardan un tiempo en circular desde que son acuñadas. Puede que las malas tarden años en llegar a Britania, cuando nuestras finanzas ya estén saneadas y podamos retirar todo el dinero de calidad inferior.

—Bien, el Príncipe lo ha decidido —dije, tras tomar un sorbo de vino—. No podemos cambiarlo. ¿Dónde están esas minas britanas que han de restaurar nuestras fortunas?

Claudio desenrolló un mapa y lo extendió sobre la mesa. Mostraba el triángulo irregular que era la isla de Britania.

—Todos nuestros mapas de esta provincia datan de un estudio encargado por Aulo Plaucio poco después de la Conquista —dijo Burro—. Desde entonces, han sido completados por los sucesivos gobernadores. Sin embargo, tengo la sospecha de que en muchos aspectos son muy poco exactos. Es posible que te sea útil, legado, iniciar un nuevo estudio cartográfico en cuanto tus otros deberes te lo permitan.

—Se hará —dije. Una sugerencia de Burro tenía todo el peso de una orden de Nerón. Me incliné sobre el mapa, una réplica de otros que había estudiado durante la última semana. El dedo huesudo de Claudio señaló el vértice sureste del triángulo.

—Ya conoces, noble Paulino, los recursos minerales en poder del Príncipe. Aquí, al sur de Londinium, en un bosque casi impenetrable, hay mucho hierro. —Su dedo se movió a través del mapa y se detuvo al sur del estuario del Sabrina—. Aquí hay gran cantidad de plomo, pero con un bajo contenido en plata. —El dedo viajó hasta el extremo suroeste—. Aquí hay estaño. En realidad, no controlamos estas minas. Esta península nunca ha sido conquistada; los nativos son belicosos e independientes, y no hay calzadas. Pero estas minas son famosas desde la antigüedad, y sus propietarios han comerciado durante siglos con pueblos del Mare Nostrum. No tenemos el monopolio, aunque nos venden el estaño; todo el tráfico es marítimo y abierto a mercaderes de todo el mundo.

—Hierro, plomo, estaño —dije—. Útiles, pero no muy emocionantes. ¿Se explotan todas las minas a pleno rendimiento?

—La producción de hierro y plomo ha estado cayendo de forma lenta pero continua durante los últimos tres años —repuso gravemente Claudio—. Ello no se debe a que el metal se haya agotado. Britania está ahora en paz. Y la paz no produce prisioneros para trabajar en las minas. La tasa de mortalidad es alta; las nuevas incorporaciones no se producen al mismo ritmo que las pérdidas, aunque hemos importado esclavos de las fronteras germanas. Mi último informe del procurador de Britania indica que hay un déficit de unos cinco mil trabajadores en las minas bajo su control. Tu predecesor, el noble Veranio Nepos, tuvo que recurrir a los trabajos forzados, lo que tengo entendido que causó considerable malestar entre la población.

Burro asintió.

—Los belgas del oeste amenazaron con sublevarse, y estaban demasiado cerca de la zona de guerra habitual contra los siluros, de modo que revocó el decreto. El procurador se puso furioso.

—En resumen —continuó Claudio—, las minas del Príncipe en Britania no funcionan a pleno rendimiento debido a la falta de mano de obra. Las otras minas, con una excepción, están más allá de nuestras fronteras en el oeste, y se encuentran entre la pequeña isla de Mona, aquí, y el estuario del Sabrina. En Mona hay cobre. En tierra firme, al este de Mona, hay más cobre y plomo. Justo pasado Viroconium, en el oeste, hay cobre y plomo. En la costa norte del estuario del Sabrina hay hierro.

Su dedo vagó de forma indeterminada por encima del país de los siluros y se detuvo en sus fronteras del norte.

—Y aquí hay oro.

Quedé sorprendido.

—Todos hemos oído rumores de que hay oro en Britania. Pero nadie, que yo sepa, lo ha encontrado.

—Hay oro —dijo Claudio firmemente—. Creemos que los depósitos son pequeños y que su valor no podría compararse con el de la producción potencial de cobre y plomo más al norte. Las minas de oro, en sí mismas, no merecerían una campaña.

Se detuvo, evidentemente lamentando haber hecho una afirmación relativa a asuntos ajenos a su departamento, y se inclinó ante Burro.

—Te ruego que me perdones, prefecto. Me he limitado a repetir una opinión que tú habías expresado.

Burro tocó el mapa.

—Continúa, Claudio.

El liberto volvió a inclinarse sobre el pergamino.

—Aquí, noble Paulino, están las minas de plomo conocidas más ricas de Britania. —Su dedo descansaba entre Lindum y Viroconium—. Se encuentran en esta tierra de nadie, una zona muy boscosa y montañosa donde nuestras fronteras son inciertas, en torno a un pueblo llamado Anavio, en territorio de los cornovios. Por desgracia, también las reclama un reino vecino mucho más poderoso, conocido como Brigantia. Tenemos buenas relaciones tanto con los cornovios como con los brigantes; la disputa es puramente intertribal. Una parte del mineral llega a la provincia. El problema en este caso, según tengo entendido, es político; cómo apoderarnos de las principales minas de plomo de Anavio sin entrar en una guerra contra los brigantes en este momento.

Claudio se reclinó en la silla.

—Espero haber sido claro. ¿Hay alguna pregunta que quieras formularme, noble Paulino?

—Solo una —contesté—. Con el Estado aparentemente al borde del caos económico, ¿a qué se debe que solo vayamos a apoderarnos de la riqueza de una pequeña provincia para arreglar la situación? ¿Están recibiendo las mismas instrucciones los gobernadores de Hispania, Galia, África, Panonia y el resto de provincias?

—Una buena pregunta, pero de cariz político. Tal vez el prefecto…

Burro se frotó la barbilla.

—Esta es la respuesta, legado. El Príncipe está decidido a que la paz prevalezca en sus provincias. Comprende que su política en Britania significará la guerra con toda seguridad. Y está dispuesto a aceptarlo a condición de que el resto de las provincias continúen tranquilas, lo que no sería el caso si todos los gobernadores, como tú, tuvieran que hostigar a los

nativos en busca de metales preciosos. Ya tenemos una guerra entre manos en Armenia. Si hemos de tener otra, que sea lo más lejos posible, en Britania. —Burro hizo una pausa y escogió sus palabras con cuidado—. Ya oíste decir al Príncipe que llegó a estar dispuesto a abandonar Britania. El plan puede seguir en su mente, y podría ser que lo llevara a cabo si la provincia sigue perdiendo dinero. El Príncipe, como representante del pueblo y administrador de Roma y todas sus posesiones, contempla sus responsabilidades con ojos de contable; las cosas representan ganancias o pérdidas. Britania, en este momento, representa una pérdida.

Vaciló, miró de reojo a Claudio y continuó:

—Si puedo decirlo así, no da demasiada importancia a la pérdida de prestigio que implicaría abandonar Britania. Aunque no hubiera ocurrido ningún desastre militar, el pueblo creería que nuestras tropas no habían logrado contener al enemigo. La reputación de las legiones afectadas se resentiría, y se generaría mucho descontento entre el ejército en general. Si el Príncipe tiene un defecto, es que no siempre es enteramente comprensivo con el punto de vista militar. ¿Estás de acuerdo conmigo, Claudio?

—Por completo, mi querido prefecto. —Claudio se levantó—. He dicho todo lo que tenía que decir, noble Paulino. Seguro que ahora desearéis tratar de asuntos estratégicos y políticos, de los cuales, por fortuna, soy enteramente ignorante. ¿Tengo vuestro permiso?

5

Pasé todo el día siguiente en Palacio, parte del tiempo con Burro y otra parte con sus asistentes, inspeccionando informes y despachos confidenciales relativos a las tribus y a nuestras fuerzas, y a la administración militar en Britania. En circunstancias normales, habría obtenido gran parte de esta información de mi predecesor, pero Veranio Nepos había muerto. Los despachos de Escápula, de siete años atrás, eran muy interesantes. Lamenté que él también hubiera muerto en Britania; una conversación con él hubiera sido de gran ayuda, porque además de tratar con los brigantes había iniciado un avance hacia Mona. Ambos eran proyectos que yo tendría que asumir.

Los documentos dejaban muy claro que los enemigos más problemáticos de nuestra frontera occidental eran los siluros. La Segunda Legión los contenía a duras penas desde su fortaleza de Glevum, y toda la zona era escenario de constantes ataques y escaramuzas. Hasta que aquella turbulenta

tribu no fuera pacificada o destruida, no podríamos iniciar con seguridad ninguna operación en el norte, hacia Mona, donde Escápula había derrotado de forma contundente a los deceanglos, otra tribu a la que tendría que enfrentarme y que parecía tener poca aptitud para la guerra.

El reino independiente de Brigantia se extendía en el flanco derecho de la operación de Mona. Escápula, años atrás, se había aprovechado de la disensión interna en el reino para intervenir con una legión y reinstaurar a la gobernante, una reina llamada Cartimandua, firmemente en su trono, asegurándose así un poder amigo en su flanco. Los brigantes seguían siendo amistosos; pero yo recordaba con inquietud el asunto de las minas de plomo de Anavio y esperaba que mis negociaciones políticas en aquel sentido no me enemistaran con la tribu. Nuestros informes de inteligencia describían a los brigantes como una raza fuerte y belicosa, los más fuertes de nuestros enemigos potenciales en Britania. La expansión de la provincia era inevitable; tarde o temprano, tendrían que entrar en conflicto con nosotros. Aquel momento se encontraba en el futuro, más allá del alcance de mis directrices.

No parecía haber más tribus que pudieran inquietarnos en las fronteras del oeste y del norte. Un tema aparecía de forma recurrente en todos los despachos a partir de la Conquista; el de la falta de capacidad o de voluntad de las diversas tribus para unirse contra un enemigo común. Mientras los registros de las campañas del divino Julio en la Galia muestran alianza tras alianza formada contra él, las naciones de Britania, muchas de ellas emparentadas con los galos, nunca se han aliado contra Roma desde la breve unión de atrébates, cantiacos, catuvellaunos y trinovantes durante la invasión de Aulo Plaucio. No hace falta decir que hemos explotado al máximo este peculiar defecto britano; una de las normas fundamentales de los sucesivos gobernadores ha sido evitar cualquier acción, militar o política, que pudiera conducir a una federación tribal.

El Orden de Batalla daba bastantes detalles sobre las armas que tendría que empuñar en mi lucha por restaurar el equilibrio económico del Estado. La fuerza de choque consistía en cuatro legiones, dos en Viroconium, una en Glevum y una en Lindum. Para apoyarlas estaban las fuerzas auxiliares: nueve regimientos de caballería, nueve cohortes mixtas y doce cohortes de infantería. Sobre el papel, todo ello sumaba un total de veintidós mil legionarios y diecisiete mil auxiliares. Mi experiencia, confirmada por la mirada irónica de Burro cuando me vio sumar las cifras, me llevaba a deducir que todas las legiones y la mayor parte de unidades auxiliares estarían faltas de hombres.

Los informes confidenciales sobre las unidades eran descorazonadores. La disciplina de las legiones, excepto en la Decimocuarta Gémina, era laxa. La moral de la Segunda Legión era baja; vivía bajo el azote continuo de los siluros tras una derrota total en el campo de batalla sufrida siete años atrás, y desde aquel momento, la legión nunca había recuperado la iniciativa sobre el enemigo. En la Vigésima Valeria había fricciones entre centuriones y soldados; aquel era un problema común, y se debía a una causa bien conocida, que solo podía darse cuando el legado de una legión era débil y sus tribunos incompetentes. El fuerte y vigoroso comandante de la Novena Hispana, en ausencia de un enemigo que absorbiera sus energías, trataba con dureza a la legión; al parecer, los hombres le reprochaban que interfiriera en sus rutinas de tiempo de paz. Los regimientos y cohortes auxiliares, en general, parecían eficientes, aunque el mapa mostraba una distribución aparentemente azarosa de las tropas, tanto en las fortalezas como a lo largo de las vías de comunicación. Los movimientos de tropas durante las campañas de Escápula habían alterado las disposiciones estratégicas originales, y sus sucesores, Galo y Nepos, no las habían restaurado.

Hacia el anochecer, Burro entró en el despacho donde yo estaba inmerso en papeles y me llevó a otra habitación, amueblada austeramente con mesa y sillas. Cerró las persianas de la única ventana y echó el cerrojo a la puerta.

—El Príncipe ha accedido a que te sea revelada cierta información secreta —dijo brevemente—. No hace falta que te diga que esto no puede salir de aquí.

Me senté y me preparé a escuchar.

6

—Es bastante enrevesado —empezó Burro. Extendió el mapa de Britania—. Aquí, en este saliente sobre el estuario del Tamesa, al norte de nuestra colonia de Camulodunum, viven los icenos. Se les ha permitido mantener a su propio gobernante y dirigir sus propios asuntos, y no tenemos puestos militares en su territorio. Su rey, Prasutago, es viejo, inmensamente rico, y no tiene heredero varón. Ha hecho el testamento de costumbre, dejando la mitad de sus posesiones al Príncipe en la esperanza de que, cuando muera, su sucesor podrá disfrutar tranquilo de su herencia y continuar gobernando a los icenos como un reino independiente y aliado.

Burro agitó el mapa.

—Como consejero del Príncipe en asuntos militares, mi opinión es distinta. Icenia flanquea una de nuestras principales vías de comunicación, la Vía del Norte, de Londinium a Lindum. Además, con gran parte del ejército estacionado en el oeste, es peligroso tolerar la existencia de una tribu rica y numerosa completamente libre de control militar o administrativo en nuestra retaguardia. Hay que poner a los icenos bajo nuestro dominio.

—¿Han causado problemas alguna vez? —pregunté.

—Sí. Cinco años después de la Conquista, Ostorio Escápula ordenó el desarme total de todas las tribus de las zonas ocupadas. Los icenos afirmaron que aquello constituía una falta de confianza en su lealtad y, bajo este mismo Prasutago, nos desafiaron y se encerraron en un fuerte. Los auxiliares de Escápula atacaron y tomaron el lugar sin dificultad. Lo extraordinario del caso es que, aunque entonces teníamos la excusa perfecta para poner a los icenos bajo el control directo del gobierno provincial, no se hizo así, y se permitió que Prasutago conservara su trono y la tribu su independencia.

Burro suspiró y meneó la cabeza.

—A veces ocurrían cosas extrañas bajo el divino Claudio. Sin embargo, Prasutago no nos ha dado ningún problema desde entonces.

—¿Y ahora el Príncipe ha decidido anexionarse el reino? —pregunté.

—Sí. Prasutago es viejo, su salud es mala y sus herederos son mujeres. Puede morir cualquier día. Cuando eso ocurra, absorberemos el reino con la excusa de que no reconocemos a las mujeres gobernantes.

—Reconocemos a Cartimandua de los brigantes —objeté.

Burro agitó una mano con impaciencia.

—Supongo que no esperarás encontrar coherencia en política, legado. En cualquier caso, Cartimandua tiene un esposo vivo, aunque en el exilio. Su situación es totalmente distinta, y su tribu es mucho más poderosa que la de los icenos. Pero su momento llegará.

Hizo una pausa, pensativo, y jugueteó con un mapa con aire ausente.

—Las razones para la anexión de Icenia son sobre todo financieras. Queremos todas las propiedades de Prasutago, no solo la mitad. Y tenemos intención de recuperar las donaciones de Claudio.

—¿Qué son?

—Poco después de la Conquista, el divino Claudio hizo enormes donaciones de dinero a ciertas tribus para ganarse su fidelidad, ayudarlas a construir ciudades decentes y a civilizarse en general. Eran donaciones, pero en el caso de los icenos las trataremos como préstamos y las recuperaremos cuando el reino sea anexionado. —Burro golpeó la mesa enfáticamente—. La

cantidad en juego no es calderilla. El responsable de Finanzas ha calculado que la recuperación de las donaciones, más las propiedades de Prasutago, enjugaría el déficit esperado de la provincia para el presente año.

—¿Se someterán los icenos? —dije—. Nos anexionamos el reino, nos apoderamos de toda la fortuna personal del rey y cobramos préstamos que la gente entendía como donaciones. ¿Es que los icenos son ovejas que se limitarán a balar mientras las esquilan?

—Ni mucho menos. Inevitablemente, habrá una revuelta. Por eso, cuando llegue el momento, debes estar preparado con las tropas suficientes cerca de sus fronteras para aplastar la rebelión al instante, y, sobre todo, impedir que se extienda a otras tribus.

—El tiempo ha de calcularse con mucho cuidado, entonces —dije—. Mi principal misión en Britania es conseguir el control de las minas del otro lado de la frontera occidental. No puedo tener una rebelión en el este mientras mis legiones están luchando en Mona.

—Exactamente —repuso Burro—. Lo ideal sería moverse contra los icenos en cuanto muera Prasutago. Pero si eso ocurre cuando estás luchando en el oeste, desde Roma esperaremos a que tus operaciones hayan concluido, tus fuerzas se hayan recuperado y nos hayas enviado la noticia de que estás listo.

Me froté una antigua herida del tobillo, una reliquia de Mauritania.

—Tendréis que mantener este plan en el más absoluto secreto —rezongué—. Si un solo susurro llega a Britania…

—Desde luego —interrumpió Burro—. Solo hay cuatro personas que lo saben: el Príncipe, tú, yo y Claudio de Esmirna. Séneca no lo sabe.

—¿Séneca? ¿Por qué no?

Burro levantó una mano.

—No tan alto, legado. Estos asuntos pueden ser peligrosos.

Se dirigió a la puerta, cerró bien los cortinajes y regresó. Dijo en voz baja:

—Séneca también tiene más de cuarenta millones de sestercios de su propiedad invertidos en Britania, en préstamos a los nativos a un alto interés, sobre todo a los icenos.

—¡Séneca, el hombre de confianza del Príncipe! —jadeé—. ¡Increíble!

—Pero muy cierto, legado. —Burro sonrió amargamente—. Nuestro filósofo de la moral no es tan escrupuloso como aparenta. Ni tampoco lo son muchos hombres muy respetados de Roma. Pero ¿comprendes por qué debemos ocultarle el plan?

—Claro. Si lo supiera, querría cobrar sus préstamos de inmediato. No solo el Tesoro será mucho más pobre cuando el Estado apriete a los icenos, sino que el retorno de una suma de capital tan enorme podría causar pobreza y disturbios en toda Britania.

Burro se incorporó.

—El secreto, por tanto, es absolutamente esencial. Recuerda que una persona de la talla de Séneca tiene espías y agentes en todas las provincias donde opera. Otro punto: el procurador de Britania, Deciano Cato, debe su nombramiento a la influencia de Séneca, y probablemente es su principal espía en la provincia. El estrangulamiento financiero de los icenos, cuando se dé la orden, estará totalmente en sus manos. Si tiene la más leve sospecha antes, se lo dirá a Séneca. De eso no tengo ninguna duda. Pero si nos movemos sin avisar, Cato, como funcionario del gobierno, tendrá que cobrar las deudas del Estado antes de ocuparse de los asuntos de acreedores privados, por eminentes que sean.

—¿Qué clase de hombre es ese Cato?

—No lo conozco. Por ciertos informes secretos, creo que no te caerá bien. Un caballero con aires de importancia, altanero, interesado y no muy eficiente. Tú no tienes jurisdicción sobre él en asuntos fiscales.

—Y envía a Nerón todo tipo de información sobre todos los temas, sí sé algo sobre procuradores —gruñí.

—Por supuesto. —Burro hizo una mueca amarga—. Los soldados no comprendéis el funcionamiento del gobierno. Los agentes de Cato te estarán vigilando, por supuesto; y él informará a Nerón de tus actos, según su interpretación, igual que tú informarás sobre los de él. De este modo, el Príncipe puede controlar a los dos principales funcionarios de todas sus provincias. Los hombres afectados lo saben y los nativos también, de modo que las provincias están, en general, muy bien gobernadas. —Bostezó y se desperezó—. Ya me he acostumbrado; llevo tanto tiempo en la Administración que casi he dejado de ser un soldado. Las retorcidas maquinaciones de la política dejaron de sorprenderme hace años. —Me cogió del brazo—. Salgamos de este despacho polvoriento. ¿Quieres cenar conmigo esta noche?

Burro me acompañó a mi litera.

—No hay nada más que pueda decirte, legado —fueron sus últimas palabras—. Has visto todos los documentos, despachos y mapas relevantes. No se te ha ocultado nada, por secreto que fuera. Te he proporcionado todo el

conocimiento sobre Britania que posee Roma. Espero que la isla no resulte ser muy diferente de nuestro concepto de ella.

—Todo es diferente a mil millas de Roma —dije—. Pero no hay nada en Britania que parezca demasiado terrible, excepto el clima. —Miré a mi alrededor; nuestros asistentes no podían oírnos—. Dime, Burro. ¿Por qué me escogió el Príncipe para este cargo?

—No fue él —dijo Burro brevemente—. Fui yo. Te hemos dado una provincia difícil y peligrosa, y un trabajo muy delicado. Solo un hombre de gran talento militar estaría a la altura. Evidentemente, la elección estaba entre tú y Corbulo; pero Corbulo está ocupado en Armenia. Tú has sido nuestro mayor experto en guerra en las montañas desde que te labraste tu reputación en el Atlas hace dieciséis años; tus campañas britanas se librarán en terreno montañoso. El Príncipe te aprecia y respeta tu habilidad; por lo tanto, seguirá apoyándote aunque las cosas vayan mal. Esperemos que eso no ocurra.

Le apreté las manos y me eché a reír.

—Gracias por una respuesta tan franca y sin adornos. ¿Has adulado alguna vez a alguien, Burro?

—Nunca, legado. Adiós.

—Adiós, Burro.

Se volvió y subió los escalones. Había rechazado su invitación a cenar; nunca volví a verlo.

7

Diez días después abandoné Roma con dieciséis tribunos, tres secretarios, una veintena de libertos, cien esclavos y cincuenta carretas. El Príncipe me otorgó el honor sin precedentes de una centuria pretoriana como escolta para la primera etapa de mi viaje por la Vía Claudia. El futuro se presentaba brillante y lleno de promesas.

CAPÍTULO 2

«*Ningún gobierno está seguro a menos que lo fortifique la buena voluntad*».
CORNELIO NEPOS

1

Zarpamos de Gesoriacum quince días antes de las Saturnales. Yo embarqué en la nave insignia del comandante de la flota, y tres trasportes, escoltados por galeras de la escuadra de Britania, llevaban a mi séquito y mi equipaje. Así pues, técnicamente había puesto ya el pie en mi nueva provincia, porque la flota formaba parte de mi mando militar. Mi total ignorancia de los asuntos marítimos me hizo preferir aquel barco de guerra, largo e inestable, a los mercantes, más firmes y mucho más confortables; deseaba estudiar de cerca el funcionamiento de un barco de guerra.

El esfuerzo fue en vano.

Durante siete horas soporté una tortura mientras el barco giraba y saltaba como un caballo sin silla, con las velas arrizadas para no dejar atrás a los lentos transportes. Los otros barcos de guerra, con sus cascos y velas pintados de gris azulado para armonizar con su entorno, eran apenas visibles tras las continuas cortinas de cellisca. Empapado, tiritando y enfermo, busqué refugio bajo un exiguo cobertizo de mimbre en la popa.

El convoy fondeó en Rutupiae avanzada la tarde, y con el cese del movimiento mi malestar pasó rápidamente. Pero todavía me sentía débil, y no estaba en condiciones de enfrentarme a los tumultuosos muelles ni a los rigores de una recepción oficial. Ordené al comandante de la flota, Aufidio Pantera, que informara a las personas afectadas de que el ceremonial se aplazaría para la mañana siguiente. Entonces, en la media luz invernal de un crepúsculo de diciembre, bajé a tierra.

Un anciano prefecto de auxiliares, antiguo centurión ascendido, estaba al mando de la dotación de Rutupiae; me alojé en una parte de su casa reservada para oficiales visitantes. El vino caliente, la ropa seca y algo de comida sencilla me reanimaron hasta tal punto que envié a buscar a Pantera y nos

sumergimos en una animada conversación sobre la flota que guardaba las costas de Britania.

Me confirmó el catálogo de barcos que ya había estudiado en Roma: un trirreme —navío ceremonial que solo se hacía a la mar cuando había calma chicha—, treinta birremes, cincuenta pinazas de un solo palo, veinte embarcaciones auxiliares, siete transportes de tropas y varios botes pequeños de puerto. Todos tenían su base en Gesoriacum, y un atracadero en Rutupiae para reparaciones.

Hice una pregunta a la que no había encontrado respuesta satisfactoria en Roma:

—¿Por qué la flota britana está fondeada en la costa de la Galia?

Pantera se encogió de hombros.

—Siempre ha estado allí —dijo—, desde la Conquista. Supongo que en los primeros tiempos, antes de que el país estuviera pacificado, ubicar la flota en un fondeadero de este lado hubiera sido arriesgado. Y después nadie se molestó en cambiarlo.

—¿Tiene Gesoriacum alguna ventaja particular?

—El reclutamiento —dijo—. Tengo un núcleo de capitanes y pilotos del Mare Nostrum, pero la mayor parte de mi personal es originaria de los pueblos marineros de la costa gala. No tenemos que limitarnos a los ciudadanos romanos, como vosotros en las legiones.

—¿Los britanos no son buenos marineros?

—Regulares. He alistado a algunos cantiacos de Rutupiae.

Medité por un momento. Por supuesto, sabía que la flota tenía su cuartel general fuera de la provincia. Para mí, eso era una mala práctica. Las veinte millas de mar entre la Galia y Britania podían, en un día de mal tiempo, separarme de mis barcos de guerra tan completamente como si estuvieran en el Euxino. La flota debería operar desde la costa britana, a menos que existieran fuertes razones para lo contrario. Si los marineros eran el único problema, había llegado el momento de que los britanos aprendieran a manejar sus propios barcos.

—¿Pondrías alguna objeción a trasladar tu base a Britania? —pregunté.

—Ninguna en absoluto —dijo Pantera al instante—. Hay puertos tan buenos en este lado como en el otro: Rutupiae, Londinium, Portus. Lo preferiría. En Gesoriacum, tenemos problemas continuamente para aprovisionarnos de madera, alquitrán, lona y cordaje. A la provincia belga no le gusta tener que proporcionárnoslos, y los oficiales del puerto pueden ser muy desagradables.

—Bien, remitiré el asunto a Roma, entretanto, puedes reconocer la costa en busca de una base apropiada.

—No me hace falta, legado —dijo, con una sonrisa—. Hemos de estar situados frente a la Galia; casi todo nuestro trabajo se concentra en esta zona. Rutupiae sería mi elección.

—Puede ser —dije—. No nos hará ningún daño buscar un poco más y asegurarnos del todo. Esperaré tu informe dentro de un mes. Y ahora, ¿cuál es exactamente tu trabajo?

—Durante el invierno, cuando el tiempo lo permite, escoltamos y transportamos mercancías y oficiales entre Rutupiae o Londinium y Gesoriacum. Los barcos pocas veces se atreven a emprender un viaje más largo. En verano, tenemos misiones de escolta más lejos: transportes de estaño desde Isca, convoyes de hierro y plomo de Anderitum y Portus, y patrullas de rutina hasta las Marismas por el norte y la península de Damnonium por el oeste.

—¿Alguna vez os atacan?

—A veces —asintió Pandera—. Quedan algunos piratas, que operan sobre todo desde las costas de Hibernia y Frisia. Ocurre pocas veces. Nuestras escoltas son más bien una protección contra los naufragios que contra la piratería.

Recordé el papel que había asignado provisionalmente a la flota britana en mis planes para la campaña contra los ordovicos; tareas para las que aquella colección de barcos de guerra sin experiencia en combate, acostumbrada a permanecer en el puerto o a hacer viajes de escolta en verano, parecía muy poco adecuada.

—¿Sabes algo de los mares entre Hibernia y Britania? —pregunté bruscamente.

—Una vez llevé una flotilla en torno a Belerium y por el estuario del Sabrina hasta Glevum —dijo Pantera, no sin orgullo.

—¿No más al norte? Bueno, en el futuro tus viajes van a ser más largos. ¿Tienes cartas o mapas de esta isla?

Dio órdenes a un asistente, que regresó al poco rato con un montón de papeles enrollados.

—El gobierno insiste en proporcionarnos mapas oficiales. Nunca los usamos; son imprecisos e inútiles. Aquí hay una carta del mar comprendido entre Britania e Hispania, con Hibernia en el medio. —Desplegó una gran lámina que prácticamente cubrió todo el suelo.

Examiné el mapa. Las reservas del comandante estaban justificadas; era viejo, de trazo tosco, y guardaba poca semejanza con los dibujos detallados y actualizados que me habían entregado en Roma.

—Cuando amainen las galernas invernales, quiero que tú y tus capitanes os familiaricéis completamente con las costas y mares del oeste hasta esta isla, Mona, e inmediatamente al norte de ella. —Seguí la línea de la costa con un dedo—. En particular, quiero un reconocimiento del estrecho que separa Mona de tierra firme. Será mejor que hagas las inspecciones bien armado; no sabemos qué barcos hostiles, o incluso flotas, pueden frecuentar aquellas aguas.

El comandante se incorporó con expresión de entusiasmo.

—Ese es un trabajo más emocionante que el de escoltar convoyes. Tendrás tu informe, aunque tengamos que luchar contra todos los piratas del oeste. ¿Se me permite saber la razón de estas instrucciones?

—Todavía no. Y —añadí muy serio—, no empieces una guerra naval por el camino. Lucha solo si es necesario; la flota tiene que permanecer intacta para tareas más importantes. Esto es solo una advertencia; recibirás instrucciones completas por escrito antes de la primavera.

—Muy bien, legado.

Me levanté, me eché la capa sobre los hombros y acompañé a Pantera hasta el patio. El viento aullaba en un vacío negro. Unas cuantas luces centelleaban débilmente cerca de los muelles.

—Dormiré bien esta noche —dije—. Los viajes por mar son un pasatiempo agotador. Adiós, Pantera. Gracias por el viaje.

2

El viento amainó al amanecer y la lluvia se redujo a una llovizna ligera que salpicaba las capas de una tropa de caballería y media centuria estacionadas en el muelle. Un tribuno montado dio la orden de atención.

—Se presenta tu guardia personal, legado, en misión de escolta —anunció.

Le devolví el saludo y recorrí las filas. Había una brida mal ajustada; las riendas estaban gastadas y agrietadas; y vi manchas de barro en el lomo de un caballo.

—¿A qué viene esto, tribuno? —dije, señalando las manchas.

Pareció sorprendido.

—Ha llovido durante toda la noche, legado. Los establos del campamento se han inundado.

—Razón de más para poner un cuidado extra en limpiar las armas y el equipo antes de esta parada. ¡Mira eso! —Señalé una lanza con manchas de óxido—. ¿Ha ocurrido eso en una sola noche?

Paseé lentamente entre las filas, sin hacer más comentarios. Prácticamente todos los hombres, y todos los caballos, mostraban signos de desidia e incompetencia intolerables incluso entre auxiliares. La media centuria no era mucho mejor, aunque su entrenamiento de legionarios se reflejaba en un aspecto algo más marcial. Los propios hombres parecían ancianos o muy jóvenes; su físico apenas alcanzaba los estándares del ejército. Mientras finalizaba la inspección, en mi mente se formó una sospecha relativa a la composición de aquella fuerza.

—¿Cuál es la dotación total de la guardia personal? —pregunté al tribuno.

—Una tropa y una centuria. La otra media centuria está haciendo guardia en tus palacios de Londinium y Camulodunum.

—¿De qué unidades proceden?

—De ninguna unidad en especial, legado. Las vacantes se cubren con peticiones a legiones y regimientos por turno.

—¿Hay alguna estipulación respecto a la antigüedad en el servicio, personalidad, habilidad con las armas?

—Ninguna, que yo sepa, legado. —El tribuno se removió inquieto—. Yo acabo de asumir el mando. Me aseguraré de que no vuelvas a tener motivo de queja en el futuro.

—Eres un tribuno de medio año, ¿verdad?

—Lo soy.

—En ese caso, no tendrás demasiado tiempo para conseguir resultados. Y supongo que tu predecesor también era un hombre de medio año, ¿no es así? Eso explica muchas cosas. ¿Están las carretas listas para la marcha? En marcha.

Caminé entre cobertizos de aduanas hasta la calzada, donde la caravana del equipaje y mis compañeros del largo viaje a través de la Galia me esperaban en la cuneta bajo la lluvia. El tribuno dejó su caballo y, con muchos aspavientos, me condujo a una litera cubierta portada por ocho esclavos galos. Le gruñí:

—¿Es que crees que el clima de Britania me ha debilitado ya tanto que no puedo ni montar? ¿Dónde está mi caballo?

Mi liberto jefe trajo mi caballo, ensillado y dispuesto. El hombre no logró ocultar una sonrisa; supuse que había intentado convencer al tribuno de que yo odiaba que me llevaran en litera, y había recibido una reprimenda por su presunción.

Me puse en marcha, con la tropa cabalgando detrás. Rutupiae presentaba el triste aspecto de un campamento abandonado. Diecisiete años atrás, había sido la base de nuestra invasión, alojando refuerzos y provisiones en grandes cantidades mientras la campaña progresaba. Largas líneas de cabañas de madera habían albergado a las legiones; grandes cobertizos, que se erguían sobre las cabañas como ciudadelas solitarias, habían contenido sus efectos. A la sazón, estaban vacíos y destartalados, podridos por la lluvia, la escarcha y el pálido sol de aquella isla implacable. Solo en los muelles los edificios estaban bien conservados; allí, los cobertizos y oficinas de las aduanas, el cuartel del jefe del puerto y un menguado campamento de refuerzos flanqueaban las instalaciones para reparaciones de la flota. Los mástiles de nuestra flotilla asomaban por encima de los tejados. En aquella temporada, el tráfico marítimo por el continente cesaba casi por completo; en verano, casi toda la mercancía pesada se enviaba directamente a Londinium para evitar el retraso y los gastos del viaje por tierra que íbamos a emprender.

De mar a mar, a través del cuello de la península, se extendía una banqueta, con empalizada y foso, desmoronándose y hundiéndose. Pasamos junto a una caseta de vigilancia y cruzamos por un estrecho paso elevado; la calzada hacia Londinium se extendía en la distancia a través de un paisaje oscuro oprimido por nubarrones grises. La lluvia cesó y el frío aumentó, atravesando capas y coseletes de cuero. Medité enfurruñado sobre mi recibimiento. Ninguna persona notable, romana o britana, me había recibido en el puerto, aunque las noticias de mi llegada se habían enviado desde Gesoriacum seis días antes de zarpar. La pompa de las bienvenidas oficiales puede ser increíblemente tediosa, pero aquella falta total de ceremonia era como mínimo poco usual. Hasta el momento, solo un tribuno y su desaliñada tropa se habían dado por enterados de mi llegada.

Tendría que hacer algo respecto a mi guardia personal. Estaba claro que aquella unidad, en Britania, era el cubo de los desechos para todos los hombres que molestaban en las legiones y regimientos de caballería de la provincia; un receptáculo muy cómodo, donde los comandantes podían enviar a los hombres problemáticos o inútiles. Una aburrida existencia en las capitales de provincia lejos de las fronteras, con interminables guardias y escoltas procesionales, no era el tipo de vida atractiva para un soldado

ambicioso. Por la misma razón, su mando se confiaba a tribunos de medio año, que naturalmente tendían a limitarse a tareas de oficina durante sus breves asignaciones. Me froté los pómulos para aliviar el frío y medité sobre las reformas. Mi guardia personal tenía que convertirse en una fuerza de choque, al estilo de los pretorianos de Roma, aunque no —¡que los dioses lo impidieran!— con las mismas implicaciones políticas. Su número era demasiado pequeño. Me pregunté cuánto tiempo hacía y bajo qué Príncipe se habría promulgado el edicto. Mentalmente diseñé una nueva fuerza basada en una cohorte mixta de tres tropas y cuatro centurias. Era una expansión considerable. ¿Accedería Nerón?

Entretenido con aquellas reflexiones, recorrí el desolado paisaje, pasando de vez en cuando junto a grupos ocasionales de cabañas redondas con techos de paja y pastores guardando el rebaño. Hacia mediodía llegamos a un poblado grande llamado Durovernum, la capital de los cantiacos. Las casas de madera entre las cabañas, un pequeño templo y un ayuntamiento desproporcionadamente grande, construido al estilo romano, daban al lugar un aspecto de falsa importancia. Mi llegada era esperada. Había gente junto a la calzada; un britano venerable, el magistrado jefe, pronunció un discurso de bienvenida en un latín sorprendentemente bueno, al que dediqué una réplica apropiada.

Cuando hubimos dejado atrás Durovernum, llamé al tribuno.

—Tengo entendido que esa es la sede tribal de los cantiacos, su ciudad más importante. He visto los restos de un antiguo foso y una empalizada, obviamente anteriores a la Conquista. ¿Por qué no hay defensas modernas?

—Ninguna de las ciudades detrás de las fronteras tiene defensas, legado —dijo. Se dio cuenta de mi asombro y añadió—: Creo que es la política oficial, para demostrar a los nativos que no deben temer a los ataques de sus compatriotas mientras vivan bajo nuestra protección.

—Conozco la política oficial —dije, irritado. Sin embargo, aquel era un aspecto nuevo de nuestro gobierno. En la Galia, no menos pacífica que Britania, había fosos y estacadas en torno a cada ciudad, y los pueblos más pequeños estaban protegidos por empalizadas. ¿Acaso las tribus conquistadas de Britania estaban tan completamente sometidas y eran tan dignas de confianza que la rebelión era impensable? Fomentar la amistad entre las tribus era una política sensata; pero arriesgar nuestra seguridad en el empeño me parecía un exceso de confianza. Apenas podía creer que Londinium, Verulam y Camulodunum, donde vivían miles de romanos, estuvieran enteramente sin defensas.

Llegamos a Durobrivae al anochecer, helados y fatigados. El albergue oficial estaba pasablemente limpio y caliente, y nos proporcionó una comida decente. La caravana del equipaje estaba muy atrás; se había detenido a pasar la noche en Durovernum, pero teníamos caballos de carga que llevaban ropa de cama para mí y mi séquito. Aunque las habitaciones estaban muy llenas, mi segunda noche en suelo britano no me resultó incómoda.

Partimos al amanecer, avanzando por una loma lo bastante alta para alcanzar a ver el estuario del Tamesa, muy a lo lejos y a nuestra derecha. Luego la calzada descendió hacia tierras más bajas para avanzar por un terraplén a través de marismas y pantanos cubiertos de neblina helada. Cuando una breve pendiente volvió a permitirnos ver el río, distinguimos los tejados de Londinium, apelotonados en la orilla opuesta.

3

Una gran concurrencia bloqueaba el acceso al puente de Londinium. Delante, torpemente montado en un caballo inquieto, un romano orondo y de rostro colorado me saludó y se presentó como el procurador de Britania.

—Bien hallado, Deciano Cato —dije.

—Saludos, legado. Bienvenido a la provincia. El consejo y los magistrados de Londinium están aquí para rendirte honores. —Señaló con una mano a la multitud que lo acompañaba.

—Me alegro de verlos. Empezaba a temer que mi llegada hubiera pasado totalmente desapercibida.

—La costumbre en la provincia —replicó muy tieso—, es recibir oficialmente a los gobernadores en Londinium. Rutupiae es un lugar alejado, y las instalaciones no son adecuadas para los actos ceremoniales.

Aquel lenguaje altanero era típico de un funcionario mezquino, y su pomposa manera de hablar revelaba autosuficiencia. Burro había dicho la verdad.

Obligué a mis rasgos a adoptar una expresión de interés benevolente.

—Bien, más vale tarde que nunca. Puedes presentarme a los consejeros de la ciudad.

Hubo discursos, presentaciones, buenos deseos y algunas invocaciones sacerdotales antes de que pudiéramos proceder. Luego cruzamos el puente de madera; Cato, que afortunadamente había abandonado su caballo, iba montado en una litera a mi lado. Seguí a los seis lictores, maldiciéndome a mí

mismo en mi interior por no haber previsto aquella procesión. Mi caballo, capa y atuendo estaban manchados y salpicados de barro; todo ello podía haberse limpiado, y yo mismo y mi escolta adquirido un aspecto presentable, en una breve parada a media milla del puente. Los espectadores, por suerte, ignoraron mi desaliñada apariencia y me vitorearon al entrar en la ciudad.

Cato me acompañó al palacio del gobernador, un edificio enorme de ladrillo rojo situado en una especie de claro entre las cabañas de madera y techo de paja que formaban el grueso de las viviendas de la ciudad. Allí me dejó, asegurándome que todo estaba preparado para mi comodidad, y prometiendo visitarme al amanecer del día siguiente. Ciertamente, no faltaba nada: encontré un personal de servicio muy competente, buenos baños y comida excelente. La casa estaba incluso caliente.

Mi primera acción gubernamental fue convocar al Consejo Provincial a una reunión en Camulodunum al cabo de dos meses. El Consejo representaba a todas las tribus de la provincia, con un presidente electo que ostentaba el título de Pontífice de Britania, en reconocimiento de que el principal objetivo del Consejo era apoyar la religión oficial romana. Ante aquella asamblea tendría que leer mi edicto de toma de posesión.

La redacción del edicto me llevó un tiempo considerable y obligó a mi personal a realizar una ardua tarea de búsqueda de precedentes y fórmulas en los archivos. Se basaba, por supuesto, en la Ley Provincial, un código formulado tras la Conquista por Aulo Plaucio, aprobado por el divino Claudio y actualizado periódicamente para adaptarlo a las prácticas del momento. Los términos del edicto definían con precisión mis funciones durante la duración de mi cargo. Una gran parte era una simple repetición y afirmación de la Ley Provincial. Otra parte, por costumbre, trataba de las finanzas de la ciudad y las tasas de interés de los prestamistas, y en aquel aspecto seguí el consejo de Cato, que recomendó que las tasas de la usura privada fueran elevadas para animar a los nativos a pedir dinero a los fondos del gobierno, a un interés más bajo. Una tercera sección trataba sobre la ley privada, relativa a asuntos tales como herencias, suspensiones de pagos y escrituras de venta; mis secretarios legales bucearon en los libros y me prepararon un borrador que necesitó poca corrección.

La única parte espinosa del edicto era la relativa a la provisión de cereal durante mi mandato. Confiscábamos grano de todos los lugares de la provincia para alimentar al ejército y al servicio civil. Los precios, basados en una media realizada en todas las posesiones romanas, se fijaban en Roma y no me correspondía a mí establecerlos en Britania. Si el precio estaba por encima

de las tarifas del mercado local, todo el mundo estaba contento y yo tenía derecho a embolsarme la diferencia; pero, si era inferior, los granjeros de la provincia tenían razones justificadas para el descontento. Descubrí que el precio en Roma había caído últimamente muy por debajo del que prevalecía en los mercados britanos. Allí había una posible fuente de problemas; un grano de arena cuya fricción podía hacer saltar una chispa en las zonas ocupadas. La idea me preocupó y volví a consultar con Cato.

—No puedes alterar el precio del gobierno, legado —me dijo tranquilamente—. Se ha intentado antes; creo que fue Galo. La respuesta del Príncipe está en los archivos; el rapapolvo más completo que un gobernador pudiera desear.

—Pero ¿cómo reaccionan los granjeros? Esto tiene que provocar todo tipo de engaños: ocultamiento de la producción, plantación insuficiente, contrabando ilegal de grano a otros mercados y cosas así.

—Subestimas a mis agentes, legado —sonrió Cato—. Mientras que los consejeros de la ciudad son los responsables de la recolección de grano en las tierras de las ciudades, y los jefes de las tribus en las otras zonas, no aceptamos necesariamente su estimación de la producción anual. Mis hombres conocen, hasta la última fanega, lo que debería producir cada campo cultivable de la provincia, y se esfuerzan por mantener su información actualizada.

—¿Así que no esperas quejas?

Se encogió de hombros.

—El precio en Roma cayó por debajo del de nuestro mercado hace solo dos meses, demasiado tarde para afectar a la última cosecha. Los bátanos protestarán —siempre lo hacen—, pero producirán el trigo. No tienen elección.

—No quiero insurrecciones en las zonas ocupadas, Cato —dije con énfasis—. Todos los combates en esta provincia deberán limitarse a las fronteras.

Sus ojos azules y acuosos se abrieron por la sorpresa.

—¿Combates? ¡Pero, legado, los nativos nunca pensarían en la rebelión! Se han vuelto muy civilizados bajo nuestra influencia, y, además, son unos cobardes.

Recordé la estimación de Vespasiano sobre los britanos, y su advertencia, y observé con disgusto a aquel caballero obeso.

—Deberías tener cuidado al coaccionarles, Cato. No podré dedicar tropas a quitarles el trigo a campesinos recalcitrantes, ni a matarlos si se ponen

violentos.

—Eso no será necesario. —Rezumaba seguridad en sí mismo—. Tenemos métodos para persuadir a los granjeros problemáticos. Por ejemplo, supongamos que tú, un britano, cultivas unos campos cerca de Durovernum. Normalmente entregarías tu cuota de trigo en Rutupiae, o posiblemente en Londinium. Entonces yo te ofrezco un precio inferior al del mercado. Te niegas a vender y, tras una breve discusión, accedo a pagarte el precio del mercado y te ordeno entregar el trigo a… digamos que a la legión de Glevum. ¿No preferirías aceptar mi precio a tener que atravesar toda Britania para cumplir tu contrato?

—Eso no es más que otro método de coacción. —Me revolví, inquieto—. ¿No hay una manera mejor de evitar las estrecheces para los nativos y los posibles problemas para nosotros?

—La hay —dijo Cato, pensativo. Le temblaron los párpados—. Se dice, legado, que posees una fortuna personal considerable. Tal vez podrías permitirte pagar de tu bolsillo la diferencia entre los dos precios. Eso, al menos, mantendría a los nativos felices.

Me tensé, indignado. La trampa era obvia y muy tosca.

—Gracias, Cato. No deseo que en Roma se comente que estoy sobornando a los nativos para ganarme su favor. El Príncipe podría malinterpretar mis motivos.

Me puse en pie, realmente furioso con aquel presumido que, en un estado tan temprano de nuestra relación, había tratado de enredarme en sus intrigas de alcantarilla. ¡Menuda carta hubiera escrito a Nerón si yo hubiera sido lo bastante idiota para acceder a su propuesta! Se dio cuenta de mi indignación y empezó a seguirme, desdiciéndose y disculpándose. Lo interrumpí dándole fríamente las gracias por sus consejos y despidiéndolo aún con mayor frialdad.

Enrojeció todavía más y trató de morder como un zorro acorralado.

—Si realmente quieres solucionar injusticias, legado, te sugiero que examines los métodos de tu propio departamento. Todo el mundo sabe que las legiones y los auxiliares usan medidas de grano falsas para pesar el trigo confiscado cuando los campesinos lo entregan. ¡Un robo descarado, y por parte de tus propios soldados!

—Si eso es cierto, Cato, lo solucionaré —dije, con expresión pétrea—. Adiós.

4

Antes de salir de Londinium escribí tres cartas, cada una a un destinatario diferente, que fueron mis primeros tres despachos a Roma. La primera, dirigida al Príncipe, contenía un informe detallado sobre asuntos confidenciales relativos a la política, y peticiones de decretos en casos que estaban más allá de mis poderes o para los que no existían precedentes. La segunda, dirigida a Burro, trataba de asuntos rutinarios de la administración; rentas, equipamiento, paga y ascensos en el ejército y la flota. La tercera era un informe de la situación dirigido al Senado. La carta a Nerón la redacté yo mismo y la escribí con mi propia mano; los secretarios prepararon las otras. Aproveché aquella oportunidad para señalar la escasez e incompetencia de la guardia personal del gobernador de Britania y pedir permiso a Nerón para desvertebrar la formación existente y reclutar una nueva cohorte mixta. También le pedí la aprobación de mis planes para trasladar la base de la flota en Gesoriacum.

Entonces, aplazando sumariamente peticiones y litigios, partí para Camulodunum.

Los miembros del Consejo Provincial empezaron a llegar desde las tribus más cercanas, cada uno con su séquito de consejeros y seguidores. Algunos se alojaron en el albergue oficial; otros eran invitados de los nobles trinovantes; y los hombres de estatus excepcionalmente alto, como Gogidumno, rey de los regni, instalaron sus propios pabellones en los campos que rodeaban la ciudad. Les di audiencia a todos por separado, traté de valorar su carácter y capacidad y, al mismo tiempo, desplegué todo mi encanto para producir una impresión favorable. El buen funcionamiento de mi gobierno dependía en gran medida de la buena voluntad del Consejo; este contaba con la autoridad de Roma para designar personas que investigaran cualquier denuncia contra mí y podía, si lo deseaba, instigar una acusación formal que conduciría a un juicio ante el Senado romano. Tales casos no eran infrecuentes, como le había indicado a Vespasiano. Hasta el momento, el Consejo de Britania parecía haber aprobado a sus gobernadores y yo no tenía ninguna intención de convertirme en la primera excepción.

Juzgué varios pleitos, ninguno de interés, y entonces, repentinamente harto del tedioso ambiente de los tribunales y los despachos, decidí hacer una visita relámpago a Lindum, la fortaleza de legionarios más cercana. Acompañado solo por tres tribunos, un secretario, el liberto responsable de mi servicio personal y unos cuantos esclavos, todos montados, con caballos de

carga transportando las raciones y ropa de recambio, y escoltado por la desaliñada tropa de mi guardia personal, emprendí el viaje por la Vía del Norte, durmiendo en tres posadas de carretera y llegando a Lindum por la mañana del cuarto día. La gran fortaleza se erguía sobre una suave colina y, bajo las pesadas nubes, parecía algún monstruo oscuro y achaparrado de la mitología britana regresado de los albores del tiempo. La muralla cuadrada, cada lado de un cuarto de milla de longitud, se elevaba desde un enorme foso hasta una corona de estacas, que doblaba la altura de un hombre, hecha con troncos de roble cortados en los bosques. A lo largo de la muralla se erguían las torres de vigilancia a intervalos regulares; entre ellas había plataformas de tierra que sostenían ballestas y catapultas, cuyos palos oscuros se elevaban hacia el cielo como dedos interrogadores.

Había despachado a un mensajero para avisar de mi llegada a Quinto Petilio Cerialis, legado de la Novena Legión Hispana; no deseaba que creyera que intentaba atraparlo desprevenido. Me recibió en la puerta, me acompañó directamente a una bien provista casa de baños y me proporcionó una comida excelente. A continuación, limpio y descansado, le acompañé a los terrenos de maniobras en el exterior de la estacada para pasar revista a sus tropas.

Además de la legión, la guarnición de Lindum constaba de tres regimientos de caballería y cuatro cohortes de infantería. Su dotación total, entre legionarios y auxiliares, era de más de nueve mil hombres. A excepción de un destacamento mixto compuesto por mil hombres, que se encontraba en una patrulla rutinaria por los campos del norte, todos los hombres estaban en formación. Pasé una tarde muy interesante observando sus maniobras y ejercicios, y me sentí complacido con lo que vi. Estaba claro que los soldados al mando de Cerialis sabían usar las armas, conocían las maniobras y estaban en buena forma. No pude ver rastro del descontento reflejado en los informes de inteligencia de Burro, pero cuando felicité al legado en sus habitaciones aquella noche, fue él mismo quien mencionó el tema.

—Los hombres son bastante eficientes —dijo malhumorado mientras se desabrochaba la funda de la espada y se la arrojaba a un siervo—. Es normal, después de tantos meses de entreno y concentración. Pero están empezando a oxidarse. ¿De qué sirve mantener las jabalinas afiladas si nunca las usamos?

—Háblame de tus problemas, Cerialis —dije suavemente—. Sé un poco de todo esto y tal vez pueda ayudarte.

Cerialis se sentó, con los codos en las rodillas, las manos apretadas y los músculos de sus antebrazos flexionándose como serpientes furiosas.

—Hace un año —dijo—, puse en práctica un programa de entrenamiento para esta guarnición mucho más exigente de lo que es habitual en el servicio. Puedes imaginar hasta qué punto era duro. Los hombres me respondieron porque les dije que cuando estuvieran a la altura de mis exigencias, verían algo de acción. En este momento, supongo que son la fuerza mejor entrenada de Britania, y lo han sido durante meses.

Hizo una pausa y contempló el brasero.

—Pero las operaciones en Britania han cesado; la situación en todas las fronteras es estática; y te han prohibido adentrarte en territorios tribales, ¿no es así? —dije.

—¡Sí! —gritó—. No solo eso, sino que mi zona de patrulla ha sido constantemente restringida. Supongo que el gobierno tiene miedo de que ver a un soldado romano pueda herir los sentimientos de los nativos.

—Hay una política detrás de todo esto, Cerialis.

—¿De veras? —preguntó amargamente—. Me gustaría que me la explicaras. No pretendo ser ofensivo, Paulino; estas cosas estaban decididas antes de tu llegada. Pero ¿tendremos que seguir atados para siempre? En el oeste parece haberse llegado a un punto muerto, lo que no es sorprendente: es un país difícil y montañoso que tardaremos años en someter. ¿Por qué no mantenemos estable el oeste y atacamos en el norte? Lo tengo todo pensado. Mira…

Se puso en pie de un salto, con la furia ahogada por el entusiasmo, y extrajo un mapa de su tubo de metal. Con un gesto del brazo lo desenrolló y lo fijó a la mesa con una daga. Era una ampliación de los mapas de costumbre, que mostraba Britania desde las Marismas hacia el norte, con muchos añadidos proporcionados por las patrullas y los espías.

—Este es el plan que envié a Veranio Nepos: una columna fuerte, una legión y los auxiliares de soporte, avanzaría cincuenta millas hacia el norte, desde Lindum a una cuidad brigante llamada Eboracum. Mis agentes nativos dicen que se trata del fuerte tribal de costumbre, con foso y estacada, y que puede tomarse fácilmente. Ese sería nuestro primer objetivo. Al mismo tiempo, creo que otra columna debería partir desde Viroconium a través de Deva, en paralelo a la mía pero al oeste de las colinas, para distraer a parte de las fuerzas tribales. Cuando Eboracum sea capturada, pueden reunirse con nosotros para construir una fortaleza, que sería la base del avance hacia el objetivo siguiente.

Esperó, con los ojos brillantes, y la cara reluciente de sudor e impaciencia.

—¿Y quiénes serían tus enemigos, Cerialis? —dije.

—Primero —repuso—, nos enfrentaríamos a una tribu llamada los parisios, justo al norte. Luchan sobre todo con carros de combate. Una batalla para auxiliares. Entonces nos encontraríamos con los brigantes.

—Ah —dije—. Los brigantes. Una historia completamente distinta. ¿Sabes algo de ellos?

—Sí —dijo con impaciencia—. Algunos de mis centuriones y veteranos hicieron una marcha a las colinas con la legión al mando de Nasica. Capturaron fuertes brigantes cuando estábamos ayudando a esa Cartimandua a recuperar su trono hace unos años. Son una tribu fuerte, están bien armados y luchan como lobos; pero nos hemos encontrado con salvajes mejores y los hemos derrotado. ¿Qué pasa con ellos?

Tamborileé con mis dedos en el mapa y busqué palabras con las que frenar a aquel soldado brillante y testarudo, palabras que inevitablemente le decepcionarían pero que no quería que lo amargaran. Tarde o temprano tendría que enterarse de mis inminentes operaciones en el oeste; tanto daba si se lo decía ahora. Despedí a los guardias y siervos de la habitación. Al describir mis planes, subrayé la importancia de su papel para guardar las espaldas de mis ejércitos, en alerta constante para enfrentarse a cualquier signo de inquietud en las zonas ocupadas. No le hablé de la planeada anexión del reino iceno, pero di a entender que podía esperarse una insurrección en el este mientras yo marchaba hacia Mona. Le indiqué que sus tropas tendrían todo el trabajo que pudieran desear; en aquel punto, al menos, tenía yo más razón de la que suponía.

Cerialis no estaba satisfecho cuando nos dirigimos a los dormitorios. Sin embargo, parecía bastante resignado con su papel secundario y con la vaga promesa de escaramuzas menores y trabajo policial. Me volví junto a la puerta y le apoyé una mano en el hombro.

—Un último consejo, Cerialis. No creo que vayamos a entrar en campañas mayores durante este año, probablemente hasta la próxima primavera. Es mucho tiempo para mantener a los hombres en tensión constante. Deja que se relajen un poco; concede permiso a algunos. Y tú también descansa un poco. Lucharéis mejor cuando llegue el momento.

Suspiró y sonrió.

—Por supuesto, tienes razón, Paulino. He exagerado. Pero ¿tendrás en cuenta mi plan? Después de todo, cuando hayas acabado con los siluros y los ordovicos, no nos quedará nadie más que los brigantes.

—No lo olvidaré, Cerialis —le aseguré gravemente—. Que duermas bien.

5

En Camulodunum, el Consejo Provincial ya se había reunido. Concerté una entrevista privada con el Pontífice, Epático de los atrébates.

Su hijo de Tasciovano de los catuvellaunos, y hermano menor del famoso Cunobelin, gobernaba a los atrébates por derecho de conquista. Cunobelin lo había enviado, cuando era joven, a invadir el reino de Verica y sostenerlo como aliado del reino catuvellauno, cuya capital estaba entonces en Camulodunum. Epático, en una campaña breve y brillante, derrotó a Verica, lo envió al exilio, sometió a los atrébates y ocupó el trono. Cuando murió Cunobelin, en el año de la Conquista, se convirtió en gobernante independiente durante un breve tiempo hasta que su reino fue barrido por el empuje arrollador de Vespasiano en el sur de Britania. Reconociendo sabiamente que Roma había venido para quedarse, llegó a acuerdos con los conquistadores, adoptó rápidamente nuestro sistema de administración municipal para su capital, Calleva Atrebatum, y, como magistrado y consejero, continuó dirigiendo los asuntos tribales, bajo nuestra supervisión pero con una autoridad apenas menor que la que disfrutara como monarca. Tenía ya casi setenta años, y era un firme aliado y ciudadano de Roma.

Me cayó bien a primera vista; era un anciano atractivo, erguido, con la nariz afilada, ojos azules y penetrantes y una melena de pelo blanco. Tratamos de la reunión inminente en un ambiente muy cordial, y acordamos ciertos puntos de procedimiento. Después, paseando juntos por los jardines llenos de escarcha de la Casa del Gobierno, llevé la conversación al tema de las relaciones con el gobierno de las tribus de las zonas ocupadas. Descubrí que era generoso con sus opiniones, franco y directo.

—Los britanos detrás de las fronteras nos hemos resignado al dominio romano —dijo—. Casi todos encontramos la vida más fácil ahora que en los viejos tiempos. Podemos sembrar nuestras cosechas con la seguridad de recolectarlas, y apenas nos damos cuenta de que la mitad de la cosecha se pierde con los impuestos. Es un buen precio que pagar por vivir en paz con nuestros vecinos.

—Parece que casi lamentas no poder iniciar guerras privadas cuando te apetezca, Epático. ¿Están realmente muertas las antiguas hostilidades? Por ejemplo, tu pueblo, emigrante de la Galia, se estableció en Britania por derecho de conquista hace poco más de un siglo. ¿Os encontráis cómodos entre los nativos a los que desposeísteis?

—Todavía desconfiamos de ellos, legado. Esos descendientes de los antiguos britanos son poco de fiar. Sus mentes son oscuras bajo la piel clara, llenas de odios antiguos, recordando siempre oscuras glorias del pasado. Nosotros los sometimos; Roma los conquistó; pero en su fuero interno, nunca han aceptado nada de eso.

—Creo que tienes prejuicios, Epático —dije pensativo, porque aquel punto de vista era nuevo—. Los trinovantes, en cuyo territorio nos encontramos, son pacíficos, cooperativos, pagan sus impuestos y son una de las tribus más civilizadas de Britania. No piensan en las enemistades antiguas.

—¿Eso crees? —Me miró de reojo por debajo de las hirsutas cejas, se detuvo y se apoyó pesadamente en su bastón, con la cabeza inclinada mientras meditaba—. Legado, no llevas aquí mucho tiempo. Tal vez aceptarás el consejo de un anciano que ha visto cómo las hogueras del odio de britanos contra britanos, intensas y muy extendidas, eran aplastadas bajo las herraduras de hierro de tus legiones. Crees que las antiguas chispas están apagadas. Es posible. Pero las ascuas pueden haberse solidificado bajo el peso hasta convertirse en una bola de fuego dispuesta a quemar el pie que las oprime. Tus preciosos trinovantes no están tan contentos como tú crees.

—¿Por qué, Epático?

—Pregunta a tus veteranos en esta colonia. Da un paseo por sus granjas y compara las tierras que han ocupado con las concesiones oficiales firmadas por tu gobierno. Pregunta a los Augustales de Camulodunum. ¿De dónde sale el dinero para mantener el templo de la Victoria, un edificio mayor y más magnífico que ninguno de la Galia? Después envía a tus espías a vivir entre los trinovantes, en sus pueblos, y que escuchen las conversaciones de la gente en tabernas y campos, en curtidurías y fábricas de ladrillos.

El anciano apretó los labios, golpeó bruscamente en el suelo con su bastón y me miró de reojo, evidentemente con miedo a haber dicho demasiado. Le apoyé una mano tranquilizadora en el hombro.

—Lo haré, Epático. Dime qué encontraré.

—Ya he hablado suficiente, legado. Es hora de regresar a mi campamento. ¿Tengo tu permiso?

No hubo forma de hacerle decir nada más y se alejó, dejándome perplejo y preocupado. La conversación me resultó lo bastante inquietante como para llamar a mi jefe de espías y pedirle que compilara, a partir de los archivos del Consejo de Camulodunum, una lista de las concesiones oficiales de tierra otorgadas a todos los veteranos de la colonia. Después, a partir de los archivos del magistrado de finanzas, debía buscar la valoración fiscal de cada parcela

individual. Una comparación de las dos cifras me revelaría si la apropiación no autorizada de tierras estaba tan generalizada como había insinuado Epático.

El segundo punto requería un manejo delicado. Los Augustales de Camulodunum, que no solo dirigían la religión oficial de la colonia, sino que supervisaban el culto general a la divinidad del Príncipe en toda Britania, eran los principales defensores de la autoridad de Roma en la provincia. Su prestigio en Britania era inmenso, y su influencia en Roma nada despreciable; intervenir directamente en sus asuntos era invitar a una queja al Príncipe en su capacidad de Sumo Pontífice. Finalmente, decidí reunir a los seis magistrados augustales con el pretexto de discutir las ceremonias religiosas relativas a la reunión del Consejo Provincial.

Cuando terminamos de tratar sobre los detalles de unos ritos complicados e interminables, me volví al más hablador de los magistrados, un alegre liberto que había amasado una fortuna en las fundiciones de metal locales.

—Los sacrificios y ofrendas que habéis planeado resultarán muy caros —dije—. Espero que los fondos del templo no se resientan demasiado.

El hombre sonrió.

—No temas, noble Paulino. El templo de la Victoria puede permitirse eso y mucho más.

—Confieso que estoy sorprendido. Unas celebraciones tan magníficas pondrían a prueba los recursos de la misma Éfeso. Debéis ser hombres muy ricos.

Los halagos surtieron efecto.

—Los Augustales no somos pobres, noble Paulino. Nosotros ponemos nuestra parte, y los sacerdotes también ayudan.

—¿Los sacerdotes? —dije, con fingida sorpresa—. ¿Es que vuestros sacerdotes también son millonarios? Esto sí que es poco usual.

—Lo es. —Se inclinó hacia delante con aire confidencial, ignorando las miradas de desaprobación de los demás magistrados; era evidente que pensaban que aquel plebeyo era capaz de cualquier indiscreción—. Elegimos a casi todos nuestros sacerdotes de entre los príncipes y jefes de los trinovantes. Son ricos y leales a Roma, y deseosos de demostrar su lealtad, no solo en el servicio sacerdotal, sino también a través de generosas contribuciones de dinero y tierras para el culto del divino Nerón. —Sonrió—. Este sistema es una ayuda considerable para nuestras finanzas.

—Sin duda. Pero tu afirmación es curiosa. Siempre he pensado que vuestros paisanos eran algo agarrados con sus posesiones, y especialmente

reticentes a desprenderse de sus tierras. Los nobles trinovantes deben ser excepcionales.

Otro magistrado, un romano, interrumpió al liberto:

—Puedes estar seguro, legado, de que los trinovantes consideran sus contribuciones a nuestro templo no como una imposición, sino como un honor.

Lo miré. Era un hombre delgado y de mirada dura que desconfiaba del tono de mis preguntas. Llevé la conversación a terreno más seguro y los despedí poco después. Luego llamé a mi jefe de espías, Valerio Celso.

—Te relevo de tus otros deberes para encargarte una misión especial demasiado delicada para confiarla a nuestra sección de seguridad interna —le dije—. Escucha atentamente. Los Augustales de Camulodunum están cobrando impuestos a la nobleza trinovante. Estoy seguro de que los jefes estarán muy resentidos por ello, pero ese no es problema tuyo. Tu misión es infiltrar un agente que pueda tener acceso a las cuentas de los Augustales, descubrir cuánta tierra posee el templo y los nombres de sus anteriores propietarios, junto con los nombres de los trinovantes cuyas aportaciones religiosas sean particularmente elevadas.

Celso se rascó la cabeza.

—Será difícil, legado. Ya sabes cuánto cuesta investigar los asuntos de cualquier gremio, no digamos los de uno tan poderoso como el de los Augustales. Los escribas son seleccionados cuidadosamente, tienen que jurar que guardarán los secretos y sufren accidentes fatales si son indiscretos.

—Lo sé —dije con impaciencia—. Y, sin embargo, debe hacerse. Escoge bien a tu espía y asegúrate de que, si lo atrapan, nadie pueda rastrear sus conexiones.

—Muy bien, legado. —Celso saludó y se retiró, desconcertado y pensativo.

6

Dos meses más tarde recibí un informe sobre aquel asunto; revelaré ahora su contenido. El Templo era, desde luego, inmensamente rico, poseedor de granjas cedidas o donadas por los trinovantes en todas las partes del territorio. Celso no pudo obtener ninguna prueba de extorsión en la adquisición de dichas propiedades; todas ellas aparecían en las escrituras como donaciones voluntarias, y no había ningún jefe tribal concreto que hubiera hecho una

contribución sobresaliente. Había tratado de investigar las razones que se ocultaban tras aquella generosidad tan poco usual, y no había encontrado nada que fuera más allá de la lealtad ordinaria, un fuerte sentimiento religioso y a su agente, estrangulado, en el río.

Las investigaciones sobre las tierras de los veteranos se completaron aproximadamente al mismo tiempo. En aquel caso, las pruebas eran definitivas: casi sin excepción, los exsoldados tenían propiedades que excedían en mucho las concesiones originales, adquiridas simplemente desposeyendo a los campesinos britanos. En algunos casos, a los antiguos propietarios se les había permitido quedarse en sus granjas, trabajando como siervos de los colonos; en otros, los nativos habían sido expulsados por completo. Los archivos del Consejo contenían registros de pleitos instigados por britanos contra sus opresores que inmediatamente quedaban en nada; la Ley Provincial estipulaba que si un nativo demandaba a un romano, o viceversa, el juez debía ser de la nacionalidad del acusado. Aquello obraba a favor de los veteranos, cuyos magistrados no solo eran sus propios compañeros sino que probablemente eran también culpables del mismo delito que estaban juzgando. En los últimos tiempos no había habido acciones legales, pues los nativos habían comprendido la inutilidad de entablar pleitos caros que siempre fracasaban.

Aunque gran parte de la información era vaga y poco satisfactoria, una cosa estaba clara. Los trinovantes, jefes y campesinos, estaban siendo despojados de sus tierras y medios de vida por medios ilegales y que olían fuertemente a chantaje y opresión. Lo que ya estaba hecho no podía deshacerse; pero me hice el propósito de no tolerar más injusticias de aquella clase, no tanto por compasión hacia los britanos (después de todo, eran una raza conquistada y les correspondía pagar los frutos de la victoria), sino porque no quería ascuas en las zonas ocupadas que pudieran convertirse en hogueras cuando las legiones estuvieran combatiendo en los confines de Britania.

No había conseguido descubrir hasta qué punto ardía la chispa de la rebelión, si es que existía, y los servicios de inteligencia no me ayudaron. Medité durante largo tiempo buscando maneras de penetrar el muro de aparente amabilidad de los trinovantes, aunque mis expertos en seguridad interna insistían, con total confianza, en que estaba luchando con sombras. Simplemente, no podía creer que un pueblo que sufría una opresión tan extendida pudiera sentir otra cosa que odio hacia Roma, y la idea de un trinovante leal no me cuadraba.

CAPÍTULO 3

«*La seguridad de un reino depende más de sus alianzas que de sus ejércitos o riquezas*».
SALUSTIO

1

El Consejo Provincial se reunió en la basílica de Camulodunum. Leí mi edicto, que no causó ninguna reacción inmediata porque el procedimiento estaba regulado por una tradición rigurosa e intensamente formal. Después de que todos los miembros se hubieran levantado por turno para pronunciar sus discursos de bienvenida, llamé a los representantes tribales por orden de antigüedad para que presentaran las peticiones o quejas de sus tribus. Todos ellos, además de formular quejas menores, protestaron contra el precio fijado para el grano requisado. Aunque era poco habitual que un gobernador tratara de quejas concretas durante la reunión —los escribas las anotaban y el gobernador las estudiaba despacio—, sentí que era mejor responder de inmediato. Señalé que durante muchos años los precios exteriores del trigo habían sido más altos que los de Britania, y que casi todos los gobernadores habían actuado con generosidad pagando a los granjeros britanos según las tarifas imperiales. Los britanos que, durante años, no habían dudado en vender trigo al gobierno por mucho más de lo que les hubieran pagado sus propios compatriotas, y que se habían enriquecido en el proceso, no deberían tener objeciones cuando el mercado actuaba en su contra temporalmente. El remedio, les dije, estaba en sus propias manos: cultivar más cereal con métodos más eficientes hasta poder venderlo a los nuevos precios y seguir consiguiendo beneficios satisfactorios.

Los rostros mostraron insatisfacción e incredulidad. Los maldije en silencio. La reunión continuó, y soporté con resignación las incomodidades de una cámara fría y ventosa y el tedio de los largos discursos cuyo latín era a menudo apenas comprensible. Los oradores de origen galo, como los atrébates y los belgas, hablaban un latín aceptable porque su idioma era en muchos aspectos parecido al nuestro; pero las tribus aborígenes como la de

los regni, que usaban el antiguo idioma britano, más sibilante que ninguna lengua civilizada, encontraban grandes dificultades para expresar sus ideas en el lenguaje de los romanos.

Poco después del amanecer del día siguiente empezaron los rituales y sacrificios en el Templo, que se prolongaron durante toda la mañana. Epático, como Pontífice, dirigía los ritos con precisión y dignidad; las ceremonias fueron impresionantes y espléndidas. Las sesiones de poesía y concursos de elocuencia que ocuparon la tarde no se les parecieron en nada. Me alegré profundamente cuando se llevaron al último de los peores oradores para arrojarlo al río (una costumbre extraña, pero muy apropiada) y pude retirarme a mi casa a tomar una ansiada copa de vino.

El día siguiente estuvo dedicado a la celebración de competiciones atléticas, carreras de carros y un enorme mercado con su feria. En las carreras a pie, concursos de saltos y lanzamiento de disco y jabalina, participaban tanto romanos como britanos, y normalmente ganaban los romanos. Pero los conductores de carros eran todos britanos; conducían con gran habilidad sus vehículos ligeros de dos caballos en torno a un circuito ovalado trazado en los campos helados a las afueras de la ciudad.

El último día los consejeros me visitaron por turnos para discutir asuntos privados que afectaban específicamente a sus tribus o ciudades. De ese modo conocí a Prasutago, rey de los icenos. Los gobernantes aliados no eran miembros del Consejo Provincial, y asistían a sus deliberaciones solo por cortesía, pero los que deseaban ser considerados amigos nuestros procuraban acudir a los encuentros anuales, particularmente cuando había un nuevo gobernador presente. Trasutago conservaba pocos rasgos del guerrero que había desafiado a Escápula; aunque se mostró cortés, amable y deseoso de agradar, era un hombre débil y evidentemente enfermo. Su reina, Boudica, una mujer musculosa y sin modales que olía a sudor, se mantuvo al margen y no se molestó en disimular su desdén por mi entorno romano, mis compañeros romanos y mi persona romana. Los britanos suelen permitir a sus mujeres mucha más libertad de expresión y acción de la que se tolera en los países civilizados, un defecto que Boudica sabía aprovechar muy bien. La encontré, entonces y más tarde, completamente detestable.

Me ocuparé ahora de la segunda de las reinas aliadas: Cartimandua de los brigantes. No hace falta decir que había estudiado previamente los expedientes secretos de todos los representantes tribales, y el archivo de Cartimandua era muy largo. A la sazón, era una mujer de treinta y cinco años que tenía a sus espaldas una carrera vergonzosa de diecisiete años como reina.

Mientras observaba cómo su procesión se aproximaba a la basílica, recordé los detalles principales escritos en los pergaminos: «Reina de Brigantia, firmó la paz con Plaucio un año después de la Conquista… cuatro años después Escápula la reprendió por los ataques brigantes a territorio romano, probablemente instigados por su consorte antiromano Venucio; sus esfuerzos por controlar a sus súbditos provocaron una rebelión. Una columna al mando de Escápula invadió Brigantia y restauró el orden… Tres años más tarde, Cartimandua entregó al gobierno a Caradoc, hijo de Cunobelin, jefe guerrero y héroe britano, que se había refugiado en Brigantia tras ser derrotado por Escápula… Tres años después se convirtió en amante de Vellocato, el escudero de su esposo, y mató al hermano y a los parientes de Venucio. Este asumió públicamente el liderazgo de la facción nacionalista antiromana y se rebeló. Galo envió a una legión, derrotó a Venucio y restauró a Cartimandua…».

Traición, asesinato y adulterio. Y eso no era todo. Había entradas fechadas después de la partida de los sucesivos gobernadores, escritas en código en su expediente: «Amante de Aulo Plaucio… se convirtió en amante de Ostorio Escápula durante la primera revuelta brigante; el romance continuó hasta la muerte de Escápula… huyó a Viroconium al estallar la segunda revuelta brigante, cuando Didio Gallo se convirtió en su amante…». Estaba claro que nuestra leal aliada Cartimandua había adoptado ciertas costumbres romanas con verdadero fervor. Estaba predispuesto a que me resultara desagradable a primera vista.

2

Descendió de una litera envuelta en cortinajes escarlata y oro y me saludó sencillamente al estilo romano.

—Saludos, noble Paulino.

La miré fijamente, olvidando los buenos modales. Mi imagen mental de una buscona madura y ajada se disolvió ante la realidad de aquella reina hermosa y esbelta con cara de niña. El suave resplandor del bronce viejo brillaba en su cabello; sus ojos eran zafiros oscuros sobre los altos pómulos; y las comisuras de sus labios se tensaban en una sonrisa capaz de hacer flaquear las rodillas del propio Marte.

Para que nadie crea que me inflamo fácilmente, permitidme decir que en temas amorosos no me comporto ni como un chiquillo inmaduro que se postra

ante cualquier cara bonita, ni como un estúpido de mediana edad en busca de un romance. En mi juventud he complacido a la esposa de más de un senador y seducido a más de una de sus hijas; tal comportamiento es el que marca la moda. También he amado a algunos jovencitos, pero nunca hasta el punto de obsesionarme. El paso de los años, el servicio continuado en el campo y las ráfagas heladas de muerte, heridas y combates han enfriado la lava del deseo; los intereses de mi cabeza y mi corazón se reducen a mi carrera militar. No es que sea incapaz de relajarme; entre mi personal aún tengo a esclavas expertas en el amor y a muchachos atractivos, pero tales jugueteos son incidentes comparables a una visita a las letrinas.

De modo que no estaba en absoluto preparado para Cartimandua.

Le devolví su saludo, espero que con elegancia y dignidad. Cartimandua me presentó a sus consejeros y a un joven atractivo y enfurruñado de oficio indeterminado cuyo nombre era Vellocato. Me pregunté dónde ocultaría aquel individuo tan insignificante los atributos que habían expulsado de los volubles afectos de Cartimandua al formidable Venucio, sucesor de Caradoc y primer guerrero de Britania. Llegué a una conclusión vulgar e inevitable, y entonces, contemplando el rostro radiante y juvenil de la reina, descarté tal idea por mezquina y sórdida. Es cierto: Cartimandua ejercía tal efecto sobre los hombres.

La conversación siguió el habitual curso formal, mientras yo buscaba una excusa para un encuentro más privado sin provocar comentarios inconvenientes. Finalmente, con el pretexto de discutir un problema menor sobre límites territoriales que requería consultar el tratado original de Plaucio con Brigantia, la conduje al interior de la basílica y recorrimos la cámara, uno junto al otro, mientras nos traían los papeles.

—¿Sabes hablar griego? —dijo Cartimandua suavemente. Me había hablado en griego y buscaba la sorpresa en mi cara, sin éxito; mis poderes de asombro estaban ya aturdidos—. Al discutir los asuntos de estado tenemos que tener cuidado, noble Paulino —continuó, todavía en voz baja, mientras fingía admirar un busto de Nerón que dominaba el ábside oriental—. Mis asistentes solo hablan su propia lengua y algo de latín. ¿Y los tuyos?

Contemplé el grupo de tribunos y guardias que habían entrado en la basílica con nosotros. La mayor parte de los oficiales hablaban griego como segunda lengua. Vacilé. Se acercaron unos secretarios, portando el pergamino, largo y de escritura apretada, que regulaba las relaciones de Brigantia con Roma. Señalé el estrado del magistrado en el ábside; desplegaron el pergamino sobre una mesa, pusieron pesos en los extremos y

se retiraron. Brevemente, ordené al tribuno de guardia que mantuviera a distancia a los soldados y asistentes e invité a Cartimandua a subir al estrado. Con una brusca orden a sus propios guardias, brigantes musculosos vestidos de malla reluciente que parecían reticentes a alejarse de ella, Cartimandua ascendió los escalones, ocupó majestuosamente el asiento de mármol y aparentó interesarse sobremanera por el preámbulo del tratado.

Bajo la mirada pétrea de Nerón, la expresión imperturbable de sus guerreros, las ojeadas inquisitivas de sus consejeros y la mueca furiosa de Vellocato, hablamos durante largo rato, siempre en griego, de fronteras, alta política y finalmente de amor. Dadas las circunstancias, esto último me resultó muy difícil, y la tensión de tener que presentar una apariencia de normalidad mientras hacía proposiciones amorosas a una mujer hermosa e inteligente en el mismo lenguaje del amor se hizo demasiado fuerte. Por fortuna, la llegada de Gogidumno de los regni con su séquito me proporcionó una excusa para terminar nuestra conversación. Conduje a la reina de nuevo hacia su séquito y empecé las despedidas ceremoniales. En los ojos de Cartimandua, al despedirse, brillaba cierta diversión y una total apreciación de mi confusión y mi alivio.

Tenía muchas cosas en que pensar.

3

El descanso de una noche me devolvió la cordura y puso a la reina de Brigantia en su justa perspectiva. Desde su traición al líder britano Caradoc, Cartimandua era probablemente la mujer más impopular de Britania, pero todavía gobernaba la tribu más poderosa del país y seguía siendo aliada de Roma. Aquello era política de alto nivel, una habilidad diplomática digna de una Cleopatra. Cartimandua, según los datos cifrados en su expediente, utilizaba el juego del amor como un medio agradable para sus fines políticos. La reflexión de la mañana me llevó a decidir que el asunto del día anterior, un capullo que prometía florecer espléndidamente, podría seguir el mismo patrón de utilidad mutua.

Habíamos comentado, con cautela, el tema de las minas de plomo de Anavio. Había demostrado a Cartimandua que la riqueza potencial del distrito estaba explotada muy por debajo de sus posibilidades, porque cualquier intento a gran escala de extraer el mineral por parte de los cornovios o de los propios brigantes llevaba inmediatamente a trifulcas intertribales sobre el

derecho de posesión. Ella estuvo de acuerdo. Le había señalado las ventajas de alquilar las minas al gobierno romano. Se le aseguraría una renta estable; sus súbditos no tendrían que trabajar en las minas a expensas de la agricultura, y los problemas con sus vecinos acabarían. Los derechos proporcionales sobre el mineral podrían decidirse, le sugerí, en una reunión entre el gobierno y ambas tribus. Ella había fingido dudar de si le pagaríamos tanto por el alquiler como lo que los brigantes obtenían ya por sus propios esfuerzos, el preludio normal al regateo comercial y político inevitable en aquella clase de tratados.

No había hecho ningún avance relativo a asegurarme su neutralidad durante la inminente campaña contra los ordovicos. Su lealtad personal a Roma, basada en el interés propio, era incuestionable; el elemento dudoso estaba en una facción antiromana de Brigantia, pequeña pero poderosa, acallada pero no erradicada durante la rebelión de Venucio. A la sazón, de acuerdo con nuestros informes, el control de la reina era total. Pero no estaba claro que pudiera impedir que sus fanáticos atacaran los flancos del ejército romano, ocupado con otro enemigo. ¿Y dónde estaba Venucio? Había huido, cinco años atrás, al lejano norte más allá de las fronteras brigantes y del alcance de nuestros espías, que, sin embargo, eran capaces de reconocer su mano y su planificación en varios levantamientos menores que inquietaban al reino de vez en cuando. No era un hombre capaz de renunciar fácilmente al poder y riqueza de Brigantia, y, por lo que sabíamos, podía ser capaz de reunir a sus fuerzas y atacar mientras mis legiones estaban ocupadas en otra parte. Resolví que en nuestro siguiente encuentro trataría de sonsacar a la reina información sobre su antiguo consorte.

Nos encontramos a la mañana siguiente, cuando yo ejercitaba a mis caballos en la calzada de Lindum. Un cortejo se aproximó velozmente, con Cartimandua en cabeza conduciendo un carro de dos caballos. Indiqué a mi escolta que le abrieran paso. Ella frenó sus caballos con un movimiento elegante y casi imperceptible de manos y muñecas, y me saludó alegremente.

—¡Noble Paulino! ¿Podemos tener el honor de tu compañía hasta Camulodunum, o estás ya ocupado, en esta hora tan temprana, con sus asuntos de estado? —Sus ojos azules centelleaban como gotas de rocío bajo el sol del amanecer.

—Saludos, reina de Brigantia. —Adopté su tono jovial—. Estoy ejercitando mis caballos… una ocupación mucho más importante que los asuntos de estado.

Los mozos, al recibir la orden, mostraron los caballos: cuatro grises astures, cuatro grandes bayos alemanes y dos sementales ilirios de constitución hermosa y temperamento incierto. Mi propia montura era un robusto castaño, cruce de galo y astur, con muy buena predisposición y soberbiamente adiestrado. Me enorgullecía de mis establos; no los había mejores en el ejército romano. Su contraste con los ponis pequeños y de pelaje áspero de la escolta brigante de Cartimandua era como el abismo entre Bucéfalo y un asno de granja.

Cartimandua observó mi mirada de comparación, rápida y despectiva. Apretó los labios, y luego se echó a reír.

—¿Te gustaría, noble Paulino, montar en mi carro y probar mis caballos? En tamaño, aspecto y raza no pueden compararse con tus bestias, pero no son inadecuados para sus pobres propósitos.

El protocolo que dirigía las relaciones entre gobernadores romanos y reyes aliados, aunque era muy extenso y detallado, no definía la etiqueta relativa a las invitaciones a montar en carro de guerra. Pero no vacilé ni un momento. El desafío de Cartimandua era inconfundible.

—Nada me complacería más. —Desmonté y ordené a mi escolta que esperara. La reina conducía una versión elaborada del carro de guerra tribal, un vehículo ligero de dos ruedas y estructura de madera de fresno, con cuerpo de varas de sauce entrelazadas. El timón estaba recubierto de una lámina de bronce decorada con grabados; medallones de plata y placas de esmalte brillante tachonaban la estructura. Los radios de las ruedas alternaban los colores dorado y escarlata, y los bordes de los ejes acababan en orificios cuadrados y vacíos, desgastados y ennegrecidos por el uso.

Apoyé la mano en el asidero que sobresalía del carro. Vellocato, en pie junto a Cartimandua, no hizo ningún movimiento para desmontar y le murmuró algo al oído, furioso. La reina se volvió hacia él. Todos los rasgos de su hermoso rostro se alteraron durante un segundo aterrador. Pude apreciar la terrible ferocidad de una Medusa y comprendí, por primera vez, por qué Cartimandua seguía siendo la reina de Brigantia. Dijo algo en voz muy baja en su propio idioma, y Vellocato desmontó sin más palabras.

Ocupé el lugar del otro hombre. Cartimandua dijo algo a sus caballos, roanos de cabeza delgada, más altos que la mayor parte de animales britanos, cuyos pelajes estaban afeitados y relucientes, y estos emprendieron el galope. Mi escolta se quedó donde estaba, como le había ordenado, pero los guerreros brigantes cabalgaron detrás de nosotros en formación de media luna. La reina sonrió levemente, flexionó las riendas y las sacudió. Los caballos salieron

despedidos como proyectiles de una catapulta y galoparon por la calzada hacia Camulodunum. El ligero vehículo se balanceaba y brincaba, y al aumentar la velocidad, parecía a punto de emprender el vuelo. Los guardias de la reina, que gritaban, hacían señales y azotaban a sus caballos, se convirtieron en puntos lejanos.

Agarrado fuertemente a la barra, aparté de mala gana la mirada de la calzada, que avanzaba frenéticamente hacia el carro, y me volví hacia Cartimandua. Su cabello castaño y su capa esmeralda flotaban iras ella como estandartes gemelos; sus brazos extendidos y sus manos hábiles manejaban las riendas, flexionando las bridas que acariciaban las bocas de los caballos como dedos amorosos; un color como el del alba le iluminaba las mejillas, y en su rostro se reflejaba toda la alegría de vivir.

Miró hacia mí y se echó a reír.

—Toma las riendas. ¡Muéstrame cómo conduce un romano!

No soy un auriga. Como casi todos los senadores, en mis años de juventud frecuentaba los establos de Azules y Verdes en el hipódromo, imitaba los modales y el estilo de los campeones populares y practicaba con mis compañeros mientras los profesionales nos observaban con condescendencia. A veces Hierax o Antíloco se dignaban ofrecer algún consejo a sus nobles emuladores. Sin embargo, de aquello hacía mucho tiempo; no estaba seguro de poder controlar aquel violento cascarón. Pero los caballos estaban bien equilibrados y eran obedientes; sus bridas respondían a la presión de mis manos con la suavidad de la seda. Podría manejarlos.

Entonces la estupefacción sustituyó al alivio. Cartimandua se inclinó, se aflojó las sandalias, soltó el broche dorado que le sujetaba la capa y la dejó volar como una hoja al viento. En un abrir y cerrar de ojos saltó la barra, recuperó el equilibrio y echó a correr descalza sobre el timón. Acarició los caballos entre las orejas y regresó, tan ligera y segura que el palo de madera tambaleante sobre el que caminaba podía haber sido la roca de Petra bajo sus pies.

Se dejó caer en el carro, tomó la riendas e hizo girar a la pareja en un arco aterrador que dio la vuelta al carro dentro del límite de la calzada. El vehículo derrapó y se detuvo.

La estupefacción y el sobresalto me habían dejado sin habla, como a un paleto cualquiera. La miré sin decir nada. Los ojos de la reina estaban llenos de lágrimas; le temblaban los labios. Saltó hacia mí y apretó el cuerpo contra el mío.

—¡Ahora! —susurró—. ¡Ahora!

Miré a ambos lados de la calzada, de norte a sur. Estaba vacía.

4

Atrapado como un chiquillo inexperto, me dije malhumorado mientras cabalgaba de regreso a la capital. Conquistado y hechizado por una mujer encantadora y obstinada capaz de añadir unas armas muy poco usuales, las acrobacias de una auriga, a su ya poderoso arsenal. Unos trucos tan viejos, me recordé a mí mismo con amargura, que el mismo César los había conocido y descrito en su historia de las expediciones a Britania.

Nos habíamos reunido con nuestras escoltas, despedido educadamente y seguido nuestros respectivos caminos. Pero Cartimandua, tras nuestra excéntrica unión en el carro, me había hecho prometerle que la visitaría aquella noche, en su pabellón del campamento brigante durante la segunda guardia. Me había dicho que sus hombres serían escogidos por su discreción y advertidos de mi visita. Mi propia escolta debía ser pequeña, de lo contrario su gente podría alarmarse. Una precaución obvia, pensé con sarcasmo; uno no acude a sus citas amorosas con una cohorte y una banda. Por lo menos, podría combinar el placer con los negocios y, con un poco de suerte, sacar algo de capital político de las transacciones nocturnas.

Después de oscurecer, acompañado solo por el centurión de mi guardia personal y un liberto de confianza, cabalgué hacia el campamento de Cartimandua bajo una tormenta de granizo. Sus asistentes eran pocos; las ceremonias a mi llegada se limitaron a las necesarias para mi comodidad, y pronto nos dejaron solos. Me había pasado la tarde estudiando con detalle todo el papeleo relativo a las minas de plomo de Anavio y las copias de la correspondencia entre el procurador y Claudio de Esmirna, en Roma, sobre la suma anual que pagaríamos por el alquiler. Iba bien equipado con hechos y cifras, dispuesto a una negociación dura.

Podía haberme ahorrado la molestia.

Cartimandua no estaba de humor para hablar de política: lo máximo que pude sacarle fue una promesa de tratar del tema si la visitaba en Isurium Brigantum, su capital. A partir de allí, las horas hasta el amanecer transcurrieron de un modo que merecería ciertamente una entrada cifrada en su expediente en cuanto yo abandonara Britania.

5

Tras la partida de Cartimandua, empecé a sentirme impaciente por abandonar Camulodunum y dirigirme a la frontera. Cada día me irritaba con el trabajo que me retenía en la capital. En primer lugar, promulgué un edicto anunciando la celebración de un censo de toda la provincia, un acontecimiento quinquenal aplazado por la muerte de Veranio y que ya llevaba mucho retraso. El censo, una labor concienzuda y ardua que incluía un estudio de la extensión, carácter y propiedad de las tierras, servía de base para el cálculo de los impuestos sobre la propiedad, y también exigía detalles de otras formas de riqueza para el cálculo del impuesto sobre la renta. Ningún individuo, ciudadano romano o nativo, jefe o colono, escapaba a sus investigaciones. Y el momento y las circunstancias lo convertían en un medio conveniente de volver a atacar el impenetrable secretismo de los trinovantes.

Era responsabilidad mía nombrar a un oficial del censo con rango de caballero ecuestre que, con información y cooperación de los magistrados locales, valoraría cada distrito fiscal. El distrito de Camulodunum incluía todo el territorio trinovante. Pensé que un oficial del censo competente, bajo el pretexto de calcular los ingresos y con la ayuda de agentes de inteligencia adiestrados, podría descubrir muchas cosas que no tenían nada que ver con los impuestos. Tras consultarlo con el procurador, elaboré una lista de oficiales, algunos de su propio departamento y otros cedidos por el ejército.

Entre estos últimos seleccioné a Gneo Aurelio Baso, prefecto de la Segunda Cohorte Astur destinada en Glevum, un joven al inicio de su carrera ecuestre, que se había distinguido por su valor y astucia en sus servicios al mando de su cohorte en la turbulenta frontera con los siluros. Baso acudió a Camulodunum en respuesta a mi llamada urgente. Mis agentes habían preparado un resumen escrito sobre el fenómeno de la aparente conformidad de los trinovantes bajo la extorsión descarada, y permití que lo leyera. A continuación, le pedí su opinión.

Baso me respondió con una pregunta.

—La expropiación de tierras por parte de los colonos está confirmada. La opresión de los Augustales se sospecha, pero no se ha demostrado. ¿Hay alguna evidencia de la reacción de los propios trinovantes ante cualquiera de las dos cosas?

Me volví al secretario responsable de la seguridad interna para que contestara.

—No hay nada que podamos interpretar de forma razonable como conspiración contra el Estado —dijo el liberto, revolviendo sus papeles—. Hemos observado gran cantidad de quejas, sobre todo contra los impuestos, lo que es habitual. Hay mucho tráfico en los dos sentidos a través de la frontera con los icenos; pero eso no es ilegal y no hay signos de contrabando a gran escala o de otros intentos de evadir los impuestos de aduanas. No hemos encontrado nada sospechoso, excepto tal vez un incidente… —Se interrumpió y dejó un papiro sobre la mesa.

—He visto ese informe —dije—. En mi opinión, se corresponde con lo que estamos tratando de descubrir. —Me dirigí a Baso—. Encontramos a uno de nuestros agentes nativos, mortalmente herido, en las afueras de un bosque no lejos de aquí. Balbuceó algo sobre druidas y sacrificios humanos antes de morir. Podía estar delirando; personalmente, creo que tropezó con una de esas ceremonias religiosas ilegales, fue atacado y dacio por muerto.

—¿Qué deseas que haga? —dijo Baso.

—Principalmente, dirigir el censo del distrito —repuse—. El departamento de finanzas te hará llegar las instrucciones escritas. Como oficial del censo, tendrás la colaboración de magistrados y jefes de tribus y pueblos de todo el territorio. Podrás viajar por todas las aldeas, bosques y campos e interrogar a cualquiera sin llamar la atención. Esta gente ha tratado ya con oficiales del censo y está acostumbrada a sus preguntas. Quiero que busques cualquier cosa, repito, cualquier cosa, que pueda indicar la existencia de asociaciones antirromanas, sectas druídicas, tráfico de armas o conspiración con los icenos. ¿Está claro?

—Sí —dijo Baso—. ¿Con qué asistencia contaré?

—Tendrás la escolta militar de costumbre, personal administrativo y siervos, incluyendo a seis de nuestros mejores agentes, todos nativos.

—Puedo enviarlos a hablar contigo en cuanto lo desees, noble Baso —añadió el secretario—. En secreto, por supuesto.

—Los veré mañana —dijo Baso—. Legado, ¿puedo escribir a Glevum para llamar a tres de mis soldados con cierta aptitud para estos trabajos y llevármelos como parte de mi escolta?

—Sí —repliqué—. Y creo, Baso, que encontrarás la respuesta, si es que existe, no en los pueblos, campos o tabernas, sino en los bosques cercanos a la frontera con Icenia.

—Sí, legado, yo también lo creo. Si hay traición, la descubriré.

—Espero que encuentres a tu presa. Que Diana te ayude en tu búsqueda.

Mi secretario recogió sus papeles con aire sombrío. Era un siervo valioso y fiel, que se sentía fácilmente herido ante el menor desaire. Sabía lo que estaba pensando y traté de tranquilizarlo.

—No debes pensar que me has fallado porque esté empleando al prefecto en un trabajo que pertenece a tu departamento —le dije—. Todavía no has tenido tiempo de reorganizar el servicio de seguridad interna. De otro modo, este procedimiento sería innecesario. Nos enfrentamos a una situación poco usual que requiere medidas extraordinarias; y un oficial del censo tiene oportunidades de husmear en los asuntos tribales que a tus hombres les serían negadas. Ve con él y préstale la valiosa ayuda que solo tu experiencia puede proporcionarle.

6

Las tareas judiciales retrasaron mi partida todavía más. Los pleitos siempre me han parecido un aburrimiento. Mis conocimientos legales, adquiridos en la escuela práctica de los tribunales durante mis años como pretor y cónsul, son adecuados aunque no profundos, y mis inclinaciones nunca me han conducido a especializarme en asuntos de jurisprudencia. El tiempo pasado en los tribunales, a mi modo de ver, suele ser un tiempo perdido.

En Britania, los casos civiles eran juzgados por los magistrados, y solo comparecían ante mí en casos de apelación o cuando los argumentos legales eran tan intrincados que la decisión del magistrado podía sentar precedentes. Tales casos no eran raros; los abogados britanos, particularmente los de origen galo, eran una tediosa fuente de trucos retóricos, pero sorprendentemente rápidos a la hora de agarrarse a cualquier punto de la ley susceptible de ayudar a sus clientes. También tenía que nombrar jurados y supervisar cuidadosamente los pleitos entre tribus que acudían a los tribunales. Aunque la mayoría eran de naturaleza trivial —disputas sobre límites territoriales, ganado errante, derechos de agua y similares—, era esencial que se hiciera justicia. Las tribus no se tenían demasiado aprecio unas a otras, y cualquier decisión poca equitativa podía acabar fácilmente en un derramamiento de sangre.

El veredicto en los casos criminales que implicaban pena de muerte era una prerrogativa mía. Aquellos casos eran poco frecuentes. Los ataques a personas, ciudadanos o a la seguridad del Estado eran excepcionales entre una población bien asentada y que había aprendido a respetar la autoridad romana.

Con el paso de los meses, sin embargo, descubrí que me pasaba demasiado tiempo en el tribunal o deliberando sobre veredictos en mi despacho. Como el Príncipe, me acostumbré a pedir por escrito las opiniones de mis consejeros y asesores sobre cada uno de los casos y luego, tras pasarme una noche estudiando sus conclusiones, daba mi veredicto.

El trabajo era oneroso. Empecé a considerar seriamente redactar un escrito para consideración de Nerón pidiendo un oficial para Britania que relevara al gobernador de sus tareas judiciales.

Abandoné Camulodunum para dirigirme a Glevum, adonde me proponía llegar por la Vía del Oeste. Tal vez aquí, y debido a que los romanos en general tienen una lamentable ignorancia sobre la geografía de Britania, debería describir brevemente cuáles son las principales vías militares de la provincia. Todas ellas parten de Londinium: la Vía del Norte acaba en Lindum; la Vía Media llega a Viroconium pasando por Verulam y los grandes bosques de la Britania central; la Vía del Oeste llega hasta Glevum pasando por Calleva Atrebatum. La principal calzada lateral, la Vía de la Frontera, va de Isca a Lindum pasando por Corinium y Ratae Corieltauvorum; su nombre resulta engañoso en nuestros días porque la frontera ha avanzado desde entonces hasta la línea de una calzada que une Glevum y Viroconium, bordeando los territorios de siluros y ordovicos. Hay otras calzadas que conectan ciudades importantes: Camulodunum con Verulam, Calleva Atrebatum con Aquae Sulis y Durnovaria, con Venta Belgarum y Portus; y se están construyendo todavía más. Las calzadas, dicho sea de paso, se planean y construyen bajo la supervisión de nuestros ingenieros militares; las tribus cuyos territorios atraviesan se encargan de proporcionar la mano de obra y son las responsables de su mantenimiento posterior.

Me desplacé con un numeroso séquito que incluía a toda mi guardia y a la mayor parte de mi personal, dejando en Camulodunum solo a unos cuantos funcionarios a cargo de la administración rutinaria. Recorrimos unas quince millas al día y nos detuvimos a pasar las sucesivas noches en Caesaromagus, Londinium —donde, por fortuna, no coincidí con Cato, ausente recaudando impuestos— y Pontibus, y llegamos a Calleva Atrebatum al anochecer del cuarto día. Incluso aquel ritmo de viaje moderado fatigó considerablemente a algunos de mis funcionarios civiles. Al parecer, mis predecesores inmediatos habían viajado de modo más relajado. No me mostré comprensivo. Advertí a los gruñones que la mala forma física podía dejarlos sin empleo y, aunque en ocasiones nos movimos más rápido después de aquello, no recibí más quejas.

En Calleva Atrebatum fui recibido ceremoniosamente por Epático, acompañado por los consejeros de su ciudad y seis magistrados a los que la asamblea tribal elegía anualmente por votación popular. Como muchos miembros de aquella asamblea vivían muy lejos de la capital, sus reuniones pocas veces eran plenamente representativas, de modo que los magistrados, y por tanto los consejeros, que eran exmagistrados, eran cercanos a la familia real y la aristocracia de los atrébates. Aquella era una característica común a la mayor parte de capitales tribales que no me resultaba incómoda: los nobles britanos eran, en general, bastante mejores en conducta y modales que algunos de los vulgares caballeros y mercaderes romanos que gobernaban en lugares como Verulam y Londinium.

Me gustaron los alrededores de Calleva Atrebatum. Se adecuaban a su nombre, «Ciudad del Bosque»; eran unos bosques agradables y soleados, muy distintos a las forestas oscuras del norte. La ciudad en sí no era más que un grupo de cabañas de barro y madera, algunas con tejas y otras con techo de paja, un mercado y un ayuntamiento muy poco vistosos y tres templos de ladrillo con pretensiones de estilo romano. La ciudad estaba situada sobre un promontorio, con pendientes en tres de sus lados y protegida en el cuarto por los restos de una empalizada nativa con su foso.

Aunque Epático me ofreció la hospitalidad de su casa, la rechacé cortésmente y dormí en el campamento. Su palacio era la casa más grande de Calleva Atrebatum, pero no parecía muy distinta a las otras en diseño; sospeché que carecería de baños y sería fría. La primavera ya había llegado, tocando las ramas desnudas con su varita verde, pero las noches eran todavía demasiado frías para buscar incomodidades innecesarias. Por la mañana, acompañado por el anciano jefe, di una vuelta por la ciudad y sus alrededores. El lugar ofrecía unas posibilidades impresionantes.

Hice ver a Epático que estaba desperdiciando sus oportunidades. Un punto focal en el sistema de carreteras, con un suelo fértil y agua abundante, Calleva Atrebatum podía convertirse en una ciudad floreciente, digna de la capital de los atrébates. Una ciudad de calles rectas y bien pavimentadas, con oficinas, tiendas, almacenes, graneros, posadas y tribunales, que atraería al comercio y a los comerciantes, muchos de los cuales podrían instalar allí sus negocios. El comercio significaba prosperidad y mejor nivel de vida para todos los atrébates. Descarté su objeción de que eran un pueblo de campesinos, acostumbrado a vivir en granjas aisladas en los claros del bosque. Argumentando y persuadiéndole durante todo el camino, le acompañé a su

casa, donde, con una tablilla y un estilete, tracé un tosco esbozo del plano de una ciudad.

—Aquí —dije— está la línea de tu empalizada. Una puerta aquí, y otra allí, y una calle que las conecte. Una plaza central, con el ayuntamiento y el mercado. Un gran templo en esta plaza, y baños públicos en esta. Yo mismo construiré una mansión; estará aquí, enfrente del templo. Y tú y tu aristocracia podréis construir casas dignas de vuestra posición, adornadas con pinturas y mosaicos y situadas entre plantas y jardines de flores.

Epático estudió mi dibujo con expresión inescrutable.

—¿Y dónde encontrarán los pobres granjeros el dinero para financiar este programa? —preguntó.

Le recordé que nuestros registros de propiedad contradecían la idea de la pobreza atrébate, pero admití que el coste en dinero excedería a sus recursos.

—El gobierno —añadí—, os prestará lo que deseéis, en préstamos individuales y, para los edificios públicos, a la corporación. Además, escribiré a Roma solicitando una donación —una donación, no un préstamo— para obras públicas en territorio de los atrébates. No puedo prometerte que me la concedan, ni qué cantidad, pero lo intentaré.

—Gracias. ¿Y quién preparará los planos y diseños? ¿Usaremos estos? —preguntó señalando el dibujo de mi tablilla.

Me eché a reír y le dije que le proporcionaría un oficial ingeniero y hombres para dibujar los planos y hacer las labores preliminares. Tenía en mente al hombre adecuado: Sexto Julio Frontino, un tribuno de buena familia que viajaba con el personal del cuartel general para unirse a la Decimocuarta Legión. Durante su mandato como prefecto de una cohorte había mostrado una pronunciada inclinación hacia la ingeniería y las prospecciones, y había escrito un brillante manual sobre el emplazamiento táctico de los campamentos durante las marchas.

Epático no estaba del todo convencido, y tuve que prometerle que utilizaría los alrededores de Calleva Atrebatum como zona de entrenamiento para las nuevas cohortes britanas y para mi guardia personal, y que construiría barracones. Aquello, y la promesa de convertir a Calleva Atrebatum en un centro de permiso para mis tropas, pareció convencerle.

—Piensa en los beneficios que puedes conseguir de las tabernas y burdeles visitados por mis soldados de permiso con los bolsillos llenos de dinero —argumenté.

Accedió a convocar una reunión de la asamblea al día siguiente, y supe que la discusión había terminado. Su gobierno seguía las normas y

procedimientos de la ley municipal, pero la palabra del viejo rey era todavía la última en todo lo relativo al bienestar interno de la tribu. Su reticencia se apaciguó del todo cuando le prometí no abandonar Ca lleva Atrebatum hasta que se hubieran dibujado unos planos detallados y las obras estuvieran a punto de empezar.

Expliqué el asunto a Frontino y le di autoridad para solicitar ingenieros cualificados, trabajadores expertos y equipo técnico a la Segunda Legión en Glevum. También le dije que la nueva ciudad debería estar defendida por una pared de veinte pies y un foso exterior de diez pies de profundidad. Tenía intención de fundar el nuevo Calleva Atrebatum a partir de una estructura que las demás ciudades se sintieran impelidas a imitar a partir de entonces.

Finalmente, en mi despacho mensual al Príncipe, solicité permiso para reconstruir Calleva Atrebatum. Aquello era solo una formalidad. Muchos decretos, desde los tiempos del divino Claudio, habían presionado a los gobernadores para que instalaran a los nativos en ciudades construidas al estilo romano, por las mismas razones que había explicado a Epático. Cumpliendo mi promesa, solicité a Nerón una donación de un millón de sestercios; una petición más soñadora que optimista, aunque estaba apoyada por argumentos persuasivos y coherentes. Recordaba la situación económica de la provincia, por no mencionar la de la propia Roma, y no esperaba otra respuesta que una negativa educada.

7

Dejando Calleva Atrebatum entre los dolores del parto, continué el viaje hasta Glevum y llegué al tercer día para encontrarme con que el legado al mando de la Segunda Legión Augusta era un hombre muy enfermo. Estaba muriendo de una congestión pulmonar causada por sus tres años de servicio en el clima húmedo y pestilente de Britania. Lo visité en su lecho y tuve una conversación con el doctor de la legión que opinaba que, aunque no podía darme esperanzas de recuperación, el enfermo podía durar meses. Aquello era un problema. Mis planes para la guarnición exigían a un comandante capaz y enérgico, y a mi modo de ver, Penio Póstumo, prefecto del campamento, que había asumido el mando al enfermar el legado, no poseía aquellas cualidades. Un informe a Roma solicitando un nuevo comandante no serviría de nada; el correo podía tardar meses. Y probablemente mi solicitud sería rechazada;

Nerón era siempre reticente, excepto en casos de conducta impropia, a relevar de sus mandos a los oficiales superiores.

Además de la Augusta, la fortaleza tenía tres mil auxiliares: tres regimientos de caballería y cinco cohortes de infantería. Destacamentos de todas esas unidades, en un número que llegaba a los mil hombres, estaban esparcidos por la mitad de las calzadas de Britania sin ningún criterio de homogeneidad. Inspeccioné la fortaleza y contemplé a los hombres en sus ejercicios y maniobras de batalla; no había nada de malo ni en las fortificaciones ni en el adiestramiento de los hombres que las ocupaban: la agresividad de los siluros exigía un alto nivel en ambos aspectos. Solo al conversar con centuriones y legionarios descubrí que su actitud mental mostraba algo más que el saludable respeto hacia un enemigo fuerte. Me contaron historias increíbles sobre aquellos salvajes robustos de piel oscura: nunca sufrían de reumatismo o pulmonía, podían sobrevivir durante días bajo el agua, y recorrer sesenta millas de terreno montañoso entre el amanecer y la puesta de sol.

Los siluros ya eran bastante temibles sin exageraciones legendarias. Habían formado la espina dorsal de las fuerzas de Caradoc cuando este presentó su batalla final contra Escápula; su completa derrota en aquella ocasión hizo creer al legado que los siluros eran un pueblo conquistado que solo precisaba de un ojo vigilante para mantenerlo sometido. Retiró a su ejército del campo y repartió a la Segunda Legión en grupos de trabajo al otro lado del Sabrina para construir fuertes en puntos estratégicos. Los siluros se sublevaron de nuevo sin previo aviso; los destacamentos fueron atacados y destruidos, y los fuertes en construcción quemados. El cuerpo principal de la legión, que corrió en su ayuda, fue derrotado estrepitosamente, con la pérdida del prefecto de campo, ocho centuriones y setecientos hombres. El resto huyó a Glevum y soportó un duro asedio hasta que la estación de la cosecha hizo que la mayor parte de los nativos regresaran a sus casas. La legión, lamiéndose las heridas, volvió a reclutar hombres hasta recuperar su tamaño anterior y estableció el Sabrina como el límite del territorio dominado por Roma en la zona.

Incluso aquel límite resultó difícil de defender en los años que siguieron. Los siluros, convencidos ya de su superioridad en la batalla, hostigaban sin descanso a la guarnición. Las patrullas de reconocimiento eran arrasadas, lo que a menudo conducía a más pérdidas cuando los grupos de caballería y la infantería auxiliar enviados en su ayuda eran a su vez atacados. Una y otra vez se despachaban destacamentos de legiones para compensar aquellos

desastres; pero las tribus se evadían fácilmente de nuestra infantería y huían a las colinas. Sus ataques se volvieron más atrevidos; consiguieron despoblar la llanura del Sabrina en nuestra orilla del río y atacaron las montañas y los pastos del otro lado, llegando a amenazar Corinium. Aquellos ataques eran muy provechosos: conseguían prisioneros, ganado y botín, lo destruían todo y pocas veces eran interceptados en el camino de regreso. Sus éxitos empezaron a afectar a otras tribus, sumisas hasta aquel momento. Los dobunos, por ejemplo, que eran las víctimas principales de aquellos ataques incesantes, acabaron comprensiblemente por perder la fe en la protección de sus conquistadores romanos y trataron de llegar a acuerdos independientes con sus torturadores.

Bajo Didio Galo, las cosas mejoraron. Trajo a la Vigésima Legión de Viroconium en apoyo de la Augusta y emprendió una auténtica campaña para limpiar el territorio dobuno de las partidas atacantes. Lo consiguió en parte; sus fuertes, construidos a poca distancia unos de otros al borde de la escarpadura que dominaba el Sabrina, advertían de los ataques con antelación y proporcionaban fuerzas para una respuesta rápida. Las pérdidas siluras aumentaron; muchas bandas fueron atacadas y exterminadas sin que un solo superviviente regresara a la otra orilla del río. Gradualmente, recuperamos la ventaja. Los siluros seguían siendo agresivos y todavía hostigaban la llanura fluvial, aunque cada vez les resultaba menos gratificante a medida que los pocos poblados restantes eran destruidos. Pocas veces se atrevían ya a cruzar las montañas. Pero toda la tierra al oeste del Sabrina era silura; nuestras fuerzas corrían peligro de ser atacados si se adentraban en ella.

Tal era la situación a mi llegada.

Un aspecto en el que coincidieron todos los hombres con los que hablé fue el del excelente cuerpo de espías de los siluros, un sistema cuyo funcionamiento nunca se había descubierto, pero que explicaba la mayor parte de los desastres que habíamos sufrido. Los siluros, según me dijo un centurión, parecían conocer el destino, ruta, dotación y composición de todas las patrullas antes de que la retaguardia hubiera cruzado las puertas de la fortaleza. Aquello, si era cierto, olía a traición en nuestro propio campo. Puse a mis propios espías a investigar qué extranjeros trabajaban en Glevum, y pronto confirmé mis sospechas. Muchos esclavos pertenecientes a centuriones y legionarios, normalmente empleados en las tierras cultivadas por soldados cerca de la fortaleza, eran prisioneros de guerra siluros. Solo había una respuesta posible para aquello. Reuní a todos los siluros de Glevum, los encadené y los llevé bajo escolta a las minas de plomo cerca de Aquae Sulis,

prohibiendo a partir de entonces emplear a hombres de tribus enemigas en el interior o cerca de la fortaleza. Naturalmente, aquella orden fue tremendamente impopular; los propietarios de los esclavos juraron que sus siervos estaban tan bien vigilados que cualquier comunicación con sus parientes al otro lado del Sabrina era imposible. Repliqué muy serio que la pérdida de unos pocos esclavos era un precio barato que pagar por las vidas de los soldados romanos, les pedí que observaran los resultados e hice planes para demostrar que mi razonamiento era válido.

A diez millas al oeste de Glevum, en la orilla hostil del Sabrina, donde la llanura terminaba en las colinas abruptas y escarpadas típicas de la zona, había rocas de alto contenido en hierro explotadas por los nativos, cuyos pueblos mineros se encontraban en valles profundos protegidos por fuertes en las colinas. Póstumo me dijo que cualquier incursión en las colinas encontraba una férrea resistencia; los siluros eran muy celosos de una zona donde las fábricas de armamento forjaban espadas y lanzas para sus guerreros. Los intentos previos de atacar los pueblos mineros habían acabado de forma lamentable. Los nativos siempre parecían estar advertidos con antelación, abandonaban las minas y ocupaban los fuertes, desde donde salían para provocar la retirada de nuestras columnas hacia el río. Quemábamos sus pueblos, pero eran cabañas de madera que podían reconstruirse en un día. Conquistar los fuertes era una tarea laboriosa, cara e interminable. Siempre había otro fuerte en la colina siguiente. El único modo efectivo de dañar al enemigo era atraparlo desprevenido en sus valles. Nunca lo habíamos logrado.

Con el sistema de espionaje de la tribu desbaratado y sin que hubieran tenido tiempo de rehacerlo, juzgué que había llegado el momento de asestar un golpe a las comunidades mineras. Ordené que las patrullas y la rutina del campamento continuara como de costumbre, para que los exploradores del otro lado del río no distinguieran nada fuera de lo normal, y entretanto planeé los detalles de una fuerza de choque compacta para un ataque.

Elegí a dos mil hombres, legionarios y auxiliares, y pasé quince días ejercitándolos en operaciones nocturnas. Entonces, al caer la noche de un día húmedo y tormentoso de finales de abril, los conduje al otro lado del Sabrina, a territorio siluro.

Nuestro objetivo eran tres grandes poblaciones mineras situadas en el mismo valle, cuya localización exacta y rutas de acceso eran bien conocidas por ciertos veteranos de la Augusta que habían tomado parte en las operaciones de Escápula contra Caradoc. El valle estaba a doce millas de

Glevum; llegamos antes del amanecer, tras una difícil marcha nocturna, y caímos por sorpresa sobre los pueblos mientras sus habitantes estaban aún aturdidos por el sueño y desprevenidos. Los hicimos pedazos, quemamos todas las cabañas y no hicimos prisioneros. Murieron más de dos mil siluros; nosotros perdimos a dos hombres.

La noticia de nuestro éxito llegó a la fortaleza como una flecha: era el primer golpe auténtico que la guarnición propinaba al enemigo en más de tres años. El efecto sobre la moral fue enorme: los hombres estaban impacientes por emular las hazañas de sus camaradas y envidiosos de las proezas que contaban. Me aproveché de aquella oleada de entusiasmo y, en una reunión de centuriones, expliqué los méritos del secreto, la sorpresa y el entrenamiento duro. Finalmente, les advertí que los siluros tratarían con toda seguridad de vengarse de nuestro ataque, y que los centuriones debían trazar planes inmediatos para una emboscada.

Ciertamente, los siluros regresaron al cabo de seis días, cruzando al anochecer por un vado río arriba. Les permitimos cruzar y les atacamos antes de que pudieran volver a formar. Fueron prácticamente aniquilados, y apenas escaparon unos cuantos hombres.

Partí para Viroconium aliviado. La enfermedad que había afectado durante años a la guarnición de Glevum se estaba curando.

CAPÍTULO 4

«*Así pues, vamos a luchar, y basta de discursos*».
LA ILÍADA

1

Viroconium, la fortaleza más poderosa y el mayor destacamento de Britania, dominaba el curso alto del Sabrina desde una pequeña llanura rodeaba de colinas que se elevaban hacia el oeste en dirección a los picos envueltos en niebla de Ordovicia, a medio día de marcha. La muralla, de dos millas de perímetro, contenía a diecisiete mil hombres armados: la Decimocuarta Gémina y la Vigésima Valeria, cuatro regimientos de caballería y seis cohortes auxiliares.

Los legados de la legión me recibieron en la Puerta Pretoriana y, antes de entrar, dimos una vuelta en torno a las defensas. El foso, terraplén y muralla de estacas tenían las dimensiones reglamentarias de los campamentos estables. Había algunos toques adicionales que revelaban la planificación de una mente imaginativa: el fondo del foso estaba sembrado de estacas afiladas y endurecidas con fuego, y se habían excavado pozos profundos, con estacas en el fondo y disimulados con hierba o arbustos, como trampas en las rutas de acceso. Había rocas calizas instaladas a diferentes distancias de las murallas, que servían de indicadores para catapultas y ballestas. Lo mejor de todo era que los poblados nativos que solían aparecer y crecer como parásitos en torno a los puestos militares, no existían en Viroconium. Las viviendas de artesanos y concubinas estaban situadas en la capital tribal a una milla de distancia, de modo que su proliferación no era una amenaza para la seguridad de la guarnición, ocultando blancos o sirviendo de pantalla tras la que un enemigo pudiera concentrarse sin ser visto.

Las trompetas de las garitas saludaron mi entrada en la fortaleza. Me dirigí directamente a los altares del regimiento frente al cuartel general, hice las ofrendas de costumbre y entré en el alojamiento de los legados. Tras quitarme el casco, la espada y la capa y tomar una copa de vino bastante

aceptable, tuve una conversación informal con los dos legados sobre asuntos de interés.

Aunque su rango era técnicamente igual, y el mando de la fortaleza les correspondía a ambos por turnos mensuales, sus personalidades eran muy distintas. El legado de la Valeria, T. Pomponio Mamiliano, era un aristócrata de familia de senadores de rancio abolengo, modales cortesanos y poca competencia, un diletante perezoso que parecía fuera de lugar en aquella desolada fortaleza de los últimos confines de Roma. Su cortesía lánguida, su exquisita urbanidad y su total falta de interés por cualquier tema, a excepción de los últimos chismes de la corte del Príncipe o la obra más reciente de Petronio, no me parecieron las características propias de un comandante vigoroso. Mentalmente, lo clasifiqué como a un don nadie, un hombre que no dejaría ninguna huella en la historia.

Marco Vecio Valens, el delgado y correoso legado de la Decimocuarta Legión, era el verdadero poder en Viroconium. Había ascendido desde las filas de la Guardia Pretoriana hasta convertirse en tribuno de la tercera cohorte; como tal acompañó al divino Claudio a Britania y tomó parte en la captura de Camulodunum. Más tarde sirvió de modo muy señalado en Panonia con la Trigésima Legión, y luego en Astúrica. Los oficiales al mando de legiones que han sido a su vez legionarios son raros en la historia de Roma: la simple narración de la carrera de Valens lo marca como a un soldado excepcional. Durante mis campañas en Britania destacó como un excelente administrador, un buen estratega y un oficial muy exigente que, sin embargo, era adorado por sus hombres. Ocultaba aquellas cualidades bajo un exterior amargo y pesimista que solo se alteraba en la batalla, donde su alegre confianza era un tónico para los corazones débiles y un estímulo para los valientes.

2

Una de mis primeras tareas en Viroconium fue investigar los inquietantes informes presentados a Burro sobre la moral en la Valeria. Hice algunas preguntas a Mamiliano, que este recibió con una irritante mezcla de fastidio, ignorancia y excusas. Por lo tanto ordené a mis informadores, alojados en los barracones de la legión en contacto diario con las tropas, que sondearan a los hombres discretamente y averiguaran cuáles eran sus quejas. Me presentaron un informe dos días después. Pero una narración de segunda mano siempre es

insatisfactoria: las reservas debidas a la cautela resultaban obvias; de modo que di instrucciones a dichos informadores de que encontraran a un hombre responsable con quien pudiera hablar en privado. Me presentaron a G. Manio Segundo, legionario de la séptima cohorte, al que entrevisté en mis habitaciones con la única asistencia de mi jefe de informadores.

Tras algo de charla preliminar para ayudarlo a relajarse —una llamada del gobernador no suele provocar demasiada tranquilidad—, fui al grano.

—He oído, Segundo, que nuestros hombres de la Vigésima Legión Valeria no están satisfechos. También creo que los motivos de su descontento, si son ciertos, merecen una investigación detallada. Pero no quiero alterarlo todo por una insignificancia. Antes de hacer nada, debo saber, de labios de un legionario responsable, que no me estaré basando en sospechas sino en hechos probados. Por eso estás aquí. Nuestra conversación es privada; nadie más oirá lo que digas, ni sabrá que has hablado conmigo. Dime, ¿por qué hay más delitos comunes, insubordinación, permisos rotos y cosas de este estilo en tu legión que en cualquier otra unidad de la provincia?

Segundo movió los pies con inquietud.

—No sabía que fuera así, legado. Nos quejamos un poco, como todos los soldados. Tal vez nuestros centuriones son algo más severos que los demás.

—¿Más que en la Decimocuarta Legión? La disciplina allí es muy estricta, ya sabes.

—¡Ah, la Gémina! Allí no permiten que los centuriones… —Apretó los labios.

—¿Sí? —pregunté suavemente—. ¿Qué es lo que no permiten hacer a los centuriones? Vamos, Segundo. Esto no saldrá de aquí.

Meditó, suspiró profundamente y habló con precipitación.

—Bueno, la cosa es así, legado. Ya sabes que siempre hay tareas desagradables que hacer en un campamento, aserrar maderas para la empalizada, cortar leña, reparar barracones, lavar letrinas y todo eso. Esas cosas hay que hacerlas; y no nos importa, a condición de que las tareas se dividan con justicia y todo el mundo tenga su turno.

—¿Es que no hay listas de tareas en las centurias y cohortes?

—Sí, pero muchos nombres nunca aparecen, a no ser que haya algo agradable, como una ración de vino extra. Entonces salen los nombres de los afortunados.

—¿Por qué?

—Sobornan a los centuriones —dijo amargamente Segundo—. Hay tarifas fijas para la exención de ciertas tareas. Limpiar la calle es la más

barata; luego la escala va creciendo, con adiciones para los trabajos más sucios.

—A ver si lo entiendo bien, Segundo —dije suavemente—. Un soldado cobra diez ases al día, doscientos cincuenta y cinco denarios al año, de los cuales le deducen el precio de ropa de cama, comida, ropa, fondo de defunción y contribuciones obligatorias al banco de ahorro, por no mencionar el precio de sus primeras armas y armadura. No puede quedarle demasiado dinero para sobornos. ¿Pagas a tu centurión?

—Sí —contestó—. Un poco. Solo me salvo de limpiar calles. Soy poco afortunado en el juego y no tengo ningún terreno fuera del campamento. Muchos hombres pueden pagar más; por ejemplo, vendiendo verduras para la mesa de los centuriones.

—Comprendo. ¿Qué pasa cuando ya no puedes permitirte pagar el soborno, o decides dejar de hacerlo?

—No dejas de hacerlo —dijo Segundo—. De lo contrario, la vida se vuelve insoportable. Los azotes de un centurión no son ninguna broma.

—Por su propia autoridad, un centurión solo puede azotar a un hombre por robar a un compañero, por presentar falso testimonio contra un compañero o por mala condición física debida a la negligencia —dije con firmeza—. ¿Es que los centuriones desobedecen las ordenanzas?

—Oh, no. Conocen muy bien las ordenanzas. Pero, legado, son ellos quienes juzgan la condición física de un hombre. No tienen que demostrar nada ante los tribunos.

—Y supongo que un legionario que deja de pagar su tributo se encuentra de repente con que está por debajo de lo exigido en entrenamiento físico, ejercicios de armas, natación o marcha. Y que es azotado una vez por semana, o más, hasta que vuelve a pagar.

—Sé de hombres que han sido azotados todos los días —dijo Segundo—. Hasta los más fuertes acaban por rendirse.

—¿Cuánto pagas tú?

Me lo dijo. Suponiendo que solo la mitad de la centuria pagara lo mismo, el centurión debía conseguir un sustancioso incremento anual con aquel sistema. Y, con toda seguridad, ganaba más dinero aún, ya que Segundo pagaba la cuota mínima posible.

—Me ocuparé de este asunto —le dije—. Has prestado un servicio a tu centuria, tu cohorte y tu legión contándome lo que sabes. Como recompensa, te nombraré oficial de servicio en mi personal. El nombramiento oficial se

publicará mañana. Puedes decir a tus compañeros que esta entrevista estaba relacionada con tu ascenso. Puedes retirarte.

Despedí al informante y medité sobre el siguiente paso. La historia de Segundo no era nueva; el soborno a los centuriones era tan común en el ejército que había llegado a ser casi una costumbre del servicio. Sin embargo, pocas veces llegaba a las proporciones de un tributo obligatorio bajo pena de azotes; que se hubiera llegado a aquello significaba que algo iba terriblemente mal en la unidad. La responsabilidad solía recaer en un nivel muy concreto. Pedí una lista nominal de los tribunos de la legión.

Cinco de los seis eran tribunos de galón ancho. Aquellos oficiales no eran necesariamente malos; eran simplemente inexpertos, pues nunca habían servido en el ejército. Los oficiales ecuestres de galón estrecho, sin embargo, debían haber comandado una cohorte auxiliar antes de llegar a una legión, lo que les proporcionaba sentido de la responsabilidad, disciplina y algo de conocimientos militares. Era evidente que Mamiliano, un hombre de ascendencia patricia, preferiría a los oficiales de su propia clase senatorial. Oficialmente, los legados no tenían nada que decir respecto a los nombramientos de sus tribunos: se suponía que se conformaban con lo que recibían y trataban de sacarle el mejor partido posible. Pero en realidad, los legados con influencia senatorial solían tener la capacidad de persuasión para que les enviara a los tribunos deseados.

Estudié las carreras de los tribunos de la Valeria en mis archivos confidenciales. Todos eran ricos e incompetentes; incluso el ecuestre había estado a punto de ser licenciado por no ocuparse convenientemente del adiestramiento de su cohorte. Devolví los archivos al secretario, investigué ciertos registros del regimiento y me dirigí a las habitaciones del legado.

—Voy a ordenar unos cuantos traslados entre tus oficiales —le dije, haciéndole un resumen de mis descubrimientos sin revelar su fuente—. Tus tribunos no han cumplido con su deber. Las listas nominales son imprecisas y no están actualizadas. Las listas de hombres licenciados están incompletas, hay historiales desaparecidos y recibos de gratuidades sin firmar. Los registros de castigos están mal llevados. Las solicitudes de permisos, en cambio, han sido minuciosamente anotadas; supongo que este aspecto de la administración militar es el que resulta más atractivo a los oficiales inútiles. Todas estas son tareas de rutina, que requieren poca energía y nada de inteligencia. Pero las obligaciones más importantes han sido igualmente descuidadas. Tus tribunos se saltan las guardias, no se presentan durante la comida de los hombres para comprobar la calidad de su alimentación, y casi

nunca inspeccionan la enfermería. Y, lo que es más importante, han perdido el contacto con sus hombres. No han escuchado las quejas de los legionarios ni han comprobado la conducta de los centuriones. Tú mismo tampoco estás libre de responsabilidad en todas estas negligencias. Es cierto que te han correspondido oficiales muy inútiles. Al menos eso puede rectificarse.

La diatriba inquietó la serenidad lánguida de Mamiliano pero no le preocupó lo suficiente para protestar con energía. Regresé al cuartel general, donde redacté las órdenes distribuyendo a los tribunos entre otras legiones. Asigné a tres de ellos a Cerialis, con una nota privada donde le pedía que los tratara con dureza.

Una secuela, que confirmó ampliamente la historia de Segundo, se produjo al día siguiente. Un legionario de patrulla había planeado abandonar su centuria, ocultarse en una hendidura y dirigirse a un pueblo del otro lado de la frontera. Fue atrapado y traído de regreso, y estaba esperando juicio. Las pruebas revelaron que el hombre, que llevaba meses brutalmente maltratado por su centurión, había decidido finalmente arriesgarse a la pena de muerte antes que seguir soportando el bastón del centurión. El motivo, por supuesto, era la falta de pago. Desertar del puesto es un crimen capital, y no pude hacer nada por el soldado; pero privé al centurión de su rango y lo despedí sin derecho a indemnización.

Aquel episodio, al poner el escándalo al descubierto, me dio una excusa para la acción directa. Llamé a todos los centuriones de la Valeria y resumí en frases simples y virulentas los estragos provocados por su venalidad en el estado de ánimo y la moral de lucha de la legión. Acostumbrados a la inoperancia de unos tribunos inútiles y un legado débil, no recibieron demasiado bien mis palabras. Hubo escenas de ira en torno al tribunal. La disciplina se tambaleó; la situación llegó a sobrepasar a mis guardias y a hacer que mis oficiales echaran mano de sus espadas. Pero uno no denuncia en público a cincuenta veteranos arrogantes y pendencieros sin tomar precauciones. La doble centuria de arqueros tracios que tenía situada cerca de la armería levantó de repente los arcos; los centuriones se percataron y se tranquilizaron. Les abronqué usando el lenguaje de los soldados y los envié a sus barracones.

Todo lo que podía hacerse para ayudar a la Vigésima Legión estaba hecho. El servicio activo debería completar la cura, y para ello tendríamos que esperar un poco.

3

Los mensajeros imperiales me trajeron despachos de Roma en respuesta a mis primeras cartas, enviadas unos tres meses atrás. El Príncipe escribía en tono amable y accedía a todas mis peticiones, salvo una. Decía:

«Naturalmente, mi querido Paulino, no espero que me envíes un informe completo sobre el estado de Britania después de solo quince días en la provincia. Me complace que hayas observado tantas cosas en tan poco tiempo, y te felicito por ello.

»Estoy de acuerdo en que una escolta apropiada a tu posición es esencial, aunque solo fuera por motivos de prestigio, por no hablar de tu seguridad, un tema que me preocupa mucho. La composición que sugieres parece muy apropiada, a condición de que funcione el experimento de mezclar auxiliares con legionarios en la misma unidad. ¿Te has planteado entrenar legionarios para la caballería?

»La flota britana está a tus órdenes, y estoy seguro de que la usarás con tu habilidad acostumbrada. Tu programa de expediciones queda aprobado. Es mejor que todos los viajes al oeste se lleven a cabo con la fuerza suficiente para vencer cualquier oposición, porque descubrirás que las pérdidas en barcos y marineros no son fáciles de reemplazar.

»Sin embargo, no creo que debas trasladar la base de la flota de Gesoriacum. Aquel puerto tiene muchas ventajas que sin duda se te ocurrirán al reflexionar más sobre ello.

»Ignoraba que no hubiera ninguna estatua mía en Camulodunum; tu intención de remediar esta omisión es considerada y oportuna. ¿Tienes en Britania a algún artista que pueda hacer el trabajo? No parece muy probable; tal vez será mejor que te envíe a un escultor de Roma.

»Espero tus siguientes despachos con interés y con la certeza de que me informarán de los progresos en las misiones especiales para las que te envié a Britania. Entretanto, toma todas las precauciones para cuidarte bien en un clima tan poco saludable. Me han dicho que en Londinium hay buenos doctores; no dejes de seguir sus consejos si te aflige alguna enfermedad».

Si el rechazo de Nerón al traslado de la base de la flota me pareció algo abrupto, una nota de Burro, escrita en una clave acordada entre nosotros para la correspondencia particularmente confidencial, me explicaba la razón. Decía así:

«Tu petición de trasladar la flota a un puerto de Britania no fue una buena idea. Supongo que comprendes que un gobernador con el control completo de

sus barcos de guerra podría, si lo deseara, hacer inaccesible la provincia. ¿Crees que algún príncipe romano correría tal riesgo? Las lecciones de historia enseñan lo contrario.

»Sería prudente que, en todas las acciones que contemples, consideres las implicaciones políticas que podrían afectar a las personas de alto rango en Roma. Por favor, ten más cuidado, por tu propio bien».

Debo confesar que sufrí un momento de terror al descifrar la nota. Burro tenía razón. Una generación atrás podía haber sido llamado a Roma y obligado a abrirme las venas por mucho menos. Me sequé la frente y dediqué la atención a las otras cartas.

Del legajo de instrucciones administrativas de rutina, decretos senatoriales y actas judiciales emergió una serie de órdenes relativas al armamento. Se ordenaba a los comandantes que reforzaran la armadura corporal del soldado con la adición de hombreras y fajas de hierro. Estudié con interés los diagramas adjuntos. Cuatro franjas curvadas de hierro, clavadas con tachuelas a la coraza de cuero, protegerían cada hombro, mientras que cinco tiras más anchas cubrirían torso y estómago, de los pezones al ombligo.

Aquella decisión era la culminación de muchos años de discusiones en los círculos militares. La armadura pesada de las Guerras Civiles, con sus antiguas corazas de bronce y sus incómodas grebas, había cedido lentamente el paso a combinaciones más ligeras y variadas dictadas por la experiencia, las preferencias individuales de cada soldado y los caprichos de los legados. La tendencia general era a la ligereza; la armadura de cuero había reemplazado al metal. La opinión del momento sostenía que la principal protección del soldado estaba en su escudo; la coraza de cuero grueso, reforzada con bandas también de cuero en los hombros y de la que colgaban tiras de metal que protegían el bajo vientre y los genitales, solo podía reforzarse a expensas de la movilidad. Era un argumento convincente. Un legionario armado en marcha llevaba casco, capa, escudo, espada, daga, dos jabalinas, dos estacas de empalizada, raciones de grano para quince días, cazuelas y una herramienta para cavar. El peso total era de unas sesenta libras. La nueva armadura corporal de hierro, además de añadirle diez libras más, entorpecería el movimiento y el manejo de las armas. Personalmente, yo prefería rebajar el peso, y las nuevas instrucciones me parecieron un paso atrás. Probablemente las habría redactado Domicio Corbulo tras las terribles pérdidas que había sufrido en Partía.

Otra regulación relativa a las jabalinas era una idea mía, concebida muchos años atrás. Las dos jabalinas oficiales, de siete pies de largo, son

armas de igual peso con un alcance máximo de veinte yardas. Siempre me había parecido que aquella distancia era demasiado corta para un primer lanzamiento; era frecuente que el impulso de la carga pusiera al enemigo al alcance de la espada antes de poder lanzar la segunda jabalina. De ahí mi argumento de que era necesario sustituir una de las dos por un arma más ligera y de mayor alcance. Había conseguido que se fabricaran prototipos, asignados a unidades seleccionadas para probarlos. Los informes fueron generalmente favorables, pero las jabalinas ligeras se convirtieron en un tema de controversia y no se llegó a ninguna decisión. A la sazón, quince años después de mi sugerencia original, se ordenaba a todas las legiones que las adoptaran. Los armeros iban a estar muy ocupados.

Solo había otra carta de interés, a la luz de los acontecimientos posteriores. Entre una docena de peticiones de nombramientos militares de varios patronos para sus protegidos, había una del propio Burro, recomendando a un joven llamado Gneo julio Agrícola, hijo del senador Lucio Julio Grecino, ejecutado por Calígula. Burro, a su manera lacónica, me decía que Agrícola era un joven de cualidades excepcionales que sería de gran utilidad en el personal de una legión. Uno no rechazaba las peticiones de Burro, de modo que le escribí aceptando a Agrícola para una vacante ocurrida en octubre en la Decimocuarta Legión.

4

Trabajé hasta bien entrada la noche, dictando a mis secretarios cartas y órdenes derivadas del correo de Roma. Pedí a cada legión que me proporcionara una centuria para mi nueva guardia personal. Quería que las cuatro tropas de caballería fueran representativas de cada uno de los pueblos (galos, hispanos, panonios y germanos) que formaban el grueso de nuestros jinetes, de modo que los solicité a la Caballería del Indo, la Primera de Astures, la Primera de Panonios y la Primera Nervana, respectivamente. Habían de ser hombres seleccionados, de no más de veinticinco años, con cinco de antigüedad en el servicio, experiencia en la batalla y personalidad ejemplar. A los centuriones y decuriones los seleccioné personalmente, basándome en sus hojas de servicios y, en la mayoría de casos, en mi conocimiento personal. La guardia se concentraría en Calleva Atrebatum, donde Sexto julio Frontino, cuyo trabajo en la reconstrucción de la ciudad se

reducía hasta el momento al asesoramiento, tomaría el mando y adiestraría a los hombres.

A continuación escribí a Aufidio Pantera, dándole instrucciones detalladas para las expediciones de verano de la flota. Le ordené que, en primer lugar, reconociera la costa del Sabrina cerca de Venta Silurum, con vistas a desembarcar una fuerza de gran tamaño en las cercanías; aquello tenía relación con un proyecto que se estaba fraguando en mi mente para solucionar el problema de los siluros. Confirmé y amplié las órdenes, dadas a mi llegada a Rutupiae, de explorar el estrecho de Mona y la costa ordovica. Pensando en la advertencia de Nerón, ordené que en aquellas expediciones se empleara toda la fuerza de la flota, a excepción de una flotilla para las tareas de escolta rutinarias, y que, para evitar naufragios, no se abandonara el puerto si no se estaba razonablemente seguro del buen tiempo. Respecto a la ubicación de la base, le dije que, tras haberlo meditado, consideraba que las ventajas de Gesoriacum superaban las de cualquier puerto de Britania.

Las directrices de mi nombramiento de gobernador contenían la sugerencia de reclutar cohortes auxiliares entre las tribus britanas para el servicio fuera de la provincia. Hasta el momento no había hecho nada al respecto, porque había preferido esperar a tener un mayor conocimiento de las tribus para escoger el material adecuado y, si era posible, alistar hombres a los que pudiera usar de forma ventajosa en mi campaña en Mona. Es cierto que aquella no era una práctica habitual; raras veces usamos auxiliares en las provincias donde fueron reclutados, debido al riesgo de tener que emplearlos contra sus compatriotas. Me proponía romper la norma por dos buenas razones. La fuerza auxiliar del ejército de Britania era escasa, diecisiete mil hombres comparados con veintidós mil legionarios, mientras que una dotación bien equilibrada necesitaba al menos una paridad en los números. Además, pretendía reclutar solo entre dobunos y cornovios, dos tribus aborígenes que, desposeídas de sus valiosas tierras por las invasiones belgas en el este, y hostigadas durante generaciones por las tribus de las montañas del oeste, eran los enemigos naturales de los demás britanos de la provincia. Consideraba que podría confiar en ellos, tanto si los empleaba en tareas de seguridad interna como en la frontera.

Los secretarios escribían a toda prisa mientras dictaba mis órdenes a los magistrados de las tribus. La capital de los cornovios estaba en Viroconium; les ordené reunir a mil trescientos hombres —contando con descartar a trescientos— en edad de combatir y buena forma física en Viroconium, en un plazo de treinta días, para alistarlos en el ejército romano. En la fortaleza se

les haría un examen médico, se les proporcionarían armas, equipo y personal de instrucción, y se les enviaría a Calleva Atrebatum para ser adiestrados. Envié órdenes similares a los dobunos en Corinium, con una copia a Penio Póstumo ordenándole que equipara a los hombres, les encontrara instructores y los mandara a Calleva Atrebatum. El personal instructor de cada contingente incluía un centurión al mando, un *optio* para cada centuria o tropa, un portaestandarte, un teserario y un duplicario. Pedí a los comandantes afectados que me enviaran a sus mejores hombres.

Entre los nativos debía haber una proporción de hombres que, por nacimiento o capacidad, fueran susceptibles de asumir el mando y ser ascendidos a centuriones o decuriones a medida que su entrenamiento progresara. Con un buen material humano, se suele tardar de seis a ocho meses en entrenar completamente a una unidad auxiliar, que además puede proporcionar sus propios oficiales, excepto el tribuno o prefecto. Por ello, a las tribus les interesaba proporcionarnos buenos candidatos a oficiales. Subrayé ese punto ante los magistrados, y acabé la carta explicando el honor que se hacía a sus pueblos al ser los primeros britanos aceptados como soldados romanos, indicando que la elección se debía al propio Príncipe en reconocimiento a su lealtad y cualidades guerreras. Concedí títulos a las dos unidades: el contingente cornovio se convirtió en la Primera Cohorte Britana y el dobuno en la Primera Unidad de Caballería Britana.

Los secretarios seguían escribiendo. Una carta a Frontino, en Calleva Atrebatum, le ordenaba diseñar y construir barracones fortificados para tres mil hombres y mil caballos en los terrenos baldíos al oeste de la ciudad. Otra a Epático le pedía madera, tejas y mano de obra para el mismo propósito. Una tercera ordenaba a Póstumo enviar a doscientos legionarios a Calleva Atrebatum como capataces y jefes de grupo. Escribí a los establos centrales cerca de Durovernum pidiendo caballos, y luego una nota a Cerialis, en Lindum, cuyos nativos eran grandes criadores, pidiéndole que seleccionara unos cuantos centenares de las mejores monturas y las enviara al sur.

Sonaron las trompetas del fin de la cuarta guardia antes de que hubiera firmado el último documento. Me dirigí a mis habitaciones, dejando que los fatigados escribas sellaran y entregaran las cartas a los correos, cuyos caballos pateaban inquietos bajo el frío viento del amanecer de mayo. Mi secretario jefe, compañero de muchas noches en vela en campaña por tierras muy diversas, se había atrevido una vez a hacerme un leve reproche:

—¿No podría esta carta esperar hasta mañana, noble Paulino?

—¿Mañana? —le había replicado—. ¡Pero si mañana podemos estar muertos!

5

Igual que en Glevum, acompañé a las patrullas al territorio tribal del otro lado de la frontera. Una expedición más larga me llevó a Deva, un poblado nativo situado en la confluencia de las tierras de setantios, cornovios y deceanglos. Allí, diez años atrás, Ostorio había construido un puesto de vigilancia de comunicaciones durante su campaña contra los deceanglos. Sus ruinas contenían, a la sazón, varias cabañas nativas y un rebaño de ovejas. Contemplé pensativamente el río que fluía bajo el poblado.

—¿Es navegable hasta el mar? —pregunté a Valens.

—Sí, con precaución —dijo—. El agua está llena de bancos y arenas movedizas. El estuario, a ocho millas río abajo, es una zona pesquera muy productiva. Los botes de pesca llegan hasta aquí sin ningún problema.

Al oeste se encontraba la ruta a Mona. Cuando los deceanglos y ordovicos fueran pacificados, Deva se convertiría en una posición clave para la estrategia de la provincia; estudié todo el lugar, convirtiendo mentalmente el puesto en una fortaleza. El suelo serviría bien para aquel propósito.

—Valens —profeticé mientras hacía girar a mi caballo—, algún día aquí vivirá una legión.

—¿De veras? No serviría de mucho con las líneas actuales. ¿Se está preparando algo?

Valens no sabía nada de mis intenciones. En aquellos temas, era un fiel discípulo del viejo Metelio Pío, que había declarado que si su túnica se enteraba de sus planes, la quemaría. De modo que me eché a reír y llevé la conversación a los peligros de las profecías y los subterfugios de los adivinos, de los que ambos desconfiábamos. Valens me dio algunos ejemplos de operaciones prometedoras abortadas a causa de auspicios poco favorables, y se quejó de las supersticiones de la tropa, que exigían aquellos ritos antes de la batalla. Estuve de acuerdo.

—Como sabes, Valens, yo tengo a sacerdotes y augures entre mi personal permanente. En las ocasiones que realmente importan, no son agentes realmente libres.

—Me parece muy bien —resopló—. Ni el divino julio dejaba de falsificar los auspicios cuando le convenía. ¿Les dices lo que han de encontrar?

—Les digo si quiero que los signos sean favorables o no —dije secamente —. No estoy dispuesto a permitir que un eclipse, algún fenómeno casual, un hígado enfermo o una bandada de gansos me aparten de mis propósitos. Los auspicios han de ser interpretados según mis órdenes. Por eso tengo a mis propios augures.

Valens me miró con curiosidad.

—¿No temes la ira de los dioses?

Ahogué un resoplido, recordando a tiempo que Valens, plebeyo de nacimiento, probablemente era seguidor de algunas de las antiguas creencias.

—No —respondí en voz baja—. Hago lo que hago por el bien de Roma, y así es como los hombres consiguen el perdón de los dioses. Nos espera un largo camino y anochecerá pronto. Démonos prisa.

En Viroconium, nuestros legionarios estaban probando la nueva armadura. Los nuevos equipamientos avanzaban tan rápidamente como los armeros, entorpecidos por la escasez de hierro, podían forjar las placas. Los lingotes de las reservas de la fortaleza resultaron insuficientes para hacer frente a la demanda; su cantidad solo estaba pensada para reemplazar las pérdidas en combate y las reparaciones de rutina. El arsenal de Londinium ya estaba distribuyendo su provisión entre las legiones, y las reservas de hierro bajo control militar se estaban agotando. El resto del hierro, en los almacenes de Londinium o en las minas, estaba controlado por el procurador, a quien envié peticiones urgentes respaldadas por la autoridad de la firma de Burro. Cato, al mismo tiempo que afirmaba su voluntad de proporcionarme los lingotes, se defendió alegando las prioridades de la exportación, la escasez de producción, la falta de escoltas para los convoyes y otras cosas por el estilo como excusas para el retraso. El metal fue llegando lentamente a los almacenes de las fortalezas a lo largo de los meses; de hecho, no fue hasta después de mi marcha de Britania cuando todos los legionarios tuvieron la nueva armadura.

Los hombres se quejaron, por supuesto, diciendo que iban envueltos como momias egipcias. En realidad, las placas obstaculizaban muy poco el movimiento, aunque la experiencia aconsejó ciertos ajustes menores. Las hombreras, según el diseño original, eran demasiado largas por detrás, impidiendo el juego del omóplato al echar atrás el brazo para arrojar la jabalina, y hubo que acortar los moldes un par de dedos en el lado del brazo lanzador. Los soldados se acostumbraron pronto al peso extra; este no tuvo ningún efecto visible en su resistencia a la marcha. Los centuriones no toleraron ninguna excusa relativa al nuevo equipamiento. Hasta cierto punto,

siempre habían dictado sus propias leyes en el tema de la vestimenta militar, y muchos de ellos usaban ya armaduras mucho más pesadas que las nuevas. Estas, a menudo de diseño propio, iban desde placas de metal en pecho y espalda a la armadura de escamas copiada a los partos.

Las nuevas jabalinas exigieron un cambio en las maniobras. Para beneficio de los no versados en técnica militar, debo aclarar que una cohorte en formación de batalla suele tener diez filas de fondo, aunque a veces se permite que tengan menos filas para cubrir un frente más amplio. Cada hombre tiene dos yardas de espacio para luchar; las filas siguientes, dos yardas por detrás, cubren los espacios, para ofrecer la apariencia de un frente sólido ante el enemigo, y para evitar los extremos de las jabalinas de delante cuando los hombres echan los brazos atrás para lanzar. Cuando se da la orden previa al lanzamiento, todos los soldados de la primera fila pasan una de sus dos jabalinas al hombre que se encuentra inmediatamente detrás, de modo que, con una sola jabalina en la mano, puede lanzarla con facilidad. A continuación, extiende el brazo hacia atrás, y coge y lanza la segunda jabalina en un solo movimiento. Las filas delanteras, tras haber lanzado dos veces, dan un paso hacia atrás y, con una serie de movimientos en diagonal, se sitúan detrás de la última hilera. Entretanto, la que había sido segunda fila, a la sazón delante, ha preparado su primera jabalina y el proceso se repite.

Aquel ejercicio tan simple no era adecuado al propósito para el que se había diseñado la jabalina ligera. La idea básica era alcanzar al enemigo a distancias mayores, por lo que era necesario lanzar primero las jabalinas ligeras. Valens sugirió una solución.

—Arma a las cinco primeras filas con las jabalinas ligeras —dijo—, y al resto con las pesadas.

—No funcionará —repuse, mientras observaba a una cohorte haciendo prácticas con las jabalinas—. ¿Qué pasa si el enemigo se acerca demasiado antes de que las jabalinas pesadas hayan llegado delante?

—Sí. No funcionaría. Bueno, que solo las dos primeras filas lleven armas ligeras.

—No podemos trabajar basándonos en la suposición de que el enemigo estará a cierta distancia cuando ciertas filas estén listas para lanzar. Solo hay una solución. Las dos primeras filas serán las únicas que lanzarán jabalinas, y cambiarán de lugar como siempre después de dos lanzamientos. Las filas de detrás se mantendrán firmes, pasando jabalinas hacia delante según lo exija la distancia de tiro.

—Se cansarán mucho en poco tiempo —dijo Valens, frotándose la barbilla.

—En combate, Valens, ¿cuántos lanzamientos sucesivos has visto hacer sin ninguna pausa? ¿Seis? ¿Siete? Ese suele ser el límite. Después, o bien el enemigo se ha detenido, o ya está al alcance de nuestras espadas. ¿No estás de acuerdo?

—Cierto. Y cualquier hombre bien entrenado es capaz de hacer doce lanzamientos de jabalina pesada sin cansarse.

—También tiene la ventaja de que puedes tener a los mejores tiradores delante, lo que es imposible con el sistema actual. En cualquier caso, vamos a probarlo. —Llamé a los centuriones de la cohorte en ejercicio y les di las instrucciones.

Los hombres se mostraron torpes al principio, con la reticencia habitual de los soldados veteranos a los que se pide que realicen una maniobra nueva y no probada. Poco a poco, sus movimientos adquirieron suavidad y ritmo; los cambios de jabalina ligera a pesada se sucedían sin pausa ni confusión. Las dos filas de delante, durante aquella prueba, se limitaron a fingir los movimientos; hacer lanzamientos reales era imposible en aquella zona tan congestionada de gente. Cuando los hombres demostraron una habilidad razonable, ordené a los centuriones que llevaran a la cohorte a los campos de tiro de jabalina.

Formaron en diez filas junto a la línea de lanzamiento, frente a los blancos de tierra situados a distancias de diez, veinte, treinta y cuarenta yardas.

—Las jabalinas ligeras a los blancos más lejanos —dije al centurión jefe—, y las pesadas a los cercanos. Cambia el tipo de jabalinas después de cada tiro. Que continúen lanzando hasta que no quede ni una.

El centurión ocupó su posición.

—¡Ligeras! —rugió—. ¡Preparados! ¡Lanzad! ¡Ligeras! ¡Preparados! ¡Lanzad!

Las puntas chocaban contra los blancos mientras las jabalinas eran pasadas rítmicamente hacia delante. Pronto se hubo hecho el último lanzamiento.

—¡Alto! ¡Descanso!

Observé críticamente a las dos hileras de lanzadores. Estaban jadeantes por el esfuerzo; el ritmo de disparo había sido muy alto, y cada hombre había lanzado veinte jabalinas. Pero la puntería se mantuvo buena hasta el final, aunque las dos últimas oleadas habían sido bastante irregulares. En cualquier caso, Valens estaba satisfecho.

—Esta es la respuesta —dijo—. Haré que la practiquen en todas las cohortes. Te felicito, legado, por haber resuelto el problema tan rápidamente.

Sonreí para mis adentros. La solución no había sido producto de la inspiración del momento; se me había ocurrido muchos años atrás al preparar las primeras pruebas de campo de mi nueva arma.

—Las ideas simples suelen ser las mejores —dije sabiamente—. Cuando tus centuriones y *optios* dominen bien la maniobra, formarán un grupo de instructores para las otras legiones.

6

Por aquella época empecé a hacer los preparativos para mi visita a Brigantia. Un intercambio de cartas con Cartimandua permitió concertar un encuentro en Eboracum, un pueblo en territorio brigante a cuarenta millas al norte de Lindum. Las visitas pacíficas de gobernadores a territorios exteriores a las fronteras, aun tratándose de reinos aliados, eran raras, y Valens, cuando le mencioné la expedición, frunció los labios y opinó que estaba corriendo un riesgo innecesario. Reconocí que había un elemento de inseguridad: Brigantia albergaba una poderosa facción antirromana, que se alegraría de violar el salvoconducto de la reina para crear fricciones entre ambos gobiernos. Sin embargo, Cartimandua había prometido enviarme una fuerte escolta de tropas nativas para recibirme cerca de Lindum, y yo tenía intención de llevarme una guardia romana suficiente para detener cualquier cosa que no fuera un ataque a escala tribal. Con tal propósito escribí a Cerialis, ordenándole preparar un regimiento de caballería, tres cohortes de legionarios y dos de auxiliares para que me acompañaran en mi viaje a partir de Lindum.

El objetivo principal de mi visita era, por supuesto, cerrar un trato que nos concediera el control de las minas de plomo de Anavio. Dije a los cornovios, que reclamaban parte de la posesión, que tendrían que presentar su caso en Eboracum y que sus embajadores deberían viajar con mi séquito. El procurador también estaba preocupado, porque, si la misión tenía éxito, se convertiría de inmediato en el responsable de la mano de obra y la explotación de las minas. Expuse todo el proyecto a Cato por carta y le invité a acompañarme en el viaje. Rehusó, pero me prometió enviarme representantes capaces de dar respuesta a todas las cuestiones legales y financieras que inevitablemente surgirían. Me aseguró que poseía informes completos sobre las minas de Anavio que le proporcionaban una estimación

de sus capacidades productivas, y que podríamos usarlos para basar nuestros cálculos económicos. Como precaución, le pedí que me enviara a un experto de inmediato, preferiblemente uno de los contratistas que se encargarían de supervisar la producción, para que pudiera hacer una comprobación de última hora y asegurarme de que nuestra información estaba totalmente actualizada.

Por tanto, las cosas marchaban a buen ritmo cara a la consecución de una de las directrices más importantes de Nerón. Mi estancia en Viroconium estaba llegando a su fin; pronto tendría que cambiar los placeres sencillos del campamento militar por las complejidades de la administración y la política. La perspectiva no era muy atractiva, y la tentación de hacer una última patrulla por una zona nueva me resultó irresistible.

Valens se mostraba firmemente contrario a mis expediciones al otro lado de la frontera, sosteniendo que trepar por las colinas de los territorios tribales no entraba en las obligaciones de un gobernador. En respuesta, yo le hablaba de la diferencia entre aquel distrito y el de Glevum, donde las patrullas entraban en Siluria solo bien pertrechados y con la clara expectativa de tener que luchar. Allí, gracias en parte al vigor del comandante y su guarnición, y en parte a un enemigo menos intratable, la zona estaba limpia en muchas millas al oeste, y los nativos rara vez se oponían a nuestros reconocimientos periódicos. Mis argumentos resultaban vanos: siempre me acompañaba y doblaba el número de soldados en las patrullas, al margen de los requerimientos tácticos.

Valens estaba fuera, inspeccionando puestos de carretera, la mañana del día que partí con dos centurias de la Valeria, la Segunda Cohorte de Vascones, una tropa de la Primera de Várdulos Leales y una tropa de mi guardia personal. El plan era seguir el valle del Sabrina corriente arriba durante doce millas en dirección oeste, luego virar al sur a lo largo del curso de un afluente y completar el circuito para regresar a Viroconium cruzando las colinas en dirección este. Toda la expedición, poco más de treinta millas por territorio montañoso, era dificultosa para la infantería; pero el tribuno de los vascones, montañeses procedentes de los Pirineos, predijo alegremente que estaríamos de vuelta en la fortaleza mucho antes de oscurecer.

Nuestros objetivos eran impresionar a las tribus mostrando el estandarte en sus territorios, impedir concentraciones secretas cerca de la frontera y familiarizar a oficiales y soldados con el terreno donde podrían tener que luchar. El secreto y la sorpresa eran vitales si queríamos evitar una emboscada. Éramos una patrulla rutinaria, pero el éxito y la seguridad dependían de lo opuesto a la rutina.

Los comandantes de las fortalezas planeaban sus patrullas con cuidado, procurando que salieran a intervalos irregulares y siguieran rutas distintas. Valens había ordenado aquel reconocimiento en particular, sin saber que yo me uniría a él, con un objetivo muy claro. Había dejado intencionadamente que pasara cierto tiempo sin patrullar la zona asignada para aquel día, suponiendo que los ordovicos de la región, confiados por su aparente inmunidad, habrían planeado algo.

Su apreciación resultó correcta.

Seguimos la orilla derecha del Sabrina. La caballería se desplegó a cuatrocientos pasos por delante, mientras una centuria protegía las colinas boscosas a nuestra izquierda. No encontramos más que a unos cuantos pastores, que invariablemente abandonaban a sus animales y echaban a correr en busca de refugio. Al cabo de cinco horas llegamos al punto donde debíamos dar la vuelta, en la confluencia de los ríos, y nos desviamos al sur junto a las cabañas desiertas de un pueblo nativo, protegido por el inevitable fuerte en la colina. El tribuno detuvo a su caballo e inspeccionó el terreno.

—Es curioso —observó—. Está vacío. —Miró fijamente al fuerte, protegiéndose los ojos del sol de mediodía—. Y tampoco parece que haya nadie allí arriba. Qué extraño.

—¿Está habitado este pueblo normalmente? —pregunté.

—Sí, legado. He estado aquí otras veces. La gente huye a las colinas al fuerte cuando nos ven acercarnos. No tienen motivos para el pánico; nunca les molestamos a no ser que hayamos tenido problemas por el camino. Por lo que yo sé, los habitantes de este pueblo nunca han sufrido daños.

—Bueno, ahora no están aquí. ¿Qué conclusión sacas?

Se encogió de hombros.

—Tal vez han evacuado el pueblo por algún motivo. Un festival religioso, tal vez. O puede que no. Probablemente han enviado a sus familias y rebaños a uno de los fuertes grandes de las montañas. Es una costumbre de estas comunidades pequeñas cuando puede haber problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Partidas guerreras —dijo el tribuno brevemente—. Siempre están luchando entre ellos. Ocasionalmente, deciden atacar un puesto de carretera o un pueblo en territorio romano. En cualquier caso, los derrotamos al instante.

Llamó a sus centuriones y les dio instrucciones. La patrulla avanzó, con guardias en la vanguardia y los flancos, y el cuerpo principal en formación de cuadrado y listo para repeler cualquier ataque repentino. Las colinas estaban cubiertas de árboles y arbustos que se derramaban hasta el valle; había grietas

y hondonadas que podrían haber ocultado una docena de emboscadas. Ninguna se materializó. Marchamos durante unas horas, tensos y precavidos, hasta llegar a otro poblado, igualmente desierto. El tribuno suspiró.

—Hay una partida guerrera, desde luego. Por suerte, no la hemos encontrado en el valle. Odio esas hondonadas. Ahora podremos subir a la colina; desde aquí, el camino sigue las montañas hasta el Sabrina.

Sonó una trompeta. Las centurias giraron a la izquierda y empezaron a trepar por la pendiente rocosa hacia el fuerte guardián que se erguía en silencio a doscientos pasos por encima de nosotros. La pendiente era demasiado pronunciada para los caballos. Los várdulos, a pie y tirando de sus monturas, entraron en el cuadrado de la infantería. Subimos en silencio y demasiado aprisa para mis pulmones. La vanguardia llegó a una falsa cresta y desapareció de la vista.

El bramido áspero de los cuernos de guerra y unos gritos atronadores desgarraron la soleada tranquilidad.

—¡Ahí están! —espetó el tribuno, con la espada repentinamente en la mano, y saltó hacia arriba gritando órdenes. Los vascones, pasando rápidamente de columna a línea, corrieron tras él con la agilidad de cabras pirenaicas. Los legionarios y la caballería desmontada siguieron avanzando mientras los auxiliares echaban a correr. Los hombres se ajustaron los cascos, aflojaron los escudos y levantaron las jabalinas.

La falsa cresta nos salvó. El enemigo lanzó su ataque desde la cima más alta en cuanto nuestra vanguardia, en formación de línea extendida, superó la pendiente. El desnivel entre la cresta falsa y la verdadera, de cien pasos de anchura, era tan suave que parecía casi plano. Los britanos atacaron la vanguardia en cuanto puso el pie en aquella plataforma y la empujaron hacia atrás. Una breve resistencia frenó el ímpetu de los nativos y salvó al cuerpo principal de la fuerza de una carga colina abajo. Con un último esfuerzo desesperado, los auxiliares llegaron arriba: vascones y ordovicos chocaron, escudo contra escudo, al borde de la plataforma.

Hice una pausa y estudié el combate. La cresta se agitaba y hervía como un volcán en erupción, pero nuestras líneas parecían mantenerse. ¿Debíamos acudir directamente en su auxilio o acercarnos por un flanco? A la derecha, los muros de piedra del fuerte nativo impedían cualquier movimiento por aquel lado. Di una señal; los legionarios cambiaron de dirección en diagonal hacia la izquierda, tras un saliente rocoso que los ocultó a la vista. Volví a hacer una señal; los hombres, girando a la derecha, pasaron de columna a

línea, llegaron a la cima y se encontraron mirando el campo de batalla desde arriba.

Vimos una escena de total confusión. Los auxiliares, que habían perdido cohesión durante su carga colina arriba, habían entrado en combate, de manera muy irregular, contra un enemigo que habitualmente luchaba en completo desorden. No había línea de batalla. Grupos de hombres se golpeaban, gritaban, se dispersaban y giraban unos en torno a otros. Las espadas largas de los vascones resultaban difíciles de blandir entre aquel amontonamiento de cuerpos, de modo que los legionarios apuñalaban con las lanzas cortas y golpeaban con sus escudos cubiertos de pinchos los rostros enemigos. Era una pelea desordenada, sin vanguardia, flancos ni retaguardia.

Nadie pareció percatarse de nuestra llegada, aunque los movimientos exteriores de la batalla lamían la base de nuestro montículo, a cincuenta pies por debajo. Vacilé. Las jabalinas de los legionarios, en aquel embrollo, matarían tanto a enemigos como a amigos. El centurión jefe, a mi lado, reconoció también el problema y lo resolvió al instante.

—Creo que podremos separarlos, legado. ¿Tengo tu permiso?

Asentí. El centurión ladró una orden. Las jabalinas de la primera fila se levantaron y se prepararon para ser arrojadas. Las trompetas de la legión sonaron al unísono.

—¡Separaos! —rugían las voces broncíneas—. ¡Separaos! ¡Separaos!

Su estratagema tuvo éxito. Los auxiliares reconocieron una orden militar y temieron las consecuencias de permanecer en la línea de tiro de las jabalinas. Se separaron de sus antagonistas y se diseminaron por los flancos, mientras los ordovicos, sorprendidos por la llegada del nuevo enemigo, trataban frenéticamente de cambiar la dirección del frente. El centurión no les dio demasiado tiempo.

—¡Lanzad!

La distancia de tiro, aunque favorecida por la pendiente, era casi excesiva. Dos rápidos lanzamientos azotaron la multitud sin causar demasiados daños. Los enemigos más cercanos empezaban a huir; los más alejados daban muestras de estarse recuperando de la parálisis provocada por nuestra aparición.

—¡Jabalinas abajo! —grité—. ¡Fuera espadas!

Las hileras se inclinaron, dejaron las jabalinas y volvieron a erguirse. Las espadas salieron de las vainas.

—¡A la carga!

Descendimos la breve pendiente a todo correr. Tuve tiempo de preguntarme si la carrera de otro cónsul estaba a punto de acabar en una estúpida escaramuza fronteriza; luego todo pensamiento desapareció en el vértigo de la acción. En ningún momento corrí peligro; mi guardia personal había arrojado las riendas a los várdulos y me rodeaba tan de cerca que apenas llegué a cruzar espadas con ningún britano. Lo cual, probablemente, fue una suerte, dado que no llevaba escudo.

El combate no duró mucho. Los ordovicos descubrieron que la infantería pesada, en el combate escudo contra escudo y en línea de batalla, era algo muy distinto a los auxiliares de armamento ligero dispersos y jadeantes tras una larga carrera colina arriba. Los nativos huyeron. Algunos buscaron refugio entre los peñascos, y otros en el fuerte. Los vascones se reunieron y atacaron, derribando a los fugitivos con las espadas o haciéndolos caer como ciervos heridos con disparos certeros de sus hondas. Los legionarios hicieron una breve pausa, recompusieron la formación y atacaron el fuerte. No había foso en aquel terreno pedregoso; la única barrera era un muro de roca, cuya altura llegaba hasta el pecho de un hombre, defendido a toda prisa por un grupo de supervivientes desesperados. Piedras y cabezas rodaban indiscriminadamente bajo los pies y las espadas de la Valeria, que a continuación procedió a masacrar alegremente a todo el que encontraron en el interior de las murallas, mientras los vascones, barriendo la colina, acababan con los que intentaban escapar.

No tomé parte en el asalto, pues estaba demasiado ocupado recuperando el aliento tras el esfuerzo del combate cuerpo a cuerpo. Los gritos de la colina se fueron apagando. Los romanos se movían entre los cadáveres esparcidos, buscando a nuestros muertos y heridos y atravesando a cualquier britano que todavía diera señales de vida. Ordené a un trompeta que tocara a asamblea, instalé centinelas para evitar un contraataque y pedí un informe de víctimas.

Habían muerto veintidós auxiliares y cinco legionarios. Algunos heridos estaban demasiado graves para caminar. Los asistentes médicos atendieron a los casos más serios, aplicaron cataplasmas y vendajes y fabricaron camillas con coseletes de cuero tomados a los muertos y tensados entre palos de jabalina. No podíamos cavar tumbas en aquel terreno tan duro, ni esperar a que las piras hubieran consumido los cuerpos. Despojamos a los muertos de sus armas y armaduras, amontonamos los cadáveres y apilamos un enorme túmulo de piedras encima. Era lo mejor que podíamos hacer.

Con quince millas por recorrer en las cuatro horas que restaban de día, no podíamos demorarnos más. Los britanos, capaces de usar cualquier escondite

en sus montañas nativas, habían desaparecido por completo. Lo cual no significaba que no fueran a volver: el tribuno de los vascones, herido y malhumorado, me aseguró que podrían regresar fácilmente y hostigarnos durante todo el camino de regreso.

—No les hemos hecho suficiente daño —gruñó—. Solo han perdido a ochenta. Por la mañana, estarán celebrando esta batalla como una gran victoria.

—Ha sido una emboscada bien planeada —observé—. Las tribus debían saber que íbamos a venir.

El tribuno meneó la cabeza vigorosamente.

—No, legado, no lo creo. Nuestra seguridad es muy buena; los britanos han sabido que llegábamos cuando nos han visto, no antes. Recuerda que hubieran tenido que evacuar aquellos dos pueblos por los que hemos pasado y reunir a sus guerreros. Eso lleva tiempo. Y, si nos hubieran estado esperando, habrían usado a muchos más hombres. Diez bótanos para cada romano se considera una proporción equilibrada en esta parte del mundo.

—Entonces, ¿por qué nos han atacado?

—Creo que se trataba de una banda guerrera preparando un ataque. Probablemente los hemos encontrado por accidente; ellos nos han visto primero, han valorado sus posibilidades, han decidido que el terreno jugaba a su favor y han montado rápidamente la trampa. Lástima no haber salvado a uno de sus heridos para sacarle la verdad.

—No había tiempo —dije. Estudié a nuestra pequeña fuerza, que marchaba en formación de columna por centurias, de tres en tres, a lo largo de la cima de la cordillera—. Aquí no es muy fácil que nos sorprendan —continué—. La cima de la colina es donde hay que estar en esta clase de terreno. Lo demostramos en Mauritania hace muchos años.

—No se puede marchar por las cimas de las montañas ordovicas, legado. Demasiado estrechas, demasiado abruptas, demasiada vegetación. Esta es excepcional; aquí se podría construir una calzada.

—Y probablemente lo haremos, algún día —gruñí, y me quedé en silencio, absorto en mis pensamientos. Aquella escaramuza me había revelado el daño que un enemigo decidido podía causar a un ejército romano que avanzara por aquellos barrancos estrechos y traidores. El mismo problema nos había mortificado en el Atlas, aunque allí todo era a una escala mucho mayor: las montañas eran más altas, las llanuras más anchas y el país casi estéril en comparación. Un ataque en África no podía desarrollarse con la rapidez devastadora de Britania, donde las colinas empinadas y cubiertas de árboles

rozaban los codos de los hombres que habitaban en los valles. Tendríamos que crear tácticas nuevas, formas especializadas de guerra en la montaña, para contrarrestar los peligros propios de nuestro terreno fronterizo. Aquella era la clase de rompecabezas militar que me encantaba, un acertijo para ayudarme a soportar las largas y tediosas horas de viaje por las calzadas britanas.

El pesimismo del tribuno resultó injustificado; no vimos nativos hostiles, y llegamos a Viroconium durante la primera guardia, con tres horas de retraso. Valens, que había regresado de su inspección y se había enfurecido al descubrir mi partida con la patrulla, ya estaba organizando un grupo de rescate. No permitió que ninguna consideración a mi rango suavizara la aspereza de sus comentarios. Yo sentía que tenía parte de razón, y lo escuché sin objeciones.

—¿Y qué excusa crees que le hubiera dado al Príncipe, si te hubieran matado paseando por el campo con una patrulla? ¿Es que crees que Roma considera que sus gobernadores son prescindibles, como los centuriones? —concluyó.

—No, Valens —repuse—, pero me gusta ver algo de acción de vez en cuando, aunque tenga que hacer novillos como un escolar para conseguirlo. —Le di una palmada en el hombro—. Merezco tu reprimenda, y te presento mis excusas. He aprendido una lección y se me ha planteado un problema. También tengo la garganta seca y los huesos doloridos. Vamos a los baños. Mientras me lavo y me dan un masaje, me contarás todo lo que sabes sobre la lucha en las montañas.

Bebimos y conversamos hasta bien entrada la noche, diseccionando las tácticas existentes para el combate en las colinas y tratando de encajar las piezas en una nueva estructura. No surgió ninguna solución completa, pero acordamos las bases de ciertas tácticas que Valens accedió a poner a prueba durante el verano. Los recuerdos empezaron a adornar la conversación, y mientras los frascos de vino se vaciaban y las trompetas señalaban los cambios de guardia de medianoche al amanecer, nuestras memorias vagaron por países lejanos, batallas olvidadas y camaradas muertos. Nos separamos en términos muy amistosos.

Al alba, con un fuerte dolor de cabeza, emprendí el camino hacia Lindum.

CAPÍTULO 5

«*Las riquezas, incentivo de todo vicio, se extraen de la tierra*».
OVIDIO

1

El viaje, a través de uno de los paisajes más desolados de toda Britania, duró seis días. Pasamos por bosques llenos de hojas veraniegas cuyos árboles, amontonados y poco hospitalarios, desplegaban bajo el cielo un toldo monótono, cortado por la calzada por donde viajábamos como por el tajo de una espada. Mi personal, equipaje y escolta, reforzados por una centuria de la Decimocuarta Legión, se extendía de una piedra miliar a la siguiente. Nadie vivía en aquellos yermos arbóreos; hasta que entramos en el valle fluvial que alberga a Ratae Corieltauvorum, capital de los coritanos, apenas vimos un alma. Recorrimos veinte millas al día, deteniéndonos cada noche en puestos de carretera, casi derruidos como edificios olvidados en una tierra triste y abandonada. Algunos fuertes, como el de Letocetum, eran demasiado pequeños para alojar a todo mi séquito; los legionarios y mi guardia personal instalaban su campamento cerca de las murallas y vivaqueaban al aire libre, sin molestarse en plantar las tiendas, pues las noches eran cálidas y sin lluvia.

Al tercer día llegamos a Ratae Corieltauvorum. Era la capital más pobre que había visto en la provincia, un mero grupo de cabañas con techumbres de paja y paredes de barro sin un solo edificio importante. Sobre aquella aldea miserable habíamos impuesto las leyes y consejos del gobierno urbano: fui recibido por los magistrados y decuriones propios de una cuidad. No ofrecían ningún espectáculo; los oficiales eran difícilmente distinguibles por su apariencia o vestimenta de los campesinos a los que gobernaban.

Los coritanos eran antiguos britanos que habían sobrevivido solo porque su tierra era tan poco hospitalaria que nadie más deseaba vivir allí. Eran la tribu más pobre y, según algunas cifras del censo muy discutibles —los bosques pueden ocultar a muchos evasores de impuestos cuando llegan los

recaudadores—, la menos numerosa de todas las que habitaban en las zonas ocupadas.

Me detuve un día en Ratae Corieltauvorum, atendí los inevitables pleitos y hablé con los magistrados y ancianos coritanos. Me inquietó encontrar en un estado tan primitivo a una tribu sobre la que habíamos gobernado durante casi veinte años. Las listas de impuestos, que me había pasado el departamento del procurador, reflejaban su pobreza, pero no estaba preparado para la miseria abismal vivida en aquel asentamiento bárbaro. Allí no había ninguna posibilidad de convencer a la gente de que derribaran sus cabañas y construyeran casas decentes con la esperanza de atraer al comercio, como había hecho en Calleva Atrebatum. Pocos mercaderes se aventuraban por aquellos bosques sombríos, donde los pastos eran escasos y pobres, y los nativos apenas producían lo suficiente para mantenerse, sin nada sobrante para comerciar.

Descubrí que la base de su alimentación eran las alubias que, introducidas años atrás desde el continente, florecían de modo inesperado en aquel suelo húmedo y apelmazado. Aquello me dio la oportunidad de ofrecerles cierta ayuda práctica. Como las alubias constituyen una parte considerable de las raciones del ejército, su cultivo se fomenta en toda la provincia. Firmé un contrato formal con los magistrados, por el cual el gobierno se comprometía a comprarles un porcentaje determinado de su cosecha anual, sin límite de cantidad; y pagué un pequeño subsidio de mi propio presupuesto —muy consciente de las disputas que aquello me ocasionaría con Cato— para ayudar a empezar la tarea.

Abandonamos con alivio aquel lugar deprimente y entramos en Lindum dos días después. Los representantes del procurador ya habían llegado. Aunque no era sorprendente, dada la naturaleza del trabajo de Cato, que muchos de sus altos funcionarios fueran libertos, me pareció insufrible que hubiera designado a uno de ellos como jefe de su misión, sabiendo que yo tendría que buscar su consejo y ayuda casi a diario durante el curso de las negociaciones con los brigantes. Sin duda Cato pretendía, con aquel truco mezquino, dañar mi prestigio ante los britanos. Porque hay que recordar que los nativos de las provincias no comprenden la presencia cada vez mayor de libertos en los puestos importantes del gobierno. Conocen la esclavitud, y les resulta imposible entender cómo un antiguo esclavo puede tener autoridad sobre un hombre libre de nacimiento.

Yo ya había descubierto, a través de mis espías en casa de Cato, que este consideraba que mi actitud gélida habitual indicaba desprecio hacia todos los

de rango inferior, incluido él mismo. Era absurdo. Hoy en día, todos los hombres de rango senatorial tienen que trataren términos casi de igualdad con ecuestres y, ocasionalmente, con libertos distinguidos como Claudio de Esmirna. Pero había una gran diferencia, como Cato sabía muy bien, entre Claudio y un funcionario provincial de segunda clase. Muy consciente de aquellos matices, tuve mucho cuidado, durante las negociaciones, de no dirigir nunca la palabra al secretario de Cato en presencia de un britano.

2

Cerialis, igual que Valens, puso mala cara ante la idea de mi expedición. Con su característica vehemencia, me describió las peores eventualidades posibles y, cuando vio que no podría disuadirme, trató de usar el proyecto en beneficio de su sueño.

—Tenemos a tres mil hombres listos para marchar, Paulino. Una escolta muy fuerte. ¿Tienes idea de cuál es la fuerza de los brigantes?

—Sí —dije, desabrochándome el coselete—. Entre veinte y treinta mil hombres. Hemos luchado con ellos, ya sabes, y los espías nos mantienen muy bien informados.

—Exactamente. Algo difícil, incluso para tres cohortes de la Hispana. ¿Tienes alguna garantía de regresar con vida?

—Solo la palabra de la reina —dije perezosamente, reclinándome en el sillón—, y el sentido común político. Los brigantes y los romanos somos buenos amigos. ¿Por qué iban a querer mi cabeza?

—El sentido común pesa muy poco en el carácter britano; de lo contrario, se habrían unido para echarnos hace años. Tienes el salvoconducto de Cartimandua. ¿Qué hay de Venucio?

—No está en Brigantia.

—Pero sus seguidores sí —dijo Cerialis muy serio—, y son muy activos.

—Y están muy controlados. —Bostecé—. Es inútil, Cerialis. Me voy a Eboracum sin preocupaciones ni dudas. Si las tuviera, me llevaría a dos legiones, no a cinco cohortes.

Cerialis se pellizcó el labio, observándome pensativo.

—Ojalá lo hicieras —estalló—. ¿No ves que esta sería una oportunidad magnífica? Podría seguirte a un día de marcha con el resto de la guarnición; tomaríamos Eboracum, dejaríamos a los brigantes sin líderes capturando a la reina y a sus capitanes, y marcharíamos sobre la capital antes de que la tribu

pudiera organizar ninguna resistencia. ¡Podríamos conquistar Brigantia en quince días!

—Cerialis —dije con impaciencia—, las campañas de esta envergadura no se pueden improvisar. Aparte de los otros veinte puntos débiles de tu plan, ¿quién defendería Lindum en ausencia de la Hispana? Estás obsesionado con Brigantia. Tomaremos el reino, pero en su momento. No el año que viene; tal vez el siguiente. Ahora sé buen chico y déjame echar una cabezada; las pulgas del último puesto de carretera no me dejaron pegar ojo.

Salió, meneando la cabeza con aire lúgubre. Suspiré y me cubrí agradecido con las mantas. Quinto, como todos los hombres que teorizan sin verdaderos conocimientos, podía resultar pesado. Pero era un soldado admirable.

Me quedé varios días en Lindum preparando mi viaje al norte. Cato había accedido a hacer un nuevo estudio de las minas de Anavio. El hombre que envió, un ingeniero y contratista de minas romano muy competente, me presentó un informe excelente, demostrando que los depósitos conocidos eran capaces de multiplicar por diez su producción, y que había vetas aún más ricas esperando ser descubiertas. El plomo tenía un contenido en plata mayor que el de Aquae Sulis. Se atrevió a hacer una estimación de la producción anual de las minas de Anavio cuando estuvieran explotadas a pleno rendimiento: imaginé la sonrisa satisfecha en el rostro melancólico del secretario de Finanzas cuando la noticia llegara a Roma.

—¿Has mantenido esto en secreto? —pregunté.

—Dos asistentes me ayudaron en el estudio, legado —repuso—. No han hablado. Nadie más que tú ha visto ese informe.

—Bien. Tú y tus hombres debéis mantener las bocas cerradas. Ahora escucha. Los brigantes sabrán que has estado husmeando por las minas, y adivinarán que te envié yo. Este informe se quedará aquí. Prepara otro, igualmente detallado, mostrando producciones pobres y pocas posibilidades de mejorarlas. No exageres: sitúa la estimación un poco por encima de la cifra que ya conocen los nativos. Y prepárate para entregarme ese informe cuando nos reunamos con los brigantes en Eboracum.

—Entendido, legado.

—Debes estar preparado para argumentar basándote en el estudio falso. A partir de él, tendrás que elaborar, junto con el representante del procurador, un estudio financiero con una propuesta equitativa de alquiler anual. No dejes que ni la gente del procurador ni ninguna otra persona se entere de que el informe no es auténtico.

—Muy bien, legado.

«Pobre Cartimandua», pensé. «Solo un romano sería capaz de amarte y estafarte al mismo tiempo».

3

Salimos de Lindum una mañana muy clara de principios de junio. Cerialis me había cedido, además de tres cohortes de la Novena Legión, la Caballería de Petra, la Primera de Celtíberos y la Cuarta de Dálmatas. Aunque era una marcha pacífica tomamos las precauciones de rutina: los destacamentos de caballería exploraban delante y vigilaban la retaguardia, y los celtíberos defendían los flancos. Yo iba a la cabeza del grupo principal, seguido por mi guardia personal y las cohortes de legionarios. Entre estas y los dálmatas, que cubrían la retaguardia, iba el equipaje, mi personal administrativo, los hombres del procurador y los cornovios con sus abogados. Al transporte rodado le resultaba difícil avanzar; la Vía del Norte terminaba en Lindum y seguíamos un camino nativo, amplio y bien definido pero de superficie irregular. La ruta siguió las cumbres de una cordillera durante todo el día, proporcionándonos vistas de bosques enormes que se extendían sin interrupción por las llanuras. Aquel era el territorio de los parisios, famosos en toda Britania por su habilidad como conductores de carros de guerra.

El polvo de nuestro paso atrajo a muchos curiosos que se concentraron junto al camino para observarnos, haciendo preguntas a nuestros hombres en su dialecto gutural. Nadie iba a pie; hasta los pastores montaban en ponis pequeños y de pelo áspero. Eran personas alegres y amistosas, y su curiosidad y entusiasmo por examinar de cerca nuestra apariencia y equipamiento era tan intensa que los guardias de los flancos tenían problemas para impedir que se unieran a la columna. Hasta el momento, no tenían motivos para temer a los soldados romanos.

Al atardecer, la cordillera descendió hasta terrenos más pantanosos, y la caballería informó de que había divisado un ancho río delante, al parecer vigilado por guerreros nativos armados. Sabiendo que me encontraría con aquel estuario, de casi de una milla de anchura en el vado, había acordado con Cartimandua que habría transportes preparados para nuestro paso. Supuse que los nativos serían la escolta tribal que me había prometido. Me dirigí hacia delante y quedé estupefacto al ver que la Caballería de Petra adoptaba la

formación de batalla a todo galope mientras las trompetas daban la señal de alarma frenéticamente. Grité una pregunta a un decurión que pasó junto a mí.

—¡Enemigos! —gritó—. ¡Nos ataca la caballería enemiga!

Golpeé los flancos de mi caballo y partí al galope. Una capa blanca identificaba al prefecto, que tenía la espada desenvainada y preparaba a sus tropas para la batalla. Detuve el caballo junto a él.

—¿Dónde está el enemigo, prefecto?

—Allí, legado. —Señaló con su espada.

A quinientos pasos de distancia se nos acercaba un contingente de jinetes. El sol centelleaba sobre puntas de lanza, cascos y arneses.

—Ahora han aflojado la marcha. Hace un momento, estaban cargando —añadió el prefecto.

—Que den la señal de permanecer inmóviles —ordené—. Continuad en orden de batalla, pero sin avanzar.

Me adelanté con la caballería de mi guardia personal. Un grupo se separó de la multitud y se acercó a mi encuentro, encabezado por un enorme jefe vestido con un casco pintado de rojo, una capa amarilla y un escudo azul brillante. Saltó del caballo y me saludó levantando la lanza.

—La reina Cartimandua me envía para saludarte y escoltarte hasta su presencia, legado de Roma —dijo, en un latín dificultoso.

Repliqué brevemente, mientras el sudor me recorría la espina dorsal. Su primer encuentro con el emisario de Roma había estado a punto de consistir en las puntas de lanza de una carga de caballería. Mi guardia personal se relajó, y di órdenes de continuar la marcha hasta el estuario, donde los transportes estaban preparados. Era demasiado tarde para cruzar aquel día, de modo que acampamos, mientras los britanos observaban divertidos cómo nuestros legionarios sudaban al cavar. Pasé una velada complicada recibiendo a jefes brigantes en mi tienda. No parecían apreciar el vino, y en su lugar consumían un líquido de sabor fuerte hecho con cebada destilada, cuyo mero olor bastó para revolverme el estómago.

Al amanecer las tropas fueron transportadas al otro lado del estuario, un proceso largo y tedioso que precisó de varios viajes en pequeños botes pesqueros de remos. Era difícil tomar precauciones en aquel ambiente cordial, pero conseguí, gracias al tacto de los intérpretes, asegurar que la misma cantidad de britanos acompañara a mis hombres en cada viaje, de modo que en ningún momento los nativos superaron en número a los romanos en ninguna de las dos orillas. La concentración de guerreros brigantes hacía que tomar disposiciones tácticas para la marcha resultara imposible; tuve que

conformarme con designar a un grupo de retaguardia de unos quinientos hombres que, tras destruir nuestro campamento, cruzaron el río en último lugar y nos siguieron cautelosamente a media milla de distancia, desde donde podrían actuar rápidamente si surgía algún problema. Para los demás, aquella marcha fue un desfile, con todo el despliegue de estandartes y trompetas.

Los guerreros britanos cabalgaban delante, a nuestro alrededor y entre nosotros, gritando, charlando y cantando, sin ninguna apariencia de orden o formación militar. Físicamente, aquellos brigantes se parecían a los nativos de las zonas ocupadas: eran hombres altos y poderosos, de piel clara y cabello rojizo. Los cascos y escudos de los jefes estaban esmaltados en tonos brillantes, sus capas eran de colores variados como las flores en verano, mientras que las empuñaduras, vainas, correas y arneses estaban decorados con intrincados dibujos en oro y plata. Llevaban capas y cinturones atados con broches cubiertos de joyas. Sus seguidores, por el contrario, iban casi desnudos, vestidos solo con pantalones de lana áspera atados por debajo de la rodilla, armados con espadas o lanzas y un escudo cuadrado de madera. Las espadas eran largas, sin punta, usadas solo para golpear. Los carros de dos caballos, pintados de brillantes colores, corrían arriba y abajo; los lanceros cabalgaban sin silla en ponis pequeños y de pelaje áspero, ágiles y fáciles de manejar pese a su aspecto poco elegante. Todos, jefes y seguidores, mostraban una alegría ruidosa que contrastaba llamativamente con el comportamiento taciturno habitual en nuestros britanos. Me pregunté si Roma acababa con las risas cuando conquistaba un pueblo.

Marchamos durante todo el día por terrenos pantanosos bajo un sol abrasador, vadeando varias corrientes y ríos. Por la tarde, cuando, según el líder brigante, Eboracum estaba solo a una milla o dos de distancia, detuve la columna y ordené que se limpiaran y pulieran todas las armas y equipamiento. Me dirigí a las carretas del equipaje y cambié mi habitual coselete de legionario por la vestimenta ceremonial: casco y coraza de bronce batido con incrustaciones de oro; penacho de plumas y capa escarlata; túnica, calzas, y botas de cuero rojo hispánico; vaina chapada en oro y espada con joyas en la empuñadura. Entonces, con los cascos puestos y los escudos en el brazo, entramos en Eboracum en formación de desfile.

Fuimos recibidos por Cartimandua, que llevaba un vestido azul resplandeciente de joyas, y que montaba en un carro magníficamente decorado. La seguía la nobleza de Brigantia, un despliegue de color, y su guardia real, compuesta de guerreros enormes con cuernos en los cascos y armadura broncínea. Un poblado nativo, con su foso y empalizada, y sus

tejados de madera y paja, proporcionaba el telón de fondo para todo aquel esplendor. Cartimandua pronunció su discurso formal de bienvenida en un latín muy preciso. Le contesté en el mismo idioma y, a través de los intérpretes, repliqué a otros discursos de los jefes de clan. Una vez terminadas las ceremonias, la reina me condujo a una altiplanicie baja que daba a un río, y que culminaba, ante mi estupefacción, en un campamento fortificado construido al estilo romano.

—Pensé que les ahorraría a tus hombres el trabajo de cavar —dijo ella—. ¿Tiene todo lo que necesitas?

Estudié rápidamente el dique, las murallas y la empalizada de madera, con sus puertas correctamente situadas y las torres de vigilancia en los intervalos apropiados.

—Perfecto —dije—. Las dimensiones exactas para tres mil hombres. ¿Quién es tu ingeniero?

—Entra —me dijo sonriendo.

Entré en el campamento. Los barracones con techo de madera bordeaban calles pavimentadas de piedra; los almacenes y postes para los caballos estaban distribuidos con precisión. Pensativo, toqué con mi bastón un comedero de arcilla. La tierra estaba completamente seca. Aquel campamento se había construido muchos días atrás, antes de que saliéramos de Lindum.

Di la señal para que la columna entrara en el fuerte y me reuní con Cartimandua.

—Tu servicio de inteligencia es magnífico —dije, muy serio—. ¿Cuánto tiempo hace que sabes exactamente con cuántos hombres iba a venir?

Ella apoyó su mano en la mía.

—No, Paulino; no debemos discutir. Sabía cuántos hombres ibas a traer a Brigantia; lo sabía antes de que tú mismo llegaras a Lindum. Tú y yo somos gobernantes; tenemos que estar bien informados. —Señaló el campamento—. ¿Es que he hecho un mal uso de la información? ¿Y te importa mucho de dónde viniera?

—Sí, mucho. Da igual: con el tiempo lo descubriré. ¿Quién planeó este fuerte?

—Yo. —Sonrió con timidez—. Ostorio Escápula tenía una mente muy militar y no hablaba de nada más que de cohortes y campamentos. No pude evitar aprender un poco.

—¡Un poco! —Sonreí—. ¡Deberías estar enseñando a mis ingenieros! ¿Nos veremos esta noche?

Ella sacudió la cabeza.

—Mañana a mediodía habrá un banquete. Y luego una reunión formal para empezar las negociaciones, que probablemente durarán hasta la noche.

—¿Y después?

Señaló hacia un campamento en la distancia.

—La residencia real. Mi propio pabellón está algo apartado. Mis criados te esperarán en la Puerta Decumana después de oscurecer para guiarte hasta allí.

La miré a los ojos y un estremecimiento me recorrió todo el cuerpo. Ella agitó las riendas, y su carro se adelantó.

—Muy poco después de oscurecer, Paulino. —Su voz se convirtió en un susurro, ahogado entre el ruido de los cascos—. Las noches son cortas en verano.

4

Las negociaciones para el alquiler de las minas de Anavio empezaron al día siguiente, cuando la reina y yo hubimos hecho la presentación formal de nuestros argumentos. Las conversaciones se prolongaron durante quince días. Yo no tenía que asistir excepto cuando se trataba de algún punto de política o principios; casi todo el regateo se llevó a cabo entre los abogados y contables de las dos partes. El informe falso del contratista tuvo mucho peso, porque su autor había sido muy hábil, haciendo unas estimaciones bastante altas para los britanos, y revelando la existencia de ciertas vetas poco importantes desconocidas hasta entonces por los nativos. Los cornovios presentaron muchas objeciones, no sin razón, pero sus peticiones tendían a ser aplastadas por las de los dos contendientes mayores.

Bendije a los cornovios. Durante aquellas semanas pude recorrer los pantanos con mi hermosa reina, cabalgando junto a su carro, acompañados solo por un puñado de guardias. Un día magnífico seguía a otro. A veces salíamos temprano de su pabellón (porque ya no me molestaba en regresar al campamento antes del amanecer) y regresábamos al ponerse el sol tras haber comido junto a algún arroyo claro y saltarín, con los guardias a una distancia discreta, y de habernos amado bajo un cielo azul intenso, mientras la suave calidez del sol de verano en Britania acariciaba nuestros cuerpos desnudos.

¿Amaba a Cartimandua? ¿Puede un hombre de más de cuarenta años distinguir los hilos frágiles del amor en el tapiz de la pasión? Creo que no. Solo sé una cosa: cuando recibo alguna de sus cartas aquí en Roma (y todavía

me llegan, interceptadas por los espías del Príncipe, leídas y con marcas de dedos grasientos), me duele el corazón durante días y mi personal tiene que andar de puntillas para no despertar mi ira.

Las negociaciones concluyeron al fin. Desde nuestro punto de vista, el acuerdo era muy satisfactorio, y a los cornovios no les había ido demasiado mal. Una vez más, Cartimandua y yo nos encontramos en una reunión de estado y firmamos juntos el tratado. Mis tribunos y centuriones organizaron una fiesta en el campamento para la reina y sus nobles. Allí entregué a Cartimandua mis regalos de parte del Príncipe: un carro de carreras de construcción romana, de madera labrada y con incrustaciones de oro y plata, y cuatro caballos astures, inquietos pero obedientes al instante a la voz y la rienda. Para los jefes había telas suntuosas y primorosamente bordadas, jarrones y vasijas, espadas grabadas y bridas decoradas. Aquella noche di a Cartimandua mi propio regalo: una estatuilla de Afrodita pequeña y delicada, creada en la Hélade mucho tiempo atrás por un poeta del bronce.

Al día siguiente formamos ante el campamento, listos para partir. Los discursos formales de despedida llegaron a su fin; sonaron las trompetas y la caballería se alineó en el camino. Miré a la reina y levanté la espada en el saludo real.

—Adiós, reina de Brigantia.

A ella le temblaron los labios.

—Adiós, legado de Roma. —Y, como en un suspiro arrastrado por las voces de las trompetas—: Adiós, amor mío.

5

El tiempo, que se volvió tormentoso de repente, encajaba bien con la depresión de mi ánimo. Avanzamos, a través del barro y los vados inundados, en dirección al estuario, donde las fuertes corrientes retrasaron el cruce. En Lindum esperé solo el tiempo suficiente para investigar el sistema de seguridad de la guarnición, de la que no excluí ni a Cerialis ni a su personal en mis esfuerzos por encontrar una conexión con los brigantes. No tuve éxito. Capturamos a dos sospechosos, un mozo de establo y un vendedor de vino, y los interrogamos, pero murieron en la tortura sin proporcionarnos ningún indicio convincente. Ordené bruscamente a Cerialis que extendiera las investigaciones a los puestos de carretera entre Lindum y Viroconium y que

interrogara a los mensajeros de aquella ruta; tras lo cual, partí furioso para Camulodunum.

Durante los días siguientes, los montones de documentos que exigían mi atención no contribuyeron a mejorar mi malhumor. Envié copias de los tratados de Anavio a Nerón, junto con una carta donde tuve cuidado de atribuir aquel éxito a la autoridad de su nombre allende las fronteras. En aquellos despachos le informaba de la creación de dos cohortes britanas, me quejaba respetuosamente de lo exiguo de mi fuerza auxiliar y solicitaba el equivalente a diez cohortes como refuerzos. Y no solo necesitábamos auxiliares. En una carta a Burro le expliqué que a todas las legiones les faltaban hombres, a algunas hasta quinientos, de modo que los legionarios que habían completado sus veinte años de servicio y no deseaban reengancharse como veteranos durante cinco años más, eran obligados a permanecer en el ejército. Hasta a los veteranos les resultaba difícil licenciarse. Las quejas de los soldados mayores se extendían rápidamente por las filas y tendían a perturbar a unidades enteras. Además, añadí, la calidad de los reclutas que recibíamos se estaba deteriorando: cada vez había menos itálicos y más galos de Narbona, o hispanos, con algunos añadidos de Macedonia y Asia. El ejército de Britania se abastecía de hombres sobre todo a través de levas en centros de reclutamiento del Rhenus sobre los que yo no tenía ningún control; pedí a Burro, en lenguaje claro y conciso, que diera instrucciones a los comandantes de aquellos centros y les recordara que Britania no era el vertedero de basura de los reclutas provincianos.

Un informe secreto de Aurelio Baso, oficial del censo de Camulodunum, me hizo fruncir el ceño y llamar a su autor.

—Baso, aquí no hay nada concreto —dije, jugueteando con el rollo—. Insinuaciones, sospechas, dudas… eso es todo. Se te ordenó que informaras de tres temas principales: elementos antirromanos en nuestro territorio, tráfico de armamento y conspiración entre icenos y trinovantes. Sospechas de todo ello pero no puedes probar nada. ¿Por qué?

—Porque conseguir pruebas de estos asuntos es como intentar agarrar agua, legado —repuso con calma—. Tengo las manos mojadas. Sé que los trinovantes tienen sociedades secretas donde conspiran contra nosotros, y sé que entre icenos y trinovantes existe alguna alianza antirromana. Pero también tengo las manos vacías: no puedo probar ninguna de esas cosas.

—Cuéntame.

—Un montón de incidentes forman el cuadro completo; contártelos todos nos tendría aquí hasta la puesta de sol. Por ejemplo: mis hombres

encontraron, en un bosque, a un leñador trinovante que llevaba una espada. Eso va en contra del edicto sobre desarme, por lo que fue arrestado e interrogado en secreto. Tras algo de presión confesó que era miembro de una banda de contrabandistas de armas en la frontera icenia, dio los nombres de otros nativos que trabajaban con él y accedió a revelarnos un escondite secreto en el bosque donde guardaban armas. Actuamos. Los hombres delatados habían desaparecido, presumiblemente a través de la frontera; y el escondite, un pozo debajo de un roble, había sido vaciado antes de nuestra llegada. Enterramos allí al nativo.

—Continúa.

—Uno de mis astures, un tipo al que escogí para esta misión porque hablaba el antiguo idioma britano, consiguió trabajo en la propiedad de un jefe trinovante cerca de la frontera icenia. Recibimos un mensaje suyo diciendo que varios nobles icenos frecuentaban la casa y hablaban en secreto con el propietario y otros miembros de la aristocracia trinovante.

—Eso podría significar cualquier cosa.

—Es cierto —suspiró Baso—. El astur también decía que esperaba descubrir qué ocurría en aquellas reuniones. Tres días después, alguien dejó su cabeza en mi portal durante la noche. Le habían grabado el signo de los druidas entre los ojos. Decidí no montar un escándalo, dadas las circunstancias.

Contemplé su rostro imperturbable.

—¡Eso es imposible, Baso! ¿Me estás diciendo que nuestro sistema de seguridad, tan caro y altamente organizado, no puede conseguir pruebas de una conspiración entre dos tribus enteras?

—No, no podemos —dijo con cansancio—. Los nativos nos vigilan con astucia y una paciencia infinita. Cada hombre, del jefe al esclavo, es un espía en potencia. ¿Cómo distinguir a los amigos de los traidores?

—¿Es que no tenemos amigos entre los trinovantes?

—Prácticamente ninguno. —Baso hablaba con aire de desesperación—. Escucha, legado, porque esto no lo encontrarás en mi informe. Estoy convencido de que tanto los trinovantes como los icenos odian a Roma y todo lo romano. Creo que llevan años aliados en secreto. Solo hay un hombre que los contiene.

—¿Prasutago?

—Prasutago, rey de los icenos. Es viejo, sabio, y ya ha sufrido la ira de Roma. Cuando muera, puede ocurrir cualquier cosa. Este territorio está

totalmente desprotegido, legado. Necesitamos una legión estacionada permanentemente en Camulodunum.

—Todavía no eres mi asesor militar, Baso.

El prefecto pareció de repente muy cansado.

—Lo lamento, legado. Tal vez esta misión me ha afectado demasiado. ¿Tengo tu permiso?

Cuando se hubo marchado, me senté con la cabeza entre las manos durante un largo rato. Creía a Baso. Sus informes encajaban demasiado bien con mis propias percepciones. Estábamos sobre un volcán dormido cuya explosión podía expulsarnos de Britania. En su corazón de lava fundida se encontraban los icenos, nuestros aliados. ¿Sería mejor esperar a la muerte de Prasutago? Lo mejor hubiera sido anexionarnos el reino al instante. ¿Con qué excusa? ¿Cómo podíamos cambiar de política hacia un vecino aliado sin otra evidencia que las convicciones no demostradas de un prefecto de caballería? Sería inútil escribir al Príncipe. Tomé el estilete y redacté una carta cifrada para Burro.

«Convence al Príncipe de que me permita marchar contra los icenos antes del invierno. Están listos para la revuelta y extendiendo la subversión. Estoy seguro de ello pero no tengo pruebas concretas. No puedo dedicar tropas a controlar la zona, y tú sabes por qué. Usa toda tu influencia. El asunto es vital».

Pasaron los días. Me ocupaba de todo tipo de tareas: asignaciones rutinarias e informes de las legiones, auditorías, deudas y problemas fiscales del procurador, peticiones de las autoridades locales y magistrados tribales relativas a proyectos iniciados durante mi gira y, como siempre, de las inacabables labores judiciales. A diario, antes de amanecer, celebraba una audiencia en la que entrevistaba a peticionarios, mercaderes, terratenientes, magistrados y jefes tribales, solucionando desacuerdos o simplemente intercambiando cumplidos. Se perdía mucho tiempo, porque el de los britanos es un pueblo muy hablador, que suele conseguir sus objetivos a través de un laberinto de oratoria.

Entre aquellas distracciones, reorganicé por completo nuestras líneas de comunicación. La distribución azarosa de las guarniciones de los puestos, su escasa disciplina y la mala condición de algunos fuertes me habían provocado una irritación creciente durante mis viajes. Las únicas excepciones eran los puestos situados entre Corinium y Viroconium que, estando junto a la frontera y controlados por fortalezas, eran rigurosos y eficientes. Para fomentar aquella unidad y responsabilidad, dicté órdenes retirando a todas las

guarniciones heterogéneas de las demás calzadas y sustituyéndolas por unidades sencillas responsables de patrullar sectores concretos. Así, la Vía de la Frontera fue asignada a la Primera y Segunda Nerviana; la Vía del Oeste a la Tercera y Cuarta de Galos; la Vía Media a la Primera de Vangiones y la Vía del Norte a la Primera y Segunda de Lingones. Algunas de estas eran unidades miliares y, todas ellas, a excepción de las de los nervios, eran cohortes mixtas, de caballería e infantería, de modo que podían proporcionar destacamentos montados para las patrullas. Algunos legionarios especialmente entrenados también fueron destinados a puestos importantes, cerca de las ciudades o en cruces de carretera, para servir como oficiales de inteligencia y aduanas.

Cada cohorte tenía que mantener un cuartel general y una fuerza de reserva en el punto más importante de su sector, con destacamentos en los otros puestos, situados aproximadamente cada doce millas. En la Vía Media, por ejemplo, la Primera de Vangiones, una cohorte miliar mixta, tenía cuatrocientos hombres en Venonis, la intersección de la Vía Media con la de la Frontera, y once guarniciones más de tamaño variable: desde una centuria en Verulam a veinticinco hombres en Lactodorum.

Como postdata a aquellas instrucciones ordené la reparación y, en algunos casos, la reconstrucción completa de los propios puestos, con directrices muy firmes contra el establecimiento de poblados civiles junto a las defensas. Aquellos poblados crecían como hongos en cualquier lugar donde construíamos un puesto permanente, a menudo albergando a más personas que el propio fuerte. No dicté cuál debía ser la separación mínima, dejándola al criterio de los comandantes de cada sector en función de la topografía local y las exigencias tácticas; y, desgraciadamente, tampoco podía ordenar el derribo de templos y santuarios. Aquel edicto, que pretendía despejar el espacio necesario para el combate en torno a cada fuerte, resultó bastante efectivo. Algunas guarniciones, sin embargo, demoraron mucho el derribo de las cabañas y, en las zonas más civilizadas y por tanto más propensas a reclamar, las demoliciones dieron origen a varios pleitos sumamente irritantes por daños y perjuicios.

Los mensajeros militares dependían de los puestos de carretera. El Correo Imperial de Roma, cuyos jinetes eran esclavos del servicio civil adscritos al personal del Príncipe, funcionaba solo de Rutupiae a Camulodunum. La correspondencia gubernamental en las otras partes de la provincia era responsabilidad de algunos mensajeros cedidos por los regimientos de caballería, que recorrían etapas de treinta millas entre puestos de carretera

alternos. Aquel sistema se había descuidado y era mucho más lento de lo debido. Los mensajeros no estaban sometidos a la disciplina del regimiento, establecían lazos poco deseables con los britanos a lo largo de sus rutas y a menudo vivían con familias nativas en pueblos junto a la calzada, prefiriendo la tranquilidad de la vida civil a la austeridad militar de los fuertes. Bajo aquellas condiciones, el correo podía ser manipulado; estaba seguro de que aquel había sido el método por el que Cartimandua había conseguido enterarse de la fuerza de mi escolta.

Por lo tanto, me ocupé de llenar los establos de los fuertes con caballos rápidos y de calidad, sustituyendo a los hombres dudosos por buenos jinetes de integridad probada, que normalmente trabajaban recorriendo cincuenta millas al día. Además, instituí un sistema de emergencia en todas las calzadas principales, por el que las cartas urgentes podían recorrer ochenta millas al día. Solo los mensajes enviados por legados al mando de legiones o por el procurador podían ser enviados a través de aquel servicio; no quería que ningún joven tribuno reventara a mis caballos solo porque alguno de sus favoritos había sufrido un cólico.

Mi red de seguridad interna funcionaba ya con un nivel de eficiencia razonable. Los agentes enviados durante el invierno a reclutar espías entre las tribus habían regresado e informado de la finalización de sus tareas. Los informes de inteligencia de las zonas ocupadas, aparte de las quejas de costumbre relativas a los impuestos, eran una lectura aburrida; todo el mundo parecía feliz y contento bajo el gobierno de Roma. Pensé con amargura en el odio y la intriga que bullían en torno a la capital y que no aparecían en el informe de ningún agente, y me pregunté hasta qué punto se trataba de un sistema eficaz. Lleno de dudas y temores, acosaba a mi secretario de inteligencia, diseñaba sistemas de comprobación, designaba espías para espiar a los espías y aumentaba el presupuesto del servicio secreto, todo ello sin efecto aparente. Me llegaban más informes, pero eso era todo; su tono de tranquilidad permaneció inalterado.

Empecé un nuevo estudio topográfico de Britania, repartiendo la provincia entre doce grupos de legionarios cartógrafos. Aquella era una medida a largo plazo cuyos resultados serían recogidos por mi sucesor al cabo de unos años; el mapa de Britania que tengo ante mí mientras escribo es el producto de aquel esfuerzo.

A principios de julio, Aufidio Pantera me informó de que había encontrado un buen lugar para desembarcar cerca de Venta Silurum, aunque

planteaba ciertas reservas sobre el tiempo y las mareas. En respuesta, le escribí:

«Tus noticias son alentadoras, querido Pantera. Ahora debes encontrar una ensenada o arroyo en la costa sur del estuario del Sabrina, casi frente a Venta Silurum, donde pueda refugiarse una flota capaz de embarcar a dos mil hombres. Debes hacer un viaje de reconocimiento a través del estuario entre ese refugio, cuando lo hayas encontrado, y las playas de Venta Silurum, y hacer que tus pilotos se familiaricen con el recorrido hasta el punto de ser capaces de hacerlo por la noche. Hazlo con discreción, para que los siluros no se inquieten por el movimiento constante cerca de sus costas.

»También debes calcular un período de unos siete días a finales de agosto en los que la marea ayude a la travesía.

»Te advierto ahora que tendrás que encontrar los barcos para esta operación. Dime cuántos necesitarás y dónde puedes encontrarlos. Tendrás mi autoridad para requisar barcos mercantes de Londinium y otros puertos, pero no hagas nada hasta que te dé la orden.

»Mantén este asunto en secreto. Que ninguna pista de mis planes llegue siquiera a tus capitanes. Adiós».

Había pasado un mes en Camulodunum, trabajando doce horas al día, malhumorado y atormentado por el recuerdo de Cartimandua. La nota de Pantera con su promesa de futuras batallas fue como una bocanada del limpio aire marino que empujaba sus barcos. Entregué la respuesta a un funcionario y llamé a gritos al tribuno de guardia. En cuestión de minutos, todo el lugar zumbaba como una colmena caída; y, al día siguiente, partí para Calleva Atrebatum.

6

Frontino había hecho bien su trabajo. Las calles principales ya estaban pavimentadas, los cimientos del ayuntamiento y el mercado construidos y las paredes habían empezado a crecer. Los baños públicos estaban casi acabados, y a la casa de Epático, diseñada por un arquitecto itálico llegado de Londinium, solo le faltaban las tejas. En otras partes, la reconstrucción era más escasa; había seis o siete casas creciendo lentamente en algunas esquinas. Por lo demás, las cabañas de barro y paja originales, donde no habían sido derribadas para abrir calles, seguían formando el grueso de las viviendas de Calleva Atrebatum. El foso y el terraplén defensivo aún no se habían

empezado; solo había un surco trazado entre estacas que marcaba su futuro recorrido.

Con Frontino y Epático me dirigí al emplazamiento de mi propia mansión, donde las paredes se elevaban irregulares como dientes rotos. El arquitecto estaba ocupado midiendo y aplomando entre constructores y albañiles. Inspeccioné la obra con aprobación, particularmente la casa de baños junto al patio principal; por lo que sabía, aquella iba a ser la única casa de Britania fuera de Londinium con sus propios baños. También estaban construyendo establos para mis caballos, pues me gustaba tenerlos cerca.

En torno al campamento se habían limpiado de vegetación varios acres para maniobras del ejército, y allí estaba entrenando mi nueva guardia personal y los auxiliares britanos. Estos últimos todavía se encontraban en la fase de adiestramiento individual. Me detuve ante un pelotón dobuno que estaba haciendo ejercicios con espadas pesadas para reforzar los músculos.

—¿Cómo les va? —pregunté al *optio* instructor.

—Bastante bien, legado. Progresaremos más aprisa cuando entiendan algo más de latín.

—Es muy probable. —Las tribus que hablaban britano antiguo tenían dificultades para aprender nuestro idioma. Ni siquiera las expresiones galas de los ejercicios significaban nada para ellos.

Me volví para contemplar a otros pelotones: algunos hacían ejercicios físicos a la carrera llevando bagajes pesados, y otros aprendían a montar torpemente entre los comentarios hirientes de los decuriones. Movimiento, ruido, cascos de caballo, entrechocar de hierro y tintineo de arneses, polvo, blasfemias, olor a sudor y cuero: todos los sentidos eran agradablemente asaltados en aquella factoría del ejército romano, aquella máquina capaz de convertir a salvajes feroces en guerreros fríos y disciplinados. Sonreí de placer.

—Vamos a ver a tus hombres, Frontino.

Nos dirigimos a los terrenos de la guardia personal. Observé, en silencio crítico, una escena muy diferente. Aquellos eran hombres de calidad excelente, soldados plenamente entrenados antes de llegar a Calleva Atrebatum. Frontino solo tenía que encargarse del proceso de integración y perfeccionamiento, de modo que el resultado se convirtiera en un modelo para todas las demás unidades del ejército de Britania.

—Y eso —murmuré—, lo has conseguido, Frontino. Inspeccionaré a la guardia dentro de dos días y veré sus maniobras de formación y batalla. Si todo va bien, recibirán sus crestas escarlata.

Las evoluciones de la guardia personal atrajeron la atención de los auxiliares britanos y de muchos espectadores de la ciudad. Tras una minuciosa inspección de sus armas y equipamiento, en los que no pude encontrar ningún defecto, la cohorte desfiló junto a mí, con las cuatro tropas de caballería delante de las seis centurias. Frontino instruyó a continuación a las centurias, que realizaron varias maniobras: cambios de formación de línea a columna, de columna a cuadrado, de cuadrado a línea, ejercicios de refuerzo de la línea de batalla, y otros movimientos, acabando con un lanzamiento simultáneo de jabalinas y una carga. La ejecución fue impecable.

Los colores brillantes de las mantas de silla y las túnicas de los jinetes presentaban un fuerte contraste con el tono sombrío y metálico de los legionarios. La maniobra fue sorprendentemente buena, tratándose de auxiliares. Eran jinetes deslumbrantes y vigorosos, pero no pude imaginarios rompiendo una infantería pesada como la de los legionarios armados que, apoyados en sus escudos altos y semicilíndricos, observaban sus maniobras con cierto sarcasmo.

7

Durante julio y principios de agosto hice un recorrido muy completo por el sur de Britania, de Venta Belgarum a Isca. Fue un viaje lento interrumpido por varias pausas prolongadas, porque pretendía visitar todas las ciudades y pueblos importantes y conversar con magistrados, jefes y ancianos. Era una zona de tierras bajas interrumpidas por valles pantanosos y cubiertos de bosques, donde los centros tribales no eran más que grandes poblados nativos sin ninguna muestra de arquitectura romana. Mi viaje tenía otros objetivos, además de los políticos. El ejército necesitaba grandes cantidades de lana para ropa, además de cuero para escudos y túnicas, tiendas y botas, y dependía de la población civil para conseguir ambas cosas. Las mesetas abiertas del sur eran las grandes zonas ganaderas de Britania, con abundancia de ovejas y ganado vacuno, y en los valles boscosos se criaban cerdos, igualmente importantes en las raciones del ejército por su manteca y su grasa.

Hice de granjero entre los granjeros, inspeccionando rebaños, dando ideas para mejorarlos, concertando el envío de carneros y toros desde las granjas romanas para mejorar las razas, concediendo pequeñas ayudas monetarias donde el resultado podía ser ventajoso para nosotros, y nombrando capataces expertos en las comunidades más atrasadas.

Aquellos granjeros, que producían poco trigo, no se habían visto tan afectados por los bajos precios del grano. Los encontré satisfechos, cooperativos y razonablemente prósperos, dado que prácticamente todos, a excepción de algunos habitantes de las ciudades, habían escapado al impuesto del censo. Habían aprendido a aceptar los impuestos sobre la tierra como una necesidad desagradable pero inevitable. El dinero es el mejor incentivo para el esfuerzo; aunque no tenía poderes para reducir los impuestos, me comprometí a que el gobierno siempre les compraría una proporción fija de cerdos, lana y pieles, a precios que permitieran un buen margen de beneficios para los granjeros. Un mercado activo fomenta la expansión, y la producción en aquella parte de Britania se incrementó en una tercera parte en solo dos años.

Cerca de Venta Belgarum había una gran finca confiscada por Aulo Plaucio cuando su propietario, un noble belga, fue ejecutado por traición. La finca pertenecía al Príncipe, y era supervisada por un liberto del personal del César. Allí encontré una tejeduría que fabricaba ropa, capas y mantas para el ejército a partir de la lana producida por los belgas y durotriges.

Aquellos asuntos, y los inexorables pleitos que me esperaban en los tribunales de Venta Belgarum, Durnovaria e Isca, me mantuvieron plenamente ocupado. Los asuntos militares pasaron a un segundo plano en aquel distrito pacífico y desguarnecido. En las carreteras principales, sin embargo, aproveché la oportunidad para inspeccionar a las tropas de comunicaciones, que ya se estaban trasladando a sus nuevos destinos, y para obligar al derribo de los poblados civiles; una medida impopular que no me granjeó simpatías entre soldados ni entre civiles.

Un día nos desviamos de la calzada para visitar un templo britano abandonado en la llanura cercana a Sorviodunum. Había oído hablar mucho de aquel monumento. La realidad resultó algo decepcionante, porque las grandes piedras quedaban empequeñecidas por la inmensidad de su entorno. Sin embargo, los círculos concéntricos de roca tallada, rodeados por su terraplén y su foso, no estaban desprovistos de cierta grandeza. Melancólicos y solitarios, permanecían intactos, a excepción de una de las inmensas portadas internas, derribada por la acción humana, como demostraban los restos de antiguas excavaciones. Me sentí impresionado, pese a mi firme escepticismo en materia de dioses y religiones, ya fueran romanas o bárbaras.

—¿Alguien conoce la historia de este lugar?

Un hombre se movió en las filas de mi guardia personal.

—¿Permiso para hablar, legado?

—¿Tu nombre?

—Dosenio Próculo, centurión, procedente de la Segunda Legión Augusta.

—Adelante.

—Yo era un recluta en la legión, bajo el legado Flavio Vespasiano, cuando luchamos y conquistamos a las tribus del sur, hace diecisiete años. Acompañé a un destacamento enviado para destruir este templo.

Bajé de la silla y me senté sobre una piedra caída, siguiendo con el dedo los caracteres grabados en algún idioma olvidado.

—Cuéntame la historia.

—La legión estaba acampada en Venta Belgarum, ciudad que tomamos sin resistencia y que encontramos vacía. La caballería exploraba hacia el oeste, tratando de encontrar al enemigo. El campo parecía desierto. Más tarde descubrimos que muchos refugiados se habían dirigido a la gran fortaleza de los durotriges en Durnovaria.

»Una tropa de caballería capturó a un britano y lo trajo para interrogarle. Solo entendimos a medias lo que contó: una enrevesada descripción de una partida guerrera reunida en el Templo del Sol. Ninguno de nosotros había oído hablar del templo, ni sabíamos dónde estaba. El legado decidió que valía la pena investigarlo y asignó a una cohorte, con infantería y caballería auxiliar, para acabar con la partida y el templo, si existía. Nos llevamos al nativo como guía.

»El sitio estaba a un día de marcha, un camino muy desagradable con un tiempo muy frío y un fuerte viento que aullaba bajo las nubes. Llegamos a la llanura y pasamos junto a cabañas solitarias, pueblos pequeños y túmulos mortuorios. Todo estaba desolado, gris y solitario. Por la tarde empezó a nevar.

»Seguimos adelante. Las nubes descendieron, negras y pesadas. La nevada se convirtió en ventisca. La visibilidad se redujo a unas pocas yardas; perdimos de vista a la caballería, que exploraba en vanguardia y en los flancos. El tribuno ordenó un alto y cerró la formación. Entonces nuestro guía empezó a resistirse y a gritar. Le apoyé una jabalina en la espalda y lo obligué a continuar. No teníamos tiempo que perder con traidores arrepentidos.

»Entonces un explorador de caballería informó de que había visto algo: grandes edificios, dijo con voz temblorosa, hogueras y centenares de personas. El guía estaba haciendo mucho ruido, evidentemente tratando de dar la alarma. Nadie podía haberle oído en aquella galerna, pero ya había hecho su trabajo y se había convertido en una molestia. Le cortamos el cuello.

»El tribuno me ordenó que me acercara a la caballería, detenida en un pliegue del terreno. Vimos esas piedras monstruosas y a una gran multitud que llenaba todo el espacio del terraplén y más allá. Las hogueras, azotadas por el viento, chispeaban y centelleaban en la herradura interior de los pilares. La multitud estaba en silencio, observando, concentrada en algo que para nosotros quedaba oculto tras las grandes rocas negras.

»Nuestros preparativos fueron breves. La caballería y los auxiliares se dirigieron en silencio a sus posiciones alrededor del templo. El tribuno dejó en reserva a una centuria; las demás formaron en línea y desenvainaron las espadas. Cuando todo estuvo listo, sonaron las trompetas».

Próculo hizo una pausa, se frotó la nariz y tosió.

—Te lo cuento tal como ocurrió, legado, lo creas o no. En un abrir y cerrar de ojos se levantó el viento y nos golpeó como una ola, chillando como un millón de demonios. Fue aterrador. Los pilares del templo se tambalearon ante mis ojos, lo juro. Los fuegos se apagaron como velas. La multitud se agitó, y se oyó un largo gemido, que se convirtió en un grito de agonía más fuerte que la ventisca.

»Bien, se había dado la señal. Yo no era más que un recluta, cegado por la nieve, ensordecido por el viento, y asustado. Los veteranos tampoco se sentían demasiado seguros, a juzgar por su lenguaje. Pero hace falta algo más que una tempestad para detener a la Valeria. Cruzamos el foso a la carrera, y las puntas de las espadas chocaron con la roca. Después de aquello, todo fue bien. Los primeros britanos murieron sin saber qué los mataba.

»El resto fue pánico y matanza. Avanzábamos hacia el interior desde el terraplén circular, concentrando a la multitud con nuestros escudos y recortando los bordes exteriores con las espadas como si quitáramos las capas de una cebolla. Las mujeres y niños murieron con los demás; no teníamos órdenes respecto a hacer prisioneros. Apenas hubo resistencia hasta que alcanzamos el círculo de piedras interno.

»Aquí, en torno a estos enormes pilares, hubo un auténtico combate. Ellos formaron un anillo apretado, llenando los espacios entre las piedras con sus cuerpos, luchando como si estuvieran al borde del infierno. Desde el interior, por encima de las llamadas de las trompetas, el ruido del hierro y los gritos de guerra, pude oír cánticos de voces agudas y desesperadas.

»La batalla acabó pronto y llegamos adentro, donde estamos ahora; supongo que podríamos llamarlo el santuario interior. Encontramos a sacerdotes vestidos con pieles de lobo, con las caras pintadas de azul y amarillo, apelotonados y todavía entonando la canción de su muerte. La

visión fue tan inesperada, tan irreal, que nuestros hombres se detuvieron. Solo entonces me di cuenta de que el viento se había detenido, de repente y por completo, y todo estaba en silencio. La nieve caía suavemente».

Próculo pateó la piedra sobre la que estaba sentado.

—Esto era un altar, legado. Hace diecisiete años aquí yacieron los cuerpos desnudos de un niño y una niña. Los habían cortado cuidadosamente, como a capones en un banquete, y decorado con sus propias lenguas, pechos, genitales y entrañas. Pero seguían vivos; sus ojos se movían, y sabían lo que ocurría.

»El tribuno, un hombre joven, lo vio y sintió asco. Se enfureció y nos ordenó no matar a los sacerdotes. Nombró una guardia para vigilarlos y envió a los auxiliares a buscar leña, muy difícil de encontrar en esta llanura pelada. Cortaron estacas; cavamos agujeros y plantamos las estacas con cinco pies de separación entre cada una, formando un círculo entre el anillo de piedra exterior y el terraplén. Luego atamos a los sacerdotes a las estacas, cincuenta y seis en total, y apilamos la leña a su alrededor. La noche había caído por completo cuando terminamos.

»La leña estaba húmeda y verde, y ardía mal, de modo que nuestros porta antorchas tuvieron una tarea difícil para mantener los fuegos encendidos. Los sacerdotes murieron lentamente, ardiendo un poco cada vez, chamuscándose, gimiendo hasta que volvíamos a encender las hogueras y chillando cuando las llamas saltaban y los mordían. Los horrores del altar seguían vivos, y observando. Ninguno de nosotros se atrevió a tocarlos.

»Por la mañana habían muerto todos. Trabajamos todo el día para derribar las piedras, pero eran muy pesadas y las bases estaban enterradas a gran profundidad. Solo pudimos derribar uno de los portalones. Es el que está ahí ahora».

Me levanté con dificultad. Mis dedos estaban pegajosos donde habían tocado la piedra; me incliné y los sequé con la hierba.

—¿Eran druidas, Próculo?

—No puedo decirlo, pues no sé nada de las costumbres bárbaras —dijo el centurión—. El tribuno dijo que no lo eran; opinaba que eran sacerdotes de una religión antigua, más antigua que los druidas, tan antigua como la misma Britania.

—Bueno, hemos acabado con ella. —Monté y contemplé los círculos de piedra, silenciosos, amenazadores, malignos—. Este lugar está maldito —añadí con violencia—. Está maldito y es indestructible. Si no podemos

derribar estos pilares, tendrán que quedarse aquí para siempre. Pero dos mil años vacíos no liberarán a sus fantasmas atormentados. Vámonos.

La columna dio la vuelta. El polvo se levantó bajo nuestros pies, moviéndose al sol y ocultando el templo tras un tapiz en movimiento salpicado de oro.

8

Un despacho de Pantera me hizo acudir a Calleva Atrebatum. Le envié un mensajero a él y otro a Vecio Valens, convocándolos a una reunión. Hice que mis funcionarios civiles regresaran a Camulodunum y reduje el cuartel general militar al mínimo esencial, dejando al personal superfluo en Calleva Atrebatum. Una mañana lluviosa a mediados de agosto me dirigí a Glevum, olfateando como un perro de caza el rastro de la guerra que se acercaba por el horizonte.

CAPÍTULO 6

«*Este tipo de estratagema debe usarse no solo contra aquellos a quienes consideramos simples, sino, con mayor motivo, cuando el ardid es de tal complejidad que parece haber sido sugerido por los dioses*».
SEXTO JULIO FRONTINO

1

La sala principal del pretorio de la Augusta albergaba una larga mesa de roble, tres sillas, bancos, soportes de armadura y estanterías llenas de estuches cilíndricos de metal que contenían los archivos y documentos de la legión. Allí el legado decidía sobre los asuntos de su legión, atendía las quejas, despachaba con tribunos y centuriones y dispensaba justicia sumaria. La puerta, cerrada y vigilada por un centinela, tenía delante una entrada interior a la sala de los funcionarios, a la sazón vacía; las contraventanas estaban abiertas y dejaban ver el foro de la fortaleza; en el extremo opuesto, la luz pálida del amanecer luchaba por abrirse paso a través de los gruesos cristales. Papeles, mapas, tablillas y un ábaco abarrotaban la mesa donde me encontraba, tranquilo pero muy cansado, mientras observaba cómo se iban apagando las lámparas. Allí había pasado la noche solo, haciendo arreglos y comprobaciones y simplificando los intrincados detalles de una operación que había de despejar el terreno para las campañas más ambiciosas del año siguiente.

Me había entregado a aquel proyecto, la reducción de los siluros, con bastantes reticencias, porque no acostumbro a exigir por la fuerza lo que puede obtenerse a través de la negociación. Pero los siluros, y en eso eran casi únicos entre las tribus que habíamos encontrado en Britania, no comprendían ninguno de los principios de la diplomacia, ignoraban los tratados según su conveniencia y eran traidores por sistema. Eran una raza distinta y más antigua que las tribus de nuestro lado del Sabrina: creo que eran supervivientes de aquellos pueblos oscuros que construyeron los grandes círculos de piedra cerca de Sorviodunum y que, derrotados por las sucesivas

invasiones, se retiraron enfurruñados a las montañas del oeste donde vivían. Su gobierno y organización tribal contenía ciertas peculiaridades únicas en Britania: aunque, como todas las tribus, estaban divididos en castas o clanes, cada uno de ellos gobernado por un jefe menor, que desde una fortaleza sobre una colina, ejercía su dominio sobre unos cuantos valles, su monarquía era hereditaria, tenía poderes supremos y se le rendía culto como a una deidad. Su antigua religión, oscura y misteriosa, había aceptado de mala gana a los druidas, que eran más tolerados que venerados; los sacerdotes de la hoz de oro tenían menos influencia entre los siluros que en ningún otro lugar de más allá de nuestras fronteras.

Nuestros tratos con la tribu habían sido desafortunados. Ostorio Escápula los había derrotado en la batalla, pero de modo indefinido, y las revueltas subsiguientes habían malogrado todos sus esfuerzos por establecer puestos de avanzada en sus montañas. Escápula fue el primer gobernador que intentó la diplomacia, pero sus vacilantes negociaciones fracasaron bruscamente por el tema de los rehenes: en realidad, los siluros habían replicado lo mismo que los helvecios a Julio César cien años atrás: que estaban acostumbrados a tomar rehenes pero no a proporcionarlos. El sucesor de Escápula, Didio Galo, exhausto tras sus vanos esfuerzos por atraer a la tribu a una batalla decisiva, trató de conseguir la paz a través de sobornos. Los siluros aceptaron el oro de buena gana, accedieron a todo lo que les pidió Galo y continuaron enseguida las hostilidades con vigor redoblado.

Con un pueblo tan salvaje e intratable, la persuasión y el soborno eran igualmente inútiles. La conquista sería larga y complicada. Pero yo pensaba que sería posible reducirlos golpeándoles en el corazón, en sus posesiones más preciadas y veneradas. Ninguna otra opción parecía posible.

El extremo de la jabalina del centinela golpeó el suelo en señal de saludo; se abrió la puerta y entraron Vecio Valens, Penio Póstumo y Aufidio Pantera. Cuando estuvieron sentados, llamé al *optio* de guardia.

—No dejes entrar a nadie y aleja a todo el mundo de las ventanas de esta habitación.

Bebí una copa de vino y me froté los ojos doloridos.

—Lo que vamos a tratar —empecé—, es secreto y no debe ser mencionado por ninguno de vosotros fuera de mi presencia. ¿Entendido?

Asintieron con la cabeza.

—La próxima primavera el ejército emprenderá una gran ofensiva cuyo alcance y dirección todavía no voy a revelaros. Nuestra preocupación inmediata es que los siluros, tal como están las cosas, puedan perjudicar esa

operación, ya sea por su participación directa o por una invasión de nuestras zonas ocupadas a través del Sabrina.

»Mi objetivo es neutralizar a Siluria hasta que acabe la ofensiva de la primavera. Para hacerlo, me propongo organizar una expedición contra los siluros, de duración y objetivos estrictamente limitados, a principios del mes próximo.

—¿En esta estación? —intervino Valens.

—Con una intención particular. Porque en esta estación los nativos han recogido sus cosechas y no tienen ninguna obligación que les impida ir a la guerra. Reaccionarán a la invasión romana con una movilización a gran escala que vaciará de guerreros todas las ciudades, pueblos, fuertes y valles. Me propongo enviar una legión al otro lado del Sabrina en Glevum, con la esperanza de atraer a toda la fuerza silura.

—Significará luchar durante el invierno —dijo Póstumo.

—Esperad —interrumpí—. La legión no será otra cosa que un imán, un cebo para atraerlos y retenerlos. No tendrá que avanzar más que unas pocas millas al otro lado de la frontera. Allí, en territorio siluro, la legión fortificará un campamento, una base impenetrable desde donde pueda devastar los alrededores a un día de marcha. Los nativos acudirán a este ultraje como avispas a una fruta podrida.

»Pero el golpe principal lo daremos en otra parte, con una fuerza pequeña que cruzará por mar el estuario del Sabrina, muy por debajo de Glevum, y se dirigirá a la capital de los siluros, Venta Silurum. La fortaleza debería estar casi desprotegida, pues su guarnición se estará enfrentando a la legión a muchas millas de distancia. Su tarea será capturar a los miembros de la nobleza y la familia real silura, a los que retendremos como rehenes a cambio del buen comportamiento de la tribu.

»Para evitar que Glevum quede desguarnecida mientras nuestras fuerzas están en el campo, me propongo trasladar a una legión desde Viroconium hasta aquí hasta el final de la operación. Probablemente será una precaución superflua, pero nunca se sabe. Puede ser que, gracias a un golpe táctico genial, los siluros decidan ignorar una trampa tan obvia y atacar Glevum.

»Estas son las grandes líneas de mi plan. ¿Qué os parece? ¿Valens?

El legado meditó, tirándose de la barba.

—¿Y si Venta Silurum está bien defendida? —dijo al fin.

—Nos retiramos a nuestros barcos y el intento ha fracasado —contesté—. Es un riesgo que hay que asumir. ¿Póstumo?

—Venta Silurum es un lugar desconocido. ¿Cómo descubriremos sus defensas y accesos?

—Ya he pensado en eso. Tendremos un guía que conoce bien el lugar.

Hubo silencio durante unos momentos. Valens, sumido en sus pensamientos, jugueteaba con las cuentas del ábaco.

—Entonces, ¿tengo vuestra aprobación en principio?

—Sí —dijo Valens—. Es un plan atrevido y tan lleno de peligros como un perro con pulgas, pero no sé por qué no habría de funcionar.

—De acuerdo —dije bruscamente—. Entonces, aquí están los detalles. La Decimocuarta Legión, con un regimiento de caballería y dos cohortes de infantería se trasladará a Glevum y relevará a la Segunda Legión que, con todas sus tropas auxiliares, cruzará el Sabrina y establecerá un campamento fortificado en la llanura justo al pie de las colinas, desde donde devastará la zona y atraerán a toda la oposición posible. Dos mil hombres de la Decimocuarta Legión (tus mejores hombres, Valens) marcharán por Corinium hasta un punto del estuario, casi frente a Venta Silurum. Desde allí, tras algo de adiestramiento en maniobras de desembarco, serán transportados a las playas de Venta Silurum. Háblanos de los barcos, Pantera.

—Puedo proporcionar veinticinco birremes y catorce embarcaciones auxiliares pequeñas para la operación. El viaje a través del estuario es corto; podemos meter a setenta hombres en cada birreme y a veinticinco en las auxiliares. Todos estos barcos se encuentran ahora fondeados en Isca y pueden hacer la travesía hasta el Sabrina en quince días.

—Bien. Me alegro de que no hayas tenido que confiscar mercantes. Describe lo que has descubierto en tus reconocimientos.

—A unas treinta millas por debajo de Corinium —continuó Pantera—, hay un río que desemboca en el estuario del Sabrina. Los nativos lo llaman «Avon».

—Significa «río» en britano antiguo —gruñó Valens—. Casi todos los arroyos al oeste de la provincia llevan ese nombre.

—¿Y qué? —Pantera hizo un esfuerzo por dominar su impaciencia ante la interrupción—. Hay bajíos y bancos de arena cerca de la boca del río, y naturalmente, depende de las mareas, pero he encontrado un punto de embarque donde pueden fondear diez barcos al mismo tiempo con la marea alta. Toda la fuerza podría estar embarcada en cuestión de dos horas.

—¿Qué hay de la travesía?

—El mar pierde profundidad enseguida a dos millas de la costa silura. Tendremos que viajar rumbo al norte hacia un promontorio que se adentra en

aguas más profundas. Es un viaje en línea recta de unas seis millas.

—¿Y a qué distancia de Venta Silurum está ese promontorio? —preguntó Valens.

—A cinco millas —dije—. Os hablaré de eso más tarde. ¿Qué nos dices de las mareas, Pantera?

—Embarcaremos en el Avon con la marea alta, legado; permaneceremos frente a la costa durante la bajamar y emprenderemos la travesía cuando cambie la marea, de modo que podamos llegar a las playas de Venta Silurum con la siguiente pleamar. He probado esa playa con la marea alta: un birreme choca con la tierra a cincuenta yardas de la costa, en cuatro pies de agua.

—Los hombres se mojarán pero no se ahogarán. ¿Cuánto dura el viaje?

—Con viento favorable y mar tranquilo, usando remos y velas, menos de dos horas. Con viento contrario y mar revuelto, podrían ser seis. Recuerda que los barcos irán muy cargados.

—Planearemos para el peor de los casos —dije—. Hemos de desembarcar frente a Venta Silurum tres horas antes de amanecer, para que los hombres puedan asaltar la fortaleza con la primera luz. Por tanto, debemos embarcar en la boca del Avon la tarde anterior, zarpar al oscurecer y cruzar durante la noche. Ahora, Pantera, con este cálculo de tiempo, ¿en qué fechas tendremos las mareas más favorables?

—Entre el siete y el doce de septiembre, legado: dentro de tres semanas.

—Bien, ahí lo tenéis —dije, volviéndome a Valens y Póstumo—. La Segunda Legión invadirá Siluria el último día de agosto y construirá su campamento. Tú, Valens, escogerás a tu fuerza de ataque, dos mil legionarios y cien exploradores de infantería, y partirás de inmediato hacia la boca del Avon. El resto de tu legión y auxiliares deben llegar a Glevum un día antes de que la legión marche. Pantera, los barcos se concentrarán en la boca del Avon el uno de septiembre. Hay muchas más cosas que acordar; pero enviad esas órdenes inmediatamente. ¿Comprendido?

Valens sonrió de alegría. Me dirigí a la ventana y abrí las contraventanas. La luz del alba, fresca y gloriosa, inundó la sórdida habitación.

2

A mediodía, los correos ya estaban cabalgando hacia Viroconium e Isca, donde se encontraba la flota. Valens partió poco después, jurando que se uniría a su legión en menos de treinta y seis horas. Pantera, que había llegado

a Glevum con dos birremes y un barco pequeño, embarcó rumbo a la boca del Avon, donde tenía intención de reunirse con sus barcos. El prefecto del campamento me importunaba constantemente para que le diera detalles sobre las órdenes de su legión; parecía nervioso y excesivamente inquieto, como si no pudiera soportar la responsabilidad del mando inminente en el campo de batalla. Me sentía irritado y aprensivo, y lamentaba que el legado de la Augusta, gravemente enfermo, estuviera incapacitado para dirigir a su legión.

La preocupación principal de Póstumo era el número de oponentes con que se encontraría. Le expliqué que no anticipaba una resistencia fuerte a su marcha por territorio siluro, porque los nativos no estarían preparados para una invasión tan fuerte. Aquel era el motivo, le expliqué, de que la Segunda Legión tuviera que marchar en cuanto hubiera llegado la Gémina, para que los nativos no pudieran recibir ningún aviso ni alarmarse antes de tiempo por los masivos movimientos de tropas.

—Y cuando estéis ahí fuera, Póstumo —continué—, debéis cavar bien hondo y fortificar un campamento capaz de resistir un fuerte asedio al menos durante diez días. Lo cual no debería ser difícil contra un enemigo que, aunque fuerte en número, carece de armas de asedio y artillería. Recuerda que no sois más que un cebo para hacer salir de Venta Silurum al ejército tribal. Ni espero ni deseo que os enfrentéis a ellos en una batalla abierta.

—Eso está muy claro, legado —dijo—. Pero ¿y la retirada? Si tu apreciación es correcta, me encontraré incomunicado con Glevum y rodeado durante días por una fuerza superior; tendré que abrirme paso luchando para regresar.

—No lo creo, Póstumo. Si la misión contra Venta Silurum tiene éxito, la noticia desbandará a tu enemigo. Ya sabes lo que pueden hacer los rumores. Creerán que un gran ejército ha desembarcado en su retaguardia y está devastando el país. Se dispersarán para defender sus hogares, dejando, como mucho, una fuerza simbólica para contener a tu legión. Y no olvides que tengo a la Gémina en Glevum, preparada para sacarte de allí si te encuentras con problemas en el camino de regreso.

Aquel dardo no consiguió herirle. Póstumo, todavía inquieto, partió para dar sus órdenes. Comprendí que no era un hombre capaz de tomar decisiones. Por un momento consideré acompañar a la Augusta yo mismo; luego descarté la idea. Con operaciones en tres lugares distintos requiriendo mi dirección, no podía permitirme quedar aislado en un campamento sitiado.

Cinco días más tarde, tres cohortes de la Decimocuarta Legión entraron en Glevum, con Valens en cabeza. Me sorprendió verlo porque suponía que se

habría quedado en Viroconium para organizar la marcha del cuerpo principal. Mi sorpresa se convirtió en exasperación cuando descubrí que se proponía dirigir él mismo la expedición a Venta Silurum. Yo ya había designado a uno de sus tribunos, un oficial experimentado y eficiente, para aquel mando. Valens permaneció imperturbable ante mis protestas.

—Esta puede ser la expedición más peligrosa y difícil de mi vida —me dijo en tono cáustico—. La reputación de mi legión y mi propio honor están en juego. Además, necesitas al mejor comandante de que puedas disponer. Y ese soy yo.

Acabé por ceder, secretamente complacido. Valens había traído a su Primera Cohorte, de mil hombres, todos ellos veteranos de más de veinte años de servicio, doce centurias escogidas y un centenar de vascones, bravos compañeros de mi desgraciada patrulla desde Viroconium. Para engañar a la inteligencia tribal habíamos fingido un refuerzo de la guarnición de Isca como razón oficial para el movimiento. En realidad, la *vexillatio* marcharía por Corinium hacia Aquae Sulis, y de allí desaparecería por encima de la escarpadura en dirección a la llanura costera cerca del Avon. Antes de partir al día siguiente invité a Valens a mis habitaciones —vivía en un ala de la casa del legado enfermo— y le presenté a un hombre clave en la operación.

—Este —dije, señalando a un joven campesino britano que esperaba respetuosamente junto a la puerta—, es Vepomulo de los dobunos, tu guía y asesor sobre las defensas de Venta Silurum. Habla latín bastante bien.

—¿De dónde lo has sacado? —dijo Valens, observando al hombre con desconfianza.

—Hace algunos meses, cuando se me ocurrió esta operación —le expliqué pacientemente—, comprendí que no podíamos pasearnos por Siluria en la oscuridad sin la ayuda de alguien que conociera el país. Ordené a mis agentes de inteligencia en territorio dobuno que encontraran a un nativo amistoso familiarizado con la zona de Venta Silurum. Tras una larga búsqueda, me trajeron a Vepomulo, que fue capturado hace tres años en un ataque siluro y trabajó como esclavo en Venta Silurum, donde permaneció durante dos años antes de escapar y regresar a la provincia. Conoce Venta Silurum y sus alrededores tan bien como los de su propio pueblo, y no tiene ningún aprecio por los siluros. Mataron a su esposa y a sus hijos.

—Muy bien —dijo Valens—. ¿Qué tiene que decirnos?

Entramos en la sala del tribunal, donde había un centinela de guardia. Ordené al soldado que se alejara y mostré a Valens un mapa en relieve,

delicadamente modelado por Vepomulo con tierra húmeda, de la costa e interiores de Venta Silurum.

—Estudia esto —le dije a Valens—, y escucha atentamente sus explicaciones. Vepomulo te acompañará a la boca del Avon, y más tarde, cuando hayas revelado el proyecto a tus hombres, reconstruirá este mapa y un modelo de la fortaleza de Venta Silurum, para que muestres a tus centuriones lo que les espera.

Valens pasó tres horas con Vepomulo, absorbiendo cada detalle de la información que este tenía que impartirle. A continuación, mientras el britano lo observaba en silencio, se inclinó sobre el modelo, con la barbilla apoyada en la mano, meditando y trazando sus planes. Finalmente acudió a buscarme y se declaró satisfecho.

—Esta operación no es, después de todo, tan fantástica como pensaba —declaró con franqueza—. El terreno es difícil, pero hay un camino claro del mar a la ciudad. Las defensas son formidables, pero tan extensas que se necesita una guarnición muy fuerte para hacerlas impenetrables. Espero que Póstumo consiga hacer salir a la guarnición y mantenerla ocupada en otra parte.

—Hará las dos cosas —le aseguré. Señalé al dobuno con un gesto—. Protege a Vepomulo como si fuera tu amante: su tarea no habrá terminado con la toma de Venta Silurum. Sus dos años de cautiverio le familiarizaron con los rostros de toda la familia real silura y la nobleza del palacio; sabrá reconocer a los rehenes que buscamos.

Valens y su fuerza partieron a la mañana siguiente. Pasé tres días más en Glevum supervisando los preparativos de Póstumo, y luego seguí a Valens hacia la boca del Avon. Lo encontré en un campo fortificado que dominaba el estuario, reunido con sus tribunos, centuriones y *optios*, y estudiando una réplica ampliada del mapa en relieve de Vepomulo. Escuché con aprobación. El plan de Valens era simple, claro y meticuloso hasta el último detalle, pero flexible y adaptable ante cualquier contingencia previsible. Todos los oficiales tenían que conocer su papel a la perfección, no solo en la misión primaria, sino también en las distintas alternativas para enfrentarse a accidentes y reveses. Aquello era planificación militar a gran escala.

Era el veintisiete de agosto. La flota de invasión había llegado y permanecía anclada en el río. Todas las noches traíamos a la costa unos cuantos birremes y barcos pequeños para que los hombres practicaran las maniobras de desembarco. Marcharon durante largas horas campo a través en la oscuridad, aprendiendo por experiencia el arte del movimiento silencioso.

Descubrieron que el hierro hace ruido al chocar contra el hierro o la piedra, de modo que retiraron los clavos de las botas, recubrieron las tiras metálicas y las vainas con lana y transportaron las jabalinas del revés. Cualquier tropezón o susurro atraía la rápida respuesta de la vara de un centurión. Valens no quería correr riesgos.

Perfeccionamos las comunicaciones. Seleccioné a jinetes fuertes y buenos caballos entre mi guardia personal y los instalé en una cadena de etapas cortas que pasaban por Aquae Sulis y Corinium, de modo que un despacho pudiera llegar en veinticuatro horas de la boca del Avon a Glevum. Valens podría embarcar en cualquier momento entre el siete y el doce de septiembre, ambas fechas inclusive; la fecha definitiva dependería del tiempo favorable. Tenía que enviar un mensaje cuando zarpara y otro inmediatamente después de su regreso.

Volví a Glevum. El día después de mi llegada el resto de la Decimocuarta Legión y tres unidades auxiliares entraron por la Puerta Decumana. Durante breve tiempo, la fortaleza estuvo muy llena. Al amanecer, la Segunda Legión cruzó el Sabrina, con dos regimientos de caballería, el Primero de Tracios y el Segundo de Panonios, y cuatro cohortes, la Primera de Morinos, la Primera de Betasios, la Tercera de Bracarios y la Segunda de Panonios, un total de ocho mil quinientos hombres.

Largas columnas de polvo se elevaron tras la vanguardia de la caballería mientras esta se desplegaba en la orilla opuesta; la luz grisácea de un alba triste centelleó en cascos y jabalinas; la larga columna, como una pitón rojiza y manchada, empezó a retorcerse por la llanura. El débil coro de un himno de marcha competía en desventaja con los chillidos de los ejes de las carretas al avanzar por caminos abruptos. Los últimos exploradores de la retaguardia se volvieron, levantaron las lanzas en señal de despedida y desaparecieron entre los árboles.

Abandoné la muralla, regresé al cuartel general y me senté en el despacho vacío, contemplando sin verlas las estanterías llenas de cilindros polvorientos. Era el principio de la espera. Mi papel había acabado. Mis fuerzas iban a entrar en batalla en frentes muy distintos, contra todos los peligros de una mala coordinación, un viaje por mar, un territorio desconocido y un enemigo impredecible. ¿Se le habría ocurrido a un general alguna vez un plan tan absurdo?

3

Un mensajero de Póstumo, escoltado por una sección de caballería, llegó a Glevum al mediodía siguiente. La sorpresa había sido completa: no habían encontrado resistencia durante la marcha y habían acampado sin interferencias. Se proponía pasar el día reforzando las fortificaciones. Otros dos jinetes llegaron en días sucesivos, informando de ataques victoriosos en la vecindad y de la destrucción de pueblos y fuertes en las colinas. El último mensaje decía que la resistencia tribal se estaba incrementando y que el campamento empezaba a estar rodeado. Desde entonces recibí solo informes breves diarios por paloma mensajera. Aquel medio de comunicación, conocido desde la antigüedad y utilizado con éxito cien años atrás por Décimo Bruto en el sitio de Mutina, había sido sugerido por Póstumo, que entrenaba los pájaros él mismo. Yo me había mostrado escéptico, pero al comprender que en cuestión de pocos días todas las comunicaciones normales con Glevum se habrían cortado por completo, no había objetado al experimento. Ante mi sorpresa y satisfacción, las palomas proporcionaron una información escasa pero suficiente de los asuntos de la legión durante toda la operación.

Al amanecer del día siete, el primero de los seis asignados para la travesía de Valens, los diminutos pergaminos de las palomas me habían informado de que Póstumo estaba rodeado por unos treinta mil guerreros siluros. No teníamos información precisa del total de su fuerza, y solo podíamos basar nuestros cálculos en los números que habían intervenido en las batallas de Ostorio en su campaña contra Caradoc, y aquellos cálculos eran aún más inciertos porque en aquella batalla también había luchado en el lado britano un gran contingente ordovico, indistinguible de sus aliados siluros. Sin embargo, treinta mil hombres eran una fuerza considerable para una sola tribu: la mayor parte de poblados, y esperaba que también Venta Silurum, debían haber quedado vacíos de hombres.

Póstumo, en sus breves mensajes, no parecía excesivamente inquieto por la concentración de enemigos ni por los ataques diarios, e incluso nocturnos, contra su campamento. En realidad, según descubrí más tarde, disfrutó de su papel pasivo, tan adecuado a su temperamento. El campamento de la Augusta estaba bien situado y era tan fuerte como la habilidad de los ingenieros y nuestra maquinaria habían podido construirlo; los hombres tenían pocas dificultades para repeler los ataques más decididos. Estaban apoyados por los «asnos salvajes» de la artillería de la legión, un tipo de aparato que Póstumo prefería a las ballestas. El «asno salvaje» era menos pesado, podía disparar más rápidamente y era, tal vez, más apropiado para repeler ataques masivos a

corta distancia. Su desventaja, en mi opinión, era que el mecanismo era poco fiable, y con frecuencia estallaba sin aviso previo al ser disparado, haciendo que las astillas y las tablas partidas mataran y mutilaran a los artilleros. Póstumo tuvo suerte: durante el asedio solo un «asno salvaje» les propinó la coz que le había ganado aquel sobrenombre.

Y la guarnición no permaneció completamente pasiva. Tres salidas bien calculadas, dos al amanecer y una al anochecer, proporcionaron espacio a los defensores e infligieron cuantiosas pérdidas a los nativos. Yo había prohibido los ataques a gran escala. La Segunda Legión, con la moral totalmente recuperada desde el invierno por una serie de ataques exitosos, hubiera sido probablemente capaz de derrotar al ejercito siluro en una batalla abierta. Aquel, sin embargo, no era entonces mi objetivo. En primer lugar, pensando en la campaña de Mona de la primavera siguiente, no quería arriesgarme a perder demasiados hombres; en segundo lugar, cualquier cosa que no fuera una aniquilación total, algo muy improbable, dejaría a los siluros libres para reagruparse y emprender una campaña prolongada en sus propias montañas. Además, tampoco me habría asegurado su obediencia durante el año siguiente. Póstumo tenía la orden de contener a los nativos, no de desperdigarlos; y debo reconocerle todo el mérito de haber cumplido muy bien con su deber.

El nueve de septiembre no me había llegado ningún mensaje de Valens. Empezaba a estar inquieto. El tiempo durante aquellos días fue tormentoso; me pasaba el tiempo en las murallas de Glevum, recogiéndome la capa bajo la lluvia y observando tristemente el paso de las nubes por el cielo. Imaginaba, con dolorosa claridad, la tempestad confinando a los barcos de Pantera en su refugio de la boca del Avon. Ciertamente, eso era lo que estaba ocurriendo. Pero el día nueve amaneció claro y tranquilo, y el tiempo se mantuvo apacible durante todo aquel día y el siguiente. Recuperé la esperanza. Dos días más tarde, un jinete exhausto sobre un caballo a punto de reventar saludó a la guardia de la puerta y me presentó el informe de Valens sobre su misión.

4

El mensaje de Valens solo ofrecía una narración muy sucinta de lo ocurrido en Venta Silurum, y he compilado la historia que sigue a partir de la descripción del legado a su regreso. El siete de septiembre, hombres y barcos estaban preparados para zarpar; pero el mismo viento que castigaba las

empalizadas de Glevum azotaba el estuario del Sabrina de extremo a extremo, empujando olas cubiertas de espuma contra la boca del Avon y obligando a los barcos a refugiarse río arriba. El día ocho, el viento soplaba con la misma fuerza. Valens, mordiéndose las uñas de impaciencia en el fuerte, hizo algunos comentarios sarcásticos a Pantera sobre los marineros asustados por el viento; en respuesta, el comandante lo llevó a un saliente de tierra y le mostró las olas que atronaban en dirección a la costa.

—Incluso con este tiempo, podría llevaros a las playas de Venta Silurum —dijo—. La galerna sopla del sur y es favorable. Si crees que tus legionarios pueden llegar a tierra a través de cincuenta yardas de aguas turbulentas, estoy dispuesto a intentarlo.

Valens contempló las olas, de seis pies de altura, y se disculpó. Los hombres, tensos en espera de la batalla, se consumían en el fuerte mientras sus tiendas de cuero eran aplanadas por la galerna y sus jergones de paja se empapaban bajo la lluvia. Los barcos, alineados en mitad de la corriente, se perdían de vista en la curva del río, con las velas recogidas, las vergas sesgadas y los remos en el interior, tirando de los cables del ancla. Así transcurrieron dos días y una noche.

A medianoche del día ocho el viento empezó a amainar; el nueve amaneció tranquilo y soleado, con el mar aún agitado tras la tormenta. Pantera, tras una discusión técnica con sus pilotos, informó a Valens de que creía que la calma duraría al menos veinticuatro horas más. Tras oír aquella afirmación, Valens regresó a toda prisa al fuerte y, en los altares junto a los estandartes, donde habían levantado una tienda de augurios y consagrado el suelo, oyó los auspicios frente a todos sus soldados. No hace falta decir que yo le había proporcionado a tres de mis augures personales. Sus pollos, bien entrenados, salieron velozmente de la jaula y tragaron con voracidad todo el grano esparcido; y un cuervo errante que apareció a la izquierda, graznando vigorosamente, añadió una confirmación fortuita a aquellos auspicios favorables. El tenso silencio que siempre reina en las ceremonias augúrales se rompió por un conato de aplauso. La reunión se dispersó, los centuriones ladraron sus órdenes, y a mediodía había empezado el embarque.

La marea estaba alta. Los barcos, de diez en diez, se acercaban a la línea de estacas clavadas en el barro por los hombres de Pantera, y eran amarrados. Los soldados subían a bordo. Dos tercios de la dotación de infantes de marina permanecieron en tierra para hacer espacio para los legionarios y defender la fortaleza de la boca del Avon durante la ausencia de Valens. Este había pretendido que desembarrara toda la infantería de marina, pero Pantera,

insistiendo en que debían dejar una fuerza mínima en cada uno de los barcos para repeler posibles ataques mientras la flota permanecía anclada frente a la costa silura, se había negado en rotundo. Sin duda tenía razón, pero los barcos estaban muy llenos.

Cuando todos los hombres de cada galera habían subido a bordo, el barco navegaba río abajo y echaba el ancla frente a la costa. La marea había empezado a bajar rápidamente antes de que hubieran embarcado los últimos hombres; uno o dos barcos quedaron encallados en bancos de barro y tuvieron que ser remolcados. Pero al anochecer el embarque había concluido y toda la flota, treinta y nueve barcos grandes y pequeños, había fondeado en el estuario, balanceándose en un oleaje cada vez más suave.

Valens, cuya experiencia militar no incluía ningún ataque por mar, pensaba en la travesía con cierta aprensión. Los barcos, confortables y sólidos cuando estaban anclados a las estacas, le parecieron de pronto pequeños y frágiles en el mar abierto. Él iba en el barco insignia de Pantera, una birreme de media cubierta con cincuenta remos por banda. Antes de que la marea cambiara de nuevo al oscurecer, tuvo tiempo de inspeccionar toda la galera, desde el espolón cubierto de bronce y la cabeza dorada de jabalí que rugía en la proa, hasta el adorno en forma de cola de pez que se curvaba sobre la caseta del timonel en la popa. Frente al único mástil había una torre de combate de madera atestada de legionarios que también abarrotaban toda la cubierta excepto los lugares donde el manejo del ancla, velas y timones exigían espacio para trabajar. Debajo, los remeros descansaban en los bancos de dos niveles donde los remos formaban barreras múltiples perpendiculares al barco. Cuando Valens, en su recorrido de inspección, tropezó y trató de esquivar remos y bancos, descubrió, por los comentarios humorísticos sobre sus piruetas, que la disciplina en la flota era mucho menos estricta que en la legión.

Los comentarios hirientes del legado en aquel sentido provocaron ciertas explicaciones de Pantera que lo dejaron atónito. Descubrió que hasta doscientos hombres podían vivir en el reducido espacio de aquellas galeras de guerra. El grueso de la tripulación lo formaban los remeros que eran, por así decirlo, la clase ecuestre de aquella extraña sociedad, donde los marineros, cuyo número era comparativamente reducido, y que calculaban el rumbo, pilotaban y maniobraban el barco, eran los senadores. La casta más baja era la de los infantes de marina, unos setenta por birreme, que defendían el barco en el puerto y repelían los abordajes en alta mar. Los infantes llevaban un armamento muy parecido al de nuestros auxiliares, con cascos de hierro,

coseletes de cuero, escudos redondos y espadas. Los marineros iban sin armadura ni armas, a excepción de una daga, pero cada remero tenía una espada envainada atada a su banco.

—Los remeros forman parte de la fuerza de combate del barco —dijo Pantera en respuesta a una pregunta de Valens—. Los infantes son demasiado pocos para vencer a un adversario poderoso después de haberlo ensartado con el espolón, o para rechazar un contraataque fuerte desde sus cubiertas.

—¿Y no pierdes capacidad de maniobra cuando envías a los remeros al combate?

Pantera, que estudiaba con atención la fuerza de la marea contra el cable de su ancla, se inclinó por encima de la amurada.

—De hecho, no —contestó con aire ausente—. Cuando los barcos están trabados, los remeros son temporalmente inútiles. Normalmente solo hemos de llamar a cubierta a los del banco superior, dejando veinticinco remos por banda. La marea está a punto de cambiar —añadió.

Se dirigieron a popa, abriéndose paso entre soldados apretujados, algunos de los cuales habían empezado a sufrir a consecuencia del movimiento del barco anclado y se habían mareado miserablemente, entre las burlas de la tripulación.

—Los hombres de mar se unirán siempre contra los soldados —observó Pantera secamente—. En todas las tripulaciones, los remeros lanzan pullas a los marineros, y todos se meten con los infantes, pero las diferencias son más imaginarias que reales. Cada uno sabe que depende de los demás para trabajar o luchar en el barco, y todos están resentidos por el mayor prestigio del ejército.

—¿Dónde los reclutáis?

—Casi todos en la costa gala: Bélgica y la Galia Lugdunense. —Pantera contempló el cielo, que se oscurecía rápidamente por el este, donde unas pocas estrellas centelleaban como perlas. Hacia el mar, unas cuantas nubes oscurecían los estandartes rojos del final del ocaso—. Los oficiales de un barco suelen ser romanos, a veces griegos. —Echó un vistazo por la borda—. Va a cambiar. Es el momento de formar.

Sonó un silbato. Los remeros tendidos bajo la cubierta, que habían estado discutiendo, jugando o durmiendo, entraron en acción y tomaron los remos, desatando las correas que los mantenían sujetos cuando estaban a bordo. El silbato volvió a sonar; los remos salieron del barco simultáneamente y quedaron en suspensión sobre el agua, rectos y firmes como las espadas de

una legión. Otros barcos repitieron la señal hasta que Pantera, que observaba en la escasa luz, vio que todos estaban listos.

—Levad el ancla.

El maestro remero volvió a soplar su silbato. Una hilera de marineros tiraron rítmicamente del cable del ancla, haciéndolo pasar por el escobén. El maestro remero lo observaba atentamente, con el silbato en los labios, listo para ordenar un golpe de remos si el gancho se encallaba. Por todo el estuario, las tripulaciones cantaban al unísono mientras los barcos levaban anclas.

—Preparaos para izar la linterna.

Una linterna enorme, de la altura de medio escudo, fue encendida y enganchada a una driza del mastelero.

—Izad.

La linterna ascendió a sacudidas. Sonó el silbato. Cien remos golpearon el agua al mismo tiempo. El birreme se estremeció y se irguió. El silbato adoptó un ritmo constante, una nota baja que ascendía de repente a un chillido salvaje y que marcaba el ritmo a los remeros. En torno a cada barco, los remos batieron el agua hasta convertirla en espuma. La flota avanzó hacia el mar.

Cuando la costa se perdió de vista en la popa entre la niebla del anochecer, la linterna bajó y volvió a subir dos veces. El silbato y los remos se detuvieron. El birreme se movía suavemente, perdiendo velocidad.

—Ahora ocuparemos nuestros puestos —explicó Pantera.

Las apretujadas líneas de popa se mezclaron y separaron mientras los barcos ocupaban sus posiciones de crucero. De la aparente confusión surgió un dibujo: cuatro cheurones, espaciados con precisión como una bandada de gansos salvajes, que cubrían una milla de mar de delante a atrás. Los birremes se situaron en el extremo y el centro, con los barcos pequeños guardando las alas. Una linterna ascendió al mástil de la punta de cada cheurón. Los remos se elevaban y hundían; la flota estaba en marcha.

Había oscurecido casi por completo; solo quedaba un pálido resplandor en el cielo del oeste. Jirones de nubes rotas oscurecían las estrellas y provocaban las blasfemias del piloto. Las olas, inquietas y coronadas de crestas blancas, tiraban de los remos. Las maldiciones de los remeros podían oírse desde cubierta.

—Brisa constante de popa —dijo Pantera—. Mar moderada. Tenemos tiempo de sobra. Maestro, avisa al barco mensajero. Que ordene al escuadrón que se prepare para izar velas y dejar descansar a los remos inferiores.

El mensajero de la flota, un barco pequeño con la cubierta abierta y un solo banco de remos, viró velozmente y desapareció en la oscuridad. Muy

pronto, Valens pudo oír avisos de las flotillas de retaguardia mientras las órdenes pasaban de barco a barco. Finalmente, el mensajero regresó, ocupó su posición en proa e informó, con gritos estentóreos, de que las órdenes habían sido dadas y entendidas.

—Adelante.

La linterna descendió y volvió a subir. Los marineros, ya colgados de la verga a cuarenta pies por encima de la cubierta, desplegaron la gran vela, la soltaron suavemente sobre las drizas y fijaron las escotas. El silbato tocó una nota diferente y se interrumpió; el golpear de los remos se detuvo. El banco inferior metió los remos en el barco; el superior, siguiendo las órdenes del silbato, continuó con sus sempiternos movimientos de sumergir, tirar y levantar.

Pantera se volvió a Valens, que permanecía en silencio junto al timonel.

—Ya estamos preparados para la noche, a menos que el tiempo cambie. ¿Por qué no vas al camarote y descansas un poco, Valens? No hay nada que puedas hacer durante las próximas cuatro horas.

—¿Descansar con este estruendo? Solo es una excusa para quitarme de en medio. No te culpo. No me había sentido tan inútil desde que era un recluta.

Pasó con dificultad por encima de las hileras de legionarios cubiertos con sus capas y entró en el diminuto camarote bajo el castillo de popa, un privilegio del que solo disfrutaban los barcos insignias, un cajón diminuto no mucho mayor que un ataúd. Allí, tras quitarse el casco y la espada, se tumbó de espaldas sobre el estrecho jergón, apretando rodillas y codos para no notar tanto el movimiento del barco. Una cortina de cuero le separaba de los remeros. Cincuenta remos crujían al unísono contra los escálamos; el silbato aullaba como un fantasma atormentado; el maderamen gemía, y las olas golpeaban los tablones junto a su cabeza. Valens se tapó los oídos con la capa, blasfemó vigorosamente y se durmió.

5

—El comandante informa de que se ha avistado tierra, legado.

El oficial de servicio le entregó el casco y la vaina; Valens salió al exterior, todavía medio dormido. Tras el bochorno del camarote, la noche le pareció helada. La luna, recién aparecida, lanzaba un resplandor lívido sobre las abarrotadas cubiertas. Los centuriones despertaban a grifos a sus hombres, que se ponían en pie tiritando y gruñendo, buscando a tientas sus escudos y

jabalinas en la semioscuridad. Valens observó que se habían recogido las velas y que la linterna ya no brillaba en el mástil. Los remos se movían lentamente, al ritmo de la cantinela ahogada del maestro remero; su silbato estaba en silencio. Valens ascendió a la popa y encontró a Pantera hablando en voz baja con el piloto.

—Hemos hecho que el barco sea tan invisible e inaudible como hemos podido —dijo. Hemos apagado las linternas al salir la luna, a medio camino a través del Sabrina. Allí está la costa silura.

Valens siguió la dirección de su brazo y distinguió un bulto oscuro en el vago horizonte.

—Nuestros vigías no han visto luces en tierra, lo que es una buena señal. A veces los nativos encienden fuegos para dar la alarma.

La masa compacta de legionarios se agitó mientras los hombres buscaban sus lugares asignados. Un tintineo metálico provocó los reproches susurrados de un centurión. Los soldados entregaron capas y pañuelos, pulcramente atados, a sus jefes de sección; aquellas prendas solo obstaculizarían sus esfuerzos contra el oleaje. Un *optio* las amontonó cuidadosamente junto al mástil, y un infante de marina se hizo cargo de ellas.

—Te entrego ochenta y cuatro capas —gruñó el *optio*—. Mantenlas secas y que tus manos de ladrón no se les acerquen. Te cortaré la nariz si falta una sola cuando regrese.

—Si es que regresas, soldado —se burló el marinero—. ¡Sois un escuadrón suicida! No volveré a ver tu fea cara…

—¡Silencio, ahí! —espetó Valens. Miró hacia popa. El ocasional reflejo de la luna sobre los remos delataba a las flotillas que los seguían. Por lo demás, con las velas plegadas, eran casi invisibles.

—No es fácil que el enemigo pueda vernos a esta distancia —gruñó—. Más cerca de tierra, será diferente. Supongo que no ha habido cambios en el plan de desembarco, ¿verdad?

—Ninguno —repuso Pantera—. Nuestra flotilla se acercará a tierra hasta que las proas toquen el fondo. Cuando tus hombres hayan saltado, retrocederemos, viraremos y dejaremos el camino libre para las otras flotillas. Como te he dicho, tuvimos problemas para encontrar una playa libre de rocas y bancos de arena. Esta solo mide unos centenares de yardas de largo, de modo que toda la escuadra no puede desembarcar a la vez. No te preocupes; todavía faltan tres horas para el amanecer.

—Debes conocer muy bien esta costa.

—Es lógico —rio Pantera—. He cruzado dos veces de día y seis por la noche desde que Paulino me ordenó que empezara los reconocimientos. Podría llegar a tierra con los ojos vendados.

Las galeras avanzaban despacio, con el ritmo de los remos mucho más lento, mientras los sondadores de proa anunciaban las profundidades en voz baja. Pronto Valens pudo oír el rumor del oleaje y ver un hilo de espuma blanca y plateada. Más allá, las colinas se elevaban para ser tragadas por un cielo sombrío.

—Ya no falta mucho —murmuró Pantera.

—Volveremos antes de oscurecer —dijo Valens—. Manteneos cerca para recogernos a medida que vayamos llegando.

—Que los dioses os acompañen.

Valens dejó la popa y se abrió paso a través de los legionarios que se apretujaban, tensos y silenciosos, junto a las amuradas, observando con inquietud las playas iluminadas por la luna. Llegó a la proa, donde estaban el estandarte de la centuria y su escolta. La voz del sondador contenía un tono de advertencia.

—¿Están listos tus hombres? —preguntó.

La respuesta del centurión se perdió en el ruido de los remos al levantarse. El birreme avanzó un poco más. Las olas corrían junto al casco y lo empujaban hacia la costa. Con un chapoteo repentino, los remos se hundieron para rectificar el rumbo, y la quilla rozó suavemente contra los guijarros.

Valens miró hacia el agua. El mar parecía frío y amenazador; las olas atronaban, altas y rápidas. Si Pantera había calculado mal la fuerza del reflujo, un hombre armado podría ahogarse horriblemente en aquella negrura revuelta. Se volvió al portaestandarte.

—¡Allá vamos! —gruñó, y saltó por la borda.

Minutos más tarde estaba en la playa, jadeando y escupiendo agua de mar. Los soldados salían de entre las rompientes y recogían los estandartes. Los centuriones y *optios* hacían recuentos, maldecían y abroncaban a los rezagados. Sin esperar a los últimos hombres, la primera oleada avanzó trescientos pasos hacia el interior mientras se desplegaba, formando una pantalla para cubrir el desembarco y protegerlo de las posibles sorpresas.

La primera flotilla retrocedió y presentó los costados a la costa, con el maderamen y las cuerdas crujiendo mientras los timoneles tiraban de las gigantescas piezas que controlaban los timones gemelos. Los barcos se dirigieron en procesión hacia la izquierda, descubriendo de inmediato las proas del segundo cheurón, que se acercaba a tierra. Valens, con cierto

regocijo, revivió las sensaciones de los pasajeros en aquel momento; luego se volvió hacia el tribuno, el centurión y los oficiales de su pequeña dotación.

—¿Dónde está Vepomulo?

El britano, temblando de frío, se adelantó con aire desdichado.

—Ve con la avanzadilla y asegúrate de la ruta desde la playa —le ordenó Valens—. Tú, centurión, acompáñalo.

Llegaron más hombres del mar, se agruparon y marcharon hacia el interior. Pasó el tiempo. La luna descendía hacia el horizonte y la oscuridad se incrementó. Valens, mirando ansiosamente hacia el mar, creyó distinguir un débil resplandor en el cielo oriental.

—¡Aprisa! —gritó a los hombres jadeantes que aún chapoteaban en la arena.

Vepomulo regresó, habiendo entrado en calor con el paseo, más seguro y confiado. La última flotilla desembarcó su cargamento, trayendo consigo a un centurión con una historia desgraciada. Tres barcos, que llevaban casi a doscientos hombres, habían embarrancado en los bajíos en mitad de la travesía. Valens, blasfemando ante aquella reducción de su fuerza, corrió por la playa hacia las centurias, cada una bajo su estandarte, y dio la orden de marcha. Vepomulo, atendido de cerca por un centurión, iba en cabeza con una reducida cuadrilla de vascones. Dos centurias, que se quedarían para guardar la cabeza de playa y cubrir el reembarque de las *vexillatios*, estaban ya cavando el foso de su campamento, manejando picos y palas con rapidez y sigilo.

Durante la primera milla, la marcha fue una pesadilla. La arena firme de las playas cedió rápidamente el paso a extensas marismas donde los hombres se hundían hasta los muslos a cada paso. El ritmo de avance se redujo; los legionarios, empapados en el desembarco y helados hasta los huesos, empezaron a sudar y jadear a causa del esfuerzo. La oscuridad, en aquella hora que precedía al alba, era absoluta; un hombre que se separara de las filas solo podía recuperar la orientación gracias a los ruidos del esfuerzo de sus compañeros. El mar había adquirido un tono de cobre sucio en el este antes de que alcanzaran un terreno más firme y encontraran el curso principal de un riachuelo que se dividía en múltiples canales a través de las marismas. Siguieron el riachuelo hacia el interior.

Al cabo de un rato la vanguardia se detuvo, y la columna hizo un alto, mientras algunas filas chocaban con las de delante entre un diluvio de imprecaciones ahogadas. Vepomulo regresó de la cabeza de la columna y encontró a Valens.

—El grupo que hará de señuelo nos dejará aquí, noble Valens —murmuró.

Valens se volvió al centurión que estaba a su lado.

—¿Crees que podrás encontrar el camino?

—Si el modelo de arcilla que usamos en la boca del Avon no mentía, no tendré ningún problema —repuso el centurión—. Sigo este riachuelo, manteniéndolo a mi izquierda, durante cinco mil pasos. Entonces llegaré al pie del fuerte siluro en la cima de la colina, a plena vista desde la cumbre si el sol ya ha salido y los centinelas están alerta. Si no, esperaré en campo abierto hasta ser visto.

—Correcto —dijo Valens—. ¿Y luego?

—Finjo un ataque contra el fuerte, por la pendiente más pronunciada del sur, haciendo un ruido lo bastante fuerte para que me oigáis a una milla de distancia.

—Vete —dijo Valens—. Que los dioses te acompañen.

El centurión tomó a su pequeño destacamento, tres centurias y treinta vascones, y lo guio hacia la oscuridad. La columna abandonó el riachuelo y se dirigió en línea recta hacia las distantes colinas que, como nubes de tormenta en un cielo sin estrellas, se adivinaban en lugar de verse. Los ojos acostumbrados a la oscuridad empezaban a distinguir el entorno inmediato: bosquecillos interrumpidos por claros abiertos para el cultivo, donde los rastrojos revelaban las cosechas recién recogidas.

El camino empezó a ascender suavemente, el terreno se volvió rocoso y las borrosas siluetas de los árboles se hicieron menos frecuentes. Los hombres se movían más aprisa, silenciosos y concentrados, mientras el mundo se volvía gris a su alrededor. La pendiente se hizo más pronunciada; la masa oscura de la montaña avanzaba como una sombra gigantesca. Marchaban hacia arriba, siguiendo una pequeña hondonada en la ladera que, cubierta de rocas y algunos árboles, los ocultaría a todos los ojos excepto a aquellos (y Valens rezó devotamente porque no hubiera ninguno) que estuvieran en la pendiente, directamente frente a ellos.

Finalmente, Vepomulo se acercó al legado, que avanzaba a la cabeza de la centuria delantera.

—Si ordenas que la columna se detenga, señor —dijo—, puedo mostrarte Venta Silurum.

6

Las centurias se detuvieron en la hondonada. Los hombres, con las gargantas secas por la sal del mar y los esfuerzos de la marcha, bebieron ávidamente de los charcos de lluvia entre las rocas. Vepomulo, Valens y sus oficiales treparon cautelosamente hacia un bosquecillo en la cresta. Vepomulo señaló.

Un bulto vagamente definido se elevaba en la distancia. Bajo aquella luz, no podía observarse ningún detalle. Valens chasqueó la lengua con impaciencia.

—Desde aquí no se ve nada —espetó—. ¿A qué distancia estamos? ¿Cuál es el camino?

—El fuerte está casi a una milla, señor —dijo Vepomulo—. Seguiremos por la ladera hasta otra hondonada parecida a esta. Si llegamos hasta allí sin ser vistos, seremos invisibles desde las murallas y solo estaremos a quinientos pasos.

Valens miró al cielo.

—Hemos de darnos prisa, pues. Centurión, trae aquí a la columna. ¡Moved las piernas!

La ladera por la que ascendían estaba cubierta de arbustos y árboles enanos. El avance era difícil; las filas tendían a deshacerse mientras cada hombre buscaba su propia ruta a través de los arbustos, pero ya había luz suficiente para ver el terreno y elegir un camino. Valens marcó un paso rápido, con la mandíbula apretada. La retaguardia avanzaba a la carrera. El montículo distante de Venta Silurum se fue acercando y haciéndose más claro en la creciente luz. Entonces Vepomulo señaló su objetivo; un entrante cubierto de arbustos en la ladera de la colina, un escondite muy útil para reunir a los hombres. Valens siguió avanzando, con la cabeza baja, sintiéndose totalmente expuesto a los ojos hostiles que pudieran observarlos desde las alturas, esperando oír en cualquier momento los cuernos dando la señal de alarma. Por fin, la cresta redondeada lo ocultó a la vista de Venta Silurum; se volvió, jadeando, para ver llegar a sus hombres, haciéndoles señas urgentes de que se acercaran por la pendiente. En la fortaleza no se oía ningún ruido.

Llamó a sus centuriones y trepó cautelosamente; permanecieron escondidos entre los arbustos y observaron la ciudad que debían ocupar. Los rayos pálidos de un sol oculto ponían toques de color al gris metálico del amanecer. Vieron la fortaleza al otro lado de una estrecha meseta: un formidable fuerte de murallas de piedra, con foso y empalizada. Por encima de la empalizada asomaba un dibujo irregular de tejados redondos, y unas pocas columnas de humo demostraban que algunos de los habitantes ya

estaban en movimiento. Cantó un gallo, un sonido lejano pero claro en la quietud. Vepomulo señaló un grupo de tejados largos y rectangulares, y susurró que aquellas eran las viviendas reales.

En voz baja y de modo sucinto, Valens enumeró todos los rasgos, visibles ya, que habían estudiado con intensidad y memorizado en los modelos. Venta Silurum se encontraba al extremo de un saliente con pendientes muy pronunciadas en tres lados; el cuarto descendía suavemente hacia un istmo de terreno alto que conectaba el saliente con la colina. Por aquella garganta habían llegado los romanos en su último avance precipitado, acercándose así a la fortaleza por su única parte vulnerable. En aquel lado estaba la única puerta de Venta Silurum, una estructura enorme flanqueada por torres de madera y protegida por muros de piedra que bloqueaban el acceso. Había centinelas vigilando; las lanzas centelleaban en las torres de la puerta, y cabezas cubiertas con cascos asomaban en los puestos de guardia situados a intervalos regulares a lo largo de la empalizada.

Con precipitación frenética, y siempre pendiente de oír las trompetas romanas desde la llanura rodeada de colinas, Valens dio sus órdenes. Hizo algunos ajustes menores —sobre todo debido a la pérdida de las tres valiosas centurias que en aquel momento se encontraban sobre un banco de arena en algún lugar del estuario del Sabrina— en el plan general del asalto que se había discutido y acordado durante las reuniones diarias junto al río Avon. Tenía con él a seis centurias de veteranos y cuatro cohortes, con una fuerza total de unos mil doscientos hombres. Dejó a dos centurias de reserva fuera de la fortaleza, preparadas para prestar ayuda donde se necesitara o cubrir la retirada. El resto asaltaría la empalizada por los dos lados del camino de entrada. Cuando las murallas hubieran sido tomadas, Valens, con tres centurias de veteranos, atacaría directamente las casas de la familia real, donde esperaba encontrar a los rehenes que buscaba. El resto de los hombres debía acabar con los defensores, crear confusión y hacer todo el daño posible.

Los centuriones regresaron con sus hombres, y, con una urgencia aún más inquietante por ser completamente silenciosa, los hicieron formar en posición de asalto. Los legionarios se agazaparon entre los arbustos, sin ver nada más que la cresta mellada de la meseta, sin oír nada más qué la respiración acelerada de sus compañeros y el canto agudo de los pájaros, y sin percibir nada más que la tensión previa a la batalla, los labios agrietados y las bocas secas.

Valens, consciente del pánico creciente, se demoró en la cresta. Ningún sonido le llegaba del vacío sin rostro de la llanura inferior. ¿Dónde estaba el

destacamento del centurión, el señuelo que debía atraer a la guarnición de la fortaleza a las murallas del sur, y retener su atención hasta que les cayera encima el verdadero ataque? ¿Se habría extraviado el destacamento? Para los ojos febriles de Valens, la luz del sol bañaba por completo las colinas, y el día estaba ya muy avanzado. Si el centurión había seguido sus órdenes, ya deberían haberlo visto. En realidad, como el propio legado reconoció más tarde, las largas horas de oscuridad habían agudizado su visión nocturna y la ansiedad le había alterado hasta tal punto que los primeros destellos del alba le parecieron tan intensos como la luz del mediodía. Y es que las tinieblas de la noche justo empezaban a desaparecer, y la llanura del valle estaba envuelta en niebla.

Pero aquellas reflexiones llegaron más tarde, y en aquel momento estaba atormentado por la duda. ¿Habría tenido éxito la estratagema? ¿Estaban los guerreros siluros realmente luchando contra Póstumo, atrapados en un asedio sin esperanzas? ¿Se habrían quedado en Venta Silurum solo los ancianos y los guardias de palacio, como él esperaba y deseaba? ¿O se encontraría con una guarnición fuerte y alerta, capaz de arrojar al foso a sus grupos de asalto y perseguir al resto de sus hombres hasta el mar?

El legado suspiró. La espada le molestaba; la vaina le había dejado la cadera en carne viva durante la marcha. Tiró salvajemente de la correa y continuó su escrutinio de las murallas negras y rocosas.

Un movimiento repentino centelleó tras la empalizada. Un centinela saltó de una torre de vigilancia y desapareció de la vista, con la lanza levantada. Una fuerte conmoción inquietó a los vigilantes de las torres de la puerta. Sonaron gritos débiles en el fino aire de la mañana, que reverberaron en las colinas. Y, al mismo tiempo, debilitadas por la distancia pero inconfundibles, sonaron las trompetas de guerra romanas en la llanura.

Valens esperó y observó. Los cuernos desgarraron el silencio. Figuras entrevistas saltaron de las torres y desaparecieron en el interior del fuerte. El estruendo llegaba a sus oídos como los bramidos de un rebaño distante. Cuidadosamente, inspeccionó las torres, puestos de vigilancia y la empalizada, sobre el amplio arco de muralla de piedra que defendía la estrecha meseta por donde debía atacar. No vio vigilantes ni movimiento por ninguna parte. Las murallas estaban desiertas.

Valens se volvió a las expectantes centurias, desenvainó la espada y la mantuvo en alto.

7

Ninguna trompeta dio la señal. En completo silencio, las centurias salieron de la hondonada y ascendieron al trote por la suave pendiente, mientras las columnas se dirigían a sus objetivos como los dedos de un puño al abrirse. Los vascones avanzaron en vanguardia, dirigiéndose a la puerta y blandiendo las hondas cargadas. Entraron en el foso, encontraron asideros en las paredes y treparon a las murallas. Un rápido empujón de sus compañeros lanzó a los líderes al otro lado de la empalizada.

Resultó que la muralla junto a la puerta no estaba totalmente desierta. Unos cuantos muchachos, dejados allí como centinelas involuntarios, gritaron de pánico antes de ser aplastados. Las centurias se derramaron por encima de la muralla, con las jabalinas preparadas, buscando blancos sin éxito. Una sección destacada para tal propósito desatrancó las pesadas puertas de roble, cubiertas de planchas de hierro y tachones de bronce y las abrió de par en par. Valens y sus veteranos las cruzaron.

Los hombres se detuvieron un instante para estudiar los alrededores. El gran óvalo amurallado de Venta Silurum, de doscientas yardas de extremo a extremo, se extendía a sus pies. Cabañas redondas de techo de paja, algunos graneros y cobertizos destartalados se levantaban pegados a la muralla, y había una zona con un corral vallado que albergaba ganado vacuno y ovejas. Los animales aún no habían sido soltados para ir a los pastos del valle. En un claro central había una casa baja y alargada, de paredes de piedra, con ventanas solo en los dos extremos, y un edifico más pequeño y cuadrado que sobresalía del otro en ángulo recto. Una frágil empalizada, que servía más para impedir el paso del ganado que de hombres armados, rodeaba todo el conjunto. Aquel edificio escuálido era el «palacio» del rey de Siluria, el hombre que comandaba a treinta mil guerreros y que había desafiado a las legiones de Roma durante diecisiete años.

El lugar estaba lleno de movimiento. Entre las cabañas corrían mujeres y chicos, niños y ancianos; algún guerrero rezagado corría hacia la muralla más alejada, lanza en mano y sin dirigir una sola mirada a la oleada de hierro que se había derramado en silencio por encima de las defensas a su espalda. En la muralla opuesta, gritando y soplando los cuernos, corriendo y blandiendo las armas, la guarnición de Venta Silurum se preparaba para repeler al minúsculo destacamento del centurión que ascendía hacia ellos por la pendiente.

Las centurias saltaron de la muralla y entraron en el recinto, matando a su paso. Los siluros de la empalizada oyeron los gritos, trataron de dar la vuelta

y se arremolinaron en confusión durante breves momentos, antes de que volaran las jabalinas y las espadas golpearan. Entonces todo se redujo a estocadas y paradas, protegerse y atacar, y los britanos murieron en sus murallas, y en las empinadas pendientes donde fueron arrojados, y en las cabañas donde se ocultaron.

Valens y su guardia personal, junto con Vepomulo y el centurión que lo acompañaba, siguieron a las centurias de veteranos, que se dirigieron en línea recta al palacio. Derribaron la frágil empalizada. Dos centurias, según la maniobra ensayada, rodearon rápidamente el recinto. La tercera corrió a la entrada del edificio principal y, en un callejón entre dos casas, se encontró con cinco guerreros de la guardia real, cinco bárbaros enloquecidos buscando la muerte.

Los britanos defendieron el estrecho pasaje igual que, muchos años atrás, los famosos Tres habían defendido el puente del Tíber. Cuatro veces los escudos chocaron y resonaron, y las espadas y lanzas giraron y se entrecruzaron, y cuatro veces los veteranos de la Gémina retrocedieron, heridos y sangrando, mientras los moribundos se retorcían en el suelo rocoso. Entonces el centurión, un gigante de barba negra cuyos músculos se flexionaban en brazos y muslos como cuerdas al tensarse, emitió un gruñido exasperado, lanzó la jabalina y echó a correr. Un breve movimiento y varios golpes, y el camino quedó expedito.

—Ejercicios de espada extra para todos vosotros, inútiles —gritó a sus hombres—. ¡Vamos!

Corrieron hacia la puerta. Valens levantó la voz en un grito de advertencia.

—¡No matéis a nadie más! —Empujó a Vepomulo hacia delante—. Ve y trae a tus rehenes. Que tus hombres le acompañen, centurión.

Sacaron a cuarenta prisioneros, hombres y mujeres de todas las edades, del edificio de paredes de piedra. Las centurias los rodearon, formaron y se dirigieron con ellos a la puerta. Pasaron a través de un caos total. Hombres, mujeres, niños, ganado, caballos y perros corrían en un ataque de pánico ciego. Una centuria se cruzó en su camino, arrasando la empalizada, arrojando antorchas encendidas al interior de las cabañas y dejando un rastro de bultos ensangrentados a su paso. Un britano de ojos enloquecidos arrojó una lanza, se volvió y huyó. Los cascos asomaban entre las cabañas donde los legionarios lanzaban a los fugitivos a su muerte. El humo se elevaba perezosamente; los estandartes de llamas, pálidos al sol del alba, se agitaban impacientes sobre la paja.

Valens no vio que se combatiera en ninguna parte. El saqueo había comenzado.

Trepó a una torre de vigilancia y observó cómo sus órdenes se cumplían meticulosamente. Los soldados mataron a todas las criaturas vivas, humanas o animales. Pronto todos los siluros estuvieron muertos, y los gritos de agonía cesaron; pero matar ganado es una tarea laboriosa, y los mugidos de los animales ensartados formaron un extraño cántico fúnebre para la muerte de Venta Silurum.

—Siete días de entrenamiento, una travesía por mar y una marcha nocturna de cinco millas, todo para luchar durante media hora —murmuró para sí el legado—. Así es la guerra.

Un grito de alegría procedente del palacio en llamas interrumpió sus reflexiones. Un grupo de incendiarios de la Primera Cohorte, todos ellos expertos saqueadores, había descubierto el escondite de un tesoro bajo el suelo de piedra del palacio. Trabajando como esclavos bajo el tejado tambaleante, chamuscados por las chispas y la lluvia de ascuas, sacaron oro, plata, brazaletes, broches, sacos de cuero llenos de monedas, perlas y joyas, y transportaron el botín hasta la puerta.

—No hay tiempo para contarlo ahora —dijo Valens. Levantó los ojos hacia las colinas distantes, donde tres columnas de humo separadas se elevaban sombríamente en el cielo sin nubes—. Ya han dado la alarma. Tendremos a los abejorros encima si no nos movemos rápido.

Los cuernos llamaron; sus notas flotaron como joyas líquidas por encima del crepitar de una ciudad en llamas. Los legionarios despojaron a los muertos, amontonaron los cadáveres en las cabañas ardientes y prepararon camillas para los heridos. La fuerza se reunió, contó a las víctimas y recibió rápidamente las órdenes para la marcha de regreso. Los sollozantes prisioneros, empujados sin piedad por unos guardias muy poco comprensivos, tropezaban lastimosamente en sus esfuerzos por mantener el paso de los legionarios. Unos cuantos niños, demasiado pequeños para caminar, fueron izados a hombros cubiertos de hierro donde, olvidando pronto sus terrores, empezaron a ronronear y juguetear con las crestas de los cascos y las jabalinas ensangrentadas.

Antes de que la columna se adentrara en el valle, Valens miró hacia atrás. Un palio de humo flotaba sobre Venta Silurum y abrazaba el saliente como si no quisiera revelar el caos de su interior. El legado se pasó una mano por la cara y se tiró de la barba. Tenía un sabor agrio y metálico en la lengua, como de sangre coagulada. Carraspeó y escupió.

—Paulino estará complacido —comentó Valens, sin dirigirse a nadie en particular.

8

Póstumo tenía órdenes de levantar el campamento el doce de septiembre; aquella misma tarde, su legión entró en Glevum. Yo tenía a la Gémina en estado de alerta, preparada para apoyarlo si la retirada presentaba problemas; pero Póstumo dijo que el enemigo había desaparecido dos días atrás, dejando solo pequeños destacamentos para observar sus movimientos. Poco después llegó la fuerza de Valens, con todos los prisioneros intactos a excepción de un anciano que había muerto en el mar. Puse a los cautivos bajo custodia en un barracón y pregunté a Vepomulo por sus identidades. Era un buen botín. Habíamos capturado a la reina de Siluria y a todos sus hijos, junto con la madre del rey, su tío y otros parientes reales y nobles importantes. Sin duda, los siluros los daban ya por muertos y estaban trazando sus planes para tomarse una venganza terrible.

Los desilusioné enseguida.

Uno de los consejeros, un hombre poco importante, recibió un caballo y fue transportado al otro lado del Sabrina, con instrucciones de regresar al cabo de siete días con el rey de Siluria, sus jefes y una pequeña escolta. Llegaron furiosos y desconfiados, temiendo una traición, listos para galopar hacia las colinas ante el menor indicio de una trampa. Perdimos dos días enteros mientras los emisarios iban y venían en sus esfuerzos por concertar un encuentro en circunstancias que no pusieran en peligro la seguridad del rey. Finalmente, harto de tantas vacilaciones, tomé a una tropa de mi guardia personal, crucé el Sabrina y entré en el campamento britano. Cuando se calmó la consternación provocada por nuestra llegada, tomamos asiento, en un ambiente relativamente cordial, para empezar unas negociaciones complejas y prolongadas.

Les dicté mis términos, que no eran excesivos. Durante un año a partir de aquella fecha, los siluros se abstendrían de cualquier acción hostil contra Roma. A cambio, las fuerzas romanas restringirían sus patrullas a una línea trazada a cinco millas al oeste del Sabrina, y no enviarían grupos de asalto al otro lado del río. Repetí, de forma muy firme y precisa, que prestar ayuda a cualquier tribu en guerra contra Roma sería considerado un acto hostil; si encontrábamos a siluros luchando en las filas de nuestros enemigos, el pacto

se consideraría nulo. Entretanto, nuestros prisioneros serían alojados y atendidos como correspondía a su alto rango, y los devolveríamos, sanos y salvos, al cabo de un año. Si el tratado se rompía, morirían al instante.

Las discusiones continuaron durante horas, con Vepomulo haciendo de intérprete, un papel del que disfrutó enormemente, recordando las degradaciones sufridas durante su cautiverio. Yo sabía que los siluros estaban en una posición desesperada: si valoraban a los miembros de su familia real, a los que adoraban como a dioses, no tenían otra opción que acceder. Y el despiadado exterminio llevado a cabo por Valens en Venta Silurum, una masacre sin un solo superviviente, los había hecho flaquear más que cualquier revés que les hubiéramos infligido en diecisiete años de guerra.

Finalmente, accedieron. Al atardecer, una triste procesión emprendió el regreso hacia las fortalezas de las montañas, que se erguían como las murallas de un mundo perdido.

Resumí los resultados de la expedición en un despacho a Nerón. Con el coste total de siete legionarios y quince auxiliares muertos, habíamos inmovilizado, durante un año, a nuestros enemigos más intratables. La amenaza a mi flanco sur durante la campaña planeada para la primavera siguiente se había desvanecido. En realidad, las consecuencias de la destrucción de Venta Silurum llegaron más allá de lo que podía haber imaginado. El desastre pareció acabar con el ánimo de los siluros. Desde entonces (ahora hace ocho años) la tribu ha permanecido bastante tranquila, y mis sucesores en Britania han disfrutado de relativa paz en la frontera del Sabrina.

Recomendé a Valens para una Corona de Oro y a Vepomulo para la ciudadanía; ambas recompensas fueron concedidas. Para mí hubo compensaciones menos tangibles. Burro me pidió una descripción detallada de la planificación y ejecución de la expedición por mar y, con los comentarios apropiados, incluyó mi disertación en un manual oficial que editó como guía para comandantes militares y navales. El panfleto fue muy bien recibido y, a pequeña escala, se ha convertido en un clásico. Y Sexto Frontino, que, mientras escribo, está preparando un manual de estratagemas militares, me ha dicho que quiere incluir mi pequeña operación junto a las genialidades de Alejandro, Alcibíades, Mario y otros generales famosos.

El éxito atrae a la fama; el fracaso engendra olvido. Podíamos haber fracasado fácilmente.

CAPÍTULO 7

«*¿A cuántos desmanes no habrá persuadido la religión?*».
LUCRECIO

1

La toma de Venta Silurum no había sido sino el prólogo de una campaña para la que todavía faltaban seis meses. Tenía otros preparativos que hacer. Con este propósito, acompañé a Valens de regreso a Viroconium y, poco después, volví a visitar Deva. En aquella ocasión hicimos una expedición más completa, y descubrimos un poblado nativo sobre una colina junto a la orilla, no lejos del fuerte en ruinas. Sus habitantes eran cornovios que se ganaban la vida en parte con la agricultura y en parte pescando en el río y su estuario. Eran expertos navegantes en aquellas aguas.

Nuestro grupo, una patrulla montada formada por la caballería de mi guardia personal y la Primera de Tungrios de Viroconium, incluía a un piloto y unos cuantos marineros, proporcionados por Pantera, y a un destacamento de ingenieros de la Vigésima Legión. Acampamos en Deva durante tres días. Los marineros recorrieron el río en los frágiles botes pesqueros de los nativos; los ingenieros examinaron la madera disponible en los bosques de los alrededores y reconocieron las orillas en busca de sitios apropiados para instalar astilleros y embarcaderos. Los informes de ambos grupos mostraron que mi proyecto era factible. Regresamos a Viroconium, donde di instrucciones a Valens.

—Quiero que instales un fuerte en Deva inmediatamente —le dije—. Como el lugar está en territorio amistoso, hemos de informar de nuestras intenciones a los jefes cornovios; no queremos ofenderlos de forma innecesaria. Si has de incluir algún terreno cultivado en la zona fortificada, ocúpate de que se pague una compensación apropiada por las cosechas.

»Los setantios del otro lado del río no deberían causarte problemas; tengo entendido que pagan tributo a los brigantes y por tanto, en cierto modo, son nuestros aliados. Los deceanglos de las colinas del oeste son otra historia.

Pueden reaccionar mal ante un puesto militar tan cerca de sus fronteras. Pero sabemos que no son numerosos ni muy truculentos. Probablemente sufriréis algún ataque, pero sin demasiada fuerza.

—Ostorio atravesó el territorio de los deceanglos hace dos años sin enfrentarse a nada más serio que una escaramuza —dijo Valens—. Pero llevaba consigo un ejército, lo cual es muy diferente. ¿Será Deva un puesto fronterizo normal, o tienes algún papel especial en mente?

—La guarnición llevará a cabo las tareas de guardia de costumbre, por supuesto, pero esa no es tu única tarea. Durante el invierno tendrás que construir barcazas de fondo plano capaces de transportar a una legión.

Los cabellos grises de las cejas de Valens ascendieron por su frente.

—¿Barcazas? ¿Para qué?

—Te lo diré más tarde. Ahora, los detalles. Tus fortificaciones deben cubrir una zona de la orilla donde puedan trabajar los carpinteros. Han de albergar la fuerza suficiente para repeler posibles ataques contra la fortaleza y el astillero. Con mil soldados de infantería y un regimiento de caballería debería bastar. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Designa a las unidades entre los miembros de tu guarnición. También necesitarás un grupo de ingenieros y arquitectos navales. He escrito a Pantera; nos enviará a media docena de constructores de barcos.

—Los necesitaremos. Nunca he tenido que construir una flota. ¿Cuántas barcazas necesitas?

—Cada una debería llevar a treinta hombres armados. Eso da un total de ciento setenta barcazas para una legión. Nos hará falta una reserva. Digamos doscientas barcazas, que deben estar listas a finales de marzo.

—Eso está mejor —dijo Valens con alivio—. Seis meses. Tiempo de sobra. ¿Quieres poner al mando a alguien en especial?

—No. Designa a un tribuno competente. Recuerda, Valens —añadí muy serio—. Las barcazas deben estar listas sin falta cuando las necesite. No te equivoques en eso.

—No temas. Yo mismo estaré encima de Deva. Si eso es todo, será mejor que me vaya y empiece a organizar el destacamento enseguida.

Partieron al día siguiente. Poco después, les hice una visita de inspección, y encontré que en Deva había tanta actividad como en un nido de hormigas pisoteado. Exploradores montados de la Caballería de Próculo rodeaban el lugar a distancia prudencial, y diez soldados —una fuerza de choque móvil— esperaban armados junto a sus caballos. En medio de aquellas medidas de

seguridad, la Primera de Tungrios, una cohorte miliar, trabajaba con picos, palas y hachas. Bajo los ojos implacables de sus centuriones, los auxiliares añadían un segundo y un tercer foso a las defensas del campamento construido a su llegada. Soldados sudorosos, vestidos solo con las calzas, cortaban arbustos de espino para llenar el foso exterior, derribaban árboles para los revestimientos y para cortar estacas que, una vez afiladas y endurecidas con fuego, plantaban con la punta hacia arriba en la escarpa. Más allá de los fosos, habían limpiado de árboles y arbustos un amplio espacio donde estaban excavando «lirios», un filtro de agujeros disimulados, cada uno de ellos con una estaca afilada en el fondo, réplica de las trampas de Valens en Viroconium.

A ambos lados del fuerte las defensas llegaban hasta el borde del agua, incluyendo un dique seco donde construiríamos nuestras barcazas. Torres de combate compactas, construidas de madera sobre cimientos de tierra, protegían aquel espacio. En el interior del fuerte, los carpinteros construían barracones de madera para sustituir las hileras de tiendas de cuero. Los tejados de paja podrían reemplazarse más tarde con tejas; entretanto, los grupos de trabajo excavaban grandes depósitos de agua junto a los barracones como protección contra las flechas incendiarias.

El granero era el único edificio construido de piedra y argamasa, y tenía un suelo elevado sobre pilares para proteger su contenido de la humedad y las alimañas. Se habían transportado de Viroconium carretas con provisiones de grano para tres meses. Los nativos nos proporcionarían más grano, a cambio del cual, siendo súbditos romanos, recibirían dinero en efectivo de inmediato o créditos en reducciones de impuestos, hasta que el fuerte estuviera abastecido para un año.

Entre las murallas, los soldados estaban apilando troncos talados en los bosques. Siguiendo las instrucciones de los ingenieros de Pantera, aserraban los troncos y construían los esqueletos de los primeros barcos. Cuando la guarnición hubiera terminado con las fortificaciones, todos los soldados que no estuvieran de guardia, de patrulla o buscando alimento tomarían parte en aquel trabajo, hasta que todo el astillero estuviera lleno de barcazas. Incluso para un soldado romano, acostumbrado a construir carreteras, puentes o máquinas de asedio durante un día de marcha, aquella era una tarea poco usual. Sin embargo, la novedad podía ayudar a aliviar el tedio del invierno en un puesto a cincuenta millas del «lujo» relativo de Viroconium, donde los baños de la fortaleza y las tabernas y mujeres del poblado nativo ayudaban a superar las incomodidades y la monotonía. Allí, como en un centenar de otros

puestos auxiliares, los días cortos, oscuros y empapados de lluvia deprimían a los hombres acostumbrados a climas más alegres en el Mare Nostrum. Por esta razón, siempre he intentado guarnecer mis puestos con germanos, galos del norte o similares, hombres acostumbrados a un clima severo, parecido al de Britania. Para los tungrios, por ejemplo, las condiciones del invierno en Deva no debían ser peores que las de su Bélgica natal.

2

Tuve que regresar a Camulodunum el trece de octubre con motivo del aniversario del acceso al trono del Príncipe. La celebración, que empezó al alba con plegarias y sacrificios en el Templo de la Victoria, continuó hasta el ocaso con una multitud de ceremonias, durante las cuales todos los ciudadanos y nativos de la colonia repitieron el juramento de fidelidad al Príncipe. Aquella era una ocasión apropiada para consagrar mi estatua de Nerón. Fiel a su palabra, había enviado un escultor y materiales de Roma; el producto, una imagen a gran tamaño en mármol coloreado, apenas justificaba la molestia y los gastos, pues los honorarios del artista fueron exorbitantes.

Me dirigí a Londinium en cuanto me lo permitió la acumulación de papeleo y asuntos legales. Poco después de mi llegada, celebré una audiencia a la que acudió a presentarme sus respetos un joven tribuno recién llegado de Rutupiae, de camino a ocupar su puesto en la Decimocuarta Legión. Era Julio Agrícola, el joven que me había recomendado Burro. Tras un intercambio de cortesías, Agrícola me entregó un rollo sellado en un estuche de piel de ciervo.

—El prefecto pretoriano me ordenó que te entregara esto personalmente, legado.

Tomé el rollo con un escalofrío interno. Si se había utilizado a un mensajero de confianza y no el Correo Imperial, significaba que la carta contendría asuntos muy confidenciales, por no decir peligrosos. Tras la audiencia, a solas en mi habitación, rompí los sellos. Burro había escrito:

«Presenté al Príncipe tu propuesta para la inmediata anexión del reino iceno. No la aprobó. Como sabes, en los asuntos extranjeros suele decantarse por la paz: no desea guerras, insurrecciones ni escaramuzas en las fronteras, aparte de las operaciones emprendidas deliberadamente con un objetivo concreto. Corbulo ha concluido su guerra en Armenia; el templo de Jano está

cerrado y Nerón espera que continúe así hasta que marches contra Mona la próxima primavera.

»En este contexto, tu sugerencia, aunque está de acuerdo con la política oficial de que tarde o temprano deberemos anexionarnos el territorio, fue recibida con frialdad. El Príncipe no es favorable a la existencia de esos reinos aliados en el interior de nuestras fronteras. Sin embargo, sostiene que el momento adecuado para la anexión será a la muerte de Prasutago, y no antes. No solo tendremos entonces un pretexto legal, sino que, al no haber un heredero varón para el trono, los icenos quedarán sin un líder que pueda aglutinar la oposición contra nosotros. Debes admitir que este es un argumento de peso contra la acción inmediata.

»Respecto a los trinovantes, el Príncipe no es tan cauto. Las sospechas que expresas en tus informes de inteligencia respecto a la deslealtad e intriga que se están fraguando entre ellos, pese a carecer de pruebas, le han enfurecido, porque los trinovantes estuvieron entre los primeros pueblos de Britania en someterse a nuestro gobierno. Ha decidido cobrarles las donaciones hechas a la tribu por el divino Claudio con el pretexto de que solo eran préstamos. Recordarás que cuando estabas en Roma, comentamos con Claudio de Esmirna la posibilidad de tomar medidas similares contra los icenos al anexionarnos el reino; entonces nadie comentó que los trinovantes fueran a sufrir el mismo destino.

»No sé cómo te afectará todo esto. Imagino que es difícil que los trinovantes se rebelen, tras haber vivido casi veinte años bajo nuestro gobierno. Me he ocupado de que las órdenes de Nerón al procurador sufran algún retraso en la redacción, de modo que esta carta debería preceder a sus instrucciones y advertirte con algo de tiempo. Posiblemente, sería una buena idea proporcionar a Cato oficiales con fuertes escoltas para cuando vaya a cobrar las donaciones.

»Otras consecuencias del edicto, que Nerón no se ha molestado en mantener en secreto, pueden ser más serias. Los banqueros romanos con dinero invertido en Britania deben saber ya lo que se prepara. Estoy seguro de que sus mensajeros privados ya están corriendo a través de la Galia con instrucciones a sus agentes en Londinium y Camulodunum de cobrar todos los préstamos importantes a los trinovantes. Séneca está muy implicado. Creo que está alarmado por sus inversiones britanas y que se esforzará por conseguir que el Príncipe le diga si esas medidas se extenderán a otras tribus. Podría conseguirlo. Si es así, los resultados, en lo que respecta a los icenos, podrían ser desastrosos».

Desastrosos, desde luego. Revelar a los financieros romanos nuestras intenciones para con los icenos podía provocar una cadena de acontecimientos que culminaran en una rebelión muy difícil de sofocar. Los intereses financieros públicos y privados convertirían los caminos hacia Britania en una carrera de obstáculos, y los banqueros caerían sobre la tribu como una bandada de buitres, cada uno tratando de arrancar su propio bocado de las entrañas aún vivas. El dinero se había gastado mucho tiempo atrás. Por lo tanto, llegarían inevitablemente las confiscaciones de propiedad, ganado, trigo, tierra y esclavos. Los icenos eran un pueblo fiero e independiente, como ya habíamos tenido ocasión de comprobar. Nada parecía más improbable que la idea de que se sometieran dócilmente al pillaje legalizado. La única alternativa era la rebelión abierta. ¿Podía llevarme a las legiones a Mona con aquella daga a mi espalda? Seguí leyendo:

«Por Roma circulan rumores nocivos sobre los asuntos de Britania. Los chismosos dicen que la mano de obra esclava en las minas y granjas del gobierno es tan escasa que la producción se resiente; también se comenta que durante todo el verano no has hecho un solo movimiento contra el enemigo, no has obtenido victorias ni hecho prisioneros. No es difícil adivinar la fuente de estas calumnias: Cato no te tiene ningún aprecio y envía informes maliciosos a su protector, Séneca. El Príncipe, que conoce y apoya tus planes, no debería verse afectado por tales comentarios. Sin embargo, Séneca es persuasivo y tiene mucha influencia sobre él; hasta tal punto que ha conseguido convencer a Nerón de que el provechoso tratado de las minas de Anavio se debió en gran parte a las habilidades diplomáticas de Cato.

»Solo te cuento estas cosas para mostrarte de qué lado soplan los vientos en la ciudad. No te desanimes. Todo irá bien cuando tus legiones arrasen Ordovicia la próxima primavera: la afluencia de plomo, cobre y esclavos que resultarán de tus conquistas no podrá atribuirse a nadie más que a ti».

Abatido, releí el último párrafo. La insinuación de Burro estaba clara. Nerón quería resultados: cualquier aplazamiento de la campaña planeada podría tener, para mí, consecuencias muy desdichadas. Bien, que así fuera. Ocurriera lo que ocurriera en la provincia, emprendería la marcha desde Viroconium en abril.

3

La calzada hacia Calleva Atrebatum, extendida como el filo de una espada sobre la tierra cubierta de nieve, estaba oculta tras una cortina de cellisca. Ráfagas de viento repentinas creaban furiosos remolinos entre la nieve y arrancaban las últimas hojas de los árboles empapados. Los bosques se movían y se sacudían como flotas sin velas empujadas por una tormenta. Avanzábamos con la cabeza baja y el rostro azotado por las agujas oblicuas. Mantenía una difícil conversación con Agrícola, a veces gritando por encima del viento, pues había ordenado al joven tribuno que se dirigiera a Viroconium por la ruta más larga; su compañía aliviaría la fatiga de un viaje largo y frío. Además, podría beneficiarme de la frescura de sus percepciones. Yo llevaba diez meses en Britania, diez meses tan llenos de trabajo agotador y viajes constantes que mis propias apreciaciones, a causa de la excesiva familiaridad con aquel país tan peculiar, corrían el riesgo de sesgarse. Recuerdo que sus primeras impresiones fueron sorprendentemente similares a las mías.

—Me parece extraño —dijo—, encontrar ciudades sin murallas en una provincia pacificada tan recientemente. Muy distinto que en la Galia. Supongo que el mérito es de la firmeza de nuestra administración aquí.

Sacudí la cabeza, y las gotas de lluvia volaron en todas direcciones.

—No es mérito de nadie. Esas ciudades abiertas son una amenaza y una invitación al pillaje para cualquier britano rebelde resentido y con un puñado de seguidores.

Agrícola pareció sorprendido.

—Entonces, ¿eso no es producto de nuestra política?

—No. Un tribuno estúpido me dijo lo contrario cuando llegué. Mis secretarios buscaron en los registros y no encontraron ningún edicto, ninguna señal de nada que pudiera explicar lo inexplicable. Simplemente, se ha permitido que las ciudades crezcan de ese modo.

—Naturalmente —meditó Agrícola—, la mayoría eran antes fortalezas tribales. Tal vez sea preferible mantener en segundo plano cualquier cosa, aunque sean fosos y empalizadas, que pueda recordar a los nativos sus antiguos hábitos guerreros.

—Tonterías, muchacho. No hablarás así cuando lleves aquí algo más de tiempo y hayas captado el ambiente del país. Todos los britanos son salvajes de corazón. En las zonas ocupadas, hemos conseguido recubrir su barbarie natural con una delgada capa de comportamiento romano. Pero el barniz ya se está agrietando en algunas partes.

Levanté el brazo; el trompeta de mi guardia personal dio la señal, la columna se puso al trote y continuó avanzando.

Calleva Atrebatum hizo que Agrícola enarcara las cejas, pues se había convertido en una ciudad con defensas. Eran toscas; solo consistían en un terraplén construido con la tierra sacada del foso circundante, y las puertas eran meras aberturas sin murallas. Tampoco estaban acabadas: los montículos de tierra eran irregulares y sin apisonar, y los fosos carecían de revestimiento. Grupos de trabajadores, nativos y auxiliares britanos, todavía trabajaban con palas y cestas.

—Esto es obra mía, Agrícola —dije—. Esta ciudad, con el consentimiento del Príncipe, por supuesto, es mi creación. Y por eso… —Extendí la mano hacia las murallas en un gesto expresivo.

Nos recibió Epático, con sus magistrados y consejeros. Nos dirigimos al ayuntamiento, ya casi terminado, para los discursos de bienvenida y el intercambio de cumplidos. La nueva Calleva Atrebatum se elevaba a nuestro alrededor. Siluetas firmes sostenidas por pilares y tejados de ángulos limpios cubiertos de tejas rosadas se erguían orgullosamente entre las toscas cabañas nativas, ignorando a sus vecinas como nobles entre la chusma. Mi propia mansión había sido acondicionada por mi personal doméstico, enviado desde Londinium. Los terrenos, limpios y desprovistos de escombros, tenían el aspecto desolado de los jardines en invierno. Un calor agradable, testimonio de un hipocausto hábilmente diseñado, me saludó al entrar; los muros, recién pintados de colores alegres, y los mosaicos, de intrincados diseños en rojo, verde y dorado, desafiaban al gris de la niebla.

Había mucho que hacer en Calleva Atrebatum, pero allí no sufrí de aquella molesta sensación de urgencia que dominaba mi trabajo en Camulodunum y otras ciudades. Posiblemente la misma ciudad, preciosa a mis ojos aunque a medio construir, y rodeada de bosques hermosos aun en aquella estación, ayudaba a tranquilizar mis nervios. Los atrébates también colaboraban; eran un pueblo lento en sus movimientos e ideas, amistoso y de risa fácil. Era el único lugar de Britania donde podía imaginarme que los romanos no solo éramos respetados sino casi apreciados.

Aplacé todos los asuntos oficiales durante varios días. Recorrí la ciudad con unos cuantos lictores, aprobando o arreglando planos de construcción, hablando con arquitectos y albañiles, animando a los capataces en las murallas. Salí a cazar jabalíes con Frontino, Agrícola y otros, usando los enormes perros de caza britanos para hacer salir a nuestras presas del bosque

hacia el brezal abierto al oeste de la ciudad, donde perseguíamos a las grandes bestias hasta ensartarlas con nuestras lanzas.

4

Continué dedicando a los asuntos oficiales el tiempo mínimo imprescindible. Tras recibir, al amanecer, las peticiones y visitantes usuales, me ocupaba rápidamente de informes, réplicas, resúmenes y otros papeles hasta el mediodía. Entonces, ignorando las muecas de desesperación de mis secretarios, hacía a un lado pergaminos, tablillas y mapas y pasaba el resto del día según me apetecía, paseando o cabalgando por los alrededores de Calleva Atrebatum, cazando jabalíes o supervisando la decoración del interior de mi casa. Agrícola me describió un proceso recién inventado, muy de moda en Roma, para teñir el mármol de modo artificial consiguiendo estatuas coloreadas. El escultor que Nerón había enviado desde Italia todavía se encontraba entre mi personal; le encargué varias figuras y grupos con lo que quedaba del mármol de Liguria importado para la estatua del Príncipe en Camulodunum.

Agrícola también había traído de Roma un manual recién publicado sobre arquería montada, escrito por G. Plinio Segundo. Aunque no era más que una codificación de los métodos empleados por nuestros auxiliares tracios, podía servir como guía útil para los prefectos con arqueros a caballo bajo su mando, por lo cual ordené que lo reprodujeran. Estimulados por las instrucciones engañosamente fáciles de Plinio, también nosotros practicamos la arquería al galope, usando dianas de jabalina como blancos. Los resultados aumentaron considerablemente mi respeto por la destreza de los tracios en aquel arte.

Los despachos de Roma me sacaron de mi ociosidad como un jarro de agua fría. La copia de una carta de Nerón, que me enviaban para mi información, ordenaba a Deciano Cato cobrar las donaciones de los trinovantes. Al día siguiente recibí un mensaje de rutina de Cato solicitando escoltas militares para sus agentes. Había un destacamento de unos doscientos legionarios veteranos, cedidos de varias unidades, estacionado permanentemente en Londinium para aquella clase de tareas. Normalmente me limitaba a firmar en el mensaje del procurador y enviarlo al centurión al mando, que asignaba las escoltas necesarias. En aquella ocasión no di mi autorización y, en lugar de ello, escribí a Cato:

«He recibido una copia del edicto del Príncipe relativo a las donaciones hechas por el divino Claudio a los trinovantes. Es posible, según mi información, que haya repercusiones desagradables en cuanto esta información se conozca. No temo una reacción violenta de la tribu, pero, para estar seguros, voy a ordenar a un destacamento de Lindum que marche de inmediato hacia Camulodunum, donde su presencia debería recordar a los nativos la lealtad que deben al Príncipe.

»Estoy seguro de que coincidirás conmigo en que se trata de una precaución prudente, y en que será mejor aplazar dos semanas el envío de tus recaudadores. No necesito recordarte que entretanto nadie, aparte de nosotros, ha de saber lo que va a ocurrir».

A continuación envié un mensaje urgente a Cerialis ordenándole que enviara una cohorte de la Hispana, un regimiento de caballería y una cohorte auxiliar a Camulodunum sin más dilación. Consideré regresar a la capital yo mismo pero decidí no hacerlo: si Cato mantenía la boca cerrada, no podía ocurrir nada en los siguientes quince días. Si, por el contrario, un simple susurro llegaba a oídos de los prestamistas, estos caerían sobre el territorio en bandadas para cobrar sus préstamos, dejando poca cosa para los agentes del gobierno. Por ello, el procurador, sujeto bajo el yugo de un edicto imperial, no tenía más remedio que comprender que no podía hacer favores a sus amigos financieros de Londinium sin complicar inmensamente su propia tarea. Todo debería ir bien hasta que el destacamento de Lindum llegara a Camulodunum y Cato enviara a sus agentes. A menos, por supuesto, que hubiera habido alguna filtración en Roma.

Me cogí de la barbilla, recordando la última carta de Burro. La posible indiscreción en Roma solo saldría a la luz si había complicaciones con los trinovantes. Escribí una tercera carta, a Aurelio Baso en Camulodunum.

«Se avecinan medidas financieras que pueden inquietar a los trinovantes. Durante al menos quince días, no deben sospechar que se prepara nada fuera de lo normal. Utiliza tu autoridad como oficial del censo para restringir movimientos por el territorio a todo el mundo, excepto soldados y funcionarios del gobierno. En particular, prohíbe la entrada a mercaderes, banqueros y sus agentes. Controla con firmeza el pulso de la tribu. Envíame informes diarios por mensajero urgente. Esto es alto secreto».

Aquellas actividades me devolvieron a la vorágine de los asuntos oficiales. Empecé a asistir a los juicios en el nuevo ayuntamiento y tenía a mis secretarios encantados leyendo, dictando y firmando documentos durante ocho horas al día. Las cohortes britanas sufrieron inspecciones muy exigentes;

confirmé los planes para una nueva calzada que uniría Calleva Atrebatum con la Vía Media; convencí a una embajada de los regni de que renunciaran al peaje y los derechos de aduana en Portus y Anderitum. Y mi chambelán me informó de un caso de sedición entre mi personal doméstico.

Era un liberto competente, con una gran barriga y sin imaginación, por lo que escogió el final de un día agotador para pedirme audiencia.

—Bien, ¿qué pasa? —gruñí.

—Un asunto relacionado con tu casa, señor. He descubierto a dos sirvientes conspirando contra el Estado.

—¡Sirvientes! Por Apolo, ¿no puedes ocuparte tú mismo de ellos? ¿Por qué me molestas por trivialidades?

—Señor, no me atrevería a menos que las circunstancias fueran excepcionales. —Hizo una pausa—. Una de ellas es Verecunda.

—Verecunda…

La mujer era hispana, bailarina y actriz. Quinto Veranio la había traído a Britania con su grupo de actores en los días anteriores al edicto que prohibía a los gobernadores ofrecer espectáculos en sus provincias. Al quedarse en la ruina tras morir Veranio en Britania sin mencionarla en su testamento, se había unido a mi personal doméstico. Una visita a mi lecho me había revelado que era una hábil conocedora de los entresijos del amor: sus sutilezas excéntricas me habían intrigado, fascinado y finalmente fatigado. Era una hermosa vaina para la tumescencia masculina, pero no podía imaginarla como a una intrigante política.

—¿Y el otro?

—Lucio, el gladiador.

—¿Quién es?

—Como Verecunda, pertenecía al legado Veranio. Se unió a nuestro personal al mismo tiempo.

—Sí, lo recuerdo.

Era un galo de Aquitania. Una vez lo había llamado para que resolviera, con una demostración, una discusión de sobremesa sobre los méritos relativos de las paradas verticales y laterales ante un golpe de lanza.

—¿Qué han estado haciendo?

El chambelán se removió inquieto.

—Señor, son miembros de una sociedad secreta religiosa.

—¡Que las Sombras te lleven! ¡Eso no es un crimen! ¿Qué sociedad? ¿Qué religión?

—Se hacen llamar cristianos. Adoran a un dios llamado Cristo.

—¿Y por qué no? La provincia tiene un millar de dioses. Mientras no sean druidas…

—Ahí está el problema, señor. Como los druidas, se niegan a obedecer al Príncipe.

Medité. Aquello sonaba más serio. Tal vez valdría la pena investigarlo. Mandé llamar a mi jefe de informadores.

—Dos de mis empleados —le dije—, son sospechosos de pertenecer a una sociedad antirromana que practica el culto a un dios misterioso. Examínalos, descubre la verdad e infórmame. No torturéis a la mujer; podéis tratar al hombre como queráis.

Me olvidé del incidente hasta que, unos días después, me presentó los resultados de sus investigaciones.

—Existe una sociedad secreta en Londinium a la que pertenecen tus dos sirvientes, legado. Sus miembros se hacen llamar cristianos. Por lo que he podido averiguar, sus actividades son sobre todo religiosas. Parecen ser de religión judía, excepto por el hecho de que, además del dios hebreo, también adoran a un tal Cristo.

—¿Cuál es la naturaleza de ese Cristo?

—Según dicen, fue un criminal ejecutado por nosotros en Judea hace unos treinta años.

—¡Qué extraordinario! ¿Por qué adoran a un delincuente?

—Dicen que era el hijo del dios judío.

—¡Una locura! Pero no importa; ¿has encontrado indicios de traición en esa asociación?

—Sí, legado. La religión no ha recibido el permiso del Estado como requiere la ley de asociaciones; sus miembros se reúnen con más frecuencia que una vez al mes, lo que está prohibido por la misma ley; y se niegan a reconocer la divinidad del César.

—¡Bien! De modo que tenemos a una banda de delincuentes sediciosos operando en la mayor ciudad de la provincia, reclutando adeptos bajo nuestras propias narices, y nos enteramos ahora de ello. ¿Cuánto tiempo hace que existe esa sociedad?

—No mucho, legado. La asociación fue fundada en Londinium hace un año o dos por algunos navegantes del Este. Son pocos, algo más de cincuenta.

—¿Qué clase de gente son?

—Las clases más bajas, legado, los hombres y mujeres más pobres, esclavos y delincuentes. No hay romanos entre ellos.

—¿Te lo dijo Verecunda? —pregunté.

—No, legado. Ella no dijo nada, y tú prohibiste… —Hizo un gesto expresivo—. El hombre, Lucio, confesó bajo presión todo lo que te he dicho.

—¿Sabes algo más sobre esos cristianos?

El inquisidor vaciló.

—Los dos acusados no admitieron nada más. Pero desde que empecé las investigaciones, he oído rumores.

—¿Por ejemplo?

—Se dice que practican la magia, que cometen sacrilegios contra nuestros dioses romanos y que sus ceremonias incluyen ritos de canibalismo e incesto.

—¡Canibalismo!

—Se dice que consumen la carne cruda de niños asesinados. Pero estos asuntos —añadió apresuradamente—, no los he verificado.

—No, pero yo lo haré —dije muy serio—. Esta secta debe ser erradicada sin piedad. Mantén a los prisioneros confinados, pero cuida de que no mueran: han de ser llevados a juicio.

Llamé a mis secretarios y empecé a comprobar los archivos en busca de edictos relativos a los cristianos. Los registros de Calleva Atrebatum no revelaron nada, y los secretarios juraron que el tema no se mencionaba en los archivos provinciales. Sin embargo, envié un mensaje urgente a Camulodunum para que se buscara entre los documentos de allí, y ordené a nuestros agentes de inteligencia en Londinium que arrestaran a los miembros de la secta.

La persecución, de manera sorprendente, los condujo al suroeste del país, al territorio de los durotriges. En una llanura remota y pantanosa a unas veinte millas al sur de Aquae Sulis los agentes localizaron un cuartel general del culto, un pequeño poblado en una isla entre pantanos donde los cristianos vivían en miserables cabañas de juncos. La isla, llamada en lengua céltica Ynys-Witrin, o Isla de Cristal, había sido evacuada a toda prisa antes de que nuestros hombres hubieran podido desembarcar. La secta se dispersó, y algunos de sus miembros se refugiaron no muy lejos, en un peculiar pueblo junto a un lago cuyos habitantes vivían en cabañas construidas sobre plataformas de juncos. Los nativos, cuando nuestros hombres fueron a buscar a los fugitivos, se mostraron muy poco amistosos; negaron todo conocimiento de que hubiera forasteros entre ellos y obstruyeron la inspección de sus extrañas viviendas. La escolta de nuestros agentes era pequeña; no podían persistir sin correr peligro. Destruyeron las miserables cabañas de la Isla de Cristal y se marcharon.

De este modo, como descubrí mucho después, se nos escapó de entre las manos un tal José de Arimatea que acababa de desembarcar con doce discípulos y había asumido el mando de los cristianos en Britania. Mi información sobre él es escasa y poco fiable, producto de los chismes de las casas de baños y del tipo de inteligencia clasificada como «sin confirmar». Al parecer, José había conocido personalmente a Cristo y había tenido algo que ver con su entierro. Siempre pensé que era una lástima que el hombre se nos hubiera escapado, porque él, mejor que nadie, me hubiera podido explicar los misterios de su extraña religión, las retorcidas creencias que les llevaron a exaltar a la divinidad a un criminal ejecutado, y la arrogante negativa de los cristianos a reconocer la existencia de otros dioses más antiguos y mucho más respetables. José ha desaparecido desde entonces, porque nunca volvimos a encontrarle —de hecho, nunca lo intentamos— y hasta puede que haya vuelto a reunir a la secta en su miserable isla.

Furioso por mi ignorancia sobre un asunto de tanto peligro potencial para el Estado, hablé de ello con Agrícola. Tenía mucha información.

—¿Cristianos, legado? Se han convertido en una auténtica molestia en Roma en estos últimos años. ¿Recuerdas a Pomponia Grecina, la esposa de Aulo Plaucio, que fue juzgada hace cuatro años por un tribunal de familia por lo que llamaban supersticiones extranjeras? La pobre desgraciada estaba involucrada con los cristianos. Desde luego, era culpable, pero la absolvieron porque el tribunal no pudo encontrar ninguna diferencia entre el cristianismo y el judaísmo. Esta última, por supuesto, no es una religión prohibida.

—Bien, ¿hay alguna diferencia?

—No mucha —dijo Agrícola encogiéndose de hombros—, aunque los judíos odian a los cristianos por haber añadido otro dios, y además un delincuente ejecutado, a su propia religión.

—¡Judíos! Ya nos dan bastantes problemas. Hay muchas cosas de este asunto que no entiendo, Agrícola. ¿Por qué iban a convertir en dios a un hombre condenado por un funcionario romano? Supongo que eso solo ya es un desafío a nuestra autoridad.

—Posiblemente, legado. Nadie sabe gran cosa sobre ellos, aparte de que son la escoria de Roma (Pomponia era una excepción) y que no reconocen a otro dios que el suyo, ni siquiera al César.

—Podrían ser una amenaza. Esclavos y ese tipo de chusma provocando agitación contra el Estado. ¿Están preocupadas las autoridades en Roma?

—Creo que los magistrados empiezan a vigilarlos. No queremos otro Espartaco.

—Exacto. Y deben estar bien organizados para tener ya células en Britania. Hierbas ponzoñosas: serán erradicadas.

Los archivos de Camulodunum no arrojaron ninguna información. Pensé en escribir a Roma pidiendo consejo pero, tras considerarlo mejor, decidí que el asunto era demasiado trivial para la atención del Príncipe. Además, mientras esperaba la respuesta, la secta de Londinium podía dispersarse y escapar.

De hecho, alguien les avisó de mis intenciones, porque solo siete de ellos fueron arrestados y traídos a Calleva Atrebatum para ser juzgados durante la primera semana de diciembre.

Habíamos perdido a José, pero entre aquel grupo habíamos capturado a un tal Aristóbulo que era, por decirlo así, su mano derecha. Aristóbulo se mostró muy franco sobre sí mismo y sus objetivos en la provincia. Un cristiano, según me dijo mi informante, pocas veces necesitaba persuasión para hablar sobre sí mismo, su conversión y su fe, pero ni con los tormentos más rigurosos se conseguía que delatara a otros cristianos. Aristóbulo, según dijo, era pupilo de uno de los discípulos de Cristo, un tocayo mío, que lo había entrenado como misionero y lo había enviado a Britania. La misión del hombre, en realidad, era convertir a nuestros súbditos al cristianismo; con lo cual les negaba automáticamente la creencia, o al menos la aceptación, de la divinidad del César. Era un traidor confeso, un agitador y una amenaza. Antes de que empezara el juicio, ya había decidido matarlo.

Los cargos contra los acusados eran de asociación ilícita, traición, magia, conspiración y sacrilegio. Todos admitieron el primer cargo; el segundo lo negaron de hecho, aunque no de ley; los demás, para mi disgusto, no pudieron probarse. Ciertos testigos hostiles, encontrados por mis agentes, solo pudieron afirmar que los cristianos se reunían en secreto antes del amanecer para cantar himnos a Cristo como dios. Participaban en comidas comunitarias; lo que consumían, en ambientes tan pobres, no era ni siquiera carne, mucho menos cadáveres de niños. Los prisioneros asintieron cuando nuestros espías afirmaron que los cristianos juraban no cometer fraude ni adulterio, no robar, no mentir y no revelar secretos.

Bajo el interrogatorio, se mostraron seguros, casi orgullosos. Respondían con aire sincero, sin acobardarse, pese a sus bajos orígenes y ocupaciones serviles. Al parecer, tenían una fe perfecta en sus dioses y su religión. Transmitían una sensación de fuerte unidad, derivada de ciertas aspiraciones comunes para el presente y el futuro, en esta vida o en la otra. Fue muy decepcionante.

Tras oír todas las pruebas de la acusación y la defensa me dirigí a los prisioneros.

—Se os ha encontrado culpables de violar la ley de asociaciones del divino Augusto, por haber formado una sociedad sin autorización y haber celebrado reuniones con demasiada frecuencia.

»Debéis entender que no pretendo perseguiros: no me importan en absoluto vuestras creencias. Roma apoya a muchas religiones y a miles de dioses. Uno más o menos no tiene ninguna importancia. Pero exigimos que todas las creencias se unan en una lealtad común a un dios supremo, el César. Vosotros la rechazáis.

»Por tanto, también sois culpables de traición al abjurar o negaros a creer en la divinidad del Príncipe.

Miré a Verecunda, que tenía la cara pálida y los ojos bajos, y continué:

—Estoy dispuesto a ser clemente. Con la condición de que repitáis una invocación a los dioses de Roma, adoréis la imagen del Príncipe, le hagáis las ofrendas adecuadas y maldigáis públicamente a vuestro dios, Cristo, seréis perdonados. De lo contrario…

Los ojos de los prisioneros estaban fijos en mí; no vi ningún miedo en ellos. Aristóbulo, casi sin mover los labios, dijo en voz baja:

—Valor, hermanos. Él nos está mirando. Su misericordia eterna nos protege.

Hubo un largo silencio. De repente, me sentí muy cansado de todo aquel asunto. ¿Qué sentido tendría matar a aquellos desgraciados? Además, Cato necesitaba esclavos.

—Muy bien —dije—. Para ti, Aristóbulo, y tu traición, no puedo encontrar una recompensa más apropiada que la muerte sufrida por ese dios tuyo tan poco recomendable. Serás azotado y crucificado. Los demás estáis condenados a trabajar como esclavos mientras viváis en las minas del Príncipe en Anavio. Llevaos a los prisioneros.

Meses después, supe que Verecunda la actriz y Lucio el gladiador habían escapado juntos de la caravana de esclavos en algún lugar cerca de Ratae Corieltauvorum. Nunca fueron capturados.

5

La obligación de asistir a las celebraciones del cumpleaños del Príncipe me llevó de nuevo a Camulodunum antes del quince de diciembre. Me alegré de

regresar: los trinovantes me mortificaban como un dolor de muelas, aunque los informes diarios de Baso no contenían nada inquietante. El destacamento de Cerialis había acampado fuera de la colonia, y los hombres del procurador estaban recogiendo su cosecha financiera. Baso, cuando me reuní con él, estaba desconcertado por la falta de reacción a las exigencias de Cato.

—Los nativos se quejan, legado —dijo—, lo que era de esperar. Algunos nobles trinovantes se están quedando arruinados con este asunto. Los banqueros también nos rodean como tiburones hambrientos. Pero no puedo encontrar indicios de sedición abierta, ninguna palabra o acción que pueda interpretarse como un signo de resistencia organizada.

—Debemos tenerlos más controlados de lo que pensábamos —repuse—. O es posible que la presencia de mil quinientos soldados haya surtido su efecto.

—O eso, o están teniendo cuidado de que una acción prematura no malogre alguna artimaña secreta que estén preparando.

—Tonterías, Baso. Recuerdo tus miedos; todavía no tienen fundamentos visibles. De hecho, la evidencia demuestra lo contrario. ¿No ha habido negativas a pagar? ¿Ningún disturbio?

—Nada, legado. Unos cuantos jefes menores con posesiones escasas y poco que perder han huido a territorio iceno, cruzando la frontera. Los perseguiremos, por supuesto, en cuanto hayas solicitado su extradición a Prasutago.

Aquello parecía ser todo; mi ansiedad era tan infundada como las premoniciones de Baso. Cato, que estaba en Camulodunum para supervisar el cobro de las donaciones, también estaba satisfecho.

—Un golpe de genio por parte del Tesoro —declaró—. No solo estamos consiguiendo varios millones en efectivo, sino mucha tierra, ganado y esclavos confiscados a los deudores que no han podido pagar en efectivo. Las propiedades personales del Príncipe en Britania aumentarán considerablemente.

Por un momento, me sentí inquieto. Un britano privado de su dinero podía restaurar su fortuna gracias al trabajo duro; pero si le quitábamos las tierras y la casa, eliminábamos la raíz de su existencia. Los revolucionarios se fraguan con ese tipo de material. Ordenaría a Baso que siguiera el rastro de los desposeídos.

A medida que transcurrían los días, los informes de inteligencia empezaron a mencionar más huidas al otro lado de la frontera. Prasutago, al que presionamos para que extraditara a los fugitivos, prometió por carta

repatriar a cualquier trinovante que tratara de refugiarse en su corte y concedió salvoconductos para los destacamentos militares que los perseguían. Sin embargo, los fugitivos conseguían eludir a nuestros soldados; los icenos de pueblos, campos y bosques negaban cualquier conocimiento de su paradero. Prasutago, ante mi sugerencia de que su gente los estaba protegiendo, me respondió con cartas dolidas y evasivas que me resultaron muy exasperantes.

Poco antes de las Saturnales, el procurador informó de que todas las donaciones habían sido recuperadas. Hice que los hombres de Cerialis regresaran a Lindum, y me adapté a la rutina diaria de la administración, cuidando de mi salud en el calor y lujo relativos de la capital en previsión de los viajes que tendría que hacer por las gélidas profundidades del invierno britano.

En enero, Agrícola llegó de Viroconium con despachos especiales de Valens. Estos contenían un informe sobre los resultados de sus experimentos sobre la guerra en las montañas. Había desarrollado un sistema de guardias móviles y estáticas que, aunque era lento y tedioso de manejar, parecía prometer al menos una reducción de las costosas emboscadas comunes en ese tipo de combate. Agrícola, en su breve estancia con la Decimocuarta Legión, había comprendido por completo los principios de aquella táctica, y la había visto funcionar con éxito en terreno muy difícil al otro lado de la frontera. Tras un estudio cuidadoso y una larga conversación con el tribuno, aprobé los métodos de Valens, le ordené que los pusiera en práctica con la guarnición de Viroconium y le prometí probarlos personalmente en mi siguiente visita a la frontera en febrero.

Valens también me hablaba de un serio recrudecimiento del culto druídico en su zona. Aquella información procedía sobre todo de sus espías nativos; era difícil encontrar pruebas concretas. Las patrullas enviadas a localidades donde se sabía que se celebraban encuentros solían hacer el viaje en vano. Sin embargo, había conseguido capturar a una docena de sospechosos, que, bajo tortura, admitieron haber participado en los ritos prohibidos. Aquellos hombres estaban retenidos en la prisión de la fortaleza y esperaban mi juicio por un cargo capital. De sus declaraciones parecía desprenderse que había sacerdotes druídicos cruzando la frontera desde territorio ordovico, con la intención de restaurar la antigua fe entre nuestros cornovios.

La noticia coincidía con los vagos informes de mis espías. Había señales de una recuperación del culto druídico desde el territorio cornovio hasta los bosques oscuros de Coritania. La historia variaba poco: sacerdotes errantes de

las montañas del oeste, que transitaban por caminos ocultos de pueblo en pueblo y persuadían a congregaciones pequeñas y tímidas a tomar parte en ritos de sacrificios salvajes en los bosques. Los puestos de carretera en la Vía Media, que tenían órdenes de estar especialmente alerta en sus patrullas, no habían capturado a nadie.

Pero los agentes gubernamentales —britanos de nuestro distrito, con algunos de los cuales había hablado personalmente— estaban seguros de sus afirmaciones. O lo habían estado al principio, unos seis meses atrás. Entretanto, varios espías habían desaparecido sin dejar rastro, y los informes del resto se redujeron considerablemente. Tuve que rendirme ante el hecho desconcertante de que aquellos druidas, proscritos y perseguidos durante casi veinte años a través de toda la provincia, todavía conservaban cierto poder místico sobre el pueblo; un poder suficiente para hacerle vencer el miedo a los terribles castigos que podía infligir la justicia romana.

Desplegué un mapa de Britania, pedí los archivos secretos y marqué las localidades donde se había informado de actividad druídica desde el mes de junio. Aunque apenas había un solo territorio libre de sospecha —incluso los cantiacos estaban involucrados— las marcas del mapa se extendían hacia el este como dedos tentativos desde el territorio entre Viroconium y Deva. Los ordovicos eran sin duda su núcleo. Aparte de la repentina renovación del prosclitismo, aquello no era sorprendente: el druidismo era la religión principal de las tribus de las montañas, y Mona el centro sagrado del culto.

Despedí al secretario y miré a Agrícola.

—Y bien, tribuno, ¿cuál es tu opinión?

—El origen del problema parece estar fuera de nuestro alcance, legado. Aparte de invadir Ordovicia…

Por un momento, me sentí tentado. Mis intenciones para la primavera no eran conocidas por nadie más que el Príncipe, Burro y yo mismo. Muchas veces había sentido la necesidad de una mente independiente e inquisitiva que estudiara el plan de la campaña y apoyara o criticara mis valoraciones. Aquel joven atractivo, amistoso pero discreto y digno de confianza, era el depositario natural de mis confidencias. Lo apreciaba inmensamente. Quince días pasados en su compañía en Londinium y Calleva Atrebatum habían revelado un intelecto agudo y un gran sentido común, pese a que sus cualidades militares no habían sido aún probadas. ¿Podía confiar en él? Sin duda. Pero yo no era una chiquilla idiota que fuera contando sus secretos. Con aquella decisión, tomé otra.

—Agrícola, estoy considerando asignarte a mi personal. ¿Te complacería?

—Sería un honor, legado. —Vaciló—. ¿Puedo recordarte que llevo menos de un mes sirviendo en la legión y que no tengo ninguna experiencia en combate?

Contemplé la preocupación escrita claramente en su rostro.

—Lo sé. Naturalmente, preferirías aprender tu oficio con las tropas en el servicio activo. No tienes por qué preocuparte. Puedo prometerte toda la guerra que quieras, y muy pronto. Descubrirás que mi cuartel general no es una sala de banquetes.

—No, legado. —Se sonrojó—. No había imaginado nada parecido. Acepto con gratitud.

—Excelente. He decidido que deberías ser mi asistente personal, compartiendo mi alojamiento en los barracones y mi tienda en el campo. Tendrás mucho trabajo, algo de responsabilidad y mi plena confianza en todos los asuntos, oficiales o privados.

Agrícola no dijo nada. Le brillaban los ojos. Sonreí.

—Los dos somos de clase senatorial. Puedes llamarme por mi nombre cuando estemos solos. Ahora, respecto a esos permisos demorados en la cuarta cohorte…

Así fue cómo me adjudiqué un compañero, el primero y el último que tuve en Britania; y nunca lamenté mi decisión.

6

A finales de enero convoqué la reunión anual del Consejo Provincial. Por fortuna, las ceremonias fueron mucho menos prolongadas que las del año anterior. Había que escoger a un nuevo presidente y conseguí, con grandes dificultades, que Epático fuera elegido para un segundo mandato.

El resentimiento por los precios del trigo se había mitigado en parte por un leve ascenso de las tarifas romanas y en parte por la supresión, durante mis viajes por los puestos militares, de los tratos fraudulentos en las confiscaciones de grano. Había descubierto que era habitual que los centuriones a cargo de las raciones usaran jarras de medir que contenían mucho más peso en grano que el que indicaban las marcas. Además, era muy corriente que los funcionarios, tanto militares como civiles, confiscaran cereal en épocas en que, aunque los graneros del ejército estaban bien aprovisionados, los granjeros no tenían nada. Tras varias discusiones y amenazas, los romanos encontraban una solución altamente provechosa para

ellos: el ejército proporcionaría el grano, se lo vendería a los nativos y luego volvería a aceptarlo como pago del tributo. El grano, naturalmente, nunca se movía de los graneros durante una transacción que raras veces se registraba en los libros de cuentas.

También había intentado, sin infringir demasiado la autoridad del procurador, asegurarme de que las entregas de grano se llevaran a cabo en el punto de recolección más próximo. Muchos infortunados granjeros, debido a alguna reticencia anterior a entregar lo exigido, habían sido obligados durante años a entregar el trigo en puestos situados a muchas millas de sus hogares.

No veía ninguna posibilidad de poderme ocupar de la justicia y la administración local en cuanto hubiera empezado la campaña contra los ordovicos; de modo que se hizo necesario, a principios de febrero, hacer un recorrido prolongado por la provincia, visitando la mayor parte de lugares importantes. Fue un viaje cuyos detalles prefiero olvidar. El clima de Britania me mostró su peor cara durante cada uno de los días pasados en aquellas calzadas largas y rectas. El frío intenso nos oprimía el cuerpo como una garra de hierro; fuimos azotados y empapados por la lluvia, la cellisca y la nieve, cortados por vientos que atravesaban la lana, el metal y el cuero y nos helaban hasta las entrañas. Los breves descansos en entornos razonablemente civilizados apenas compensaban las noches pasadas tratando de ahuyentar el frío y los insectos en los puestos de carretera o albergues, desolados y mal calentados. La suerte de los soldados destinados en aquellos puestos aislados era muy poco envidiable. Solo las patrullas de rutina, confinadas a las calzadas por el omnipresente barro, aliviaban el tedio de los días oscuros y llenos de niebla, seguidos por noches terribles en barracones sin calentar. Los hipocaustos eran raros; las casas de baños, casi desconocidas. Los rigores del invierno britano me revelaron las carencias, en lo relativo al bienestar de nuestras tropas, de la administración militar romana.

Pasamos por Londinium, donde me entrevisté con Aufidio Pantera y acordé con él la composición, fuerza y disponibilidad de una escuadra operativa. No le revelé el escenario de las operaciones. De allí seguimos hacia Calleva Atrebatum, Venta Belgarum y finalmente Isca, donde me encontré con la extraña tribu de los dumnones. Vivían tan aislados por lo remoto del lugar donde habitaban que, aunque técnicamente estaban bajo nuestro dominio, eran más independientes que los icenos o los regni. Eran un pueblo extraño y altanero: supervivientes de muchas invasiones desde los albores del tiempo, apenas parecían darse cuenta de nuestra existencia en la provincia, indiferentes pero no hostiles. Con aquella actitud, tal como estaban las cosas,

tuve que conformarme. Era improbable que se rebelaran durante aquel verano crítico contra un yugo que apenas reconocían.

Desde Isca me dirigí hacia el norte, a Aquae Sulis, arrastrando a mi guardia y a mi personal medio helados por las inhóspitas tierras altas a través de Corinium y finalmente hasta Glevum. El legado de la Segunda Legión había muerto de su enfermedad poco antes de mi llegada, dejando a Penio Póstumo al mando. Escribí a Roma pidiendo un nuevo comandante, sabiendo muy bien que era imposible que llegara ningún sustituto antes del verano.

Glevum estaba tranquila. Desde el golpe de Valens en Venta Silurum, nuestras patrullas apenas habían visto a ningún siluro: la fortaleza tenía el aire relajado de un puesto pacífico en una zona ocupada. Aunque desconfiaba un poco del efecto de la inactividad prolongada sobre la moral de nuestros hombres, ordené a Póstumo que siguiera una política estricta de no provocación.

Desde allí seguimos la cadena de puestos de vigilancia de la calzada fronteriza, pensando con placer en la comodidad de los cuarteles de invierno en Viroconium. En la fortaleza me esperaba un despacho de Camulodunum. Lo leí; cualquier idea de relajación se desvaneció como una niebla de verano.

Prasutago, rey de los icenos, había muerto.

LIBRO SEGUNDO

LA COSECHA

Marzo, 61 d. C. - Mayo, 61 d. C.

CAPÍTULO 8

«*Ya suena el clarín; por toda la hueste ha corrido el santo y seña*».
VIRGILIO

1

Era el dos de marzo. El rey había muerto poco después de que yo empezara mi viaje por el sur de Britania, casi un mes atrás. Arrugué los despachos en mi mano y me dirigí furioso al cuartel general, maldiciendo la estupidez del secretariado de Camulodunum, que había clasificado aquella noticia como rutinaria y me la había enviado a Viroconium para esperar mi llegada. Sabían perfectamente que los mensajes urgentes tenían que encontrarme, sin falta, dondequiera que estuviera. Una petición de permiso de un tribuno importante, recordé airado, había sido considerada de bastante trascendencia para seguirme hasta Isca. Al parecer, la muerte de un rey aliado no era, a sus ojos, un asunto de importancia. Me prometí a mí mismo un gran reajuste en la escala de prioridades del secretariado de Camulodunum.

Entretanto, ¿cómo afectaba a mis planes aquel nuevo factor? Recorrí inquieto mi habitación meditando sobre el problema, mientras un sirviente, desatándome el coselete, se afanaba ansiosamente a mi alrededor. Con toda certeza, Cato debía haber mencionado la muerte de Prasutago en sus despachos a Roma. El Correo Imperial tardaba unos treinta días entre Roma y Rutupiae; por lo tanto, Nerón lo sabría antes de mediados de marzo.

Vi las implicaciones en toda su crudeza y arrojé el casco a un rincón. Las órdenes del Príncipe para la anexión de Icenia podían llegar a Camulodunum a mediados de abril, cuando yo esperaba estar a medio camino de Mona.

Dirigí una blasfemia al infortunado esclavo y me arranqué el coselete. ¿Aguardaría el Príncipe a que los ordovicos hubieran sido sometidos? Lo dudaba mucho. Burro, conocedor de mis dificultades, trataría de persuadirle; pero Burro, a juzgar por el tono de su última carta, parecía estar perdiendo su capacidad de convencer a Nerón. Roma necesitaba dinero desesperadamente; Nerón saltaría a por una oportunidad como la herencia de Prasutago como un

sapo a por una mosca. De cualquier modo, confiar en la paciencia del Príncipe sería peligroso; tenía que basar mis planes en las suposiciones peores y no engañarme a mí mismo con falacias optimistas.

Me dejé caer sobre la cama, crucé las manos detrás de la cabeza y contemplé las vigas del techo. Los esclavos me quitaron las botas y me masajearon las piernas. Para mediados de abril, entonces, Cato y sus buitres podrían estar saqueando a los icenos, asistidos vigorosamente por los agentes de Séneca y una veintena de banqueros codiciosos. Todas las posesiones reales, el tesoro, la tierra, el ganado y los esclavos serían confiscados. Las donaciones de Claudio y los préstamos privados serían reclamados. Muchas de aquellas deudas no podrían pagarse con dinero: habría que confiscar propiedades para cobrarlas.

Pedí una jarra de vino, me la bebí de un trago y continué mi observación a ciegas de las vigas. Los trinovantes habían sufrido últimamente del mismo modo sin resentimiento aparente. Sí; pero llevaban mucho tiempo acostumbrados a la sumisión, y no tenían rey ni familia real cuyo expolio y desposesión pudiera concentrar sus iras. Los icenos, por el contrario, eran independientes, belicosos y, como casi todas las tribus britanas, consideraban a su jefe como poco menos que a un dios. ¿Era probable que se rebelaran? Tal vez no. Lo habían intentado una vez y habían sido totalmente derrotados.

Eché a los esclavos, me envolví en una capa y volví a recorrer el cuarto. Era estúpido suponer un escenario que no fuera el peor posible. Con toda certeza, se rebelarían. ¿Debía por tanto aplazar la campaña ordovica hasta que toda la propiedad de los icenos estuviera en las cajas, graneros, almacenes y establos del procurador, hasta que el reino se hubiera anexionado formalmente y hubiera guarniciones fortificadas garantizando la sumisión del pueblo? El proceso podía llevar todo el verano, y era posible que se llevara a cabo sin un solo conato de revolución, mientras las legiones permanecían ociosas en aquellas fronteras que me habían encargado adelantar, y mientras el bálsamo financiero necesario para la vacilante economía del Estado, la riqueza mineral de Ordovicia, continuaba sin explotar durante al menos un año más. Recordé la advertencia indirecta de Burro e hice una mueca irónica; nada mejor para asegurarme las iras del Príncipe.

Por tanto, la campaña debía seguir adelante, tanto si los icenos se rebelaban como si no. Detuve mi paseo y miré por una ventana hacia el edificio del pretorio. Estaban cambiando la guardia en los estandartes. La masa de insignias centelleantes rodeaba los altares como las joyas en una diadema. Un centurión ladró una orden; las jabalinas golpearon el suelo.

Me volví. La decisión estaba tomada, una decisión que provocaría los combates más terribles que los ejércitos romanos habían visto en medio siglo.

2

Tenía que asegurarme de que, si realmente había problemas en el este, una posible insurrección pudiera ser aplastada de forma rápida y definitiva. Llamé a un secretario de confianza y dicté una carta a Petilio Cerialis:

«Tengo cierta aprensión respecto a la seguridad de los territorios poblados por los trinovantes y los icenos. Durante la próxima primavera y verano, nuestras legiones en el oeste estarán inmersas en operaciones en sus fronteras, operaciones que los disturbios en las zonas ocupadas podrían interrumpir. Como medida de precaución, por tanto, quiero que envíes a una *vexillatio* fuerte a Camulodunum. La dotación no debe salir de Lindum antes del uno de abril. Envía a todos los hombres de los que puedas prescindir en la fortaleza: en cualquier caso, la fuerza de la *vexillatio* no debe ser inferior a cinco cohortes de legionarios, un regimiento de caballería y dos cohortes auxiliares.

»Comprendo que perder a cuatro mil hombres reducirá a la mitad la fuerza de tu guarnición, y que el equilibrio táctico entre legionarios y auxiliares no será el ideal, ni en la *vexillatio* ni en la guarnición. Por desgracia, eso es inevitable. No puedo prescindir de ningún hombre en Glevum o Viroconium. Tendrás el consuelo de saber que, en tu propia frontera, Brigantia está tranquila y mantiene sus buenas relaciones con nosotros.

»Esto es una advertencia. Más adelante te enviaré las directrices de tu misión concreta en Camulodunum. Por el momento, solo puedo decirte esto: la rebelión es posible. Si crees que la situación en Lindum es lo bastante segura, puedes comandar tú mismo el destacamento».

Aquella última frase era algo más que un cumplido a las tendencias belicosas de Cerialis. Con su mano dirigiendo las operaciones, yo podría estar seguro de que, si la acción contra los icenos se hacía necesaria, las medidas serían instantáneas, rigurosas e implacables. Sellé la carta y se la entregué a Manio Segundo que, desde que se había añadido a mi personal después del escándalo de los sobornos en la Vigésima Legión, había ascendido al puesto de asistente personal.

—A Lindum, por correo especial —le dije—. Busca al prefecto Aurelio Baso y envíamelo.

Baso, tras un trabajo de casi un año, había terminado su censo del distrito de Camulodunum y había recibido permiso para retomar el mando de la Segunda de Astures en Viroconium. Entró y me saludó.

—Saludos, legado.

—Saludos, Baso. Espero que hayas encontrado a tu cohorte en buenas condiciones después de tu larga ausencia.

—Tan bien como siempre. —Sonrió—. Bajo la dirección del legado Valens, no podía ser de otro modo.

—Me alegro de oírlo. Siéntate, Baso. —Hice una seña a mi asistente—. Segundo, trae vino para el prefecto; luego déjanos, y ocúpate de que no nos molesten.

Cuando Baso hubo derramado su libación, dije:

—¿Cuánto hace que saliste de Camulodunum?

—Siete días, legado. Acabo de llegar.

—¿Sabías, entonces, que Prasutago había muerto?

—Lo sabía. Murió más de diez días antes de mi partida.

—Baso, durante la misión especial encubierta por tus actividades en el censo, prácticamente asumiste el control de nuestro sistema de inteligencia en toda la zona de los alrededores de Camulodunum. Además, de vez en cuando, informaste de corrientes subterráneas en el reino iceno. ¿Hasta qué punto cubría Icenia tu red de seguridad?

Baso movió su tahalí y jugueteó pensativo con la empuñadura de su espada.

—«Cubrir» no es la palabra exacta, legado. Gran parte del país son bosques o pantanos; la gente todavía vive en fuertes, en comunidades muy pequeñas donde los extranjeros son detectados enseguida. Introducir agentes era difícil, a veces imposible. Muchos desaparecieron, y nunca supimos cómo ni por qué. Solo desde la capital, Venta Icenorum, recibíamos informes con alguna frecuencia.

—Comprendo. ¿Aún tenemos agentes en Venta Icenorum?

—Sí.

—Bien. Ahora, Baso, quiero que me resumas la situación política en Icenia, tal como tú la entendías, inmediatamente antes y después de la muerte de Prasutago.

Baso frunció el ceño. Miró hacia la puerta, ordenando sus ideas.

—El rey —empezó—, llevaba un mes en cama antes de morir. La nación sabía que pronto se uniría a las Sombras. Las cláusulas de su testamento se conocían desde hacía algún tiempo; todos sabían que la mitad de sus

posesiones serían para el Príncipe, y, a cambio, Roma aseguraría la herencia de su familia. Es así, ¿verdad?

—Esos son los hechos —repuse impasible.

—No hay heredero varón —continuó Baso—. La intención en el reino es que la reina Boudica actúe como regente hasta que su hija mayor llegue a la mayoría de edad, y se case con un noble que será escogido por sus habilidades políticas y militares. La pareja, entonces, fundará una nueva dinastía real.

Escuché con interés. Mis informes no habían mencionado nada de todo aquello.

—Prasutago era un amigo de Roma. Boudica —dijo con aire de seguridad —, no lo es. ¿La has visto?

Recordé a la consorte de Prasutago, musculosa y de rasgos toscos, a la que había visto en mi primera reunión del Consejo Provincial, e hice una mueca.

—La he visto.

—No trata de disimular su desprecio por lo que llama la degeneración lujosa y afeminada de la civilización romana. Lo que es más importante, dirige y protege a un grupo de nobles con ideas similares. Instigó las respuestas evasivas del rey a tus peticiones de extradición de los deudores trinovantes fugitivos; unas respuestas que nunca se habrían enviado si Prasutago hubiera estado sano y en posesión de sus facultades. —Hizo una pausa—. Eso es lo que me dijeron mis agentes. También me pasaron ciertos rumores.

Serví más vino. Baso desenvainó la espada y la volvió a envainar.

—Se dice que Boudica esconde a sacerdotes druidas en islas ocultas entre los pantanos, y que participa en secreto en sus ritos. Con la ayuda de los sacerdotes, se comunica con los elementos desleales de las zonas ocupadas: trinovantes en particular, y catuvellaunos. Cuando Prasutago vivía, trataba de frenar tales actividades, hasta el punto de discutir violentamente con la reina. Ahora que ha muerto…

—¿Todo esto se ha demostrado?

—Es indemostrable, legado. Pero en las misiones de espionaje no se pueden ignorar los rumores, especialmente cuando han persistido durante un año o más.

—Te doy la razón. Suponiendo, entonces, que Boudica nos odie, ¿tiene bastante influencia sobre los icenos como para incitarlos a una rebelión abierta?

—No, creo que no —dijo Baso sacudiendo la cabeza—. Es una mujer con una personalidad considerable; no debemos subestimarla. Pero los icenos no

han olvidado que los derrotamos, y solo con los auxiliares. No tienen ningún deseo de probar la fuerza de una legión. Además, a excepción de la guardia real, están desarmados. O eso esperamos.

—¿A qué te refieres?

Baso se encogió de hombros.

—Cada casa, cabaña o barraca de Icenia probablemente guarda una espada o lanza enterrada o escondida entre la paja del tejado. Todos los nobles y hombres importantes conducen carros de guerra; casi todos los granjeros tienen caballos. Podrían reunir un ejército, con caballería, infantería y carros, en cuestión de tres días.

—¿Con qué fuerza?

—Creemos que los hombres en edad militar son unos cuarenta mil. No hacemos censos en Icenia, como sabes. —El prefecto pareció sorprendido—. Pero eso sería suponiendo una insurrección a escala nacional, de lo cual no hay ninguna posibilidad. Espero que eso te haya quedado claro.

—Muy claro, Baso. —Mientras él hablaba, había estado pensando, y, en aquel momento, tomé la decisión—. Escucha atentamente.

Le relaté toda la compleja historia de nuestras relaciones con los icenos, de los planes de Nerón para la anexión y de la peligrosa serie de acontecimientos desencadenada por la muerte de Prasutago. Le dije, sin ser más específico, que las legiones de Viroconium y Glevum estarían comprometidas en operaciones durante la primavera y el verano; y que había ordenado a Cerialis que reforzara Camulodunum.

—La esencia de estas precauciones —concluí—, es que deberíamos actuar en cuanto la rebelión sea abierta, o incluso antes. Los icenos no deben tener tiempo de reunir a un ejército, ni mucho menos de cruzar sus propias fronteras. Han de ser destruidos mucho antes de haberse concentrado: recuerda que solo tenemos a cuatro mil hombres para detenerlos.

Baso me escuchaba, estupefacto y horrorizado.

—Para conseguirlo, necesitamos saber las intenciones de los icenos casi antes que ellos mismos. Tú, Baso, conoces a fondo nuestro sistema de inteligencia en la zona. Debes regresar inmediatamente a Camulodunum. Usa todo tu ingenio para penetrar en el círculo de Boudica. No escatimes en esfuerzos, dinero o vidas. La seguridad de la provincia puede depender de tu éxito.

Aunque la noche era fría y unas ráfagas gélidas agitaban las colgaduras sobre la puerta y la ventana, el prefecto se secó el sudor de la frente antes de volverse a poner el casco.

—Parto inmediatamente, legado. —Hizo una pausa, mientras recogía la capa y la espada—. Solo soy un humilde soldado. Criticar a mis superiores en Roma, que formulan y dirigen la política en las fronteras imperiales, sería casi una traición. Pero tengo que decir que los dioses los han vuelto locos. ¿Es que no saben nada de Britania?

Salió. Suspiré, llamé a los sirvientes y me preparé para acostarme. Baso, desde su perspectiva limitada, no podía opinar de otra forma; no sabía nada del cáncer económico que había llevado a Roma a adoptar remedios tan peligrosos. Respecto a mí, había tomado todas las precauciones posibles, para proteger mis espaldas indefensas de la daga mortífera de la insurrección.

3

Empecé los preparativos para la guerra. Las órdenes enviadas a Rutupiae indicaban a Aufidio Pantera que debía tener sus barcos concentrados en Deva para el uno de abril. No pude adelantar más la fecha: no se podía esperar que las galeras recorrieran las ochocientas millas de océano turbulento entre Gesoriacum y Deva en plena temporada de galernas. Pantera, temiendo pérdidas irreparables por tormentas y naufragios, se había mostrado muy reticente a zarpar antes del final de marzo. Cuando me planteó sus objeciones durante nuestra reunión en Londinium, le respondí bruscamente que la flota tenía que estar preparada para enfrentarse al mal tiempo, el único enemigo de consideración con que se encontraría en aguas britanas.

Se había pasado el verano anterior reconociendo la ruta en torno a Mona hasta Deva, y no tendría que navegar por aguas desconocidas. Como precaución, había incrementado la fuerza operativa de la flota para proporcionar reservas en caso de desastre, y yo le había prometido que dispondría de todo un mes para hacer el viaje. Ambas precauciones, según se vio después, resultaron necesarias y afortunadas.

Envié advertencias secretas a Póstumo en Glevum y a Frontino en Calleva Atrebatum. Les pedí que concentraran a ciertas unidades auxiliares en Viroconium para el uno de abril. De Glevum escogí a dos regimientos de caballería, el Primero de Panonios y la Caballería del Indo, y a dos cohortes, la Primera de Morinos y la Tercera de Bracarios. Frontino debía traer a sus dos cohortes miliares de caballería e infantería britanas. Era algo reticente a emplear fuerzas nativas tan cerca de sus hogares —nuestros problemas en Panonia cincuenta y cinco años atrás habían demostrado cuán peligrosa podía

resultar aquella práctica—, pero tres factores me habían decidido a incluirlas en el ejército de campo. Aunque había comunicado a Roma que las cohortes estaban listas para el servicio, no habían recibido orden de traslado al continente, y, por el momento, permanecían ociosas en Calleva Atrebatum; las usaríamos solamente contra sus enemigos hereditarios, las tribus de las colinas del oeste; y los compromisos de Cerialis en Icenia me impedían llevarme a mil quinientos auxiliares de Lindum, como había planeado originalmente.

En Viroconium movilicé a la Decimocuarta Legión Gémina y a cuatro cohortes de la Vigésima Legión Valeria; tres regimientos de caballería, el Primero de Vetones, el Segundo de Astures y el Primero de Tungrios; una cohorte militar mixta, la Primera de Várdulos Leales; y tres cohortes de infantería, la Sexta de Tracios, la Segunda de Vascones y la Primera de Frisiavones. Aquellas unidades, junto con las que había convocado en Glevum, Calleva Atrebatum y la Primera de Tungrios de Deva, formaban un ejército contra los ordovicos de ocho mil legionarios, casi cuatro mil jinetes y cinco mil soldados de infantería auxiliar: un total de diecisiete mil hombres.

Viroconium, que se quedaría solo con una cohorte auxiliar, seis de legionarios y un regimiento de caballería, sería la única fortaleza seriamente debilitada cuando el ejército partiera. Lo consideraba de poca importancia: los ordovicos, ocupados con una invasión, tendrían muy pocos hombres para lanzar ataques fuera del teatro de operaciones.

Por supuesto, cuando mis órdenes pasaron a los comandantes de cohortes y regimientos, y de ahí a los centuriones, fue imposible mantener por más tiempo el secreto de la campaña de primavera. La fortaleza despertó de su letargo invernal como un león sacudiéndose el sueño; aunque la nieve aún salpicaba las colinas y cubría los picos distantes, los hombres se movían con animación en las labores de rutina y se ejercitaban y marchaban con un vigor renovado por la expectativa de la batalla. Por todas partes se especulaba sobre nuestros objetivos; algunos sostenían que se trataba de una operación combinada con la guarnición de Glevum contra los siluros; otros juraban que íbamos a conquistar Brigantia. Las apuestas en las casas de baños eran frenéticas, y los rumores volaban en las tabernas y burdeles de Viroconium. Era consciente de que tanto los ordovicos como los deceanglos sabrían ya que se avecinaba una guerra; pero estaba igual de seguro de que no tenían ni idea de dónde caería el golpe.

Pasaba largas horas con mi personal, calculando las necesidades de provisiones y transporte, comprobando resultados y dando órdenes

administrativas. En aquella estación, no podíamos confiar en conseguir grano ni pastos del enemigo en las colinas áridas de Ordovicia. Sus insignificantes graneros tribales, esparcidos por un centenar de fuertes, estarían casi vacíos al final del invierno. Por tanto, tendríamos que llevar con nosotros raciones suficientes para aguantar hasta que la lucha terminara, el territorio estuviera consolidado y nuestras líneas de comunicación abiertas a las caravanas de aprovisionamiento. Raciones para catorce días a la espalda de cada hombre y una reserva para cuarenta días más en la caravana de intendencia eran el mínimo necesario.

El peso estimado de las provisiones de reserva dividido entre la capacidad de carga media de una carreta nos daba el número de vehículos necesarios para alimentar a hombres y caballos. Además, teníamos que llevar artillería, tiendas, equipamiento de ingeniería, herramientas para los armeros, equipo médico, recambios de espadas y jabalinas, botas, ropa, armaduras, el equipaje de los oficiales y un centenar de artículos más. Cada cohorte tenía asignado un número suficiente de carretas para llevar las reservas de equipamiento imprescindibles; pero las provisiones requeridas para una campaña prolongada estaban fuera del alcance de la capacidad de transporte de cada unidad. De modo que todos los comandantes, tras recibir mi lista de reservas de todo tipo que su unidad tendría que llevar, tuvieron que encargarse de organizar el transporte adicional. Mi personal examinó detalladamente todo el cargamento, hasta los bultos del último asno, y redujo el peso en todo lo posible. Los nuevos totales revelaron el número de carretas que debíamos comprar, requisar u ordenar construir a nuestros carpinteros y carreteros.

Viroconium vibraba del amanecer al ocaso. Los armeros martilleaban y sudaban en sus forjas, construyendo y reparando armas y armaduras. Las piedras de amolar cantaban con su armonía estridente, afilando al máximo espadas y jabalinas. Los carpinteros cortaban y aserraban madera para convertirla en ejes, radios y yugos. Las tiendas de cuero y alas de mariposa fueron sacadas de los almacenes y engrasadas, alquitranadas, reparadas y empaquetadas. Los artilleros desmontaban ballestas y catapultas, y retiraban los enormes bultos de las murallas para cargarlos en carretas especialmente diseñadas para soportar su peso. Largas filas de nativos, cargados de trigo, cruzaban diariamente las puertas para llenar nuestros graneros, y sus rostros reflejaban malhumor, porque las confiscaciones en aquella estación de escasez eran impopulares. Los hombres construían corrales para albergar a los animales de tiro de la caravana de intendencia, bueyes y mulas, también confiscados a los habitantes locales. Las apretadas hileras de carretas se

alargaban como sombras nocturnas en la zona de intendencia. Y cada día, hora tras hora, los centuriones obligaban a sus hombres a hacer marchas y contramarchas hasta que el recluta más novato dominó perfectamente todas las maniobras exigidas para la preparación de una batalla.

Al cabo de una semana, cuando estuve seguro de que los preparativos avanzaban al ritmo deseado, tomé a mi guardia de caballería y cabalgué hacia Deva. Valens me había dicho que las barcazas estaban listas, y quería probar su navegabilidad. El astillero estaba lleno. Hice que cada barcaza, una caja rectangular de treinta pies de largo y diez de ancho, fuera transportada a la orilla del río sobre troncos rodantes y metida en el agua. Treinta tungrios totalmente armados subieron a bordo, haciendo que el bote se hundiera unas seis pulgadas, y, provistos de remos y largas pértigas, lo hicieron maniobrar torpemente arriba y abajo.

Aquella inspección nos llevó dos días. Yo mismo subí a bordo de todas las barcazas y descubrí que casi todas dejaban entrar algo de agua durante el breve viaje. Por razones de seguridad, no podía explicar que aquellos botes, sin carga, tendrían que hacer un viaje por mar de setenta millas que duraría una semana o más. Me conformé con abroncar a los constructores de barcos y centuriones, dándoles órdenes de hervir alquitrán y calafatear las juntas tan herméticamente que no pudiera filtrarse ni una gota de agua. Aquella tarea, y las pruebas subsiguientes, nos llevó cuatro días más; finalmente, quedé convencido de que la flotilla era tan impermeable como podían conseguirlo las manos humanas.

El fuerte había sido atacado en algunas ocasiones durante el invierno. Tras uno o dos ataques experimentales, fácilmente rechazados sin grandes pérdidas en ninguno de los bandos, los deceanglos habían lanzado un ataque nocturno contra las murallas del astillero. Los nativos habían conseguido arrasar las torres de combate de una de las alas, penetrar en el astillero y dañar unas cuantas barcazas antes de que un ataque desde el fuerte expulsara a los supervivientes tras una confusa batalla en la oscuridad. Las víctimas de aquella acción breve e intensa habían sido numerosas: el tribuno al mando, furioso por sus pérdidas, reforzó las defensas del puesto y preparó represalias.

Estaba seguro de que los nativos, animados por su éxito, repetirían el ataque. Al oscurecer, noche tras noche, preparó una emboscada en una hondonada que el enemigo solía utilizar para acercarse. Finalmente, su paciencia fue recompensada: atacó y destruyó un fuerte grupo de ataque, y persiguió a los supervivientes hasta el río a la luz de la luna menguante. Desde entonces, Deva estuvo en paz.

4

La llegada de abril trajo a Viroconium a las cohortes que había seleccionado en Glevum y Calleva Atrebatum. Desde Lindum recibimos una visita inesperada y mucho menos bienvenida: una embajada de brigantes, escoltada por dos tropas de la Caballería de Claso, que cruzó las puertas al trote y pidió una audiencia urgente. El comandante de la escolta me entregó un mensaje de Cerialis que casi me hizo llorar de frustración.

«Venucio ha reaparecido. Ha estado escondido en el norte, entre una tribu llamada los selgovae, donde construyó un fuerte y reclutó una banda de guerreros. Ahora se ha dirigido al sur, ha entrado en territorio brigante y está construyendo un fuerte en la llanura a cuarenta millas de Eboracum. Sus partidarios en la corte de Cartimandua han huido para unirse a él.

»Cartimandua envió a Vellocato a Lindum para pedir ayuda. Está muy asustada. Vellocato quiere a la Novena Legión en Eboracum de inmediato. Le dije que solo el gobernador podía ordenar que las tropas romanas cruzaran la frontera. Insistió en ir a buscarte.

»Mi idea es que esta es la excusa que necesitábamos para una anexión pacífica. Estoy listo para marchar en cuanto des la orden. Supongo que destinarás otra fuerza para defender Camulodunum si crees que la situación allí sigue siendo precaria».

Era muy típico de Cerialis, pensé con irritación, seguir persiguiendo su propia fantasía imposible más allá de toda realidad militar o política. Tiré la carta a un lado y llamé a la embajada brigante.

Vellocato, al plantear su caso, lo hizo con su reserva e impertinencia habituales. Estaba claro que la posibilidad de que Venucio recuperara el trono le aterrorizaba. No me sorprendía: el famoso guerrero se tomaría una venganza terrible contra aquel joven que se había apoderado de su reino y su consorte. Cuando hubo terminado, traté de aclarar algunos puntos.

—¿Cuántos hombres tiene Venucio?

—No lo sabemos con exactitud, noble Paulino. Algunos dicen que ha atraído a más de veinte mil saqueadores de entre los selgovae y los votadinos, prometiéndoles recompensas y botín.

—Pero tiene que saber que no podrá saquear su propio reino —gruñí con incredulidad—. Un jefe desposeído oculto entre extranjeros difícilmente podría persuadir a tantos hombres para que se le unieran, por grande que fuera su reputación. Tu estimación me parece muy exagerada. ¿Cuánto tiempo lleva Venucio en Brigantia?

—Desde la luna nueva, noble Paulino.

Catorce días.

—¿Ha tratado de acercarse a Eboracum?

—Sus grupos de aprovisionamiento han llegado hasta un día de marcha. El ejército permanece en su fuerte.

—¿Qué precauciones habéis tomado?

—Hemos reunido a nuestros guerreros en Isurium Brigantum. Nos será difícil mantenerlos armados, noble Paulino; hay que sembrar los campos y atender al ganado. Muchos hombres están ya inquietos y pidiendo permiso a los jefes para regresar a casa.

Estudié al joven con desagrado.

—¿Por qué quieres nuestra ayuda? —le pregunté—. ¿Por qué la reina no dirige a su ejército de inmediato contra Venucio, antes de que sus hombres regresen a las granjas? Supongo que sus fuerzas son más numerosas que los mercenarios que haya podido reunir Venucio.

Vellocato se sonrojó, bajó los ojos y murmuró algo ininteligible. Un anciano jefe a su lado habló con vigor:

—La reina no puede confiar en la lealtad de los brigantes en la batalla contra un famoso guerrero que había sido su rey. Esta, noble Paulino, es la verdad. Si Venucio marcha contra Eboracum, la reina estará perdida.

—Justo lo que había pensado —asentí—. Ahora, escuchad mi decisión. Por el momento, ningún soldado romano entrará en territorio brigante. Deberéis mantener a vuestro ejército preparado, sea por la fuerza o con sobornos, hasta que Venucio ataque Eboracum o, lo que es más probable, hasta que sus hombres se cansen de esperar y se dispersen. Si se dirigiera al sur con todas sus fuerzas, informaréis al momento al legado Petilio Cerialis en Lindum, que acudirá en vuestra ayuda con todos sus recursos. Aseguraos de que Venucio sepa que el ejército de Cartimandua estará apoyado por ocho mil soldados romanos.

»Sin embargo, si la autoridad de la reina es insuficiente para mantener en el campo a sus propios soldados, no podréis esperar ninguna asistencia de Roma. Eso es todo».

Pero no fue todo, porque Vellocato y sus compañeros, con argumentos densos y complicados, trataron por todos los medios de conseguir refuerzos inmediatos. Finalmente, perdí la paciencia y, con la brusca afirmación de que nuestro ejército no estaba en Britania para sostener a una nación incapaz de luchar por su propia supervivencia, despedí a la embajada. A continuación

escribí a Cerialis, informándole de la condición que había impuesto a Vellocato, y añadí:

«Te enfrentas ahora a la complicada posibilidad de tener que luchar en dos frentes, pues la amenaza en la zona de Camulodunum no ha disminuido en absoluto. Por descontado, no puedes pensar en dividir tus fuerzas hasta haber visto el rumbo que toma la situación.

»Por tanto, mis órdenes anteriores quedan canceladas: por el momento, no enviarás ningún destacamento a Camulodunum.

»Las tormentas que se preparan al norte y al sur de tu ciudad son igualmente amenazadoras. No puedo asignarte prioridades concretas. Si Venucio ataca a Cartimandua, la derrotará sin remedio sin nuestra ayuda; y tendremos a un enemigo implacable en nuestras fronteras que, en la euforia de la victoria, puede decidir atacar la provincia. Por otra parte, si los icenos y trinovantes se rebelan y no son aplastados de inmediato, pueden dejar en ruinas a media Britania.

»Las cacerolas están en el fuego: pueden entrar en ebullición de modo sucesivo, simultáneo, o no hervir en absoluto. La información temprana sobre el desarrollo de los acontecimientos en ambos frentes es esencial. Mantén el contacto con Cartimandua, y ordenaré a Aurelio Baso que te envíe informes desde Camulodunum cada pocos días.

»Mis ejércitos estarán pronto comprometidos, de modo que no puedes esperar ayuda inmediata. Cualquier *vexillatio* enviada desde mi zona tardaría, según mis cálculos, al menos diez días en llegar a cualquier punto de la Britania oriental. Si te encuentras en una situación desesperada, por supuesto te enviaré refuerzos. Debemos esperar que las cosas no lleguen a tal extremo».

Que nadie piense que no me daba cuenta de los terribles peligros de mi decisión. Con demasiada frecuencia, mis amigos de tiempos posteriores me han insistido en que aquel fue el punto donde debí alterar todos mis planes: debí abandonar la campaña contra Ordovicia para dirigir a mis hombres contra Venucio, dejando que Cerialis se ocupara de icenos y trinovantes.

A eso solo puedo responder que ningún gobernador está autorizado a hacer la guerra más allá de sus fronteras sin la orden del Príncipe, que, en Britania, se tarda dos meses en solicitar y obtener. Por otra parte, si consideraba la amenaza brigante como una emergencia que ponía en peligro la seguridad de la provincia y me dirigía de inmediato a Eboracum —porque no estaba obligado a tener el permiso de Nerón para actuar en defensa propia—, podíamos tardar hasta después del verano en derrotar a Venucio, y

entonces sería ya peligrosamente tarde para retomar la campaña contra los ordovicos, que tendría que ser aplazada otro año. Y si, entretanto, los icenos no se rebelaban, sería acusado por Nerón de inacción, cobardía e incapacidad de cumplir la misión para la que me había enviado a Britania, con las consecuencias ineluctables de ser llamado a Roma y caer en desgracia, o algo peor.

Considero preferible que la reputación de un hombre perezca en la hoguera de la resolución a dejar que se asfixie en la ciénaga de la pasividad.

5

Abril llegó entre un torbellino de viento y lluvia. No había recibido ningún mensaje de Deva informando de la llegada de la flota. Estaba inquieto, imaginando desastres terribles en el mar: las galernas habían sido demasiado frecuentes en los últimos días. Los hombres estaban nerviosos; se encontraban preparados mental y materialmente para la guerra, y se irritaban por un retraso cuyas causas no podía permitir que supieran.

El día cuatro de abril, un soldado fatigado a lomos de un caballo casi reventado me entregó una breve nota de Pantera anunciando su desembarco. No perdí el tiempo. En cuestión de una hora, los tribunos, prefectos y centuriones veteranos se habían reunido en el cuartel general para escuchar mis órdenes.

—El Príncipe —empecé—, me ha encargado el exterminio de los druidas de Britania. —Había decidido que los hombres entenderían más fácilmente aquel motivo ostensible para luchar que las tortuosas compulsiones económicas que realmente empujaban a nuestro ejército hacia el este—. El repugnante contagio de esa religión surge de las colinas. Hacia allí marcharemos.

»Los enemigos a quienes nos enfrentaremos son los deceanglos y ordovicos. Los soldados romanos lucharon y derrotaron a las dos tribus hace doce años; algunos de vosotros ya habéis hundido vuestras espadas en sus cuerpos. Los nativos no conocen nuestras intenciones; como siempre, tardarán en unirse contra nosotros. En cualquier caso, su fuerza numérica no es grande: la dificultad del terreno os dará más problemas que su habilidad en la batalla.

»Nuestra conquista ha de ser definitiva y permanente. Nos dirigiremos a Deva, y de allí al territorio enemigo, construyendo una calzada mientras avanzamos. Nuestro avance será lento, probablemente no más de cinco millas

al día. Cerca de Deva hay una flota de galeras y otros barcos cuyo propósito levantará preguntas en vuestras mentes. Perdonadme si no os doy la información en este momento: un general no confía sus planes ni a su almohada.

Les detallé la orden de marcha y las decisiones administrativas, terminando con una advertencia:

—No tendremos piedad con los druidas; los exterminaremos como a alimañas. Pero recordad que cuando hayamos vencido, convertiremos a estos pueblos en nuestros súbditos, y espero que los civilicemos. De modo que, en la batalla, matad cuando debáis y perdonad cuando podáis; queremos esclavos, no cadáveres. Ni permitáis a vuestros hombres que saqueen o destruyan las comunidades que no ofrezcan resistencia. Las tribus, después de la conquista, pagarán tributo, y los soldados recibirán su parte.

Partimos al amanecer del día siguiente por la calzada de Deva que había construido Valens. No esperaba ninguna oposición antes de haber pasado Deva, y lo que me preocupaba en aquel momento era que las tropas se acostumbraran a la rutina del campo, y descubrir los eslabones débiles en nuestra caravana de intendencia. Destaqué una pequeña avanzadilla —la Primera de Morinos con un destacamento de ingenieros, dos centurias de legionarios y dos tropas de caballería— cuya misión principal era reconocer los vados y, al final del día, seleccionar y marcar el lugar de acampada. El puesto de mando, escoltado por mi guardia personal, iba en cabeza, porque siempre seguí el precepto del divino Julio según el cual un comandante debe ir al frente. La intendencia del mando seguía a la guardia personal. A continuación venía la caballería de la Legión Gémina y su grupo de mando: Valens, sus tribunos y centuriones veteranos. La seguían el estandarte de Capricornio de la legión, la escolta y el grupo de músicos. Aquello era una innovación mía. Cuando la acción era improbable, solía ordenar a los músicos de cada centuria que marcharan juntos y tocaran al unísono. La música aliviaba las tediosas horas de marcha monótona.

La legión venía detrás, en filas de a seis, ondulando como un monstruoso cocodrilo armado y huido a estas regiones desde las aguas sofocantes del Éufrates. Los que podían oír los instrumentos mantenían un paso de desfile, marchando al ritmo de la música. El resto usaba el paso habitual de marcha libre, cada hombre adecuando su ritmo a su propia conveniencia y físico.

La artillería y las máquinas de asedio crujían sobre los cargados carros entre la Decimocuarta Legión y las cuatro cohortes de la Valeria. Aquella secuencia me la había sugerido una amarga experiencia en Mauritania,

cuando un ataque repentino contra la intendencia había destruido gran parte de mi maquinaria que, en aquellos días, solía marchar con la intendencia.

Tras la Valeria marchaban cuatro cohortes auxiliares y cuatro regimientos de caballería, seguidos por la intendencia, una larga cadena de carretas, carros, mulas y asnos de carga con sus conductores, carreteros y asistentes. Allí no había banda de música: marchaban al son estridente del chirrido de los ejes y el bramido de las mulas. La Tercera de Bracarios escoltaba a aquella caravana de una milla de longitud, marchando a su lado y esforzándose, por medio de súplicas, maldiciones y golpes, por mantenerla en orden y a un paso firme. La caravana de intendencia, a menudo caótica, siempre vulnerable y con tendencia a ser presa del pánico a la primera señal de alarma, es la pesadilla de cualquier comandante.

Mi retaguardia duplicaba a la avanzadilla: infantería y caballería de legionarios con una cohorte auxiliar. En cada flanco, a distancias dictadas por el terreno y que variaban de cien pasos a media milla, marchaba un regimiento de caballería con las tropas dispersadas para cubrir toda la longitud de cinco millas de la columna.

Acampamos tras recorrer veinte millas. Seguí mi costumbre invariable y me adelanté con la avanzadilla para confirmar su selección del lugar de acampada; luego, los ingenieros marcaron con estacas las puertas y los ángulos y trazaron las líneas del foso y la muralla.

Los guías fueron a buscar a la Decimocuarta Legión y la acompañaron al instante a cubrir tres lados del campamento, mientras las cohortes de la Valeria protegían el cuarto. Las unidades auxiliares formaron una pantalla protectora en torno al lugar, un anillo de exploradores de caballería apoyados por piquetes de infantería. La caballería se dirigió a sus líneas, desmontó y permaneció junto a sus caballos. La caravana de intendencia entró traqueteando y fue dirigida al sector asignado. Cuando todo estuvo listo, las trompetas dieron la señal. Cada grupo de mil legionarios dejó escudos, cascos, jabalinas y bagajes para tomar picos, palas y azadones y atacar el suelo como perros en busca de un tejón.

La caballería ató a los caballos, los desensilló, les dio agua y los cepilló. Las cohortes auxiliares empezaron a trabajar bajo la dirección del prefecto del campamento, descargando equipajes y plantando tiendas. En cuestión de dos horas, medidas con el reloj de agua del puesto de mando, la legión había cavado el foso reglamentario, de nueve pies de anchura y siete de profundidad, formado y apisonado el terraplén, erigido una empalizada,

plantado tiendas e instalado una guardia. El campamento estaba fortificado y listo.

6

Las veinte millas del día siguiente nos llevaron a Deva, donde acampamos cerca del fuerte de los auxiliares. En cuanto se hubieron instalado los pabellones del puesto de manilo, Pantera acudió a mí con noticias buenas y malas.

—Mis barcos están anclados en el estuario a seis millas río abajo —informó—. Hemos sufrido algunas pérdidas durante la travesía.

—¿Cuántas? —pregunté con ansiedad.

—Zarpamos de Gesoriacum, de acuerdo con tus órdenes, con treinta barcos: veinte birremes y diez embarcaciones auxiliares más pequeñas. Dos birremes y dos auxiliares se estrellaron contra la costa de Dumnonia durante una galerna antes de que pudiéramos encontrar refugio. Y volvimos a encontrar mal tiempo antes de pasar Mona; la flota se desperdigó. Dos birremes más y cuatro auxiliares siguen desaparecidos, hundidos o estrellados.

—Una lástima, Pantera. De todos modos, eso nos deja veinte barcos de guerra. ¿Se encuentran indemnes?

—Ni mucho menos, legado —dijo Pantera apretando los labios—. Todos los barcos sufrieron algún tipo de daño, y algunos perdieron a unos cuantos hombres.

—¿Podéis hacer que vuelvan a navegar?

—Lo estamos haciendo. Tenemos que reemplazar remos rotos, instalar mástiles nuevos, renovar las planchas y zurcir las velas. Por fortuna, hay madera en abundancia cerca del fondeadero. —Me miró con aire lúgubre—. Legado, creo que no te das cuenta de hasta qué punto han sufrido mis hombres durante este terrible viaje. Ninguna escuadra romana había tenido que atravesar estos mares en esta época. Estaba preparado para enfrentarme a privaciones y peligros, pero no esperaba encontrar mares como montañas enfurecidas, ni galernas que levantaban a los barcos del agua como si fueran espuma. Hemos sido afortunados al perder solo a un tercio de nuestra fuerza.

Le escuché con la cabeza en otra parte. Mi cálculo de las posibles pérdidas durante el viaje había sido exacto. Quedaban veinte barcos, el mínimo necesario para mis propósitos. Un birreme, en tiempo de calma,

podría remolcar diez o doce barcazas, y un auxiliar seis; de modo que todavía podría usar ciento ochenta barcazas de las doscientas disponibles. No estaba mal.

—¿Cuándo estaréis listos para zarpar?

El prefecto se tensó.

—Nuestro último barco entró en el estuario hace dos días. Los barcos estarán preparados para hacerse a la mar dentro de dos días más. —Hizo una pausa—. La moral de mis tripulaciones es muy baja, legado. Puede que no estén dispuestos a navegar hasta que terminen las galernas equinocciales.

Lo miré, estupefacto y furioso.

—¿No estarán dispuestos? ¿Quieres decir que van a amotinarse? ¡Explícate!

—Legado —trató de razonar Pantera—, creo que nunca has estado en una galera cuando las olas son tan altas que pueden hacer astillas los remos y arrancarlos de las manos de los remeros; cuando el viento desgarra la lona como si fuera pergamino mohoso; cuando timones aguantados por tres hombres los arrojan a través de la cubierta como sacos vacíos; cuando solo una frágil ancla mantiene la proa hacia el viento, y las rocas se acercan cada vez más. Hemos aguantado eso y mucho más, legado, y no solo una vez, sino durante varios días seguidos.

—Tales cosas forman parte de tu oficio, Pantera —dije, frotándome la barbilla—, igual que la muerte o la mutilación por la espada forman parte del mío.

—¿Querrías parar un lanzazo con un escudo de papel, legado? —me dijo en voz baja—. Es lo mismo que pedir a mis marineros que se enfrenten a los horrores del mar exterior en sus frágiles galeras. Nuestros barcos no están diseñados para estas aguas.

—Es posible. Por fortuna, tu próximo viaje será mucho menos azaroso: nunca estarás lejos de tierra y podrás buscar refugio en caso de necesidad. Mañana —añadí bruscamente—, hablaré con tus hombres. Que se reúnan en tierra a mediodía.

—Muy bien, legado.

Desplegué un mapa.

—Reconociste esta costa el verano pasado. Muéstrame los puntos de anclaje más favorables y acordemos un programa de movimientos.

Cuando terminó la reunión y Pantera se hubo marchado, llamé a Agrícola.

—Parte mañana al amanecer y dirígete al estuario —le dije—. Mézclate con los hombres y oficiales de la flota. Habla con ellos, valora su estado de

ánimo y descubre sus motivos de queja. Infórmame en cuanto llegue.

Las trompetas llamaron a la segunda guardia, pero todavía no habría descanso para mí. Me reuní con Valens y los comandantes auxiliares, arreglando las tareas para el día siguiente. Nuestra tarea principal era llevar las barcazas hasta el fondeadero de la flota, ya que los bajíos y bancos de arena impedían que las galeras navegaran río arriba para recogerlas. La Segunda de Vascones proporcionaría las tripulaciones de las barcazas, una tarea que ocuparía a toda la cohorte, pues yo había planeado que aquellos hombres, familiarizados con la labor por haber remado y perchado durante seis días hasta el estuario, serían los que llevarían los botes hasta el lado opuesto del estrecho de Mona.

Destiné a todas las tropas disponibles a construir el primer tramo de seis millas de nuestra calzada hasta la boca del río. Los grupos de trabajo estarían protegidos por fuertes destacamentos, aunque hasta el momento no habíamos visto a ningún deceanglo, hostil o no. La ruta no coincidía con la tomada por Ostorio Escápula doce años atrás; él había entrado en Deceanglia mucho más al sur y había marchado a través de las colinas. Yo, por mi parte, con una base establecida en Deva, tenía intención de seguir las llanuras costeras durante quince millas antes de dirigirme al interior. Por mi lectura de sus detalladas crónicas archivadas en Camulodunum, sabía que cuando llegáramos a la ruta de Ostorio tampoco encontraríamos ninguna calzada: se había limitado a aplanar los caminos de los nativos para poder transportar su intendencia.

Ordené que la Caballería de Próculo, que protegía el fuerte de Deva, fuera relevada por la Primera Britana. El de Próculo, un regimiento hábil y experimentado, sería una buena adición para la guarnición disminuida de Viroconium; y la disciplina y dominio de los caballos de la Britana no me habían impresionado demasiado durante la marcha.

Aquella marcha también había revelado ciertos problemas administrativos, sobre todo en la caravana de intendencia, donde vehículos mal acondicionados, animales poco adecuados y una carga descuidada habían provocado retrasos y desórdenes. Hablé brevemente con el prefecto del campamento y le di dos días para solucionar las cosas.

A la mañana siguiente, tras un agitado viaje hasta el fondeadero, me reuní con Agrícola antes de hablar con los marineros. Estaba preparado para oír la descripción de un grupo furioso y al borde del motín, cuya disciplina se había desintegrado por completo. Agrícola me tranquilizó.

—Los marineros están muy cansados, física y mentalmente, tras los rigores de su viaje —dijo—. Ciertamente, han sufrido algunas experiencias

terribles. Sienten que les han obligado a enfrentarse a peligros mayores de los que ningún comandante tiene derecho a esperar, y no están dispuestos a enfrentarse a esos mismos peligros en el viaje de regreso. Están resentidos, y tienden a desconfiar de sus oficiales que, en su mayor parte, son leales y están dispuestos a obedecer tus órdenes.

—¿Qué sugieres que les diga? —le pregunté abiertamente.

—Alábalos y felicítalos, legado —dijo Agrícola—. Promételes el fin de sus sufrimientos por naufragios y tormentas. Muéstrales que, a partir de ahora, podrán conseguir recompensas y gloria con relativa facilidad. Creo que responderán bien.

Los hombres estaban reunidos en un claro junto a la costa. Desde mi tribuna —la proa de un birreme varado para repararlo— les arengué largamente. Dije que solo las órdenes personales del Príncipe y las exigencias militares más acuciantes me habían convencido para exigirles un esfuerzo que sabía muy bien que era extremadamente peligroso. Les dije que su viaje había hecho historia: los anales de la Armada de Roma no tenían noticia de otro más peligroso ni más glorioso. Los nombres de sus barcos quedarían escritos en mis despachos a Roma y serían inscritos en los pergaminos históricos junto a los nombres de los barcos más honrados por la ciudad. Además, yo mismo, en reconocimiento de su valor y resistencia, entregaría a cada marinero la suma de cincuenta denarios.

Aquello animó a la audiencia. Cuando los vítores se apagaron, les aseguré firmemente que, aunque tendrían que zarpar de nuevo al cabo de dos días, estarían siempre a la vista de tierra y a pocas horas de un puerto seguro. Y tampoco tendrían que emprender el viaje de regreso a Gesoriacum hasta que empezara el buen tiempo veraniego.

El problema estaba resuelto. Los miembros de mi guardia personal apartaron las manos de las espadas y se relajaron. Los marineros subieron a cubierta, me palmearon familiarmente en el hombro y me prometieron lealtad inquebrantable. Pantera sonreía aliviado.

—Como orador, legado, eres más persuasivo que Cicerón. Me daba miedo el resultado de este encuentro.

—Ha sido el dinero y no la oratoria lo que ha decantado la balanza —dije brevemente—. Una donación equivalente a la paga de cuatro meses es más elocuente que las palabras. Recibirás el dinero del tesoro esta noche. Ocúpate de que lo distribuyan de inmediato. Aquí no hay tabernas donde tus hombres puedan emborracharse.

Mientras regresábamos al campamento, le dije a Agrícola:

—Tendré que ir con cuidado cuando explique estos regalos al Príncipe. En tiempos de la República, un general podía recompensar a sus hombres como quisiera hasta los límites de su fortuna. Aquellos días han pasado. Los Príncipes de Roma desconfían de los comandantes que compran con donaciones la lealtad de sus hombres.

—Has salvado la campaña, legado, y tienes medio millón de sestercios menos —dijo Agrícola con calor—. ¿Qué otra cosa podías haber hecho? Estoy seguro de que el Príncipe, cuando conozca los hechos, te felicitará por tu iniciativa.

Sacudí la cabeza con melancolía. Yo no estaba tan seguro.

7

Por la tarde del día siguiente, todo estaba listo para la partida. Las barcazas habían partido río abajo para ponerse a las órdenes de Pantera. Había celebrado una última reunión con mis comandantes y entregado las órdenes para el día siguiente. En mi pabellón, mientras el campamento dormía y los cuernos llamaban a los cambios de guardia en una noche clara y estrellada, estudiaba uno de los mapas de Ostorio a la débil luz de una única lámpara, maldiciendo en voz baja ante las inciertas líneas del dibujante. Aquella agradable ocupación fue interrumpida por mi asistente Segundo.

—Un mensajero de Camulodunum, legado.

Tomé el rollo sellado, interrogué brevemente al hombre sobre su viaje y lo despedí. El mensaje era de Aurelio Baso. Me escribía:

«El último barco de Gesoriacum ha traído a varios agentes de bancos romanos. Varios de ellos han llegado a Camulodunum y están reclamando sus préstamos a sus clientes trinovantes. Aquí queda poco dinero ahora, tras los últimos cobros: los nativos se ven obligados a desprenderse de sus propiedades y ganado. Mis espías informan de un descontento creciente. Un usurero fue asesinado durante un tumulto en un pueblo cerca de Caesaromagus.

»Los agentes de Anneo Séneca han sido especialmente favorecidos. El procurador les ha permitido entrar en Icenia y les ha proporcionado una escolta militar. Pasaron por Camulodunum hace tres días. Otros acreedores trataron de unírseles, deseando aprovecharse de la protección de la escolta. Se lo prohibí, pues carecían de autoridad para hacerlo.

»Los hombres de Séneca me han dicho que tiene ocho millones de sestercios invertidos solo en Icenia. Quiere recuperarlo todo. Obviamente, la comunidad mercantil de Roma conoce la liquidación inminente del reino de Icenia.

»Sospecho que el procurador también lo ha averiguado por sus amigos banqueros. Ha venido a Camulodunum y espera los despachos que deben llegar de Roma en los próximos días con la impaciencia de una perra en celo. Si con ellos recibe la orden de expropiar las riquezas del difunto rey, supongo que partirá inmediatamente hacia Venta Icenorum.

»Prefiero no especular sobre el efecto acumulativo de tales exigencias sobre el temperamento susceptible de los icenos. Realmente, es una lástima que se haya tenido que renunciar al refuerzo de Camulodunum».

Acerqué la carta a la lámpara y observé cómo se quemaba. Allá iba la promesa de Burro, aquel lejano día en Roma, de que el gobierno no caería sobre Icenia hasta que mis ejércitos estuvieran libres para prevenir las consecuencias. Nerón había sido incapaz de mantener la boca cerrada, y toda la jauría había echado a correr.

La llama me quemó los dedos. Dejé caer las cenizas al suelo, donde parpadearon con el susurro mortecino de una causa perdida. Aquella noticia no cambiaba nada. Las legiones marcharían hacia Mona.

Volví a inclinarme sobre el mapa mal dibujado de Ostorio.

CAPÍTULO 9

«*Ah, padre Zeus, sálvanos de esta niebla y mándanos un cielo claro, para que podamos usar los ojos. Mátanos a la luz del día, si has de hacerlo*».
LA ILÍADA

1

Al día siguiente, diez de abril, el ejército salió de Deva, recorrió quince millas y acampó en las colinas vigilando el estuario. Las primeras seis millas fueron fáciles, gracias a la calzada que habíamos construido hasta el punto de anclaje. Desde allí, guiados por britanos de Deva que afirmaban conocer las principales rutas hacia el oeste, seguimos un camino nativo fácil para los caballos y la infantería, pero incómodo para el transporte rodado. Lo había previsto, y había enviado a ingenieros y grupos de trabajo para que precedieran a la intendencia. Nuestro ritmo no se resintió demasiado; los obstáculos principales eran rocas esparcidas, riachuelos y desprendimientos menores causados por las lluvias invernales.

Pasamos junto a los barcos anclados a un cuarto de milla de la costa, en un fondeadero que proporcionaba un buen refugio de las tormentas y que estaba a salvo de ataques desde el mar. Los únicos botes empleados por los nativos de aquellas regiones eran pequeños recipientes hechos de pieles tensadas sobre estructuras de mimbre, que podían llevar a uno o dos hombres. Pantera sentía el desprecio de un marinero experimentado hacia aquellos botes de cuero, y no creía que pudieran servir para abordar sus galeras.

—Y sin embargo —le recordé—, dicen que los britanos viajan hasta Hibernia en estos botes.

El prefecto resopló.

—Eso son historias contadas por los hombres que los usan. Todos son pescadores, y las historias de pescadores… Mis barcos están a salvo. Tenemos guardias a bordo, y las tripulaciones viven en un campamento fortificado desde donde se ve la playa.

—Deberíais estar a salvo. He ordenado que una patrulla de Deva os visite cada día y se asegure de que todo va bien.

La expresión de Pantera reflejó claramente su opinión sobre aquella precaución superflua. Le saludé con la mano y seguí cabalgando para unirme al ejército en marcha.

Cuando los hombres empezaron a cavar para nuestro primer campamento en Deceanglia, encontraron roca dura bajo un pie o dos de suelo. El foso tuvo que tener menos profundidad de la establecida por las regulaciones, y en compensación construimos altas murallas de roca coronadas por parapetos de piedra en lugar de empalizada. Aquella fue una solución que tuvimos que adoptar a menudo durante la campaña. A veces el suelo era demasiado duro para cavar; entonces rodeábamos el campamento con una muralla exterior situada a diez pasos del parapeto principal.

Al día siguiente empezamos a construir una carretera que uniría el fondeadero de la flota con nuestro campamento. El procedimiento de construir una calzada después de haber viajado por el terreno, en lugar de construirla antes del paso del ejército, era inconveniente pero inevitable. Los movimientos e intenciones del enemigo eran tan inciertos que no podía arriesgarme a enviar grupos de trabajo, por bien protegidos que estuvieran, a una zona que no tuviéramos asegurada. Además, con un fuerte a cada extremo del tramo en construcción, podía reducir el número de tropas de protección y asignar más hombres para el trabajo en la calzada.

Para aquella tarea, el ejército se dividía en dos grupos: guardias y trabajadores. El primer día trabajamos hacia atrás desde el campamento, donde dejé a una guarnición de una cohorte miliar y un regimiento de caballería, y construimos un tramo de cinco millas. Las unidades de guardia en la calzada —cinco regimientos de caballería y dos cohortes auxiliares— ocupaban terrenos altos desde donde podían vigilar todas las hondonadas y salientes con acceso a la carretera. En el centro del tramo permanecían dos cohortes de legionarios armados en reserva. Aquello dejaba a ocho mil hombres para trabajar en la construcción, una media de un hombre por yarda. Trabajaban en cinco grupos, uno por milla, bajo la dirección de los ingenieros.

Tras diez horas de trabajo, el primer tramo quedó completo. Naturalmente, no tenía los acabados de las calzadas construidas con tranquilidad en tiempo de paz. No había tiempo ni materiales para refinamientos como lechos de argamasa, capas de cemento y superficies pavimentadas. Los hombres excavaban trincheras paralelas a veinte pies de

distancia para marcar la anchura de la calzada, y entre ellas removían un pie de tierra. Sobre ella tendían una capa de rocas grandes, a menos que, como ocurría a menudo en aquellas regiones rocosas, hubieran llegado ya a un fondo sólido. Sobre una segunda capa de rocas más pequeñas, tendían una gruesa superficie de guijarros y sílex. Unas piedras grandes y planas colocadas en los extremos bordeaban la calzada y mantenían las capas en su sido. Excepto en los desniveles, las tres capas levantaban la calzada por encima del nivel del suelo.

Hasta entonces, no habíamos encontrado enemigos. Algunos habitantes enfermos o ancianos todavía permanecían en los pueblos pesqueros de la costa, donde las únicas pertenencias abandonadas por los nativos eran los botes de cuero, que yacían como ostras podridas en las playas, bajo las cabañas redondas de tejados de paja. Más al interior, nuestras patrullas investigaron uno o dos pequeños fuertes en las colinas, y encontraron signos evidentes de ocupación reciente y evacuación apresurada.

Durante el día siguiente, mientras la calzada llegaba al fondeadero de la flota, interrogué a algunos de los desgraciados ancianos que habíamos capturado. Mis hombres pudieron sacarles pocas cosas con sentido; afirmaban que todos los guerreros de Deceanglia se estaban concentrando en dos grandes fuertes a un día de marcha hacia el oeste. Los mapas de Ostorio, que mostraban un río llamado Var a unas diez millas más adelante, no marcaban ningún poblado nativo, ni los había mencionado en sus informes. Intenté sin éxito sacarles información sobre las defensas y el número de hombres de las fortalezas; los prisioneros eran ancianos y frágiles, y, sometidos a la tortura, morían con demasiada facilidad.

2

El trece de abril desmantelamos el campamento, dimos la espalda al mar y nos adentramos en las colinas. Dejé a cinco centurias de la Primera de Tungrios y a una tropa de caballería en un campamento fortificado pequeño pero inmensamente fuerte que los tungrios, ayudados por los legionarios, se habían ocupado de hacer prácticamente impenetrable. En cualquier caso, los deceanglos tendrían poco tiempo que perder en puestos fronterizos cuando un ejército estaba penetrando en sus puntos más vitales.

Mi objetivo, para aquel día de marcha, era cruzar un tramo de colinas de diez millas hasta el valle del Var. La naturaleza del terreno exigía más

precaución de la que había sido necesaria en las llanuras costeras y, por las historias de nuestros cautivos del día anterior, parecía que podíamos tener problemas. Encontramos un camino que llevaba aproximadamente en la dirección deseada; nuestros exploradores, que también se ocupaban de la orientación durante las marchas con guías poco fiables por territorio desconocido, comprobaban continuamente nuestra posición mientras avanzábamos.

El camino ascendía oblicuamente por una escarpadura que daba al mar y avanzaba por un saliente que hacía el ascenso más llevadero. Así y todo, tras llegar a la meseta de arriba, tuve que dar el alto para que la caravana de intendencia tuviera tiempo de trepar. Aquel retraso resultó extremadamente irritante: la vanguardia no había avanzado ni cinco millas, y la retaguardia apenas había salido del campamento. El problema era el transporte rodado, en particular las pesadas carretas que llevaban las piezas de artillería. Cabalgué hacia atrás para investigar. Los auxiliares destacados como guardias de la intendencia no parecían muy inclinados a proporcionar ninguna ayuda activa hasta que, espoleados por mis comentarios cáusticos, se dignaron arrimar los hombros a las ruedas. Su incompetencia me resultó tan clara que acabé por llamar a una cohorte de legionarios, que transportó vigorosamente todas las carretas pesadas hasta la cima. Escarmentado por aquella exhibición, designé a legionarios para proteger la caravana de intendencia en las marchas venideras.

El ejército avanzó con facilidad por una llanura suave y luego descendió bruscamente hacia el valle del Var. Antes de mediodía, los hombres estaban fortificando el campamento, al que llamamos Varae. No habíamos visto nativos ni fuertes enemigos. ¿Acaso las fortalezas deceanglias existían solo en la imaginación de los pescadores? El día era joven; decidí seguir adelante y explorar.

Con la caballería de mi guardia y dos regimientos montados seguí el ascenso del camino hasta un territorio más abrupto. Unas colinas empinadas hendidas por rápidos torrentes rodeaban nuestra ruta como extranjeros curiosos. Antes de terminar el ascenso vimos a los primeros nativos armados, pequeños grupos de guerreros en laderas distantes que gesticulaban y blandían sus armas pero no se acercaban. Un explorador acudió a mi lado desde la vanguardia.

—Fuerte enemigo a una milla a la derecha —anunció.

El fuerte, situado en la cresta de la escarpadura, dominaba una amplia llanura que se extendía hasta el mar. Al haber ascendido por una ruta más

interior, donde la escarpadura bordeaba el valle del Var, nos habíamos acercado a la fortaleza por el lado de tierra a su misma altura, y nos encontrábamos separados de él solo por una ancha cresta, plana en su parte superior, de una milla de longitud.

—Vamos a verlo más de cerca —ordené.

Dejando a la Caballería del Indo para cubrirnos la retirada, me acerqué al lugar con mi guardia personal y los astures, palpando con cuidado los densos arbustos que podían ocultar arqueros o lanceros. Nos detuvimos fuera de la distancia de tiro de sus arcos y observamos la escena.

La fortaleza se erguía en un saliente, y estaba protegida por unas murallas dobles de piedra tremendamente altas y anchas, que se combinaban con los accidentes del terreno dándole una apariencia realmente formidable. La entrada, directamente frente a nosotros, estaba profundamente flanqueada por torres de guardia de piedra, que, según la costumbre, exhibían cabezas podridas y cráneos blanquecinos, trofeos de guerras tribales. Las murallas hervían de figuras inquietas y armas relucientes; los gritos de batalla y el sonido de los cuernos estremecían el aire.

Examiné los accesos. A la derecha, la colina descendía bruscamente hacia la llanura costera; en el centro, había una meseta plana; a la izquierda, una suave pendiente hacia un pequeño valle.

—¿Cuántos defensores crees que pueden albergar esos parapetos? —pregunté al prefecto astur.

El hombre frunció los labios mientras meditaba.

—Unos mil quinientos cómodamente; tres mil si se apretujan como aceitunas en un barril.

—Opino lo mismo. —Eché un vistazo al sol y calculé la longitud de las sombras—. Podemos tomar este lugar antes de que oscurezca. ¡Volvamos al camino!

Envié a Agrícola galopando hasta Varae con las instrucciones. Dejamos a algunos exploradores para que vigilaran el fuerte, situamos piquetes para nuestra protección, desmontamos y esperamos.

3

A media tarde llegaron los refuerzos, y escoltados por la caballería, llevé a los prefectos y centuriones hacia delante para explorar y explicarles el plan de ataque. Guardados por la Tercera de Bracarios, nuestros tres «asnos salvajes»

u onagros, más ligeros y maniobrables que sus hermanas mayores, las ballestas, llegaron traqueteando en sus carretas, para ser descargados y desmontados cuando estuvieran a la distancia apropiada.

Para tomar el fuerte había designado a un grupo de combate de cinco mil hombres: cuatro cohortes de la Vigésima Legión y cinco cohortes auxiliares. Tres cohortes de legionarios y dos de auxiliares asaltarían la entrada. Las cohortes auxiliares llevarían a cabo ataques de diversión en cada flanco: los tungrios por la izquierda, mientras los várdulos escalarían la escarpada pendiente de la derecha. La cohorte de veteranos de mil hombres y la Tercera de Bracarios permanecerían en reserva. La caballería, entretanto, debía sellar la zona y evitar interferencias de bandas enemigas que pudieran estar recorriendo las colinas.

Dirigí un breve discurso a las tropas, que luego se dirigieron a ocupar sus puestos. Los onagros empezaron a arrojar rocas contra el fuerte, y unos gritos salvajes nos indicaron sus efectos. Dejé que el castigo continuara por algún tiempo, con la esperanza de que se hiciera insoportable e impulsara al enemigo a hacer una salida. Los gritos, carreras y sonidos de cuernos en las murallas aumentaron, pero no hubo ninguna otra reacción.

—Señal de ataque —ordené.

Desplegué mi bandera escarlata; sonaron las trompetas. La vigésima Legión avanzó a paso de marcha en columnas ordenadas por centurias, mientras los destacamentos de morinos y tracios llenaban los espacios libres. A la izquierda, los tungrios se lanzaron al ataque en una confusión de llamadas de cuerno y gritos de guerra; más abajo, a la derecha, invisibles pero no inaudibles, los várdulos saltaban y corrían por la ladera. Los onagros lanzaron una última ráfaga, recargaron y esperaron.

Las flechas volaron y golpearon a los atacantes, y los hombres se tambalearon y cayeron en sus filas. Los tracios replicaron; el zumbido de los arcos resonó en la brisa. Las centurias se acercaron a la muralla exterior, levantaron los escudos entrelazados sobre sus cabezas y hombros y avanzaron al trote.

—Un momento crítico —comenté a Agrícola—. ¿Podrán los auxiliares mantener bajas las cabezas de los defensores hasta que las tortugas hayan llegado?

Pudieron. Los morinos tenían fama de ser los mejores tiradores con honda del ejército de Britania, inigualados en precisión y velocidad. Corriendo entre las centurias protegidas, lanzaron un diluvio contra las figuras que asaltaban las tortugas con espadas y piedras. Grandes espacios aparecieron en las

abarrotadas murallas. Con un último esfuerzo, las tortugas de los flancos llegaron a la fortaleza; pero las dos del centro, dirigidas contra la estrecha entrada, se encabritaron y retrocedieron.

—Tienen problemas —dijo Agrícola.

—Les disparan desde dos flancos —contesté—, mientras el enemigo aguanta los disparos de nuestras flechas y hondas.

Los tungrios de la izquierda ya estaban arrojando lanzas contra las murallas interiores. No esperaba que consiguieran ganar espacio, y mucho menos que penetraran las defensas; pero su impetuoso ataque los había llevado al otro lado de una lluvia de flechas y lanzas para inmovilizar a los defensores de aquella parte de la muralla. Los várdulos, todavía ocultos tras la cresta, parecían muy activos.

Las tortugas, por el momento invisibles en el foso entre la muralla exterior y la interior, reaparecieron, escalando la pendiente hacia su objetivo final. Los morinos y tracios se alinearon junto al parapeto exterior y dispararon sus proyectiles; los primeros, al ver que sus blancos estaban fuera de su alcance —la doble muralla había sido diseñada para frustrar a los tiradores— entraron en el foso y lanzaron sus disparos casi en vertical.

—Todavía estamos inmovilizados en la entrada —murmuró ansiosamente Agrícola.

—Es cierto —dije—. Y si yo fuera el comandante enemigo, escogería este momento para intentar una salida. ¡Primer centurión!

—Aquí, legado.

—Que los veteranos avancen y cubran la entrada de la fortaleza. Manteneos fuera del alcance de tiro. Entrad en combate solo si el enemigo hace una salida.

—Muy bien, legado. —Se volvió y gritó con las manos a cada lado de la boca—: ¡Primera cohorte, centurias en columnas cerradas! ¡Adelante! ¡A la carrera!

Antes de que hubieran avanzado cincuenta pasos, una horda vociferante apareció entre las torres de vigilancia y rodeó a las centurias que luchaban en la entrada. Un nuevo acorde pudo escucharse en la melodía de la batalla: el chocar de espada contra espada y los gritos agudos de la agonía mortal. Los veteranos pasaron hábilmente de columna a línea, y un huracán de hierro se estrelló contra el combate.

Nuestras centurias de los flancos habían ganado las murallas interiores, llevándose por delante a los defensores como ramitas en un torrente. Los

estandartes centellearon en las murallas; los trompetas levantaron sus instrumentos hacia el cielo y aullaron como lobos.

El fuerte estaba tomado.

4

En la entrada, los legionarios se movían entre la carnicería, inclinándose sobre los cuerpos apelotonados para acabar con los enemigos o recuperar a nuestros muertos y heridos. Vistas de cerca, las murallas de piedra eran realmente inmensas, y me maravillé de que las hubiéramos conquistado tan fácilmente. De una de las torres de guardia colgaba cabeza abajo un britano herido; sus convulsiones agónicas hacían salir grandes chorros de sangre de su boca.

En el interior de la fortaleza, las espadas romanas perseguían a los nativos por entre el laberinto de cabañas. La resistencia había terminado.

—Ya basta —dije—. Trompeta, llama a la legión.

Hizo sonar la llamada de la Valeria, y los hombres se reunieron.

—Enviad mensajeros a los prefectos de los várdulos y los tungrios. Que rodeen la fortaleza y corten el paso a los fugitivos. Otros mensajeros a los prefectos de los morinos y tracios. Que reúnan a los prisioneros fuera del fuerte.

Los centuriones restauraron el orden rápidamente. El tumulto se calmó. Los auxiliares sacaron a una hilera de cautivos del fuerte a punta de lanza. Los asistentes médicos recorrían el cercado, vendando heridas e improvisando camillas. Los grupos de trabajo trasladaron a nuestros muertos a las carretas de los onagros. Pronto, a excepción de los cadáveres de los nativos y algunos animales fugitivos, el lugar quedó vacío.

—Incendiad las cabañas —ordené.

Casi mil hombres, mujeres y niños se apelotonaban bajo custodia. Examiné a los hombres con curiosidad, porque eran representativos de los oponentes que encontraríamos en la batalla por Mona. Unos pocos iban bien vestidos, con túnicas de lana o lino y pantalones cruzados de rodilla a tobillo. Otros llevaban pieles de lobo o castor; algunos estaban casi desnudos. Los cascos de hierro cónicos eran abundantes, a veces adornados con cuernos de buey; pero las únicas armaduras corporales que pude ver fueron corazas de malla rectangular, y muy escasas. Las armas eran lanzas, espadas sin punta, arcos cortos pero poderosos y escudos redondos de cuero con relieves de

metal. Los hombres tenían la piel morena y el cabello oscuro, y eran bajos pero musculosos; las mujeres tenían los rasgos toscos y eran poco atractivas.

—¿Hay algún hombre de rango entre esta chusma? —pregunté.

Un intérprete de mi personal, que tenía dificultades evidentes para comprender el dialecto local del britano antiguo, repitió la pregunta hasta que, tras muchas discusiones, trajeron junto a mi caballo a un britano vestido con una capa azul brillante.

—¿Eres tú el rey de los deceanglos?

—Los deceanglos no tienen rey. Los gobierna un jefe supremo. No soy yo.

—¿Dónde vive el jefe supremo?

El hombre se volvió y señaló hacia el sol poniente.

—En una fortaleza cerca del mar.

Así que allí estaba la segunda fortaleza mencionada por nuestros cautivos de los pueblos pesqueros, pensé.

—Pon atención —dije—. Ya has visto lo que hacemos con los que se nos oponen. ¡Mira! —Señalé hacia la fortaleza capturada, de la que surgía un bosque crepitante de llamas y humo—. Hemos hecho esto con menos de la mitad de nuestro ejército; sabrás por tus exploradores que nuestra fuerza principal continúa acampada en Varae. Hemos sido misericordiosos, y hemos permitido vivir a los supervivientes de tu guarnición. Serán trasladados a nuestro campamento y atendidos.

El intérprete tradujo con dificultad. El britano escuchó enfurruñado, tratando de comprender su propia lengua, hablada con aquel acento tan extraño. Esperé con impaciencia.

—Ahora escucha atentamente. Tú y dos compañeros escogidos iréis a ver a tu jefe supremo y le daréis este mensaje. Mañana al amanecer acudirá desarmado a Varae con sus príncipes y consejeros y se someterá a Roma. Si al cabo de una hora de la salida del sol no ha aparecido, mataré a estos cautivos, hombres, mujeres y niños. Luego capturaré su fortaleza con todo mi ejército, y no dejaré a nadie con vida. ¿Me entiendes? ¡Entonces vete!

Llegamos al campamento antes de oscurecer, encerramos a los prisioneros y enterramos a nuestros muertos. Poco después del amanecer los centinelas hicieron sonar una alarma innecesaria: la procesión que descendía por el camino era la que deseaba.

Recibí cortésmente a los deceanglos y les dicté mis términos. Debían cesar toda resistencia contra el paso de las tropas romanas por su territorio. Cualquier hombre que llevara armas en la calzada sería tratado como un

enemigo. Debían proporcionarnos de inmediato a tres mil hombres en buena condición física para trabajar en la calzada y traernos seis carretas de trigo para reaprovisionarnos. Tomé a unos cuantos rehenes para asegurarme de que las condiciones se cumplían y, a cambio, liberé a los prisioneros.

Siete legionarios y veinte auxiliares murieron en la batalla; un precio pequeño por haber reducido a toda una tribu. No encontramos más oposición de los deceanglos.

5

Pasamos los dos días siguientes construyendo la carretera hacia atrás, en dirección al campamento anterior, una tarea facilitada por los esclavos nativos. El día dieciséis, dejando Varae protegida por la Tercera de Bracarios y dos tropas de caballería, el ejército se dirigió al oeste, hacia las colinas escarpadas que separaban el valle del Var de Conovium. Aquel era territorio deceanglo, y aunque la tribu se había rendido, la naturaleza abrupta del terreno exigía precaución. Valens puso en práctica sus tácticas de guerra en las montañas ensayadas durante el invierno.

En esencia, su sistema consistía en una cadena de guardias estáticas en los flancos protegiendo el paso del ejército cuando el terreno era tan difícil que las guardias móviles no podían funcionar. Aquellos piquetes se situaban por delante del cuerpo principal, por lo que una fuerza de montañeros, várdulos y vascones, tenía que marchar con la avanzadilla. Destacamentos de una centuria ascendían a todas las colinas que estaban peligrosamente cerca del camino, o que dominaban hondonadas y salientes para evitar emboscadas, y, tras fortificar la cima rápidamente, permanecían de guardia hasta que el ejército había pasado. Entonces descendían y se unían a la retaguardia.

Aunque era una protección casi infalible contra las emboscadas, el sistema tenía sus desventajas prácticas. A medida que avanzábamos, el terreno se volvía más inhóspito; había que guarnecer tantas colinas que utilizamos a toda la fuerza de ambas cohortes y tuvimos que adelantar a la Primera de Britanos. Aparte de ocupar a muchos hombres, el método retrasaba la marcha; el cuerpo principal se detenía constantemente mientras los piquetes ascendían a las colinas.

Expuse mis opiniones a Valens, que estuvo de acuerdo.

—En un terreno realmente malo, una fuerza podría avanzar doce millas al día sin oposición, y la mitad si los piquetes tuvieran que luchar para abrirse

paso —dijo—. En Viroconium nos pareció que el sistema era válido para escoltar a los transportes y ayudar a los destacamentos en los desfiladeros. Aplicado a todo el ejército, resulta demasiado lento y poco ágil.

La marcha aquel día fue larga y tediosa, casi veinte millas sobre caminos zigzagueantes y llenos de desniveles que hicieron sudar a nuestros ingenieros. Las colinas parecían un gigantesco montón de escombros arrojado desde el cielo y petrificado en el desorden caótico de la caída. Nuestros exploradores no se ponían de acuerdo con los guías, deceanglos reclutados, que eran fiables en su elección de los caminos, pero no conseguían entender las prioridades de mantener la altura y seguir la distancia más corta entre dos puntos.

Las carretas de artillería y los carros de dos ruedas traqueteaban y se encallaban; desesperado, destiné a una cohorte miliar a escoltar a los vehículos, carreteros y legionarios asistentes y los dejé que avanzaran a su propio ritmo. Todavía estábamos en territorio deceanglo; no creía que hubiera riesgo si dejaba atrás a la caravana de intendencia con una guardia fuerte.

Al caer la tarde entramos bruscamente en la hendidura de una milla de anchura que forma la frontera entre deceanglos y ordovicos, y también separa de las altas montañas la región de colinas que acabábamos de atravesar. Marchamos río arriba, cruzamos por un vado y volvimos sobre nuestros pasos por la orilla izquierda, deteniéndonos justo donde la marea ascendía por el río.

6

El campamento de Conovium estaba situado en el valle, en una pequeña elevación del terreno entre el río y la montaña. Estábamos en suelo ya hollado por los romanos: Ostorio había construido allí un fuerte para una cohorte doce años atrás. Las grandes murallas de nuestra fortaleza pronto superaron en altura los montículos cubiertos de hierba y el foso lleno de barro que revelaban la construcción original.

Durante el verano anterior, Pantera había reconocido el estuario cuatro millas río abajo, y había comprobado que era un fondeadero seguro. Para mi satisfacción, descubrí que la marea proporcionaba suficiente agua para remar corriente arriba y anclar directamente bajo nuestras murallas. Con la marea baja, el canal era estrecho y poco profundo; los barcos anclados correrían el riesgo de embarrancar. Aquello no me importaba, pues sabía que los marineros tenían métodos para proteger el barco en tales condiciones; y era

muy importante, en aquellas regiones hostiles, que el fondeadero de la escuadra estuviera bien protegido.

Envié un mensajero a Pantera con órdenes de zarpar hacia Conovium al amanecer del diecinueve de abril. El viaje por mar era de cincuenta millas, el tiempo bueno y los vientos ligeros; debería llegar a Conovium por la tarde del día veinte.

Aquel descanso de cuatro días me dio tiempo para construir la calzada de veinte millas entre Conovium y Varae. El trabajo empezó enseguida. Los soldados se vieron reforzados por los trabajadores deceanglos convocados por nuestros rehenes nobles. No faltaban pastos; la hierba crecía verde y lozana en los prados húmedos. El grano confiscado a la tribu parecía haberse terminado casi por completo; los exploradores descubrieron solo algunas cantidades insignificantes en pueblos medio abandonados, apenas suficientes para alimentar a una cohorte durante un día.

Nuestro transporte, pese al duro trabajo dedicado a construir caminos, había sufrido daños y pérdidas. Varias carretas, con las ruedas o los ejes destrozados en el descenso vertiginoso de alguna colina empinada, habían tenido que ser abandonadas y sus cargas trasladadas a otros vehículos que, a su vez, también se habían roto o que, reparados a duras penas, habían entrado en el campamento gracias a los hombros y a las plegarias de sus escoltas. Nuestros carpinteros y carreteros trabajaron durante todo el día y, a la luz de las antorchas, hasta bien entrada la noche; finalmente emprendimos la marcha no solo con la dotación completa de vehículos de intendencia, sino con una reserva de cinco carretas nuevas y vacías.

Necesitábamos más animales de tiro para las nuevas carretas y para reemplazar a los que se habían perdido. Los nativos no usaban ruedas. Las mulas eran desconocidas; los bueyes eran raros y habían sido llevados mucho tiempo atrás a valles inaccesibles, a salvo de las depredaciones romanas. Sin embargo, los rastreadores y patrullas encontraron ponis salvajes vagabundeando por las colinas y pastando en el valle; y los domadores de la caballería, entre piruetas que provocaron la diversión y las burlas de los legionarios, persuadieron a aquellos animales, reticentes y testarudos, de que aceptaran brida y riendas.

Pantera, ayudado por un mar tranquilo y vientos favorables, llegó antes de lo que había esperado. A mediodía del veinte su birreme insignia, remolcando una hilera de barcazas, asomó cuidadosamente por el río con toda la flota y echó el ancla junto a la fortaleza. Amarrar las barcazas en aquellas aguas resultó muy complicado. Por fortuna, los frisiavones, marineros del Rhenus,

estaban de servicio en el campamento. Nadaron alegremente hacia las barcazas, soltaron los cables de remolque, llevaron las barcazas a la orilla y las amarraron en hileras ordenadas. Los barcos de guerra anclaron en mitad de la corriente, proa contra popa. Pantera tenía preparadas cuñas de madera para impedir que sus barcos, embarrancados durante la bajamar, se escoraran hacia un lado; por fortuna, las galeras se mantuvieron a flote incluso con la marea más baja.

Cuatro días de trabajo no bastaron para terminar la calzada hasta Varae. Los capataces me explicaron con aire de disculpa que las subidas y bajadas ocasionadas por la topografía del terreno habían aumentado las distancias. Envié a parte de los esclavos nativos a los bracarios, con órdenes de ponerlos a trabajar en la franja de tres millas restante.

Con la flota reunida, ya no había ninguna razón para que el ejército se demorara en Conovium. La orden de marchar desencadenó un torbellino de preparaciones entre las tropas que, para mí, se vio interrumpido por el resultado trágico de una comedia doméstica y por una carta de Aurelio Baso.

7

Al amanecer de aquel último día en Conovium, algunos legionarios estaban agazapados en dos hileras en las letrinas de la quinta cohorte de la Decimocuarta Legión. Los hombres gruñían, se esforzaban e intercambiaban los comentarios malsonantes habituales en aquel lugar. Marco Petronio, portaestandarte de la cuadragésimo quinta centuria, se encontraba entre los hombres ocupados en aquella tarea matutina; casi frente a él estaba agachado un teserario de otra centuria. Entre ambos había surgido en los anteriores días una amarga disputa por los favores de un atractivo muchacho reclutado recientemente por la cohorte. El teserario, decepcionado en su amor, dio rienda suelta a sus celos en un torrente de recriminaciones contra Petronio.

Las pullas e insultos agriaron el tono amable de la conversación general. Uno o dos hombres gritaron a los otros dos que cesaran de discutir. La mayor parte de espectadores escuchaban en silencio, satisfechos de presenciar una discusión que no era asunto suyo. El teserario, irritado por los comentarios de Petronio, tomó su esponja de letrina, que se encontraba en el canal de agua fresca entre las hileras, se limpió cuidadosamente y la arrojó contra su antagonista. Petronio recibió el apestoso proyectil en plena cara. Deteniéndose solo para limpiarse la inmundicia de los ojos, saltó daga en

mano contra el teserario. En un abrir y cerrar de ojos, se desencadenó un tumulto en la letrina.

Los soldados separaron a los dos hombres, pero el daño estaba hecho. Sacaron al teserario de la letrina donde había caído, manchado de excrementos y sangre, y con la yugular cortada. Murió antes de que llegara el asistente médico. Petronio fue arrestado, limpiado, vestido y traído ante mí para recibir su castigo.

Su delito era claro y con abundancia de testigos; el castigo era la muerte. Vecio Valens, como atenuante, declaró que el muerto era un hombre de mal carácter, un camorrista musculoso que provocaba a sus superiores y abusaba de sus inferiores. El portaestandarte, por otra parte, era un legionario destacado con una hoja de servicios intachable hasta el momento. Su centurión también habló en su favor y suplico por su vida.

Cada soldado es valioso durante una campaña; Petronio era particularmente bueno. No quería perderlo cuando todavía teníamos batallas que ganar.

—*Signifer* —le dije—, mi deber está claro, y es ejecutarte. No lo haré debido a la gran provocación que ha motivado tu delito, y porque tu legado y tu centurión han testificado sobre tus cualidades. No es correcto que un hombre valiente tenga que morir azotado. Pero has cometido un crimen y debes ser castigado.

»No volverás a llevar el estandarte de tu centuria.

»Muy pronto tu legión estará peleando, y peleando duro. Tienes la oportunidad de una muerte honorable. Procura no sobrevivir.

Marco Petronio no murió. En la última batalla, su valor en busca de la muerte ante las espadas ordovicas le hubiera valido una condecoración en otras circunstancias. Sangrando por una docena de heridas, se presentó ante mí para que lo castigara después de la batalla. Cuando supe lo que había hecho, no solo le perdoné sino que le devolví el rango.

Apenas había pronunciado la sentencia sobre aquella lamentable pelea cuando los cascos de un caballo esparcieron la grava frente al pabellón del cuartel general. Un decurión entró y saludó.

—Un mensaje urgente de Camulodunum, legado.

Tomé el rollo con un mal presentimiento y rompí los sellos. La carta estaba fechada el doce de abril.

«Del general Aurelio Baso al legado propretor G. Suetonio Paulino. Saludos.

»Deciano Cato recibió órdenes del Príncipe y partió ayer hacia Icenia. No mantuvo en secreto cuál era su misión: confiscar todas las propiedades y riquezas de la familia real icenia. Siguió el rastro de los agentes de Séneca como un lobo oliendo sangre.

»Cato viaja con una horda de secretarios y esclavos. También se ha llevado a todos los soldados de Londinium y, para aumentar su escolta, convenció a cincuenta legionarios retirados de Camulodunum de que volvieran a ponerse las armaduras oxidadas y lo acompañaran. Los que partieron eran sobre todo hombres de mal carácter y pocos escrúpulos. Granjeros descontentos o prósperos, fueron atraídos por las promesas de recompensa. En el ejército, lo llamaban botín.

»Los trinovantes siguen aparentemente tranquilos. Se han convertido en una nación de pobres y deudores: muchos nativos tuvieron que pedir dinero prestado a pequeños usureros a intereses exorbitantes para pagar sus deudas cuando se reclamaron las donaciones de Claudio. La superficie está relativamente calmada; pero en las profundidades, mis espías detectan un poso cada vez más grueso de deslealtad y conspiración.

»Si todavía no es posible estacionar tropas aquí, te propongo que ordenes a los magistrados de Camulodunum rodear la colonia con foso y terraplén. Ya los he sondeado sobre este proyecto: sus respuestas han sido hostiles o despectivas.

»Que los dioses favorezcan tu empresa y protejan tu persona. Adiós».

Mostré la carta a Agrícola.

—Léela. Otro tronco en la pira funeraria de mis ambiciones. Algún día alguien le aplicará la antorcha. ¡Segundo! Manda mensajeros a los comandantes de unidad. Reunión inmediata en el cuartel general.

8

Tribunos, prefectos y centuriones abarrotaban el pabellón del cuartel general. Los candelabros dobles sobre la mesa plegable tomaban sus colores vacilantes de las capas blancas y rojizas, y salpicaban con chispas mortecinas los cascos y armaduras. Mapas y papeles cubrían la mesa; los mapas de Ostorio y sus informes de doce años atrás que a partir de aquel momento guiarían nuestros pasos y nos proporcionarían la información.

—Mañana —comencé—, emprenderemos la última etapa de nuestro viaje al estrecho de Mona. La distancia es de unas doce o quince millas a través de

altas montañas, más abruptas y complejas que en cualquier otra región de Britania. Algunos de vosotros habéis estado allí antes.

—Lo recuerdo muy bien —rezongó Valens.

Hubo un gruñido de asentimiento procedente de los centuriones más veteranos.

—Tenemos la ventaja, por tanto, de conocer el terreno. Pese a su dificultad, el legado Ostorio Escápula abrió un camino para el transporte que utilizó a la ida y a la vuelta. Ese camino debe existir todavía, y debería facilitar las cosas a nuestra intendencia.

»Me gustaría saber tanto sobre el enemigo. Ninguna de nuestras patrullas ha entrado en contacto con los guerreros ordovicos, aunque han capturado a algunos pastores que afirman que todas las bandas guerreras se han retirado al oeste para cruzar el mar. Recordaréis que los deceanglos también se retiraron ante nosotros y se concentraron en dos fortalezas sobre las colinas. Pero, según Ostorio Escápula, los ordovicos solo tienen una ciudadela donde podrían concentrar a todos sus hombres; una gran fortaleza sobre una cadena de colinas que dominan el estrecho.

—Hace doce años, la tomamos y la destruimos —gruñó Valens—. Pueden haberla reconstruido desde entonces.

—Lo que hace improbable —repuse—, que vayan a intentar defender de nuevo el mismo lugar. Las legiones de Escápula derrotaron a los ordovicos allí y en otras partes de esas montañas. Por lo tanto, creo que las historias de los prisioneros sobre guerreros cruzando el mar son ciertas; y que el enemigo, escarmentado por sus anteriores derrotas, habrá puesto el estrecho entre ellos y nosotros.

—¿No esperas encontrar resistencia mañana? —preguntó Valens.

—Sí. La región parece especialmente diseñada para tácticas de hostigamiento. Supongo que encontraremos grupos pequeños y valerosos preparados para luchar hasta la muerte en una sucesión de emboscadas. Recordad que estos nativos son seguidores fanáticos de los druidas; saben que, aunque salvemos otras cosas, destruiremos su religión.

»Mañana, pues, marcharemos con una avanzadilla fuerte y guardias en los flancos. Sin piquetes en las colinas.

—¿Sin piquetes, legado? —preguntó sorprendido el tribuno de los vetones —. Seguro que en estas montañas…

—¿Has visto el tiempo que hace esta noche? —le interrumpí bruscamente.

—Sí, legado. Tranquilo y sin viento, y cada vez hay más niebla.

—Esa niebla, según un viejo pastor desafiante que una patrulla ha capturado esta mañana, «cubrirá las montañas y cegará a las águilas». Lo cual —dije con sarcasmo—, en la retórica nativa significa que la visibilidad será inferior a un tiro de jabalina. Y, en ese caso, los piquetes de las colinas quedarían ocultos y serían inútiles, y la columna necesitará estar protegida de cerca. ¿Contesta eso a tu pregunta, tribuno?

—Por completo, legado.

—Bien. Ahora, los detalles. El ejército partirá mañana al amanecer. La Caballería del Indo y una cohorte de la Vigésima Legión permanecerán en Conovium. Las unidades de la avanzadilla serán…

9

Siguiendo una norma inmutable de la guerra en territorio extranjero, al amanecer las legiones derribaron el terraplén y lo arrojaron al foso, destruyendo así nuestro campamento. Yo esperaba impaciente sobre una torre de vigilancia del fuerte permanente, construida en un ángulo del campamento de marcha. Una niebla helada cubría el valle y las colinas, envolviendo a hombres y animales en un halo opalescente.

Las trompetas llamaron a los invisibles exploradores de caballería que protegían los trabajos de demolición. Los legionarios, agradecidos, dejaron de trabajar, se pusieron cascos y capas, tomaron las jabalinas y se unieron a sus estandartes. Los distintos elementos de un ejército faenando se separaron para volver a unirse en hileras ordenadas, cohorte tras cohorte, como hojas de espada alineadas. Levanté una mano, sonaron los cuernos, y la vanguardia se puso en marcha como el cuerpo gris y escamoso de una serpiente venenosa.

La columna chapoteó a través de un riachuelo embarrado y empezó a ascender. La niebla se espesó; yo apenas podía distinguir los cascos de los soldados a más de treinta pasos. Por fortuna, el camino era inconfundible, ancho y bastante recto, con los márgenes señalados periódicamente con grandes rocas. Los ingenieros de Ostorio, dentro de sus límites, habían hecho bien su trabajo.

El ascenso se volvió más pronunciado. Apreté piernas y muslos contra mi jadeante caballo, agarrándome a su crin para evitar deslizarme por su lomo. Cuando cayó de rodillas, desmonté, entregué las riendas a Segundo y empecé a subir, envidiando a los legionarios las jabalinas que empleaban como bastones para ayudarse en la escalada. Subimos y subimos, agarrados como

moscas a la ladera de una montaña enorme, cuyo invisible volumen se cernía sobre nosotros como una ola.

Seguimos subiendo. Los cascos oprimían las sienes, y la armadura empujaba hacia abajo los fatigados hombros. La charla descuidada de mi guardia personal había cesado hacía un buen rato. La infantería y la caballería desmontada trepaban en un silencio roto solo por maldiciones jadeantes cuando algún caballo o soldado resbalaba sobre las piedras sueltas. La niebla, como un raspador de púas de hielo, paralizaba gargantas y narices y separaba a los hombres, envolviéndolos en un manto de soledad y melancolía.

De modo casi imperceptible, la pendiente se fue suavizando hasta que, cuando el camino rodeó un saliente, nos encontramos marchando de nuevo por un terreno casi plano, que a nuestra derecha caía abruptamente hacia profundidades invisibles. Respiré lentamente, tratado de serenar mi voz.

—Agrícola —dije—, la intendencia no podrá subir sin ayuda. Quédate aquí, y cuando llegue Valens dile que destaque a cuatro cohortes para ayudar a subir las carretas hasta la cima. Yo me adelantaré dos millas más con la columna, y esperaremos a que la intendencia esté arriba.

Cuando el ejército se detuvo, fui a hablar con Saturio Segundo, a quien había separado de mi personal para que comandara la avanzadilla.

—Tribuno —ordené—, que los exploradores de extremos y flancos estén muy alerta. Esta parada será larga. Si el enemigo nos está buscando en la niebla, le será fácil encontrarnos.

—Muy bien, legado. —Se secó la humedad de su barba juvenil; todo el ejército llevaba barbas tras una campaña de diez días—. Nos abrimos camino a tientas como ciegos entre arenas movedizas.

—Pues hacedlo con cuidado, Saturio —advertí—. ¿Cómo está dispuesta la vanguardia?

—La Primera de Tungrios va delante, legado, seguida por la Sexta de Tracios y dos cohortes de legionarios. Prácticamente no nos movemos del camino; las pendientes son tan pronunciadas y la niebla tan espesa que las centurias pierden el contacto si trato de extender el frente.

—Es inevitable.

La Primera Cohorte de Britanos, nuestros guardias de los flancos, se encontraba en el mismo aprieto. Marchaban junto a la columna, a veces por el mismo camino. Decidí reemplazarlos por várdulos y vascones, hombres acostumbrados a las montañas que deberían ser capaces de alejarse un poco más.

Mientras los mensajeros llevaban mis órdenes a los comandantes afectados por el cambio, permanecí inquieto, esperando los informes de la caravana de intendencia. Me apreté el pañuelo del cuello y traté de calcular cuánta distancia habíamos recorrido y cuántas horas de luz nos quedaban. En aquella nube opaca, los mapas eran inútiles. No tenía idea de dónde estábamos.

Unos hombres surgieron de la niebla a la carrera. Se oyeron órdenes procedentes de gargantas invisibles, repetidas en todas direcciones. Los auxiliares hispanos, vascones y britanos se encontraron, se separaron, se alejaron y desaparecieron por el camino y la ladera. A continuación llegaron los oficiales e informaron de que el relevo se había completado. El silencio nos cubrió como una manta. Un murmullo de conversación en las filas provocó el rugido de reprimenda de un centurión; el cuero crujía y el hierro tintineaba cuando los hombres movían los pies.

El tumulto desgarró la quietud como un trueno. Desde la niebla, unas voces estridentes aullaron su triunfo y su ira. Las espadas chocaron contra los escudos; un cuerno dio la señal de alarma y se detuvo a media nota.

El enemigo había encontrado a la avanzadilla; en cualquier momento, cualquier parte de nuestra columna de tres millas podía ser atacada. Envié mensajeros corriendo hacia atrás para gritar mis órdenes a todas las centurias mientras pasaban.

—¡Vista al exterior! ¡Preparados para recibir al enemigo!

La columna de seis filas se separó por la mitad como un tronco aserrado y formó dos líneas de batalla de tres hombres cada una, espalda contra espalda, una observando la pendiente oculta de arriba, y la otra estudiando los barrancos cubiertos de niebla de abajo. Con un movimiento tranquilo y suave, la guardia personal se adelantó y se cerró a mi alrededor. Llegó justo a tiempo.

El estruendo de la batalla rodaba colina abajo hacia nosotros. Un coro discordante de chillidos tribales ahogaba los gritos de guerra agudos y cadenciosos de los hispanos. En algún lugar entre los arbustos y brezos, a menos de cincuenta pasos y perdidos entre la niebla, los hombres de la guardia de los flancos luchaban por sus vidas. Las flechas volaron por encima de nosotros y se estrellaron contra los escudos. Un hombre de delante soltó un chillido y se atragantó tratando de agarrar la flecha emplumada que temblaba en su garganta.

Formas vagas como espectros fugitivos cayeron de la niebla y gritaron contraseñas que apenas detuvieron a nuestras jabalinas, a punto de ser

lanzadas. Los vascones entraron en nuestras hileras y los legionarios, resoplando con desprecio, los hicieron a un lado y miraron hacia arriba, parpadeando para secar la humedad de unas pestañas empapadas, y buscando blancos para las armas que sostenían en delicado equilibrio.

Arqueros y lanceros llegaron saltando de arbusto en arbusto, rápidos e ingeniosos para encontrar escondites cuando la niebla ya no les protegía. Unos cuantos guerreros impetuosos llegaron al camino y acabaron allí sus vidas; los demás se detuvieron, dispararon una ráfaga de flechas y huyeron. La batalla terminó tan bruscamente como había empezado. Las montañas nos devolvieron un último eco y volvieron a cubrirse con el silencio de la niebla. Unos veinte cuerpos retorcidos yacían entre los arbustos. Una jabalina, profundamente incrustada en costillas y espina dorsal, se agitaba en arcos convulsos mientras la víctima se retorcía y luchaba por morir.

Saturio Segundo regresó de la vanguardia y describió una repetición de nuestra propia experiencia: un ataque repentino surgido de entre la niebla, piquetes sorprendidos y puestos en fuga, y su columna acribillada de flechas.

—Hemos perdido treinta hombres, legado. Algunos de los piquetes fueron capturados vivos; era imposible ver lo suficiente para recuperar a los heridos. —Bajó la voz—. ¿Los ordovicos practican…?

—Sí —dije bruscamente—. Normalmente por el fuego, sacrificados al dios del sol druida, Beleños. Que no te capturen, Saturio. Descubrirás que morir es lento y muy doloroso. —Dirigí la vista a la retaguardia—. Casi tan lento como nuestra intendencia. ¿Es que nunca acabará de subir esta montaña?

Como en respuesta, apareció la sombra monstruosa de un jinete entre el vapor. El caballo se detuvo con un rechinar de guijarros. Agrícola saltó de la silla y saludó.

—Mensaje del prefecto del campamento, legado.

—¿Qué dice?

—Dice que todos los animales de tiro y porteadores están arriba, pero solo un tercio de las carretas. Incluso con la ayuda de las cuatro cohortes que están trabajando ahora, cree que tardarán dos horas más en subir toda la caravana hasta la cima. Las cuatro carretas de la artillería son particularmente difíciles.

—¿Lo has visto por ti mismo?

—Sí, legado. En mi opinión, dos horas es un cálculo optimista.

Contemplé las tinieblas de encima nuestro. El velo blanco no ofrecía ninguna pista, ningún resplandor que pudiera mostrarme cuánta distancia había recorrido el sol. Llamé al explorador.

—¿Qué distancia hemos recorrido desde el campamento?

El teserario mostró su bastón, con una muesca trazada cada cien pasos.

—Algo más de cinco millas, legado.

—¿Cuánto tiempo hemos tardado?

El hombre miró hacia el cielo infructuosamente y sacudió la cabeza.

—Es difícil decirlo, legado. Puede que nos queden cuatro o cinco horas de luz.

—Bien. —Me pellizqué el labio. Era inútil posponer más la desagradable decisión. Me volví a Agrícola—. Envía mensajeros a todos los comandantes. La columna regresará a Conovium. Saturio, tu destacamento protegerá la retirada. Mantente alerta; probablemente os hostigarán durante todo el camino.

Y así regresamos tristemente al fuerte que habíamos abandonado aquella mañana, marchando con los escudos levantados para protegernos de las flechas que goteaban amenazadoramente de entre la niebla. En dos ocasiones durante aquella retirada agotadora, Saturio y su retaguardia habían tenido que detenerse y repeler ataques más violentos y determinados que ninguno de los que habíamos sufrido hasta el momento. El cuerpo principal continuó la marcha sin responder. Los hombres avanzaban, enfurruñados y alerta, con las jabalinas preparadas para la descarga que no llegó nunca; solamente oían gritos de bárbaros y zumbidos de arcos, y veían figuras distantes y sombrías, y flechas cayendo sobre las apretadas filas.

Los vascones y várdulos, en los flancos, trepaban como ciervos y luchaban como héroes contra un enemigo que peleaba en un terreno familiar y contra la niebla que lo cobijaba. Pero las pérdidas aumentaban, y los auxiliares, desesperados, se acercaban más y más a la columna que protegían; las ráfagas de flechas silbaban desde las laderas y caían cada vez más cerca.

Las carretas, que habían ascendido la pendiente con una lentitud exasperante, traqueteaban colina abajo con gran facilidad, a veces demasiado aprisa para los hombres que tiraban de los frenos. Una o dos cayeron por precipicios y se destrozaron de roca en roca, enviando cargamentos y animales a una destrucción invisible.

Llegamos a Conovium poco después del crepúsculo. Los legionarios trabajaron en la oscuridad levantando las fortificaciones demolidas aquella misma mañana; por fortuna, excavar en una tierra ya removida no fue una labor muy ardua. Y aquella noche, en mi tienda, volví a leer las transcripciones del informe de Ostorio sobre su campaña contra los ordovicos

y comprendí demasiado tarde el significado de una de sus frases: «Dejé todas las carretas en Conovium y marché al oeste solo con los animales de carga».

No tengo excusa para el fiasco de este día. Un ejército romano había sido apartado de su objetivo por un terreno intransitable con la intendencia, por la niebla y por un puñado de arqueros indisciplinados. Habíamos perdido a setenta auxiliares; trece legionarios habían muerto, y teníamos la misma cantidad de heridos y desaparecidos. Por pura estupidez, había perdido la confianza de mi ejército.

Con la cabeza entre las manos, permanecí sentado durante largo rato. En mitad de la segunda guardia apareció Agrícola.

—¿Qué pasa? —pregunté sin moverme.

—Mensaje del centurión de guardia, Paulino. Se ha levantado viento y la niebla se está dispersando.

Me levanté de un salto y aparté la cortina. En las alturas, una estrella relucía indecisa, como señal de la esperanza recobrada. El centinela de la puerta se cuadró; su capa se agitaba suavemente en la brisa. Palmeé en el hombro al estupefacto soldado.

—¡Viento, duplicario! Si aguanta, verás Mona hoy mismo.

Empujé a Agrícola hacia la tienda.

—¡Órdenes de marcha, Gneo! Toma tablillas y estilete.

Durante toda la guardia, Agrícola escribió a mi dictado, mientras las velas temblaban y las tiendas se inclinaban ante el don que Eolo nos había traído desde el mar.

CAPÍTULO 10

«*Ya suena la llamada terrible de la broncínea trompeta, y el grito de guerra desgarra el aire*».
VIRGILIO

1

La mañana amaneció brillante y clara; el sol doraba las montañas y una brisa fresca y vigorizante soplaba desde el océano. El valle del río continuaba entre tinieblas cuando nuestra columna volvió a ascender por el camino de montaña.

En aquella ocasión no iba a cometer errores. Me llevé solo a la Decimocuarta Legión, dos regimientos de caballería y cuatro cohortes auxiliares. La intendencia se redujo a los mínimos esenciales; nuestros asnos y mulas más fuertes no llevaban más que tiendas, equipo de cocina y bagajes. La Vigésima Legión y las otras auxiliares se quedaron en Conovium con órdenes de encontrar y hacer transitable para las ruedas una ruta menos ardua para salir del valle.

Marchamos con exploradores auxiliares vigilando el frente, los flancos y la retaguardia. Les había ordenado que aplastaran cualquier posición ligera, pero que, contra una resistencia encarnizada, fingieran la huida y atrajeran a los nativos al alcance de la legión.

Cuando llegamos a la cresta, el escenario era increíblemente distinto. Las montañas marchaban majestuosamente hacia el horizonte, y las flores silvestres, brillantes como joyas multicolores, adornaban sus laderas cubiertas de brezo con los colores de la realeza. Pequeños fuertes de montaña, sin humo, sin movimiento y aparentemente desiertos se erguían en salientes o cumbres demasiado lejanas para investigarlos.

Pero tuvimos poco tiempo para admirar el paisaje. Las tribus nos habían preparado una emboscada antes de que la retaguardia hubiera perdido de vista Conovium, agazapada en su oscura hondonada.

Convencidos de lo escaso de nuestro valor por la ignominiosa retirada del día anterior, necesitaron poca persuasión para acercarse. Una lluvia de flechas

y una horda indisciplinada de salvajes empujaron a los morinos de nuestra vanguardia hacia la centuria principal de la legión. No hizo falta dar órdenes: ya les había explicado la táctica. Cuatro centurias atacaron en columna, se estrellaron contra el enemigo, se separaron hacia delante y persiguieron a los atónitos bátanos colina arriba y abajo como demonios enfurecidos. Los legionarios, libres de bagajes, raciones, herramientas de cavar y resto de impedimenta, saltaban entre las rocas con la agilidad de cabras montesas. Entretanto, la columna seguía avanzando impasible. Finalmente, las trompetas tocaron la retirada y los jadeantes romanos envainaron las espadas ensangrentadas, volvieron a formar y ocuparon sus posiciones en la retaguardia. Los exploradores volvieron a proteger la vanguardia. Habíamos hecho huir a trescientos o cuatrocientos ordovicos a costa de la muerte de dos morinos y dos romanos; contamos sesenta y cinco cadáveres britanos.

La milla siguiente trajo consigo otro ataque, tan débil e indeciso que los auxiliares, tras recuperarse del primer sobresalto, pudieron impedir que el enemigo se acercara. Tras un intenso combate cuerpo a cuerpo, pusieron en fuga a los nativos. Toda la cohorte de morinos se unió a la persecución y, más temperamentales y menos disciplinados que los legionarios, al principio no obedecieron la orden de retirada. Con mi vanguardia dispersada de aquel modo mientras la columna avanzaba inexorablemente, tuve que ordenar un alto y situar a los frisiavones en la vanguardia. Los morinos, que fueron llegando en grupos dispersos mientras marchábamos, recibieron una fuerte reprimenda de su exasperado prefecto, que ya había escuchado mi opinión respecto a la conducta de su cohorte.

Al dar la vuelta a un repecho, vimos el mar, muy abajo y a tres millas de distancia, una lámina resplandeciente de oro líquido. Un grito de júbilo se elevó entre las cohortes; los estandartes se elevaron hacia el cielo, y las jabalinas giraron en el aire. Los centuriones, escandalizados, restauraron el orden con bastones y correas; y el ejército, seguro y confiado, empezó a descender de las montañas. Había recuperado parte de mi prestigio.

Pronto nuestras piernas doloridas encontraron alivio en las tierras planas de la estrecha llanura costera, de media milla de anchura, entre las colinas y el mar. Allí hice un alto y ordené que la legión formara en tres columnas, con el bagaje en el centro, y la rodeé con un grupo de exploradores auxiliares.

A dos millas al nordeste se elevaba la montaña que albergaba la mayor fortaleza ordovica de la región, el gran fuerte que Ostorio había atacado y destruido. Los nativos heridos y capturados durante los combates de aquel día habían afirmado que el lugar estaba vacío. Si estaba defendido, tendría que

atacarlo; no podía permitir una concentración de enemigos tan formidable cerca de mi campamento. No tenía artillería; la escalada podía resultar cara, tanto en víctimas como en tiempo.

Indiqué el pico al prefecto de los tungrios.

—Toma a tu regimiento, cabalgad por la llanura y tratad de provocar alguna reacción del fuerte de la cima. Si el lugar parece vacío, que un par de tropas desmonten y asciendan. Si encontráis a algún britano, capturadlo vivo.

Los tungrios se alejaron. El otro regimiento, el Primero de Panonios, fue a explorar la llanura en dirección opuesta y a buscar un lugar de acampada que dominara el mar.

Ambos regimientos regresaron en menos de una hora. Los tungrios dijeron que el fuerte estaba desierto a excepción de algunos nativos ancianos y niños refugiados en toscas cabañas; los muros de piedra estaban en mal estado. Puse a los prisioneros a cargo de mis interrogadores. El prefecto de los panonios trajo noticias igualmente buenas: no había visto ningún enemigo, y había encontrado un terreno de acampada excelente. Considerablemente aliviado, di la señal de marcha.

Recorrimos tres millas en formación de tridente hasta un acantilado arenoso que se extendía hacia el mar, protegido por la confluencia de dos arroyos. A una milla al otro lado del estrecho se elevaba Mona. Vimos signos inconfundibles de que no éramos los primeros romanos en fortificar aquel lugar; los restos de antiguas murallas con las familiares esquinas redondeadas eran una pista muy clara. Los veteranos de la Decimocuarta Legión reconocieron con afecto la obra de Ostorio.

Nuestros hombres cavaron un foso ancho y profundo en un suelo fácil. Al caer la noche, el campamento se elevaba, cuadrado y enorme, como una amenaza en el corazón de Ordovicia.

2

Mucho antes de que amaneciera estaba en el pabellón de mando dictando mensajes a secretarios ojerosos.

«El legado propretor G. Suetonio Paulino al prefecto de la flota Aufidio Pantera en Conovium. Saludos. Tras recibir esta carta, debes zarpar con la primera marea hacia el extremo norte del estrecho de Mona, donde verás nuestro campamento en la costa. El fondeadero está protegido, pero hay bajíos con la marea baja. Ten cuidado al acercarte. La distancia es de poco

más de veinte millas. Debes llegar antes del anochecer de mañana, veinticuatro de abril. Adiós».

«El legado propretor G. Suetonio Paulino al tribuno Flavio Longo, comandante de Conovium. Saludos. Envía a nuestro campamento frente a Mona, con la primera luz de mañana, veinticuatro de abril, a estas unidades: la primera, tercera y cuarta cohortes de la Vigésima Legión, la Primera de Caballería de Vetones y la Segunda de Caballería de Astures, las cohortes Sexta de Tracios, Primera de Tungrios y Primera de Britanos, y toda la artillería y maquinaria de asedio. Restringe la intendencia a los animales de carga; no envíes ningún transporte rodado a excepción de las carretas de la artillería. Puedes esperar una oposición ligera durante la marcha. Adiós».

Aquellos importantes despachos emprendieron su viaje de quince millas escoltados por ocho tropas de caballería. Entonces convoqué una reunión de comandantes y di las órdenes para aquel día.

—La Primera de Vascones, escoltada por la Primera de Caballería de Tungrios y la caballería de la guardia personal me acompañará en una misión de reconocimiento. Vecio Valens, quiero que vengas conmigo.

»Cinco cohortes de la Decimocuarta Legión y la Primera de Morinos, bajo el prefecto del campamento, empezarán a agrandarlo para albergar a todo nuestro ejército, a excepción de los destacamentos dejados en los puestos de comunicación. Esta es nuestra base avanzada; aquí permaneceremos hasta que hayamos luchado y derrotado al cuerpo principal del enemigo; por lo tanto, el campamento tendrá que ser reforzado progresivamente hasta el nivel de una fortaleza. El suelo es blando y arenoso. Tendréis que revestir las pendientes del terraplén; el limpiado de los bosques en torno al perímetro os proporcionará la madera suficiente.

»Las dos cohortes restantes de la Decimocuarta Legión permanecerán armadas como guardia permanente; la Primera de Frisiavones formará piquetes exteriores.

»Una palabra de advertencia. Aunque creemos que el enemigo ha concentrado al grueso de sus fuerzas en Mona, es casi seguro que habrá dejado grupos pequeños en tierra para observarnos y hostigarnos siempre que pueda. Procurad que no os sorprendan. Eso es todo. Valens, ¿está listo tu caballo? Vámonos.

Salimos del campamento y chapoteamos a través de un arroyo claro como el cristal. Valens cabalgaba absorto y en silencio. Le di una palmada en el hombro, eufórico por la perspectiva de derrotar a los ordovicos y por la luz del alba que prometía otro día claro.

—¿Qué te preocupa, Valens?

—La disgregación de nuestras fuerzas, legado —dijo, con voz inquieta—. Grupos de recolectores aquí, constructores de carreteras allí, todos a una distancia de cinco millas o más de la base, y en el corazón del territorio enemigo. ¿Tan seguro estás de que los nativos han cruzado el estrecho? ¿Tanta confianza tienes en lo que cuentan los prisioneros? Sus declaraciones pueden formar parte de un plan para engañarte.

—Valens, me tomas por un idiota —dije riendo—. Mis interrogadores son hábiles y meticulosos, y suelen sacar la verdad al más testarudo de los prisioneros. Así y todo, ¿crees que apostaría la seguridad de un ejército solo a esta información?

—Nunca te he considerado un idiota, legado —gruñó Valens—. A veces, si puedo decirlo, eres demasiado osado.

—¿Todavía piensas en mi escapada con la patrulla? Te equivocas. Sé dónde están los ordovicos porque he visto y he hablado con uno de nuestros agentes de inteligencia.

—¿Nuestro? ¿Aquí?

—Teníamos tres: nativos resentidos con sus jefes, dispuestos a ayudarnos a cambio de oro, tierras y la ciudadanía. Dos de ellos —dije, más serio—, no se han puesto en contacto con nosotros. El tercero era uno de aquellos ancianos capturados ayer en el fuerte en ruinas.

—¿Te fías de él?

—Por completo. Y tú también te fiarías si supieras lo que sus compatriotas le hicieron, a él y a su familia, en el pasado.

Valens pareció más tranquilo. Seguimos adelante, con la sección de punta a cien pasos por delante y la caballería atronando detrás. Cabalgábamos al borde del agua, por debajo de la marca de la marea, y la arena mojada se levantaba bajo los cascos. El canal se estrechó hasta que las pendientes cubiertas de árboles de la orilla opuesta se encontraron casi a tiro de ballesta. Detuve el caballo frente a un promontorio boscoso.

—¿Cuánta anchura calculas que hay aquí, Agrícola?

El tribuno entrecerró los ojos para protegerse del sol.

—Trescientos pasos, legado.

—De acuerdo. Menos aún con la marea baja. La distancia más corta que hemos visto hasta ahora. Sigamos.

El estrecho se abría después del promontorio y volvía a cerrar sus márgenes una milla más allá.

—Aquí es bastante más ancho —observé—. Cuatrocientos pasos.

No pudimos encontrar ningún punto mejor para cruzar aunque seguimos la costa durante cinco millas más hasta el mar abierto. Volvimos sobre nuestros pasos. Valens, al acercarnos al primero de los dos puntos que habíamos descubierto, señaló con una mano a la orilla opuesta.

—Nos observan —dijo secamente.

Grupos de nativos aparecieron entre los bosques que flanqueaban las playas y corrieron a la altura de nuestra columna, a veces saltando en el aire, haciendo chocar las armas y emitiendo gritos de guerra cuyos débiles ecos nos llegaban a través del agua. Observé sus piruetas sin diversión.

—Dentro de poco los veremos de cerca. —Me volví hacia un decurión de mi guardia personal—. Entra en el agua hasta lo más lejos que puedas.

El hombre golpeó con las piernas a su reticente caballo hasta que el mar le lamió el ombligo y su montura, sumergida hasta el cuello, resopló de terror. Estaba a treinta pasos de la orilla. Le indiqué que regresara.

—¿Cómo es el fondo? —pregunté.

—Arena firme y guijarros, legado.

Estudié el escenario durante un rato; volví a visitar los dos puntos de cruce, examinando accesos y playas, tomando nota del estado de las mareas y de la fuerza de la corriente.

—Este es el sitio —dije bruscamente—. Ahora volvamos al campamento. Necesitamos consejo técnico.

Tras una comida de sopa y pan en el campamento, regresé a los lugares escogidos con un grupo de ingenieros y centuriones frisiavones que, originarios de las orillas del Rhenus, eran expertos en los misterios de las mareas y los canales costeros. Les expliqué lo que quería. Los frisiavones examinaron las marcas de la marea, arrojaron ramas al agua para estudiar la corriente, observaron el sol, y, tras unos cálculos abstrusos trazados con las puntas de las espadas sobre la arena mojada, me dijeron lo que quería. Los ingenieros tardaron un poco más; se pasaron toda la tarde recorriendo las playas, metiéndose en el agua hasta el cuello para sondear la profundidad y haciendo marcas frente a los obstáculos rocosos del fondo. Entretanto yo iba de un punto al otro, midiendo frentes y calculando distancias mientras Agrícola llenaba tablilla tras tablilla de notas garabateadas a mi dictado. Los britanos de la orilla opuesta, en cantidades cada vez mayores, observaban nuestras actividades y gritaban sus desafíos.

Al caer la tarde, mi plan para el asalto estaba completo en todos sus detalles. Trabajé hasta muy tarde por la noche con mi personal, convirtiendo los apuntes de Agrícola en órdenes operativas comprensibles. Al día siguiente

anulé la orden de construir carreteras y, en lugar de ello, me llevé al destacamento a los puntos de cruce, donde talaron árboles, y, mientras la marea aún estaba baja, clavaron estacas en la arena, adentrándose en el canal tan lejos como pudieron. Sobre cada grupo de estacas, fijaron unas resistentes plataformas de madera; y, desde la marca de la marea en cada plataforma construyeron pasarelas —hileras de troncos clavados en la playa—, terminadas en rampas, que ascendían hasta las plataformas. Aquel trabajo tuvo que hacerse a toda velocidad para vencer a la marea ascendente que, en la pleamar, sumergió estacas, plataformas y caminos; y no pudimos terminar durante el día.

Aquella tarde llegaron las tropas de Conovium. La artillería estaba intacta, gracias al descubrimiento y puesta a punto de una ruta mucho menos costosa por la montaña desde el campamento. Entonces convoqué a todos los prefectos, tribunos y centuriones a una reunión en la playa que provocó una reacción intensa y estruendosa en la costa de Mona, y expliqué en el suelo la tarea de cada cohorte. Dibujé los frentes sobre la arena y planté estacas, marcadas con los signos de las cohortes y centurias, para señalar la posición de cada unidad. Los comandantes, acostumbrados a formaciones tácticas basadas en las maniobras de combate de siempre, encontraron al principio algo desconcertantes las extrañas disposiciones y mi insistencia en una precisión milimétrica. Cuando les expliqué el plan con detalle, comprendieron enseguida la necesidad de exactitud en una operación tan compleja. Solo los artilleros parecieron algo escépticos; sus plataformas, con la marea tal como estaba, eran invisibles bajo las olas.

Para proteger las plataformas de nuestras ballestas de ataques destructivos durante la noche, destaqué a unos cuantos auxiliares en la playa con órdenes de encender hogueras, tocar trompetas y en general fingir la presencia de un destacamento de guardia fuerte. Aquella sencilla estratagema resultó enteramente efectiva.

Apenas estaban tomadas aquellas disposiciones cuando un mensajero del campamento me informó de la llegada de la flota. Regresé rápidamente, y encontré que Pantera acababa de desembarcar. El prefecto del campamento había guiado los barcos a su fondeadero —un puerto natural, dominado por nuestra fortaleza, en el estuario de un pequeño río— donde las tripulaciones estaban amarrando las barcazas. La luz disminuía; me llevé a Pantera y a sus capitanes a bordo de dos birremes. Ayudados por la marea, remamos cautelosamente por el estrecho hasta los puntos de cruce.

La aparición de los barcos de guerra avivó instantáneamente a la multitud de nativos en la costa de Mona. Su número, durante los dos últimos días, había variado según el tamaño y actividades de nuestros contingentes en la orilla opuesta; en aquel momento, surgieron de entre los bosques en números considerables. Supongo que creyeron que los birremes anunciaban un ataque inmediato. Desde nuestra situación en mitad del canal pude estudiar la disposición de los nativos con más detalle que hasta entonces: la completa ausencia de orden militar que desplegaban y el movimiento desordenado, como una ola inundando la playa, que siguió a nuestro viaje hasta los puntos de cruce hacían pensar que era improbable que nos enfrentáramos a falanges disciplinadas y bien entrenadas entre los ordovicos.

Pantera los señaló con un dedo despectivo.

—Una chusma sin líder, legado. Alimento para las espadas de las legiones.

—Alimento caliente, Pantera. Quieran los dioses que no nos quememos los labios —repuse piadosamente—. ¡Cuidado con el timón, capitán! Si embarrancamos en el lado opuesto, mañana el ejército y la flota se habrán quedado sin comandantes.

El lento movimiento de los remos cesó; las palas se levantaron, volvieron a hundirse y mantuvieron la galera detenida en la corriente.

—Esta —dije—, es la playa adonde traeréis las barcazas mañana al amanecer. La marea estará alta, como ahora. Las barcazas deben situarse entre esos dos postes altos que veis allí.

Pantera examinó la orilla en la media luz y se pellizcó la nariz.

—No podemos dar la vuelta a las galeras —dijo—. Después de soltar las barcazas, remaremos hasta el final del estrecho, echaremos el ancla y regresaremos cuando hayáis cruzado.

—Sería lo mejor. Si tú y tus capitanes habéis visto todo lo que necesitabais, tendríamos que regresar antes de que oscurezca por completo.

Pantera llamó al otro barco; cuidadosamente, ambos birremes retrocedieron, dieron la vuelta y regresaron al fondeadero, acompañados por gritos renovados y toques de cuerno de nuestros persistentes seguidores. En tierra, celebré una última reunión con los capitanes y los hombres al mando de cada barcaza, asegurándome de que todos conocían su misión, y luego me dirigí al pabellón del puesto de mando. Allí estaban reunidos los comandantes de cohortes y regimientos para sus instrucciones finales. Paso a paso, repasamos las órdenes en todos sus detalles, comprobando y volviendo a comprobar.

Antes de medianoche, se habían ido. Solo quedaba Agrícola. Agotado, me dejé caer en mi silla, mirando fijamente las velas encendidas.

—Tienes que dormir, Paulino —dijo Agrícola suavemente—. ¿Quieres que llame a tus sirvientes?

—Trataré de descansar, Gneo. —Me froté los ojos—. Sí, llama a los esclavos. Ojalá pudiera llamar al sueño con la misma facilidad. Un día, tal vez tú también conocerás los sentimientos de un general la víspera de una batalla trascendental.

Agrícola sonrió.

—Después de todos tus planes, tu previsión y tus precauciones, ¿es posible que la anticipación de una victoria segura sea tan inquietante?

—Es posible. —Me levanté, me desabroché el tahalí y deposité cuidadosamente la espada sobre el montón de papeles que cubrían la mesa plegable—. Una noche llegará tu momento, Gneo. Envidiarás al criminal que espera la ejecución.

3

Dormí muy poco. Dos horas antes del alba, Segundo me despertó de mis sueños inquietos. Los sirvientes, con las armas y armadura preparadas, fueron despedidos bruscamente y, deteniéndome solo para echarme una capa sobre la túnica, abandoné la tienda y avancé por el campamento.

Las tiendas de cuero que albergaban a los legionarios y auxiliares junto a la Vía Principal estaban oscuras y en silencio. El zumbido diurno de diez mil voces se había reducido a algún ronquido repentino o a murmullos ininteligibles. La noche era sofocante, con un lo que de calor veraniego ajeno a la estación. Entrando en la Vía Quinta, me acerqué a las líneas de caballería, donde los cascos inquietos golpeaban la arena, el cuero crujía, el hierro tintineaba y los hombres murmuraban en voz baja.

Saludé al tribuno Saturio Segundo, al que había nombrado comandante de una fuerza de cuatro regimientos de caballería que debía cruzar a nado por el punto más lejano y atacar la retaguardia enemiga. No tendría soporte de la artillería para su cruce; necesitábamos todas nuestras máquinas para cubrir el asalto principal de la infantería en el punto de cruce más cercano. Su éxito dependía del secreto y la sorpresa. Bajo el manto de la oscuridad, tenía que guiar a sus regimientos hasta su posición por una ruta explorada previamente que rodeaba las colinas por encima de la costa. Cuando llegara a la zona de

reunión, un bosque que llegaba casi a la marca de la marea alta, tenía que permanecer oculto hasta la señal de ataque.

Esperamos en silencio en la oscuridad. No brillaba ninguna antorcha, ni se oía ninguna voz. Figuras entrevistas plegaron las mantas, apretaron las cinchas, abrocharon las cabezadas y ajustaron las bridas, amortiguadas con tela para impedir el ruido. En una sombría procesión, los soldados llevaron a sus animales a concentrarse en el terreno frente a la Puerta Pretoriana. Las líneas de caballería se vaciaron y quedaron en silencio.

—¿Tus hombres se han untado bien? —pregunté a Saturio.

—Sí, legado. Y cada tropa lleva un odre de vino. Lo repartiré en cuanto vea a la artillería en acción.

Asentí. Para aminorar los rigores de tener que nadar en aquellas aguas heladas, había ordenado que cada soldado se untara el cuerpo con grasa y tomara un trago de vino antes de meterse en el agua. De ese modo, tras cuatrocientos cincuenta años, copié al general ateniense Ifícrates, que lanzó a una fuerza de nadadores contra Esparta a través del Helesponto.

Los cuatro prefectos surgieron de la oscuridad, saludaron y se presentaron.

—Primer Regimiento de Panonios, en formación.

—Primer Regimiento de Vetones, en formación.

—Segundo Regimiento de Astures, en formación.

—Primer Regimiento de Tungrios, en formación.

Saturio los saludó y se volvió hacia mí.

—¿Permiso para marchar, legado?

—Marchad, tribuno. Que los dioses te acompañen, Saturio.

Trepé a la torre de guardia junto a la Puerta Pretoriana, y escuché. Los cascos sonaban con un ritmo apagado sobre la roca y los guijarros más allá de la arena; los caballos resoplaban y el cuero crujía. Pero se dieron órdenes en susurros, y se evitó que el metal chocara contra el metal. Como fantasmas de una batalla olvidada, la caballería desapareció en la noche.

Descendiendo de la muralla fui al puesto de mando, despedí a mi escolta y contemplé el reloj de agua. El campamento seguía dormido. Había prohibido cualquier movimiento durante una hora más, porque quería que la caballería estuviera bien lejos antes de que la actividad en nuestra base atrajera el interés del enemigo.

—Desayuné galletas, sopa y vino aguado; luego llamé a Manio Segundo y me vestí para la revista. Me puse la armadura de batalla, una copia exacta del nuevo diseño para los legionarios con dos bandas extra en el pecho, pues soy

un hombre alto. Segundo abrochó el tahalí a mi espada favorita, una hoja forjada en Mauritania, cuyo temple y filo no hubieran podido igualar los herreros de nuestro ejército.

El alba todavía no se insinuaba en el cielo cuando sonaron las trompetas. Las antorchas se encendieron y resonaron las órdenes; los hombres salieron bostezando de las tiendas, desentumeciéndose y buscando su equipamiento. Recorrí las calles y salí por la Puerta Decumana hacia el puerto. También allí la actividad, a la luz de las antorchas, era intensa. La capa blanca de Pantera centelleaba en el promontorio como un fantasma pálido; pero sus órdenes a la tripulación de una barcaza recalcitrante, vociferadas con las manos junto a la boca, estaban llenas de blasfemias y no tenían nada de etéreo.

—Saludos, legado. —Se secó la cara con un extremo del pañuelo del cuello—. ¡Hace demasiado calor! Tendremos a la reina de todas las tormentas antes de que anochezca, si el olor del aire no me engaña.

El mar, negro y liso como el cristal, lamía la arena perezosamente. Las pequeñas olas de la marea llegaban a la orilla sin cresta, demasiado indolentes para rizarse y romperse.

—En este momento, la calma es total —repliqué—. Más de lo que esperábamos. ¿Va todo bien?

—Muy bien, legado, si pudiera conseguir que esos soldados idiotas fijaran el remolque a las galeras correctas. —Tomó una antorcha de su asistente y la blandió en dirección a una barcaza que iba a la deriva—. ¡Eh, vosotros! Más a la derecha. Pasad la cuerda a esa embarcación. ¡Marineros de agua dulce! —rezongó—. Son incapaces de distinguir entre un trirreme y un bote de cuero.

Contemplé el puerto, brillante como en las Saturnales con las linternas de los barcos y las antorchas encendidas. Aquella escena, lejos de la columna de caballería que avanzaba por las colinas oscuras, debería concentrar la atención del enemigo.

—No tenéis que zarpar hasta primera hora —observé—. Las cosas serán más fáciles a la luz del día. Ya no volveré a verte hasta después de la batalla. Adiós. Que la fortuna te guíe.

Regresé a la fortaleza, sudando bajo la armadura con aquel calor. El ajetreo de los preparativos se estaba calmando. Los hombres se unieron a sus estandartes, formaron y esperaron. Las hileras de soldados llenaban el espacio cuadrangular entre las tiendas y las murallas. Miré hacia el este. La noche comenzaba a levantar su manto de los hombros de las montañas, y el amanecer, furtivo como un ladrón, empezaba a avanzar en silencio por el cielo.

4

Los altares resplandecían en un arco de antorchas que chisporroteaban. Las llamas se reflejaban en los cascos, arrancaban destellos dorados y azules de estandartes y jabalinas e iluminaban el rostro bronceado y los ojos atentos de un centurión.

Ofrecí las plegarias rituales, hice los sacrificios ceremoniales y esperé mientras un adivino leía los auspicios en las entrañas de una cabra blanca. No esperaba que los hados me fueran desfavorables. La necesidad militar obligaba a celebrar aquellas solemnidades antes del amanecer, cuando no había pájaros que pudieran volar en direcciones desafortunadas y las pesadas nubes ocultaban los fenómenos atmosféricos inconvenientes.

El adivino extrajo el hígado humeante, lo examinó de cerca y lo mostró en triunfo a sus asistentes. Se volvió a mí y proclamó en voz alta que los dioses mostraban un favor especial hacia nuestra empresa; a continuación, pasando con la carroña en torno al círculo, mostró ciertas marcas milagrosas a los impresionados soldados.

Permanecí con las manos levantadas como si rezara y disimulé una sonrisa. El adivino, un tipo hábil y experimentado, usaba un preparado para dibujarse en la mano ciertas letras que indicaban victoria; luego introducía la mano bajo los órganos vitales del sacrificio, de modo que los caracteres quedaban impresos en el hígado. La simple astucia de aquel ardid, que impresionaba tanto a las mentes religiosas, podía haber sido sugerida por los propios dioses.

Dejé caer las manos, desenvainé la espada y saludé a los estandartes. Dirigí estas palabras al círculo de soldados:

—Los augurios son propicios. Id. Decídselo a vuestros hombres, y pedidles que luchen como romanos.

Los hombres apenas podían distinguir el suelo bajo sus pies cuando los jinetes várdulos salieron por la Puerta Pretoriana, giraron a la derecha y vadearon la corriente. Detrás venían tres cohortes auxiliares, la artillería, la Decimocuarta Legión y otras unidades de la fuerza de asalto. En silencio y bajo la incierta luz llegamos a la playa, marcada con hileras de estacas numeradas. Bajo las órdenes de los centuriones, los jefes de cohortes y centurias se desviaron a derecha e izquierda, llegaron a sus posiciones asignadas, formaron en línea y esperaron. Yo cabalgué lentamente junto a las filas, en busca de errores, y no encontré ninguno. Con menos desorden que un

grupo de comensales buscando sus sillas, diez mil hombres se prepararon para la batalla.

Los artilleros e ingenieros acercaron las carretas al borde del agua. Nuestras plataformas de madera, sumergidas por la marea, eran invisibles; solo las pasarelas de troncos asomaban por encima del agua. Teníamos cuatro ballestas y cuatro catapultas. Había ordenado construir cuatro plataformas más por si el enemigo no se dejaba engañar por las actividades de la guardia auxiliar, y cruzaba el estrecho durante la noche para hacernos todo el daño posible durante la bajamar. Las tripulaciones descargaron las carretas frente a cada pasarela y empezaron a montar las máquinas.

Llegó un mensajero de Saturio Segundo para decir que la caballería había llegado al punto de reunión sin ser vista ni atacada, y que se encontraba segura y a cubierto. Suspiré de alivio.

La luz se intensificó. El oscuro bulto de tierra al otro lado del estrecho se resolvió en sus componentes: colina, bosque y playa. En aquel punto una península redondeada partía de la orilla opuesta, reduciendo la anchura del canal a trescientos pasos; y aquel promontorio, de apenas media milla, estaba lleno de britanos que surgían de las pendientes boscosas y abarrotaban las playas. La multitud emitía un murmullo peculiar, como el latido distante de los rápidos de un río.

Una curva convexa en la línea costera de nuestro lado nos impedía ver el punto de cruce más lejano, donde permanecía oculta la caballería. No vi que el enemigo extendiera su flanco derecho para cubrir aquella zona; al parecer, y tal como yo deseaba, los nativos estaban concentrados en nuestro asalto principal, claramente visible. Pero tenía que estar seguro. Hablé con Agrícola.

—Avanza en silencio por la playa hasta que puedas ver el punto por donde cruzará Segundo. Averigua si el enemigo tiene alguna fuerza en el otro lado.

Agrícola se alejó, con toda la apariencia de un jinete ocioso en busca de intimidad para hacer sus necesidades. Valens se removió en su silla y murmuró en voz baja.

—¿Qué te ocurre, Valens?

Señaló hacia arriba.

—Los cielos han descendido para vernos. ¿Habías visto alguna vez un cielo así?

De horizonte a horizonte, el cielo estaba cubierto por pliegue tras pliegue de nubes negras e inmóviles. Ceñudas y amenazadoras, oprimían los sentidos

y crispaban más aún unos nervios ya muy tensos. El amanecer era sofocante y sin aire, como una tienda atestada y mal ventilada.

Las nubes no nos pueden hacer ningún daño —dije brevemente—. ¿Dónde están esos barcos?

Como una actriz entrando en el momento justo, una galera apareció en torno a la curva, con los remos golpeando el agua en una cadencia lenta. Detrás, como las puntas de un flagelo, flotaba una hilera de barcazas al extremo de los cables de remolcar. El ruido de la orilla opuesta creció como un río desbordado.

Pantera, con su capa blanca resplandeciendo en la popa, dirigía el primer birreme. Cuando estuvo cerca de nuestra playa, levantó un brazo; sonó una trompeta, las hachas centellearon y las cuerdas se partieron. Las tripulaciones de las barcazas, ocho remeros y un timonel en cada embarcación, tiraron de los remos. Se volvieron pesadamente hacia la orilla, moviendo los remos como auténticos soldados. Igual que escarabajos enormes, las barcazas se fueron acercando. Las quillas chocaron contra los guijarros. Los auxiliares se metieron en el agua hasta la cintura, y tiraron de las barcazas para llevarlas a la zona destinada a cada cohorte, donde las situaron en las posiciones asignadas y, con las manos en las bancadas, las mantuvieron fijas contra el movimiento de la marea. Apenas se había completado aquella tarea cuando el siguiente grupo de barcazas se acercó a la orilla.

De ese modo se reunieron las barcazas, algunas con rapidez, otras con laboriosa lentitud, algunas alineadas limpiamente en sus puestos, otras manejadas con tanta torpeza que necesitaron de muchas maniobras sobre los bajíos; pero no hubo ningún accidente. La procesión de barcos de guerra, libres de impedimentos, desfiló orgullosamente por el estrecho. Entonces una embarcación, el penúltimo barco de la flota, embarrancó en un bajío.

Nunca sabremos qué provocó aquel error de navegación. Posiblemente alguna corriente lo atrapó en el momento de desprenderse del remolque, y lo hizo virar a estribor y chocar contra un banco de arena bajo unos pocos pies de agua, a un tiro de jabalina de la playa enemiga. Los remos se agitaron en confusión, convirtiendo el agua en espuma. Vimos que el capitán corría hacia delante, gesticulando. Los remos cesaron de moverse, se enderezaron, se situaron en paralelo y se movieron con golpes fuertes y precisos en dirección opuesta, tratando de liberar la embarcación del bajío. El barco no se movió.

La multitud de nativos, inmóvil por un instante como si no pudiera creer en su buena suerte, se puso en marcha de repente y se precipitó hacia el barco chapoteando en el agua poco profunda. Lo rodearon y treparon a bordo como

hormigas en un montón de estiércol. Las espadas centellearon brevemente. Los remos dejaron de batir el agua y quedaron inertes en los costados.

El último barco, un birreme, hizo un valeroso esfuerzo por salvar a su hermano. Cortando las cuerdas de remolque, se acercó peligrosamente al banco de arena, y su capitán arrojó una cuerda a bordo. Los desesperados marineros atraparon y aseguraron la cuerda antes de ser derribados. Los remos del birreme se agitaron frenéticamente, la cuerda se tensó como una barra y la embarcación se movió, mientras el agua embarrada se agitaba bajo su proa. Entonces centelleó una espada; la cuerda cayó al mar y se hundió mientras se alejaba del barco accidentado, llevándose con ella nuestra esperanza. Un largo suspiro se elevó entre los soldados.

Me volví bruscamente hacia sus comandantes.

—Decid a vuestros hombres que se sienten y descansen. Tendremos que esperar varias horas.

Pasaron las órdenes. Sucesivamente, las hileras se hundieron en el suelo, cayendo de delante atrás como derribadas por un huracán.

—Prefectos y centuriones de la primera oleada, comprobad vuestras barcazas e informad.

Los hombres corrieron hacia el agua. Con muchos esfuerzos y tirones, hicieron algunos ajustes en la alineación de los botes. Llamé al centurión jefe de artillería.

—La marea baja rápidamente. ¿Están todas las piezas montadas y listas?

—Listas, legado. ¿Puedo colocarlas sobre las pasarelas?

—Sí. Date prisa.

Volví a cabalgar entre las hileras de soldados sentados. Los hombres hablaban en voz baja, o jugaban, tirando los dados sobre los escudos; algunos estaban tendidos, con los cascos sobre los ojos, aparentemente dormidos. Un centurión estaba sentado con las piernas cruzadas, afilando pensativamente su espada; su portaestandarte, un etrusco de frente oscura, lo contemplaba. Tenía su estandarte junto a él, clavado en la arena, y apoyaba una mano en el asta.

—¿No tienes calor con esa piel de oso, *signifer*? —le pregunté.

El etrusco se apartó la máscara de oso de la frente y se secó el rostro sudoroso.

—Bastante, legado. No nos harán falta las barcazas; nadar un poco nos refrescará.

—¿Nadar? Estaremos todos nadando antes de llegar a la mitad —gritó un *optio* desde las filas traseras—. Son los botes más absurdos que he visto. ¿Nadarás con nosotros, legado?

—Un áureo contra un sestercio a que pongo un pie en la otra orilla antes que tú —contesté.

—¡Hecho! —gritó el *optio*.

—Has perdido tu dinero, simio torpe —gritó el etrusco—. El viejo. Por delante irá con los auxiliares de la vanguardia. ¿Dónde está tu sestercio?

Los hombres rieron. Seguí adelante, con una sonrisa. El sobrenombre, con su doble sentido, era menos malsonante que algunos de los aplicados al gran Julio por sus hombres. La interpretación más halagüeña se refería a mi costumbre de ver por mí mismo los acontecimientos en el campo de batalla en lugar de confiar en las descripciones de mis subordinados. Los soldados apreciaban esta característica; mis comandantes no tanto. Valens había protestado violentamente cuando supo que tenía intención de cruzar con las tropas de vanguardia.

—¡Un acto inconsciente y absurdo! —había estallado—. ¿Por qué te comportas como un tribuno novato en busca de la gloria? ¿De qué te sirve eso?

No se tranquilizó demasiado cuando le aseguré que tendría cerca a mi guardia personal; no tenía ninguna intención de convertirme en víctima, y debía estar delante para estudiar la situación táctica al desembarcar.

Agrícola apareció a mi lado.

—Has tardado un buen rato —gruñí—. Informa.

—No hay enemigos vigilando el otro punto de cruce, legado —dijo en voz baja.

—Bien.

Contemplé la orilla opuesta. La embarcación embarrancada ardía. Las llamas azotaban sus cubiertas, y se disolvían en torres de humo negro que ascendían hacia las nubes bajas. Los nativos que lo rodeaban estaban perdiendo interés y regresando a las playas.

El centurión de artillería me saludó.

—Ballestas y catapultas en las pasarelas, legado.

—Muy bien —contesté. El mar había retrocedido. Las pasarelas de madera estaban al descubierto hasta la mitad; algunos remolinos ocasionales marcaban la situación de las plataformas a las que conducían—. Transportad las piezas tan abajo como podáis.

Los artilleros tiraron de las cuerdas, empujaron y se esforzaron. De mala gana, los monstruos de madera avanzaron sobre las pasarelas, hundiendo en la arena los troncos atados. Balanceándose peligrosamente como elefantes

ebrios, descendieron por la playa poco a poco hasta que, entre fuertes gritos y tirones de las cuerdas de freno, el agua les lamió los pies.

El centurión regresó jadeante, limpiándose la sangre de un pulgar aplastado.

—Apenas hay dos pies de agua por encima de las plataformas, legado. Con tu permiso, podemos montarlas ahora.

—Adelante, pues, centurión. —Hice una seña a Agrícola—. El tiempo pasa rápidamente. Envía a los trompetas a sus puestos.

Los trompetas de caballería se dirigieron lentamente a la península que ocultaba el otro punto de cruce. Su misión era hacer llegar a los jinetes de Saturio la señal de asalto.

—Frisiavones, desnudaos y engrasaos.

Entre gritos burlones y frases obscenas de sus compañeros sentados en el suelo, los auxiliares se desnudaron y se untaron con grasa. Se vistieron, atándose los escudos y lanzas a los hombros y fijándose las espadas al estómago para que no les obstaculizaran al nadar. Los centuriones pasaron por las filas dando unos cuantos sorbos de vino a cada hombre, una acción que provocó comentarios envidiosos de la legión.

—El enemigo está encendiendo hogueras —dijo Valens a mi lado—. ¿Crees que estarán fabricando proyectiles incendiarios, o alguna treta parecida?

Me volví a mirar. A intervalos irregulares entre las abarrotadas playas, distinguí puntos brillantes como lanzas ardientes. Más arriba, en el interior del bosque, tapados en parte por los árboles, podían verse más fuegos.

—Druidas. Sacrificios. Espero que no hicieran prisioneros en la embarcación —dije tristemente.

—Perdimos hombres durante la marcha —me recordó Valens, mordiéndose el labio.

Abandoné aquel tema tan poco provechoso. Las plataformas de artillería estaban cubiertas de agua; las dotaciones amontonaban rocas y proyectiles en torno a sus piezas. El centurión informó de que las máquinas estaban listas para la acción.

—Ha llegado el momento —dije—. ¡En pie, hombres!

Los centuriones acudieron a la carrera y se reunieron en un arco amplio en torno a mi caballo. Mi discurso fue breve y concreto, y no tengo intención de repetirlo aquí. Desde entonces han aparecido varias versiones en Roma, escritas por autores cuyo genio imaginativo supera sus conocimientos

militares; ningún general que valorara el respeto de su ejército pronunciaría la sarta de trivialidades y disparates irrelevantes que se han publicado.

—¡A las barcazas!

Centuria tras centuria, cohorte tras cohorte avanzaron hacia el mar, treparon a las barcazas y permanecieron hombro con hombro, moviéndose torpemente con el leve balanceo de la corriente. Los remeros vascones, arrodillados entre las botas de sus compañeros, maldijeron en silencio y tomaron los remos. Me volví para estudiar por última vez las hileras silenciosas que permanecían en la playa, levanté un brazo en señal de saludo y me dirigí a mi barcaza, ya ocupada por la infantería de mi guardia personal. Observé la abarrotada orilla, las barcazas sumergidas hasta las regalas, las jabalinas que asomaban como juncos sobre los cascos grises, los frisiavones que tiritaban metidos en el agua hasta la cintura y al centurión de artillería que esperaba ansiosamente mi señal.

—¡Desplegad el estandarte!

El estandarte de batalla escarlata se abrió, se agitó pesadamente y permaneció inerte en el aire estancado. Una trompeta emitió una sola nota y quedó en silencio.

Los brazos de las ballestas chocaron con los topes con una fuerza que agitó el agua en torno a las plataformas. Las catapultas zumbaron como un millón de abejas enfurecidas. La primera ráfaga echó a volar hacia Mona.

La batalla había empezado.

5

Una de las muchas desventajas del mando es que el clímax liberador de la batalla, que debería seguir a los días de previsión y planificación, llega a menudo en forma de una aprensión arrepentida indistinguible de la melancolía posterior a una larga temporada de libertinaje. Un general dedica durante meses todas sus energías a diseñar su estrategia, a entrenar y equipar a su ejército, y a situar sus tropas, tras marchas largas y arduas, en una posición donde la táctica, el tiempo y el terreno les confieran la mayor ventaja y sean menos favorables para el enemigo. El general tiene el control completo hasta el momento supremo. Entonces, como un soldado al lanzar una jabalina, la deja ir y observa su vuelo, pero el arma ya ha escapado a su control.

En teoría, ningún ejército debería emprender una batalla hasta que el éxito estuviera asegurado. El general, tras planear hasta el último detalle, debería

limitarse a observar cómo la batalla conduce infaliblemente hasta la victoria. Pero no todos somos Aníbales o Corbulos. La perfección, según mi experiencia, es inalcanzable en la guerra, y el menor accidente puede provocar el desastre con la misma certeza que una ráfaga de viento puede desviar una flecha bien dirigida. El control se pierde al entablarse la batalla; pero los acontecimientos inesperados exigen intervención. Del mismo modo que un buen jugador de damas es capaz de situar delicadamente sus piezas en las casillas ganadoras, el general, en medio de la confusión desesperada de una batalla, debe mover las piezas de su maquinaria de guerra para contrarrestar los movimientos inesperados. Ha de ser rápido y conservar la calma; de lo contrario, su ejército verá a una figura angustiada, atormentada por sus errores, galopando por el campo, sudando y esforzándose por restablecer su buena fortuna.

Por ello, dando por sentado que las cosas transcurrieron exactamente como yo pretendía, preferiría describir la conclusión de la batalla por Mona, librada mucho tiempo atrás, aplaudida durante una breve temporada y luego olvidada. Pero escribo historia, no propaganda; y los momentos desagradables, en los que el éxito dependió de un hilo más fino que la espada mejor afilada, deben contarse con honestidad.

La operación, en sus líneas maestras, transcurrió más o menos como había planeado. Las ballestas y catapultas lanzaron un bombardeo preliminar contra las posiciones enemigas y luego cubrieron nuestro asalto. La distancia era grande, particularmente para las catapultas; de ahí la construcción de plataformas en la marea baja, que permitieron adelantar las máquinas más de setenta pasos hacia sus blancos.

La infantería cruzó en tres oleadas muy seguidas. En la primera oleada estaba la Primera de Frisiavones, que fueron remolcados por cuerdas cortas atadas a las barcazas, la Sexta de Tracios y la Primera de Morinos. Cuarenta barcazas transportaron a las tres cohortes. Su tarea era expulsar al enemigo de la orilla, asegurar una cabeza de puente y cubrir el desembarco de la segunda oleada.

La segunda y tercera oleadas, de sesenta barcazas cada una, transportaron a los tres mil seiscientos soldados de la Decimocuarta Legión. Con veinticinco pasos entre cada barcaza, las oleadas ocupaban setecientos pasos de extremo a extremo. El enemigo, apretujado en su península redonda, disponía de una línea mucho más larga, pero, a causa del estrecho arco de la península se vio obligado a prescindir de sus flancos, y hubiera tenido que meterse en el agua para rodear a los nuestros.

Contra un enemigo cuyo número no tenía manera de calcular, lancé un ataque frontal de cinco mil hombres, de los que tres mil seiscientos eran legionarios. Aquella reducida fuerza contuvo a los britanos hasta que los dos mil jinetes ocultos en el otro punto de cruce atravesaron el estrecho y atacaron el flanco derecho y la retaguardia del enemigo.

En tierra quedaron mil cuatrocientos hombres de la Decimocuarta Legión, la cohorte miliar de veteranos de la Vigésima Legión y mil quinientos auxiliares de infantería. Las barcazas, que volvieron a cruzar tras depositar a las tres primeras oleadas, recogieron a aquellos hombres, los legionarios en primer lugar, y los llevaron a la costa enemiga a reforzar a sus compañeros.

Los jinetes tracios y várdulos no cruzaron el río; permanecieron en las playas y las recorrieron, simulando una gran fuerza de caballería, para que el enemigo no empezara a buscar a nuestros jinetes en otra parte.

La guarnición de la fortaleza —dos cohortes de la Vigésima Legión y la Primera de Britanos— no tomó parte en las operaciones.

Este era el esqueleto de mi plan, que ahora debo revestir con la carne de la descripción.

6

Las piezas de artillería estaban situadas en el grado de elevación máxima. Con la primera descarga, los cuatro proyectiles de la catapulta provocaron surcos inofensivos en el mar y se hundieron en los bajíos lejanos como peces voladores regresando a su elemento. Las cuatro rocas de la ballesta pasaron de largo y se estrellaron en los bosques más allá de la playa.

Hubo una pausa. Los artilleros se afanaron en torno a las complicadas piezas de las enormes armas; echaron atrás las palas, que crujieron contra la resistencia de las cuerdas retorcidas, las situaron en posición de carga y colocaron las rocas en los lanzadores. Cambiaron la dirección, haciendo girar las ballestas con barras resistentes insertadas en las ruedas. Las dotaciones de las catapultas volvieron a tensar las cuerdas, como armas de arqueros gigantescos, hasta lograr la tensión máxima, colocaron las pesadas saetas de hierro en las ranuras, inclinaron la máquina para conseguir más elevación y esperaron con las manos en los disparadores. Los decuriones aflojaron o tensaron las barras para hacer las últimas adaptaciones a la distancia del disparo, y escucharon atentamente el zumbido de la vibración de las cuerdas. La puntería no puede ser precisa a menos que las dos cuerdas de la máquina

estén bien sincronizadas; por eso, como dijo Vitruvio, un buen artillero debe tener oído para la música.

En la costa enemiga se elevó un murmullo airado y el grito desafiante de los cuernos de guerra. Una trompeta de artillería soltó su grito agudo; las barras de freno se agitaron y se estremecieron. Una segunda descarga se elevó en el aire.

El alcance quedó fijado. Dos notas del trompeta de artillería ordenaron disparos rápidos a discreción. Los grandes maderos se estremecían bajo el golpe incesante de las descargas; las saetas volaban por encima del agua, y las rocas parecían casi tocar las nubes de tormenta antes de caer inexorablemente sobre sus víctimas.

Desde tierra firme era difícil calcular los daños materiales, aunque, a partir de la experiencia, se podía imaginar el caos provocado por nuestros proyectiles. Las piedras de ballesta, del tamaño de un barril de vino y con el peso de un hombre, no pueden pedir un blanco mejor que una unidad de infantería tan apretada que no pueda evitar ser alcanzada. Nada podía ser más terrorífico para los britanos que ver aquellos proyectiles brutales precipitándose hacia ellos y aterrizando en una explosión de arena voladora y carne desgarrada. Las saetas de las catapultas, por otra parte, golpeaban sin previo aviso: su trayectoria plana y gran velocidad las hacía prácticamente invisibles hasta que el proyectil, de una yarda de longitud, atravesaba los cuerpos como un cocinero ensartando codornices.

Me resultaba imposible distinguir los detalles del orden de batalla enemigo, o ver si estaba dispuesto en compañías organizadas. Los nativos atestaban la orilla opuesta desde la playa a los bosques; y toda la masa, en la fluidez del movimiento constante, temblaba como un espejismo en el desierto. Solo en torno a los misteriosos fuegos, donde los nativos permanecían inmóviles como rocas en un mar embravecido, había cierta apariencia de disciplina y control.

Esperé pacientemente a que el bombardeo de nuestra artillería surtiera efecto. Durante largo rato, a excepción de ciertas corrientes de movimiento repentinas o de alguna intensificación de los clamores, los ordovicos no mostraron ninguna inclinación a ceder terreno. Entonces oímos los cuernos, emitiendo llamadas largas e imperiosas, y gradualmente la multitud empezó a apartarse del agua, retrocediendo paso a paso hacia los bosques. Pronto la playa quedó desierta a excepción de los cadáveres esparcidos y de aquellos bloques inmóviles que rodeaban las hogueras. Nuestros proyectiles levantaban inofensivas columnas de arena sobre la playa. Las dotaciones

maldijeron, manejaron a toda prisa palancas y barras y aumentaron la distancia.

Era el momento. Una orden brusca despertó a las trompetas; la música voraz de la llamada a la batalla hendió el aire como una daga alada. Los remos mordieron el agua; los botes se pusieron en marcha.

Las barcazas no eran elegantes galeras de guerra conducidas por remeros expertos. Aquellas cajas de madera, poco airosas y sobrecargadas, tendían a obedecer a los golpes de remo erróneos y a resistir obstinadamente cualquier esfuerzo por corregir el rumbo. Algunas volcaron o chocaron entre una lluvia de remos astillados y blasfemias frenéticas; otras permanecieron inertes y pesadas como cascos inundados; unas pocas se llenaron de agua y se hundieron. La primera oleada, en una formación desastrosa, capaz de romper el corazón de un centurión, avanzó con lentitud agónica a través del estrecho. Nuestros proyectiles seguían volando por encima de nosotros, y la playa, aparte de aquellos grupos rígidos junto a las hogueras, continuaba desierta.

Todavía hoy revivo en sueños la tensión prolongada de aquella travesía. Viajé en la proa, rodeado de cuerpos cubiertos con armaduras, procurando no moverme por miedo a desequilibrar el bote, y luchando por controlar el temblor indisciplinado de mis piernas. Solo la cantinela del timonel y el crujido de los remos perturbaban la quietud. Las barcazas, como una camada de gigantescos escarabajos de agua, avanzaban por un mar en calma gélida.

La arena mojada y pisoteada de las playas se empezó a ver con más claridad: un caos de hombres muertos, armas abandonadas, rocas incrustadas y una saeta de catapulta atravesada en un cuerpo cuyas extremidades aún se movían débilmente. Y más arriba, donde la arena daba paso a los guijarros, el humo de aquellas extrañas piras ascendía en línea recta hacia las nubes.

Nuestra artillería envió una última descarga a los silenciosos bosques. Había ordenado al centurión que siguiera disparando mientras pudiera hacerlo sin poner en peligro a nuestras tropas. Todavía estábamos a cien pasos de nuestro objetivo. Me pareció que era demasiado precavido.

Cincuenta pasos. La quietud se hizo añicos como un cristal roto. Los cuernos aullaron y una multitud surgió de repente de entre los árboles, gritando, saltando sobre rocas, guijarros y arena, y vertiéndose como lava fundida en dirección al mar. Todo el escenario temblaba como bajo un terremoto en el atronar de treinta mil voces.

Veinte pasos. Los frisiavones soltaron las cuerdas de remolque y nadaron hacia delante, pusieron pie en los bajíos y tomaron las armas. En las barcazas,

los hombres aferraron espadas y lanzas y se prepararon para saltar a tierra. Las flechas silbaron y los escudos se levantaron.

Los acontecimientos se precipitaron de golpe, concentrándose y extinguiendo la capacidad de pensar.

El universo estalló en un rugido tremendo que nos aplastó los tímpanos como un martillo. Destellos tras destellos de llamaradas azules y blancas hendieron el cielo. La razón se estremeció bajo aquel ataque. La cordura vaciló y el instinto ordenó al cuerpo que se ocultara, que buscara refugio de la ira insensata de los dioses en las entrañas de la tierra. Durante el espacio de diez latidos de corazón permanecimos paralizados y las barcazas derivaron lentamente hacia tierra.

—¡Que Marte nos proteja! ¡Mirad eso! —La voz de Agrícola estaba rota, irreconocible. Señaló con un brazo tembloroso.

Unas furias armadas de antorchas, con el cabello al viento, las bocas abiertas con gritos apagados, y los ojos abiertos y resplandecientes estaban cayendo sobre nuestros acobardados auxiliares en los bajíos. Las piras se elevaron, altas y triunfantes; eran hornos rugientes donde se retorcían horrores sin nombre. Hombres barbudos con túnicas negras levantaron las manos y los rostros en súplica apasionada al cielo enfurecido. La pesadilla había cruzado la frontera del sueño.

Mi garganta se había convertido en un desierto, y mis tripas en agua. Temblaba como cualquier bárbaro crédulo mientras el trueno rugía, moría y la batalla se inclinaba contra el ejército romano. Entonces una flecha voló junto a mi oreja.

Aquel sonido duro e inconfundible me devolvió el pensamiento y las percepciones. Los frisiavones habían retrocedido en completo desorden hacia las barcazas, donde nuestros hombres permanecían agazapados e inmóviles. Las barcazas avanzaban a la deriva en la marea baja. Estábamos prácticamente derrotados en nuestros puestos.

Me di la vuelta, golpeé a mi aturdido trompeta en el pecho y grité:

—¡Llama a la carga! ¡Llama y repite! —Arranqué la bandera escarlata de manos de mi portaestandarte, lancé un grito furioso de «¡Seguidme!» a mi guardia personal y salté al mar.

El agua me llegaba a la cintura y estaba fría. Gané la playa a la carrera, miré hacia las barcazas y blandí el estandarte.

—¡Vamos, cobardes malnacidos! —chillé—. ¡Tracios, frisiavones, morinos, venid! ¿Me dejaréis luchando solo? ¿Es que os dan miedo los sacerdotes y las mujeres?

Una gata salvaje me lanzó la antorcha a la cara. La esquivé, la golpeé en el vientre y sostuve su cuerpo como un escudo contra la tormenta de lanzas y flechas que se me venía encima. Mi guardia personal corrió a tierra, con las espadas desenvainadas. Las centurias formaron en línea de batalla junto a sus estandartes, de espaldas al mar.

De algún modo, en aquel pandemónium, los auxiliares debieron escuchar mis súplicas. Sonaron los cuernos por encima del gemido solitario de mi trompeta; los auxiliares bajaron de las barcazas y se enfrentaron al enemigo en la línea de la marea.

No había transcurrido más tiempo del requerido para disparar una docena de flechas, y ya habían salido mal varias cosas. El instante de sobresalto y vacilación en las barcazas había permitido a los nativos volver a ocupar las playas, temporalmente limpiadas por nuestra artillería, antes de que la primera oleada hubiera llegado a tierra. Las cuatro centurias de mi guardia personal, apenas trescientos hombres, habían formado en una línea de batalla de seis en fondo a veinte pasos del mar, y luchaban como tigres contra una multitud arrolladora. Sus alas ya habían cedido terreno, de modo que formaban una media luna, los hombres de cuyos flancos luchaban con el agua hasta las rodillas. Me situé detrás de aquel arco y observé la pelea salvaje que tenía lugar a cuatrocientos pasos a cada lado, la mitad dentro del agua y la mitad fuera, mientras los auxiliares trataban de ganar la orilla. No habría cabeza de puente para la segunda oleada.

Me volví hacia el agua. La larga hilera de barcazas con sus altos escudos estaba a cincuenta yardas de la costa. En el centro, el águila dorada de la Decimocuarta Legión ondeaba orgullosamente. Vecio Valens estaba a su lado. Corrí hacia el mar, con las manos en torno a la boca.

—¡Esperad! —grité—. ¡Esperad! ¡Formad una línea en el agua!

Valens me oyó y levantó un brazo. Lo vi volver la cabeza; sonó una trompeta y las órdenes pasaron de barcaza en barcaza. Los remos se detuvieron, mordieron el suelo y aguantaron. Los legionarios saltaron al agua, vadearon hacia delante y formaron en línea con las olas bajo las axilas. Valens, de espaldas a la orilla, observó con preocupación mientras sus centurias, medio sumergidas, formaban como en el terreno de parada de Viroconium. Satisfecho, se volvió, hizo sonar la señal de carga y vadeó lentamente hacia la orilla.

Mi guardia personal, los mejores soldados de Britania, se mantenía firme; pero los auxiliares, tras encontrarse con el enemigo cuerpo a cuerpo sin tiempo para formar, habían tenido problemas. La batalla se arremolinó en

torno a varios grupos de morinos y frisiavones, mientras que los tracios, reacios a pelear cuerpo a cuerpo, retrocedieron hacia el mar, desde donde acribillaron a los britanos con sus flechas. La Vigésima Legión entró en aquel caos como los segadores en un campo de trigo.

Se detuvieron brevemente, una sola vez, cuando el agua les llegaba a las rodillas, y arrojaron sus jabalinas. Luego las espadas salieron de las vainas, sonaron los cuernos y la legión chocó contra el enemigo entre chapoteos de espuma blanca.

Avanzaron cuarenta pasos antes de ser detenidos. Fue suficiente para que la tercera oleada, ya muy cerca, pudiera formar su línea en tierra. La cohorte de veteranos permaneció en reserva junto al agua; los demás se desviaron a derecha e izquierda para prolongar la línea o llenar espacios vacíos donde los encontraban.

Las barcazas estaban regresando a tierra firme para embarcar al segundo contingente. Pero yo sabía que la batalla se decidiría antes de que pudieran llegar; cinco mil romanos peleando en Mona debían decantar la balanza. En aquel momento, podía ocurrir cualquier cosa. Los nativos luchaban como lobos.

Lentamente, la línea de batalla de media milla de longitud consiguió abrirse paso playa arriba. El terreno que ganaba estaba pisoteado como un campo arado, y albergaba los restos de un naufragio grotesco que se sacudía entre convulsiones, sangraba y chillaba. Seguí el avancé de la línea, paso a paso, hasta que oímos el raspar de la arena seca bajo nuestros pies y pasamos la marca de la marea.

El enemigo seguía luchando con fiereza y sin ceder terreno. Una y otra vez, las últimas hileras de mi guardia personal se hicieron a un lado y avanzaron para sustituir a los caídos; el avance de las líneas dejaba un amargo rastro de legionarios muertos y heridos. A poca distancia de los bosques, entre una confusión de rocas y guijarros sueltos, nos vimos obligados a detenernos. Los bótanos salieron de entre los árboles y chocaron contra nuestros escudos. La línea vaciló. Los centuriones saltaron al frente, blasfemando como locos y profiriendo gritos de aliento. El primer centurión de la cohorte de los veteranos pasaba su mirada experta de flanco a flanco, en busca de puntos de ruptura.

A lo lejos, tras los árboles de la izquierda, sonaron las trompetas de la caballería como furias vengativas. Saturio y sus hombres estaban cerca. Era el momento del esfuerzo supremo. Ganaríamos o perderíamos aquella batalla según lo que ocurriera en los instantes siguientes.

Hice una seña al primer centurión. La cohorte de veteranos avanzó por la playa, se separó en columnas por centurias, pasó entre las aberturas de la línea y golpeó como un ariete. Los cuernos aullaron locamente, emitiendo aquella llamada rápida y triple que usan los cazadores en el momento de matar. Desenvainé la espada y me sumergí entre las hileras de soldados, con mi estandarte escarlata agitándose detrás. La guardia personal me vio, se concentró y rompió sobre el enemigo como una ola.

Entonces todo fue caos. Jinetes de ojos enloquecidos cabalgaban entre los nativos, cortando, alanceando y gritando. La legión, como un luchador al liberarse de una presa, pareció hincharse y estallar en meteoritos de espadas relucientes y hombres enloquecidos por la fiebre de la matanza.

La batalla había terminado, y la cacería estaba en marcha.

7

Aplasté con el pie el cadáver que aún se retorcía y arranqué mi espada. Me apoyé en la empuñadura, con la cabeza baja, y jadeé para recobrar la respiración. Agrícola me rodeó los hombros con un brazo.

—Paulino, ¿estás herido? —gritó.

Me atraganté, escupí y me enderecé, todavía jadeando.

—No, estoy muy bien. —Miré a mi alrededor. El tumulto continuaba en los bosques. Allí, sobre la playa, se estaba relativamente tranquilo. Las olas llegaban suavemente a la orilla. Los jinetes salían galopando de entre los árboles, daban la vuelta y desaparecían. Hombres heridos, arrastrándose y tropezando, dejaban rastros rojizos en dirección al mar. De un millar de gargantas agonizantes surgía el familiar lamento que forma el himno fúnebre a la victoria en la batalla.

—Consígueme un caballo. ¡Aprisa! Y otro para ti. Y una escolta montada.

El ruido de los truenos quedó ahogado por la voz del centurión *strator*, conduciendo hacia la playa a los legionarios de la guardia personal.

—¡Chusma! ¡Escoria indisciplinada! —gritó—. Regresad al estandarte del legado. ¿Vosotros os llamáis guardia personal? —Golpeó con la parte plana de su espada el trasero de un legionario—. ¿Quién te ha dicho a ti que te pongas a perseguir nativos? —Su arma giró en el aire y volvió a golpear—. ¡Tu misión es proteger al general! ¡A la carrera! ¡Formación en cuadrado en el estandarte!

Los hombres, escarmentados, formaron filas. El *strator* me saludo, muy tieso.

—Esperamos órdenes, legado. Castigaré a estos inútiles con ejercicios triples durante un mes por abandonarte.

—Déjalo, centurión. ¡Yo les he dado ejemplo! Tus hombres solo lo han llevado un poco más lejos. —Señalé las barcazas que volvían a cruzar el estrecho—. Quédate aquí y ordena a esas tropas que formen en la playa y esperen órdenes. Yo iré para allá en cuanto regrese el tribuno Julio Agrícola.

Agrícola llegó con una tropa de panonios y unos cuantos caballos. Montamos y cabalgamos hacia los árboles, una zona de numerosos bosquecillos separados por claros de prados abiertos. En todas direcciones, entre los árboles y a campo abierto, los soldados romanos perseguían y masacraban.

Los hombres estaban fuera de control. No sabía qué peligros podían esperarnos más al interior, o si los ordovicos tendrían otras fuerzas en reserva: tenía que restablecer el orden de inmediato. Levanté la mano y me detuve.

—Llamad a reunión.

La llamada sonó con insistencia. Algunos soldados que se encontraban en el mismo claro que nosotros volvieron la cabeza y nos miraron por un instante; luego continuaron con lo que estaban haciendo. Unos cuantos britanos presas del pánico pasaron corriendo junto a ellos. Al instante, como perros sin collar, los legionarios empezaron a perseguirlos. Las trompetas sonaban. Era como si estuvieran sordos.

—¿Qué les pasa a los hombres? —murmuré.

Vecio Valens y su personal, montados en caballos requisados, aparecieron de entre un grupo de árboles y trotaron hacia nosotros.

—Reúne a tus cohortes, legado —dije con aspereza—. ¿Es que han olvidado lo que significan las señales?

—He enviado a tribunos montados a hacerlos regresar —dijo con voz fatigada—. Están enloquecidos y fuera de control. Será difícil.

—¿Difícil? Una palabra extraña para el legado de la Gémina. ¿A qué se debe?

—Ven a verlo —dijo Valens simplemente.

Me guio hacia los árboles que dominaban las playas, a un bosquecillo cuyos troncos tupidos y ramas enmarañadas oscurecían la luz del día. Allí el aire tormentoso parecía aún más estancado, la oscuridad más opresiva y tangible. Las hojas muertas ahogaban el ruido de los cascos; los caballos pisaban con cautela entre cuerpos retorcidos.

—Allí —dijo Valens.

En un pequeño claro había una plataforma de madera, del tamaño de una cama ordinaria. La superficie era un amasijo de sangre, huesos y entrañas. Ojos inyectados en sangre nos miraban desde cabezas que asomaban extrañamente entre piernas desolladas y estómagos arrancados.

—Mira más de cerca —dijo Valens.

Obligué a mi tembloroso animal a acercarse al altar, pues de eso se trataba. Ojos muertos y bocas retorcidas, lenguas mordidas asomando entre mandíbulas prietas en la agonía de una muerte prolongada. Rostros familiares convertidos en máscaras grotescas. Un *optio* de los várdulos. Uno de los capitanes de Pantera; el precio de un barco embarrancado. Un centurión de los vascones.

—Allí —dijo Valens.

Los robles sostenían caricaturas humanas, desolladas y destripadas. Los huesos rotos asomaban pálidos por entre la carne empapada.

—Y allí —dijo Valens.

Sobre los restos de una enorme hoguera, cuyas ascuas aún centelleaban con maldad en aquel lugar oscuro, colgaba una jaula de mimbre. En el interior de la estructura chamuscada había una masa ennegrecida y coagulada. Un hedor agrio espesaba el aire y nos oprimía la garganta.

—Nuestros hombres —dijo Valens—; todos ellos. En cada bosquecillo hay algo parecido. Algunos seguían vivos cuando los hemos encontrado.

—Estas eran las hogueras que vimos —murmuré.

—Estas eran las hogueras —asintió Valens en voz baja.

Permanecí encorvado en la silla, contemplando aquellos horrendos sacrificios.

—¿Ha sido aplastada la resistencia enemiga? ¿Tienen alguna fuerza aún activa? ¿Has recibido algún informe, Valens?

—Los suficientes para saber que todo el ejército britano está en retirada, legado. No habrá contraataque.

—El día es joven. Valens, toma al tribuno Saturio Segundo bajo tu mando. Tu legión y su caballería continuarán la persecución hasta la noche. —Me tembló la voz—. Matad, quemad y destruid. Vete.

Rugió un trueno. Las gotas de lluvia empezaron a golpear las hojas verdes y primaverales de aquellos árboles malditos; luego cayeron con más fuerza, como cascos de caballo galopando en una carga. Grandes goterones cayeron sobre las ascuas y sisearon como serpientes. Di la vuelta a mi caballo.

—Han sido los druidas —dijo Agrícola.

—Han sido los britanos —dije—. No lo olvidaré.

8

Era el veinticinco de abril. Durante cuatro días a partir de entonces, el ejército arrasó Mona sin encontrar resistencia. La batalla y el exterminio subsiguientes destruyeron no solo a la flor de los guerreros ordovicos, sino también a su rey, príncipes y jefes. Los druidas, la mayoría de los cuales procedían de la nobleza tribal, perecieron casi todos en la masacre. Los prisioneros revelaron bajo tortura las identidades de unos cuantos más; a esos los matamos con las mismas mutilaciones atroces que ellos habían practicado con nuestros soldados.

No encontré a nadie con quien negociar; ninguna autoridad a la que pudiera dictar mis términos, a quien pudiera exigir reparaciones, tributo y esclavos. Los destacamentos cabalgaban de punta a punta de la isla, rodeando fuertes y pueblos y conduciendo a centenares de cautivos aterrados a las empalizadas de nuestro fuerte en tierra firme.

Ordené que los bosques sagrados fueran talados dondequiera que se encontraran; y, en un lago venerado por los druidas, ordené que arrojaran una mezcolanza de artículos e instrumentos relacionados con su religión: carros de guerra, arneses, ornamentos, cadenas de esclavos.

Empezamos a construir fortalezas para establecer una guarnición permanente en Ordovicia: una en la isla y otra, que albergaría a dos mil hombres, en un lugar de tierra firme llamado Segontium. Aquel emplazamiento era más adecuado para un fuerte que nuestro campamento original; estaba en una posición muy estratégica, en la cima de una colina ancha y redonda, y dominaba el acceso a Mona y al estrecho. Entretanto, ayudados por los prisioneros, terminamos la calzada desde Conovium y la prolongamos hasta Segontium.

El seis de mayo llegó a Segontium, donde había instalado mi cuartel general, un despacho «inmediato» procedente de Londinium. Decía:

«El procurador Deciano Cato al legado propretor G. Suetonio Paulino en Mona. Saludos. Acabo de regresar de mis viajes por Icenia, donde he estado recaudando dinero y propiedades legadas al Príncipe según el testamento del difunto rey Prasutago.

»Encontré a los icenos reticentes y obstinados hasta el punto de impedirnos activamente la recaudación de lo que legalmente nos

correspondía. En algunos casos, los soldados de mi escolta tuvieron que tomar medidas de fuerza contra los nativos obstinados que se resistían a mis justas demandas. La reina Boudica fomentó activamente y ejemplificó tal actitud. Sin embargo, gracias a mi determinación y persistencia, conseguí los fondos que buscábamos.

»Parece ser que Boudica, enfurecida por no haber podido impedir la ejecución del testamento del rey, está tratando de incitar a sus nobles a rebelarse contra nuestro gobierno. Los magistrados de Camulodunum me enviaron ayer un informe con datos sobre reuniones para preparar la guerra en Venta Icenorum y otros lugares. No puedo imaginar que detrás de esta noticia, si es cierta, haya nada más serio que esas orgías de oratoria a las que los britanos son tan dados; los icenos llevan trece años desarmados y son, por tanto, incapaces de ejercer la violencia activa.

»La alarma de los magistrados es, por consiguiente, infundada. Sin embargo, y para tranquilizar sus miedos, que me han expresado en una petición de ayuda militar, les he enviado a doscientos soldados de Londinium. Aunque la disposición de las tropas es un asunto que normalmente no pertenece a mi jurisdicción, me pareció mejor, dadas las circunstancias, acceder a su petición e informarte de ello. Espero que lo apruebes. Adiós».

Leí aquella pomposa misiva con algo de desconcierto. Era muy improbable que Cato considerara con ecuanimidad una verdadera amenaza de rebelión armada tan cerca de su persona; y, sin embargo, se tomaba el asunto a la ligera y, al parecer, consideraba que dos o tres centurias de tropas de segunda clase, serían un elemento disuasorio suficiente. Por otro lado, los duros veteranos de Camulodunum no eran hombres que sucumbieran fácilmente al pánico; si estaban seriamente preocupados, era porque se estaba preparando algo realmente desagradable. No obstante, si los icenos estaban al borde de la rebelión abierta, ¿por qué no había tenido noticias de Aurelio Baso?

Me mordí el pulgar y leí el despacho por tercera vez. Sonaba a falso. Cato sabía algo o había hecho algo —algo estúpido, peligroso o desastroso— que deseaba ocultar. ¿Hasta qué punto era grave la situación? Mi instinto me decía que partiera hacia Londinium de inmediato; y, sin embargo, dudaba. La pacificación de Ordovicia y su incorporación a la provincia apenas habían empezado. Ya había dado órdenes de que los destacamentos exploraran la zona montañosa al este de Segontium y entablaran contactos pacíficos con los jefes a los que esperaba ceder la autoridad sobre la región. La organización de la administración civil de manera permanente me llevaría al menos otro mes.

Entretanto, había pedido a Viroconium expertos metalúrgicos y contratistas de minas para estudiar las fuentes de plomo y cobre en el territorio conquistado. Para trabajar en las minas ya teníamos esclavos en abundancia, y llegarían más a medida que extendiéramos nuestro control.

Solo nos quedaba extraer el mineral y poner en funcionamiento un río de riqueza que fluiría hacia Roma. La tarea que me había encomendado el Príncipe estaba casi completada, y podía pensar en mis recompensas: la aprobación de Roma y el permiso para expandir las fronteras de Britania más allá de Brigantia. ¿Debía permitir que aquella misiva ambigua de Cato deshiciera todo aquello?

No, decidí, no debía hacerlo. Escribí a Petilio Cerialis y le ordené que enviara un destacamento de al menos dos mil hombres a Camulodunum con toda premura, al margen de cuál fuera la situación en Brigantia. Los mensajeros tomaron el despacho y partieron al galope hacia Lindum. Caballos y jinetes serían relevados en Conovium, Varae, Deva y en todos los puestos de carretera que jalonaban la Vía de la Frontera cada quince millas. Llegarían a Lindum al cabo de tres días. La fuerza de Cerialis podría entrar en Camulodunum cuatro días más tarde. Siete días. Y la carta de Cato databa de tres días atrás. Diez días. Podían ocurrir muchas cosas en diez días. Media provincia podía ser devastada. Vacilé de nuevo, a punto de cambiar mi decisión.

No. No había tenido noticias de Baso.

9

Cuatro días más tarde, cerca del crepúsculo del diez de mayo, una tropa de la Caballería del Indo entró al galope en el fuerte de Segontium. Sostenían en su silla a un hombre fatigado y de rostro gris que cayó exhausto de su caballo. Consiguió articular dos frases antes de desmayarse.

Permanecí inmóvil, respirando lentamente y contemplando sin verlos los picos de las montañas, bronceados por los últimos rayos de un sol ya desaparecido. Di órdenes, y no recuerdo las palabras. Los hombres echaron a correr. Los jinetes saltaron a las sillas y azotaron a sus caballos, partiendo a misiones frenéticas. Me volví y eché a andar lentamente hacia mi cuartel general, caminando con cuidado, como un hombre aturdido por el vino.

El prefecto Aurelio Baso había traído su mensaje en persona. La pira estaba en llamas.

CAPÍTULO 11

«*Se alegra de abrirse camino por medio de la devastación*».
LUCANO

1

Aquella era una emergencia que exigía velocidad por encima de todo, que exigía enviar un ejército hacia el este como un relámpago en un movimiento «más rápido que hervir espárragos», como solía decir el divino Augusto. Nada, en aquella terrible situación, podía resultarme más deseable o más acorde con mi estado de ánimo. La realidad ordenó otra cosa.

El ejército estaba esparcido por dos mil millas cuadradas de territorio montañoso, de Mona a Deva. Mis primeras órdenes, dadas automáticamente con los sentidos aún aturdidos por el impacto de las noticias de Baso, pretendían hacer regresar a Segontium tanto a la guarnición de la isla como a los destacamentos que habían penetrado en Ordovicia. Los mensajeros habían partido. Como hombres perseguidos por demonios, cabalgaron para pedir a los comandantes que marcharan a toda prisa de día y de noche. Pero, en el mejor de los casos, la fuerza no podría reunirse antes de la tarde siguiente; y luego tendría que ocuparme de un centenar de detalles antes de poder partir. Entretanto, tenía que decidir lo que íbamos a hacer.

Camulodunum estaba perdida. De algún modo, tenía que salvar Londinium. La mayor fuerza disponible tendría que dirigirse a esta ciudad en el tiempo más breve posible. La caballería era la respuesta obvia. Los jinetes no eran la guarnición ideal para una ciudad sitiada, pero podrían contener a los insurgentes hasta que llegaran los refuerzos.

De mis seis regimientos de caballería, dos estaban en Mona, otro en algún lugar de las montañas ordovicas con Vecio Valens, otro en Segontium y otro en Conovium. La Caballería Britana de Deva no contaba: no podía confiar en ellos para luchar contra britanos. El último regimiento en llegar, probablemente el de Valens, no estaría en Segontium antes de la tarde siguiente; y los hombres estarían fatigados y necesitarían descansar. Incluso si

no descansaban, los caballos no podrían cruzar las montañas por la noche. De modo que nuestra partida tendría que aplazarse hasta el amanecer del día doce.

El retraso fue un tormento; pero lo empleé para asegurarme de que todo estaba preparado con antelación. Durante toda aquella noche, trabajé en el puesto de mando recién construido de Segontium —con paredes de madera, suelo de cemento y tejas— y que sería destruido tan pronto. Un mapa de Britania estaba desplegado sobre una gran mesa de roble, obra de los carpinteros de la legión. Seleccioné rutas, medí distancias y dicté los datos a mis dos tribunos, Agrícola y Saturio Segundo, que apuntaban las cifras en sus tablillas y calculaban los totales. Funcionarios con ábacos hacían sonar las cuentas a toda prisa y convertían millas en horas y días. A partir de sus cálculos surgió lentamente un complicado diseño de movimientos que detallé fragmento a fragmento en el plan de la operación.

Transcurrían las guardias; el alba hizo palidecer las velas. Como un albañil llenando el último espacio vacío en un mosaico, escribí la línea final. La imagen estaba completa. Era imposible actuar con más rapidez. No podíamos llevar una fuerza considerable a Londinium en menos de nueve días.

Cuando el teserario de día vino a pedirme el santo y seña, llamé al prefecto del campamento a una reunión y tratamos de los asuntos administrativos. Partió con sus órdenes: demarcar un campamento para las unidades de regreso, colocar raciones y forraje en sus líneas, cargar los transportes, organizar el traslado de los heridos, asignar una escolta para la gran caravana de esclavos y prisioneros de guerra, y preparar la demolición del fuerte. Podría descansar muy poco en las siguientes veinticuatro horas.

Al amanecer, los mensajeros escoltados tomaron el camino de montaña con órdenes de aviso a Conovium, Varae y Deva y con órdenes operativas urgentes a Viroconium y Glevum. Aquella dependencia de los jinetes para nuestras comunicaciones nos costaba nada menos que dos días de los nueve que transcurrirían antes de que ningún legionario pudiera llegar a Londinium. El terreno montañoso era ideal para las comunicaciones por señales, pero no habíamos tenido tiempo de construir una cadena de torres fortificadas en las cimas de las colinas.

En mi alojamiento encontré a Baso, atendido por mi médico personal, el griego Hermógenes. El prefecto estaba profundamente dormido.

—Este hombre tiene información urgente que debo conocer, Hermógenes. ¿Está muy grave? ¿Puedes despertarlo?

El doctor agitó las manos.

—Mejor que no, señor Paulino. El prefecto está completamente exhausto. Necesita dormir, y luego comer. Mañana debería estar bastante recuperado.

Permanecí un momento indeciso, considerando cuántas cosas sabía Baso que eran vitales para mis planes. Icenos y trinovantes en rebelión. Camulodunum rodeada. Eso era todo lo que sabía. Entonces me encogí de hombros; unas pocas horas no cambiarían nada. Salí del edificio y me dirigí a ver a Manio Segundo para tratar de la selección y el transporte de mi equipaje personal.

En campaña, nunca me he permitido grandes lujos de mobiliario, comida y ropa. Oficialmente, un legado al mando de una provincia tendría que limitarse a lo esencial, una mula y una tienda, como había ordenado el divino Augusto; pero extraoficialmente, no hay restricciones respecto al tamaño de su equipaje. Conocí a un comandante (no diré su nombre) que emprendía la campaña con cuarenta carretas cargadas de pabellones fastuosos, colgaduras de seda, grandes cantidades de ropa de cama, mobiliario digno de un palacio, vino y comida refinada. Detrás llevaba a una cohorte de libertos y esclavos, chambelanes, cocineros, masajistas, barberos y actores. Sus tropas se burlaban, pero, con la actitud filosófica habitual en los soldados romanos de servicio, no hacían comparaciones entre su situación y la del general; su extravagancia, en realidad, aumentaba su prestigio entre sus hombres. De modo que era la preferencia personal, no el deseo de propiciar a mis legionarios, lo que restringía mi equipaje.

En el campo usaba solo lo que podía caber cómodamente en una carreta de cuatro ruedas: una tienda doble, mobiliario de campamento plegable de mi propio diseño, fabricado con lona, cuero y madera, una estera de lona y la ropa de cama y mudas suficientes para asegurarme el cambio diario. En campaña, como el antiguo Marco Cato, bebía el mismo vino que los hombres y comía el mismo alimento. En ello no había ningún mérito especial; lo prefería así.

Pero habían pasado veinte años desde la última vez que había tenido que reducir mi equipaje a los límites de un solo caballo de carga, que era lo permitido para los prefectos y centuriones de caballería cuando se marchaba sin intendencia. Después de una ansiosa discusión con Segundo escogí como elementos esenciales una túnica, un coselete y unas botas de recambio, algunas camisas y calzones de lana, una capa extra y varias mantas. El oficial, aunque habituado a mis costumbres austeras, apenas pudo reprimir sus escandalizadas protestas.

Todavía se escandalizó más cuando le ordené que atara una manta extra sobre mi silla de montar y le aconsejé que hiciera lo mismo. Mi trasero estaba endurecido por las muchas horas a caballo, pero los días siguientes exigirían cabalgar a una velocidad y durante un número de horas muy superiores a la experiencia de mis jinetes. Segundo, un legionario, era un jinete torpe y sin duda se resentiría. Pero insistió en acompañarme, aunque me ofrecí a tomar un asistente temporal de la caballería de mi guardia.

Me dirigí al puesto de mando, donde los secretarios completaban las órdenes operativas escritas para cada comandante. Las comprobé y las firmé. Las cohortes empezaron a llegar desde Mona. Un grupo de retaguardia, que se había quedado atrás para destruir el fuerte recién nacido en la isla, no llegaría a Segontium hasta más tarde; y habían dejado destacamentos en las playas de tierra firme para quemar las barcazas usadas en la batalla, que a la sazón transportaban el tráfico diario a través del estrecho.

Aufidio Pantera, muy nervioso, llegó para consultar conmigo. Había recibido mi mensaje anunciando la evacuación total de Ordovicia, y dejando a su discreción la conducta de la flota. Parecía muy indeciso respecto a qué debía hacer.

—No puedo quedarme aquí sin protección, legado. Si regreso al fondeadero cerca de Deva, ¿tendré tropas a mi alcance?

—No —repuse—. Las más cercanas estarán en Viroconium.

—Oh. Aún es demasiado pronto para poder contar con buen tiempo para un viaje por mar abierto. Después de lo que sufrimos para llegar hasta aquí…

—Tendrás que tomar tu propia decisión, Pantera —lo interrumpí bruscamente—. El estuario de Deva debería ser un lugar seguro. Tus hombres pueden construir un fuerte para proteger el fondeadero, como hicieron antes, y podéis esperar ahí hasta que el tiempo mejore.

—Nunca mejora, en estas aguas —rezongó—. Realmente, no sé qué es lo mejor.

Perdí la paciencia.

—Y yo no puedo decírtelo. Ni me importa. Estamos a punto de perder una provincia; el destino de veinte galeras es irrelevante. Haz lo que quieras.

Se sonrojó, empezó a decir algo, cambió de opinión y salió, con la indignación escrita en todo su cuerpo. Suspiré, lamentando mi estallido. Pantera tenía el don desafortunado de sacarme de mis casillas en los momentos más cruciales.

El largo día fue transcurriendo. Paseé por el fuerte, un hervidero de actividad intensa. Los grupos de trabajo vaciaban los graneros, dividiendo el

contenido en montones separados de raciones para quince días destinados a cada unidad. Los carpinteros fabricaban literas para los heridos; todavía teníamos a más de doscientos hombres hospitalizados desde la batalla de Mona. El equipamiento de reserva se cargaba en carros y carretas. Todo el personal restante estaba ocupado cavando el foso de un campamento fuera del fuerte para los destacamentos que, al regresar, tendrían bastante trabajo con los preparativos para la marcha, sin tener además que cavar sus propias fortificaciones.

Regresé a mi alojamiento. Baso seguía dormido, y Hermógenes volvió a insistir en no despertarlo. De allí me dirigí al pretorio, donde dicté cartas para Roma. Los despachos laureados anunciando nuestra victoria sobre los ordovicos habían partido tiempo atrás; aquellas eran respuestas de rutina, listas de víctimas, peticiones de refuerzos y recomendaciones para condecoraciones. En la batalla por el estrecho habíamos perdido a más de trescientos legionarios y siete centuriones, casi todos de la Decimocuarta Legión, y el mismo número de auxiliares, entre los cuales la Primera de Morinos y la Primera de Frisiavones habían sufrido más que nadie. Un precio no muy alto dadas las circunstancias, pues habían participado cinco mil romanos, habíamos puesto en fuga a treinta mil britanos y matado a la mitad. La playa del desembarco en Mona todavía apestaba a muerte.

Repasé una lista de nombres que merecían recompensa por su valor. El Príncipe, al contrario que su antecesor el divino Augusto, no era avaro con las condecoraciones. Yo mismo autorizaba las recompensas a soldados por debajo del rango de centurión, y ya había otorgado un número generoso de coronas murales y de oro, cadenas, brazaletes y medallones. Pero los que recibían sus nombramientos directamente del Príncipe solo podían ser recompensados por él; de modo que le envié una lista de tribunos y prefectos recomendados para la corona de oro, la lanza o el estandarte de plata. No podía solicitar ninguna recompensa apropiada para el caso más meritorio de todos. Vecio Valens tenía ya una corona de oro y casi todas las demás condecoraciones. Escribí un informe completo sobre sus servicios y expresé mi esperanza de que el Príncipe encontrara adecuado, en algún momento, elevarlo al rango senatorial, una esperanza que nunca se cumplió.

Apenas había terminado cuando, cuatro horas antes de lo esperado, apareció el propio Valens. Lo rodeé con los brazos; nunca había estado tan complacido de ver a nadie en mi vida.

—¿Has venido volando con las alas de tu águila? —le pregunté—. ¿Están tus hombres contigo?

—No. —Se frotó la boca con el antebrazo—. Estoy seco como el desierto. ¿Tienes algo de vino? No. Cedí el mando al tribuno jefe y vine a toda velocidad. Tu mensaje no decía cuál era el motivo de la llamada.

—Los mensajeros pueden sufrir emboscadas. No queremos que los ordovicos conozcan nuestras desgracias.

—¿Desgracias? Una palabra suave, si no me equivoco en mis suposiciones. Para mí, tu mensaje olía a problemas de los peores.

—Has olido bien. —Un esclavo trajo vino; Valens bebió con avidez. Despedí a los secretarios y guardias y cerré la puerta—. Siéntate, Valens. Tenemos entre manos una rebelión a gran escala.

Le conté lo poco que sabía.

2

El legado tamborileó con los dedos sobre la mesa cuando terminé.

—Malo —dijo—. Camulodunum debe estar acabada. ¿Baso escapó justo antes de que la colonia fuera rodeada?

—Eso entendí.

—Y cabalgó doscientas setenta millas en cuatro días. ¡Por los Gemelos, el hombre tiene que estar muerto!

—Estuvo a punto de morir. Se recuperará.

—¿A dónde se dirigirán los rebeldes a continuación? ¿Londinium?

Señalé el mapa extendido entre nosotros.

—Hoy es once de mayo. Camulodunum fue atacada el ocho.

¿Cuánto tiempo puede resistir una ciudad sin murallas, defendida por mil soldados veteranos y doscientos auxiliares de segunda clase? ¿Un día? ¿Dos días? No más. Debemos dar por sentado que en este momento Camulodunum está en ruinas y sus defensores muertos. ¿Qué están haciendo ahora los icenos?

—Saqueando, si conozco a los bárbaros.

Sacudí la cabeza.

—El día seis envié un mensaje a Cerialis ordenándole que se dirigiera a Camulodunum. Debió partir ayer, y ahora estará en algún lugar de la Vía del Norte, acercándose al territorio iceno. Los icenos de Camulodunum tendrán noticias de su llegada y darán la vuelta para enfrentarse a él.

—Y Londinium estará a salvo.

—Durante un tiempo. No sé cuántos hombres tiene Cerialis. Le dije que no se llevara a menos de dos mil. Ocurra lo que ocurra, nos proporcionará una diversión que debería darnos tiempo para reforzar Londinium.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Nueve días.

Valens hizo los cálculos mentalmente y pareció deprimido.

—Será mejor que Cerialis gane esa batalla. Si fracasa…

—Aunque sea derrotado, podríamos tener tiempo suficiente. Escucha. Este es mi plan. Mañana, con cinco regimientos de caballería, me dirigiré a Londinium. Un sexto regimiento, la Caballería de Próculo, procedente de Viroconium, se nos unirá en Pennocrucium. Llegaremos a Londinium el dieciséis.

—¿En cinco días? ¡No podréis hacerlo!

—Lo haremos. Al mismo tiempo, la Decimocuarta Legión, con la cohorte de veteranos de la Vigésima Legión y tres cohortes auxiliares marchará por la Vía Media. Recogeréis a vuestro paso a las guarniciones de la Primera de Vangiones destinadas en los puestos de carretera, lo que nos proporcionará otra cohorte fuerte. Nada de transporte rodado y muy poco equipaje. Llegaréis a Londinium el veinte.

—Nueve días —dijo Valens—. Doscientas treinta millas. Más de veinticinco millas al día. ¡Una marcha muy dura!

—Marcharéis para salvar una provincia y las vidas de diez mil romanos —dije sombríamente—. Esta mañana he enviado un despacho urgente a Glevum. El día catorce de mayo, la Segunda Legión con una cohorte auxiliar saldrá de Glevum, recogerá a la Tercera y Cuarta de Galos de los puestos de carretera de la Vía del Oeste, y llegará a Londinium el dieciocho. Ciento veinte millas en cinco días.

—Una concentración muy rápida —asintió lentamente Valens—. El veinte, dentro de nueve días, tendrás en Londinium a tres mil jinetes, once mil legionarios y cuatro mil auxiliares de infantería. Dieciocho mil hombres. Deberían bastar para aplastar a los icenos.

—Tal vez. —Garabateé símbolos absurdos sobre una tablilla—. Nada se extiende más rápidamente que una rebelión triunfante. Puede que no solo tengamos que derrotar a los icenos.

—¿Y la frontera? —preguntó Valens—. Las fortalezas del oeste quedarán desguarnecidas.

Le expliqué cómo redistribuiría nuestras fuerzas para proteger las fronteras. Cuatro cohortes de la Vigésima Legión de Viroconium, advertidas

por un mensajero, debían estar marchando en aquel momento para reforzar Glevum, y serían seguidas por dos cohortes auxiliares procedentes de Mona. Estas, junto con las unidades dejadas en Glevum, formarían una guarnición de dos mil legionarios y dos mil quinientos auxiliares. Viroconium tendría cinco cohortes de la Vigésima Legión y tres mil quinientos auxiliares, un total de seis mil hombres. Las guarniciones eran pequeñas; algunos fuertes entre ambas fortalezas tendrían que ver sus fuerzas muy reducidas o ser abandonados temporalmente; pero no era pesimista. Todavía reteníamos a nuestros rehenes siluros, y los ordovicos no estaban en condiciones de empezar una guerra.

Valens partió para hacer sus preparativos. Al anochecer, todos los destacamentos exteriores habían regresado y convoqué una reunión de comandantes. Habían recibido sus órdenes por escrito; solo quedaban dudas menores y algunos problemas administrativos por resolver. Algunos prefectos estaban dolidos y enfurruñados, porque sus unidades, destinadas a las misiones de guarnición en la frontera, no marcharían a la nueva guerra. No podía explicarles que había escogido a los auxiliares con sumo cuidado, prescindiendo para el ejército de campo de todos los galos y belgas que tuvieran afinidades raciales con las tribus del este de Britania. No iba a correr más riesgos evitables.

Resumí las órdenes para el día siguiente.

—El ejército marchará en tres destacamentos. Los primeros cuatro regimientos de caballería, bajo mi mando, partirán al amanecer. Su destino será Deva. El segundo destacamento —la Decimocuarta Legión, la Primera Cohorte de la Vigésima Legión y sus auxiliares—, al mando del legado Vecio Valens, saldrá inmediatamente a continuación. Pasará la noche acampado entre Conovium y Varae. El tercero —dos cohortes de la Vigésima Legión y cinco cohortes auxiliares, maquinaria de guerra, caravana de esclavos, convoy hospital y transporte rodado— demolerá el campamento y el fuerte de Segontium antes de partir. Su destino será Conovium.

»Los hombres de todos los destacamentos llevarán raciones para quince días y forraje para dos días. Valens, tus hombres viajarán ligeros. Tu equipaje queda limitado a una mula o asno para cada grupo de ocho hombres, lo que os permitirá llevar las tiendas. No sobrecarguéis a los animales; tienen que viajar rápido y lejos.

Agotado, me dirigí a mi alojamiento. Baso estaba despierto, y parecía encontrarse descansado y bien; pero yo no había descansado la noche anterior

y estaba demasiado cansado para hablar. Me dejé caer sobre la cama y me hundí en un sueño sin fondo.

3

La mañana amaneció clara y fría. En la penumbra gris cabalgué hacia el terreno de parada, donde estaban reunidos cuatro regimientos y la caballería de mi guardia personal. Sonaron las trompetas en el campamento donde los legionarios de Valens formaban en orden de marcha.

Los prefectos saludaron e informaron de que todo estaba preparado. Valens apareció a mi lado.

—Que Júpiter te proteja, legado. Cabalga rápido. Te estaremos pisando los talones.

—No nos demoraremos, Valens. ¿Y tú? ¿Por qué no estás montado?

—Tengo que llevar a ocho mil soldados y mil animales de carga hasta más allá de Conovium durante el día de hoy —dijo con aire lúgubre—. Treinta millas por encima de las montañas. Puede que los hombres olviden sus callos si me ven también a pie.

—Compararemos ampollas en Londinium. Adiós, Valens.

Di la señal. La vanguardia salió a la calzada a medio galope, envió a los exploradores delante, ganó algo de distancia y empezó a avanzar al paso. Yo dirigía el cuerpo principal, a la cabeza de mi personal y mi guardia. Tras dar tiempo para que las últimas filas de la retaguardia se pusieran en marcha, las trompetas ordenaron el medio galope. Quería aprovechar las doce millas de terreno plano antes de entrar en las montañas.

La columna, en filas de a seis, traqueteaba, crujía y tintineaba con un ritmo cómodo y fácil. Los caballos tiraban y se impacientaban, moviendo las cabezas contra los bocados y caracoleando en el frescor primaveral. Los auxiliares entonaron fragmentos de canciones, cánticos agudos y salvajes de la lejana tierra de los astures. Pensé en las millas que teníamos por delante y me pregunté cuánto rato duraría el buen humor.

Tras cinco piedras miliares redujimos el paso y desmontamos para hacer una breve parada rutinaria y estrechar cinchas, ajustar bridas y corregir cualquier error cometido al ensillar en la oscuridad. Entre mi personal distinguí a una figura poco familiar que plegaba su manta de montar.

—¡Aurelio Baso! ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Se enderezó y saludó.

—Mi puesto está contigo, legado —dijo tranquilamente—. Hay mucha información que todavía no te he dado.

—¿Estás lo bastante recuperado para venir con nosotros? ¡Por Hércules, habrás cabalgado una larga distancia antes de que acabe esta guerra!

—Estoy bastante bien, legado. Aunque no lo estuviera, me ataría a la silla para perseguir a esos salvajes que asesinaron a mis amigos en Camulodunum.

—Camulodunum. Sí, hay muchas cosas que ignoro. Puedes contármelas mientras cabalgamos. Trompeta, señal de montar.

Seguimos trotando; y Baso, a mi lado, empezó la historia de la increíble estupidez de Deciano Cato y el holocausto que la siguió. Algunos de los acontecimientos los presenció por sí mismo; y sobre las acciones de Cato en Icenia recibió informaciones completas, tanto de sus agentes secretos infiltrados en el séquito del procurador, como de algunos veteranos de la colonia que lo acompañaron. Más tarde, supimos por los icenos capturados cómo Boudica había organizado su revuelta. Baso no pudo decirme cómo murió Camulodunum. Esa parte de la narración me la contó más tarde un liberto, uno de los siete supervivientes, y la incluyo aquí para completar la tragedia. Una historia obtenida de fuentes tan variadas puede resultar inconexa, y a veces poco fiable, por lo que no trataré de narrarla en detalle. Los incidentes no afectaron al resultado; el hecho de la destrucción de Camulodunum es lo importante en esta historia.

4

Cato entró en Icenia como el general de un ejército invasor. El pretexto para su acción, para su locura irresponsable, era la copia de un apéndice al documento de Nerón autorizando la anexión de Icenia si el rey moría sin sucesión masculina. El documento, un texto explosivo y altamente secreto que contenía las instrucciones completas para la asimilación del reino como parte de la provincia de Britania, viajaba en aquel momento hacia Mona llevado por mensajeros del gobierno. Cato había recibido solo un fragmento del texto: un apéndice que regulaba los aspectos financieros que afectaban al procurador. A él le pareció una excusa suficiente.

Con una escolta de trescientos legionarios requisados del arsenal de Londinium, cincuenta veteranos bribones que se le unieron en Camulodunum, y un numeroso séquito de escribas libertos, secretarios esclavos, carros de bueyes y animales de carga, empezó a pisotear Icenia. Se encontró con

Boudica en Venta Icenorum. Allí, en una reunión entre funcionarios romanos y jefes nativos, el procurador presentó sus increíbles demandas a la estupefacta reina. Aquellas demandas iban mucho más allá de las propiedades legadas a César en el testamento de Prasutago. Mostró la autorización de Nerón para cobrar las donaciones del divino Claudio… más los intereses acumulados durante dieciocho años. Cato era un funcionario con experiencia; sabía muy bien que una demanda como aquella necesitaría de la presencia de una legión a su espalda. Y, sin embargo, se atrevió a plantearla, tan solo con el apoyo de cuatrocientos soldados de segunda clase, y en el corazón de un territorio que ya vacilaba al borde de la hostilidad. Deciano Cato nunca fue un hombre valeroso. Fue simplemente el mayor idiota de la historia de la administración romana.

Boudica no se negó de inmediato, aunque cumplir con aquella exigencia hubiera absorbido todos sus recursos y arruinado a sus jefes de tribu, dejando a la reina y a sus hijas más pobres que la pastora más miserable de los bosques de Icenia. Solicitó tiempo para considerarlo y se retiró a su palacio. Al cabo de unos días Cato supo que los britanos estaban huyendo de Venta Icenorum hacia los pantanos inaccesibles del oeste, acompañados —y ahí estaba lo crucial— por grandes riquezas en oro y plata, monedas, ornamentos preciosos, lingotes, joyas y perlas. Al ver que le escamoteaban el botín bajo sus narices, corrió con su escolta al palacio casi desierto.

En aquel edificio destartalado y sombrío perdió el control de la chusma que formaba la mayor parte de su séquito. Registrando el palacio, los romanos encontraron un almacén de vino. En cuestión de minutos, una multitud ebria había saqueado el lugar y violado a sus ocupantes femeninas, incluyendo las hijas de la reina. Cuando Boudica llegó, trató, en su furia, de atacar a Cato. Él hizo que la capturaran y ataran, y la azotó personalmente con una vara arrebatada a su lictor.

Entonces, horrorizado por sus propias acciones y picado por el aguijón venenoso del pánico, huyó de Icenia. Sus compañeros, sin embargo, resentidos porque el botín de Venta Icenorum no había sido tan cuantioso como esperaban, saquearon cuanto pudieron durante la marcha de regreso. Pasó por Camulodunum a toda prisa y llegó a Londinium el veintisiete de abril, jadeando de aprensión. Durante varios días las bandas romanas, cargadas de botín, estuvieron regresando de Icenia tras dejar un rastro de destrucción a su paso.

Cato dejó tras él a una mujer ultrajada y furiosa llamando a sus hombres a una guerra de venganza.

5

Diez días más tarde, el golpe cayó sobre Camulodunum. El ejército rebelde salió de los bosques, que se habían llenado tanto que los mismos árboles parecían avanzar. Se derramaron por carreteras y caminos como ríos desbordados. Rodearon la colonia en un gran anillo, como una pitón contemplando su presa, y se prepararon para la batalla.

Los hombres de Camulodunum no habían permanecido ociosos. La imagen del destino que les esperaba, pintada a partir de las narraciones de espías y comerciantes que huían de la furia nativa, estaba tan clara en sus mentes como un relámpago sobre un estanque tranquilo. Hicieron todos los preparativos que pudieron. Los mensajeros partieron al galope hacia Cato en Londinium y Cerialis en Lindum. El propio Baso se dirigió a Mona. Desde Londinium, el procurador envió a doscientos soldados semiequipados, los desechos de los centros de reclutamiento y arsenales. Y eso fue todo. Mil antiguos legionarios se prepararon para defender Camulodunum y a sus tres mil civiles contra treinta mil nativos de los más salvajes del mundo.

La ciudad no tenía muralla, porque no había habido tiempo de construirla, de modo que el poblado fue abandonado: granjas, casas, oficinas y foro. Toda la guarnición se retiró al Templo de la Victoria, cuyo recinto estaba protegido por un sólido terraplén de roca. Encerraron a mujeres y niños en el templo y se apostaron en las paredes.

Contra este blanco, Boudica lanzó a todo el peso de su ejército.

Durante dos días, increíblemente, los romanos defendieron aquella improbable fortaleza. Luego, la resistencia se rompió y los britanos entraron por las paredes como el agua en un barco hundido. Los hombres de Camulodunum lucharon como veteranos que eran y murieron de modo lento y amargo. Algunos todavía luchaban cuando el enemigo derribó las puertas del templo y empezó la larga matanza en su interior.

El final fue de fuego: una hoguera furiosa que cubrió la tierra de llamas y chamuscó las estrellas del cielo.

6

Baso no había terminado su triste narración cuando entramos en Deva. Había habido muchas interrupciones en la línea de marcha, y la inutilidad de marchar en columna continua se hizo pronto evidente: cualquier accidente en

una tropa provocaba inevitablemente que todo se detuviera. Extendí la columna y permití un intervalo de una milla entre regimientos; los regimientos dejaron cien pasos o más entre las tropas. De aquel modo, como las cuentas de un collar de más de ocho millas de longitud, trotamos, avanzamos, ascendimos y descendimos desde Segontium a Conovium, donde se nos unió la Caballería del Indo, y de allí a Varae y Deva.

Sesenta millas de carretera de montaña habían castigado a hombres y caballos. Teníamos muchas bajas entre los animales, sobre todo por torceduras y caídas; nos quedaban muy pocas filas de animales en las reservas de cada regimiento.

El ocaso era un recuerdo. En la semioscuridad me apoyé en las murallas del fuerte de Deva y observé cómo los últimos regimientos entraban exhaustos en el terreno de parada, formaban en masa y desmontaban. Sabía que muchos rezagados todavía avanzaban dolorosamente por la oscuridad de la calzada. Arrastré mis piernas doloridas hasta las líneas de caballería. Los hombres ataban, alimentaban y cepillaban a los caballos, guardaban armas y sillas y empezaban a hervir sopa en los fuegos de leña. Algunos ya dormían, envueltos en sus capas, ajenos al mundo. Los prefectos distinguieron el destello escarlata de mi capa a la luz de las antorchas, y corrieron a informarme de pérdidas y daños y a pedir instrucciones para la noche.

Los conduje a una cabaña de madera que era el cuartel general de la Caballería Britana, donde Baso, con el rostro gris y respirando pesadamente, dormía sobre un jergón. Observé su castigado cuerpo con compasión y admiración; la constitución de aquel hombre parecía de hierro forjado.

Los oficiales informaron del estado de sus unidades. Les dije:

—Hemos dejado treinta y tres caballos en puestos de carretera, y diecisiete más con sus jinetes se han quedado atrás y siguen perdidos. Veinte animales en este campamento no están en condiciones de marchar mañana. No me parece una buena actuación para cinco regimientos supuestamente endurecidos tras un mes de campaña.

La pulla les molestó, como era mi intención. Los rostros curtidos por las inclemencias del tiempo expresaron sorpresa y resentimiento. Sonreí con severidad.

—Sí, sé lo que pensáis. Más de sesenta millas en un solo día por la peor calzada de Britania. Creéis que es una suerte que los daños no hayan sido peores. Dejadme que os recuerde lo que tenemos por delante: ciento setenta millas a cincuenta millas por día. Reforzad la disciplina de la marcha. Cuidad mejor de vuestros caballos.

Desplegué un pergamino sobre la mesa. Los horarios escritos con la letra fluida de Agrícola danzaron borrosos antes mis ojos.

—La Caballería Britana compensará las pérdidas de animales. Danos tus mejores caballos, prefecto. Marchamos mañana al amanecer. Nuestro destino será Pennocrucium, donde se nos unirá la Caballería de Próculo procedente de Viroconium. Distancia, cincuenta millas; la Segunda de Astures será la guardia avanzada durante todo el día. No espero oposición, pero tened los ojos bien abiertos en los bosques más allá de Mediolanum. Orden de marcha…

Terminé de leer y dejé caer el pergamino. Los cinco prefectos, figuras oscuras y envueltas en sus capas, permanecían inmóviles. Los atareados centuriones escribían las órdenes en sus tablillas. La luz parpadeante de una lámpara de aceite acentuaba las sombras en los rostros oscuros, y trazaba líneas profundas de nariz a boca. Hombres buenos, pensé agotado, buenos romanos, fuertes y dignos de confianza. Sobre aquellos anchos hombros descansaba probablemente el destino de Britania. El genuino placer de mi sonrisa me sorprendió a mí mismo.

—Hoy ha sido el peor día. El resto será relativamente fácil. Calzadas buenas y marchas más cortas. Hemos acabado con estas malditas montañas y todos estamos cansados. ¡Segundo! Trae vino.

Cuando se hubieron retirado me dejé caer en una cama junto a Baso, y Manio Segundo, caminando muy tieso y con las piernas abiertas como un eunuco herniado, insistió en masajear con aceite mis doloridos muslos. Mi último pensamiento consciente fue una breve apreciación de la sabiduría romana: dejamos que los soldados extranjeros cabalguen por nosotros.

Al salir el sol, Deva estaba ya a tres millas y habíamos adoptado el pulso regular de una columna de caballería en una buena calzada: una milla al paso, tres millas a medio galope, una milla tirando del caballo y una parada mientras el teserario contaba hasta quinientos. De mala gana, las piedras miliares fueron reduciendo la distancia hasta Londinium.

7

Mis pensamientos eran tan sombríos como el oscuro bosque por el que cabalgábamos. Baso me había contado todo lo que sabía. Lo había dejado atrás, encogido en la silla como si, tras cumplir con su misión, hubiera

renunciado a toda fuerza y valor. Recordé tristemente mi última pregunta y su respuesta.

—¿Puede resistir Camulodunum? —había preguntado. Una pregunta estúpida, como tratar inútilmente de agarrarse al último atisbo de esperanza.

Baso se había encogido de hombros, exhausto.

—¿Quién sabe? Mil contra diez mil, o veinte mil, o treinta mil. No vi al ejército britano. No puedo juzgar.

—Los romanos han triunfado en situaciones muy difíciles. ¿Recuerdas a Quinto Cicerón? Su legión resistió durante catorce días contra sesenta mil nervios.

—Eso fue hace mucho tiempo —había murmurado Baso—. Y Cicerón tenía una legión, una de las de Julio César, y una fortaleza. En Camulodunum hay mil veteranos oxidados dentro de un templo.

No dijimos nada más. Cabalgaba en pensativo silencio, ajeno a la irritación y al dolor en mis muslos, a las hileras de árboles que bordeaban la calzada y a la lluvia que adornaba capas y arneses con perlas evanescentes. La columna vadeó un riachuelo que se arremolinaba bajo la embestida de la lluvia invernal. Los árboles quedaron atrás y nuestros caballos, apoyados en las bridas, ascendieron por una pendiente pronunciada hasta el fuerte de Pennocrucium.

La Caballería de Próculo ya había llegado al campamento desde Viroconium. Nuestra avanzadilla, enviada en la última parada, había trazado nuestro perímetro y los guías acompañaron a cada regimiento a sus líneas. Entré en el fuerte, un puesto pequeño guarnecido por cien vangiones. El alojamiento del comandante era cálido y bien amueblado: el centurión sabía cómo aliviar los rigores de un destino en un puesto aislado. Me calenté las manos en un brasero, estudiando las ascuas. Pequeñas lenguas de llama brotaban y morían tras los barrotes. Fuego, capaz de confortar a un hombre y destruir una ciudad. ¿Había ardido Camulodunum?

No lo sabía.

CAPÍTULO 12

«*¿Encontrasteis tribus hostiles y salvajes sin ley, o hallasteis gentes amigables y piadosas?*».
LA ODISEA

1

El Templo de la Victoria cayó el diez de mayo. De aquel desastre, mientras me calentaba las manos en el brasero del fuerte de Pennocrucium tres días más tarde, no sabía nada. Mi información acababa con la narración de Aurelio Baso; y él había salido de Camulodunum el día seis.

Pennocrucium era un puesto pequeño guarnecido solo por una centuria y una tropa. La estacada cuadrada, que se elevaba junto a un ancho foso, se encontraba junto a la calzada en un claro del bosque. A cien yardas, en el lado opuesto de la Vía Media, había un grupo de cabañas redondas, el habitual poblado nativo que suele concentrarse en torno a un puesto romano. Hasta pocos meses atrás, cuando mis órdenes las habían retirado a una distancia segura, aquellas cabañas habían estado en contacto con la propia muralla del fuerte.

El campamento bullía en la penumbra. La llegada de tres mil hombres y animales había dado a los tranquilos bosques de Pennocrucium el aspecto y el ambiente de una ruidosa feria de caballos. El fuerte, como todos los puestos de carretera, dominaba los restos de antiguos campamentos de marcha, con los fosos tapados y las murallas aplanadas; y en uno de ellos se habían instalado confortablemente los hombres de la Caballería de Próculo, los primeros en llegar. Los otros cinco regimientos, alojados en torno a los terraplenes demolidos, tuvieron que construir sus propias defensas.

No hay poder en la tierra capaz de hacer que la caballería cave. Solo llevan unas pocas herramientas, mucho más endebles que las de los legionarios. Normalmente, cuando se fortifica un campamento, la caballería se ocupa de las tareas exteriores, o de explorar o buscar provisiones. Rara vez toman parte en la agotadora labor de las fortificaciones. Por ello, en las pocas

ocasiones en que la caballería opera sin ningún apoyo de la infantería, las defensas de sus campamentos son una farsa peligrosa.

Contemplé la escena con desagrado. Los caballos estaban atados en líneas ordenadas, cabeza con cabeza, y las mantas de silla, cinchas y bridas estaban pulcramente alineadas. Los encargados ponían el heno ante las bestias, cepillaban lomos o inspeccionaban cascos. Ningún motivo de queja: el trazado era exacto y la disciplina correcta.

Pero observé con creciente incredulidad sus arreglos defensivos. Grupos de trabajo recorrían los bosques, cortaban ramas y las arrastraban hasta el campamento. Otros grupos amontonaban la madera como una barrera llena de hojas en torno al perímetro, y trenzaban y entrelazaban las ramas para formar un parapeto firme que, al quedar concluido, medía cinco pies de altura y dos yardas de profundidad. No había rastro de foso.

El prefecto de la Caballería del Indo leyó mis sentimientos en mi cara.

—No tenemos el adiestramiento ni las herramientas para construir un verdadero foso y una muralla, legado —dijo en tono de disculpa—. Lo que ves es la clase de barricada que usan durante la guerra los galos y los belgas para proteger los campamentos tribales. Mis hombres y los tungrios son los expertos que construyen los parapetos; los demás regimientos se limitan a cortar y transportar la madera.

—Una valla de corral —dije bruscamente—. Que Júpiter nos ayude si nos atacan por la noche. Esas ramitas no detendrían ni a un niño de dos años. Nuestra caballería tiene mucho que aprender. ¡Mira eso!

Señalé una esquina del campamento donde los soldados galos, belgas, hispanos, tracios y panonios de la caballería de mi guardia personal empleaban con ganas picos y palas y soportaban con paciencia las burlas de sus camaradas. En tono a las líneas de sus caballos estaba creciendo una muralla muy respetable.

—Esos hombres son auxiliares, como los tuyos, pero han sido bien entrenados. Dormiré en el interior de tus inútiles barreras esta noche, para experimentar los terrores del castigo de Domicio Corbulo, dormir fuera del *vallum*. ¡Y algún día os enseñaré, a ti y a tu caballería, la manera correcta de construir fortificaciones!

Cumplí mi palabra y pasé la noche en el suelo, envuelto en una capa. Dormí mal, pero lo que me mantuvo despierto no fue la falta de una cama, ni los pateos y resoplidos de los caballos, ni los cambios de guardia, pues tales cosas me eran tan familiares como mi propio nombre. Tuve unos sueños atormentados, que siempre acababan con fuego.

2

Tras salir del cinturón de bosques en torno a Pennocrucium, la carretera atravesaba una zona de campo abierto, donde recibimos el calor del sol en la cara. Mi melancolía me impidió responder a la charla animosa y las canciones de los soldados. Una tropa de mi guardia personal precedía a mi caballo —la guardia formaba siempre una entidad táctica autosuficiente en torno a mi pequeño puesto de mando— y yo contemplaba abatido las ancas de sus caballos. Los cuartos traseros de los animales estaban llenos de marcas; se movían lentamente, tropezando a menudo, y las cabezas bajas tiraban con fuerza de los bocados. Habíamos recorrido ciento veinte millas en dos días y sus efectos eran patentes. Habíamos dejado a diez soldados en Pennocrucium porque sus monturas no podían ir más lejos; los regimientos ya no tenían más caballos de reserva, y solo los repuestos tomados en Deva y Pennocrucium habían impedido una mayor erosión de nuestra fuerza.

La carretera planeaba como un halcón errante, fluyendo por el flanco de un profundo valle, hundiéndose en un vado de piedra y volviendo a ascender en triunfo hasta una cresta redondeada. Los árboles marchaban con nosotros, esparcidos en bosquecillos o congregándose en nuestro camino como filas oscuras de un ejército hostil, inexpugnable e impenetrable. Su fuerza era una ilusión, y la carretera los atravesaba.

A veces pasábamos junto a un grupo de cabañas miserables, de paja y adobe, rodeadas por una empalizada de madera. Había unas cuantas reses flacas atadas en el interior, y una o dos cabras. Un pastor de cerdos se ocupaba de sus animales al borde del bosque mientras las mujeres tiraban de un arado de madera sobre un campo diminuto robado a los arbustos. Los niños corrían a ver pasar la columna y los hombres nos observaban protegiéndose los ojos con las manos. Aquellos nativos, que vivían junto a la calzada, estaban habituados a las tropas romanas. En los bosques más profundos, o en los claros adonde solo se llegaba por caminos embarrados, los habitantes huían a buscar refugio y permanecían ocultos hasta que los cascos de hierro habían pasado.

Llegamos a Venonis antes del crepúsculo. Aquel puesto, el cuartel general de la Primera de Vangiones, era el mayor y más fuerte de la Vía Media. Había un antiguo campamento de marcha delante del fuerte, donde se alojaron los seis regimientos. Los auxiliares, sin hacer ningún intento de limpiar el foso lleno de arbustos o de reparar las murallas, se limitaron a coronar solemnemente el terraplén con su ridículo parapeto de ramas.

Y allí nos confirmaron por fin el saqueo de Camulodunum. Aturdido e incoherente, el tribuno al mando me dio la noticia.

—La colonia cayó hace cuatro días, legado. Toda la ciudad ardió hasta los cimientos y no escapó un solo romano.

—¿Estás seguro? —pregunté.

—No hay ninguna duda —contestó—. Venonis es el centro de inteligencia e información de toda la zona coritana. Tenemos agentes britanos dignos de confianza en Ratae Corieltauvorum, a solo veinte millas hacia el norte. Sus informes son muy explícitos. Y durante todo el día de hoy el incendio ha sido el tema de conversación entre los nativos del poblado. Esta mañana han llegado unos mercaderes de Verulam y han contado la misma historia. He estudiado y contrastado los informes cuidadosamente. Me temo que es la verdad.

—¿Hace cuatro días, dices? ¿Dónde están ahora Boudica y sus icenos?

El tribuno se mostró menos seguro.

—No puedo decírtelo, legado. La evidencia es muy contradictoria. Algunos dicen que todavía están en Camulodunum. Otros que ha partido hacia Londinium o Verulam. Nuestros espías de Ratae Corieltauvorum opinan que se ha dirigido al norte.

—¿Al norte? —gruñí—. ¿Directamente a los brazos de la Novena Legión? Muy poco probable. Estos britanos buscan botín, no pelea. Boudica estará en alguna parte del territorio entre Camulodunum, Londinium y Verulam. ¿Has recibido alguna noticia de tus puestos más cercanos a Londinium?

—Nada seguro, legado. Ninguno ha sido atacado, ni ha visto a britanos hostiles.

Lo dejé. Estaba cansado después de la marcha, aturdido por la confirmación de mis peores presentimientos, y no tenía humor para pensar de modo constructivo y cuidadoso.

Venonis era un puesto lujoso y contenía una casa de baños primitiva pero eficiente. Sudé para expulsar los humores malignos y salí renovado. El tribuno me invitó a una comida pasable: pescado de río, huevos, olivas y vino dulce. Tras la comida, despedí a todo mi personal y asistentes y pedí mapas, tablillas y velas. A solas, escribiendo una nota aquí y midiendo una distancia allí, traté de deducir, a partir de mi escasa información, qué había ocurrido y qué podía ocurrir.

Al cabo de una hora, contemplé con el ceño fruncido el montón de tablillas garabateadas y mapas arrugados, pedí más velas, tomé un rollo de

papel y escribí:

Hechos:

Cuatro fuerzas romanas distintas convergerán en Londinium, cada una separada de las otras al menos por dos días de marcha.

Hace cuatro días que hemos perdido el contacto con Boudica.

Preguntas:

¿Están los icenos aún en Camulodunum, saqueando los campos de los alrededores y peleándose por el botín?

¿O, hartos de matanzas y saqueos, han regresado a su propio país?

¿O se han dirigido al encuentro de Cerialis?

¿O, para evitar el contacto con la Novena Legión, se han desviado al sur para atacar Londinium y Verulam?

Dejé caer la pluma, me levanté entumecido de la mesa y tomé un sorbo de vino. Luego llamé a Agrícola.

—Lee esto —le ordené, señalando el papel sobre la mesa—. Y trata de responder a las preguntas.

El tribuno leyó dos voces el papel, frunciendo el ceño muy concentrado mientras yo lo observaba en silencio. Finalmente, levantó la vista.

—Eres Boudica —le dije—. Acabas de saquear y arrasar la capital de Britania, has derrotado a mil veteranos romanos y masacrado a tres mil civiles. Entonces te enteras de que un destacamento de legionarios de Lindum, al menos de cuatro cohortes, está solo a dos o tres días de marcha. ¿Qué harías? Piensa, y tómate tu tiempo antes de contestar.

Agrícola estudió los mapas y tomó medidas con un estilete. Se enderezó y sonrió.

—Iría al encuentro de la legión, sin ninguna duda.

—¿Por qué?

—Mis hombres están eufóricos por la victoria, confiados, cargados de botín y hambrientos de gloria. Aprovecharía la oportunidad de derrotar a este destacamento, uno de los muchos que se están acercando, antes de que los demás acudan en su ayuda. Además, las otras dos posibilidades que se me presentan son militarmente imposibles.

—¿Cuáles?

—Retirarme a Icenia y esperar la venganza romana. Descartado. Marchar sobre Londinium o Verulam mientras una *vexillatio* se dirige hacia el sur y puede encontrar a mis hombres saqueando y desprevenidos ante la batalla. Una locura.

Me dirigí a la ventana y la abrí. La noche era cálida, tranquila, iluminada por mil estrellas. Permanecí observando la oscuridad.

—Estoy de acuerdo contigo —dije—. Por lo tanto, Cerialis y Boudica están a punto de chocar o puede que ya hayan luchado. En cualquier caso, Boudica está a más de cuarenta millas de Londinium; al menos dos días de marcha para un ejército nativo.

—Y por lo tanto —murmuró Agrícola, estudiando mis notas—, con toda seguridad nosotros, y muy probablemente también la Segunda Legión, llegaremos a Londinium antes que los icenos… suponiendo que no hayan sido derrotados por el legado Petilio Cerialis.

Me estremecí de repente en el cálido aire y cerré la ventana. Las trompetas llamaron a la segunda guardia.

—Se hace tarde, Agrícola, y aún tengo trabajo que hacer. ¿Cuántos caballos hemos perdido hoy? ¿Cuarenta? Llama al tribuno de los vangiones. Tiene aquí seis tropas, y puede proporcionarnos esa cantidad y más. He olvidado preguntarle si ha notado señales de descontento entre los coritanos. No hay nada como el éxito para extender una rebelión. Boudica ya ha conseguido una victoria.

3

Las personas que nunca han vivido la guerra imaginan a veces la caballería como un desfile resplandeciente, un festival de capas y plumas al viento y una velocidad vertiginosa que devora las millas en un galope desenfrenado. Un día de marcha por Britania las sacaría de su error.

Hacia el final de la cuarta guardia había empezado a llover, y los hombres ensillaron bajo un diluvio constante que se prolongó casi sin ninguna pausa durante todo el día. En una penumbra gris y lúgubre salimos de Venonis, cubiertos hasta las orejas con nuestras capas empapadas, con el agua goteando en lanzas y estandartes, y entre el chapoteo de los pies de los caballos. Poco después entramos en el bosque.

Aquel tramo de la Vía Media exploraba unos de los bosques más densos de la provincia. Los árboles, talados a la distancia reglamentaria de un tiro de flecha, se cernían sobre nosotros como colinas bajas, densos como campos de cereal, sumergidos en sotobosque y zarzas enmarañadas hasta la altura del pecho de un hombre. Las hojas esmeralda de principios de verano, que decoraban las ramas como gemas luminosas, apenas suavizaban aquellos

precipicios sombríos. Pero había britanos que vivían en claros ocultos en las profundidades, cazaban animales para comer, fabricaban armas de piedra y ofrecían sacrificios a dioses mucho más antiguos que los ancianos robles. Aquellos eran los nativos que los romanos nunca pudimos encontrar. A veces una patrulla, perdida en el bosque, entraba en un claro donde la leña aún humeaba y encontraba huesos y pieles de animales y pozos profundos cubiertos de ramas. Eso era todo. Nadie vio nunca a los hombres hirsutos y extraños que no usaban ropas ni hierro y no cultivaban la tierra. Las tribus del bosque, coritanos y catuvellaunos, los temían y los evitaban. Olvidados por el tiempo, los últimos supervivientes del pueblo de las largas tumbas vivían como espectros en una espesura encantada.

Seguía lloviendo. La avanzadilla convertía en un cenagal la tierra blanda junto a la calzada por donde normalmente trotábamos, en filas de a tres, para evitar dañar a los caballos en el duro pavimento. Nada aliviaba la monotonía de aquel callejón, como un barranco abierto por un hacha titánica; ni cabañas, ni animales pastando, ni campesinos de rostro imperturbable que observaran nuestro paso. En una ocasión adelantamos a una caravana de mulas que se dirigía a Londinium desde las minas de plomo de Anavio, escoltada por una docena de soldados malhumorados; y, unas pocas millas más adelante, a una triste patrulla de vangiones.

Más allá de Bannaventa, el bosque se abrió. Los hombres irguieron los hombros, levantaron las cabezas bajas y se desentumecieron como prisioneros liberados de sus grilletes. Durante la pausa del mediodía busqué refugio bajo las ramas goteantes de un roble enorme. Los auxiliares, cuyo buen humor había desaparecido al pasar por el bosque, empezaron a recobrar los ánimos y a canturrear mientras cepillaban a sus humeantes caballos. Mastiqué una galleta empapada y ordené a Segundo que me sacara una capa seca de la alforja. Agrícola, optimista como siempre, se sirvió vino en una taza de cuero.

—¿Qué dijo el tribuno de los vangiones sobre la actitud de los coritanos ante esta rebelión, legado? —preguntó.

—Cree que los coritanos son indiferentes. Sus hombres no le han informado de ningún cambio de actitud entre los nativos con los que tratan; siguen siendo amigables y respetuosos. Sin embargo, el puesto de Lactodorum fue atacado hace dos noches.

Agrícola meditó con el ceño fruncido.

—¿Es eso relevante? Es normal que los puestos aislados sean atacados de vez en cuando.

—No en esta zona —gruñí—. Es muy poco habitual. Estás pensando en la frontera. Ningún fuerte al este de la Vía de la Frontera ha sido atacado en diez años.

Agrícola contemplo con inquietud la larga hilera de hombres desmontados y caballos sin ensillar, protegida solo por piquetes a caballo que recorrían los flancos en actitud vigilante.

—¿No deberíamos tomar alguna precaución más?

—Todavía no es necesario. Los atacantes eran catuvellaunos, no coritanos. No causaron víctimas ni hicieron ningún daño al fuerte. Dispararon una ráfaga de flechas incendiarias y huyeron. Pero en el poblado nativo dejaron un rastro de muerte.

—Entraremos en territorio catuvellauno cerca de Lactodorum —dijo Agrícola pensativo—. ¿Advierto a la avanzadilla?

—No estará de más —dije—. La tribu como tal no se ha unido aún a los rebeldes, pero los icenos y trinovantes son vecinos suyos, y probablemente la deslealtad se está extendiendo. Sabremos más mañana, cuando lleguemos a Verulam.

La columna pasó junto a Lactodorum —donde la guarnición estaba ayudando a los nativos a reconstruir las cabañas quemadas o destruidas— y nos detuvimos para pasar la noche en Magiovinium. Allí no había ningún campamento de marcha del ejército y, como solo habíamos recorrido cuarenta y cinco millas aquel día y habíamos llegado antes de oscurecer, ordené a los auxiliares que construyeran una barricada del doble de la anchura habitual en torno a su campamento.

Magiovinium albergaba dos centurias y dos tropas de caballería. Observé con aprobación que la empalizada había sido reparada recientemente: troncos de árbol recién cortados habían reemplazado la madera podrida, y el terraplén era empinado y recién revestido. Había grupos de trabajo limpiando el foso de ortigas y escombros. La breve experiencia de guerra sufrida por Lactodorum parecía haber alterado el ambiente soñoliento.

El centurión al mando del puesto estaba claramente preocupado.

—No puedo decirlo con exactitud, legado —me dijo—. Desde que recibimos la noticia de lo de Camulodunum, los nativos han estado extraños. Esquivan la mirada. Tratan de evitarnos. Algunos de los comerciantes y tenderos britanos de nuestro poblado se han marchado en silencio. Supongo que piensan que estarán más seguros en Londinium. Sin embargo, los britanos no han hecho ninguna tontería, nada parecido a lo que ocurrió en Lactodorum.

Se han mostrado respetuosos, poniéndose firmes al paso de nuestras tropas y todo eso. Hasta hoy. Hoy ha sido un mal día.

—¿En qué sentido?

—Es difícil decirlo. —El centurión se encogió de hombros—. El pueblo parece asustado. Los forasteros (nativos que vienen del bosque para comerciar) han desaparecido así. —Chasqueó los dedos—. He estado haciendo preguntas, justo antes de que llegarais, a los ancianos que han vivido en el poblado desde que se construyó el fuerte. No ha servido de nada. No he oído más que tonterías sobre una legión derrotada. Supongo que es una versión embarullada del asunto de Glevum.

Una hoja fría como el hielo me recorrió el espinazo. Por un momento, no pude hablar.

—Centurión. —Mi tono hizo que se cuadrara bruscamente—. Regresa con esos hombres y descubre lo que saben. Usa todos los medios que quieras. Si no hablan, llama a mis interrogadores. Quiero resultados antes de la segunda guardia.

El hombre saludó y se alejó. Me resultó difícil desabrocharme la capa, porque me temblaban las manos.

4

La noche transcurrió en silencio. Dormí muy poco. Las investigaciones del centurión, ayudado por mis hombres, no aportaron nada más que lo que ya me había dicho. Un hombre murió durante el interrogatorio; y un decurión de los vangiones, olvidando de modo inexcusable su sentido de la disciplina, se arrojó a mis pies a suplicar por la vida del britano, con el argumento absurdo de que el anciano era el padre de su concubina. Ordené que lo azotaran.

Los bosques profundos acababan en Magiovinium. Durante diez millas, la carretera ascendió continuamente hasta una gran pradera abierta, una extensión de hierba áspera rodeada de arbustos bajos y espinosos. Las nubes se habían abierto durante la noche, dejando una mañana azul y luminosa. Nos estábamos acercando a la civilización. Las ovejas pastaban en las laderas, había cabañas nativas en las cimas y a veces una granja construida al estilo romano centelleaba blanca en alguna depresión del terreno, la residencia de algún veterano retirado o de un britano rico.

El tráfico en la calzada se había incrementado desde el día anterior. Carros y asnos tambaleándose bajo pesadas cestas avanzaban lentamente hacia

Verulam, escoltados por sirvientes. La fe en el poder del ejército romano los había sostenido hasta aquel momento. A la sazón, por motivos vagos que eran reacios a revelar, estaban huyendo. El espectáculo no era alentador.

En torno a mediodía llegamos a Verulam, la única población de importancia en la Vía Media entre Londinium y Viroconium. El lugar, mayor que un pueblo pero más pequeño que una ciudad, era un ejemplo de planificación romana competente cuya ejecución se había confiado, sin supervisión, a los decuriones municipales britanos.

Verulam había sido la capital de los catuvellaunos. Las murallas de la fortaleza tribal de la colina, todavía habitada en parte, se cernían sobre un amasijo informe de edificios que se concentraban en torno al dedo de la calzada como un nudillo artrítico. Desde la pradera donde nos encontrábamos vi un templo de ladrillo en un recinto vallado, una pequeña basílica cubierta de tejas frente a un espacio vacío que hacía las veces de foro, y algunas casas importantes de madera frente a la única calle pavimentada. El resto de Verulam era una colección de cabañas con techo de paja, patios vallados con estacas, caminos embarrados y llenos de baches e hileras de tiendas y puestos de venta al borde de la Vía. El poblado había cambiado muy poco desde que los catuvellaunos, presionados por las legiones de Escápula, habían abandonado el fuerte de la colina para establecerse en el valle.

Tratamos de entrar en la ciudad, y encontramos que la calzada, la calle principal de Verulam, era una confusión intransitable. Carros, carretas, literas, mulas y ganado bloqueaban la Vía. Las mujeres chillaron imprecaciones cuando los jinetes de la vanguardia tungria trataron de abrirse paso. Ordené que la columna se detuviera y, asistido por soldados de mi guardia personal y por un uso generoso de las astas de las lanzas, me dirigí a la basílica.

El foro estaba abarrotado de tenderos y hombres cargando equipaje en carretas. La basílica, cuyo aspecto hacía pensar más en la fortaleza de un jefe tribal que en un lugar diseñado para impartir justicia según las leyes romanas, estaba vacía.

—Busca a un magistrado y tráelo aquí —dije bruscamente a Agrícola.

El hombre apareció, un catuvellauno de mediana edad y expresión dura, vestido al estilo romano.

—¿Quién eres tú? —espeté.

Me dijo su nombre, que he olvidado, y añadió que era el duunviro de Verulam.

—¿Puedes explicarme por qué tu populacho obstruye la calzada y obstaculiza el paso a los ejércitos del Príncipe de Roma? —dije fríamente.

—La gente está huyendo a Londinium —repuso.

—¿Por qué?

El hombre vaciló. Luego habló con determinación.

—No es momento de jugar con las palabras, noble Paulino. La gente ha estado huyendo desde que supimos lo que ocurrió en Camulodunum. ¿Puedes culparla? A tres días de marcha hay un ejército despiadado exterminando todo lo que tiene relación con Roma. Aquí en Verulam hemos sido leales durante toda una generación. Somos un blanco natural para las iras de la reina Boudica, y nuestras casas una hoguera preparada para sus antorchas. Por lo que sabemos, no hay ninguna cohorte de legionarios a ciento treinta millas. ¿Puedes culparnos por buscar refugio donde podamos?

—¿Y dónde creéis que encontraréis refugio? —pregunté suavemente.

El catuvellauno extendió las manos.

—El único lugar seguro en Britania es el interior de la fortaleza de una legión. Pero nos vamos a Londinium, porque no hay ningún otro lugar.

Miré hacia la puerta.

—A juzgar por el tumulto de ahí fuera, todo Verulam se ha echado a la carretera. Supongo que eso no habrá sido así en los dos o tres últimos días.

—No. —El duunviro hizo una pausa—. Ayer oímos que… No sé si es cierto… —Se detuvo.

—Continúa —dije en voz baja.

—Perdona, noble Paulino. Probablemente sea un rumor infundado. Nos han dicho que los icenos destruyeron una legión.

Los ruidos del foro entraban en la silenciosa estancia. Un asno rebuznó; un hombre maldecía continuamente mientras empujaba a una mula recalcitrante entre los arneses de un carro; las ruedas rechinaban sobre el pavimento de guijarros y una mujer llamó a su hijo con voz aguda. Había motas de polvo danzando en un rayo de sol. Los hombres del interior de la tosca basílica —tribunos, centuriones, asistentes, soldados de la guardia— estaban en pie como estatuas de hierro, como criaturas congeladas por un relámpago helado.

—Agrícola.

Mis compañeros se movieron con cautela, como hombres que reaccionan tras el fuerte impacto de un trueno.

—¿Sí, legado?

—Órdenes.

El tribuno tomó la tablilla y el estilete de manos de un *beneficar*.

—Deja a la Primera de Panonios en Verulam para escoltar a los refugiados. Despejarán la calzada, restablecerán el orden, organizarán convoyes y los protegerán en la ruta hasta Londinium.

Estudié atentamente el horrible mosaico a mis pies, una representación típicamente bárbara de Ceres y las Estaciones.

—El regimiento dejará una dotación permanente en Verulam. Dos tropas. Se alojarán en el fuerte de los vangiones. Su misión es observar el norte, particularmente la calzada de Camulodunum, y enviar a Londinium una advertencia inmediata de la llegada del enemigo por aquella dirección.

Me levanté de la silla de madera que era desde donde impartían justicia los magistrados en Verulam.

—La columna desensillará ahora para la pausa del mediodía. Y tú, duunviro de los catuvellaunos —añadí suavemente—, no creas todo lo que oyes. No es fácil derrotar a una legión romana.

5

No todos los hombres de Verulam estaban huyendo hacia Londinium. El duunviro, ante nuestra insistencia, admitió que muchas personas de su tribu, sobre todo jóvenes impetuosos cansados de la monotonía de la existencia bajo nuestro gobierno, habían desaparecido en los bosques. Negó, con demasiado vigor, que estuvieran armados. Si aquello era cierto para unos nativos que vivían tan cerca de la influencia romana, resultaba preocupante pensar en la lealtad de los catuvellaunos residentes más cerca de las tierras vecinas a los territorios trinovante e iceno.

—Cuando esta revuelta sea aplastada —dije al magistrado en tono amenazador—, sabremos quiénes son nuestros amigos. Los demás desearán la muerte mucho antes de morir.

Partimos más tarde de lo que hubiera deseado porque los panonios tardaron más de lo esperado en reunir a los refugiados que obstruían la carretera durante millas en dirección a Londinium. Por la tarde dejamos atrás a los últimos grupos y descendimos a medio galope la colina de Verulam para entrar en el último bosque. En sus profundidades, a diez millas de Verulam, encontramos las ruinas del puesto de carretera de Sulloniacae.

Lo habían saqueado hacía menos de una hora. Los barracones todavía ardían, y el humo, denso y acre, se nos metió en la garganta. Había cuerpos colgados en la empalizada en ruinas, esparcidos por el foso y en la carretera.

Los rastros del saqueo estaban por todas partes: jarras de grano con su contenido derramado, baúles abiertos, ropa desgarrada, cascos y armas tirados por tierra. Un caballo muerto, con los intestinos colgando como serpientes retorcidas, bloqueaba la entrada.

Contemplé la carnicería sin decir nada mientras los auxiliares enviaban patrullas al frente y a los flancos y exploraban el impasible bosque.

—¿Cuál era la fuerza de esta guarnición? —pregunté.

Tras una apresurada consulta entre mi personal, apareció un decurión de los vangiones, uno de los pocos afortunados entre sus jinetes cuyo caballo no había sido confiscado para reparar nuestras pérdidas.

—La más pequeña de la Vía, legado. Veinticinco soldados y diez jinetes.

—Registrad las ruinas —ordené—. Comprobad si queda alguien con vida.

No quedaba nadie. Recogimos los cadáveres y los tendimos en hilera. Algunos habían quedado atrapados en edificios en llamas y eran bultos deformes y ennegrecidos. Solo unos pocos mostraban marcas de mutilación deliberada. Aquello, y las señales del pillaje interrumpido, indicaba que algo había perturbado a los atacantes muy poco después de atacar e incendiar el fuerte. Probablemente sus exploradores habían informado de nuestra llegada.

Resonó un grito en el bosque. Apareció una patrulla, arrastrando a un desdichado que arrojaron al pie de mis caballos. El decurión saludó.

—Un britano, legado, muy malherido. Lo hemos encontrado escondido entre la maleza.

Contemplé al hombre sin compasión. Un rostro joven, me pareció, bajo el barro, la suciedad y la barba manchada de sangre. Llevaba los pantalones de lana de colores, atados con tiras de cuero por debajo de la rodilla, tan habituales entre los britanos de las tribus aborígenes. Una herida de espada le recorría el pecho y dejaba al descubierto sus cosillas; la sangre había convertido en un borrón púrpura las rayas azules de su cuerpo, la pintura de guerra que, en trece años, nadie había visto al este de la Vía de la Frontera. Llamé a los interrogadores.

—Lleváoslo. Averiguad su tribu, de dónde viene, quiénes son sus líderes. Conseguid resultados rápidamente. No podemos quedarnos aquí para siempre.

Los auxiliares encontraron palas y enterraron a los vangiones muertos en una larga tumba. En la calzada, soldados montados en caballos exhaustos formaban largas hileras que se perdían en el bosque. Había piquetes en posición de firmes en la separación entre la calzada y los árboles y, más allá, las patrullas todavía se movían ruidosamente entre una maraña de arbustos, zarzas y saúcos. Tras el montículo humeante que había sido Sulloniacae, un

grupo de hombres, como cocineros habilidosos preparando un plato delicado, trabajaban con movimientos rápidos y eficientes sobre algo que chillaba como un cerdo masacrado.

El interrogador regresó, limpiándose la suciedad de manos y antebrazos.

—Un catuvellauno de los bosques del sur de Lactodorum, legado. Los emisarios secretos de Boudica han estado muy ocupados tratando de conseguir aliados para su rebelión. Este hombre viajaba con una banda de guerra hacia Camulodunum, por caminos ocultos. Cruzaron la calzada cerca del fuerte, lo observaron desde los árboles y vieron las puertas abiertas. La guarnición les pareció descuidada y los centinelas indolentes. La tentación resultó demasiado grande.

Retorció el trapo, manchado de sangre y excrementos, y lo arrojó a un lado.

—Tenías prisa, legado. No he tenido tiempo de conseguir nada más. —Me miró esperanzado—. Todavía vive.

Levanté la mirada hacia las irregulares murallas.

—Clavadlo a la empalizada. Trompeta, señal de marcha.

El bosque devolvió en tono burlón el lamento de la trompeta. La larga columna se puso en movimiento. Por un instante se levantó una ráfaga de viento, que azotó la penumbra humeante sobre Sulloniacae; y los gallardetes de fuego nos saludaron como pendones de lanzas.

6

La penumbra lúgubre del bosque se intensificó al ponerse el sol. Se había hecho tarde y era improbable que llegáramos al campamento antes de que oscureciera por completo. Prolongué los intervalos de medio galope: los soldados azuzaban a las fatigadas bestias para impedirles pasar al trote, el más agotador e incómodo de los pasos.

Adelantamos a varios grupos de refugiados, gente que había abandonado granjas o pueblos aislados para buscar la seguridad en Londinium. En una ocasión vimos varios cadáveres y un carro roto, obra de los rebeldes o de una banda de forajidos animados por la sensación creciente de impunidad. Nos estábamos aproximando al corazón de la revuelta, y sus ascuas llegaban muy lejos, como un incendio avivado por un temporal.

El bosque quedó atrás. La poderosa elevación de la Vía del Oeste surgió de la oscuridad, absorbió nuestra calzada y proclamó, en una piedra miliar,

que faltaban tres millas para Londinium. A nuestra derecha, los últimos destellos del sol resplandecían sobre un Tamesa que se curvaba en giros fantásticos, como si tratara de escapar de la prisión de los arbustos, impenetrables como muros de piedra, que crecían en sus orillas.

Vadeamos un río pequeño y rápido, vimos luces y la silueta masiva de los edificios amontonados. Una o dos casas o algún templo sobresalían en la penumbra, los arrabales de una ciudad en crecimiento; y la luz de las lámparas se derramaba por las puertas abiertas junto a la carretera, salpicando de color la columna de soldados.

Nuestros guías nos dirigieron a un campamento situado al noroeste de la ciudad. Los últimos jirones de la luz del día habían desaparecido. Desmonté y contemplé la inevitable confusión de los fatigados auxiliares montando el campamento en la oscuridad. Guías con antorchas chisporroteantes conducían a los regimientos a sus líneas y chocaban con otras formaciones que se movían en dirección opuesta; los caballos tropezaban, los hombres blasfemaban y los centuriones maldecían con la violencia de la exasperación total. Finalmente el campamento se aquietó; los soldados ataron a los caballos, desensillaron, cepillaron los lomos y colocaron ante sus monturas los escasos restos de forraje para aquel día. Los prefectos formaron para recibir órdenes.

—Es demasiado tarde para fortificar el campamento —les dije—, aunque sea con vuestros muros de ramas. Correremos el riesgo y confiaremos en los dioses. Doblad los centinelas. Situad piquetes exteriores a doscientos pasos del perímetro, tres en cada lado del campamento. Si nos atacan, concentraos en los puestos de alarma y formad en línea; tendréis que defenderos sin ayuda de las barricadas. Haced un simulacro de alarma antes de dormir.

Di el santo y seña, advertí a los grupos de aprovisionamiento y de trabajo que tendrían que formar al amanecer, y me dirigí a mi alojamiento en el campamento de mi guardia personal. En algún lugar desconocido, probablemente alguna casa de los suburbios, Segundo había conseguido un trozo de lona muy parecido a la vela de un barco, y había instalado un refugio. Bajo la lona había una cama de madera, otra adquisición, sobre la que estaba extendiendo las mantas de mis alforjas. Aquella simple imagen, vista a la suave luz de la lámpara, afectó a mi fatigado cuerpo como una droga paralizante. La lasitud me envolvió como una ola, y el sueño me pareció un premio más deseable que la fama o la victoria.

Pero los comandantes no tienen tiempo para estar cansados. Soldados portando antorchas escoltaron a unos extraños a través del campamento. Un

mensaje pasó del centurión de guardia al centurión de mi guardia personal, de ahí al tribuno de guardia, al tribuno de servicio y finalmente a Agrícola.

—Unos magistrados de Londinium piden audiencia para saludarte, legado.

Maldije en mi interior un protocolo que regulaba la ceremonia a aquellas horas intempestivas.

—Hazlos pasar.

El grupo se acercó. Salí de mi refugio, con un soldado llevando una antorcha a cada lado y los guardias en formación, y recibí sus saludos. Un rostro grueso y alegre, rojo como el vino, se destacó como una estrella entre aquella multitud anodina.

El hombre se presentó como Aulo Alfidio Olussa, un ciudadano romano de ascendencia griega y magistrado de Londinium.

—Tu autoridad es bienvenida —dije—. Podrás arreglar ciertos asuntos para mí.

—Solo existo para servirte, noble Paulino.

—En algún momento de la mañana, probablemente durante la tercera guardia, llegará uno de mis regimientos, escoltando a refugiados de Verulam. Recibirás a esa gente a su llegada y le proporcionarás comida y alojamiento.

—Así se hará —dijo Olussa—. Ya han llegado muchos ciudadanos y britanos procedentes del campo. Les estamos dando de comer con grano municipal, y les hemos proporcionado madera para construir refugios provisionales. El grano, por supuesto, forma parte de los ingresos del gobierno.

—Y querrás que se te devuelva, supongo. Eso no importa ahora. Solo tienes unas horas para prepararte para los refugiados de Verulam. Mañana trataré contigo de otros asuntos.

Olussa se inclinó.

—Tu chambelán está esperando para conducirte al palacio. Creo que en el palacio falta personal… —Hizo una pausa incómoda.

—Porque la mayor parte de mis secretarios y sirvientes murieron en Camulodunum —terminé en tono severo.

—Si lo prefieres, mi humilde residencia está a tu disposición.

—Dormiré aquí —dije en tono definitivo.

Olussa contempló la lona, las alforjas esparramadas, la estrecha cama y el suelo pisoteado y enfangado. La lluvia caía tristemente; las antorchas siseaban y escupían como gatos monteses. Su rostro mostró sorpresa e incredulidad.

—Como desees, noble Paulino —murmuró.

La embajada de bienvenida se perdió en la noche. Me senté en la cama mientras Segundo me desabrochaba el coselete.

—Llama al centurión al mando del arsenal de Londinium —dije a Agrícola—, y dile que necesitaremos raciones y tiendas para tres mil hombres. Y una partida especial de grano para los caballos.

Cuando lo hayas hecho, puedes acostarte. Mañana será un día muy ajetreado.

7

Los panonios llegaron con el amanecer y perturbaron al campamento por completo. Habían tardado doce horas en recorrer las veinte millas de Verulam a Londinium. El prefecto no informó de ningún incidente durante la marcha, aparte de la tarea agotadora de conducir a una columna interminable de refugiados por una carretera a oscuras, persiguiendo a los rezagados que querían detenerse a descansar cuando un bulto caía de un asno, o sentían la llamada de la naturaleza, o una cabra se perdía en el bosque.

—Aunque mostraron menos tendencia a perder el tiempo después de ver Sulloniacae —añadió el prefecto con aire pensativo.

La noche se acababa, así que no tenía sentido volver a acostarse. Segundo colgó una linterna de un poste que sustentaba mi refugio de lona. Agrícola, que había dormido envuelto en su capa sobre un montón de paja al pie de mi cama, se desperezó y bostezó.

—Ahuyenta las sombras de tu cerebro, Gneo —dije—. Busca tus tablillas y dame la disposición de nuestras fuerzas en este momento.

Me recliné en la cama, con las manos detrás de la cabeza, y contemplé el manchado techo. La lluvia se filtraba a través de la desgastada lona y goteaba monótonamente. Agrícola desplegó sus notas.

—Vecio Valens —empezó—, está en Manduessedum, a cuatro días de marcha. La Segunda Legión debería estar en Calleva Atrebalum, a dos días de Londinium. Si, como esperamos, Cerialis salió de Lindum hace siete días, su *vexillatio* ya debería haber llegado a Camulodunum o Londinium.

—¿Y los rebeldes? —murmuré, con los ojos cerrados.

—El último informe los sitúa en Camulodunum, hace siete días —respondió Agrícola con firmeza—. Desconocemos su paradero actual.

—Siete días —dije—. Tiempo suficiente para llegar a Londinium o Verulam. Ambas ciudades continúan ilesas. Boudica se ha enfrentado a

Cerialis.

Agrícola cerró las tablillas con un golpe que rompió la cera.

—¿Qué crees que le ha ocurrido realmente a la Novena Legión, Paulino?

Abrí los ojos. Los guardias no podían oírnos. Manio Segundo estaba sentado con las piernas cruzadas, puliendo mi casco. Captó mi mirada y salió del refugio.

—Cerialis —dije lentamente—, ha conseguido lo que yo pretendía; ha desviado a Boudica hacia el norte y me ha dado tiempo para concentrar mis fuerzas en Londinium. Puede que hasta haya derrotado al enemigo, pero no lo creo. Su destacamento es pequeño, porque así se lo ordené. La Novena Legión debe defender Lindum y disuadir a Venucio de adentrarse en Brigantia, por lo que no pudo enviar a Camulodunum a más de tres o cuatro mil hombres. Creo que Cerialis ha sido derrotado. Tal vez aniquilado. Pero ha cumplido su misión.

Agrícola mordisqueó el extremo de un estilete.

—Boudica, donde quiera que esté, todavía tiene cuatro días para llegar aquí antes que Valens.

—Ese es el peligro —asentí—. También puede tener tiempo de interponer una gran fuerza entre Londinium y la Decimocuarta Legión, interrumpiendo así nuestra concentración. Pero entonces la propia Boudica se vería atrapada entre el yunque y el martillo, entre Valens, que avanzaría desde el oeste, y yo mismo, con la Segunda Legión desde Londinium.

—A menos que nos derrote antes por separado —murmuró Agrícola.

—Eso también es cierto. —Me incorporé en la cama—. De modo que hemos de intentar averiguar dónde están los rebeldes. Trae tus mapas.

Agrícola desplegó papeles sobre la cama y acercó más la linterna. Recorrí con un dedo el triángulo de calzadas cuyos vértices eran Camulodunum, Londinium y Verulam.

—No creo que el ejército de Boudica, aparte de algunos grupos pequeños en busca de botín, se encuentre ya al sur de la calzada de Verulam a Camulodunum. Si así fuera, habríamos oído rumores entre los britanos amistosos. Hemos de buscar noticias definitivas. Los panonios ya están cubriendo Verulam y explorando hacia el norte. Eso nos deja dos carreteras: la Vía del Norte y la calzada de Londinium a Camulodunum. Será una tarea peligrosa: los britanos pueden estar en cualquier parte. ¿A quién enviaremos?

Me despojé de mi túnica, arrugada y sudorosa y, una vez desnudo, llamé a Segundo. Este sacó una camisa de lana limpia de las alforjas, una túnica de lino, calzones de cuero y una túnica exterior también de cuero, recién

engrasada y oliendo a manteca. Por encima me abrochó el pesado coselete y el delantal de tiras de hierro tachonadas de bronce. Todo el metal estaba pulido y engrasado, haciendo que el hierro brillara como la plata.

—Los panonios son nuestra mejor caballería —dijo Agrícola pensativo—, pero han marchado durante toda la noche. Los siguientes son los galos: la Caballería del Indo o Próculo.

Metí los pies en las botas de suela gruesa y clavos de hierro que Segundo me ató a la pantorrilla. Luego me ajustó el cinto de la daga en torno a las caderas, me colgó el tahalí al hombro y fijó la espada contra mi muslo izquierdo.

—Que sea la Caballería del Indo —dije—. Dos patrullas de tres tropas cada una, una por la Vía del Norte hacia arriba y la otra hacia Camulodunum. El límite del reconocimiento estará a veinte millas de Londinium. Envíame al prefecto del Indo. Le daré las órdenes yo mismo. Y llama al prefecto del campamento.

Me puse un pañuelo de lana azul al cuello, la capa y el casco de hierro, y salí a enfrentarme a la lluvia vestido y armado exactamente como los legionarios bajo mi mando; la única diferencia era que, igual que todos los oficiales por encima de centurión, no llevaba escudo ni jabalinas.

El prefecto de la Caballería del Indo llegó y partió con órdenes de preparar a sus patrullas de inmediato. Al centurión jefe de mi personal, que hacía las funciones de prefecto del campamento, le pedí un informe de la situación, e interrumpí bruscamente su tedioso listado de las fuerzas de todos los regimientos.

—¡Haz la suma, centurión! ¿Cuántos hombres son aptos para el servicio? ¿Cuántos caballos podrán llevarlos?

El cálculo demostró que, de los dos mil ochocientos ochenta y tres hombres montados que habían partido de la frontera, habían llegado a Lodinium dos mil ochocientos cuarenta. Más de doscientos caballos, víctimas del agotamiento, cojera, cólicos y lomos resentidos, habían sido abandonados en los puestos de carretera y sustituidos por animales del ala de caballería de vangiones. De estos últimos, solo nos había acompañado un puñado de hombres. No habíamos participado en ninguna batalla. Aquel era solamente el precio de haber recorrido doscientas treinta millas en cinco días.

Di las órdenes al prefecto del campamento.

—Hoy fortificaréis el campamento como es debido. No más vallas de corral. Consigue herramientas en el arsenal. Envía grupos de trabajo a los bosques para cortar estacas. Cavad un foso y levantad una muralla con las

medidas reglamentarias. Pavimentad las calles con piedras, guijarros o lo que podáis encontrar; de lo contrario los caballos las convertirán en pantanos embarrados.

Tomé un papel que me tendía Agrícola.

—Esta es una autorización para el arsenal. Pide raciones para los hombres y forraje para los caballos. Quiero reservas para seis días de ambas cosas en el campamento. Cuando nos vayamos de aquí, no puedo decirte cuándo, no podremos reaprovisionarnos en los puestos de carretera como hicimos en la Vía Media. Consigue tiendas para los hombres o, si en el arsenal no hay suficientes, compra pieles y que las fabriquen los silleros. Ordena a los auxiliares que limpien su equipamiento y vuelvan a parecer soldados. Por encima de todo, pon a los caballos en condiciones. Mucho grano, mucho forraje —no falta hierba en esta estación—, ejercicio ligero y trato cuidadoso de heridas y torceduras.

Comí de pie, algunas tortas de trigo y vino aguado que me trajo Segundo. Después, monté y, acompañado por algunos oficiales de mi personal y una escolta, me dirigí hacia Londinium.

8

Un puente de madera sobre un riachuelo unía la Vía del Oeste con la calle principal de Londinium. Allí encontré a Olussa, montado en una mula más gruesa que él mismo, y a un grupo de magistrados y consejeros. Nos guio hacia el río.

En mis anteriores visitas a Londinium apenas había explorado la ciudad, conformándome con trayectos breves entre el palacio y la basílica. Pero se hacía necesario examinar el lugar en detalle.

Cabalgamos por calles estrechas hasta el Tamesa. Los muelles de madera se alineaban en sus orillas; los estibadores cargaban mercancías en los barcos anclados. Incluso entonces, con la primera luz del alba, el puerto estaba tan activo como el de Ostia o Massilia. Los almacenes junto a los muelles escupían sus mercancías: grano en recipientes abultados, montones de pieles, lingotes de plomo, balas de tela de lana. De las jaulas de mimbre nos llegaba el ladrido salvaje de los enormes perros que los britanos usan para cazar; una columna de esclavos, encadenados y esposados, fruto de nuestra campaña en Ordovicia, ascendía tristemente por una pasarela. Tenía ante mis ojos todo el fárrago de riquezas arrancadas a Britania por el poder y el espíritu

emprendedor de Roma, la recompensa por la guerra, las penalidades y la muerte, un cuerno de la abundancia que temblaba al borde de la destrucción.

Había barcos anclados en mitad del río. Un puente de madera sobre pilastras de roble atravesaba majestuosamente el Tamesa. Vimos a un grupo de esclavos tirando de cuerdas y manejando los cabestrantes para levantar la sección principal del puente y dejar que un birreme navegara elegantemente hacia el mar. Más allá, en la orilla sur, la calzada de Rutupiae era como la cicatriz de una herida de espada sobre el terreno pantanoso.

—Este —dijo Olussa, abarcando sus alrededores con un gesto del brazo —, es el corazón de Londinium. Este es su principio y su fin.

Asentí. Allí, ciertamente, había más energía, actividad y evidencia de prosperidad de las que nunca se veían en las pretenciosas calles de Camulodunum, entre las cabañas embarradas de Verulam o en la soñolienta rusticidad de Calleva Atrebatum. Si Britania llegaba a pacificarse bajo nuestro gobierno, como la Galia o Hispania, aquel puerto fluvial se convertiría en su centro comercial, su puerta de acceso a las otras naciones.

—Recorreremos los límites —dije a Olussa—, y veremos que hay más allá.

Su mula se abrió paso flemáticamente a través de un ruidoso grupo de marineros griegos y nos guio, con los cascos resonando sobre los muelles, a la confluencia con el Tamesa del riachuelo que habíamos cruzado, donde un estuario estrecho albergaba una flotilla de barcos pequeños, botes pesqueros, transbordadores y similares. En el ángulo formado por el afluente y el río se levantaba el arsenal.

Inspeccioné las forjas, talleres, almacenes y barracones; luego salí por una puerta que daba al arroyo. La orilla interior ascendía hasta los restos de una muralla muy erosionada, cubierta de hierbas, zarzas y arbustos.

—Estas son las ruinas de las fortificaciones nativas, construidas mucho antes de la Conquista, cuando Londinium era solo un pueblo pesquero — explicó Olussa—. No han sido reparadas desde que el divino Claudio y sus legiones cruzaron el Tamesa. El arroyo, que había formado parte de las defensas, lleva todavía hoy el nombre de Río del Muro.

Seguimos el riachuelo y cruzamos la calle principal. De vez en cuando obligaba a mi caballo a ascender a la muralla por entre la enmarañada vegetación y miraba al otro lado del río. Un puñado de cabañas con techo de paja y refugios de madera, como restos de un naufragio escupidos por el Tamesa, mostraban dónde Londinium había empezado a crecer más allá de los límites del Río del Muro. Un cuarto de milla más allá, podía verse el

dibujo firme y rectangular del campamento de auxiliares, así como la Vía del Oeste, desapareciendo entre una cortina de niebla fluvial.

La muralla en ruinas, derrotada por el tiempo, terminaba en una maraña de juncos y charcos. Las calles y edificios del Londinium moderno acababan del mismo modo desangelado, pues allí empezaban los pantanos del norte, una tierra inhóspita de barro, juncos y marismas. Al otro lado, por encima de un terraplén elevado, la Vía del Norte empezaba su viaje hacia Lindum.

Nos desviamos a la derecha entre cabañas humildes y calles llenas de surcos y cruzamos la Vía Pretoriana. Más adelante encontramos una colonia de cabañas de construcción reciente, meras estructuras de troncos con la corteza sin alisar y techumbres de hierba. Era una zona fétida llena de chabolas, un caldero de humanidad, ganado y malos olores.

—Refugiados —dijo secamente Olussa—, procedentes de Verulam y de un centenar de granjas y poblados en un radio de más de veinte millas alrededor de Londinium.

Rodeamos la zona, seguidos por algunos gritos hostiles que provocaron movimientos entre las lanzas de mi escolta. Contemplé pensativo a la ruidosa multitud.

—¿Han dado algún problema?

—Muchos —contestó el griego—. Solo podemos cubrir sus necesidades mínimas, comida y refugio, sin recibir a cambio ningún pago ni agradecimiento. Hay muy pocos que estén completamente arruinados. Han traído con ellos hasta el último denario que poseen, y las tabernas están haciendo un gran negocio y sirviendo de estímulo a muchas peleas. Los londinenses están acostumbrados a los forasteros, pero prefieren que tengan buenos modales. De modo que el Consejo ha creado una patrulla de ciudadanos y libertos que recorren la ciudad y mantienen el orden.

—Una precaución muy sabia —dije—. Pero esta gente no os molestará por mucho tiempo. Cuando Boudica haya sido vencida, podrán volver a sus casas.

Olussa me miró de reojo, abrió la boca y la volvió a cerrar. Su habitual locuacidad había desaparecido y, sumergido en sus pensamientos, nos acompañó en silencio a través de los bordes orientales de la ciudad, escasamente habitados, hasta la orilla del río. La carretera de Camulodunum dividía aquel tramo y cruzaba unas llanuras cubiertas de hierba hacia una línea distante de colinas boscosas. Tras una breve contemplación de las aguas brillantes del Tamesa, verdes y translúcidas como el cristal fino, regresamos

por las miserables calles hasta el centro de la ciudad, donde se levantaba la basílica y, muy cerca, en la calle principal, el palacio del gobernador.

Así era Londinium. Había inspeccionado una población de unas seiscientas yardas cuadradas, confinada en dos lados por el Tamesa y un arroyo insignificante, y en los otros por pantanos y páramos. Dentro de aquellos límites, las casas habían crecido de cualquier manera, sin planificación ni dignidad, a excepción de unas pocas residencias de ladrillo y madera como mi palacio, la basílica, la residencia del procurador y las mansiones de los mercaderes ricos, edificios que solo servían para poner de relieve el deprimente espectáculo de las cabañas de adobe y tejados de paja. Las calles grandes que conducían a las carreteras importantes estaban pasablemente pavimentadas; todas las demás eran caminos zigzagueantes de tierra batida, llenos de baches con buen tiempo, y reducidos a ciénagas cuando llovía.

No había parapetos en torno a Londinium; era una cuidad indefensa e indefendible.

—Enseñamos a los britanos a construir con piedra —dije, desmontando —. ¿Por qué no se han seguido nuestros preceptos en Londinium, Olussa? Esta basílica —un edificio bastante pequeño— es de ladrillo. También lo es mi palacio, y fue construido por los romanos. Solo he visto dos edificios de piedra, y los dos son templos.

—Noble Paulino, la cantera más próxima está a veinte millas —dijo Olussa—. Además, puedes contar con los dedos de una mano el número de romanos importantes que viven aquí. Los ciudadanos de Londinium son gente poco importante: comerciantes, banqueros, ciudadanos del orden ecuestre como yo mismo. —Sonrió—. Estamos demasiado ocupados haciendo dinero para preocuparnos por la arquitectura.

—No creo que te incluyas a ti mismo en la categoría de gente que solo se preocupa por el dinero, Olussa —dije, divertido—. Tu establecimiento y la habilidad de tus cocineros tienen una fama considerable. Visitaré tu casa, si no es un abuso demasiado grande de tu hospitalidad. Tenemos asuntos importantes de qué tratar. Además, me han dicho que tus baños son más espléndidos que los míos en Galleva Atrebatum.

La inclinación de Olussa estuvo a punto de derribarlo de la mula.

Mi intención original, al entrar en el palacio, era limitarme a dictar unas cartas y cambiar mi armadura por una vestimenta más cómoda; pero una multitud de personas pidiendo audiencia —solicitantes, abogados y funcionarios civiles— había asediado el atrio. Al parecer, ni siquiera la amenaza de aniquilación inminente podía acabar con la afición a los pleitos de los britanos. Malhumorado, ordené a Agrícola que seleccionara los asuntos más urgentes entre aquel gentío y me dirigí al interior.

Las disculpas del chambelán de palacio por mi recepción fueron prolijas. Tenía motivos. Las habitaciones no estaban lo bastante caldeadas para un día tan frío; el polvo cubría como una mortaja el mobiliario y las colgaduras. No regañé al hombre. Roma concede residencias oficiales a sus gobernadores, y espera que ellos paguen el mobiliario y los sirvientes. Naturalmente, quería evitar el gasto de mantener dos dotaciones completas, en Londinium y en la capital. El palacio de Camulodunum era un montón de escombros; mis sirvientes habían muerto. En Londinium solo quedaban unos cuantos cuidadores, y los esclavos públicos que había enrolado el chambelán no estaban habituados a trabajar en residencias privadas.

Me cambié de ropa, llamé a los escribas y dicté cartas a Burro informando sobre la rebelión, su evolución y sus causas, pero en aras del secreto no mencioné las contramedidas que tenía entre manos. Luego escribí al Príncipe, y le amplié algunos temas con discreción, particularmente lo relativo al papel del procurador. Sabía perfectamente que Deciano Cato, en sus propios despachos, utilizaría insinuaciones y mentiras para minimizar sus catastróficos errores y hacerme aparecer como el culpable.

Más tarde recibí a los visitantes seleccionados por Agrícola. Una diputación de funcionarios del Tesoro pedía escoltas militares para sus convoyes de plomo y mineral de hierro; el refuerzo de Camulodunum, según decían, había dejado a Londinium sin tropas. Un centurión del arsenal quería saber si las caravanas de lingotes debían partir a las fortalezas como de costumbre. Ordené un alto total de todo tipo de convoyes hasta nueva orden; y en privado me maravillé de la ignorancia total que reinaba en Londinium sobre la verdadera naturaleza de lo que ocurría en Britania.

Luego entrevisté a ciertos espías, introducidos en silencio por una entrada trasera. Eran mis propios agentes privados, cuidadosamente distribuidos en el arsenal, entre el personal del procurador y el servicio doméstico de ciertos ciudadanos prominentes como Alfidio Olussa. Su misión era reunir información sobre asuntos relativos a mi reputación y seguridad personales y, excepto de manera incidental, no se mezclaban en política. No me dijeron

nada importante sobre la reacción en Londinium ante la invasión icenia, pero confirmaron mis sospechas respecto al comportamiento de Cato. El procurador, según me contaron, era víctima del pánico más abyecto. Rara vez salía de su palacio, bebía continuamente y organizaba grandes orgías con sus amigos. Sobrio o borracho, criticaba al gobernador. En su conversación y correspondencia me proclamaba el causante de todos los problemas de Britania.

Escuché muy serio, volví a escribir mi carta a Nerón a la luz de la nueva información y salí del palacio en dirección a la casa de Olussa. Mis lictores habían ardido con Camulodunum, de modo que los soldados de mi guardia personal formaron mi escolta a través de las atiborradas calles. Marineros atezados de Siracusa regateaban ruidosamente con tenderos macedonios; fenicios de nariz ganchuda, de aspecto solemne y túnicas largas, recorrían la calle como barcos a toda vela; había griegos discutiendo con galos, y númidas negros comprando vino a taberneros de Egipto y Liguria. Arrogantes legionarios de permiso se abrían paso a codazos hacia los baños o burdeles; vendedores bitinios estafaban a ingenuos reclutas de Narbona. Y en medio de todos se movían los britanos nativos, hombres altos y rubios, cantiacos, regni y atrébates, como un tejido casero por debajo de un bordado suntuoso.

10

La mansión de Olussa estaba rodeada de grandes jardines, a un tiro de flecha del Puente de Londinium, y contaba con uno de los pocos tejados de teja de la ciudad. Tras una copa de vino, el griego me condujo a los baños, un edificio bajo y alargado junto al atrio. En el vestidor, el supervisor de los baños me presentó sus respetos; los esclavos nos quitaron la ropa y nos condujeron a la sala tibia, levemente caldeada por unas tuberías con suave murmullo. Me tendí en un diván y tomé un sorbo de vino de Samia de una copa de plata ricamente grabada.

—Dime, buen amigo —le dije con buen humor—, ¿es que los habitantes de tu ciudad se creen tan favorecidos por los dioses que, tal como he visto hoy, pueden comportarse como si estuvieran a salvo en Roma y no necesitaran temer a una reina iracunda, sedienta de sangre y botín?

Olussa depositó cuidadosamente su copa de vino.

—Hace algunos días, noble Paulino, nos enteramos del saqueo de Camulodunum. Está solo a cincuenta millas. Nuestra gente estaba aterrada.

—No por mucho tiempo, al parecer.

—No. —Olussa seleccionó sus palabras con el ceño fruncido—. Al principio, la ciudad fue presa del pánico. Un tumulto llenó las calles y el foro, llamando a Roma, al procurador y a los magistrados para que lo salvaran. La gente corría a los muelles y saltaba a bordo de los barcos amarrados. Una pinaza volcó y se hundió. Los capitanes cortaron las amarras y se dirigieron corriente abajo con la marea. El arsenal cerró sus puertas y montó una guardia en las empalizadas. Londinium estaba conmocionada.

Los esclavos transportaron nuestros divanes hasta la habitación caliente. El calor me golpeó el cuerpo como una bofetada. El vapor desdibujaba las siluetas; los asistentes eran sombras borrosas en un infierno acuático. El sudor empezó a brotar de mi piel por un millón de manantiales diminutos.

—Vi lo mismo en Cesarea durante la guerra de Mauritania —dije—. Una situación muy fea. ¿Qué pasó?

—El procurador tomó el control. Acudió al foro y habló desde la tribuna. Dijo que Camulodunum se había visto sorprendida por una banda de guerra reducida que, satisfecha con el rico botín de la capital, no tenía la inclinación ni los medios para penetrar más al interior de la provincia. Dijo que os había enviado mensajes a ti y a Petilio Cerialis. En poco tiempo las legiones arrasarían Icenia y matarían britanos a montones.

Un enorme esclavo germano me dio la vuelta suavemente y me frotó el cuerpo con un raspador. Mis dos guardias personales, que me acompañaban de habitación en habitación, se acercaron más y observaron sus manos con desconfianza. Por las mejillas les resbalaban gotas de sudor.

—¿Le creísteis?

Olussa se limpió una cascada de sudor del pecho.

—El procurador fue muy convincente. Es un orador consumado. Acabó con el pánico, pero la ciudad seguía inquieta. Entonces empezaron a llegar los refugiados del campo con historias alarmantes, la mayoría falsas, y ciertos mercaderes prudentes embarcaron en silencio y navegaron hacia el mar.

—¿En esta estación? —pregunté.

—Las tormentas de primavera están amainando. Los barcos pueden bordear la costa hacia Rutupiae o Dubris y esperar un día tranquilo para zarpar hacia la Galia. Muchos mercaderes se han ido ya. Hoy los muelles te han parecido llenos; yo te aseguro que el tráfico en el Tamesa suele ser el doble.

El esclavo había terminado. Me levanté, me dirigí cuidadosamente al baño y sumergí el cuerpo pulgada a pulgada en el intenso calor del agua. Bastaron

unos momentos. Mi diván fue transportado a la sala de masajes, y el mismo germano, echándose aceite perfumado en las manos, me masajeó muslos y espalda, golpeando y frotando con pasadas suaves y poderosas.

—Yo creo —continuó Olussa—, que la gente ordinaria de la ciudad está escéptica pero resignada. ¿A dónde pueden ir para salvarse? Pero muchos mercaderes y negociantes tenían contactos comerciales con icenos y trinovantes, y tienen cierta noción del poder de Boudica. Esas personas están haciendo el equipaje y marchándose en barco o por carretera hacia Rutupiae o Anderitum, en territorio regni.

Me tumbé boca abajo con los ojos cerrados, mientras el esclavo me masajeaba la espina dorsal.

—¿Y tú, Olussa?

El griego suspiró.

—Soy viejo y gordo, noble Paulino, y mis días de viajero han terminado. He vivido mucho tiempo en Londinium, y mi casa y todo lo que amo está aquí. Ofrezco sacrificios a los dioses, hago votos y espero lo mejor.

—Como magistrado, ¿nunca has pensado en organizar algún tipo de defensa, una guarnición?

Olussa dio un cachete a un esclavo que se había apoyado demasiado pesadamente en sus nalgas.

—¿Quién de nosotros podría construir muros o manejar armas? Unos cuantos soldados, sí, del arsenal, campamentos provisionales o guardias de palacio. Los demás somos mercaderes y comerciantes, barrigones y prósperos. —Olussa se palmeó su propio estómago prominente y se echó a reír—. No, noble Paulino. Camulodunum tenía sus veteranos; Calleva Atrebatum tiene britanos guerreros; pero Londinium solo tiene dinero. Y el dinero no detendrá a Boudica; al contrario, la atraerá como un imán al hierro.

El germano terminó su tarea, se inclinó y se retiró. Cinco hermosas esclavas partas vestidas con túnicas de gasa transparente ocuparon su lugar. Me limaron, cortaron y pulieron las uñas, y, con unas pinzas de plata, me quitaron el vello de las axilas, vientre e ingles con tanta habilidad que apenas sentí un tirón.

Por primera vez en muchos días, me sentía relajado y tranquilo. Estudié perezosamente el elaborado mosaico que representaba a Ganimedes y sus ninfas de velos verdes bailando sobre un fondo de hojas y flores. Un friso coloreado que decoraba las paredes narraba el romance de Dido y Eneas. Todos los compartimentos de aquella casa de baños estaban tan ricamente

decorados que hubieran podido rivalizar con los baños privados más opulentos de Roma. Olussa debía ser inmensamente rico.

—¿Cómo ha reaccionado Londinium a la llegada de las tropas romanas? —murmuré, medio dormido. Los pechos de la muchacha que se inclinaba sobre mi ombligo, con las pinzas preparadas, temblaban de forma tentadora bajo su túnica transparente.

—Hemos recuperado la confianza —afirmó Olussa—. Tú estás aquí y sabemos que las legiones no pueden estar lejos. —Vaciló, tirándose del labio—. ¿Has tenido noticias de la Novena Hispana?

—No. —Abrí los ojos—. ¿Por qué?

Rehuyó mi mirada.

—Por nada en particular, noble Paulino. Uno oye rumores estúpidos e inexplicables circulando por tabernas y baños públicos en tiempos como estos. Es bueno saber que son infundados.

Las esclavas partas me resultaron menos atractivas. Les indiqué que se apartaran, me levanté y fui a la sala fría. El aire me golpeó como un viento del norte; el agua del baño estaba azul y helada. Respiré profundamente y me sumergí.

Los esclavos me secaron con chales de suave lana de Canusia. Entonces, envuelto en una tela de paño escarlata, fui transportado por un pasillo hasta el vestuario, donde me ayudaron a ponerme la ropa, recién planchada y calentada. Olussa estaba a mi lado charlando de trivialidades, ajeno a mi abstracción. El supervisor de los baños se acercó, se inclinó y pidió permiso para hablar.

—¿Qué sucede? —espeté.

—El tribuno julio Agrícola desea veros, noble Paulino.

Me abroché la capa y salí al exterior. El rostro de Agrícola estaba pálido y demacrado. Lo llevé adonde no pudieran oírnos.

—¿Sí?

—Una escolta de la patrulla panonia en Verulam ha traído a un soldado de la Novena Legión, un tal Gayo Saufeyo. —Tragó saliva, al borde de las lágrimas.

—Continúa —dije suavemente.

—Cerialis ha sido derrotado, su ejército masacrado. Cuatro mil muertos…

Le apreté el hombro.

—Contrólate, Gneo. Baja la voz. ¿Has hablado con ese hombre?

—Sí.

—¿Cuándo fue la batalla?

—Hace tres días.

—¿Dónde?

—En la Vía del Norte, cerca de Durovigutum.

En el muro vacío que protegía los jardines de Olussa, proyecté una imagen mental del mapa de Britania, marcando puestos de carretera y contando distancias. A menos de sesenta millas de Londinium. Tres días de marcha para Boudica. Podíamos tenerla encima en cuestión de horas. Pero no habíamos tenido noticias de ningún contacto con el enemigo procedentes de Verulam, ni de la patrulla de la Caballería del Indo enviada aquella mañana. ¿Por qué?

—Ese soldado… ¿se llama Saufeyo? ¿Vio a dónde iban los britanos después de derrotar a la Hispana?

—Persiguieron al resto de la caballería de Cerialis hacia el norte —dijo Agrícola pesadamente.

—¿Todos los rebeldes? ¿No solo un destacamento?

—No. Todo el ejército, caballería, carros de guerra e infantería, se dirigía a Lindum. Una persecución general.

Allí estaba. O bien Boudica no era consciente de la necesidad, desde su punto de vista, de dirigir sus fuerzas rápidamente hacia el sur, o no había conseguido controlar a sus hombres después de su victoria. Probablemente se trataba de lo último, porque empezaba a respetar sus habilidades tácticas. Podría ser un error muy caro: al cabo de tres días, mis legiones se habrían reunido en Londinium y la guerra estaría prácticamente ganada.

Solo podíamos esperar y desear. Nada de lo que hiciéramos ayudaría ya a Cerialis.

—Escucha atentamente, Gneo. No podemos permitir que Saufeyo haga correr una historia de desastres por el campamento y la ciudad. Confínalo en el palacio y pon a Manio Segundo a vigilarlo. Que un escriba registre su historia con todo detalle y que la transcripción esté lista para leerla esta noche. —Paseé por el atrio empedrado—. Probablemente, Saufeyo habrá hablado con su escolta panonia. Ocúpate de que no tengan contacto con nadie y de que regresen a Verulam al amanecer. Y tú deberías tener mejor cara. ¡Sonríe, Gneo! Según mis cuentas, estaremos a salvo al menos durante dos días más.

Le toqué la mejilla con afecto y regresé junto al preocupado grupo que susurraba junto a la casa de baños.

—¿Está lista la cena, Olussa? ¡Tengo un hambre de lobo!

11

Olussa estuvo muy complacido. La actitud de Agrícola y la repentina sensación de crisis debió convencerlo de que la cena se desperdiciaría. Bajo su mirada ansiosa —pues los griegos, con todo su cinismo y civilización, son muy supersticiosos—, crucé cuidadosamente el umbral pisando primero con el pie derecho, y me detuve para admirar a una urraca blanca y negra que colgaba del dintel en una jaula dorada. El palacio de Olussa —no puedo dejar de llamarlo así— estaba construido con un estilo y diseño más acorde con las costas soleadas de una isla jonia, y ofrecía pocas concesiones a las peculiaridades del clima britano.

El atrio estaba decorado con frescos de colores radiantes, representando escenas de la Ilíada y la Odisea. En una pared un relicario dorado mostraba a los dioses domésticos, sutilmente labrados en plata y pórfido; en otra, un cofre de oro contenía reliquias de los ancestros de Olussa. En las paredes se alineaban estatuas de Venus, Minerva y otras deidades como una guardia ceremonial. Mi anfitrión estaba en la vanguardia de una tendencia artística que evitaba las estatuas pintadas y prefería el proceso recién inventado de coloración artificial que impregnaba la piedra.

Los invitados, limitados a petición mía al tribuno de guardia y el prefecto de la Caballería de Próculo, ambos jóvenes de buena familia, entraron en la sala del banquete, una habitación espaciosa con el suelo de mármol a cuadros rojos y blancos en torno a un elaborado mosaico central. Los ricos cortinajes sobre puertas y ventanas ocultaban la luz del día; un centenar de lámparas en candelabros de cristal arrancaban un brillo intenso a los frescos del techo y esparcían reflejos que centelleaban en el suelo como polvo de diamante, un efecto producido por las salpicaduras de mica molida y serrín coloreado de escarlata. Los soldados de guardia se distribuyeron a lo largo de las paredes, permaneciendo rígidos entre las estatuas. El brillo austero del cuero y el hierro contrastaba extrañamente en aquel entorno de llamativa opulencia.

Me dejé caer agradecido en un diván tapizado en seda púrpura, recostado en cojines bordados con diseños fantásticos. Jóvenes esclavos alejandrinos me vertieron agua perfumada en las manos. Los músicos tocaban una melodía lánguida y suave, escrita para liras y flautas.

Era la primera comida civilizada que había disfrutado en varios meses, y fue la última en bastante tiempo. Ha permanecido grabada en mi memoria, y supongo que se me excusará si saboreo sus detalles. El aperitivo consistió en ostras y setas, marmotas rellenas de picadillo de cerdo y sazonadas con miel y

semillas de amapola, aceitunas negras y verdes y semillas de granada, todo servido en vajilla de plata. Un Ganimedes de larga melena —felicité a mi anfitrión por aquel vicio que compartíamos— nos sirvió un vino ligero endulzado con miel llamado hipocrás.

La conversación de Olussa era refinada y entretenida. Contó historias subidas de tono de amor y especulación en Londinium, excluyendo con mucho tacto a las personalidades de la orden senatorial. Habló de escándalos sorprendentes de la vida romana cuyos aguijones afectaron a ciudadanos de todas las clases, del Príncipe para abajo. Sin duda, hubiera debido mostrar mi desaprobación; pero el griego era divertido, y tenía el presentimiento de que aquella sería la última vez que podría reírme en mucho tiempo.

—Popea —dijo Olussa—, tiene al príncipe bien cogido con una sola mano. —Jugueteó con una aceituna en su palma—. Con la otra, teje una red de intrigas y calumnias contra la pobre Octavia. Los jugadores en los clubes hacen apuestas sobre el mes de su eliminación, además de otras sobre el método: divorcio, exilio, asfixia o veneno.

Me removí, inquieto. Aquel era un terreno peligroso. Ni por un momento dudé de la veracidad de las palabras de Olussa: tenía canales de información a los que yo no podía acceder. Mis cartas llegaban a través del Correo Imperial; mis corresponsales privados escribían con cautela, tocando apenas el tema de la increíble oleada de crimen y corrupción que había envuelto a la corte de Nerón desde el asesinato de su madre. Los tribunos recién llegados a Britania traían consigo historias horripilantes, cuyos ornamentos de escándalo y rumores eran difíciles de separar de la textura de los hechos.

—Dicen que Séneca está perdiendo su influencia —continuó murmurando Olussa tranquilamente—. El Príncipe lo evita, y pocas veces le concede audiencia. Se encuentra al borde de la pendiente resbaladiza de la perdición. Con él caerá el prefecto del Pretorio. Burro, ya lo sabes, no dejó a la guardia que liquidara a Agripina; Nerón nunca lo ha perdonado. El Consejo de Estado se reúne en un ambiente frío como un invierno galo, y solo Claudio de Esmirna, calentado por sus malabarismos financieros, permanece tranquilo e indiferente.

Saboreé una seta, pensativo. De modo que Burro estaba perdiendo poder. Una lástima. Era uno de mis pocos amigos leales en la corte, y me haría falta toda la influencia posible para proteger mi reputación de la marea de indignación y críticas que seguirían a la rebelión icenia. Me pregunté hasta qué punto habría caído en desgracia. ¿Cuánto duraría? ¿Habría ya un sucesor dando codazos al Príncipe? Mis intereses exigían una respuesta a aquellas

preguntas, una respuesta que tendría que conseguir por un medio ajeno al Correo Imperial, cuyos censores examinaban cada carta y descifraban todas las claves. Tal vez podría usar las comunicaciones de Olussa, aquella curiosa red de comerciantes, vendedores, marineros y ladrones que llevaba noticias de Bitinia a Britania con más rapidez que los mensajeros más veloces.

Los músicos tocaron una fanfarria a la entrada del primer plato. Grandes cuencos de plata corintia cubrieron casi por completo la elegante mesa de madera de limonero, levantada sobre pilares de marfil. Olfateé el exquisito aroma de una buena comida deliciosamente cocinada: capones rellenos, liebre asada —Olussa no compartía el prejuicio de los nativos—, papada de cerdo, tordo a la parrilla, riñones asados rellenos de pimienta, cilantro y semilla de hinojo, acompañados de salsa de mostaza y remolacha. El vino, servido en jarras de cristal y vertido en copas, era albano y sazonado con una hierba escasa y extremadamente cara que solo crecía en la costa norteafricana cerca de Cirene.

Siendo un hombre delgado con un estómago limitado, no pude mantener al mayordomo y al trinchador ocupados durante mucho tiempo. Las necesidades de Olussa, pese a sus proporciones, también eran sorprendentemente moderadas, de modo que gran parte del plato quedó sin consumir. Sin duda los esclavos de su cocina se sentirían gratificados. Mientras los sirvientes nos lavaban las manos, Olussa dejó caer un comentario casual muy llamativo y poco acorde con el tono de nuestra conversación amistosa.

—¿Cómo le va a la Segunda Legión, noble Paulino? Los siluros han estado muy tranquilos últimamente, según me han dicho. ¿Has tenido noticias del prefecto Penio Póstumo?

Lo estudié pensativo. La Augusta, en aquel momento, debería estar en Calleva Atrebatum, con los clavos de las botas desgastados por dos días de marcha a paso rápido; pero yo esperaba que el mundo en general y los britanos civiles en particular siguieran pensando que la legión estaba todavía en la fortaleza de Glevum. ¿Cuántas cosas sabía aquel astuto griego?

—Como probablemente ya sabes —repliqué en tono suave—, nos aseguramos de mantener a raya a los siluros mientras durara mi campaña en Ordovicia. La tregua se mantiene. Póstumo, según creo, se encuentra bien, y la frontera está tranquila. ¿Por qué lo preguntas?

Los ojos de Olussa se encontraron por un momento con los míos; luego apartó la mirada. Agitó enérgicamente una mano.

—Por ningún motivo en particular. No había tenido noticias de la Segunda Legión últimamente, y uno siempre se alegra de saber cosas de nuestras valerosas tropas. ¿Te enteraste, noble Paulino, de la respuesta de Acte a Séneca cuando…?

Su anécdota era impertinente, venenosa y extremadamente divertida, y apenas oí una palabra. Me pregunté por qué, en aquel breve momento en que nuestras miradas se habían encontrado, los ojos de Olussa habían estado llenos de compasión. ¿Por qué iba un mercader ecuestre a compadecer al gobernador de Britania?

Recobré la ecuanimidad al contemplar el segundo plato: pastas en forma de tordos, rellenas de pasas y nueces; queso cremoso aderezado con gelatina de vino; hígado cocido, aceitunas adobadas, higos y pasteles. Tras una visita al vomitorio hice justicia a aquellas delicadezas y vacié otra copa de albano. Entonces, advertido por un rayo de sol poniente entrevisto a través de las cortinas, me levanté y di las gracias por un banquete único en mi experiencia de Britania y pocas veces igualado en Roma.

Olussa me despidió en la casita del portero, donde una enorme imagen en cobre de un perro encadenado excitó a mi caballo e hizo que el proceso de montar resultara extremadamente difícil. Precedido y seguido por la guardia, emprendí el camino hacia el palacio. Sabiendo que la guardia había controlado, gracias a sus compañeros en la sala del banquete, hasta la última copa de mi consumición de vino, les miré atentamente a las caras en busca de burla, y encontré solo respeto. Los soldados aprecian la capacidad de mantener la cabeza firme después de beber.

12

Tenía intención de visitar el campamento antes de la puesta de sol. Segundo estaba ausente de mi vestidor; el esclavo que me armó no poseía nada parecido a su destreza con las hebillas y correas, y consiguió que mi humor benévolo se convirtiera en irritación. Armado por fin, y cubierto con el casco y la capa, avancé por los corredores hacia el atrio, pasé frente a la puerta abierta del despacho de un escriba y miré al interior. Manio Segundo estaba apoyado en un pilar. Sentado en el suelo con las piernas cruzadas, había un legionario, un hombre menudo, atezado y fatigado, con el cabello muy corto y los ojos atentos e inteligentes. Hablaba con desenvoltura, con una voz enronquecida por la fatiga, y enfatizaba sus palabras con gestos rápidos como

los de un mono. Un escriba tomaba notas taquigráficas rápidamente; otros dos las descifraban y transcribían en frágiles pergaminos de papel egipcio, un fragmento de historia de Britania.

Los soldados se cuadraron; los escribas se incorporaron y se inclinaron. El hombrecillo respondió a mi mirada interrogante.

—Gayo Saufeyo, legionario, Novena Legión, tercera cohorte, centuria de Babudio Severo, legado —recitó, mirando fijamente hacia delante con un estilo auténticamente legionario.

Lo examiné cuidadosamente. Su coselete estaba roto y manchado de barro. Le faltaba una tira de armadura en el hombro, de donde colgaba una vaina sin espada. Una cicatriz reciente le recorría la cara de la sien a la barbilla, y un vendaje sucio le cubría el antebrazo.

Saufeyo había hecho una marcha forzada desde Lindum, participado en una batalla perdida y escapado a través de un territorio ocupado por el enemigo y unos peligros terribles hasta ponerse a salvo. Seguía siendo un soldado, rígido y disciplinado, preparado para salir de la habitación y librar otra batalla en el umbral si era necesario. Mis legionarios eran duros.

—La fuerza rebelde y sus movimientos tras la batalla son muy importantes —dije—. No omitas nada. Segundo, ocúpate de que Saufeyo tenga todo lo necesario para su comodidad.

Me dirigí al fuerte. El prefecto del campamento no había perdido el tiempo ni escatimado esfuerzos. El rectángulo vulnerable de aquella mañana estaba ya protegido por foso, terraplén y empalizada. La pendiente del foso era empinada y bien revestida, y en la parte interior su ángulo era muy agudo; la empalizada era resistente, y las torres de guardia estaban construidas y guarnecidas. La madera pálida y nueva relucía en las puertas y casetas de guardia. Las tiendas recién llegadas del arsenal estaban alineadas con toda la precisión deseable; las pieles pálidas y sin usar resplandecían al sol como láminas de oro batido. Las calles aún no estaban pavimentadas, pero en la intersección central unos edificios de madera y techo de paja señalaban la casa del comandante y las oficinas del puesto de mando. Pocas veces la caballería había trabajado tan duro y durante tanto tiempo.

Pasé dos horas en el fuerte, inspeccionando, comentando, haciendo ajustes. Luego, tras designar al prefecto de más graduación como comandante, salí temprano, durante la primera guardia, y regresé a Londinium. Me dolía la cabeza. El vino de Olussa se me había agriado en la lengua, y su comida era como una esponja empapada en mi estómago. Segundo, de nuevo en su sitio, me despojó hábilmente de la armadura, me

envolvió los hombros con una túnica suave y, tras echar un vistazo a mis ojos enrojecidos y complexión pálida, tuvo el tacto de traerme agua de cebada y galletas. Agrícola acudió a pedir órdenes. Le dije que no me molestara a menos que llegara algún mensaje de las patrullas de caballería o las legiones. Antes de salir, dejó junto a mi codo un rollo de papiro.

Aquel papiro, la transcripción de la narración de Gayo Saufeyo, no resultó una lectura muy agradable. Saufeyo se encontraba de permiso en Camulodunum cuando Deciano Cato regresó de su ataque —no puedo llamarlo de otro modo— a Icenia, y había presenciado el nerviosismo y desaliento del período en que los rumores de la inminente invasión de Boudica empezaron a llegar a la colonia. Entonces, como había sido entrenado para la caballería de la legión y era un buen jinete, se encontró, una mañana gris y lluviosa, galopando por la Vía del Norte hacia Lindum con una petición de ayuda escrita en los adornos de su vaina. Cambiando de caballo en los puestos de carretera, al principio avanzó muy rápido. Más allá de Durobrivae encontró grupos de britanos, armados y salvajes, y salió de la Vía para ocultarse en los bosques, donde se perdió. Aquel y otros incidentes lo demoraron hasta tal punto que tardó cuatro días en cubrir las ciento cincuenta millas hasta la fortaleza, donde se encontró con que ya se estaba preparando una *vexillatio*. Cerialis había recibido mis órdenes desde Mona.

Saufeyo entregó su mensaje. Como recompensa, su centurión lo reprendió por haberse demorado en la calzada, no quiso escuchar excusas y le ordenó que se uniera a su centuria, ya preparada para marchar a reforzar Camulodunum. El pobre hombre apenas tuvo tiempo de limpiar su equipo y comer algo antes de encontrarse de nuevo en la Vía del Norte.

El propio Cerialis iba al mando de la columna, que consistía en tres cohortes de legionarios, la Caballería de Petra y el Primero de Cugernos: casi cuatro mil hombres. El plan del legado, si Saufeyo lo había interpretado correctamente, era sencillo. Comprendiendo que su infantería no podría llegar a Camulodunum en menos de cinco días, envió a la caballería de modo independiente, cabalgando a toda velocidad, con el propósito de hostigar a los sitiadores si la colonia estaba asediada, y de atraer a un número sustancial de enemigos hacia la infantería que acudía en su ayuda. Cerialis consideraba que, en cuanto los britanos supieran que los legionarios se acercaban, Boudica se vería obligada a levantar el sitio y dar la vuelta para ocuparse de la nueva amenaza.

Su misión, pues, era actuar como un cebo y hacer salir a la reina de Camulodunum, igual que un gladiador atrae a un león para alejarlo de un

compañero herido.

Cerialis no pensaba en una batalla en toda regla. Cuando el enemigo se hubiera dirigido a su nuevo objetivo, la *vexillatio* se retiraría hacia el norte, llevándose a las fuerzas britanas hacia Lindum y a un enfrentamiento en cuyo resultado confiaba.

Por desgracia, muchas cosas salieron mal.

La Caballería de Petra, veinte millas por delante de la columna principal, progresó rápidamente, y al segundo día llegó a Durovigutum. Allí dejaron la Vía del Norte y se desviaron al este por la ruta directa hacia Camulodunum a través de Duroliponte. Cerialis, sin embargo, que llegó a Durovigutum al día siguiente, tuvo que detenerse un tiempo y pensar cuidadosamente, porque el puesto de carretera de los lingones había informado de que los catuvellaunos se habían sublevado en apoyo de sus vecinos. La *vexillatio* solo estaba a veinte millas del gran cinturón de territorio catuvellauno que bordeaba el norte de Londinium. Un golpe enemigo desde aquella base, dirigido hacia Durovigutum por la calzada, podría cortarle la línea de retirada.

El legado consideró el problema, decidió que la amenaza era demasiado vaga y continuó la marcha, desviándose al este en pos de la Caballería de Petra. Como precaución, ordenó a los lingones que exploraran hacia el sur.

Cerialis no podía saber hasta qué punto se había equivocado. El templo había caído el día anterior. Boudica había sido informada de su presencia. Mientras sus doloridos legionarios avanzaban hacia Duroliponte, la reina hacía esfuerzos frenéticos por retirar a su ejército, enloquecido por el pillaje, de la arruinada Camulodunum. Que consiguiera aquella hazaña fue la exhibición más impresionante del poder y personalidad de Boudica durante toda la campaña.

Aquella noche Cerialis acampó en Duroliponte, un poblado ya saqueado por los flancos de la invasión icenia. Poco después de medianoche, la Caballería de Petra, diezmada y desmoralizada, entró en el fuerte. Se habían encontrado de cara con una hueste britana triunfante que avanzaba desde Camulodunum, y sufrieron un fuerte castigo. Poco después llegaron jinetes de Durovigutum, informando de que las patrullas de los lingones habían encontrado a un segundo ejército de catuvellaunos ascendiendo por la Vía del Norte.

Cerialis supo que sus planes se habían frustrado y que la campaña estaba perdida. Su columna abandonó el campamento en la oscuridad y regresó por donde había venido a marchas forzadas y sin hacer paradas.

Llegaron a Durovigutum al amanecer, encontrando el puesto aún intacto. No pudieron respirar durante mucho tiempo. En las carreteras del este y el sur aparecieron jinetes britanos. Había empezado la cacería.

Lindum, a ochenta millas de distancia, era tan inaccesible como la luna. Cerialis sabía que tendría que quedarse y luchar. Ordenando a su infantería que se dirigiera a una colina baja a tres millas, la única elevación táctica en aquel territorio llano, dio la vuelta con la Caballería de Petra para retrasar al enemigo.

El combate que siguió aniquiló al ya diezmado regimiento. El legado, herido en la cara, escapó con un puñado de hombres y se unió a sus legionarios que esperaban sobre la colina.

La descripción de la batalla hecha por Saufeyo era vivida pero inconexa; un soldado luchando por su vida en primera línea tiene poco tiempo para valorar las operaciones como un todo. El resultado era inevitable. Los ejércitos combinados de icenos y catuvellaunos aniquilaron al pequeño grupo sobre la colina. Las cohortes lucharon, cayeron hombre tras hombre, y murieron.

Los dioses protegieron a Saufeyo aquel día. Aunque estaba herido, consiguió apoderarse de un caballo sin jinete, huir al galope de la matanza y entrar en un bosque, desde donde vio a los britanos victoriosos tomar la carretera hacia Lindum. Al caer la noche cabalgó hacia el sur, orientándose con las estrellas, y durante el día permaneció oculto. Al tercer día llegó a Verulam y se unió a los panonios.

Aunque Saufeyo no lo sabía entonces, Cerialis volvió a escapar. Herido por segunda vez y aturdido, fue rodeado por su guardia y retirado del campo de batalla. El legado permaneció casi inconsciente durante la increíble cabalgada de ochenta millas hasta Lindum. Una pausa para descansar o cambiar de caballos en Durobrivae y Causennis hizo que los rebeldes volvieran a aparecer. Las últimas dieciocho millas fueron una carrera. Los jinetes de caballos desfondados quedaban atrás y morían, mientras los que tenían monturas mejores, pensando solo en la supervivencia, seguían galopando sin preocuparse por sus compañeros.

Tambaleándose en la silla como un borracho, Cerialis ganó la fortaleza solo a unos centenares de pasos por delante de las lanzas que los perseguían. Las puertas se cerraron frente a los rostros frustrados de los jinetes de Boudica, que rodearon las murallas chillando como locos. Desde la empalizada, seguros de que Lindum era impenetrable para cualquier ejército tribal, tres mil legionarios los contemplaban con odio.

CAPÍTULO 13

«*Debemos fortalecer nuestros corazones, enterrar a los muertos y dejar que les baste con las lágrimas de este día*».
LA ILÍADA

1

La narración de Gayo Saufeyo no me proporcionó ninguna información militar. Sus estimaciones de las fuerzas rebeldes eran inútiles y vagas, y su descripción de la persecución hasta Lindum muy poco fiable. No podía creer que el ejército nativo al completo hubiera perseguido a un puñado de jinetes desmoralizados todo el camino hasta Lindum. El grueso de las fuerzas de Boudica, considerablemente aumentadas por los catuvellaunos, debió permanecer cerca de Durovigutum, saqueando el campo a placer. ¿Cuánto tiempo tardaría la reina en volver a imponer su autoridad, reunir a sus tropas y avanzar hacia Londinium? Boudica tenía que concentrar a una hueste formada por mil bandas guerreras semiindependientes, cada una al mando de un jefe con poca tolerancia hacia la autoridad, además de los añadidos recientes que no le debían ningún tipo de fidelidad. Bajo la amenaza de la *vexillatio* de Cerialis había conseguido un milagro tras el saqueo de Camulodunum. ¿Podría volverlo a hacer?

Las cohortes de la Hispana habían muerto cuatro días atrás. ¿Dónde estaban los icenos?

Era inútil especular. Tenía ocho tropas de caballería registrando Verulam y Londinium; me informarían de lo peor cuando ocurriera. Apagué las velas y me dormí.

El despertar me trajo un torrente de aprensiones y recuerdos. Aquel era el día en que Penio Póstumo entraría en Londinium con la Segunda Legión. Como la Augusta, igual que la Decimocuarta Legión, marchaba más aprisa que las carretas de provisiones, sus limitadas reservas de comida, transportadas sobre animales de carga, necesitarían ser reabastecidas a su

llegada. También me pareció buena idea preparar el trigo necesario para la fuerza de Valens, que llegaría al cabo de dos días.

Los graneros gubernamentales de la ciudad no podrían hacer frente a todas aquellas demandas. Podría hacerse necesario requisar provisiones privadas, una medida impopular que merecía comentarla con Olussa antes de su promulgación.

Los habitantes de la ciudad, conscientes de que dos legiones se acercaban a toda prisa para protegerlos, habían recuperado rápidamente la confortable rutina diaria, tan bruscamente alterada por los acontecimientos de Camulodunum. Esperaban que los negocios continuaran como de costumbre, que los tribunales funcionaran sin problemas y que la corriente de la administración burocrática siguiera fluyendo con normalidad. No recibirían bien los métodos bruscos y dictatoriales que yo preveía que iban a ser inevitables. El ejercicio de mis funciones civiles por los canales habituales, en cualquier caso, iba a resultar difícil. El cuerpo administrativo de Londinium contenía un puñado de funcionarios menores y registros poco importantes, todo lo necesario para mantener el contacto entre las oficinas del procurador y el gobierno en Camulodunum. El equipo, competente y experimentado, de abogados, contables y administradores que me había acompañado en mis visitas a Londinium y otros centros había desaparecido, consumido en la pira de Boudica. También los archivos habían desaparecido, toda aquella complejidad de pergaminos y papiros que contenían los decretos, edictos y ordenanzas que habían dirigido los asuntos de Britania durante diecisiete años.

El chambelán de palacio se había esforzado por regular sus dominios desde mi llegada inesperada. Un regimiento de esclavos que había alquilado a la municipalidad o tomado prestado de casas privadas limpiaba habitaciones, ponía combustible en los fogones y se encargaba de la cocina, el baño y el dormitorio. Manio Segundo, desposeído por los esclavos galos, permaneció enfurruñado entre las sombras y siseó instrucciones innecesarias mientras me vestía. El alba todavía era gris cuando me dirigí a la sala de audiencias por corredores que resonaban como cavernas subterráneas, pues los secretarios, consejeros y escribas que normalmente habitaban el palacio vagaban ya por el reino de las Sombras.

La audiencia de la mañana, ante mi sorpresa, trajo a pocos solicitantes civiles: tal vez el tratamiento brusco que recibieron de Agrícola el día anterior había descorazonado a todos salvo a los más persistentes. Escuché con una creciente sensación de irrealidad: la historia de un terrateniente sobre un robo

con asalto por parte de la escolta de un convoy de plomo; la protesta de un mercader contra un edicto que ordenaba la demolición de su almacén para ampliar la zona de muelles gubernamentales; un liberto que reclamaba la condición de ciudadano libre para un hijo nacido antes de su emancipación. ¿Qué tenían que ver aquellas trivialidades con el torbellino de terror, fuego y muerte que traería Boudica?

Me ocupé rápidamente de aquellos y otros asuntos, estudié una larga lista de casos que esperaban mi sentencia en la basílica y redacté una orden convocando a litigantes, abogados y testigos para el día siguiente. Me parecía haber llegado a un punto crítico en el tiempo, una pausa en la que las fuerzas opuestas se concentraban como nubes de tormenta en el horizonte, y el mundo esperaba en silencio el cataclismo. Aquella pausa debía ser ocupada de algún modo: los procesos legales eran menos tediosos que las meditaciones infructuosas entre el eco de los corredores de mi palacio vacío.

Llegaron mensajeros de los panonios en Verulam y de la Caballería del Indo en la Vía del Norte. Los informes eran negativos. Las patrullas del Indo, desobedeciendo órdenes, habían llegado más allá de lo ordenado; en ambos lugares, los puestos de carretera habían sido quemados y los poblados destruidos. Pero, aparte de los cadáveres, no habían visto rastro de britanos, hostiles o no. El campo al norte de Londinium era una tierra plagada de muerte y abandono.

Hacia mediodía, un destacamento de la Caballería del Indo trajo al palacio a un par de criaturas demacradas y miserables que habían encontrado en la calzada de Camulodunum. Eran los primeros de los únicos siete supervivientes de la matanza de Camulodunum en conseguir recuperar el contacto con la civilización. Les interrogué brevemente, me aseguré de que no tuvieran información relevante relativa a nuestras dificultades del momento, y ordené a los funcionarios que transcribieran sus declaraciones. En su testimonio se basa toda la información sobre el asedio y el saqueo que he narrado anteriormente.

Las primeras horas de la tarde transcurrieron lentamente. Fui al campamento de la caballería, llevándome conmigo a Agrícola, Aurelio Baso y una pequeña escolta. Baso, tras un descanso de treinta horas en Londinium, volvía a ser el hombre fuerte y vigoroso de siempre. A menudo, durante el largo trayecto a través de Britania, había esperado verlo caer sin sentido de su silla. Día tras día, se había ido volviendo más silencioso y su rostro más gris; por la noche caía en un sueño inquieto y se retorcía entre los tormentos de las

pesadillas. Lo sostenía la sed de venganza; una determinación inflexible subyacía bajo su actitud severa y taciturna.

Baso se había convertido en un hombre parecido a mí.

Hablé con los comandantes, tomé decisiones sobre algunos puntos menores y partí. Dirigimos nuestros caballos hacia la Vía y observamos con interés creciente a un trío de jinetes que se acercaban rápidamente por el oeste. Cascos de legionario y escudos con el Capricornio; eran los exploradores de la Segunda Legión a la que estaba esperando.

Un tribuno y dos soldados se acercaron y saludaron. El tribuno rebuscó en el interior de su coselete y extrajo un rollo de papiro, atado y sellado.

—Para el gobernador, Suetonio Paulino —dijo.

Rompí el sello y leí.

«Penio Póstumo, prefecto del campamento, Segunda Legión Augusta, a G. Suetonio Paulino, gobernador de Britania.

»Saludos.

»Obedecí tus órdenes, y el catorce de mayo salí de Glevum con la Segunda Legión Augusta y la Segunda Cohorte de Panonios. Hoy, día dieciséis, hemos llegado a Calleva Atrebatum. Los magistrados y decuriones del consejo dicen que los rebeldes han destruido Camulodunum, han aniquilado a la Novena Legión Hispana cerca de Lindum, y ahora están sitiando Londinium.

»Por tanto, doy por supuesto que las condiciones reinantes cuando enviaste tu orden ya no existen, y que avanzar más pondría a mis fuerzas, sin ninguna clase de apoyo, ante un enemigo muy superior y una derrota segura.

»He detenido a la legión. Como Calleva Atrebatum carece de defensas y provisiones adecuadas para mis hombres, y además está expuesta al ataque enemigo, mañana al amanecer me retiraré hacia Glevum.

»Espero tus órdenes».

2

Los cielos giraron locamente hacia una oscuridad acribillada de meteoritos y torbellinos de fuego. El mundo daba vueltas sobre un vórtice vertiginoso. La sangre me martilleaba los oídos y el sabor amargo del vómito inundó mi lengua.

La razón ascendió lentamente desde el abismo. Volví a ser consciente del sol, la tierra y el cielo, los ojos asustados del tribuno, la mirada sorprendida de

Agrícola y el aburrimiento impasible de un centurión.

La ira me atacó como un enemigo viviente. Incliné la cabeza y luché por recobrar la cordura.

Contemplé con incredulidad el papel arrugado en mi mano. El sudor había corrido la tinta. Un fragmento de junco seco… ¡qué agente tan insignificante para una catástrofe!

Una mosca se posó sobre el cuello de mi caballo. El animal, irritado, sacudió la cabeza; mi capa se manchó de saliva amarilla. «Solo espuma», pensé, «como todos tus planes, Paulino, solo espuma».

La mitad de tu ejército ha huido, Paulino. ¿Qué harás ahora?

Gajo Suetonio Paulino, tú eres el general. ¡Piensa! Eres el gobernador de Britania para el Príncipe de Roma. ¡Piensa!

Intensas y claras, como memoriales grabados en mármol esculpido, preguntas y respuestas se proyectaban sobre una pantalla mental que ocultaba el paisaje soleado.

¿Con cuántos hombres contabas para enfrentarte a Boudica?

Dieciocho mil.

Sin la Augusta, ¿cuántos te quedan?

Once mil. Solo seis mil legionarios.

¿Lucharás?

Impensable. Los rebeldes probablemente son unos ochenta o noventa mil hombres.

¿Y bien?

Necesito tiempo. Tiempo para alejarnos y reagruparnos, tiempo para volver a traer a la Augusta a la batalla.

¿Aquí? ¿En londinium?

No. Imposible. Boudica está demasiado cerca.

Entonces, ¿dónde?

Debo retirarme al oeste, para reunirme con Valen y recuperar a Póstumo.

¿Abandonarás Londinium?

Sí.

¿Y toda la Britania oriental?

Sí.

Y, durante las dos horas siguientes, mientras yo me debatía, como Laocoonte, atrapado por una crisis mucho más mortal y destructiva que sus terribles serpientes, la letanía siguió repitiéndose y deteniéndose en aquella terrible afirmación.

Camulodunum ha ardido. ¿Deben morir Londinium y Verulam?

Sí.

Basta, Paulino. Lo has decidido.

—Agrícola —ordené—. Convoca a los prefectos de caballería, al centurión del arsenal y al magistrado Alfidio Olussa.

Apoyé las manos en la mesa, y su temblor cesó gradualmente.

3

—He decidido adoptar una estrategia que ciertamente es despiadada y puede parecer cobarde. Vuestra opinión, o el veredicto de la historia, es irrelevante, porque no tengo otra opción, y vosotros, dado que el Príncipe ha delegado su autoridad en mí, debéis obedecer mis órdenes.

»De modo que os he convocado para aclarar vuestras dudas y advertiros que debéis endurecer vuestros corazones. No podemos permitir que la lástima o la misericordia interfieran en nuestra resolución. No somos insensibles ni despiadados por naturaleza, pero la necesidad nos obliga a tomar decisiones que harán que algunos nos califiquen de cobardes.

Por las ventanas abiertas, el sol de la tarde dibujaba barras doradas sobre el suelo de grava, y su resplandor se inclinaba sobre los muros de troncos aserrados. Los tribunos, prefectos y centuriones jefes estaban sentados o de pie, atentos y silenciosos, observando mi expresión y lanzando miradas especulativas hacia el mapa de Britania clavado en la pared. Olussa, con la barbilla apoyada en la mano, estaba sentado en un banco como un dios oriental agazapado y obeso.

Paseé lentamente por delante del mapa, cuatro pasos hacia delante, cuatro hacia atrás.

—Tenía la esperanza de poder reunir dentro de dos días a dieciocho mil soldados en Londinium. Mi intención era avanzar rápidamente hacia el norte para encontrarme con los rebeldes antes de que pudieran concentrar las fuerzas que han desperdigado en la persecución de la caballería de Cerialis, y atacarlos mientras seguían saqueando todos los poblados entre Camulodunum y Lindum.

Señalé al tribuno de la Augusta, que contemplaba el suelo con ojos atormentados.

—La noticia que ha traído ese hombre ha acabado con mis esperanzas. El prefecto Penio Póstumo, aterrado por un diluvio de rumores, mentiras y medias verdades vertidas en sus oídos por simpatizantes de los rebeldes, ha

decidido desobedecer las órdenes recibidas. La Segunda Legión Augusta, que debía entrar en Londinium esta noche, se encuentra a cuarenta millas más allá de Calleva Atrebatum y se aleja más con cada palabra que pronuncio.

Olussa me miró a los ojos. De nuevo leí en ellos aquel curioso destello de compasión. Lo comprendí de repente.

—¿Tú lo sabías? —espeté.

Sacudió lentamente la cabeza.

—No podía estar seguro —contestó pesadamente—. Por las rutas comerciales de Corinium me llegaron rumores confusos y poco fiables. Dicen que Póstumo buscó todas las excusas posibles para quedarse en Glevum. Nuestros enemigos en Calleva Atrebatum lo persuadieron fácilmente.

Mis ojos buscaron al tribuno. Este asintió tristemente. Volví a sentir la terrible oleada de rabia y sacudí la cabeza para acallar el zumbido siniestro de mi cerebro.

—Continuemos. El legado Vecio Valens, con siete mil hombres, está a dos días de marcha por la Vía Media. En Londinium y sus alrededores tenemos a tres mil jinetes.

Señalé el mapa.

—Para defender Londinium, hemos de marchar hacia el norte: la ciudad en sí es indefendible. ¿Estáis dispuestos a enfrentaros a Boudica con una sola legión?

Un largo silencio. Rostros inescrutables, ojos buscando el suelo, las paredes o el techo de paja. Finalmente, habló Aurelio Baso.

—Iremos donde nos lleves, legado.

Golpeé la mesa con fuerza.

—Me niego a llevaros a una masacre. De modo que entregaremos Londinium a los rebeldes.

Mis palabras cayeron como piedras en agua negra, y los hombres se estremecieron involuntariamente al oírlas, de modo que una ola de movimiento recorrió la habitación de pared a pared.

—No tenemos alternativa —dije suavemente en el silencio—. Debéis aceptar esta decisión. En el sacrificio van envueltas las semillas de la victoria.

—Abandonamos Londinium —dijo Baso bruscamente—. Y luego, ¿qué?

—Consideremos las opciones. Podríamos dejar que Valens se nos uniera aquí y luego marchar a Rutupiae, reforzar las defensas y soportar un sitio hasta que llegaran los refuerzos de la Galia. Entretanto, los rebeldes habrían destruido toda la provincia.

—Descartado —gruñó Baso.

Olussa levantó un rostro conmocionado.

—Sin duda, podrías evacuar a tus fuerzas por mar, noble Paulino. No faltan barcos en Rutupiae.

—No tengo intención de abandonar la provincia —dije con frialdad—. El ejército de Britania vencerá o morirá en Britania.

Las cabezas se levantaron bruscamente; en los atentos rostros se leía una nueva expectación y una especie de alivio temeroso.

—Por otra parte, podríamos regresar por la Vía Media para reunirnos con Valens. ¿Qué conseguiríamos? ¿Ser perseguidos por los rebeldes y vernos obligados a luchar en algún lugar del bosque? ¿O, si somos más rápidos que el enemigo, quedarnos encerrados en Viroconium y entregar la provincia a los bárbaros?

—Valens marcha ligero de equipaje —dijo Agrícola—. Tiene intención de reabastecerse en Londinium. Dudo de que lleve suficiente grano en su caravana de intendencia para una retirada de seis días hasta Viroconium.

—Un argumento decisivo, y que nos lleva a la única opción que tíos queda. Mi objetivo es unir a mis legiones. Pero ¿dónde? El lugar debe ser rápidamente accesible para la Decimocuarta Legión, que ahora está cerca de Magiovinium; para la Segunda Legión, a la que espero poder detener en Corinium; y para nosotros mismos, desde Londinium. Debe encontrarse fuera del alcance inmediato del enemigo, y en una región donde podamos conseguir provisiones.

Pinché el mapa con mi daga.

—Aquí está Calleva Atrebatum. A cincuenta millas de Londinium, cincuenta de Corinium, cincuenta de Durocobrivis.

—¿Durocobrivis? —inquirió el prefecto de los tungrios.

—Valens llegará a Durocobrivis antes de mañana a mediodía. En Durocobrivis hay un camino nativo, la Vía de Icknield, que cruza la Vía Media y llega a diez millas de Calleva Atrebatum. Una marcha dura, pero factible. Enviaré un mensajero a Valens para que se desvíe.

Envainé la daga con un chasquido.

—Ninguna otra opción es posible —dije amargamente—. Dentro de tres o cuatro días, el ejército puede estar reagrupado en Calleva Atrebatum y haberse reaprovisionado en sus graneros. Por lo que respecta a los rebeldes, sabemos que todavía no están a veinte millas de Londinium. Es improbable que nos importunen en Calleva Atrebatum dentro de tres días.

Hice una seña a Agrícola.

—Tus tablillas, tribuno. Pongamos el plan en acción.

4

—La primera parte te afecta a ti, Olussa.

El griego, encogido en su banco, y con la frente apoyada en un puño como si estuviera ebrio o dormitando, levantó lentamente la cabeza.

—Convocarás inmediatamente a tus decuriones a la basílica. Cuéntales los hechos. No ocultes nada: la verdad desnuda será menos nociva que los rumores incontrolables. Londinium será evacuada. Todos los civiles se reunirán junto a la Vía del Oeste, más allá del Río del Muro, mañana a mediodía. Este convoy, escoltado por un regimiento de caballería, marchará hacia Calleva Atrebatum.

Olussa me contempló con ojos carentes de brillo.

—¿Y los que se nieguen a marcharse?

Hice un gesto de impaciencia.

—Supongo que, después del consejo, querrás hablar al pueblo en el foro. La muerte es la única alternativa a la huida. Que no queden dudas sobre eso.

Olussa se apoyó las manos en las rodillas y se levantó, una figura achaparrada pero extrañamente majestuosa.

—Noble Paulino, conozco a la gente de Londinium. Muchos se marcharán, rápidamente y de buen grado: los mercaderes galos, los representantes de compañías comerciales de Hispania, Italia y Grecia, los banqueros de Roma y Alejandría, y otros para quienes Londinium no es más que una tienda, un puesto de mercado donde venden sus artículos. Y todos los refugiados que han venido a Londinium en busca de seguridad… esos, expulsados de nuevo, volverán a huir hacia cualquier refugio disponible.

La habitación estaba en silencio. Un destacamento de aguadores astures pasó junto a las ventanas. Los cascos de los caballos rasparon la grava, y una frase en latín con acento hispano resonó en el silencio como una campana.

—Pero ¿qué hay de esos romanos, ya ancianos, que llegaron con la Conquista y se establecieron aquí, que perderán todo lo que valoran en sus vidas, o que consideran la vida misma de poco valor? ¿Qué hay de los britanos de Londinium que nos apoyaron desde el principio, que han confiado en nosotros durante casi dos décadas? Verán que el ejército se marcha, que les retiran su escudo, y que ellos mismos, amigos declarados de Roma, quedan expuestos a los bárbaros que los perseguirán hasta el mar. ¿Qué motivo tendrán para vivir?

—Olussa, te expresas como un rebelde. —Permití que la furia se me notara—. Hablas mucho de la vida y la muerte. Tu gente puede salvar la vida

si está dispuesta a abandonar sus casas y obedecer mis órdenes. Las casas pueden reconstruirse; la vida se pierde para siempre. Estoy tratando de salvar al pueblo de Londinium, no los palos y piedras de una ciudad insignificante. ¡Si alguien no quiere ser salvado, que arda!

Olussa levantó las manos en un gesto de aceptación.

—Muy bien, noble Paulino. Pero temo el pánico cuando se sepa la noticia, los disturbios y saqueos. Las heces salen a la superficie cuando la vasija se remueve.

—Eso ha sido previsto —dije con severidad—. La caballería patrullará por la ciudad. Además, todos los barcos del río están a partir de ahora bajo mi mando. Ninguno puede zarpar; los guardias subirán a bordo de todos ellos y permanecerán allí hasta nueva orden.

Me volví hacia los prefectos.

—La Primera de Panonios destacará a seis tropas montadas para patrullar por las calles, plazas y caminos de la ciudad. Impondrán el orden en cualquier momento y por cualquier método. También enviará, inmediatamente, a guardias desmontados a tomar el control de los barcos; seis hombres para cada uno. La Segunda de Astures escoltará el convoy de mañana hasta Calleva Atrebatum. Los demás, estaréis listos para marchar a las tres horas de recibir el aviso. Recibiréis órdenes detalladas por escrito. Eso es todo.

El torpe gesto de despedida de Olussa formó un contraste deplorable con los elegantes saludos de los oficiales del regimiento. Salió como un sonámbulo, y tropezó en el umbral. Lo vi marcharse con una irritante mezcla de furia y premonición. «Ha vivido demasiado tiempo en Britania», pensé, y aparté al obstinado griego de mi mente.

Si Boudica tenía que quedarse con Londinium, estaba decidido a que consiguiera muy poco material que pudiera ayudarla a proseguir la guerra. Asigné una guardia tungria al centurión al mando del arsenal, y le otorgué poderes para requisar barcos con los que transportar todos los lingotes y monedas del gobierno. Todo lo demás —armaduras, armas, grano, pieles, ropas— debía ser quemado o arrojado al río, exceptuando solamente doce carretas de grano, que acompañarían al convoy de refugiados hasta Calleva Atrebatum.

Dicté un mensaje al tribuno jefe de la Segunda Legión, ordenando el arresto inmediato de Póstumo, y pidiéndole que detuviera a la Augusta y regresara a Calleva Atrebatum a marchas forzadas. Aquel mensaje, junto con otro a Valens para que desviara a la Decimocuarta Legión desde Durocobrivis

al refugio de Calleva Atrebatum, fue confiado a jinetes seleccionados, con autorización para requisar los mejores caballos a lo largo de sus rutas.

A continuación partieron los despachos a Rutupiae, en los que ordenaba al comandante embarcar todo el material militar que pudiera transportar, destruir el resto, y capitanear el traslado de todos los barcos, navales y mercantes, a Gesoriacum.

—Pobre Pantera —murmuré en voz alta—. En algún lugar de alta mar, enfrentándose como de costumbre a tormentas y tempestades, y llenando la costa de restos de naufragios, mientras los rebeldes queman su base hasta los cimientos en su ausencia. Sin embargo, tiene que fondear en Portus; trataremos de enviarle un mensaje allí desde Calleva Atrebatum.

Me levanté y me eché una capa sobre los hombros.

—Nuestros caballos, Agrícola, y una escolta de media tropa. Visitaremos al procurador. Es una lástima que no podamos ponernos togas y andar en procesión detrás de los lictores. Nuestro hedor marcial a cuero y grasa ofenderá las narices de tan orgulloso caballero. ¡Pero cuando le haya dicho todo lo que pienso, dudo que sea capaz de decir si llevamos pieles de lobo o tatuajes de glasto!

5

Resultó que no pude hablar con Cato, ni entonces ni más tarde. El atrio del palacio del procurador y las arcadas de las oficinas del tesoro parecían acabar de sufrir un saqueo. Cajas, cofres, jarras, ropa, archivos y mobiliario cubrían los patios; había funcionarios, escribas y esclavos corriendo en círculos, como ovejas olfateando lobos, y amontonando bultos de cualquier manera sobre unos carros tan sobrecargados que las ruedas se inclinaban peligrosamente hacia los ejes.

Agrícola trató de conseguir alguna información sensata entre aquel gentío. Pasaba el tiempo y mi furia crecía. Finalmente regresó. El procurador había ido al muelle.

—¿Y? —dije en tono lúgubre—. ¡Sigámosle!

Dimos la vuelta a los caballos y pasamos junto a la basílica y las mansiones de los mercaderes prósperos con sus jardines arbolados. Descendimos por una calle comercial hasta encontrarnos detrás de los grandes almacenes de madera. Había barcos anclados proa contra popa abarrotando todos los muelles, y una abigarrada multitud —romanos, nativos, marineros,

estibadores, comerciantes y esclavos— burbujeaba como las gachas hirviendo en la orilla del río.

—Alguien —dijo Agrícola en tono inexpresivo—, tiene muchas ganas de salir de Londinium. ¿Cómo han podido saberlo tan pronto?

Estudié la escena y me tranquilicé. Había jinetes de caballería vigilando los barcos y azotando con las hojas de las espadas el rostro de cualquier desgraciado que tratara de subir a bordo. Desde el arsenal llegaban columnas de porteadores cargados, avanzando a través de los pasillos que los implacables tungrios abrían entre la multitud. Estibaban sus bultos en las bodegas de cuatro grandes mercantes.

—Allí está el procurador —dijo de repente Agrícola.

Cato estaba al borde del agua, a cincuenta yardas, discutiendo encarnizadamente con un decurión panonio de mirada pétrea que bloqueaba la pasarela como un árbol. El capitán, con el rostro rojo de furia, sacudía los brazos. La decepción y el miedo eran patentes en los rostros de funcionarios, escribas del tesoro, vividores, prostitutas y catamitas que rodeaban a Cato. Los labios del decurión estaban tensos; sostenía la espada por la empuñadura y la hoja, apretándose con ella los muslos como si fuera un bastón.

—Averigua qué está pasando allí.

Ya sabía la respuesta, la había sabido al ver el estado del palacio del procurador. Cato, a un precio considerable en plata, había conseguido pasajes a la Galia para él, sus funcionarios superiores y sus favoritos, además de las riquezas que había amasado en Britania. Solo un auxiliar testarudo se interponía entre él y la huida de las espadas de Boudica.

Mis dedos se curvaron como las garras de un halcón al caer sobre su presa. Extendí la mano, palmeé el cuello de mi caballo, y suspiré profundamente, como un jugador antes de arrojar los dados.

—Di a ese decurión —ordené suavemente—, que permita que el procurador y su gente embarquen. Dile que preste toda su asistencia al procurador, que se asegure de que zarpa con la marea, y que me informe cuando se haya ido.

Di la vuelta al caballo y me alejé. Deciano Cato estaba acabado. Roma tolera muchas cosas a sus funcionarios: corrupción, ineficacia, indecisión, lujuria, venalidad. Solo hay dos pecados imperdonables: la ambición excesiva y la deserción frente al enemigo. Por consiguiente, tanto si yo ganaba como si no, y aunque mi ejército se hiciera pedazos bajo los cascos icenos, la provincia se perdiera y mi nombre quedara consignado en los anales de la

infamia con los de Varo, Craso y Flaminio, Cato estaba perdido. Aquella criatura cobarde, aquel caballero plebeyo y vulgar, había mordido el polvo.

Zarpó aquella tarde. Nunca volví a ver a Deciano Cato. Viajó rápidamente hasta Roma, donde llegó rebosando despecho y con una versión de la revuelta diseñada para desacreditar mi parte en el asunto y justificar la suya. Durante un tiempo, nadie supo qué creer: los rumores de sangre, fuego y legiones aniquiladas ya habían llegado a la ciudad por las sigilosas rutas comerciales, y mis propios despachos hablaban de rebelión abierta. El Senado suspendió el juicio. Entonces, cuando se supo la verdad, el castigo lo golpeó como la estocada de una espada: Deciano Cato perdió su anillo de caballero, sus propiedades fueron confiscadas, y él y su familia acabaron exiliados en Serifos, una islita miserable y rocosa del Egeo.

Puede que siga viviendo allí, o que haya muerto, acabando así su papel en la historia de Roma.

6

Mi escolta tuvo dificultades para abrirse camino a través de las abarrotadas calles. Aún no había hecho pública la decisión de evacuar Londinium; Olussa estaba todavía en la basílica arengando a los miembros del consejo municipal, convocados a toda prisa. Sin embargo, era evidente que la medida ya había trascendido; los londinenses habían salido a la calle y discutían enérgicamente. La aparición de mi pequeño grupo provocó miradas desagradables y algún abucheo. Las emociones se descontrolaban rápidamente en una atmósfera que abarcaba toda la gama de pasiones de la incredulidad al terror.

Los propietarios de casas sacaban sus pertenencias, empaquetadas precipitadamente, por las puertas abiertas de par en par; los hombres cargaban alforjas sobre animales, o metían carretas en patios. En todas las esquinas y plazas podían verse destacamentos montados de la caballería de panonios, severos y vigilantes. Pero la incertidumbre nacida de los rumores prevalecía sobre todo lo demás: nadie sabía exactamente qué hacer.

Muchas cosas dependían de Olussa. Cuando llamara a los ciudadanos a reunirse en el foro, le correspondería la aterradora tarea de controlar la tensión y canalizar los peligrosos impulsos de la masa hacia la obediencia y la colaboración.

Comprendiendo que Cato había dejado su departamento en las manos resbaladizas del destino, envié carretas del campamento, con una fuerte guardia, pera retirar del arsenal todos los lingotes y objetos valiosos del tesoro civil y llevarlos al muelle. Y, recordando el aspecto enfurecido de aquella multitud de Londinium, envié mensajeros a mi palacio, a los campamentos de tránsito y centros de reclutamiento, y a las oficinas del tesoro pidiendo a todos los soldados y funcionarios del gobierno que prepararan el equipaje que necesitaran para la marcha del día siguiente y se refugiaran en el arsenal para pasar la noche. Aquellos londinenses, si de mí dependía, no tendrían la oportunidad de desahogar su rencor contra los siervos más privilegiados de Roma.

Olussa, agotado como un pellejo de vino vacío, llegó al campamento al ponerse el sol. Bebió ávidamente su vino de Setia, se apretó la copa contra el pecho y se quedó mirando el brasero con ojos pensativos.

—¿Qué has concretado? —dije bruscamente, interrumpiendo su concentración y recordándole mi presencia y sus modales.

—¿Concretado? Sí, por supuesto. Tu convoy se reunirá, noble Paulino, al otro lado del puente del Río del Muro, mañana al amanecer.

Unas ocho mil personas en total, hombres, mujeres y niños, por lo que puedo calcular.

Trató de beber de la copa vacía y volvió a buscar sus imágenes oníricas en las ascuas brillantes.

—¿Ocho mil? —espeté—. Hay más de quince mil personas en Londinium. ¿Qué hay del resto?

Olussa depositó cuidadosamente la copa. Sus ojos estaban muy abiertos, inyectados en sangre, y centelleaban como lanzas.

—Han renunciado a Roma —dijo en tono inexpresivo—, porque Roma los ha abandonado. Algunos son demasiado viejos, enfermos, pobres o resignados para que les importe demasiado. Cerrarán las puertas, se acostarán y esperarán lo que venga. Otros regresarán a sus propias tierras que abandonaron hace años para vivir en esta ciudad bajo la protección de Claudio César. Volverán a los grandes bosques de los regni y a los fuertes de las colinas. Los valientes y desesperados se quedarán para luchar contra Boudica, sin buscar nada más que la vergüenza de Roma con sus muertes inútiles. Muchos están desconcertados, incapaces de decidirse, divididos entre el apego a sus propiedades y el miedo por sus vidas; son desobedientes, impredecibles y peligrosos. —Sus ojos se nublaron e hizo un gesto fatigado —. Puede haber disturbios esta noche. ¿Puedo tomar algo más de vino?

Un sirviente le llenó la copa. Contemplé sin verlo el cielo que se oscurecía, donde una gran franja escarlata, baja en el horizonte, ardía como una ciudad en llamas. Las hogueras del campamento centelleaban entre las tiendas; una guardia diurna que había terminado su servicio pasó alegremente junto a nosotros.

—Estás cansado, Olussa —dije—, y por lo tanto te perdonaré unas palabras que bordean la traición. Has conseguido mucho, y no puedo pedirte nada más. Será mejor que te quedes en el campamento y duermas tranquilo. Esta noche la ciudad estará muy atareada con los preparativos para la marcha.

Se levantó con decisión.

—Gracias, noble Paulino. No puedo. Hay muchas cosas que hacer y todavía más cosas que evitar. ¿Tengo tu permiso?

Agrícola se quedó con la boca abierta cuando me vio dedicar un saludo militar a la espalda de Olussa.

7

A medianoche el tumulto en la ciudad, a media milla de distancia, resonaba como un oleaje. Dormir era imposible. Me levanté y me vestí con la túnica y pantalón de montar de cuero, sin armadura ni armas, y advertí a los vetones que permanecieran junto a sus caballos. Me senté en una mesa, estudiando informes y garabateando notas para planes futuros, y esperé a recibir noticias de Londinium. Llegaron enseguida: un decurión sudoroso y un soldado con sangre en la cara.

—Legado, el prefecto necesita ayuda. La gente está fuera de control, y los tumultos han crecido. La ciudad parece un campo de batalla.

En cuestión de momentos me estaba abriendo camino en la oscuridad por las puertas del campamento, con diez tropas de vetones detrás. En la Vía del Oeste nos encontramos con uno o dos carros, asnos cargados y hombres y mujeres que se apartaron al vernos y que, iluminados por la débil luz de antorchas y linternas, huían apresuradamente de Londinium hacia una seguridad imaginada. Un resplandor rojizo se reflejaba en las nubes por encima de la ciudad.

En el puente del Río del Muro dije al prefecto de los vetones:

—Solucionadlo lo mejor que podáis. Encontrad y apoyad a nuestras patrullas de panonios. No os preocupéis si tenéis que romper una o dos cabezas.

El hombre sonrió y cruzó el puente. Lo siguieron trescientos jinetes. Me desvié a la derecha con mi guardia personal y, en la oscuridad y el relativo silencio, recorrí las murallas en ruinas hasta los muelles.

Se había desencadenado el infierno.

Por encima de una multitud gritona y furiosa las antorchas se agitaban como flores en el viento. Un barco, amarrado al muelle, ardía de extremo a extremo. Otro fue asaltado por una multitud que lo arrasó como el agua de una presa rota, amontonándose de cualquier manera sobre las cubiertas y bodegas y trepando a la arboladura. Observé mientras el barco se escoraba, se enderezaba y volvía a inclinarse hasta que el río entró por encima de las amuradas. Los gritos de los que se ahogaban perforaron el tumulto como finas astillas de cristal.

En otros lugares, los guardias panonios de los barcos luchaban como marineros repeliendo un abordaje. Las espadas centelleaban rojas a la luz del fuego. Los espacios vacíos en el muelle mostraban dónde los capitanes, percibiendo rápidamente el peligro, habían soltado amarras para derivar hasta el centro de la corriente y echar el ancla a salvo de aquella histeria asesina. El pánico no era el único factor; había saqueadores blandiendo hachas y palancas, derribando las puertas de los almacenes y luchando unos con otros por hacerse con un botín sin valor.

Era hora de acabar con todo aquello.

—Despejad los muelles —dije al centurión de mi guardia—. Usad toda la fuerza que necesitéis.

La tropa formó en línea, hombro con hombro, con los cascos de los caballos resonando sobre la madera, y avanzó al paso. Las largas espadas se movieron. El ruido aumentó y se convirtió en un chillido agudo. Luego, todo hubo terminado.

La tropa retrocedió, compacta e impasible, y los caballos pasaron delicadamente por encima de los cadáveres esparcidos, resbalando ocasionalmente en los charcos oscuros. El centurión se golpeó el muslo con la empuñadura de la espada y esperó órdenes.

Por algún milagro, el barco en llamas, aunque había ardido hasta la línea de flotación, no había incendiado los muelles y almacenes. Las antorchas caídas durante la masacre todavía chisporroteaban sobre las tablas. Hice que las arrojaran al río.

—Que todos los capitanes suelten amarras y echen el ancla en medio del río.

Observé la retirada de los cables y me volví hacia la ciudad.

—Si esto —comenté al centurión—, es un ejemplo del temperamento de Londinium, Boudica se quedará sin su incendio.

La humanidad abarrotaba las calles de pared a pared más allá de los muelles. Los nativos que trataban de alcanzar el río se enfrentaban ion una corriente contraria de fugitivos que habían escapado a nuestras espadas al borde del agua. La guardia, impasible, se abrió camino hacia el foro. Las llamas lamían los tejados, la madera seca crepitaba como los fuegos de artificio de las Saturnales, y el olor a quemado nos hacía fruncir la nariz.

—Estos bastardos estúpidos no pueden esperar a los icenos —dijo el centurión a su caballo.

Las calles anchas cercanas al foro eran un campo de batalla. Grupos de panonios y vetones atacaban en todas direcciones y abrían breves espacios que se llenaban al instante de hombres de ojos enloquecidos que golpeaban, mordían y saltaban sobre los caballos, forcejeando con los jinetes. Las antorchas revelaban las siniestras escenas de una carnicería, entrevistas por un momento y desaparecidas, y las casas en llamas arrojaban indiscriminadamente ceniza y chispas sobre los combatientes.

—Al foro —ordené.

La guardia personal se cerró a mi alrededor y me transportó como un bote por encima de un oleaje salvaje y furioso. En el arco de entrada al foro desmonté, trepé a una cornisa que llegaba a la altura de mi silla y contemplé el tumulto.

—Señal de firmes.

La llamada de la trompeta, al principio, no tuvo más efecto que el canto de un pájaro en una galerna. Pero el sonido, repetido una y otra vez, empezó a atraer las miradas hacia mi posición, mi figura en reposo y mi capa escarlata. Como manchas de espuma pálida e inquieta en un mar agitado, los rostros se volvieron y el ruido y el movimiento cesaron.

Levanté ambos brazos y hablé con toda la potencia de mi voz.

8

Horas más tarde, indescriptiblemente cansado, regresé al campamento. La noche terminaba. Irónicamente, había salvado Londinium de sus propios ciudadanos. Se había restablecido el orden; los fuegos estaban bajo control, y los muertos y heridos estaban siendo retirados de las calles. Me tumbé en la

cama totalmente vestido, sin llegar a dormirme del todo, y tuve sueños extraños hasta que las trompetas de la cuarta guardia saludaron al alba.

El convoy de refugiados cruzó el puente en pequeños grupos reticentes y se detuvo al otro lado del Río del Muro. La escolta de as tures empujó y golpeó, suplicó y amenazó, hasta que aquel enjambre ingobernable quedó ordenado en algo parecido a una línea de marcha a lo largo de la calzada.

Los fugitivos nunca son un espectáculo alegre. Estos estaban especialmente deprimidos, malhumorados, irritables y asustados. Campesinos desharrapados tirando de cabras medio muertas de hambre, mercaderes gruesos transportados por sus esclavos en literas con cortinas de seda, prostitutas con el maquillaje corrido en los labios, matronas de rostro severo montadas en mulas, secretarios orondos todavía cargados de documentos inútiles, ciudadanos romanos o esclavos britanos… nadie en aquella columna inquieta pronunció una palabra animosa o esbozó una sonrisa. Incluso los legionarios del arsenal, guardias de palacio, reclutas y soldados de permiso marchaban aturdidos y con expresión amargada, como hombres sufriendo un castigo inmerecido.

Sonó el chasquido de un látigo; los ejes chillaron, los cascos golpearon el pavimento, los bueyes gruñeron bajo el gemido de los yugos, un niño lanzó un grito lastimero, y la procesión empezó a avanzar lentamente hacia el oeste.

Me pareció que la estimación de Olussa había sido correcta. Unas ocho mil personas, en una columna de más de cuatro millas de longitud. El prefecto de los astures distribuyó a sus soldados, más pastores que guardias, a intervalos regulares a lo largo de la línea y saludó para despedirse.

—A toda velocidad durante las primeras veinte millas —le dije—. Recoged a vuestro paso a las dotaciones del Tercero de Galos en los puestos de carretera. ¿Crees que podréis llegar a Pontibus esta noche?

El prefecto hizo una mueca.

—No con toda esta gente, legado. Tendremos suerte si recorremos diez millas hoy. Supongo que cruzaremos el Tamesa mañana a mediodía.

—Haz lo que puedas —asentí—. Destruid el puente de Pontibus después de cruzar. Con suerte, os alcanzaremos allí y aumentaremos la escolta. Para las últimas veinticinco millas hasta Calleva Atrebatum, deberíais estar razonablemente seguros.

Regresé al campamento y leí los mensajes de los exploradores de caballería llegados durante la noche anterior. Verulam informaba de forajidos errantes que huían al ser vistos, y que podían o no estar relacionados con Boudica. La Caballería del Indo, fuertemente reprendida por haber excedido

los límites de su zona de reconocimiento asignada, describía en tono malhumorado una escaramuza con una pequeña banda de catuvellaunos cerca de la Vía del Norte. No se habían hecho prisioneros y no había más información.

Me froté la barbilla. Aquellos signos, pequeños en sí mismos, podían ser significativos teniendo en cuenta que las patrullas habían encontrado el campo desierto hasta el momento. Podían ser la avanzadilla del regreso de Boudica desde Lindum. O podían no serlo.

Dejé los mensajes a un lado, llamé al prefecto de la Caballería de Próculo y le ordené que se llevara a su regimiento, desmontado, a preparar el Puente de Londinium para incendiarlo. Cuando se hubo ido recordé, con una mueca sarcástica, la lista de litigios que había asignado para aquel mismo día. Los acontecimientos habían atrapado y sobrepasado por fin la rutina de la administración provincial, y los abogados y litigantes, olvidando sus casos, se habían unido a la huida en busca de refugio. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que había firmado aquella lista de litigios? Solo dieciocho horas; y parecían haber transcurrido dieciocho días.

Tenía el cuerpo cubierto de suciedad: una capa de sudor seco, humo y cenizas me irritaba la piel. Con Agrícola, Baso y una pequeña escolta, regresé a Londinium en busca de un baño. En el Río del Muro grupos de hombres limpiaban la maleza de las antiguas murallas nativas y plantaban estacas en una empalizada irregular. Los últimos defensores de Olussa, pensé tristemente, exhibiendo su valor para avergonzar a la cobarde Roma. Recordé la descripción de un superviviente del ataque de Boudica contra Camulodunum, y sonreí sin diversión. De repente un baño me pareció menos deseable, y me dirigí a los muelles.

En mitad de la corriente estaban anclados veinte barcos cuyos capitanes no podían, a causa de la presencia de los guardias panonios a bordo, dar rienda suelta a sus inclinaciones naturales de salir de Londinium tan rápido como pudieran llevarlos el viento y los remos. A cuatro barcos cargados con lingotes del arsenal y el tesoro, y a dos birremes navales, les di mi autorización para zarpar hacia Gesoriacum con la marea, ignorando las peticiones ansiosas de otros capitanes que clamaban, en una mezcla de idiomas que iban de Hibernia a Tesalia, pidiendo permiso para retirar sus barcos de aquel puerto condenado. Necesitaba sus barcos para una tarea que no merecería su aprobación, y no veía ningún motivo para anticipar una tormenta de protestas.

Continué mi paseo hacia el palacio y mi baño. Las calles estaban vacías. Los rastros de los disturbios de la noche estaban esparcidos por los surcos de las calles: vestimentas desgarradas, jarras de vino rotas, estacas, ladrillos, un carro roto, charcos de sangre seca y acartonada y algunos cadáveres desolados. El fuego había chamuscado casas y tiendas; los edificios ennegrecidos asomaban como dientes podridos. La vida se había retirado al interior. Desde las ventanas cerradas, rostros pálidos contemplaban nuestro paso, y unas barricadas patéticas —un montón de troncos, una carreta volcada— protegían los portales y desafiaban a las hordas de la barbarie.

Mi baño presentó problemas. El palacio estaba desierto, los guardias habían dispersado a unos cuantos saqueadores errantes, y los fogones apagados. Mientras los guardias cortaban leña y encendían hogueras, recorrí las salas vacías entre los restos de cortinajes desgarrados, mobiliario destrozado y estatuas rotas. A media tarde había algo de vapor en la sala cálida, el suficiente para sudar y expulsar la suciedad y la fatiga de mi cuerpo. Un masaje amistoso de Agrícola completó aquella parodia de baño, y salí, algo renovado, hacia el campamento.

Todavía había hombres trabajando en las murallas del río. Me detuve, paralizado por la estupefacción, al ver una figura extraordinaria dirigiendo sus esfuerzos. Con un coselete de cobre muy apretado, una antigüedad que databa de las guerras de Sila, y entorpecido por un tahalí demasiado largo del que colgaba una espada de caballería repicando contra unas grebas manchadas, Aulo Alfidio Olussa me contemplaba por debajo del visor de un casco de gladiador.

—En el nombre de Apolo, ¿qué estás haciendo aquí? —vociferé—. ¿Por qué no estás con el convoy de Calleva Atrebatum?

Con cierta dignidad extraña, el hombrecillo me dedicó una parodia de saludo militar.

—Ya no soy magistrado de Londinium, noble Paulino —dijo—. La guarnición me ha nombrado dictador. Hacemos lo que podemos para prepararnos para el asedio. —Señaló la tosca empalizada, que ya medía unos doscientos pasos y que coronaba la inútil muralla.

Una mezcla de ira, exasperación y lástima ahogó las palabras en mi garganta. Me miró con calma, jugueteando con su ridícula espada.

—Nos faltan armas y trabajadores. Muy pocos quieren salir de sus casas. Los disturbios de anoche acabaron con su espíritu. ¿Sabes que murieron más de trescientas personas, la mayoría a manos de tus soldados?

Lo miré sin decir nada.

—¿Puedo hacer una última petición? ¿Me darías armas del arsenal y enviarías a algunos hombres para ayudarnos con estas fortificaciones?

—¡Por supuesto que no! —estallé—. Enviaré hombres, y dentro de una hora, ¡pero no para ayudar a un grupo de locos decididos a suicidarse! Recorrerán las casas y tratarán de convencer a quienes puedan encontrar de embarcar en los barcos que quedan en el puerto. Quiero salvar sus desdichados pellejos, no ofrecérselos en sacrificio a Andate.

—Habrá un sacrificio, noble Paulino —repuso suavemente—. Los hombres morirán en estas murallas por los dioses, religiones y creencias de Britania, y por los dioses de países, provincias y tribus de dentro y fuera de las fronteras del imperio, porque Londinium los abarca a todos. Serán sacrificados por las cenizas de sus antepasados y por su propia autoestima y orgullo. —Hizo una pausa, y escupió violentamente a mis pies—. ¡Ni un solo hombre morirá por Roma!

Olussa se volvió de repente, tropezó con su espada y cayó de bruces en el barro. Me eché a reír salvajemente y me alejé.

Al poco rato tuve que detenerme para secar las lágrimas que me cegaban los ojos.

9

La ruda persuasión del regimiento desmontado que recorrió Londinium arrastró a unos dos mil nativos reticentes y asustados hasta los muelles, y los estibó, apretados como flechas en un carcaj, a bordo de los barcos anclados. Ante las objeciones de los capitanes, el prefecto al mando les ofreció la elección entre obedecer o permanecer amarrados, bajo custodia, hasta la llegada de Boudica. La marea había subido cuando todo el mundo hubo embarcado; los barcos soltaron amarras, uno por uno, y descendieron río abajo. Dos mil londinenses se dirigían a un exilio en la Galia, temporal o permanente, ¿quién podía decirlo?, llevándose solo lo puesto y sus vidas.

Aquella noche la caballería me envió informes largos y ominosos que venían a decir que unas cuantas bandas aparentemente independientes, cuyo número variaba de una veintena a dos centenares de guerreros, avanzaban hacia el sur por las carreteras principales y los caminos nativos. Parecían cualquier cosa menos la avanzadilla de un ejército invasor. Eran los elementos más anárquicos de las hordas indisciplinadas de Boudica, pensé, tirándome del labio y estudiando la apretada caligrafía de los mensajes; los

guerreros que habían escapado por completo a su control y buscaban botín en territorios aún no saqueados.

Vinieran de donde vinieran, eran demasiado numerosos para nuestra caballería: los panonios se habían retirado de su confortable alojamiento en Verulam y habían acampado en las ruinas de Sulloniacae. La Caballería del Indo también se había acercado diez millas más a Londinium, y vivaqueaba en las dos calzadas principales.

La red se estaba estrechando.

De hecho, estaba ya tan tensa que el aviso podía llegarnos con muy poco tiempo; diez millas representaban menos de dos horas de gracia. En aquel momento decidí abandonar Londinium al día siguiente. Mi decisión de destruir el puente exigía más tiempo que una salida precipitada con los carros icenos pisándonos los talones.

En la cabaña de madera del puesto de mando, a la vacilante luz de las velas y las lámparas de aceite humeantes, expuse mis planes a los cinco prefectos de caballería.

—El enemigo —dije bruscamente—, puede estar a dos días de marcha de Londinium, y es el momento de marcharnos. Nuestras fuerzas siguen desperdigadas. La Decimocuarta Legión debería llegar a Calleva Atrebatum mañana por la noche. La Segunda Legión, todavía en retirada, se encuentra probablemente cerca de Corinium. Uno de nuestros regimientos de caballería está escoltando a los refugiados hasta Pontibus, y los otros cinco, sin contar las patrullas, están aquí en Londinium. Ya conocéis mi intención: reagrupar al ejército en Calleva Atrebatum antes de enfrentarnos a los rebeldes.

»Marcharemos hacia Calleva Atrebatum mañana, y evitaremos la Vía del Oeste porque el enemigo está cerca de nuestro flanco del norte y puede cortar la carretera. Cruzaremos y destruiremos el Puente de Londinium y nos dirigiremos al oeste por caminos nativos, cruzando las colinas del sur del Tamesa. Agrícola, ¿has encontrado guías?

El tribuno asintió.

—Sí, legado. Dos pastores refugiados, de las colinas sobre Noviomagus. Hombres salvajes que no hablan latín, pero juran que conocen los caminos hasta el valle de Pontibus.

—Bien. En Pontibus nos reuniremos con el Segundo de Astures y el convoy. Deberían llegar allí mañana por la noche. —Consulté mis tablillas—. Mañana al amanecer llamaré a las patrullas. La Caballería de Próculo enviará destacamentos a destruir o hundir todos los botes de Londinium, por pequeños que sean, a este lado del Tamesa. También formará grupos de

incendiarios, con antorchas, preparados para quemar el puente. Los vados son demasiado profundos para cruzarlos con facilidad, y la falta total de puentes y botes desanimará a los perseguidores. Marcharemos cuando lleguen las patrullas, probablemente sobre el mediodía.

Dejé que Agrícola respondiera a las preguntas de los prefectos sobre raciones y detalles administrativos, me puse la capa y salí de la cabaña. La noche era negra, sin nubes, y las estrellas centelleaban como un millón de puntas de lanza. Londinium estaba oscura, hundida en un trance mortal, un siniestro sepulcro de apatía, desesperación y valor resignado donde los hombres contemplaban la oscuridad desde empalizadas medio demolidas y aguardaban, sin ninguna esperanza, el final de sus vidas.

Me dirigí a mi alojamiento, deprimido y pensando en Olussa.

10

Al día siguiente, veinte de mayo, tres horas después de amanecer, dos jinetes sudorosos montados en caballos espumeantes interrumpieron mi triste supervisión de la destrucción de botes en el estuario del Río del Muro. Los panonios de Sulloniacae, sorprendidos al amanecer por una horda de britanos armados que surgieron de los bosques sin previo aviso, estaban retirándose hacia Londinium. Las frases inconexas de los mensajeros dejaron un hecho claro. La tempestad que acabaría por destruir Londinium, Verulam y un sinnúmero de poblados del sur de Britania estaba a punto de estallar.

Las trompetas sonaron, fuertes y claras, en la ciudad y el campamento. En lo que se tarda en girar un reloj de arena, los regimientos habían ensillado y montado, y avanzaban a medio galope a través del Río del Muro. La patética guarnición de Londinium permanecía armada en la empalizada. Hombres fuertes y débiles, jóvenes y ancianos. Espadas oxidadas, estacas, hoces y hondas. Nos vieron pasar en un silencio irritado, y profirieron algunos insultos despectivos. Los soldados siguieron mirando fijamente hacia delante con expresión firme.

Las tablas del Puente de Londinium resonaron bajo nuestros cascos. El agua fluía rápida, clara y límpida, y en el lecho del río pudimos ver, esparcidos como los restos de un campo de batalla, espadas, escudos, jabalinas y cascos arrojados desde el arsenal. Las armas que había negado a Boudica, y también a los defensores de Londinium.

La calzada se elevaba por encima de las tierras pantanosas a la orilla del río. Junto a ella, medio oculto por un bosquecillo de alisos, como consciente de la proscripción romana, se levantaba un pequeño templo de Isis. Desmonté allí, me senté en los escalones y esperé.

Las patrullas de la Caballería del Indo no habían vuelto. El mensajero, enviado al amanecer para ordenar su regreso, no había reaparecido. ¿Los habían alcanzado los britanos, como habían estado a punto de alcanzar a los panonios? ¿Se había extraviado el mensajero? Fuera cual fuera el motivo, seis valiosas tropas de caballería estaban perdidas por las colinas boscosas del norte de Londinium, entre las extensiones de árboles que se habían llenado con la caballería furiosa de Boudica.

Solo podía esperar y desear, y darles todas las oportunidades posibles antes de destruir el puente.

Los grupos incendiarios sobre el puente permanecían junto a los haces de leña empapados de alquitrán, fijados con ganchos de hierro a las planchas de madera. A la brillante luz del sol, las antorchas centelleaban como velas pálidas. El puente se erguía en perspectiva, como una lanza atravesando el corazón de Londinium. El metal centelleaba brevemente en las murallas sobre el Río del Muro; un perro vagabundo paseaba por los muelles; el río azul y gris fluía tranquilamente, como una lámina de hierro pulido, y las gaviotas revoloteaban y discutían en las alcantarillas. Por lo demás, nada se movía, ni hombres ni animales, ni había chimeneas o fogones que elevaran sus amistosas columnas de humo por encima de los tejados de Londinium.

Transcurrieron las horas. En la carretera, las largas hileras de jinetes desmontados charlaban, bostezaban, reían y gritaban trivialidades de tropa a tropa. Los tribunos, centuriones y asistentes haraganeaban y conversaban. El sol se elevó más en el cielo sin nubes. Miré al otro lado del río con ojos doloridos, dormité un poco a intervalos muy breves, estudié las inscripciones del santuario prohibido de Isis y traté de no pensar en el pasado.

Una llamada de la guardia perturbó mi ensoñación absurda.

Habían aparecido unas manchas distantes en la Vía del Oeste. Me protegí los ojos con la mano y traté de observar hasta que me lloraron los ojos.

—Legado, no son romanos —dijo un decurión de guardia.

—¿Cómo lo sabes?

—La caballería y la infantería están mezcladas, legado. Y hay infantería corriendo por delante de los caballos.

Las manchas distantes se disolvían y volvían a coagularse desde la orilla, temblando suavemente bajo la intensa luz del sol.

—¡Hay un carro de guerra! —gritó Baso.

Diminuto como un juguete, la marca clara e inconfundible de los bárbaros. ¿Dónde estaban las capas verde manzana de los jinetes del Indo?

—Quemad el puente.

Un suboficial corrió hacia los incendiarios. Las antorchas descendieron. Un centenar de puntos de fuego empezaron a despedir un humo negro que se enroscó lánguidamente en el aire sin viento. Pudimos oler el hedor intenso del alquitrán y oír cómo el fuego se apoderaba de la madera vieja en un abrazo crepitante. Los caballos patearon y resoplaron. Los soldados arrojaron las antorchas al río, bajaron del puente y corrieron a los estandartes.

El fuego se apoderó del puente, lanzando furiosas trenzas de llamas de pilastra a tramo, rodeando y acariciando los postes como un amante. El maderamen vaciló, se derrumbó y se estrelló contras las plácidas aguas en una confusión de espuma y vapor.

Regresé lentamente a la carretera.

—¡Montad!

Por encima del ruido de la destrucción del puente, nos llegó, desde el otro lado del Tamesa, el sonido débil pero claro de un cuerno de guerra, que sonó como un saludo despectivo.

No miré atrás.

11

Cuando las colinas nos ocultaron el horizonte, dejamos la carretera para seguir un camino nativo, estrecho y lleno de agujeros, que se retorcía hacia el oeste en curvas sin sentido. Luego marchamos frente al ojo del sol poniente hasta que, al atardecer, llegamos a un fuerte abandonado. Unas cuantas estacas podridas, inclinadas como ancianos fatigados, eran todo lo que quedaba de la empalizada; las murallas cubiertas de hierba se deslizaban lentamente hacia fosos llenos de zarzas y ortigas. El lugar era enorme, siniestro en la media luz; el viento de la colina susurraba como el fantasma de un guerrero muerto.

Los regimientos acamparon en el perímetro, ataron a los caballos, instalaron centinelas y recogieron leña. Los hombres estaban deprimidos y taciturnos, y los grupos en torno a las hogueras extrañamente silenciosos. De la ciudad que había florecido entre aquellas murallas, solo quedaban las ruinas de unas cabañas de madera; en la mejor de todas ellas, renovada de vez

en cuando por pastores o buhoneros, Segundo extendió mis mantas sobre un colchón de hierba y helechos.

Necesitaba dormir, pero no pude descansar. Las estrellas brillaban por entre la docena de aberturas del tejado en ruinas, pero la cabaña me parecía sofocante. Me puse la capa y recorrí el campamento dormido hasta la muralla. Un centinela inquirió y mi guardia respondió: la pregunta y la contraseña resonaron en el silencio como gongs.

La colina y el bosque eran una avalancha oscura que se precipitaba desde mis pies hasta el borde del mundo. Un lobo solitario aulló tristemente. A lo lejos, un diminuto halo de luz resplandecía y se apagaba, se encendía y decaía como una chispa moribunda.

Lo observé durante largo rato.

CAPÍTULO 14

«*El tiempo de la cautela ha pasado; estamos en mitad del desastre*».
SÉNECA

1

Ascendimos a otro montículo y vimos Pontibus. Las empalizadas rotas y las cabañas destrozadas de un poblado nativo ocupaban un claro del bosque. Las puertas del puesto de carretera colgaban de sus postes como ebrias; la entrada estaba abierta como la boca de un cadáver. El maderamen del puente demolido flotaba en el río como huesos rotos.

El prefecto de astures, los que escoltaban al convoy de refugiados de Londinium, ascendió por la pendiente hacia nosotros. Tenía los hombros caídos, su cuerpo se encorvaba sobre la silla, y el harapo ensangrentado que le envolvía el brazo era un estandarte maltrecho que simbolizaba la derrota.

Nos contó su triste historia. A pocas millas de Pontibus, la calzada pasaba por una zona de bosques profundos. El tramo de carretera era como un paso de montaña, y los britanos les cayeron encima desde los árboles como una avalancha.

Los astures tuvieron una oportunidad de escapar, y la aprovecharon, pero los refugiados no tuvieron ninguna. La carretera se convirtió en un matadero. Ocho mil personas que me habían obedecido y partido de Londinium, que habían confiado en mi palabra y en mi protección, habían muerto allí.

Aproximadamente la mitad del regimiento había logrado escapar de la masacre, galopar hasta Pontibus y destruir el puente a toda prisa. Entonces, ocultos tras los árboles de la orilla opuesta, habían contemplado cómo los salvajes destruían el poblado y el puesto de carretera. Después de aquello, los nativos parecieron conformarse; no habían hecho ningún intento de cruzar el río, sino que regresaron, entre alaridos, al bosque y al lugar de la masacre.

Se trataba de una banda errante y no muy numerosa, de solo dos o tres mil hombres, que había escapado al control de Boudica y andaba suelta como una manada de perros rabiosos, babeando en busca de sangre y pillaje. Habían

encontrado a sus víctimas. Ocho mil fugitivos indefensos de Londinium. Fugitivos por orden mía.

Yo era el único responsable de los cadáveres mutilados y amontonados en la carretera al otro lado de Pontibus.

En un arrebato de falsa energía que, frágil como una máscara de papel, apenas ocultaba mi fatiga enfermiza, me dispuse a escoger un lugar de acampada y dar las órdenes para preparar una noche deprimente y peligrosa.

2

En la décima piedra miliar después de Pontibus, Agrícola detuvo bruscamente a su caballo.

—¡Qué campo de batalla tan perfecto! —exclamó.

Le dirigí una mirada agria. El sol apenas había salido, y prometía un día perfecto, pero yo no estaba de humor para apreciar el buen tiempo ni a los tribunos charlatanes. Y en aquel momento, con mis legiones desperdigadas y un rastro de masacres, derrotas y desastres atormentando mis pensamientos, todavía tenía menos deseos de especular sobre batallas.

—Tu genio táctico es la envidia de todo el ejército —gruñí—. ¿Propones que esperemos aquí y luchemos contra Boudica con cinco regimientos y medio?

El instinto, sin embargo, me obligó a examinar el paisaje. La Vía del Oeste, apareciendo por entre los árboles, ascendía hasta un paso elevado por encima de mil yardas de brezal baldío y pantanoso, salpicado de montículos de hierba amarillenta. El brezal terminaba en una pendiente firme y cubierta de grava que ascendía suavemente hacia una cresta, en cuyos dos extremos se alzaba una colina redonda. Una espesa alfombra de espinos y arbustos coronaba aquellas alturas. La Vía del Oeste apuntaba como una lanza a través del brezal, partía el centro de la cresta y desaparecía más allá de los arbustos, dejando una muesca en la línea de árboles del horizonte para señalar su paso. Una milla más al norte podía verse una colina cónica en cuya cima, como una corona rota, se elevaba un fuerte antaño formidable.

—Ciertamente, una posición muy difícil de tomar —observó Baso—. La marcha a través del brezal sería muy difícil; mirad cómo los caballos tienen que ir despacio. —Señaló a la tropa de vanguardia, cuyos animales avanzaban con el agua a la altura de los menudillos.

—Y tampoco se pueden rodear los flancos —dijo Agrícola, impermeable a mi malhumor—. Esas colinas redondas a cada lado parecen impenetrables. Habría que atacar de cara, en un frente no más ancho que la longitud de la cresta. Una fuerza relativamente pequeña podría mantener la posición con considerable ventaja. ¿Cuántos hombres crees que se necesitarían, Baso, para defender la colina con posibilidades razonables?

—Aproximadamente, una legión —repuse, mientras Baso se tiraba del labio—. Y no es momento de ejercicios tácticos. Aquel fuerte será nuestro primer puesto de señales. Envía una tropa, Agrícola, y asegúrate de que sabe cuál es su misión.

Había dejado en Pontibus a un grupo de jinetes duros y caballos rápidos para que llevaran a Calleva Atrebatum el aviso del avance rebelde por la Vía del Oeste. Además, había decidido establecer una cadena de puestos de señales a lo largo de las veinticinco millas entre Pontibus y Calleva Atrebatum, que podrían enviar el mismo mensaje por medio del fuego por la noche, y del humo durante el día, en la décima parte del tiempo que un jinete. De haber existido un tercer y un cuarto medio de transmitir aquel mensaje, los hubiera utilizado; no tenía forma de saber cuándo aquella mujer terrible y su horda sanguinaria, como perros recuperando el rastro después de un error, empezarían a pisarme los talones.

Cuando, poco después del mediodía, entramos en los bosques que rodean Calleva Atrebatum, la vanguardia fue inmediatamente detenida por los exploradores de la Decimocuarta Legión; una señal alentadora de la implacable eficiencia de Vecio Valens. Más adelante, encontramos al propio legado, inspeccionando su línea exterior. Su rostro severo e hirsuto, bronceado y arrugado como el cuero viejo, se abrió en una sonrisa de bienvenida al apretarme la muñeca.

Me alegré de verlo. Entramos juntos en Calleva Atrebatum, con mi brazo en torno a sus hombros.

3

Epático nos esperaba con sus magistrados y decuriones en la puerta este. Reduje las formalidades al mínimo y prometí reunirme con el consejo más tarde en la basílica, porque Epático parecía cargado de noticias, y pude ver que las preocupaciones se agitaban por debajo de su rostro inexpresivo.

Probablemente los legionarios, al relajarse tras una marcha tan dura, habían causado alborotos en las tabernas.

El campamento de la Gémina estaba en un brezal a media milla al oeste de la ciudad. En dos días, Valens había convertido un campamento de marcha en una fortaleza. El foso y el terraplén estaban corlados en perpendicular y revestidos; gruesos troncos de árbol cortados del bosque habían sustituido a las estacas reglamentarias de la empalizada. Las torres de guardia se elevaban sobre la muralla a intervalos regulares; el sol de mediodía centelleaba en los cascos de los centinelas. Cabañas de madera, coronadas de tejas requisadas en los talleres de ladrillos de Calleva Atrebatum, habían sustituido a las hileras de tiendas.

Las centurias marchaban y se ejercitaban en el terreno de parada o, desprovistas de coseletes y armas, saltaban, corrían y luchaban cuerpo a cuerpo. Las jabalinas golpeaban en los blancos; las espadas azotaban los escudos en ejercicios de estocadas y paradas. Las órdenes cortaban el aire como saetas de catapulta. De repente comprendí cuánto había echado de menos a mis legionarios. La larga quincena que me había separado de mi infantería pesada, de aquellos guerreros morenos y robustos, estaba inmersa en una sucesión de desastres, y el instinto parecía defender una relación de causa y efecto. Contemplé con melancolía a mis compañeros de la marcha desde Segontium, mientras la caballería auxiliar acudía a las líneas que Valens había tenido la previsión de instalar. Sus llamativas capas, de color azul, esmeralda o azafrán, adornaban el sombrío terreno de parada como un ramo de flores veraniegas. Traté de convencerme a mí mismo, contra toda razón y justicia, de que la proximidad constante de aquellas tropas de segunda clase fomentaba un generalato también de segunda clase, y explicaba, en parte, la cadena de horrores sangrientos que me había perseguido desde que salí de Ordovicia. Mis argumentos eran muy débiles. Conocía bien la historia militar, y recordaba muchos ejemplos de victorias brillantes conseguidas con tropas de calidad discutible.

Encogí los hombros, tratando de sacudirme de encima la introspección como un perro se sacude el agua del pelaje, y le dije a Valens:

—Habéis marchado doscientas cincuenta millas en diez días y construido una fortaleza. ¿Es que tus hombres nunca descansan?

Soltó una carcajada breve y ronca.

—Son duros como clavos y están en plena forma. Por Hércules, si no los mantuviera ocupados, se beberían todo el vino y violarían a todas las mujeres

de Calleva Atrebatum. De modo que me aseguro de que se vayan a la cama demasiado cansados para pensar siquiera.

En el puesto de mando del campamento, una cabaña espaciosa pero provista del mobiliario adecuado gracias a los carpinteros de la legión, Valens abandonó su aire bromista y fue inmediatamente al grano.

—No estoy al día, legado. Al parecer, han ocurrido muchas cosas que ignoro desde que salimos de Segontium. He oído rumores, por supuesto, en cada parada. Epático me ha contado algo, pero no te puedes fiar de que un britano te diga la verdad. ¿Quieres explicarme lo ocurrido?

Le hice una sinopsis de nuestras desdichas: el saqueo de Camulodunum, la derrota de Cerialis, la deserción de Póstumo y la caída de Londinium.

—Bien —dijo el legado con el ceño fruncido—. Una auténtica avalancha de catástrofes. Y yo te traigo poco consuelo.

—Te has traído a ti mismo y a un número considerable de legionarios, Valens —le dije amablemente—. A mí no me parece una mala noticia.

—Ya lo verás —dijo, y las comisuras de sus labios se hundieron—. En primer lugar, pasaremos lista. Aquí están acampadas la Decimocuarta Legión, la cohorte de veteranos de la Vigésima Legión y la infantería de tu guardia personal. Las cohortes auxiliares son: la Primera de Várdulos, miliar mixta; la Sexta de Tracios, cohorte mixta, la Tercera de Bracarios, cohorte de infantería, y unos quinientos hombres de la Primera de Vangiones, recogidos en los puestos de carretera de la Vía Media. Las bajas sufridas durante la marcha, a causa de enfermedades y agotamiento, ascendieron a veinte legionarios y noventa auxiliares, que se quedaron en los puestos de carretera. Dudo que volvamos a verlos. No encontramos al enemigo ni sufrimos otras pérdidas. Tengo en Calleva Atrebatum a seis mil legionarios, trescientos jinetes auxiliares y dos mil auxiliares de infantería.

Yo ya sabía casi todo aquello y soporté la cantinela con paciencia: Valens nunca podía prescindir de su mentalidad de centurión.

—Puedes añadir seis regimientos de caballería que he traído de Londinium. —Recordé la emboscada en Pontibus—. No, cinco y un poco más. Algo más de dos mil quinientos hombres. Tenemos a casi once mil hombres en el campamento. ¿A qué viene esta preocupación por los números?

El legado hizo una pausa, tamborileando con los dedos sobre la mesa.

—¿Has traído refugiados de Londinium, Verulam o algún otro lugar?

Le conté lo que le había ocurrido al convoy. El comentario de Valens fue un suspiro explosivo.

—Es un alivio, en cualquier caso.

Valens era un hombre duro, pero no insensible, y en aquel contexto su respuesta estaba totalmente fuera de lugar. Lo miré fijamente, estupefacto.

—¿Qué quieres decir?

Me dirigió una mirada larga y calculadora.

—Solo esto, legado. Tenemos raciones para tres días más. Calleva Atrebatum no tiene provisiones. ¿Qué comeremos?

Me quedé con la boca abierta.

—¿No hay provisiones? ¡Tonterías! El trigo requisado a los atrébates el año pasado continua intacto en los graneros militares de Calleva Atrebatum. ¿No te lo dijo Epático?

—Me dijo que Penio Póstumo, al mando de la Segunda Legión, se llevó todo el grano a Glevum con él. —Había una sonrisa torcida en el rostro de Valens.

Me quedé sin habla.

—Cuando Póstumo decidió retirarse —dijo Valens—, declaró que el trigo del gobierno, por lo menos, no debía caer en manos enemigas. Requisó todos los carros y carretas del distrito, vació hasta el último grano de los graneros y se marchó.

Una rabia semejante a la epilepsia me sacudió todo el cuerpo con espasmos incontrolables. Mi visión se volvió borrosa y la flema me inundó la boca. Cuando recobré el sentido, temblaba como si tuviera fiebre, y Valens me había apoyado una mano en el brazo. Las palabras acudieron con dificultad, como si estuviera ensayando un idioma medio olvidado.

—Debemos requisar las provisiones de los nativos, peinar todo el campo.

—Es inútil. —Agotado, Valens se dejó caer sobre una silla—. Ya he registrado todos los graneros privados y tribales de Calleva Atrebatum. He enviado grupos a las granjas y pueblos de aquí hasta Venta Belgarum. Es posible que los nativos hayan conseguido esconder algo, pero estamos en mayo, y las provisiones de cereal empiezan a escasear. Apenas he conseguido lo suficiente para alimentar a la mitad de mi fuerza durante un día, nada más. ¿Qué has traído?

—Raciones para siete días —respondí en tono apagado—. Podemos redistribuirlas entre tus hombres.

Valens movió los labios mientras hacía cálculos.

—Eso nos dará provisiones para toda la fuerza durante dos días más. De modo que podemos subsistir cinco días, si vamos con cuidado. ¿Cuáles serán tus planes, legado?

—En resumen, esperar aquí en Calleva Atrebatum hasta que la Segunda Legión, que Júpiter la confunda, regrese de Glevum, y luego marchar en busca de Boudica.

—¿Y ahora?

Me encogí de hombros.

—Podemos ir a Portus. Si encontramos barcos suficientes, y la flota de Pantera fondea allí, podemos embarcar a la legión y zarpar hacia la Galia. O retirarnos a Glevum y encerrarnos con ese cobarde de Póstumo. Pero ¡qué tontería! De hecho, no haremos nada de eso. Me quedaré aquí, enviaré mensajeros para apresurar a la Augusta y mandaré hombres a los bosques a cazar comida, jabalíes y ciervos, y a rastrear los ríos en busca de pescado.

—El legionario odia la carne.

—Cierto. Al cabo de cinco días, puede tomar una decisión: padecer indigestión o pasar hambre. Creo que su tierno estómago se adaptará a la carne. De modo que envía a los cazadores al instante, Valens. Sobre todo, ordena a tus oficiales de aprovisionamiento que mantengan en secreto la escasez de las raciones: una insinuación en Calleva Atrebatum hoy llegará mañana a Boudica, porque los atrébates apestan a sedición. Y, dado que he marchado durante dos días, he sudado como un Titán y huelo peor que un esclavo, ahora voy a tomar un baño.

4

El jardín de mi mansión estaba lleno de flores, los setos cortados, el césped segado y las flores acariciaban los árboles frutales como mariposas soñolientas. La casa estaba limpia y pulcra, y los sirvientes y el chambelán me esperaban junto a la caseta del portero. Alguien había enviado un mensajero nocturno desde Pontibus para advertir a Calleva Atrebatum de la llegada del gobernador.

Me demoré en el baño, liberando agradecido mi piel del barro del valle del Tamesa, y deliberadamente vacié la mente de cualquier pensamiento ajeno al disfrute del momento. A continuación, envuelto en toallas suaves, con una copa de vino dulce y un plato de higos en conserva a mi lado, me relajé sobre un diván y permití que el cálculo y otras consideraciones invadieran mi cerebro.

Era el veintitrés de mayo. Dos días atrás, los rebeldes, presumiblemente al mando de Boudica, habían convertido Londinium en un montón apestoso de

edificios en ruinas y cuerpos calcinados. Verulam también estaba en ruinas. La perra del infierno de Icenia había campado por sus respetos durante diecinueve días, saqueando tres ciudades, derrotando a una *vexillatio*, quemando incontables granjas y pueblos y masacrando a todos los romanos y a casi todos los britanos en su camino. Los britanos sin duda la consideraban una líder fuerte; probablemente veían en ella a una personificación de su maldito Andate; pero había fracasado en lo que debía ser su principal objetivo: atraer al ejército romano a una batalla. Boudica, o sus jefes —nunca supe si ella era la única responsable de nuestra serie de derrotas—, no eran estúpidos en lo relativo a la guerra. Tendrían que buscar el enfrentamiento con su enemigo principal sin más demora. De lo contrario su ejército, como ocurre con las levas tribales, se desintegraría rápidamente en busca de botín, y caería como una plaga de langostas sobre las tierras indefensas por debajo de Londinium, llevando ruina y muerte a cantiacos y regni.

¿Podría Boudica encontrarme en cinco días? Aquel era el límite de nuestra existencia como fuerza guerrera; después tendríamos que marchar al oeste, con las barrigas colgando como sacos vacíos, hasta las provisiones más cercanas, en Glevum.

¿Regresaría la Segunda Legión a Calleva Atrebatum durante ese tiempo? Conté con los dedos: mi vehemente mensajero debía haber alcanzado a la Augusta tres días atrás; si habían partido de inmediato, podían encontrarse a un día de marcha de Calleva Atrebatum. Sacudí tristemente la cabeza. No había ocurrido, porque los exploradores y los rumores entre los nativos, que viajaban más aprisa que los caballos, nos hubieran informado ya. Era probable que Póstumo se resistiera al arresto; debía estar al mando de un grupo de tribunos y centuriones que compartían su preferencia por la vida en una fortaleza por encima de los peligros de las campañas en el campo.

Me vestí lentamente y con cuidado. Manio Segundo entró y me entregó con disgusto un pequeño sello de plomo que una criatura furtiva, agazapada en las cabañas de los esclavos, le había hecho llegar en apoyo de su petición de una audiencia. El disco demostraba su condición de espía del gobierno. La rebelión, por fortuna, todavía no había destruido la red de inteligencia en los territorios del sur del Tamesa. Aquel agente era el jefe de espionaje entre los atrébates, y me sentí muy complacido de verlo.

No hace falta decir que no acostumbro a entrevistarme con los espías personalmente, excepto en el caso del pequeño regimiento de agentes privados que protegen mi seguridad. Tal es la función de mi jefe de espionaje, que comprueba y resume los informes de toda la provincia y me los entrega

para que los lea. Mi jefe de espionaje estaba en Camulodunum a la llegada de Boudica. Por suerte, el espía atrébate que solicitaba audiencia tuvo el sentido común y el valor de comprender que su información merecía hablar directamente con el poderoso personaje que gobernaba Britania.

En una sala interior, con Segundo de guardia, escuché su informe.

—Los atrébates como pueblo no sienten ninguna simpatía por la reina Boudica y sus acciones, noble Paulino —me aseguró—. Mis compatriotas están bien alimentados, son prósperos y felices. Nos quejamos de los impuestos, ¿y quién no?, pero Roma no es un yugo demasiado pesado en nuestros cuellos.

—¿No hay duda de la lealtad de Epático?

—Ninguna en absoluto —dijo el espía, meneando vigorosamente la cabeza—. El pueblo llano venera a Epático. Para nosotros sigue siendo el rey de los atrébates, en todo menos en el nombre. Muchos dudaron de su honor cuando juró lealtad a nuestros conquistadores; desde entonces, nadie ha dudado de su prudencia.

—Esa afirmación tiene un doble filo, en mi opinión.

—El filo más agudo es el menos empleado. Los britanos valoran el honor por encima del sentido práctico, y aunque, como te he dicho, el pueblo llano puede soportar a Roma, algunos nobles atrébates están planeando enviar una embajada secreta a los rebeldes, para acordar algunos términos antes de que invadan nuestro territorio. Como bien sabes, noble Paulino —continuó el espía con mucho tacto—, hay dos facciones entre los atrébates que han sembrado la discordia desde nuestra conquista por Epático. Los descendientes de los antiguos reyes, los verdaderos atrébates, están resentidos por la usurpación del trono y la deposición de la dinastía de Commio. Durante demasiado tiempo, en su opinión, esta tribu ha estado gobernada por un catuvellauno, primero apoyado por el poderoso Cunobelin y después por Roma. La conquista romana oscureció esas diferencias durante un tiempo, y los atrébates se convirtieron en una sola nación contra la legión de Vespasiano, pero los largos años de paz han vuelto a revelar la escisión. En un lado está Epático; en el otro, los nobles de la familia de Commio que pagarían cualquier precio, incluso la sumisión a los icenos, por ver a un atrébate gobernando de nuevo a los atrébates.

—¿Conoces a esos hombres?

—Sus líderes son Pertaco, Luciliano y Campano, tres príncipes de la dinastía de Commio, que están dispuestos a hablar de traición cuando llegue el momento.

—No está muy lejos el momento en que los tres callarán para siempre —dije salvajemente—. Has hecho muy bien en acudir rápidamente con tus noticias; mi chambelán te entregará oro. De cara al futuro, las intrigas locales son menos importantes que la información sobre el enemigo. Proporciona caballos a tus agentes y envíalos al este a espiar los movimientos rebeldes. Que finjan ser emisarios de ese traidor de Pertaco para conseguir información de las intenciones de Boudica.

Salí de la mansión y me dirigí al puesto de mando a un paso que inquietó a mis guardias. Llamé a Valens y al prefecto al mando de la Caballería de Próculo.

—He dejado a un grupo de atrébates, habitantes del poblado destruido de Pontibus, para que vigilen el río. Desde luego, son poco fiables, y nuestros puestos de señales dependen de ellos para recibir la advertencia —les dije—. Debemos reforzar ese frente rápidamente. La Caballería de Próculo enviará seis tropas a Pontibus de inmediato. Cooperad con los atrébates, pero no os fieis de ellos: vigilad la Vía del Oeste y los vados a tres o cuatro millas río arriba y abajo.

»La Vía del Oeste, por otra parte, no es la única ruta abierta al enemigo. Hemos de vigilar todos los caminos. De modo que también enviarás dos tropas al norte hacia la Vía de Icknield y dos tropas al sur por las colinas. El límite del reconocimiento estará a veinte millas de Calleva Atrebatum. Las patrullas continuarán hasta entrar en contacto con el enemigo o ser llamadas al campamento. No luchéis por conseguir información; no quiero bajas.

Cuando el prefecto se hubo retirado, conté a Valens mi conversación con el espía.

—Los britanos tienen intrigas y traiciones en las venas, en lugar de sangre —resopló con desprecio—. ¿Sabes dónde están los tres traidores principales?

Me tiré de una oreja, pensativo.

—Sondearé a Epático después del consejo. Tal vez en este caso la inacción sería más prudente. No queremos precipitar una revuelta arrestándolos. Si podemos aguantar aquí durante cinco días, o tal vez menos, ya nos ocuparemos de los traidores.

Valens gruñó en señal de asentimiento.

—Cuando marchemos, en la dirección que sea, tendremos que movernos rápido. Tus hombres están todo el día dispersos, cazando y buscando provisiones. ¿Con cuánto tiempo necesitas ser avisado?

—Tres horas —dijo Valens de inmediato.

—Que sean tres horas. Pasa la orden a todos los comandantes. Y ahora voy a ver a Epático y sus decuriones.

5

De la reunión no salió nada de importancia. Los consejeros escupieron torrentes de oratoria expresando lealtad a Roma, obediencia al Príncipe y absoluto horror por las iniquidades de los rebeldes. Dos de los discursos más vehementes salieron de las bocas de dos decuriones llamados Luciliano y Campano.

Pronuncié un breve discurso y les expresé mi gratitud en nombre del Príncipe por su apoyo en tiempos difíciles, prometiendo un pronto final de la revuelta. Me entretuve un poco en el tema de los castigos que se impondrían a las personas y propiedades de los traidores y rebeldes. Les recordé que Roma, una gobernadora tolerante, nunca olvidaba una ofensa y nunca perdonaba.

Los consejeros parecieron adecuadamente impresionados. El rostro de Campano permaneció impasible. Luciliano sonreía débilmente, como ante un pensamiento secreto.

El escenario era digno de toda pompa y ceremonia. La basílica, una auténtica obra maestra de ladrillo rojo, era un edificio apropiado para albergar el gobierno de cualquier ciudad de las provincias de Nerón. Se lo dije a Epático mientras paseábamos por el abarrotado foro.

—Tu aprobación es un honor, legado —murmuró.

Su actitud era pensativa y reservada. Lo hice reaccionar insinuándole medio en broma:

—Tal vez vuestra fe en nuestra victoria no sea tan completa como sugieren los discursos de tus decuriones.

La expresión del anciano era grave mientras me acompañaba adonde la guardia no pudiera oírnos.

—Legado, tengo miedo. No conozco tus planes y no me atrevo a preguntar. Solo sé lo que puedo ver: todo el terror, el poder y el odio de Britania levantándose como una ola monstruosa que arrasará para siempre el nombre y la memoria de Roma de esta tierra, mientras una sola legión, atrapada cerca de una ciudad indefensa, espera a morir de hambre.

Reprimí una respuesta furiosa que hubiera podido revelar mis intenciones. Ya no me atrevía a confiar en ningún britano, ni siquiera en uno tan anciano, distinguido y aparentemente leal.

—Tu preocupación por nuestro bienestar es halagadora pero innecesaria, te lo aseguro —respondí en tono inexpresivo.

—También me preocupa mi propia seguridad, legado —dijo Epático con una sonrisa irónica—. Incluso a mi edad, la vida es preciosa. Si tú pierdes, yo muero. De hecho, pueden matarme antes de que el asunto se decida.

—No te entiendo —dije con calma—. Explícate.

—¿No te lo ha dicho tu espía? —Soltó una breve carcajada ante mi desconcierto—. ¡Un buen hombre! Es el capataz de una de mis granjas cerca de Spinae. Has tenido una visita suya. Sí, Pertaco y los suyos deben quitarme de en medio de algún modo antes de empezar las negociaciones con Boudica. Saben que nunca tendrán a todos los atrébates de su lado mientras yo siga con vida.

—Si conoces la existencia de este complot —dije con impaciencia—, ¿por qué no te ocupas de los conspiradores?

—¿Con qué pruebas? Olvidas, legado, que ahora todos somos romanos, y las acusaciones tienen que probarse con declaraciones y testigos, ser defendidas por abogados, respaldadas por un precedente o decreto y juzgadas ante los magistrados o el mismo gobernador. Hace veinte años —dijo con crueldad—, hubiera desollado vivos a esos cerdos y los hubiera empalado por la entrepierna en estacas romas.

—Cuando haya derrotado a Boudica —dije—, ¿harás precisamente eso? Tienes mi autorización.

—Si derrotas a Boudica —dijo Epático—, lo haré.

6

Durante cuatro días, once mil soldados permanecieron ociosos en Calleva Atrebatum. Los hombres de Valens limpiaron los bosques de cualquier criatura comestible en un radio de cinco millas, las despellejaron, cocinaron y devoraron, quejándose más alto que las plañideras profesionales en un funeral ecuestre. Curiosamente, el odio de los legionarios por la carne resultó ser algo más serio que una manía de soldado. Si los senadores disfrutaban con el pescado y la carne, ¿por qué iban a tener más escrúpulos las mulas de Mario? Ese era mi argumento. De hecho, una epidemia de trastornos intestinales de todo tipo abarrotó las letrinas y alarmó a los doctores. Algo preocupado, ordené el regreso a las raciones de trigo y dispuse que la carne se secara y ahumara para guardarla con las provisiones de emergencia.

Los mensajeros en busca de la Segunda Augusta encontraron las carreteras vacías hasta Corinium; Póstumo, recogiendo a los auxiliares en su fortaleza como una gallina inquieta a sus polluelos, había retirado incluso al Tercero y Cuarto de Galos de sus puestos de carretera. Un mensaje enviado más lejos, al mismo Glevum, ordenaba a la legión traer consigo todo el trigo robado en Calleva Atrebatum. El mensajero nunca regresó, y solo pudimos especular sobre si él y su escolta habrían sido asesinados por los rebeldes o detenidos por Póstumo. Estaba ya convencido de que el prefecto era un traidor; su traición era mayor que la de Boudica, y yo esperaba con impaciencia su castigo, la muerte lenta por azotes.

Las horas se arrastraban; la luz del día se prolongaba como el eterno amanecer de la legendaria Thule, y las noches eran un limbo de oscuridad donde las dudas se retorcían como gusanos en carne putrefacta. Tenía pesadillas en las que me veía a mí mismo atado e impotente mientras mis ejecutores convergían sobre mí de modo implacable, espadas en mano; y uno de los asesinos era Boudica, el otro el Hambre; y un tercero, la demorada águila de la Augusta, permanecía riendo entre las sombras.

Exteriormente, mostraba una indiferencia espléndida, fingiendo la actitud despreocupada propia de un general seguro de sí mismo rodeado de tropas fiables. Asistía a los ejercicios, alternaba con los hombres, bromeaba alegremente con los centuriones. Arrancando diversión a la necesidad, perseguí, lanza en mano, a jabalíes y ciervos, siguiendo a los perros de caza con un ardor inconsciente que me granjeó las reprimendas apenas veladas de Valens y Agrícola. Los nobles atrébates, que a veces cazaban con nosotros, también lo desaprobaban, aunque por razones distintas: les molestaba que alanceara a las bestias acorraladas ignorando por completo los antiguos rituales britanos de caza.

Mis paseos por las calles de Calleva Atrebatum, acompañado solo por un par de guardias, se hicieron tan comunes que los nativos apenas volvían la cabeza. Los edificios crecían como flores en un jardín bien atendido, surgiendo como pétalos del orgulloso cáliz de la basílica y el foro. Pero los atrébates, con su rústica preferencia por los espacios abiertos, imponían sus casas de campo con jardín en los estrechos confines de la ciudad. Cada edificio era una pequeña isla en un enorme campo. Se desperdiciaba mucha tierra apta para la construcción. Las cabañas nativas todavía desfiguraban las casas nuevas, y a veces estaban tan cerca de alguna mansión imponente que parecía que su propietario fuera reticente a abandonar por completo las sencillas cabañas de su juventud.

Una simple ojeada a las murallas me había hecho descartar cualquier idea de convertir Calleva Atrebatum en una fortaleza contra Boudica. El clima y los años habían consolidado el alto terraplén de tierra; una parte estaba revesada, pero en la cima no había empalizada, y las entradas, sin puertas ni casetas, bostezaban como ancianos fatigados.

Al atardecer, cuando entraba de servicio la primera guardia y se cerraban las puertas, Aurelio Baso, Valens y sus centuriones solían visitar mi mansión. Mientras cenábamos y bebíamos, teníamos las conversaciones propias de soldados en activo: tácticas y armaduras, ballestas y botas. Inevitablemente, el tema derivaba hacia nuestras dificultades del momento, y provocaba discusiones sobre las medidas a tomar contra los peligros que nos acechaban y que, como reconocían todos los oficiales reunidos, aumentaban hora tras hora.

Al terminar nuestro cuarto día en Calleva Atrebatum nos reunimos como de costumbre. El atardecer era cálido; nos tumbamos sobre los divanes de la galería cubierta que daba al jardín. Después de la cena alejé a sirvientes y guardias para poder hablar libremente. En el crepúsculo, el perfume de las flores llegaba a nosotros como un incienso; al oeste, el cielo brillaba en tonos pálidos, y las primeras estrellas empezaban a parpadear tímidamente desde la bóveda azul. Durante un rato estuvimos sin hablar, descansando en silencio, absorbiendo la tranquilidad y la paz, relajados en aquella valiosa calma que Calleva Atrebatum llevaba encima como una prenda vieja y confortable.

Valens sirvió vino.

—Un día más —dijo, sin énfasis—. Luego, los hombres comerán cerdo. Tres días más… no más cerdo. ¿Y luego qué?

—¿Solo dos días de carne después de tanto cazar, Valens?

—Hace falta mucha carne para dar de comer a once mil personas.

—Mucho apetito para un ejército tan pequeño. Pero dos días es tiempo suficiente.

Valens dejó la copa con un vigor que hizo vibrar el cristal.

—Legado, ¿qué vas a hacer?

Arrojé perezosamente un hueso de aceituna al estanque.

—Esperar un día más.

—¿Esperar? ¿A qué?

—A Boudica. O a la Augusta.

Valens gruñó, bebió y eructó ruidosamente. En la distancia resonaron los cascos de un caballo, con un pulso rítmico que nos martilleó los oídos.

—¿Y si no aparece nadie, legado? —dijo Baso suavemente.

—Marcharemos.

Una polilla entró desde el jardín, chocó con el candelabro y cayó al suelo. Agrícola puso el pie sobre aquel cuerpo pequeño y suave. El débil chasquido resonó con mucha fuerza en la quietud. Valens emitió un suspiro largo y lento.

—Bien. ¿A Glevum, o a Portus?

—No me has entendido, Valens. Marcharemos al este, en busca de Boudica.

El legado se puso en pie como una hoja de espada desenvainada. Su copa se hizo añicos y esparció cristalitos que centellaron como diamantes a la luz de las velas.

—¡Por los Gemelos! ¡Eso es valor! ¡Ahí está la vieja Roma! ¡Con medio ejército, nada que comer…! ¡Magnífico! —Empezó a hacer cabriolas, en una grotesca parodia de una danza griega—. Puedes contar con la Gémina. Si Britania puede salvarse…

Un centinela dio el quien vive. Se oyeron pasos sobre la grava, y una voz protestó, en tono alto y urgente. Un centurión de la guardia penetró en nuestro círculo de luz, seguido por un tribuno de la Decimocuarta Legión.

—El tribuno de servicio trae noticias urgentes para el legado Suetonio Paulino.

—¿Sí, tribuno?

El joven tenía el rostro sofocado, y respiraba a sacudidas tras la breve furia de su galopada desde el campamento.

—La torre de señales está en llamas, legado.

Me examiné las uñas. Valens juró en voz baja, una larga retahíla de dioses. Agrícola tragó saliva y habló.

—Boudica está en Pontibus.

—Eso debemos pensar —dije tranquilamente. Tomé la copa y contemplé el vino bajo la luz—. O al menos, se está acercando al río. Valens.

—¿Legado?

—Todos tus hombres están en el campamento. Dentro de una hora, la oscuridad será total. Hasta entonces, la rutina debe seguir como de costumbre: nada de formaciones, gritos ni llamadas de trompeta. Informa por escrito a tus comandantes por medio de este tribuno. Tribuno, ¿has pasado por Calleva Atrebatum al venir hasta aquí?

—Sí, legado.

—Y a todo galope, te he oído. Regresa por el mismo camino, al paso, y cantando. No tienes una sola preocupación, ¿entendido?

Asintió en silencio. Miré a mis invitados.

—No regresaremos al campamento antes de oscurecer, así que poneos cómodos. ¡Segundo! Di a los criados que traigan más vino y prepara mi armadura.

Con la mirada, Valens me suplicó explicaciones. Le sonreí, sacudí la cabeza y entré en la casa. De haber sabido que estaba a punto de enviar un mensaje urgente a Boudica por medio de un espía de confianza, probablemente me hubiera arrestado.

7

Las velas chisporroteaban y humeaban profusamente. Los rincones de la sala grande y desnuda del cuartel general de la legión quedaban ocultos entre las sombras. Los hombres tosían y se aclaraban las gargantas. Faltaban dos horas para la medianoche. Ningún mensajero había llegado de Pontibus para aclarar la advertencia de la torre.

Estudié los rostros que me rodeaban, esquivos bajo la parpadeante luz como sombras sobre el agua.

—Nos espera una marcha nocturna de quince millas —dije—. El objetivo inmediato del ejército es salir de Calleva Atrebatum sin que nadie se entere: mi esperanza es que nadie de fuera de este campamento sepa antes de mañana al amanecer que nos hemos ido.

»Media milla de campo abierto nos separa de la ciudad. Para asegurarnos de que nadie está vigilando el campamento, enviaremos patrullas enseguida a peinar la zona en un radio de un cuarto de milla desde la empalizada para capturar a cualquiera que encuentren y traerlo aquí. Destaca a los tracios para esta misión, Valens: saben moverse rápido y en silencio en la oscuridad.

»Nadie más abandonará el campamento, bajo ningún pretexto, hasta que el ejército marche a medianoche. Ningún hombre saldrá de su barracón hasta una hora antes del momento. Todos los preparativos han de hacerse en silencio y sin luces. Tus centinelas se quedarán atrás, Valens: llamarán a las guardias durante la noche como de costumbre, cambiarán y seguirá la rutina normal.

»Rodearemos Calleva Atrebatum en dirección norte, siguiendo un camino del bosque que se reúne con la Vía del Oeste a dos millas al este de la ciudad. Yo mismo conozco bien ese camino: las horas que he pasado cazando jabalíes en los bosques no eran solo un ejercicio. Dirigiré la vanguardia.

»El ejército marchará directamente a la batalla, sin acampar previamente. Por lo tanto, iréis preparados para la acción, sin transportes, mulas, animales de carga o asistentes. Cada hombre llevará sus raciones: el trigo para un día, que es lo que nos queda, y carne para dos días.

»Mi guardia personal irá delante, Valens; luego, una cohorte de auxiliares. La caballería en retaguardia. Por lo demás, asigna el orden de marcha como te parezca.

Los comandantes salieron, dejando en la habitación solo a los funcionarios. Permanecí en la mesa, garabateando distraídamente sobre una tablilla, dibujando de memoria una zona de brezos, crestas y bosques, borrando y volviendo a dibujar, trazando encima los símbolos estilizados de las cohortes y la caballería. Con un gesto rápido borré todo el dibujo y miré fijamente las llamas.

Era el momento definitivo. La indecisión y el miedo me asaltaron de repente como una marea. ¿Acertaba? Una torre se había incendiado por la noche; un general maduro, aparentemente bajo los efectos del buen vino y la compañía agradable, iba a comprometer a su ejército en un curso de acción que sería decisivo y podía resultar totalmente desastroso.

Examiné lo ocurrido durante los últimos quince días. Mis movimientos habían sido dictados por un enemigo despiadado, enérgico y triunfante. Había buscado desesperadamente la iniciativa, había sido hostigado sin cesar y siempre había acabado frustrado. Había decido luchar solo cuando todos los componentes de mi fuerza de campo estuvieran reunidos, y había visto mi plan destrozado por la rapidez del enemigo y la ineptitud de un subordinado. ¿Era aquella la forma de resolver los asuntos realmente importantes?

En aquel caso, lo era. Pues la mía no era una decisión tomada bajo los efectos del vino. Durante aquellos largos días en Calleva Atrebatum, durante mis paseos solitarios por las calles, en los descansos durante las cacerías, en las horas insomnes en el silencio de mi dormitorio, había valorado todas las posibilidades, sopesado todos los factores de cada contingencia, y había encontrado una solución para todos ellos. El destino y Boudica habían hecho su jugada; mi respuesta fue automática, una respuesta calculada, repasada, cuestionada y puesta a prueba con más rigor que la mentira de un abogado.

Simplemente, no había otra solución.

Suspiré, sacudí la cabeza como un buceador saliendo a la superficie y me dirigí a la puerta. La noche era cálida y estrellada. El campo latía como un gigantesco corazón, vivo y en movimiento, pero silencioso, silencioso y oscuro. Para las tropas de Valens, las exigencias de una disciplina estricta

eran algo habitual; aceptaban y obedecían cualquier orden a cualquier hora, por extraña que fuese. Solo junto a la Puerta Siniestra se oían ruidos identificables, débiles pero que resonaban con fuerza en aquella colmena silenciosa.

—Las líneas de caballería —dije en voz alta—. Agrícola, envía a alguien a la carrera. Que se callen.

Solo la caballería, que había estado bajo mi mando directo durante los últimos quince días, se mostraba laxa en la disciplina. Sonreí irónicamente en la oscuridad.

Valens y sus centuriones acudieron al pretorio y suplicaron mi asistencia a la celebración del sacrificio y la lectura de los auspicios. Suspiré de nuevo, y los acompañé al Templo de los Estandartes. A la escasa luz de una linterna, los estandartes fueron bendecidos y repartidos, y la cabra sacrificada. Los augures eran hombres de Valens, con los que no tenía ningún acuerdo. Mentalmente preparé un discurso para combatir a los hados desfavorables, o utilizar las señales en provecho propio. Para mi sorpresa, los adivinos, tras una larga deliberación en torno al hígado humeante, declararon que los dioses favorecían nuestra empresa. De modo que, después de una breve exhortación a los oficiales, regresé aliviado a mi desnuda habitación, tomé una última copa de vino y deseé que llegara un jinete de Pontibus.

No llegó ninguno.

Cuando el reloj indicó que faltaba un cuarto de hora para la medianoche, me puse el casco, la espada y la capa y me dirigí a la Puerta Pretoriana. Las calles estaban despejadas, pero hilera tras hilera de soldados abarrotaban el espacio de setenta yardas que separaba los barracones de las murallas en los cuatro costados del campamento. En la puerta encontré a Valens.

—Esperando informes de situación, legado —dijo. Un tribuno a su lado sostenía una vela en una mano y un reloj de arena en la otra. Valens dirigió una mirada ansiosa al reloj.

Los tribunos, prefectos, centuriones y decuriones informaron en voz baja de sus fuerzas y disponibilidad. Finalmente, Valens se volvió hacia mí y saludó.

—La Decimocuarta Legión Gémina y tropas asociadas esperan tus órdenes, legado.

La puerta crujió y se abrió. Crucé la pasarela y me adentré en la noche.

8

A la luz de las estrellas, el camino por el bosque era claro y fácil de seguir. Vadeamos un río poco profundo, salimos de entre los árboles, cruzamos campos abiertos, rodeamos una granja dormida y llegamos a la Vía del Oeste. Dirigí la columna durante cuatro piedras miliares y me detuve. Las unidades se acercaron y pasaron sus informes a la vanguardia. Envié por delante a una cohorte de auxiliares, la Tercera de Bracarios, y continué la marcha.

Las espaldas de los auxiliares se convertían en una larga cuña que se estrechaba como una hoja de espada, cubriendo la cinta gris de la calzada. Detrás de mi caballo, las botas con clavos de hierro aplastaban el pavimento con una cadencia parecida al golpear rítmico de las olas; el sonido avanzaba por la columna de cuatro millas y moría con un susurro como el viento entre la hierba. Las estrellas brillaban claras y firmes, proyectando un extraño resplandor violeta sobre arbustos y montículos junto a la Vía, y, más a lo lejos, los árboles, como despreciando el don de la luz, corrían sus cortinas a través del paisaje plateado.

Nos deteníamos a cada tres piedras miliares. La segunda parada trajo una conmoción entre la vanguardia, el sonido de una pregunta y el santo y seña. Sonaron los cascos de caballo, y unos jinetes aparecieron en la calzada. Mi guardia personal se cerró en torno a mí y esperó, para preguntar a continuación.

—Caballería de Próculo.

El decurión entregó su mensaje, rápido y sucinto.

—Varios miles de enemigos llegaron a Pontibus antes de oscurecer, legado. Caballos, infantería y carros. Empezaban a cruzar el río cuando he partido. Ninguna baja entre mis tropas. Nuestros aliados nativos, los atrébates —escupió—, se han unido al enemigo o se han dispersado por esta orilla del río, no sé dónde.

—Saca a tus hombres de la calzada —dije—. Situaos en la retaguardia. Permaneced en silencio. Luego, reúnete aquí conmigo.

Seguimos adelante. El decurión reapareció a mi lado.

—Cuéntame lo ocurrido —dije—. En voz baja.

—Llegaron por la Vía del Oeste, legado. Al principio, solo unos centenares. Trataron de cruzar el río. Aparecieron los atrébates y dispararon algunas flechas. El enemigo dio la vuelta, se quedó en la orilla y se dedicó a gritar. Pronto llegaron refuerzos: varios miles, por lo que pude ver. Dije a nuestros hombres que encendieran la torre.

Tosió, con la garganta seca, y se frotó los labios.

—Ese jefe atrébate, Pertaco, empezó a parlamentar, gritando de orilla a orilla. No entendía lo que decía, pero parecía muy amistoso. Muchas sonrisas y carcajadas. Los atrébates estaban concentrados donde había estado el puente, con Pertaco al frente, con el agua hasta los muslos, y al otro lado el enemigo se concentraba con gran euforia, con aspecto de estar a punto de cruzar en cualquier momento. Bandas de rebeldes recorrían la orilla, metiéndose en el agua y volviendo a salir, buscando vados.

Un brillo pálido tocó el horizonte, un débil suspiró de color, evanescente como la niebla en un espejo.

—Aquello no me gustaba. No podía ver qué había al otro lado delas curvas del río. Podían haber ocurrido muchas cosas que yo desconocía. ¿Comprendes, legado? Ordené a nuestras patrullas de los vados que regresaran a la calzada.

»Algunos atrébates estaban en claro desacuerdo con Pertaco y sus tratos con los rebeldes. Muchas discusiones y gestos. Finalmente, los atrébates empezaron a alejarse del río y desaparecer entre los árboles, dejando a Pertaco con sus sucios negocios. Pero muchos se quedaron con él.

El decurión aspiró el aire entre los dientes con aire reflexivo.

—Estaba ocupado reuniendo a mis hombres, ocultos a la vista desde el puente, y no podía vigilar todo el tiempo. Cuando volví a mirar, la presión en la otra orilla era tan enorme que parecía que cada brizna de hierba se hubiera convertido en un guerrero. Entre ellos, en la calzada, había una mujer en un carro rojo.

—¿Boudica?

—¿Quién, si no? Pertaco tendió los brazos hacia ella como un amante, se metió en el agua y cruzó el río, seguido por algunos de sus hombres. Entonces nuestra torre se encendió sobre la colina, y los nativos lo vieron.

Al este, el cielo se estaba cubriendo de un delicado tono gris perla, con el toque translúcido del hierro bruñido.

—Se metieron en el agua como jabalíes salvajes huyendo de un incendio, y llenaron el río de orilla a orilla. No esperé más. Ordené formar y partimos al galope. Y aquí estoy.

—Lo has hecho bien, decurión. Vuelve con tus hombres.

Había basado mi decisión en un fuego de señales que podía haber significado solo que había un grupo de saqueadores buscando botín, una banda escapada al control de Boudica o un simple grupo numeroso de exploradores. Aquella preocupación se había disipado. Todos los rebeldes de Britania —icenos, trinovantes, catuvellaunos, coritanos— nos esperaban al

otro lado del horizonte, donde el amanecer dibujaba crestas, colinas y bosques como precipicios negros contra un cielo color prímula.

Desde la silla, un jinete ya podía ver el suelo. Detuve a la columna.

—A partir de aquí, Valens, me adelantaré al galope con un regimiento de caballería. Envía al Primero de Tungrios de la retaguardia. Tú seguirás con el ejército. Pon guardias en los flancos antes de moverte, aunque no creo que haya posibilidad de entrar en combate tan pronto.

Valens rompió su silencio de toda la noche.

—¿Cuánto falta?

—Tres millas. Deja hablar a los hombres. Ya se puede ver a más distancia de la que llegan las voces.

Los tungrios, entre chasquidos de hierro y crujidos de cuero, aparecieron desde la retaguardia, enviaron exploradores delante y avanzaron a medio galope. Con la caballería de mi guardia personal, los seguí de cerca, con los cascos de nuestros caballos levantando trozos de pedernal.

Pronto ascendimos por una larga pendiente, coronamos una cresta y contemplamos aquella extensión vacía de hierba empapada donde Agrícola, unos días atrás, había pronunciado su conferencia sobre táctica.

El lugar, aunque no perfecto, era el más indicado entre Pontibus y Calleva Atrebatum. Allí libraríamos la última batalla.

9

La caballería tungria envió exploradores a una milla de la colina, donde el brezal se convertía en una confusión de bosques dispersos. Galopé de extremo a extremo de la posición y examiné el terreno en detalle. La cresta se curvaba como un arco, con el lado cóncavo hacia el enemigo, y los extremos ascendiendo en forma de montículos en cada flanco. El de la izquierda era una pequeña protuberancia, de seiscientas yardas, que partía de la cresta principal. El de la derecha era más grande, y se extendía durante mil yardas hacia el sur, quedando separado de la propia cresta por un estrecho valle. Esta depresión quedaba oculta por un saliente de la colina de la derecha, que tapaba la entrada y prácticamente la ocultaba a la vista del enemigo.

Espinos, zarzas, arbustos, saúcos y pinos enanos cubrían la cresta y las pendientes de extremo a extremo. Nadie podía considerarlo un bosque: el suelo era demasiado pobre y arenoso para soportar árboles grandes. Pero era difícil imaginar un impedimento mayor para el movimiento que aquella

vegetación enmarañada, lo bastante densa para disuadir a una cabra hambrienta.

La propia naturaleza se encargaría, pues, de asegurar mis flancos y retaguardia. Las pendientes delanteras presentaban una escarpadura desnuda y cubierta de grava que se extendía como un delantal durante trescientos pasos hasta el húmedo brezal, donde los jinetes, como comprobé por mí mismo, no podían avanzar más rápido que al trote. Solo en el extremo más alejado de la izquierda tenía el suelo la firmeza necesaria para permitir maniobrar a caballos y carros.

Mis dibujos sobre la tablilla realizados de memoria en Calleva Atrebatum habían sido razonablemente precisos, y necesitaron solo de alteraciones menores para corresponderse con la realidad. A los tribunos y centuriones, les expliqué nuestra disposición y el diseño del frente, emplacé guías en la pendiente trasera y junto a la calzada para cada unidad, y corrí a reunir me con el ejército.

La larga columna llenaba la carretera hasta perderse de vista. Saludé a Valens, lo llamé aparte y permanecimos viendo pasar a las cohortes.

La caballería en primer lugar, tintineando y repicando, exhibiendo las alegres capas como estandartes, con las lanzas invertidas y levantadas en señal de saludo. Los auxiliares, los menudos y resistentes bracarios, con sus cascos de cuero y sin armadura, los escudos planos y cuadrados balanceándose a sus espaldas, mientras avanzaban con aquel característico medio trote capaz de recorrer cincuenta millas en un día. La infantería de mi guardia personal, hombres altos y orgullosos cuyas armaduras centelleante y cuero reluciente dejaban en ridículo a cualquier otra tropa. La escolta del Águila de la Decimocuarta Legión Gémina, una falange disciplinada en torno al reluciente estandarte que le había regalado, casi un siglo atrás, el divino Augusto. Los tribunos del puesto de mando, con su coraza dorada y cascos ornamentados, valientes jinetes sobre monturas inquietas.

A través del polvo apareció la legión, la infantería pesada, el esplendor de Roma y el martillo de sus enemigos. En filas de a seis, con las jabalinas al hombro, marcharon hilera tras hilera en mesurada armonía: las botas sobre la grava, el crujido de las corazas, el golpe rítmico de las vainas y, como una nota dominante, el susurro metálico de las tiras reforzadas con bronce que se balanceaban y chocaban al unísono. A su paso se elevó un aura de polvo y aceite, cuero engrasado y sudor, un aroma más dulce para mí que el espicanardo de Siria. Y mientras marchaban entonaban una cancioncilla sin sentido pero de tono rítmico:

Cras amet qui nunquam amavit,

Quique amavit cras amet.

De repente, dejé de tener miedo. Aquellos hombres menudos, morenos y arrogantes gobernaban la tierra. Nadie podía derrotarlos… Les sonreí. Me devolvieron la sonrisa. Su seguridad envolvió mis temores con el cálido consuelo de una capa de piel. En aquel momento, supe que la larga cadena de fracasos había terminado.

—¡Júpiter, qué mal huelen! —Vecio Valens, siempre malhumorado por las mañanas, resopló y se limpió la nariz con el pañuelo.

—No importa, Valens. Estos son los verdaderos auspicios de la victoria; cinco mil de ellos. Son unos presagios mejores, mucho mejores, que los que podría proporcionarte ese adivino hurgatripas.

Sonreí ante su expresión escandalizada y me volví para seguir a mis hombres. Tarareaba una canción.

Cras amet qui nunquam amavit,

Quique amavit cras amet.

CAPÍTULO 15

«*En la espaciosa urna de la muerte caben todos los nombres*».
HORACIO

Extracto de una carta escrita tres meses más tarde a Sexto Afranio Burro, prefecto del Pretorio.

1

Me pides, Burro, que te amplíe el escueto despacho oficial que narraba mi última batalla contra Boudica. ¿Qué más puedo añadir? ¿Qué se puede decir de una acción que salió exactamente según lo planeado, donde la secuencia desde el primer contacto a la persecución fluyó sin ninguna pausa ni dislocación, como en las cadencias ordenadas de un poema de Horacio o Catulo? Pero conozco tu interés por los detalles militares y por tanto, para complacer a un viejo amigo y a causa de ciertos asuntos que podrían ser de interés para el Príncipe, escribo, solo para tus ojos, la narración que sigue.

El despliegue del ejército pasando de columna en ruta a línea de batalla fue una operación rápida y fluida, muy bien manejada por los guías que había situado para cada cohorte. La Decimocuarta Gémina, desplegada a la izquierda junto a la primera cohorte de la Vigésima Valeria, defendía la posición principal: la parte delantera de una cresta que se curvaba en un suave arco. La longitud de su línea era algo inferior a mil quinientas yardas, permitiendo una profundidad de seis filas. Detrás de ellos, a ambos lados de la calzada, situé a mi única reserva: la cohorte de caballería e infantería de mi guardia personal.

La caballería ocupaba las alas. La izquierda, sobre una elevación algo estrecha, estaba defendida por los panonios, los vetones y la Caballería del Indo. La derecha, una plataforma más ancha, permitía más espacio para la Caballería de Próculo, los astures y los tungrios. Estos últimos, en aquel momento, estaban a una milla por delante, cubriendo nuestro despliegue y buscando al enemigo. Ambos lugares eran algo estrechos, especialmente el

izquierdo, de modo que los regimientos, muy apretados, estaban tan cerca del bosque que los caballos de la última fila pisaban y pateaban las zarzas. El inconveniente fue temporal: aquellas colinas eran meras zonas de concentración; no tenía ninguna intención de luchar allí.

Situé a mis exploradores —bracarios en el centro, vangiones y várdulos en los flancos— a casi mil pasos por delante en una línea recta que cubría toda la cresta. Distribuí a los arqueros tracios, montados y a pie, por tropas y centurias a lo largo de la línea. Te darás cuenta de que mi pantalla era muy tenue, de solo tres mil jinetes y dos mil soldados de infantería. Este, en Britania, es nuestro problema habitual. Hasta que nuestra fuerza auxiliar sea muy reforzada, nunca se dará, en esta provincia, la repetición de un acontecimiento nada raro en la historia militar de Roma: una batalla librada y ganada solo por los auxiliares, mientras las legiones esperan y observan. Pero esta es una vieja discusión, y no entraremos en ella ahora.

Un pelotón de ingenieros abrió una brecha en la carretera a tiro de arco de los exploradores. Los carros solo tendrían acceso a nuestro frente por la calzada; aquella simple demolición prevenía cualquier irrupción de unos vehículos de guerra cuyo valor se ha exagerado tanto.

Las disposiciones, por tanto, a vista de pájaro, eran como un arco cuya cuerda sería la línea de auxiliares, el palo curvo la media luna de legionarios que defenderían la cresta, y la Vía del Oeste, como una flecha, cortaba el centro.

Los hombres ocuparon sus puestos, descansaron y se apoyaron en las jabalinas. Recorrí a caballo todo el frente, a veces extendiendo el intervalo entre centurias —los centuriones en línea de batalla siempre tienen tendencia a contraer sus espacios de maniobra— y llamé a los comandantes a una reunión. Por delante, diminutos en la distancia, los exploradores tungrios recorrían los bosques sin prisa. Un coro de pájaros llenaba el aire de música. Los primeros rayos de sol levantaron una leve neblina sobre el húmedo brezal.

Había asegurado mi objetivo. Solo teníamos que esperar.

2

Estoy seguro de que habrás oído, Burro, varias críticas a los métodos que empleé para seleccionar el terreno donde deseaba luchar. Algunas de estas objeciones, concebidas en la mente de estrategas aficionados y ventiladas en

debates estériles en la Casa del Senado, han llegado por rutas tortuosas hasta mis oídos. La única afirmación que, a falta de un conocimiento de los hechos, podrías tomar en serio es la acusación de que, tras una marcha de quince millas, lancé a mi ejército a la batalla sin provisiones ni transporte, sin base y sin la certeza de que el enemigo presentaría batalla aquel día o cualquiera de los siguientes.

Todas las alegaciones menos la última son ciertas; y la última solo es parcialmente falsa, porque en la guerra no hay certezas. Pero si se acepta que era muy posible que Boudica se me enfrentara en el día y lugar escogidos por mí, se verá que los otros movimientos eran vitales para mis planes. Y estaba convencido de que acudiría, porque le había ofrecido un cebo más atractivo que la carne ensangrentada para un tiburón.

Cené en mi casa con Vecio Valens y otros compañeros la noche en que las hogueras enviaron la alarma a Calleva Atrebatum. Mi primera acción fue enviar a Pontibus de inmediato a dos agentes atrébates de confianza, con sus papeles bien ensayados. Viajaron por rutas distintas, para minimizar las posibilidades de intercepción o captura, y debían fingir que los enviaban los descontentos de una facción antigubernamental entre los atrébates. Su mensaje para los rebeldes era breve: el ejército romano no tenía provisiones y se retiraría al día siguiente, hambriento y derrotado, de Calleva Atrebatum a Glevum.

Una apuesta, puedes pensar. Cierto, pero el riesgo estaba en la ejecución de la estratagema, y no en su resultado. Una caída en la oscuridad o la intercepción de nuestra caballería en Pontibus podía haber impedido a cualquiera de los dos mensajeros llegar hasta la reina. De hecho, llegaron los dos; fueron aceptados, y sus historias creídas.

Ningún general en la posición de Boudica hubiera dejado de reaccionar con la mayor contundencia. Su objetivo era atrapar y destruir mi pequeña fuerza antes de que pudiera alcanzar la seguridad de una fortaleza o ser reforzada por otras legiones. Aquella era una oportunidad que podía parecer enviada por los dioses. Un movimiento rápido, una marcha veloz y, en algún lugar de la calzada más allá de Calleva Atrebatum, podría alcanzarme y obligarme a batallar en situación de inferioridad y en terreno desfavorable.

¿Lo comprendes, Burro? Sabía que la mañana del veintisiete de marzo Boudica estaría empujando a su chusma hacia Calleva Atrebatum como un cazador azuza a sus perros a la matanza. Por lo tanto, tenía que llegar a mi terreno de batalla escogido antes que ella y, para que la sorpresa fuera

efectiva, nadie debía saber que no me encontraba de camino hacia Glevum y la salvación.

De ahí la marcha nocturna sin transportes, porque, como bien sabes, nuestras caravanas de aprovisionamiento son el elemento más indisciplinado e incontrolable del ejército. De hecho, he considerado a menudo la conveniencia de reclutar un cuerpo especial de aprovisionamiento y transportistas, bajo las mismas reglas de disciplina que gobiernan a nuestros soldados. Estoy escribiendo un tratado sobre el tema para que lo estudies. En este caso, un grupo de esclavos, libertos y mulas, avanzando a tientas en la oscuridad y desorientándose, hubiera anunciado nuestro paso por toda la zona. No podía permitirme sacrificar la sorpresa en aras de la comodidad de los soldados.

En realidad, ¿qué nos faltaba? Los hombres llevaban herramientas de cavar y estacas, de modo que podíamos fortificar un campamento. Tenían raciones para tres días. Solo faltaban tiendas y armas de repuesto, equipamiento y comida. Sin embargo, me doy cuenta de que la decisión no tiene precedentes en los anales de guerra romanos. Puedes tener la certeza de que no tengo intención de repetirlo.

Toda la doctrina militar y los manuales de táctica insisten en una base firme: al menos un campamento fortificado, al alcance del campo de batalla, adonde nuestras fuerzas, si son derrotadas, puedan retirarse para reorganizarse y volver a atacar. Yo no tenía ninguno más cercano que Calleva Atrebatum, a quince millas de distancia. Cierto. Pero no tenía tiempo de cavar zanjas. Boudica se acercaba; mi ejército tenía que estar en línea de batalla en cuanto apareciera. ¿Acaso iba a correr el riesgo, por una muralla construida a toda prisa, de que me atraparan como los nervios a César en el río Sabis?

De modo, mi querido Burro, que puedes responder a mis críticos, si quieres hacerlo, con la afirmación de que puedo haber sido poco ortodoxo, pero mi decisión no fue precipitada. Pero me temo que el conservadurismo de la mente militar romana es tal que, mientras la batalla podría con el tiempo llegar a ser mencionada en nuestros libros de texto, la manera de llegar al campo escogido, de la que estoy secretamente orgulloso, será ignorada o descartada como una lamentable aberración por parte de un general por lo demás competente. ¿No tengo razón?

3

Los comandantes se reunieron conmigo cerca de la calzada, a plena vista de la línea de batalla. Por algún motivo, a los hombres les gusta ver a su general dando las órdenes antes de entrar en combate, aunque no puedan oír lo que se dice. El grupo era grande y difícil de manejar, casi media cohorte: más de veinte tribunos y prefectos, cien centuriones y más de noventa centuriones de caballería. Creo, Burro, que deberíamos pensar en un sistema diferente para impartir las órdenes de batalla. El nuestro tiene las ventajas de la velocidad y el impacto personal, pero la desventaja obvia de separar a los oficiales de sus unidades durante demasiado tiempo, y a menudo a una distancia considerable, cuando el contacto con el enemigo es inminente o ya se ha producido.

De hecho, mi audiencia era tan numerosa que tuve que gritar, cosa que me desagrada profundamente. Les dije que veríamos a los britanos muy pronto, y que solo eran impresionantes por su número. Para evitar que se desalentaran al ver la llanura frente a ellos hirviendo de guerreros, enfaticé nuestras ventajas. Estábamos en un terreno más alto; nuestro frente era exactamente apropiado a nuestra fuerza, lo que nos garantizaba la profundidad suficiente; y nuestros flancos y retaguardia eran inatacables.

Para la dirección de la batalla, di órdenes detalladas que no repetiré aquí —las reconocerás a medida que se despliegue la acción— y pronuncié mi arenga de costumbre. Las costumbres del ejército hoy en día exigen menos a un general que en los viejos tiempos; los discursos anteriores a las batallas de Escipión, si podemos confiar en las historias, debieron durar más que el propio conflicto.

En mi exhortación volví a advertir a los hombres de no dejarse intimidar por la visión de la fuerza del enemigo ni por el ruido que pudiera hacer. El espectáculo y el estruendo eran sus únicos puntos fuertes. La multitud vociferante que estaban a punto de ver no eran más que nativos mal armados y peor dirigidos como los que habían derrotado en todas las colinas y llanuras de Britania de Rutupiae a Mona, y de Lindum a Isca. Si nuestros hombres se mantenían firmes en sus filas, obedecían las órdenes de los centuriones, empujaban con los escudos y se abrían camino con las espadas, la victoria era segura. Les advertí que no debían detenerse para saquear durante la batalla; podrían hacerlo cuanto quisieran cuando los rebeldes hubieran muerto.

Cuando los comandantes se hubieron ido, me volví para contemplar el ejército. Los hombres se habían preparado para la acción. Los bagajes, capas y estacas de empalizada habían sido descartadas y las fundas de los escudos retiradas. Aquella impedimenta, normalmente recogida por los asistentes y dejada en la caravana de intendencia, fue situada en líneas precisas y

ordenadas detrás de las filas. Como mi plan de batalla permitía un solo lanzamiento de jabalina, había ordenado a todos los soldados excepto a los de la primera fila que plantaran las jabalinas erguidas entre el montón de bagajes, de modo que el enemigo recibiera la impresión visual de un bosque de lanzas.

Los legionarios descansaron, sin romper las filas. Algunos jugaban, charlaban o cantaban; otros se habían sentado o tendido, con los brazos en la cara, aparentemente dormidos. El sol todavía no había escapado a las nubes que ascendían con él por el cielo, y ello era una suerte, pues de lo contrario la luz nos hubiera dado de lleno en los ojos.

4

Te confieso, Burro, que cuando hubieron transcurrido tres horas desde el amanecer sin ningún signo del enemigo empecé a ponerme nervioso. ¿Acaso mis agentes no habían conseguido llegar hasta Boudica? ¿Los habría ignorado ella? ¿Estaría marchando por otra ruta? Sufrí una larga agonía de incertidumbre, que se prolongó hasta que, de una agitada confusión entre los exploradores tungrios, surgió un mensajero que galopó hacia nosotros por la calzada.

Informó del contacto visual con carros de guerra y caballería nativa. Ordené a los tungrios que volvieran a sus posiciones; estorbar el avance enemigo no formaba parte de su misión.

La caballería ascendió tropa tras tropa por encima del brezal hasta la colina de la derecha. El enemigo estaba pisando los talones de la retaguardia. Los carros surgieron de los bosques, convergieron y se concentraron en la pendiente, emprendiendo la persecución. Los tungrios, irritados por la presión, se volvieron y atacaron, derribando carros y jinetes.

Aquel fue el primer choque.

Durante la hora siguiente, lo que vimos se pareció mucho a una audiencia llenando lentamente el auditorio de un gran teatro. Primero llegaron la caballería y los carros, como espectadores entusiastas tratando de asegurarse los mejores asientos. El denso pantano obligó a los ponis britanos a avanzar al paso; los carros, totalmente inmovilizados, trataron de abrirse paso hasta la calzada, donde se embotellaron como el tráfico de medianoche en la Puerta Apia, o avanzaron hacia nuestra izquierda, donde el terreno era más firme. Todos ellos, al ver nuestro ejército en la cumbre, silencioso y formidable como la muralla de una ciudad, se detuvieron a una distancia respetuosa,

intercambiando gritos inquietos. Luego, empujados hacia delante por la multitud que abarrotaba el pantano de detrás, empezaron a acercarse de mala gana.

Di la señal de ocupar los puestos. Los hombres se levantaron, se sacudieron, pasaron los brazos por las correas del escudo, ajustaron cascos y aflojaron espadas en las vainas. Los centuriones, atacadísimos, disponían distancias, intervalos y espacios de maniobra con una precisión milimétrica. Los jinetes montaron con una oleada de movimiento como si una ráfaga súbita hubiera sacudido a la caballería.

Cabalgué lentamente hacia mi lugar en la calzada, donde mi guardia personal se había concentrado exactamente detrás de la cohorte izquierda de la Gémina, y levanté mi estandarte escarlata de batalla.

5

Las avanzadillas entraron en combate. Los britanos de la vanguardia no tenían prisa por empezar, pero la marea de guerreros que estaba llenando la llanura los empujó hasta nuestro alcance de tiro de flecha y honda. No tengo ninguna duda de que en aquel momento el enemigo estaba totalmente sorprendido por el hecho físico de nuestra presencia y preparación. Habían avanzado desde Pontibus al modo habitual de los ejércitos tribales; una masa desordenada que arrasó todo el campo sin pensar apenas en el enemigo en retirada, al que no esperaban encontrar hasta veinte millas más adelante. La visión de nuestra línea de batalla los detuvo como un fuerte tirón de las riendas a un caballo.

Los auxiliares tuvieron la oportunidad de divertirse. En aquella clase de combate con proyectiles a larga distancia, no tenían rival: disparaban más aprisa, de modo más concertado y con más precisión que los britanos. Los bracarios del centro enviaron una tempestad de proyectiles que obligaron a los nativos a ceder terreno por un instante; una hazaña que, dada la presión a sus espaldas, parecía físicamente imposible. Los jinetes vangiones y várdulos lanzaban cargas de caballería breves e intensas desde las alas contra las pequeñas bandas que se acercaban demasiado, mientras su infantería arrojaba lanzas y flechas en ráfagas alternas. Los tracios recorrían la línea, siempre individualistas, cada uno buscando a su blanco y disparando flechas que rara vez fallaban.

Pero la experiencia me había enseñado que los arqueros tracios no aguantarían cuando se les acabaran las flechas, por lo que ordené a un tribuno

que observara a un tracio en particular y contara sus disparos. Un carcaj contenía trece flechas. Cuando se hubieran acabado, los arqueros empezarían a mirar por encima de sus hombros, y la línea de la avanzadilla, con su tarea terminada, estaría lista para replegarse.

Entretanto, el ejército rebelde, como un río reventando una presa rota, inundó el campo de batalla. El espectáculo era difícil de describir y de creer. La llanura se convirtió en un fermento, una ebullición donde el color y el movimiento giraban, se entremezclaban, retrocedían y fluían hasta que el tumulto superó los límites de la visión y la comprensión humanas. No podía distinguir divisiones por grupos en aquella hueste, ningún orden, ninguna formación; toda la masa parecía en constante flujo y conmoción. No puedo darte una idea del ruido. Los gritos y cánticos de guerra competían con un millar de cuernos; los caballos relinchaban; y los enormes perros que usan los nativos en la caza y en la guerra tiraban de sus correas, ladraban y aullaban.

Si sirve de algo, más tarde me dijeron que los icenos estaban en el centro, con el contingente mayor, los coritanos a la derecha y los catuvellaunos a la izquierda. Nunca supimos dónde estaban situados los trinovantes y los atrébates insurrectos de Pertaco.

Solo había un detalle que revelaba algo de sistema y planificación. Los guerreros mejor armados estaban delante. Desde nuestra elevación podíamos ver una amplia banda de capas multicolores, escudos ricamente esmaltados y cascos pintados que bordeaban la hueste como el extremo de la onda de un terremoto. Eran luchadores escogidos; hombres poderosos de gran estatura, altos como jabalinas, barbudos, con los ojos azules y el cabello largo y del color de las hojas de roble en otoño. Pude verlos bien más tarde, por centenares, cuando ya estaban muertos.

He pensado a menudo, Burro, que el físico imponente de los bárbaros del oeste les confiere una falsa sensación de seguridad, la creencia errónea de que es imposible que no venzan, en una batalla, a los hombres bajos, robustos y paticortos que llenan nuestras legiones. De lo contrario, cien años de derrotas en Galia e Hispania, en Germania y Britania, deberían haber saciado sus ganas de morir bajo nuestras espadas. Un aristócrata celta es un guerrero y poco más; combatir es el único oficio que conoce. Por fortuna para nosotros, quizá, es un aficionado, cuyas costumbres y temperamento le hacen aborrecer la práctica incesante, que es lo único que puede perfeccionar su arte. Ni comprende ni admira la disciplina y el esfuerzo diario durante veinte años de servicio, que transforman a nuestros diminutos romanos en máquinas de matar capaces de destruirlo en cada encuentro sucesivo.

El combate en nuestra avanzadilla estaba llegando a las espadas cuando un tribuno llamó mi atención sobre un suceso increíble que se desarrollaba en la retaguardia enemiga. De los bosques surgían largas columnas de carretas y carros, ponis y asnos de carga y rebaños de ganado. La masa de guerreros sobre el brezal les impedía avanzar más, y se extendieron a derecha e izquierda en números cada vez mayores hasta que rodearon la llanura como un muro de cemento, una apretada media luna de una milla de longitud, una barricada de diez hileras de animales y vehículos sobre los cuales, como los espectadores en los juegos, se había encaramado una ruidosa multitud: las esposas, madres y concubinas del enorme ejército de Boudica.

Por un momento me sentí preocupado. ¿Se trataba de alguna táctica nueva y astuta? El obstáculo, sólido como un acantilado, cerraba el campo de batalla y cambiaba la naturaleza del terreno.

Recordé las costumbres tribales. Cuando los britanos van a la guerra, se llevan consigo sus posesiones, hasta el último niño y el último pollo recién nacidos. En ocasiones, cuando están particularmente seguros de la victoria, los bárbaros llevan esta versión de la caravana de intendencia hasta el propio campo de batalla. Recordarás, Burro, un incidente similar descrito por César durante su campaña contra los helvecios. Pero, que yo supiera, hasta aquel momento nunca se habían acercado tanto a los combatientes como para impedir la retirada de sus propios hombres. ¿Actuaban de aquel modo siguiendo un plan, por ignorancia o por un simple exceso de confianza?

Me encogí de hombros. La cosa estaba hecha. No había previsto el movimiento, y no podía visualizar su efecto sobre la batalla. Trasladé mi atención a una curiosa procesión sobre la calzada.

6

Aquella fue la última vez que vi a Boudica, así que es una lástima que estuviera demasiado lejos para estudiar su expresión u oír su voz. Para mis ojos cansados, no era más que una diminuta muñeca dorada en un pequeño carro de guerra rojo, notable entre cien mil cuerpos apelotonados solo por el fervor que excitaba entre sus seguidores. Para lo que sigue, por tanto, tuve que fiarme de la visión de los oficiales más jóvenes y de las historias que más tarde contaron los cautivos.

Los carros detenidos embotellaban la calzada donde el llamativo vehículo de la reina, tirado por dos caballos blancos, se abría paso con dificultad.

Como de costumbre, llevaba una capa amarilla y ornamentos dorados del mismo tono que su cabello, que fluía suelto por encima de sus hombros, junto a ella en el carro, que debía estar demasiado lleno, iban sus dos hijas, las desdichadas víctimas de los esclavos de Cato.

Durante su largo viaje hasta la primera línea arengó a sus guerreros. Era imposible que lo que decía fuera escuchado por más de una pequeña fracción de los hombres a quienes hablaba, pero su mera aparición suscitaba rugidos de aclamación, movimiento de lanzas y golpes de espadas contra escudos. Sus palabras no fueron registradas por nadie con quien yo pudiera hablar más tarde: una omisión que, con toda certeza, será reparada por nuestros historiadores en el futuro, cuando alguien ponga palabras inmortales en boca de Boudica.

Sus exhortaciones tuvieron un efecto positivo. De algún lugar entre el inmenso tumulto aparecieron hombres llevando largas astas de lanza. Parecían ser algún tipo de estandarte: las lanzas estaban adornadas, y los portadores bien vestidos. Se abrieron paso hacia las filas delanteras, gritando, y el combate de la avanzadilla cesó; los guerreros britanos se retiraron, dejando a aquella *vexillatio* nativa, de unos veinte hombres, sola en un espacio abierto, mostrando claramente su carga.

Ciertamente, eran estandartes. Estandartes romanos. Estandartes de cohortes y centurias —las cohortes Primera, Tercera y Sexta de Hispanos, la Caballería de Petra, la Primera de Cugernos— sucios y estropeados, los símbolos patéticos de una *vexillatio* derrotada. En cada estandarte había una cabeza clavada, putrefacta e irreconocible, y los portadores llevaban armadura romana, puesta de cualquier manera, para enfatizar su parodia de todo lo que nuestros soldados consideraban más sagrado.

Un ruido aterrador se desencadenó en nuestras filas: vergüenza y horror expresados en un profundo gemido, y rabia, que convirtió el gemido en un rugido creciente, una ira enorme cuyo sonido obligó a los falsos legionarios a buscar refugio en sus propias líneas. Nuestro frente se curvó de modo ominoso. Por un segundo, pareció que los legionarios iban a cargar contra el enemigo allí y entonces. Los centuriones se volvieron y emplearon los bastones como sirvientes golpeando cortinajes. La rabia se calmó.

Yo, que había observado el incidente en silencio, di las gracias a los dioses y a Boudica. Nos había proporcionado el último insulto, la gota que colmaba el vaso y que hizo que los soldados cruzaran el límite de la cordura. Nada, absolutamente nada, podría detener ya a aquella legión.

Los acontecimientos se precipitaron. Los britanos lanzaron un ataque frontal contra nuestra avanzadilla. Toqué a retirada. Los auxiliares cedieron, se separaron y huyeron, saltando ágilmente hacia los flancos y despejando nuestro frente, perseguidos por una tormenta de flechas. El ejército tribal emitió un grito impresionante y corrió hacia nosotros en un torrente que resonó como una estampida de animales salvajes.

Levanté el brazo. Sonaron todos los cuernos y trompetas. El estrépito acalló todo sonido; por un momento los britanos flaquearon y perdieron cohesión. En aquel silencio, diez mil espadas salieron de sus vainas con un susurro que resonó como la voz ronca del destino.

Escudos arriba, manos abajo, la legión echó a correr pendiente abajo con paso firme y controlado.

7

Recordarás, Burro, el pequeño panfleto de Domicio Corbulo, publicado después de su primera campaña contra los partos, en el que defendía ciertos cambios en nuestras tácticas de batalla. Siendo Corbulo quien es, nadie pudo descartar sus ideas como las fantasías personales de otro general vencedor; tú mismo, si no recuerdo mal, utilizaste a la guardia pretoriana para experimentar con sus teorías más prometedoras. La consecuencia fue una importante adición a nuestros manuales de entrenamiento: el ataque en cuña por parte de las cohortes se introducía como una alternativa a la formación en escalón de líneas o centurias.

Recuerdo que muchos guerreros experimentados de Roma se opusieron con fuerza. Vespasiano fue particularmente vehemente. «Lo próximo será regresar a los manípulos», declaró con amargura. Interpretó el panfleto como un intento de restablecer la cohorte como unidad táctica, una práctica superada décadas atrás cuando Pompeyo estableció las maniobras por centurias como base de los simulacros de batalla. Pero, en lo relativo al ejército, el movimiento estaba en los libros de texto y tenía que practicarse.

Como sabes, siento muy poca admiración por nuestro conquistador de los partos. Pero cuanto más observaba la práctica de su maniobra en los terrenos de Glevum, Viroconium y Lindum, más convencido estaba de que, contra enemigos indisciplinados e incoherentes como los que se nos enfrentan en todas las fronteras del Imperio, las cohortes en cuña son imbatibles. Animé a mis legados a perfeccionar la técnica.

Hice un pequeño cambio para la ocasión. Corbulo, como sabes, recomendaba una centuria en el vértice y dos retaguardias escalonadas en cada flanco. La sexta centuria, algo apartada, permanecía en reserva táctica. Yo no tenía más reserva que mi guardia personal; por lo tanto, situé a la sexta centuria en la base de la cuña, lista para apoyar y reforzar donde hiciera falta. En cierto sentido, es una mejora, ¿no crees?

8

No hace falta que diga que la legión avanzó en línea —no se pueden enviar ráfagas de jabalinas desde una cuña— y se detuvo a veinte pasos de distancia del enemigo. La primera fila lanzó sus jabalinas ligeras y pesadas casi sin interrupción. Los britanos vacilaron. Sus guerreros de delante, ensartados como bueyes, cayeron como una ola desmoronándose sobre la playa. Los demás saltaron sobre los cuerpos y siguieron adelante.

Terminadas las jabalinas, las cuñas atacaron como colmillos. A lo largo de todo el frente, romanos y britanos chocaron, escudo contra escudo y espada contra espada, con un estallido que ascendió a los cielos.

Yo permanecía sobre mi caballo, inmóvil como una roca, y el sudor se me enfriaba en las sienes. En una batalla como aquella, donde no se puede maniobrar, dar rodeos o enviar reservas en el momento crucial, donde no se puede ejecutar ninguna táctica de guerra abierta, donde solo se puede avanzar, lo único que cuenta es el adiestramiento y disciplina de los soldados y la fuerza de sus brazos. Ese tipo de batallas suele ganarse o perderse en cuestión de una hora.

El primer choque empujó a nuestras cuñas hasta bien adentro de las filas britanas. El enemigo se recuperó y el combate quedó en un punto muerto de ala a ala. Los rebeldes atrapados en las uves entre las cuñas, obligados a luchar en dos frentes, tendían a retroceder para escapar a lo que consideraban una trampa. Por otra parte, las centurias de los vértices no podían avanzar contra la enorme presión de nativos iracundos que golpeaban sus escudos.

Los hombres de Valens lucharon magníficamente. Sus centuriones —contrariamente a la práctica habitual, donde los soldados recurren a las filas de reserva cuando están cansados o heridos— aprendían a socorrer a todo el frente siempre que la batalla lo permitiera, antes de que el agotamiento o las heridas redujeran su vigor. Para un soldado, era un delicia contemplar los limpios movimientos laterales con los que el frente de cada centuria hacía

aparecer de repente a doce legionarios descansados, listos para enfrentarse a un enemigo cada vez más fatigado.

Habrás comprendido lo que estaba ocurriendo, Burro. En aquella batalla, de cien mil contra seis mil —porque nuestra caballería aún no había intervenido—, gracias a mi decisión de combatir rápidamente y a mi selección de un terreno donde atacar nuestros flancos era imposible, no podía haber más de mil britanos —exactamente el número de hombres de mi línea de batalla— luchando al mismo tiempo. Cada uno de nuestros hombres tendría que luchar contra diez nativos, pero podrían hacerlo de uno a uno, en sucesión. No había duda respecto al resultado.

Gradualmente, en lugares diferentes y a velocidades diferentes, el frente empezó a moverse. Primero, las centurias en los flancos de las cuñas vieron que la oposición se debilitaba y se adelantaron. Los ángulos de los vértices se ensancharon, aplanándose hasta que nuestra línea de batalla se volvió prácticamente recta. Enfurecidos por aquel revés, los britanos respondieron de forma encarnizada. Nuestro avance cesó.

En el reloj de arena, habían pasado dos tercios de una hora.

A la derecha, frente a la sexta cohorte de la Gémina, el enemigo cedió terreno repentinamente. La cohorte lo siguió, firme y controlada, reformando la cuña y enviando a la centuria de reserva a cubrir la peligrosa abertura que había aparecido en el punto de unión con su vecina. Pronto el enemigo que se enfrentaba a la segunda cohorte empezó a retirarse más rápidamente. Lo mismo sucedió en otras partes, hasta que toda la línea empezó a moverse, sin correr, paso a paso y con firmeza, y no hubo más pausas.

Observé las alas de cerca, porque debes comprender que cuando los flancos hubieran superado los salientes de la cresta, quedarían expuestos al ataque y su avance podría detenerse. Obligados por la presión de la primera línea, numerosos grupos de enemigos se habían concentrado a derecha e izquierda en lugar de retirarse. Permanecían allí, ansiosos pero impotentes, como perros salvajes observando una pelea entre leopardos. A nuestra izquierda, donde el terreno era firme, había mucha caballería y carros entre los enemigos desocupados.

Había llegado el momento de dispersar aquellas amenazas. El tribuno Julio Agrícola comandaba nuestra caballería por la izquierda (su primer mando) y el prefecto Aurelio Munacio Baso por la derecha. Les envié un mensajero.

Un clamor de trompetas empujó a la caballería pendiente abajo. Golpearon a los britanos con la fuerza inesperada de un torrente. Los flancos

se disolvieron en un torbellino instantáneo, una confusión caótica que contrastaba vívidamente con la batalla paciente e implacable del centro.

Como una puerta saltando de sus goznes, todo el frente enemigo se hundió. Una línea de batalla obstinadamente resistente se convirtió de repente en una huida frenética. La razón es difícil de explicar. Tal vez los rebeldes, severamente presionados por la legión, se sabían ya medio derrotados, y la repentina convulsión en los flancos acabó de romper su voluntad. En pocos instantes, un ejército feroz y tenaz se convirtió en una chusma informe que trataba frenéticamente de escapar a nuestras espadas.

La batalla había terminado. Solo quedaba la matanza.

9

No me había movido de la cima. Aquella fue la única ocasión, Burro, en la que no tomé parte en una acción estando presente; la única vez que desmentí el apodo que me habían dado mis legionarios. ¡Un general ejemplar presidiendo una batalla modelo!

Poco después de que se hundiera el frente enemigo, bajé de la colina para mantener el contacto con la persecución. Tras avanzar cincuenta yardas, me detuve, sorprendido. La huida había empezado; toda resistencia organizada había cesado y, sin embargo, nuestra línea apenas avanzaba más aprisa de lo que lo había hecho contra el muro de escudos y lanzas de los britanos.

En los flancos, las escaramuzas de la caballería hervían como mares turbulentos. Las tropas atacaban, se reunían, daban la vuelta y partían en persecución de carros y jinetes que emprendían la huida. En el centro, las filas de legionarios arrasaban el brezal, y en la línea se abrían espacios más anchos de lo que podían llenar las centurias de reserva. Por aquella aberturas, como agua escurriéndose entre nuestros dedos, escapaban britanos frenéticos tratando de refugiarse en las alturas boscosas donde nos encontrábamos.

Ordené a mi guardia personal que se encargara de los fugitivos. Mientras aquella masacre menor tenía lugar tras la línea de batalla, estudié el campo, buscando la razón de la lentitud de nuestro avance.

Debes comprender que la línea estaba ya a mil yardas de mi puesto de mando. Al mirar hacia delante vi, en primer lugar, a la guardia persiguiendo a sus presas por encima de un brezal sembrado de cadáveres; luego, más allá de los dientes de sierra de la línea de la legión, una enorme masa rugía como un mar desgarrado por tormentas y corrientes contrarias. El fragor de la batalla

adquirió una nota más aguda; los tonos enloquecidos del terror ahogaron las trompetas y los gritos de guerra y muerte.

Golpeé los flancos de mi caballo con los talones, rodeé el tramo de calzada en ruinas donde caballos con la espalda rota todavía se retorcían entre carros destrozados y hombres muertos, recuperé la carretera y me dirigí al frente. Valens me vio y se unió a mí. Nuestras guardias combinadas se habían concentrado en la calzada; los caballos pateaban el pavimento y los tribunos charlaban con animación.

Mi breve pregunta recibió una respuesta igual de sucinta. El legado explicó que el enemigo trataba de huir pero no podía. Tanto nosotros como ellos estábamos atrapados por la barrera de carretas que detenía la huida como una presa. Como segadores cortando trigo, nuestros hombres podían avanzar solo por encima de los cadáveres de aquellos que mataban. Valens añadió, en tono inexpresivo, que era un trabajo lento y agotador, pero no peligroso.

Me acerqué más a las espaldas sudorosas de nuestras centurias y vi lo que ocurría. En la distancia, las filas de carretas, de muchas yardas de profundidad, estaban marcadas por una ola creciente de cuerpos que trepaban por encima de bultos, carros y ganado como un torrente sobre un tronco caído. Entre aquella barrera y nuestras cohortes, un ejército derrotado estaba siendo masacrado sistemáticamente. Más allá de las carretas, donde empezaban los bosques, nuestra caballería les estaba atacando desde los flancos y matando furiosamente entre los árboles. Todo el brezal era un enorme matadero.

Valens vio un error en la formación de una cohorte y se alejó precipitadamente, profiriendo una retahíla de blasfemias. Yo permanecí un largo tiempo supervisando la carnicería. La legión llegó a las carretas y trepó por encima de ellas. Los gritos y chillidos menguaron. A lo lejos sonaban las trompetas de caballería, llamando a la cacería entre los árboles.

Envié mensajeros a Valens y a los comandantes de caballería. Órdenes para que las cohortes se detuvieran y formaran, y para que la caballería siguiera el río solo durante diez millas.

Esparcidos por todo el brezal, los muertos yacían amontonados o en hilera, como las algas sobre una playa. Entre ellos los heridos se arrastraban, se tambaleaban, se sacudían y gemían. Los auxiliares, ignorando mis órdenes sobre el saqueo, pasaban como lobos hambrientos de montón a montón, sin dejar de manejar las dagas. Carros rotos, caballos muertos o lisiados, escudos y armas cubrían la hierba pisoteada como los escombros de un huracán, junto a las carretas se elevaba un muro de cadáveres de la altura de un buey:

mujeres, niños, ganado, asnos y cabras esparcidos en una confusión de extremidades retorcidas, sangre y vísceras. El fin de la batalla entonaba su canción, hecha de diez mil agonías distintas, y un lamento que era una letanía y un himno de mutilación se elevaba hacia los cielos.

10

El sol brillaba alto en un cielo azul donde las nubes doradas se movían perezosamente como velas raídas. Habían pasado dos horas, según mis cálculos: dos horas habían bastado para acabar con el terrible ejército que había devastado Britania desde aquel terrible crepúsculo, diecinueve días atrás, en que Boudica había caído sobre Camulodunum. Me pregunté dónde estaría. ¿Muerta? ¿Enterrada en algún lugar entre toda aquella carnicería? Si estaba viva, había que encontrarla.

Las trompetas repitieron insistentemente sus llamadas metálicas. Las centurias se reunieron junto a los estandartes, formaron y enviaron grupos a buscar a los compañeros desaparecidos. Los hombres se movían lentamente, como sonámbulos, ebrios y aturdidos por la matanza, cubiertos de sangre de talones a cascos. Los pelotones en marcha eran manchas ocres sobre la hierba amarilla, cuadros negros en un horrible tablero de juegos.

Aparecieron los prisioneros, grupos de hombres tambaleantes empujados como animales con espadas y lanzas. Los estudié pensativo, tentado por la idea de la exterminación total, una batalla sin vencidos supervivientes. Aquellas personas eran rebeldes, criminales culpables del delito de traición; habían renunciado a la tregua que la costumbre y los usos de la guerra concedían a los enemigos derrotados; no merecían piedad, y sí una muerte ignominiosa. Pero descarté la idea. Nuestros hombres querrían sus recompensas, y las industrias de Britania necesitaban esclavos.

11

Mi carta es demasiado extensa, Burro, mi escritura imperfecta y fatigosa para tus ojos. Las estadísticas ya las conoces. Desde el campo de batalla hasta el río, contamos más de setenta mil muertos entre los nativos. Murieron cuatrocientos diez romanos, y hubo el mismo número de heridos. Las

pérdidas entre los auxiliares, sobre todo en la avanzadilla, fueron de casi el doble: murieron más de setecientos.

Sabes, viejo amigo, que no soy un hombre remilgado. Pero nunca, desde las guerras del gran Julio en la Galia, se habían amontonado tantos cadáveres en un espacio tan pequeño. Me pregunto si alguna vez sintió la misma repugnancia que yo aquel día en que el hedor a óxido de la sangre me inundaba los pulmones como un ácido corrosivo, la misma repulsión hacia la carnicería y los carniceros.

No era un hombre capaz de reconocer tal debilidad. Y yo tampoco debo hacerlo.

Adiós.

LIBRO TERCERO

CONSECUENCIAS

Junio, 61 d. C. - Febrero, 62 d. C.

CAPÍTULO 16

«*Todo el pueblo ha de ser aniquilado, sin que quede nadie para llorar su muerte*».
LA ILÍADA

1

—¿Cuándo marcharemos? —preguntó Vecio Valens.

Estábamos sobre la tierra blanda de un terraplén recién construido para proteger el campamento surgido detrás del antiguo fuerte. La cresta de nuestra batalla de aquella mañana ocultaba a la vista el brezal sembrado de cadáveres. Grupos de camilleros cruzaban las puertas, transportando romanos muertos y heridos; los pelotones partían a explorar el campo en busca de los que no habían acudido a la formación. Más allá de la Puerta Diestra, los cautivos estaban amontonados en el interior de una empalizada de madera cortada en los bosques.

El campamento bullía de actividad y, sin embargo, parecía extrañamente vacío. No teníamos tiendas ni intendencia. Las líneas de barracones no eran más que símbolos, apenas delineados con los bagajes, cascos y escudos, dispuestos meticulosamente por divisiones de cohortes. El puesto de mando era un espacio vacío; un cobertizo de madera representaba mi pretorio.

—No puedo decírtelo —repuse—. Todo depende de las provisiones, que, a su vez, dependen de la Segunda Legión.

Nunca el vencedor de una batalla tan considerable se había sentido menos victorioso. Estaba exhausto, medio dormido, incapaz de pensar con coherencia. Valens, por otra parte, parecía espabilado y alerta como un hombre recién levantado de un sueño de diez horas. Era un auténtico pretoriano, el típico primer centurión, una constitución de hierro desprovista de todo sentimiento.

—Debería haber abundancia de grano en las carretas enemigas —dijo bruscamente. Señaló hacia la hilera de vehículos que ascendían por la ladera en dirección al campamento.

Hice una mueca de cansancio.

—Es más probable que esas carretas estén llenas de oro, plata, joyas y todos los tipos de botín imaginables, el producto de veinte días de saqueos desde Lindurn a Londinium. Todo incomible. Y no podremos subir más carretas hasta el campamento porque hemos matado al ganado. En todo caso, no nos faltará carne. Las manadas de lobos comerán bien esta noche.

—¿Llamarás a nuestra intendencia para que acuda desde Calleva Atrebatum? —preguntó Valens.

—No lo sé. Es posible que tengamos que regresar allí mañana. Con raciones para apenas dos días, ¿qué sentido tiene avanzar por un terreno arruinado y sin provisiones? No lo sé. Todo depende de la Augusta.

Era media tarde. El sol, descendiendo sobre Calleva Atrebatum a quince millas de distancia, se había ocultado tras unas nubes negras y hurañas.

—Nos estaremos mojando antes de que anochezca —añadí—. Ven, vamos a visitar a los heridos.

Me dirigí lentamente a las líneas del hospital. Los doctores y asistentes médicos se movían en silencio entre los heridos, que yacían sobre toscos colchones de hojas y brezo. La cantidad de vendas, cataplasmas y ungüentos, reducida al equipamiento médico que llevaban en sus bagajes, era insuficiente.

Un hospital de campaña legionario es un lugar relativamente silencioso. El soldado romano, por adiestramiento y costumbre, es inmune al dolor y desprecia las agonías ruidosas. Así y todo, algunas heridas escapan al control del pensamiento consciente, hasta tal punto que el hombre queda reducido a un animal, a un bulto de angustia y sufrimiento. La muerte desgarra las vísceras, y en el acto de morir no existe la dignidad.

Vi aquellos cuerpos retorcidos y eché de menos a mi médico, Hermógenes, con su mágico zumo de adormidera que aturde el dolor. Estaba muy lejos, en Viroconium; allí no teníamos nada, ni siquiera vino, que pudiera aliviar las horas de agonía que separan la vida de la muerte.

Ordené a Valens que enviara jinetes de caballería a Calleva Atrebatum de inmediato en busca de medicinas, vendas y drogas, hablé con todos los heridos capaces de escucharme y me dirigí al cobertizo del pretorio. En un carro nativo, Manio Segundo había encontrado un diván de ébano tallado, un objeto suntuoso saqueado en alguna villa opulenta, y lo había instalado en mitad del suelo. Agradecido, me recosté y traté de pensar en los planes y órdenes para el día siguiente, pero acabé por dormirme brevemente.

El cielo oscurecía cuando desperté. Había hombres esperando en la puerta, y los caballos pateaban con impaciencia. Segundo, viendo mis ojos

abiertos, se movió y habló.

—La caballería ha regresado, legado.

Entraron Baso y Agrícola: este, pálido y fatigado, con la pierna y el brazo envueltos en vendajes ensangrentados, y Aurelio, dinámico y activo, con una sonrisa exultante en los labios.

—¿Todo va bien?

—Muy bien, legado —dijo Baso—. Hemos perseguido a los supervivientes y matado a centenares. Los hemos acorralado en el río, y en los vados han muerto por millares. No hemos encontrado resistencia en ninguna parte. Corrían como liebres.

—Muy bien. —Medité un momento. Los seis regimientos de caballería habían cabalgado y luchado casi sin cesar durante quince días—. Enviad a vuestras unidades a las líneas de caballería. Mañana a primera hora quiero un informe detallado sobre su estado.

Observé los rasgos demacrados de Agrícola. Era joven; la responsabilidad de su primer mando, el nerviosismo, la tensión y las heridas le estaban pasando factura.

—Baso, toma el mando de toda la caballería. Agrícola, vuelves a estar asignado al puesto de mando. —Señalé al ostentoso diván que se agazapaba como un animal exótico en una jaula vulgar—. Siéntate. Abre las tablillas. Toma nota de estas órdenes.

Tal vez la breve siesta me había despejado la mente. Tal vez, en mi semiinconsciencia, mi cerebro había respondido al entrenamiento de muchas campañas y formulado respuestas mientras mi cuerpo dormía, de modo que algunos problemas inmediatos que me habían parecido irresolubles empezaban a exigir soluciones y no tolerar retrasos.

—Di a Valens que envíe a un grupo de ingenieros con escolta —una sola cohorte será suficiente— a reconstruir el puente de Pontibus. Nos bastará con una obra provisional, mientras esté listo mañana a mediodía. El prefecto del campamento debe encontrar carretas y bueyes de carga para evacuar a los heridos a Calleva Atrebatum, empezando al amanecer.

Entonces dicté, en rápida secuencia, las peticiones de refuerzos: a Mamiliano en Viroconium, la orden de enviar a Londinium, a marchas forzadas, al personal de mi cuartel general, la Segunda de Vascones y la Primera de Frisiavones; misivas para Glevum, solicitando al Primero de Tracios y a la Primera Miliar de Tungrios, en mensajes dirigidos personalmente al prefecto y al tribuno, porque no podía confiar en Póstumo; y

a la Vía de la Frontera, donde llamé al Segundo de Nervios, concentrado en el sector entre Corinium y Isca.

Agrícola escribía con rapidez. Me froté la frente y pensé furiosamente.

—No hay suficiente caballería —murmuré—. Solo un regimiento fresco, y nos queda muy poca.

El tribuno detuvo su estilete.

—Los auxiliares de las guarniciones fronterizas quedarán peligrosamente cortos de efectivos, legado.

—Lo sé. No puedo evitarlo. Viroconium seguirá guarnecido con cinco cohortes de legionarios y dos cohortes miliares britanas. ¿Glevum? Déjame pensar. Ordené a Póstumo que enviara a la Segunda de Panonios y que recogiera a la Cuarta de Galos de la Vía del Oeste. Si alguna vez aparece, se las quitaré. Glevum seguirá teniendo a la Segunda Legión intacta, junto con la Primera de Morinos y la Primera de Betasios. Nada de caballería. Tendrán que apañarse sin ella. Y la Primera Nerviana seguirá patrullando la Vía de la Frontera de Corinium a Lindum, aunque dudo de que ninguno de sus fuertes al norte de Venonis, en el corazón de Coritania, haya sobrevivido.

Agrícola frunció el ceño e hizo un cálculo sobre las tablillas.

—Calculo que el total de refuerzos llamados a Londinium es de seiscientos jinetes y tres mil soldados de infantería.

—Añade los que tenemos aquí: dos mil quinientos jinetes y dos mil soldados, sin contar las bajas. Muy pocos para la tarea que nos espera.

—¿Qué te propones, legado?

—Buscar, perseguir y destruir. Trabajo para las tropas ligeras, no para las legiones.

—No has hablado de Lindum.

—¿Qué es lo que sabemos? —Me encogí de hombros—. Solo estamos seguros de que Cerialis ha perdido a dos mil legionarios, una cohorte auxiliar y probablemente la mayor parte de la Caballería de Petra. El propio Quinto puede haber muerto. La fortaleza puede haber sido arrasada por icenos, coritanos o brigantes. No podemos contar con la Novena Hispana. Hasta que sepamos algo más, considero lindum como una incógnita.

—¿Órdenes de marcha, legado?

—Todavía no. Hasta que tengamos noticias de Póstumo.

Me desperecé y bostecé.

—Haz que envíen esos mensajes, Agrícola. Luego, acuéstate.

2

La primera guardia ocupó sus puestos. La noche cayó sobre el campamento, una negrura pesada hendida por la luz de los relámpagos y el fragor de los truenos. Las hogueras, desafiando a la tormenta, ardían con fuerza y animación. Las primeras gotas de lluvia, densas y cálidas como sangre recién derramada, cayeron en torno a los soldados tumbados como flechas sin fuerza.

En mitad de la segunda guardia, la tormenta rugía como una explosión de ira olímpica. Los truenos estallaban sin cesar; la lluvia caía en cortinas casi sólidas. Vividos destellos revelaban a hombres envueltos en sus capas, yaciendo postrados en hileras empapadas. Los charcos de lluvia se extendieron, se unieron y se convirtieron en lagos en miniatura alimentados por pequeños riachuelos.

Chapoteé a través de la oscuridad, el barro y el agua y encontré a Valens haciendo también la ronda.

—Nuestro castigo por marchar sin intendencia —dije—. El precio de romper las reglas. Una recompensa bien miserable para nuestros hombres después de tantos esfuerzos.

Un fuerte destello mostró el rostro de Valens atravesado por una enorme sonrisa.

—¡Por Júpiter! —rugió, por encima de los siseos y murmullos—. ¿Crees que a la Gémina le molesta un poco de humedad? Esto no les afecta. ¡Mira! —Tocó un bulto encogido con el pie. El hombre ni se movió—. Han conseguido una gran victoria y sueñan con el botín. Con una hora de sol, mañana estarán en condiciones de servir en la guardia del propio César.

La previsión del prefecto del campamento había proporcionado un escaso refugio a las líneas del hospital: los heridos estaban debajo de las carretas capturadas al enemigo, y permanecieron razonablemente secos.

Me volví y chapoteé hasta el puesto de mando, donde dos jinetes cubiertos de barro, enviados por la dotación de Calleva Atrebatum, me esperaban con el centurión de guardia. La avanzadilla de la Segunda Legión, me dijeron, había entrado en Calleva Atrebatum antes de oscurecer; la legión estaba acampada en Spinae, diez millas al oeste, y llegaría a Calleva Atrebatum a mediodía del día siguiente.

Hice preguntas. El decurión respondió.

—El prefecto Penio Póstumo está al mando, legado. Ha traído todo el grano recogido en Calleva Atrebatum, y algo más. No sé qué tropas ligeras

acompañan a la legión.

—Regresa a Calleva Atrebatum —ordené—, y que la caravana de intendencia y los asistentes de la Gémina se reúnan aquí conmigo mañana.

»Quiero a un centurión inteligente y digno de confianza para llevar un mensaje a Spinae —le dije a Valens—. Partirá dentro de una hora.

Dicté una carta, dirigida al tribuno principal de la legión, ordenando a la Augusta enviar a nuestro campamento todas las carretas de provisiones y a las unidades auxiliares bajo su mando. La propia legión debía regresar a Glevum de inmediato. Valens enarcó una ceja al oír mi mensaje. Lo miré a los ojos.

—Nada de gloria para la Augusta en esta campaña —dije con amargura —. Terminarán este trabajo los que lo empezaron.

La segunda carta la escribí yo mismo.

«Penio Póstumo, prefecto del campamento de la Segunda Legión Augusta. Saludos.

»Por la autoridad con que me ha investido el divino Nerón Claudio César, Príncipe del pueblo romano, te ordeno que te entregues, desarmado, al portador de esta carta. Obedece sus órdenes, que son las mías.

»Según la evidencia que obra en mi poder, te considero culpable de desobediencia, cobardía frente al enemigo y apropiación indebida de provisiones militares poniendo en peligro la seguridad del ejército.

»Comparecerás para explicar por qué, ante estos delitos, no debes ser públicamente degradado en presencia del ejército, azotado y despedido del servicio. Adiós.

»G. Suetonio Paulino, legado y propretor de Britania».

Sostuve la carta entre los dedos y reflexioné. El castigo propuesto, que se basaba en el precedente algo dudoso del tratamiento del prefecto Emilio Rufo por Corbulo, era legítimo y entraba dentro de mis atribuciones. Pero quería a aquel hombre muerto, y solo el propio Nerón podía firmar su condena.

—¿Dónde está tu centurión? —pregunté a Valens.

El legado señaló a un soldado bajo y ancho de hombros. Las gotas de lluvia relucían en su casco y cubrían su capa como escarcha.

—El centurión Sempronio Semproniano, cuarta centuria, primera cohorte —anunció Valens brevemente.

—Ven conmigo —dije. Dirigí al centurión al exterior de la cabaña, en la oscuridad, donde los centinelas no pudieran oírnos. El diluvio empezaba a amainar; los truenos gruñían y murmuraban a lo lejos.

—Centurión Semproniano, entregarás este mensaje personalmente al prefecto Penio Póstumo antes de que la Augusta levante su campamento en

Spinae. La legión marcha al amanecer; tienes cinco horas para recorrer veinticinco millas. —Levanté la cabeza y estudié el cielo encapotado—. Dale la carta cuando esté solo. Toma su espada cuando la haya leído. Puede que Póstumo te haga preguntas. Puede que no. En cualquier caso, debes dejarle claro que en este campamento se ha erigido un trípode para aplicar el castigo de muerte por azotes.

Estudié la cara del centurión, buscando sus ojos en la oscuridad.

—Dirás a Póstumo que el trípode es para él. ¿Comprendes?

—Comprendo, legado. —La voz de Semproniano era totalmente inexpresiva.

—Entonces le devolverás la espada.

—¿Debo permitir al prefecto que solucione sus asuntos? —preguntó Semproniano sin entonación.

—Sí —dije—. ¡Ahora vete!

3

Al amanecer la lluvia había cesado y el cielo estaba despejado. Los hombres volvieron a encender hogueras, fabricaron tendederos con jabalinas y correas y pusieron a secar las capas y el equipamiento.

El tribuno de guardia informó de un intento de fuga en la empalizada de los prisioneros durante la noche. Salí por la Puerta Diestra para investigar.

El tribuno describió cómo, bajo la protección de la tormenta, un grupo de cautivos había derribado la empalizada, que era algo frágil por haber sido construida a toda prisa, y había huido en la oscuridad. Por fortuna, la guardia estaba alerta. Ayudados por los relámpagos, habían capturado a la mayoría de fugitivos y matado a otros. Algunos habían escapado. Los capturados, doscientos britanos medio desnudos fueron separados del resto y encerrados bajo una guardia especial en una esquina del cercado.

—Quieren escapar —dije—. Escaparán. Sacadlos.

Los britanos fueron sacados del corral y permanecieron frente a mí, asustados y tiritando.

—Cortadles los tendones —ordené al tribuno.

Diez soldados con las espadas desenvainadas trabajaron a lo largo de la línea. Dos cortes rápidos, justo encima y debajo de las rodillas, derribaban a cada hombre como si una cuerda invisible hubiera tirado de él. Se quedaron tumbados, gimiendo, y luego empezaron a arrastrarse en diferentes

direcciones, dejando rastros rojos sobre la hierba mojada. En la empalizada, donde los prisioneros observaban, se elevó un griterío horrorizado.

—Que vayan a donde quieran —dije brevemente, y regresé al campamento para organizar el expolio del campo de batalla.

Durante todo el día los carros hicieron varios viajes, cargados con el botín de la intendencia enemiga. Los pelotones recorrían el campo, dando la vuelta a los muertos, recogiendo espadas con joyas en la empuñadura, escudos esmaltados, torcas y collares. Los *signifer*, expertos en el manejo de los fondos de las cohortes, ayudados por los contables, *notars* y *librars* de mi personal, supervisaban la distribución a las cohortes, centurias y tropas, y de ahí a los soldados individualmente. El botín total, aunque no podía calificarse de magnífico comparado con los famosos triunfos del pasado de Roma, fue único en la historia de la guerra en Britania, porque constaba de las riquezas de los territorios más civilizados de la provincia. Los hombres parecían muy satisfechos, aunque prohibí que los cautivos fueran distribuidos como esclavos. No había suficientes para todos, y serían necesarios para tareas gubernamentales; además, esperaba conseguir muchos más en el futuro próximo.

El botín se repartió en un acto formal donde, por primera vez desde la derrota de Boudica, me dirigí al ejército, lo felicité por su conducta durante la batalla y, a mi vez, recibí sus aclamaciones. Había pospuesto la ocasión a propósito, para dar tiempo a que se enfriara el entusiasmo. Los hombres que han conseguido la victoria en circunstancias muy desfavorables tienen tendencia, en la efervescencia inmediata del alivio y el agradecimiento, a hacer regalos no deseados a su comandante. Ser vitoreado como Emperador por las tropas puede halagar la vanidad de uno, pero resulta muy peligroso políticamente. La vida era más simple hace cien años.

Acabado el acto, asistí al entierro ceremonial de nuestros muertos; una tarea melancólica que requirió mucho trabajo y un gran acopio de leña que, empapada y verde, ardió de mala gana y se limitó a chamuscar los cadáveres, con lo que hubo que enterrarlos de todos modos. Los soldados son criaturas conservadoras: cuando el tiempo o la leña escasean, entierran a sus muertos sin protestar; de lo contrario, insisten siempre en los antiguos ritos de la cremación. En la Roma actual, entre los patricios, la moda se inclina más hacia el entierro.

Los hombres de mi personal cuya tarea era contar los muertos enemigos, identificar a los jefes y extraer cualquier información valiosa de la carnicería, informaron con toda certeza de que Boudica no se encontraba entre los

muertos. Me encogí de hombros. Ya no era importante; un general sin ejército, una reina sin reino. Más interesante fue la noticia de que había druidas entre los cadáveres, claramente identificables por sus túnicas. En Mona había atravesado con una estaca una de las cabezas de aquella hidra, pero el contagio persistía, y el veneno aún se extendía por los bosques remotos de Britania.

Aquella tarde hizo su aparición en la Vía del Oeste una larga columna de carretas —la intendencia de la Decimocuarta Legión y el contenido de los graneros militares de Calleva Atrebatum, robado por Penio Póstumo—, que entró traqueteando en el campamento. Las tiendas florecieron como hongos, y una rápida comprobación del prefecto de campamento de la Gémina y sus asistentes demostró que nuestros problemas de aprovisionamiento, al menos durante dos meses, habían terminado.

Con las carretas llegaron las cohortes Segunda de Panonios y Cuarta de Galos, que habían acompañado a la Segunda Legión, y una diputación de nobles, decuriones de Calleva Atrebatum, que venían de parte de Epático a darnos la enhorabuena por la victoria. Estudié sus caras, descubriendo ciertas ausencias significativas.

—¿Dónde están Campano y Luciliano? —pregunté educadamente.

Explicaron que estaban prisioneros y que esperaban ser juzgados al día siguiente por conspirar para cometer traición. Pertaco ya había sido condenado en ausencia. Los decuriones parecían avergonzados; decidí no insistir. Les di las gracias con urbanidad y se marcharon.

Finalmente, muy poco antes de que nuestras puertas se cerraran para la noche, llegó el centurión Sempronio Semproniano, agotado tras su cabalgada de cincuenta millas. Desmontó con los músculos entumecidos y saludó.

—Entregué tu mensaje, legado, como ordenaste.

—¿Y?

—El prefecto Penio Póstumo me ordenó que te dijera tres verdades. —Sempronio vaciló, incómodo.

—Continúa, centurión.

Se preparó, y miró fijamente a un punto por encima de mi hombro.

—Primero, tus órdenes eran peligrosas y absurdas. Segundo, su desobediencia no fue cobardía, sino sentido común. Tercero, solo la Fortuna de Roma y el favor de Júpiter han salvado a un mal general del castigo que merece.

—Muy interesante —dije suavemente—. ¿Vendrá el prefecto a decírmelo a la cara?

Sempronio miró al aire sin ninguna expresión.

—No tuve que mentirle respecto al trípode. Pidió su espada cuando acabó de leer tu carta; luego se dirigió solo a su tienda. Penio Póstumo ha muerto, legado.

—Que así sea. —Me toque el labio—. Y que quede claro, Semproniano, que si valoras tu rango, no debes revelar a nadie ni una palabra de tu misión ni de las instrucciones que te di.

—Lo comprendo, legado. —Me tendió un papel. Por un momento, pude ver en sus ojos una mirada de desagrado inconcebible—. Recuperé la evidencia. Aquí está tu carta a Póstumo.

Me saludó y se alejó, dolorido y cojeando.

Así murió Penio Póstumo, prefecto de campamento de la Segunda Legión Augusta, legando a la posteridad esta pregunta: ¿cómo ocurre? ¿Cómo degeneran tales hombres? Porque Póstumo había ascendido por el duro camino de legionario a centurión; no se había beneficiado de los ascensos acelerados concedidos a caballeros arruinados o magistrados municipales que se alistan por falta de un trabajo mejor. Sus cualidades, un buen cerebro, una mente implacable y una buena condición física, lo habían llevado a través de seis promociones en su centuria hasta el rango de primer centurión y, a punto de culminar una carrera militar destacada, al de prefecto de campamento. ¿Cómo podía ser que un hombre como él hubiera decaído tan rápidamente, volviéndose tan blando y poco fiable?

¿Decía que no era un cobarde? Se había condenado por su propia acción, o mejor dicho, por su inacción. Cualquiera lo hubiera entendido. ¿Por qué, entonces, me había mirado Semproniano con odio?

Regresé lentamente a mi tienda, desconcertado.

4

El ejército se puso en marcha al día siguiente. La columna en ruta, aumentada considerablemente con las carretas de grano y los carros llenos de botín, medía diez millas de longitud. Al otro lado de las fronteras, una caravana tan larga hubiera invitado un ataque, pero allí no tenía ningún miedo. Britania volvía a estar en paz.

Los restos de la persecución jalonaban nuestro avance. Las orillas del Tamesa estaban llenas de cadáveres, que cubrían las playas de grava y los

juncales. Nuestra caballería no había perdido un solo hombre mientras ejecutaba aquella carnicería.

Al otro lado del río pasamos junto al escenario de la emboscada contra los refugiados. Podría suponerse que, para hombres acostumbrados a matar y a la visión de miles de cadáveres, aquel espectáculo no habría de ser muy especial. Pero en aquella ocasión era distinto. El tiempo había afectado a los cuerpos; la carne en descomposición llenaba el aire con su olor a sepulcro. Lo más repugnante eran las mutilaciones.

Los britanos habían tenido tiempo de emplearse a fondo. Apenas había un solo cuerpo que mostrara únicamente sus heridas mortales; casi todos los cadáveres habían sido descuartizados y destripados. A muchos les faltaba el sexo y presentaban señales de haber sido torturados. El espectáculo, y la horrible putrefacción que cubría la calzada durante más de tres millas, era suficiente para atormentar los sueños de toda una vida. Vi que muchos soldados, jóvenes legionarios y veteranos endurecidos, sufrían náuseas y vomitaban.

El ejército prosiguió, taciturno y furioso. Me alegré de aquel cambio de humor. La victoria provoca en las tropas una sensación de bienestar, cierta satisfacción blanda, un desprecio benévolo hacia el enemigo que no era la actitud que deseaba durante mi campaña de castigo.

Por todas partes vimos las cicatrices de la devastación. Era como si cada vivienda, cada fragmento fruto de la construcción humana, hubieran atraído una venganza sobrenatural, una perdición enviada por los dioses que los hubiera reducido a la ruina simultáneamente. Fuertes, mansiones, villas, granjas, cabañas y establos eran montones de cenizas rodeados de cadáveres hinchados. Vimos pájaros y bestias del campo, pero ningún otro ser vivo, humano o animal, en toda aquella tierra devastada por los ejércitos de Boudica.

Los hombres no cantaron durante su marcha de aquel día.

El ejército acampó a diez millas de Londinium y, en un estado de ánimo tenso y peligroso, llegó a las afueras de la ciudad durante la tarde siguiente.

Londinium repetía a gran escala lo que el campo ya nos había mostrado: un desierto negro y gris, lleno de bultos irregulares, donde unas cuantas casas medio quemadas asomaban como pináculos de roca en un paisaje marino. Fortificamos nuestro campamento a una buena distancia de aquella tumba enorme y sombría. Cuando los guardias se hubieron apostado en las murallas y una patrulla de caballería se hubo asegurado de que el entorno estaba

desierto, permití que los hombres de permiso entraran en la ciudad. Yo mismo cabalgué hacia allí.

Una ciudad totalmente saqueada y quemada oculta sus heridas mortales bajo un manto de ruina, las capas de cenizas y escombros de lo que antes había sido su identidad. Lo mismo ocurría en Londinium. El incendio había sido completo; quedaban algunas paredes de piedra y pilares de mármol pero, por lo demás, la mayor comunidad de la provincia había sido reducida a un montón de escombros chamuscados, bajo los cuales se ocultaban las siniestras reliquias de la masacre. En aquella ciudad devastada había muchas cosas que entristecían, pero pocas que horrorizaran.

Encontramos la obra de los britanos en el exterior.

Alineadas en la orilla como maderas de una valla gigantesca, vimos hileras de estacas y cruces. De ellas colgaban bultos resecos, todavía reconocibles como humanos. Los hombres habían sido crucificados y castrados, a veces con la lengua y los ojos arrancados, y las mujeres empaladas por la entrepierna y con los pechos cortados.

Aquella era la verdadera marca de la bestia a la que había jurado exterminar. Saqué provecho del espectáculo. Regresé al campamento, hice formar a todos los soldados que no estaban de servicio y ordené que todo el ejército, legionarios y auxiliares, infantería y caballería, desfilara lentamente junto a aquellos aterradores restos de hombres y mujeres romanos. Entonces recogimos los cadáveres, construimos una gran pira y los quemamos.

Creímos reconocer a Alfidio Olussa como uno de los cadáveres. Con mis propias manos vertí sus cenizas en una jarra y ordené labrar una lápida y colocarla sobre su sepultura.

La reacción de las tropas fue más allá de lo que había previsto. A su regreso, silenciosos y curiosamente tranquilos, las cohortes de la Gémina desenvainaron de repente las espadas, pasaron por encima de sus centuriones y atacaron la empalizada de los prisioneros, donde mataron a todos los britanos y arrojaron los cuerpos al Tamesa. Tres mil esclavos desperdiciados.

Pero aquello era solo una gota de agua contra una gran hoguera. Mi objetivo estaba conseguido. El ejército estaba sediento de venganza.

5

Muchas preguntas suplicaban respuestas con insistencia mientras esperaba en Londinium la llegada de los refuerzos. ¿A dónde había huido el resto del

ejército de Boudica? ¿Había más insurgentes sueltos por los campos? ¿Se habrían sometido definitivamente tras nuestra victoria aquellas dos tribus indecisas, los catuvellaunos y coritanos? ¿O estaban tomando medidas para fortalecer la rebelión? Por encima de todo, ¿qué ocurría en Lindum y cómo estaba la Hispana?

Algunas de las respuestas se materializaron durante los días siguientes. Fugitivos asustados y hambrientos, supervivientes de los saqueos de granjas y mansiones, empezaron a llegar a nuestro campamento para decir que quedaban rebeldes activos atacando los territorios cantiacos al sur de Londinium. Eran simples bandidos, merodeadores que habían desertado del ejército antes de la batalla, ignorantes del cataclismo de sus compañeros. Envié a una *vexillatio* —una cohorte de legionarios, una de caballería y cuatro de auxiliares de infantería— a acabar con aquella plaga.

Las patrullas que envié al norte y al oeste encontraron muy poca cosa. El campo estaba desierto y en ruinas. Trajeron cautivos a Londinium, pero los prisioneros, fugitivos de la batalla o saqueadores errantes, no dijeron nada útil. Naturalmente, todos los britanos juraron ser solo pacíficos campesinos dedicados a sus asuntos.

Empleé las tropas en limpiar los escombros y preparar los solares de Londinium para la reconstrucción. Los ingenieros construyeron un nuevo puente sobre el Tamesa. Tras cinco días de espera, había empezado, en mi desesperación, a preparar una *vexillatio* fuerte para enviarla a Lindum, cuando el propio Quinto Cerialis, con solo tres tropas de la Caballería de Petra, irrumpió en el campamento como una tempestad.

Sus primeras frases me tranquilizaron. La fortaleza aguantaba: la Novena Legión Hispana Triumphalis Macedonia, aunque privada de sus tres mejores cohortes, estaba en condiciones de combatir y ardiendo en deseos de venganza. Por aquel extraordinario fenómeno que hace que las noticias viajen más aprisa que el sonido entre los nativos, Cerialis se había enterado de nuestra victoria, solo dos días después de esta, y comprendiendo que el contacto entre su fuerza y la mía era vital, había emprendido una veloz cabalgada de cuatro días.

Le reprendí suavemente por el riesgo corrido durante el viaje.

—Ningún peligro —afirmó—. Casi no vimos a nadie. Parece que el campo haya sido arrasado por una pestilencia.

Cerialis me habló de su marcha a Camulodunum y el desastre en el que terminó; una narración que, junto con la del legionario Gayo Saufeyo, he expuesto anteriormente. Pero añadió otra noticia sorprendente.

—Después de perseguirme hasta Lindum, los rebeldes se demoraron uno o dos días en torno a la fortaleza. Solo eran tres o cuatro mil hombres, pero temía una trampa y decidí no intentar una salida. Recuerda, no tenía ni idea de dónde estaba el ejército principal. Luego se marcharon, y llegó un mensajero de Cartimandua de los brigantes.

—¿Cartimandua? —dije—. ¿Amenazaba con…?

—No —dijo Cerialis. Me sonrió con descaro—. Tus dotes diplomáticas hicieron su trabajo, Paulino. Tenía problemas. Su antiguo amante, Venucio, estaba marchando hacia Eboracum.

—No era coincidencia, imagino —dije, con el ceño fruncido—. Los icenos le habían contado sus planes a Venucio y habían solicitado su cooperación.

—Exacto. Te darás cuenta de la delicadeza del problema: tenía una provincia en rebeldía a mi espalda, y un ejército tribal acercándose, por decirlo así, a mi patio delantero.

—¿Qué hiciste? ¿Prometer ayuda en cuanto pudieras?

—¡Por Apolo, no! —Cerialis me miró fijamente—. Las promesas no hubieran detenido a Venucio. Hice salir a todos los hombres de Lindum y fui a Eboracum.

Abrí mucho los ojos.

—¿Evacuaste Lindum? ¿Dejaste la fortaleza vacía?

—Por completo —asintió—. ¿Por qué no? Quedarnos sentados tras nuestras murallas no os hubiera ayudado, ni a ti ni a Cartimandua. Marchar al sur detrás de Boudica era un suicidio. Detener a Venucio era la única cosa útil que podía hacer. —Suspiró—. Había esperado una batalla. —Sus ojos se volvieron soñadores, y recordé la fijación de Cerialis con Brigantia, sus visiones de conquista—. Pero no pudo ser. Venucio supo que llegábamos desde Eboracum, dio la vuelta y huyó a su fuerte del norte. Me pareció absurdo seguirle: habíamos acabado con la amenaza, y los peligros eran grandes. Roma se ocupará finalmente de Venucio algún día y, pese a su reputación, no creo que nos dé demasiado trabajo al final. —Bostezó y se desperezó—. Eso es todo. A los diez días, habíamos regresado a Lindum.

Lo contemplé con una mezcla de admiración y consternación. Solo un Cerialis hubiera apostado su vida, su ejército y su reputación en una jugada que, de haber salido mal, hubiera incendiado la provincia de extremo a extremo. Y solo un gran soldado hubiera reconocido los límites de aquella empresa; un hombre inferior, animado por el éxito, hubiera buscando el desastre persiguiendo a su presa.

—Ahora que estás aquí —dije por fin—, podemos hablar de lo que hay que hacer para acabar con este asunto de una vez por todas. —Acompañé a Cerialis al pretorio, le señalé una silla y paseé por la estancia mientras hablaba.

—Roma —empecé—, está en guerra con icenos, trinovantes, catuvellaunos y coritanos; estas tribus han declarado la guerra al pueblo romano. Los instigadores, fomentadores y líderes de la insurrección son los icenos. Los exterminaremos, de modo que su nombre no vuelva a aparecer en la historia de esta provincia.

»Los trinovantes les han prestado toda la ayuda que les permitía su escaso número y su naturaleza cobarde, a base de traiciones y alianzas con nuestro enemigo principal. Sus tierras quedan confiscadas; serán vendidos como esclavos y desaparecerán de Britania.

»Los catuvellaunos y coritanos están menos implicados. Ambos pueblos han enviado fuerzas contra nosotros, pero creo que las tribus no están del todo comprometidas. Todavía hay que comprobarlo. Sus tierras no serán confiscadas, a excepción de las de aquellos que se levantaron en armas contra Roma, pero les exigiremos compensaciones en esclavos, grano y dinero.

Hice una pausa, esperando algún comentario. Cerialis escuchaba atentamente y no dijo nada.

—Esta es mi política. Para su ejecución, el ejército de Londinium se dividirá en cuatro *vexillatios*. Una para los icenos, que matará, incendiará y destruirá. Otra contra los trinovantes, que capturará a todos los hombres, mujeres y niños. La tercera para los catuvellaunos; buscará los clanes, aldeas y pueblos donde los guerreros hayan partido a luchar contra nosotros, esclavizará a todos los hombres y confiscará las propiedades. La última, una formación de reserva, permanecerá en Londinium.

Me volví hacia Cerialis.

—Tú, legado, volverás a Lindum y formarás dos *vexillatios*; una tomará contra los coritanos las mismas medidas que he decretado para los catuvellaunos; la segunda entrará en los pantanos icenos y matará a todo el que encuentre.

Estudié su rostro y medí bien mis palabras.

—Seréis duros, implacables. Recordaréis, día y noche, que esos salvajes, esos animales con rostro humano, han matado, torturado, violado y saqueado sin piedad; que han muerto ochenta mil romanos y britanos amigos y que, hasta el momento, apenas hemos igualado ese número. Contra estos pueblos, la clemencia es una forma de debilidad.

El rostro severo y cubierto con el casco asintió con aprobación. Entrechoqué mis manos.

—Cuando lleguen los auxiliares de la frontera, nos moveremos simultáneamente. Te enviaré un mensaje.

Pedí vino y hablamos de otras cosas. Años después, Cerialis me dijo que nunca había podido olvidar la ferocidad venenosa que impregnó aquellas breves frases de juicio y condena, ni la intensidad del odio que había excavado surcos profundos como cicatrices en mi rostro.

6

Tres días después del regreso de Cerialis a Lindum, los auxiliares de la frontera llegaron a Londinium. El destacamento enviado a liberar los territorios cantiacos también regresó, trayendo una cantidad respetable de prisioneros que alojamos enseguida en nuestras empalizadas. La *vexillatio* había encontrado muchas tierras devastadas, pero ningún enemigo organizado; los ataques eran obra de merodeadores errantes e independientes. Durovernum había ardido; por fortuna, el enemigo no había penetrado en Rutupiae, que, aunque abandonada, permanecía intacta.

Las *vexillatios* partieron a sus misiones de venganza. Puse a Aurelio Baso, un hombre sin piedad, al mando del destacamento de Icenia. Agrícola fue a Trinovantia; su misión era sencilla, y la práctica le iría bien. Vecio Valens estaba al mando de la fuerza contra los catuvellaunos porque su tarea, que implicaba separar el grano de la paja, o sea castigar a los culpables sin despertar el odio de los inocentes, exigía conocimientos y experiencia. Las *vexillatios*, aunque diferían en número de hombres, tenían aproximadamente la misma proporción de auxiliares y legionarios, con la inevitable escasez de caballería.

Tras la partida de los soldados, aparecieron en nuestro campamento los rasgos demacrados del comandante de la flota britana. Aufidio Pantera, que nunca había sido un hombre alegre, parecía excepcionalmente molesto y lleno de agravios.

—Los supervivientes de la flotilla de Mona llegaron al puerto de Rutupiae hace dos días, legado. El puerto y la ciudad están desiertos, pero un guardia auxiliar me dijo que estabas en Londinium y que la calzada era segura. Pedí un caballo y una escolta a los soldados y no me he entretenido por el camino.

—Me alegro de volver a verte, Pantera. Desde que nos separamos en Ordovicia, nuestro ejército ha escrito una página sangrienta de la historia britana que tú aún no has leído. Confío en que tuvierais un viaje afortunado.

—¡Afortunado! —Resopló con amargura, y contempló el vino con expresión venenosa—. ¿Afortunado? Los rigores de la campaña han afectado a tu sentido del tiempo, legado. Hace casi un mes que zarpé de Segontium. ¡Un mes para la travesía!

—¿Qué te retrasó? —pregunté con inocencia.

—¡Por el Tridente! —estalló Pantera—. ¡Galernas, legado, tormentas y tempestades! Naufragio tras naufragio. Nos pasábamos días enteros refugiados en alguna maldita cala, salíamos cuando el viento amainaba, navegábamos unas pocas millas más antes de la siguiente tormenta, buscábamos refugio y perdíamos uno o dos barcos más. —Golpeó la mesa con la copa—. ¿Recuerdas cuántos barcos salieron de Rutupiae para tu campaña contra los ordovicos?

—Veinte birremes —dije simplemente—, y diez embarcaciones auxiliares.

Pantera me dirigió una mueca furiosa.

—Correcto. No todos llegaron a Deva, si lo recuerdas. Luego, cuando tuvimos que zarpar de Segontium tan precipitadamente, me diste a elegir, ¡a elegir!, entre quedarme en el río de Deva, sin ningún tipo de protección, o regresar a Rutupiae. Naturalmente, zarpé de inmediato.

—Tuviste problemas, deduzco.

—¡Problemas! —De repente toda su agresividad desapareció; su rostro se arrugó y pareció al borde de las lágrimas. Me tendió las dos manos desde el otro lado de la mesa—. Legado, hay cuatro barcos anclados en Rutupiae.

—¿El resto se ha perdido? —dije, mirándolo fijamente.

Pantera asintió, aturdido, suplicándome compasión con la mirada. Me tiré del labio. Veintiséis barcos de guerra hundidos. Ciertamente, no había sido la batalla de Accio, pero se había perdido casi la mitad de la flota britana. Pero se podían construir barcos nuevos y reclutar más hombres. Una flota no era como una legión: en los reveses navales no había ninguna reputación en juego, al menos no en aquellas aguas. Una calamidad, pero no una catástrofe.

Reflexioné, abatido. La responsabilidad última era mía; pero aquel incompetente no estaba libre de censura. El mando ejecutivo era suyo. En mis labios se formaron frases vitriólicas, que murieron sin ser pronunciadas. Ninguna reprimenda podía levantar a los barcos hundidos de su lecho marino.

Detesto a los hombres débiles. Pantera era una de esas criaturas indecisas e inseguras que nunca deberían estar al mando de nada más grande que un bote de remos. Alguien en Roma, pensando probablemente que podía hacer muy poco daño en una frontera tan remota, lo había destinado a Britania. Deseé poder enviar la factura a aquel hombre.

El daño estaba hecho. Las recriminaciones no ayudarían.

—Un mal asunto —dije bruscamente—. Sin embargo, mejor cuatro barcos que ninguno. Tengo despachos urgentes que esperan transporte a Roma; sin barcos no podíamos hacerlos llegar a Gesoriacum. Tendrás la amabilidad de llevarte esas cartas contigo a Rutupiae.

Pantera levantó la cabeza y me miró con incredulidad.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —Su voz era un susurro.

—¿Qué esperabas? —le dije, desconcertado—. ¿Acaso preferirías un sermón sobre cómo manejar barcos?

Palideció, pareció a punto de hablar, se volvió y salió de la habitación.

Observé con desaprobación que no había devuelto el saludo del centinela.

7

No envié despachos laureados a Roma anunciando mi victoria, porque prefería considerarla una simple acción policial contra tribus ya conquistadas. Por otra parte, fui generoso en mis recomendaciones de honores y recompensas, individuales y regimentales. El Príncipe concedió algunas, y otras no. Los principales honores concedidos fueron los títulos adicionales de «Martia, Victrix» para la Decimocuarta Legión Gémina. La legión ya había adoptado un sobrenombre no oficial, «Domitores Brianniae», los domadores de Britania. A base de su obstinada insistencia en usarlo en la correspondencia oficial y en la conversación, con el paso de los años aquel apelativo llegó a ser más prestigioso que los honores más sobrios otorgados por el Senado.

La Vigésima Valeria, en reconocimiento al papel de su primera cohorte en la batalla, recibió el sobrenombre de «Victrix». Traté de conseguir la ciudadanía romana para varias unidades de auxiliares: solo la Primera de Vetones y la Primera de Várdulos, ambas presentes en la victoria, llegaron a recibir tal honor. El rechazo de la petición para los cugernos me resultó particularmente decepcionante; la cohorte, prácticamente aniquilada durante la expedición de Cerialis a Camulodunum, había luchado magníficamente y

merecía un reconocimiento. Además, como la ciudadanía solo se concede a los hombres en servicio en el momento de la recompensa, la veintena de supervivientes no hubieran diluido de modo notable el plebiscito romano. Espero que la cohorte consiga la distinción en algún otro momento de su carrera.

Solicité refuerzos con vehemencia pero con pocas esperanzas: cuatro mil legionarios, seis regimientos de caballería y diez cohortes de infantería. Igualmente importantes eran los funcionarios y oficiales administrativos. En el holocausto de Boudica, el servicio civil de la provincia, con todos sus archivos y registros, había sido borrado del mapa. Toda la administración civil necesitaba personal, y era necesario que los archivos de Roma nos proporcionaran las copias de decretos, edictos y cuentas relevantes para los problemas del momento. Cuando acabaran las medidas de pacificación, habría que volver a poner en marcha el comercio y la agricultura. Me estremecía ante la sola idea de los pleitos sobre la propiedad que llegarían inevitablemente.

Poco después, empezaron a llegar a Londinium largas hileras de britanos cautivos, las primeras recompensas sustanciales de nuestras expediciones punitivas. Los puse a trabajar, supervisados por ingenieros de la legión, en la reconstrucción de Londinium, y aparté al tribuno Sexto Frontino de su confortable destino al mando de las cohortes britanas de Viroconium para ponerlo al frente de la planificación y las obras en la ciudad.

El restablecimiento de las comunicaciones diarias con el continente era vital. Los mercaderes no se atreverían a cruzar el estrecho a menos que vieran a nuestra flota presente y alerta, porque los piratas frisones eran una amenaza constante. En un despacho a Pantera le ordené trasladar la flota britana de Gesoriacum a Rutupiae, y le dije que organizara un programa de construcción de barcos en los astilleros de Gesoriacum para reemplazar nuestras pérdidas. Ordené el regreso a Londinium de las provisiones, tesoro y refugiados enviados al continente para su seguridad y, con la promesa de la protección naval, animé a los capitanes mercantes a reanudar el comercio. Aquel último punto no me preocupaba demasiado: a los pocos días de nuestra llegada, tres o cuatro barcos mercantes ascendieron cautelosamente por el Tamesa, y las tripulaciones desembarcaron para contemplar horrorizadas las ruinas de aquel puerto tan familiar.

A continuación, harto de inactividad, dejé una guarnición mínima en Londinium y me dirigí a Camulodunum con la *vexillatio* de reserva.

8

Marchamos por el territorio abandonado de un pueblo proscrito. Los poblados que Boudica había dejado intactos, obviamente sospechosos, habían sido destruidos por la *vexillatio* de Agrícola. Solo encontramos ancianos y mujeres demasiado maduras o poco favorecidas para resultar atractivas a los soldados. Huían de nosotros o, si estaban demasiado débiles o enfermos para correr, se postraban y suplicaban clemencia.

Camulodunum resultaba impresionante. Sus restos eran una capa de ruinas oscuras y rotas, pero de entre ellas, como un barco embarrancado entre rocas negras, surgía el Templo de la Victoria, manchado de humo e indestructible, centelleando pálido y triunfante.

La piedra y el mármol habían derrotado a los incendiarios. En el interior, los relicarios estaban rotos y profanados; los hombres de Agrícola habían retirado los esqueletos, pero no las manchas de la masacre en suelo y paredes, de modo que el interior parecía un matadero en desuso. Pero el Templo, el símbolo del poder imperial de Roma, el odiado emblema de su soberanía sobre Britania, había permanecido prácticamente intacto durante la resurrección. Era un presagio capaz de hacer pensar a los escépticos y desconcertar a los agnósticos. Incluso yo me sentí impresionado.

Agrícola, recién llegado de un ataque a un pueblo pesquero, me confesó que su misión estaba prácticamente cumplida. Viendo las enormes empalizadas llenas de esclavos trinovantes, me resultó fácil creerle.

—Usa una parte para limpiar y reconstruir Camulodunum —le dije—, y envía el resto a Londinium. Pronto tendremos que empezar los envíos de esclavos al continente. ¿Algo de valor?

Sacudió la cabeza.

—Muy poco. Me han dicho que los trinovantes ricos huyeron a Icenia antes de la marcha de Boudica. Si el oro está allí, Baso debería encontrarlo.

—Pronto lo veremos —dije—, porque yo también iré.

Tras un día de descanso, marché al norte con una fuerte escolta. Enseguida, el paisaje cambió; los campos abiertos se sumergieron bajo los bosques, y las carreteras se convirtieron en caminos de ganado. Vimos las marcas del paso de Baso: granjas saqueadas e incendiadas, cabañas destrozadas y unos cuantos montones de cadáveres en descomposición. Sin embargo, el campo no estaba desierto del todo. Vimos figuras que aparecían como fantasmas al borde del bosque y se desvanecían; a veces nos disparaban flechas desde los árboles, pero los arqueros nunca eran capturados.

Marchábamos con guardias en los flancos, y fortificábamos bien los campamentos.

Tras un viaje de dos días por aquel bosque inquietante, ininterrumpido a excepción de algunos claros donde los poblados muertos despedían su hedor, entramos en contacto con los exploradores de Baso y lo encontramos, con parte de su *vexillatio*, a punto de atacar Venta Icenorum. Me había imaginado la capital icenia, antaño la sede del rey más rico de Britania, como una ciudad parecida a Calleva Atrebatum, tal vez tosca y maloliente, pero enriquecida por casas y edificios públicos elegantes. No estaba preparado para aquella realidad tan escuálida: era un poblado nativo a gran escala, un conglomerado de cabañas redondas y establos rectangulares, todo ello rodeado por una empalizada y un foso poco profundo. En una colina cercana, las ruinas del elaborado palacio de dos pisos de Prasutago humeaban como una hoguera de señales apagada, y los soldados buscaban botín entre los escombros.

El ataque estaba a punto de empezar. La caballería recorría los campos sin arar y los pastos embarrados que rodeaban la ciudad como una falda harapienta. A un lado, un río bordeado de pantanos fluía por debajo de la empalizada. Los jinetes esperaban como halcones, listos para atacar a cualquiera que huyera del refugio de aquellas toscas defensas.

Una columna de infantería, cohortes auxiliares, emergió del campamento romano y formó en línea de batalla fuera del alcance de las flechas de la ciudad; una cohorte de legionarios se colocó en la reserva y permaneció observando, mientras los hombres se apoyaban en las jabalinas con aire aburrido, una actitud que indicaba claramente que los auxiliares podrían hacer el trabajo por sí solos.

Conduje mi pequeña fuerza a las puertas del campamento y saludé a Baso. Su rostro estaba cubierto de arrugas, y su actitud era tensa e irascible.

—Me he pasado diez días —dijo—, hostigando a los nativos de la zona, peinando los bosques, destruyendo los poblados y empujando a los britanos hacia Venta Icenorum en círculos cada vez más pequeños. Tenía la esperanza de hacer aquí una gran matanza.

—¿Qué salió mal? —pregunté.

—Una gran fuga hace dos días, en la parte más densa del bosque. Un ataque masivo y un golpe preciso, cuidadosamente concebido y dirigido. Nos pilló por sorpresa. —Se encogió de hombros—. Nadie tuvo la culpa. En estas operaciones de hostigamiento, las tropas tienen que cubrir un frente muy amplio.

—¿Los perseguisteis?

—Envié a un destacamento en su persecución, pero no llegará lejos. Todos los que escapan a nuestra red se dirigen a la misma zona: los pantanos. Una zona imposible. Una legión podría perderse allí dentro sin que nadie se diera cuenta de que faltaba.

Apreté los labios.

—Baso, fuiste enviado aquí para matar icenos. En lugar de ello, estás permitiendo que escapen a un santuario natural y eso constituye una seria negligencia en el servicio. Sin embargo, este no es el momento ni el lugar para tratar de este asunto. Continúa con tu operación contra la ciudad. ¿A cuántos nativos has atrapado dentro?

El rostro de Baso estaba demacrado, y le temblaban los labios.

—Mil o dos mil, hombres, mujeres y niños. No tardaremos mucho.

Se volvió e hizo una señal; sonaron las trompetas. Los vascones, nervios y tungrios avanzaron al trote hacia las empalizadas, que de repente escupieron una tormenta de flechas. Los auxiliares continuaron su avance, con los escudos levantados, mientras los grupos de cobertura replicaban con hondas, arcos y lanzas. Las columnas se hundieron en el foso, desaparecieron por un momento como en el surco de una ola, y saltaron hacia la empalizada.

Los auxiliares, en deferencia a las tácticas de asalto de los libros de texto, llevaban algunas escaleras. Un gesto simbólico; las descartaron rápidamente, treparon sobre los hombros de sus compañeros o se levantaron unos a otros hacia la cima como un mozo de cuadra ayudando al jinete a subir a la silla. La ola de hombres se detuvo brevemente en la cresta de la empalizada, rompió y se precipitó hacia el interior.

—Eso es todo —observó tranquilamente Baso—. ¿Quieres que vayamos a ver el espectáculo más de cerca?

Llevamos nuestros caballos hasta el borde del foso. Por las aberturas en la empalizada podía ver el interior de la ciudad. La resistencia había cesado en el perímetro. Dentro, los auxiliares se habían vuelto locos.

Estaban cazando cabezas. Derribaban al enemigo y lo decapitaban limpiamente. Un tungrio, sin dejar que lo estorbara la cabeza que tenía entre los dientes, intercambiaba estocadas con un britano enorme. Otro, con tres cabezas en la mano del escudo, hizo una pausa para ensartarlas por las sienes en su lanza, como cebollas en un palo, y blandió triunfalmente sus trofeos.

Finalmente me alejé. El saqueo casi había terminado; las cabañas ardían, la madera crepitaba y el humo se elevaba hacia el cielo. Al otro lado de los pastos, los jinetes galopaban aullando en persecución de los desgraciados que trataban de escapar de la ciudad. Los legionarios, cuyo apoyo, tal como

habían previsto, no había sido necesario, volvieron disgustados al campamento. Los auxiliares empezaron a salir de las ruinas humeantes de Venta Icenorum, y cada hombre llevaba una cabeza cortada.

—Una nueva costumbre —dije, señalando las sangrientas reliquias.

—Una costumbre de los vascones —dijo Baso—. Nuestros montañeros de los Pirineos todavía son bastante bárbaros. Como no hacemos prisioneros, la moda se ha extendido a los otros auxiliares; es una especie de competición entre las cohortes. Desagradable, pero inofensiva.

En la tienda de Baso le hice algunas preguntas y medité, algo desconcertado, sobre sus respuestas. Dos cosas quedaron claras: los icenos, sabiéndose derrotados, se estaban reuniendo para presentar una última batalla en algún lugar de los pantanos; y la operación era dirigida de manera astuta y eficiente por algún mando central.

—¿Sigue viva Boudica? —pregunté bruscamente.

Baso extendió las manos.

—No puedo decirlo. Las declaraciones de los cautivos, voluntarias o forzosas, son contradictorias. Nadie admite haberla visto después de la batalla. No sé si es ella, o algún jefe superviviente, o hasta algún druida, quien está reorganizando a los icenos. Quienquiera que sea, es demasiado competente para mi gusto.

Contemplé su rostro agotado.

—Dices que los pantanos son un refugio seguro. ¿Serías capaz de penetrar en ellos, encontrar al enemigo y obligarlo a presentar batalla?

—No creo que pudiera —dijo Baso, frotándose la frente.

—Sin embargo —dije, poniéndome en pie—, los icenos serán destruidos, aunque tengamos que drenar las ciénagas para encontrarlos. Iré a los pantanos y lo veré por mí mismo.

9

Tardé algunos días en abandonar Venta Icenorum. Baso, tras el poco éxito de su operación, tenía que abandonar sus planes y volver a empezar. Interferí muy poco y no hice sugerencias.

El contacto de cerca con su destacamento me dio la impresión, confirmada más tarde cuando encontré a otras tropas de la *vexillatio* que hostigaba Icenia, de que había algún problema entre los hombres. Los legionarios parecían malhumorados e indiferentes, realizando sus tareas sin

entusiasmo. La ferocidad ciega de los auxiliares durante la batalla se correspondía con una indisciplina creciente en el campamento. En resumen, la moral decaía rápidamente.

Baso era consciente de la situación. Atribuyó la causa a las largas temporadas en misiones aisladas.

—Tengo a tres divisiones principales distribuidas por el territorio, cada una más o menos con la misma fuerza: una cohorte de legionarios, tres de auxiliares y algo de caballería. Trabajan bajo mis directrices, pero dependiendo de la iniciativa de cada comandante; nos vemos muy poco. Además, he instalado fuertes en puntos estratégicos para controlar las áreas ya peinadas e impedir su repoblación. Todas estas guarniciones y fuerzas de campo desperdigadas sufren una relajación del control y la disciplina.

—Tonterías —dije agriamente—. Hemos tenido que patrullar por campos y perseguir fugitivos muchas veces en el pasado. No hay motivo para que la moral empeore.

—Hay otro tema, legado —dijo Baso, acariciándose la mandíbula—. Estas matanzas incesantes. Los hombres ven diariamente buenos esclavos desperdiciados. Hemos capturado a suficientes britanos en Icenia para que cada hombre de la *vexillatio* tuviera cinco esclavos personales. Creen que tienen derecho a un nativo por cabeza o, por supuesto, a su valor en el mercado de esclavos. Pero los hemos matado a todos, porque tú así lo ordenaste. Los hombres no se llevan nada y nadie les promete nada.

—Tienen una gran parte del botín —repliqué airadamente—. Icenia era rica; ya habéis enviado muchas riquezas a Londinium. Supongo que dedujisteis la parte de la *vexillatio*.

Baso permaneció en silencio y dejamos el tema. Más tarde, y contrariamente a mis creencias, me convencí de que los hombres ocupados en matanzas prolongadas y continuas se degradan, pierden el respeto por sí mismos y, a ojos de los demás, adquieren el estatus de ejecutores públicos en lugar de soldados.

Tras un prolongado intercambio de mensajeros, Baso consiguió reunir, en Branodunum, a dos de sus destacamentos y emprendió un barrido de los pantanos cercanos a la costa, mientras un tercer grupo investigaba las ciénagas del norte de Duroliponte. Cerialis me escribió que una *vexillatio* de la Hispana, con tropas de soporte, se acercaba desde el norte. Esperábamos que, empujando desde tres partes distintas, conseguiríamos encerrar a los icenos en una bolsa donde podrían ser retenidos y destruidos a placer.

Observé el principio de las operaciones y vi lo suficiente de la zona de pantanos para desanimarme. Aquellas extensiones enormes, embarradas, infestadas de juncos, planas y sin rasgos, atravesadas por innumerables arroyos y ríos, podían ocultar durante años a fuerzas mucho más numerosas que las que poseían los icenos. Deprimido, dejé a Baso con su poco prometedora campaña y, con mi escolta, giré al sur por la Vía de Icknield. Al llegar a Duroliponte, llamé al tribuno Sexto Frontino, ocupado en sus actividades de reconstrucción en Londinium.

—Tengo un proyecto en mente —le dije—, que puede ser factible o no, y que ciertamente exigirá todas tus habilidades de ingeniero. Brevemente: quiero drenar esos malditos pantanos.

Frontino se quedó con la boca abierta, y con razón. Todo el mundo consideraba aquellos pantanos como una tierra perdida e imposible de recuperar.

—Creo que es posible, por lo menos, reducir considerablemente la zona pantanosa —dije—. Si crees que el plan puede llevarse a la práctica, que no te detenga la falta de mano de obra; si es necesario, te enviaré a todos los prisioneros capturados desde la rebelión. Para tu reconocimiento preliminar, estás autorizado a llevarte de la guarnición de Londinium a todos los ingenieros y asesores que necesites. También necesitarás una escolta. Ocúpate de ello. Haz tu trabajo e infórmame en breve.

Dejé a Frontino rascándose pensativo la cabeza y partí de Duroliponte para reunirme con Vecio Valens.

10

En Verulam descubrí que Valens había trasladado su cuartel general a Lactodorum, algo más al norte. Verulam, como Camulodunum y Londinium, era una ruina quemada donde los grupos de esclavos trabajaban limpiando escombros. Me pareció que habernos quedado sin el sórdido poblado de los días anteriores a la rebelión no era una gran pérdida; mi tarea era asegurarme de que en su lugar creciera una ciudad mejor. El legionario ingeniero al mando parecía saber lo que hacía, por lo que, tras una breve pausa, seguí mi camino hasta el campamento de Valens.

Al contrario que Aureliano Baso, el legado parecía relajado y alegre. Me dijo que tanto los catuvellaunos como los coritanos estaban totalmente

pacificados y sumisos, ansiosos por proporcionarnos esclavos, trigo, pieles y tesoros para no recibir el mismo tratamiento que los icenos.

—Aunque no sé cuánto tiempo durará este estado de cosas —añadió—. Supongo que sabes que los nativos están al borde de la inanición.

—¿Por qué? —pregunté—. No has confiscado todas sus provisiones, ni te he autorizado a destruir las cosechas plantadas.

—No hay cosechas plantadas. —Valens sonrió agriamente—. Recordarás que la rebelión empezó en época de siembra. Los rebeldes tenían tanta prisa por cortarnos el cuello que olvidaron sembrar antes de salir de casa, o debían tener la esperanza de subsistir con nuestras provisiones cuando estuviéramos todos muertos.

—Muy mala previsión.

—Desde luego. —Valens se acarició la barbilla—. Pero ¿has pensado en las implicaciones? Los supervivientes de la rebelión han regresado a sus poblados y viven de los escasos restos de la cosecha del año pasado. Cuando se les hayan terminado, pasarán hambre. Y los buenos, los clanes que no tomaron parte en la revuelta, no estarán mejor, porque les exigiremos sus cosechas para pagar las indemnizaciones decretadas para todos los catuvellaunos y coritanos. —Valens volvió a frotarse la barba—. La política no es asunto mío. Pero ¿acaso te propones, legado, empujar a estos pueblos a otra rebelión nacida de la desesperación?

—Ya tienes tus órdenes —dije brevemente—. Si necesitas más cohortes, llamaré a la reserva de Londinium y, si es necesario, vaciaré la frontera.

Me dirigió una mirada extraña, larga e inquisitiva.

—No —dijo por fin—. Tengo hombres suficientes para defender este territorio, y Cerialis tiene una *vexillatio* en Ratae Corieltauvorum. Pero preveo que volverá a haber guerra muy pronto. ¿Estás dispuesto a ello?

—Estoy dispuesto a aceptar todas las consecuencias de mis decisiones. —Golpeé con un dedo la mesa que nos separaba—. Me preocupa el futuro. Roma se quedará en esta provincia durante mucho tiempo, Valens, hasta mucho después de que los dos estemos muertos y olvidados. Pretendo asegurarme de que los britanos del este de la Frontera no volverán a rebelarse contra nosotros nunca más. Tengo la intención de enseñarles una lección que no olvidarán nunca.

Valens me miró, apartó la vista y suspiró. Su alegría se había desvanecido.

11

La situación política en aquella zona, entre unas tribus que solo se habían comprometido parcialmente en la revuelta, era distinta de la de Icenia, donde solo gobernaba la espada. Muchos personajes notables, príncipes y jefes se sometieron a Valens, insistiendo en su inocencia o suplicando clemencia. Él los trató según sus merecimientos. Los que se habían levantado en armas contra Roma fueron esclavizados, y los inocentes regresaron a sus casas. Sin embargo, hubo muchos intransigentes que huyeron al norte y, según supimos después, entraron al servicio de Venucio. Aquel guerrero, animado por la afluencia de hombres, empezó a lanzar ataques contra Brigantia desde su fortaleza, y pronto recibí cartas quejumbrosas de Cartimandua. Le envié promesas y palabras de ánimo; nuestras fuerzas estaban ocupadas y, en aquel momento, no podía proporcionarle nada más.

Fui a Lindum, me reuní con Cerialis y le dije que Venucio había vuelto a sus ataques, lo que ya sabía. Tras una firme advertencia contra cualquier clase de expedición en apoyo de Cartimandua, regresé a Verulam, envié a Londinium a toda mi escolta excepto funcionarios y guardia personal, y volví a la frontera.

Entré en Viroconium un día soleado de mediados de julio. La seguridad y civilización de una gran fortaleza fue como un bálsamo para mi mente y mi cuerpo. Desde que había salido de Calleva Atrebatum un mes y medio atrás, había vivido en fuertes pequeños o campamentos de marcha situados en zonas devastadas, junto a ciudades destruidas o ante pantanos terribles. De modo que, durante dos días, no hablé de trabajo y me permití baños prolongados, masajes y comidas lujosas para recuperar la calma y el vigor.

Para aquellos menesteres encontré un aliado entusiasta en Tito Pomponio Mamiliano, legado de la Vigésima Legión Valeria, que pronto sería Victrix. Hasta el momento, había encontrado pocas cosas recomendables en su carácter: a mi llegada a la provincia, su control, como he descrito anteriormente, era tan laxo que parecía que sus centuriones y no él gobernaban el campamento, sacando todo el provecho posible. Desconfiando de sus cualidades militares, lo había dejado al mando en Viroconium durante la campaña contra los ordovicos; desde entonces, había protegido la frontera sin ningún problema. Mi primera impresión había resultado errónea.

No es que Mamiliano se considerara un soldado. Alto, delgado, lánguido, aristocrático hasta la punta de sus largos cabellos, era aficionado a la filosofía, escribía unos versos pasables y estaba apasionadamente interesado por la gastronomía y los chicos guapos. A veces me extrañaba que lo hubieran destinado a una provincia tan turbulenta. Su narración de las crisis fronterizas

durante la rebelión de Boudica me recordó que Roma no confía sus legiones a hombres sin hierro en el corazón.

Nuestra retirada de Ordovicia había sido seguida por un periodo de calma mientras los nativos trataban de confirmar que realmente habíamos partido. Entonces concentraron sus fuerzas, y un ataque combinado de deceanglos y ordovicos golpeó en lo más profundo del territorio cornovio, al sur de Deva.

—Dos fuertes fueron arrasados —dijo Mamiliano con aire casual. Mordisqueo una aceituna rellena de cebolleta, disfrutando delicadamente de su sabor—. Por fortuna, algunos supervivientes llegaron a Viroconium muy rápidamente, y envié a una *vexillatio* por la noche hacia el norte. Cortamos la línea de retirada de los nativos y matamos a varios miles. Han estado quietos desde entonces… algún robo de ganado ocasional, nada más.

Con tan pocas palabras describió una operación que, según supe después, fue una obra maestra de intercepción sigilosa y precisa.

—¿Y los siluros? —dije—. ¿Han causado algún problema a la guarnición de Glevum?

—Creo que no —dijo Mamiliano—. Los nativos respetan a los rehenes que capturaste. Podría decirse que la frontera de Deva a Glevum está dormida. Prueba estas lenguas de tordo con salsa de gamba, legado; son deliciosas.

Tomé un sorbo de vino, pensativo.

—¿Qué opinión te merece Viroconium como fortaleza?

—Un alojamiento muy confortable, desde luego —respondió enseguida —. No conozco ningún otro lugar de Britania donde prefiriera vivir.

—No me refiero a eso —dije, irritado—. ¿Cuál crees que es su valor estratégico, en función de nuestros objetivos militares actuales?

—Muy bajo, lamento decirlo —dijo, dirigiéndome una mirada astuta—. Hace diez años, Viroconium era el límite natural de la Vía Media. Hoy se encuentra frente a una zona montañosa habitada por tribus relativamente pacíficas. La fortaleza está demasiado lejos de los ordovicos, nuestro verdadero problema, y la distancia suele hacer que se pierda el respeto.

—Exacto. Y los ordovicos, gracias a Boudica, han de ser conquistados de nuevo. Para esa campaña, necesitaremos una base en el norte. Creo que esa base debería convertirse en una fortaleza permanente, una amenaza constante al territorio que hemos conquistado.

—¿Deva?

—Sí.

Saboreé un delicioso bocado.

—Viroconium sigue siendo necesaria. Hasta que todo el territorio montañoso de Ordovicia a Siluria esté sometido, necesitaremos una fortaleza en las regiones centrales. Y una guarnición aquí puede acudir rápidamente en apoyo de Deva o Glevum. Por lo tanto, dejaré aquí a la Decimocuarta Legión, y os trasladaré a ti y a la Valeria a Deva.

—Un lugar horrible —gimió Mamiliano—. Demasiado lejos del Sabrina, donde se crían las mejores truchas de Britania. Sin embargo…

—Quiero un destacamento con ingenieros en un día o dos —dije—. Iremos a escoger un sitio para construir una fortaleza de legionarios. Tienes mucha razón, Mamiliano; estas lenguas de tordo están deliciosas.

12

Adquirí para Roma de los jefes cornovios la pequeña meseta arenosa de Deva. Los ingenieros legionarios manejaron los medidores y la groma, pensaron, calcularon y esbozaron planos para mi aprobación. Con trabajadores cornovios, esclavos ordovicos y un grupo de trabajo de Viroconium, la construcción empezó. Ordené a Mamiliano que tuviera el lugar construido y guarnecido en un mes.

Puede que en Britania mi nombre sea respetado o execrado —ni lo sé ni me importa—, pero hay dos recuerdos de mi gobierno que perduran: una ciudad romana en Calleva Atrebatum y la fortaleza romana de Deva.

13

En Glevum, la Segunda Legión, cabizbaja y avergonzada, se esforzaba por rehabilitarse patrullando enérgicamente por una frontera vacía de enemigos y gloria. Era como si los siluros no existieran. Nuestras patrullas solo se encontraban con pastores pacíficos; nuestros grupos de aprovisionamiento recorrían el territorio a placer. La Augusta, comandada por un tribuno, estaba baja de moral y necesitaba un legado fuerte que la ayudara a recuperar el ánimo, un hecho del que me había percatado meses atrás y respecto al cual había enviado una petición a Roma. Hice saber a los hombres que, con la muerte de Póstumo, el pasado era pasado y la legión continuaba gozando de mi estima. Sin embargo, el ambiente de la fortaleza era deprimente. Tras unas

cuantas inspecciones, regresé a Corinium donde, en una mansión prestada por un rico terrateniente dobuno, me detuve a hacer balance.

El rápido restablecimiento de las comunicaciones con Gesoriacum conseguido por Pantera había permitido que me llegara un saco de correspondencia de Roma. Sin embargo, toda ella trataba de asuntos anteriores a la rebelión, la rutina de una provincia en paz, decretos fiscales relativos a los impuestos sobre el grano —el que nunca se había sembrado— y respuestas a peticiones de ciudadanos cuyos esqueletos se estaban corrompiendo en alguna cuneta. Continuamente, los miembros de mi personal y yo, acostumbrados sobre todo a tratar de asuntos militares, nos resentíamos por la falta de contexto, de referencias, de los archivos que habían perecido en las llamas de Camulodunum y Londinium. Aunque Boudica no había conseguido apoderarse de Britania, había sumido su administración en el caos.

En el oeste, Corinium, Durnovaria e Isca, importantes puestos civiles no afectados por la revuelta, poseían funcionarios y oficinas judiciales controladas por empleados civiles. Llamé a muchos de ellos a mi cuartel general en un esfuerzo por crear un núcleo de servicio civil hasta que los escribas, juristas y contables con la formación adecuada pudieran llegar desde Roma. Con aquel escaso grupo traté de establecer algún tipo de orden administrativo; y comencé con una carta circular a los magistrados tribales exigiendo listas nominales de los fallecidos en la rebelión, más una estimación de la propiedad destruida. No tenía sentido exigir impuestos a los muertos o calcular la producción de granjas quemadas.

Empezaron a llegar las respuestas a mis despachos posteriores a la derrota de Boudica; recargadas felicitaciones del Senado, una breve mención escrita por la propia mano del Príncipe, y una sucinta nota de alabanza de Burro. Más importante, tal vez, fue la información sobre los refuerzos: dos mil legionarios, dos regimientos de caballería y ocho cohortes de infantería auxiliar se encontraban de camino hacia Gesoriacum. Además, una carta del Senado me informó de que un nuevo procurador había partido de Roma rumbo a Britania con todo su personal para ocupar el lugar de Cato. Suspiré de alivio. No sabía nada sobre el nuevo procurador, Julio Clasiciano; pero difícilmente podría ser peor que Cato, y me liberaría de la desacostumbrada tarea de la contabilidad civil.

Reuní a una asamblea de magistrados tribales, decuriones y magnates rurales en representación de las tribus leales del oeste y el sur: cornovios, dobunos, durotriges, belgas, regni y atrébates. Me enteré con preocupación de

que Epático de los atrébates estaba gravemente enfermo. En aquella reunión, celebrada en la insignificante basílica de Corinium, conseguí, en conversaciones públicas y privadas, una impresión de cuál era el estado de ánimo en las zonas ocupadas que no habían caído bajo la influencia de Boudica. El sentimiento general, según se deducía de forma poco halagadora, era de decepción por el fracaso de la revuelta, mezclada con un profundo alivio por haber escapado a las consecuencias. El alivio y la alegría se expresaban libremente ante mí; no necesito añadir que la decepción fue descubierta solo por mis espías.

Repartí regalos entre los funcionarios principales —dinero, caballos y esclavos—, y prometí recomendarlos al Príncipe para la ciudadanía. Tuve que usar el nombre del Príncipe porque, en las provincias periféricas, donde el nombre del César es todopoderoso y el Senado una entidad vaga y desconocida, no tiene sentido fingir que tales recompensas siguen siendo prerrogativa del Senado.

Mientras la dulce música de las alabanzas todavía resonaba en sus oídos, revelé el auténtico motivo de la reunión. La mitad de la tierra cultivable de la provincia estaba sin sembrar o destruida; la provisión de trigo para el ejército durante el invierno siguiente corría peligro. El sistema de impuestos habitual no nos serviría. Los instigadores y víctimas de la rebelión no podrían contribuir con sus cuotas; las tribus que no habían sido afectadas tendrían que compensar las deficiencias. Expliqué los hechos suavemente y con detalle, vi caras de desaliento y oí unas cuantas protestas. Levanté la mano.

—No conocíais la paz ni la seguridad hasta que llegó Roma —dije—. Y no se puede tener paz sin soldados, y no se pueden tener soldados sin alimento, ni alimento sin impuestos. Si valoráis vuestro bienestar presente, debéis estar dispuestos a hacer algún sacrificio para aseguraros de que dure.

Con aquel despliegue de lógica, despedí a la asamblea.

Nuestros recaudadores de impuestos, por tanto, recibieron nuevas instrucciones; Glevum, por orden mía, envió soldados a los centros de recaudación tribales. No se pueden tomar demasiadas precauciones en lo relativo a los impuestos.

14

A mediados de agosto regresé a Londinium. Los escombros habían sido retirados, las calles despejadas y se habían puesto los cimientos de los nuevos

edificios. El puerto y los muelles, completamente restaurados y en pleno funcionamiento, albergaban un número satisfactorio de barcos. Los tenderos habían instalado puestos donde el negocio era muy activo; un nuevo grupo de mercaderes y banqueros, sin amedrentarse por el destino de sus predecesores, hacía sus negocios en cabañas provisionales de madera y paja. Un nuevo Londinium estaba creciendo, con la rapidez de un hongo, encima del antiguo.

Las noticias de las zonas sublevadas no fueron del todo buenas. Agrícola había terminado su misión entre los trinovantes; la tribu, esclavizada, había dejado de existir. Valens, todavía en Lactodorum, informó de una hambruna en la región del centro, combinada con peleas esporádicas contra bandas de forajidos que se habían refugiado en los bosques. Cerialis y Baso en los pantanos habían causado muy poca impresión en el corazón de los icenos rebeldes, aquellos elusivos proscritos que, sabiéndose condenados, lucharían hasta el fin con la amargura de la desesperación.

Solo una cosa alivió la melancolía de aquellos informes. Baso me escribió que Boudica había muerto. Impotente, con el corazón roto por el espectáculo de su gente perseguida sin compasión y masacrada sistemáticamente, ella y sus dos hijas se habían envenenado.

No sentí ninguna alegría. La reina icenia había dejado de ser importante en el momento en que su ejército se desmoronó ante las espadas de Valens. Aquella agitadora no era como Caradoc; su presencia hubiera deslucido un triunfo imperial, y un final furtivo en un pantano lleno de miasmas era lo que merecía. Pero tenía la desagradable sensación de que su leyenda permanecería viva en Britania durante mucho tiempo.

Convoqué a Agrícola a Londinium con su *vexillatio*, y lo sustituí en Camulodunum por un pequeño destacamento militar y un reducido número de personal civil que administraría el territorio conquistado. Agrícola era demasiado joven e inexperto para las complicaciones de la administración civil. Sin embargo, apoyado por unos centuriones duros y experimentados, había hecho un trabajo magnífico en Trinovantia. En cualquier caso, lo echaba de menos. El lento proceso de la pacificación me pareció menos deprimente cuando volvió a compartir mi tienda y mi mesa, escuchando siempre con gravedad y atención mis planes y discursos.

Sexto Frontino regresó de su reconocimiento con un plan de drenaje de proporciones titánicas. Su idea implicaba, en resumen, abrir un canal navegable o dique de más de ochenta millas de longitud, de Lindum a Duroliponte. El canal, conectando dos sistemas fluviales, abriría las

comunicaciones en los pantanos y, por medio de acequias subsidiarias, drenaría zonas inmensas de pantano.

Dejó los mapas sobre mi mesa con entusiasmo.

—Un proyecto factible y digno de todo esfuerzo, legado —declaró—. No habrá problemas de deforestación en aquella zona. Cuando hayamos desecado los pantanos, tendremos una superficie enorme de tierra fértil lista para el arado. El suelo es fantástico cuando no está bajo el agua. Esos pantanos podrían convertirse en el granero de Britania.

Estudié los mapas con aire dubitativo.

—Ciertamente, necesitaríamos obtener buenos resultados para una inversión de esta magnitud. ¿Has calculado el tiempo y la mano de obra necesarios?

—Dame veinte mil esclavos, legado —dijo Frontino con una sonrisa confiada—, y en tres años tendrás barcazas viajando entre Duroliponte y Lindum, y el trigo creciendo donde ahora solo hay pantanos apestosos.

—¡Tres años! —Empecé a enrollar los mapas—. No ayudará a Baso ni a Cerialis. No habrá un beneficio inmediato.

La expresión de Frontino se entristeció. Visualicé los enormes corrales de esclavos en torno a Londinium, el flujo regular aunque algo menguante procedente de las operaciones de Valens, y las largas cadenas viajando por las calzadas hacia Roma.

—Veinte mil son demasiados. La mitad, posiblemente, en el doble de tiempo. Una herencia que podré legar a mis sucesores. En cualquier caso, no puedo aprobar una empresa de estas características sin estudiar por mí mismo el terreno. Agrícola, ¿cuándo llegarán los primeros refuerzos?

—Ocho cohortes de batavios están esperando para embarcar en Gesoriacum. Hay destacamentos de legionarios y regimientos de caballería a siete días de marcha del puerto.

Desplegué el mapa y recorrí con el dedo el trazado del canal de Frontino.

—Veo que has evitado la zona de guerra en los pantanos, de modo que no nos veremos metidos en los combates si vamos a echar un vistazo. No hay nada que me retenga aquí; las tropas del continente no llegarán a Londinium antes de diez días. Salgamos mañana.

Frontino esbozó una sonrisa de satisfacción y partió a hacer los preparativos. Con una escolta suficiente y un personal que incluía a todos los expertos en ingeniería y agricultura que pude encontrar, hice un viaje tranquilo de ida y vuelta a Lindum, separándome a menudo de la Vía del Norte para examinar el trazado propuesto para el canal. No había nada en el

plan que pareciera imposible; las recomendaciones de los técnicos fueron unánimes.

—Puedes empezar tu dique —le dije a Frontino mientras bajábamos por la Vía del Norte hacia Londinium—. Firmaré una orden cediéndote diez mil esclavos de los corrales, un cuadro de ingenieros supervisores y un destacamento de auxiliares como guardia y escolta. Empezaréis las excavaciones desde Lindum, y bajo ninguna circunstancia empezaréis a cavar en la zona de pantanos propiamente dicha hasta que las operaciones allí hayan terminado. El riesgo de que los esclavos huyan para unirse al enemigo es demasiado grande.

Con aquellas breves frases se puso en marcha una hazaña de ingeniería que, completada siete años más tarde, abrió un territorio inaccesible y proporcionó abundancia de tierras de sembrado para los graneros britanos. Frontino, destinado a otros lugares en el curso de su carrera militar, no pudo terminar el proyecto. La concepción de la idea fue mía, aunque otro gobernador recibió el mérito cuando el canal se abrió al tráfico. Dada la naturaleza de aquel hombre, un ser sin sangre en las venas bajo cuyo gobierno Britania se ha estancado, que no ha hecho conquistas ni avanzado las fronteras, me duele el laurel inmerecido que lleva en la frente.

Sin embargo, tales acontecimientos pertenecían al futuro. En el presente, aquella tarde soleada del primer día de septiembre, cuando entré en el campamento fortificado de las afueras de Londinium y supe de la llegada del nuevo procurador a su confortable alojamiento cerca de la orilla, donde tiendas y cabañas albergaban a su considerable séquito de funcionarios, escribas y esclavos, un respetuoso chambelán me aseguró que Julio Clasiciano esperaba tener el placer de entrevistarse conmigo en cuanto me fuera posible.

Suspiré. Su llegada me aliviaría de mucho trabajo tedioso; pero los procuradores, agentes del Príncipe que solo respondían ante él, siempre eran una molestia, cuando no algo peor.

Aquel iba a resultar peor, mucho peor.

CAPÍTULO 17

«*No habrá confianza mutua entre los que comparten el poder, y cada hombre sentirá celos de sus iguales*».
LUCANO

1

Gayo Julio Alfino Clasiciano, procurador de Britania, era un administrador capaz, duro y obstinado, que representaba un nuevo tipo de funcionario. Al contrario que Cato, nacido y educado en Italia, era un galo de Bélgica, un hombre cuya actitud y simpatías eran provincianas antes que romanas. Físicamente, no era muy distinto a mí: alto, delgado, de nariz aguileña y muy obstinado. Allí terminaba todo el parecido.

En nuestra primera reunión, como su propio departamento estaba particularmente afectado, le hice una exposición franca y amistosa del colapso administrativo y financiero causado por la rebelión. Escuchó educadamente mi resumen de las medidas que había tomado para controlar el desorden y asegurar, dentro de lo posible, un presupuesto equilibrado. Mis medidas consistían, brevemente, en cobrar más impuestos a las tribus leales, y cobrar fuertes indemnizaciones a los insurgentes.

—Creo que será mejor —dijo, examinándose atentamente las uñas—, que instale mis oficinas en Londinium y entonces, con tu permiso, emprenda una visita de inspección por las zonas devastadas. Solo la observación personal me permitirá juzgar cuánta producción, o cuán poca, podemos esperar de esos territorios.

Estuve de acuerdo, y le proporcioné una escolta. Al día siguiente, Clasiciano partió rumbo a Camulodunum, dejando instrucciones a sus funcionarios principales de volver a poner en funcionamiento la maquinaria fiscal de la provincia. El palacio del procurador y las oficinas de recaudación todavía se estaban reconstruyendo: trasladé el tesoro a mi campamento, bajo guardia, y al funcionariado a cabañas de madera al otro lado del Río del

Muro. Y empecé a pensar en infiltrar espías en la casa y oficinas de Clasiciano.

La tarea no era fácil. El galo había traído un cuerpo completo, hasta el más humilde de los escribas. Solo había vacantes de criados de poca importancia y esclavos, cuyo valor como espías era pequeño, porque no tenían acceso a los documentos importantes ni a la correspondencia de alto nivel. Pero una muerte oportuna por causas naturales —en cuestión de pocos días un *commentar* sucumbió al clima britano— y un misterioso accidente en el que se ahogaron dos *notars* de importancia me permitieron colocar, en puestos importantes y confidenciales, a tres escribas libertos que eran agentes de inteligencia experimentados.

La casa de Clasiciano no resultó difícil de penetrar. Sus afinidades célticas lo predisponían a contratar sin desconfianza a chambelanes, porteros y esclavos nativos; y las criadas britanas inundaron pronto las habitaciones de su esposa, Julia Pacata. Muchos estaban en mi nómina: al cabo de poco tiempo, el procurador apenas podía estornudar sin que yo lo supiera.

Por desgracia, la contrainteligencia de Clasiciano me presentó problemas muy fastidiosos. Un grupo de *commentars, notars, librars*, escribas y copistas, sustitutos de mi propio personal, había viajado desde Roma con él y cruzado el estrecho en la misma flotilla. Clasiciano había tenido todas las oportunidades para sembrar la subversión. Hice que los recién llegados fueran investigados escrupulosamente, envié a algunos personajes dudosos a ciudades oscuras del oeste, y seguí sintiéndome inquieto. Solo tras una alteración radical de la rutina de la oficina, por la cual los recién llegados fueron relegados a los accesos mínimos, y toda la correspondencia secreta, civil o militar, pasó a ser manejada por un grupo de centuriones y *beneficars* de confianza, empecé a sentirme seguro.

Antes de que la red de espionaje estuviera totalmente tejida, desembarcaron en Rutupiae los refuerzos que el Príncipe había autorizado y que Burro me había asignado desde sus puestos en la Galia y la Germania Inferior. Cuatro cohortes de legionarios fueron directamente a Lindum para reemplazar las pérdidas de la Hispana. De las ocho cohortes de batavios, envié tres a la frontera y cinco a ayudar a Baso contra los icenos. La Caballería de Sebosio y un regimiento de hispanos también fueron para Baso.

Vecio Valens, cuya opinión valoraba, me había hecho dudar de la prudencia de mi política en la región del centro. Conforme pasaban los días y los despachos de su cuartel general en Lactodorum continuaban informando de una hambruna severa, una ruptura incipiente de la administración civil y

combates de guerrilla cada vez más frecuentes en los bosques, comprendí que tendría que enviar más tropas a pacificar el territorio o abandonarlo por completo. Si retiraba mis fuerzas, podríamos restablecer nuestras líneas de comunicaciones con las cohortes que quedarían libres, y reforzar las guarniciones fronterizas. El peligro era que nuestros enemigos, ignorando tal declaración de paz, continuaran hostigándonos desde los bosques.

No era posible relajarse en Icenia. Doce mil hombres —más que los que formaban el ejército que derrotó a Boudica— combatían en los pantanos contra la mitad de britanos. Aparte de mi propia decisión de erradicar a los icenos, el prestigio de Roma estaba en juego.

Agrícola me persuadió finalmente, tras muchas reflexiones, de ordenar a Valens y Cerialis que retiraran a sus *vexillatios* de las tierras de los catuvellaunos y coritanos. En los mismos despachos decreté una amnistía pública: cualquiera que hubiera marchado con Boudica podía regresar a su casa sin temor al castigo o la persecución. El pago de reparaciones cesaría. Se enviaría trigo a los graneros de Lactodorum y Ratae Corieltauvorum para distribuirlo en las zonas afectadas por la hambruna.

—¿Y dónde encontraremos ese trigo? —pregunté a Agrícola—. No queda nada en Britania.

—Hay reservas enormes en los graneros de las fortalezas —repuso—. Solamente Viroconium tiene una reserva de tres años para su guarnición.

—¿Entregar provisiones del ejército a los rebeldes? —Estaba horrorizado —. ¡Imposible! En la recaudación militar de cereal de este año, las tribus leales han proporcionado no solo su cuota habitual sino fuertes incrementos para compensar los daños de guerra y las deficiencias de los rebeldes. ¿Cómo reaccionarán cuando vean que sus tributos se usan para alimentar a gente que ha desafiado a Roma? ¿Es que quieres tener otra revuelta entre manos?

—No tienen por qué saberlo. Envía el alimento, sin anunciarlo, desde las fortalezas. Y vuelve a llenar los graneros militares con trigo del continente; de Bélgica o de la Galia Lugdunense.

Fruncí el ceño. Los decretos imperiales permitían que una provincia, en caso de emergencia, pudiera tomar hombres, armas y provisiones de otra provincia vecina sin pedir permiso previo a Roma. Pero tales requisaciones tenían que ser ratificadas más tarde por el Príncipe, pagadas en efectivo o en especias, y eran impopulares entre los receptores, los donantes y el gobierno imperial.

—Harás que me destituyan —rezongué.

—Si el problema de la región central se convierte en otra revuelta, ten la seguridad de que serás destituido —dijo Agrícola en voz baja.

Lo miré furioso, y él me devolvió la mirada sin flaquear.

—Llama a un escriba —dije por fin—. Dictaré los despachos de inmediato.

2

El viaje de Clasiciano, de cuyo itinerario el ejército me mantuvo continuamente informado, adquirió una velocidad de vértigo pasando del territorio de los trinovantes al de los icenos, del de los catuvellaunos al de los coritanos. Al cabo de dos semanas había regresado a Londinium, y, en cuestión de una hora, solicitó ser recibido por mi consejo.

Una petición formal de aquella naturaleza significaba un debate en toda regla, con los protagonistas apoyados por sus respectivos equipos de consejeros, juristas, contables, expertos y escribas. Designé un día lo bastante alejado para enfriar su ardor, y entretanto me informé sobre lo averiguado por mis espías. Lo que descubrí me hizo comprender que, una vez más, el gobernador y el procurador de Britania estaban en bandos opuestos.

La reunión empezó con las plegarias y cortesías preliminares de costumbre; luego, Clasiciano leyó un informe largo y tedioso sobre las pérdidas de ingresos debidas a la rebelión y sus consecuencias. Artículo por artículo, plomo, plata, estaño, lana, tela, pieles, grano, joyas, perlas, perros, esclavos, comparó las cifras de ingresos y exportaciones con las de años anteriores y, como era lógico, encontró déficits en todas ellas. Concluyó preguntándome de qué modo, como gobernador, me proponía equilibrar las cuentas.

—Durante más de dos meses —dije, tras bostezar abiertamente—, Britania ha estado desgarrada por una guerra que mató a casi doscientas mil personas e infligió un daño inmenso a su economía. La revuelta y sus consecuencias son lamentables, pero también son un hecho que hay que tener en cuenta: no podemos volver atrás. Sí podemos, sin embargo, reorganizar, reconstruir y recuperarnos hasta que la provincia vuelva a ser solvente, próspera y pacífica, y pueda devolver a Roma más de lo que la ciudad gasta en su mantenimiento. Eso es lo que estoy haciendo ahora, pero estas cosas llevan tiempo y tú, mi querido Clasiciano, solo llevas veinte días en Britania.

—El tiempo suficiente, legado —replicó con una voz suave como la seda —, para comprender que en esta isla no podremos esperar paz, seguridad ni ingresos hasta que nuestros ejércitos dejen de matar a sus habitantes.

Me quedé helado.

—Hablas de asuntos que están más allá de tu jurisdicción.

Los ojos pálidos de Clasiciano centellearon.

—Directamente, sí; por lo que respecta a sus consecuencias, no. Mi oficina requiere que Britania proporcione ciertos ingresos. Los nativos no pueden pagar impuestos mientras son hostigados por pantanos y bosques, y perseguidos como animales desde Lindum a Londinium.

El enemigo había mostrado su punto vulnerable; lo aproveché.

—Tribuno —dije tranquilamente a Agrícola—, muestra al procurador copias de los despachos que envié ayer a los legados Vecio Valens y Quinto Cerialis.

Clasiciano desenrolló los pergaminos, leyó con el ceño fruncido y los dejó a un lado. Era un buen actor; en su rostro no apareció ninguna señal de fastidio.

—Admirable —dijo— aparte del asunto de la distribución de trigo gratuito, cuyo origen no puedo imaginar en este momento. Supongo que habrás dado órdenes similares a tus oficiales en Icenia.

—No.

—¿Por qué no?

Me revolví. Agrícola, de pie a mi lado, avanzó rápidamente hacia el procurador, recogió los despachos y me ocultó por un momento al galo. Me relajé en la silla; el súbito martilleo en mis sienes se tranquilizó.

—No veo ningún motivo, Clasiciano, por el que deba darte explicaciones de mi política militar. Las operaciones en Icenia cesarán cuando no quede un iceno vivo.

Sus ojos, fríos e inteligentes, estudiaron mis rasgos durante algunos momentos. Un papel crujió, y el metal tintineó cuando un guardia cambió de postura.

—Es tu última palabra. —Era una afirmación, la expresión de una opinión formada. El procurador se levantó y se ajustó la túnica—. Comprendes y aceptas las consecuencias de tus actos, en miseria y en dinero. Debo advertirte, legado, que mis recomendaciones al Príncipe serán muy diferentes.

Partió, llevándose a su séquito y dejándome algo desconcertado. Conocía a los hombres; me había pasado años juzgándolos en los tribunales y en la guerra. Clasiciano era honesto, un hombre de integridad a toda prueba. Sabía,

por la lectura de mis despachos a los legados, que las operaciones punitivas en la región central iban a terminar, y que podría recuperar los ingresos de aquellas tribus. No comprendía por qué estaba tan preocupado por Icenia, una tierra que primero Cato y luego el ejército de Baso habían dejado sin riquezas, un reino que nunca había pagado impuestos a Roma. Para un procurador venal, hubiera podido encontrar una docena de motivos; para Clasiciano, ninguno.

Ordené a mis espías que aumentaran la vigilancia.

3

Las prolongadas hostilidades contra los restos del ejército de Boudica empezaron a preocuparme. El otoño se nos echaba encima; las condiciones invernales en Britania, especialmente en las ciénagas, pondrían fin muy pronto a las campañas activas. Espoleado por la ansiedad, regresé al norte para hablar con Cerialis y Baso en Duroliponte.

Nuestras fuerzas habían acorralado a los icenos en un rectángulo, de quince millas por treinta, uno de cuyos lados era el estuario, y habían rodeado aquel desierto de juncos, barro y riachuelos con una cadena de fuertes. La presa no podía escapar; por desgracia, nuestras tropas tampoco podían entrar. El territorio era tan intrincado y estaba tan inundado que nuestras operaciones eran necesariamente anfibias; los hombres tenían que construir botes y barcazas, una empresa difícil en una zona sin árboles. Los icenos, por otra parte, que no sufrían los inconvenientes de la armadura ni de las bases estáticas, podían moverse entre los pantanos con la velocidad y la astucia de serpientes de agua, atrayendo a nuestros hombres a emboscadas y desapareciendo después, sin quedarse nunca a luchar.

Mientras un britano muerto era un fenómeno extraño, nosotros sufríamos bajas diarias, una situación que inquietaba a los hombres y que, combinada con aquel entorno indescriptiblemente melancólico, creaba una sensación de inutilidad y exasperación. La campaña, en resumen, estaba prácticamente en un punto muerto.

Un recorrido por el cordón de fuertes confirmó las increíbles dificultades a que se enfrentaban cohortes y comandantes. El combate activo en aquel terreno no tenía sentido; las circunstancias exigían un cambio de planes.

—No más expediciones punitivas a los pantanos —dije a Cerialis y Baso —. Debemos contener al enemigo en su red y al mismo tiempo estrecharla

más. Avanzad vuestros fuertes, dos o tres a la vez; consolidadlos, y avanzad otros. El apoyo mutuo es necesario; el enemigo no debe poder escapar por los espacios intermedios. Así lo obligaremos a retirarse a una zona cada vez más estrecha, hasta que esté acorralado contra la costa y las playas.

—¿Y entonces? —preguntó Cerialis.

—Enviadme un aviso cuando los tengáis de espaldas al mar.

—Tu plan será lento —dijo Baso con aire dubitativo—. En estos pantanos, la planificación y construcción de un solo fuerte puede tardar días.

—Las condiciones serán tolerables hasta finales de octubre —dije amablemente—. Si no habéis terminado para entonces, vuestra campaña invernal será muy incómoda.

Vieron a qué me refería y sonrieron irónicamente.

Durante la expedición me preocupé de visitar y animar a las guarniciones de los fuertes y cohortes de reserva estacionadas en la retaguardia. Alabé su fortaleza en unas circunstancias tan difíciles, y les prometí que regresarían a sus cuarteles de invierno en un futuro próximo. Nunca he roto mi palabra a los soldados, y estoy seguro de que me creyeron.

4

Después del arsenal, el palacio del gobernador en Londinium tenía prioridad para su reconstrucción. Cuando regresé de Icenia, mi residencia, diseñada a una escala mayor que su predecesora, ya era habitable en parte. Trasladé mi vivienda del campamento al palacio y me sentí inmediatamente deprimido por el espacio cavernoso y lleno de ecos, la ausencia de mobiliario y decoración y los escombros de las obras. Los ruidos de la construcción procedentes de otros lugares del recinto perturbaban mis reuniones.

El estado todavía ruinoso de Londinium, la falta de oficinas para mi personal, la necesidad de una basílica donde pudiera dispensar justicia y la incomodidad de mi nuevo palacio me decidieron a trasladar temporalmente mi cuartel general a Calleva Atrebatum. Los empleados civiles no llevan muy bien los cambios de domicilio: el traslado requirió más discusiones y organización que una guerra prolongada. Pero en los bosques otoñales de Calleva Atrebatum pude valorar sin interrupciones mi propia situación y el estado de la provincia.

Gracias a la eficacia de mis agentes, tenía copias de toda la correspondencia importante de Clasiciano. Contenía pocas cosas agradables.

El procurador había escrito a Claudio de Esmirna, al Senado y al propio Príncipe, repitiendo en esencia los hechos y cifras, con comentarios adversos ante cada discrepancia que había presentado en mi consejo. Argumentaba que no podía esperarse ninguna mejoría de la situación y los ingresos de Britania hasta que se abandonaran las operaciones en Icenia, los nativos fueran indultados y sus tierras devueltas. Su remedio era drástico: el gobernador, un hombre que debía todo su infortunio a sus propias decisiones erróneas, y cuyos pocos éxitos cabía atribuirlos al valor de sus legiones y a la Fortuna de Roma, debía ser destituido.

Anticipándome a esto, yo había enviado ya a las autoridades romanas explicaciones bien argumentadas de mi política de pacificación. En sus respuestas, ni el Senado ni Burro me expresaron ningún tipo de desaprobación. El problema era que no podía lanzar ningún contraataque personal contra Clasiciano; la conducta del galo, tanto en público como en privado, había sido hasta el momento intachable.

Pero Valens me proporcionó un arma.

El legado, siguiendo mis órdenes, había retirado a sus *vexillatios* de la región central, establecido graneros y distribuido trigo. Ello no bastó para pacificar a los renegados. Desconfiando de nuestros motivos e incurablemente hostiles a Roma, permanecieron en los bosques y empezaron a hostigar puestos de carretera, casas de descanso, convoyes de mineral y cualquier otra manifestación de la autoridad gubernamental. Me vi obligado a enviar dos cohortes extras a la zona entre Ratae Corieltauvorum y Lactodorum donde las bandas eran más activas.

Valens me informó de que por la zona corrían extraños rumores, según los cuales yo sería pronto reemplazado por un nuevo gobernador, un hombre que profesaba buena voluntad hacia los nativos, que seguiría una política de moderación y humanidad, y que no estaba afectado por el orgullo de la victoria. La historia en sí no era importante: los hombres que se debaten en los abismos de la adversidad se agarran a cualquier rumor que pueda darles esperanza. Pero Valens, o mejor dicho, su tribuno en la zona, descubrió una estructura y una persistencia en los rumores que indicaban que se estaban propagando deliberadamente. Discretamente, aseguramos que la historia era infundada, y luego procedimos a averiguar su fuente. Durante largo tiempo mis hombres trabajaron a ciegas, sin pistas, hasta que el comentario de un nativo y un rápido ataque de la caballería interceptaron a una banda guerrera de catuvellaunos. Entre ellos había dos extraños, cantiacos de Durobrivae.

La pareja, al ser interrogada, confesó que recibía dinero de Clasiciano.

Sus declaraciones, con el testimonio de un tribuno, fueron inmediatamente enviadas a Burro. La carta que las acompañaba —un documento breve, porque las declaraciones se explicaban solas— pedía las órdenes del Príncipe para este caso, en el que un alto funcionario romano, en colaboración con el enemigo, había tratado de minar el poder y la autoridad del representante del Príncipe en Britania.

5

Poco después de llegar a Calleva Atrebatum había visitado a Epático en su lecho de enfermo, pero el anciano estaba en coma y era incapaz de reconocer a nadie. Murió a los pocos días. Me confió la administración de su testamento, dejándome cincuenta mil sestercios para mi propio uso; el resto lo legó a Calleva Atrebatum para financiar la construcción de algún edifico público o instituir unos juegos quinquenales.

Había perdido un amigo, y Britania era un lugar más pobre.

Y dejadme decir que la herencia de Epático y mi propio salario anual, doscientos cincuenta mil sestercios, fueron el único dinero que recibí en Britania. No lo digo por orgullo, sino para corregir una de las muchas calumnias que me han perseguido desde entonces. La extorsión a gran escala por parte de los gobernadores de provincias, como ocurría en tiempos de la República, ya no es posible; pero incluso hoy en día, un gobernador solo tiene que dejar ver que está dispuesto a conceder favores o interpretar la ley de un modo determinado a cambio de dinero, para amasar una fortuna en cuestión de un año. Soy un hombre rico; tengo grandes propiedades en Etruria. Si deseara más dinero podría invertir en banca, astilleros, minas o en alguna de las formas de comercio que, aunque técnicamente prohibidas a los senadores, resultan cada vez más lucrativas. Con todo mi corazón, desprecio la venalidad mezquina practicada por hombres como Deciano Cato.

La muerte de Epático coincidió con la información procedente de mis espías en el cuartel general de la flota, confirmada por los de las oficinas del procurador, según la cual se estaba fraguando una curiosa intriga entre Pantera y Clasiciano. Mantenían correspondencia y se habían encontrado recientemente en Rutupiae. Lo que allí se dijo era desconocido; sus cartas revelaban que Clasiciano, sin escatimar ningún arma en su lucha por hacer que me destituyeran, se había aprovechado del rencor de Pantera por la pérdida de sus barcos para enviar una queja conjunta a Roma. El procurador

lamentaba el coste, y el comandante de la flota el desperdicio de hombres y material. Ambos insistían en que mi modo dictatorial de ignorar el consejo profesional de Pantera era la causa última de aquel desastre tan oneroso.

De repente me sentí superado por una sensación de impotencia. No podía encontrar ninguna forma satisfactoria de devolver el golpe. Mis despachos contando la historia completa de la expedición de la flota a Mona habían llegado mucho tiempo atrás a Roma, donde, por lo que yo sabía, no habían provocado ningún comentario adverso. La intervención de Pantera era exasperante. ¿Tendría que escribir una defensa contra las acusaciones rencorosas de un subordinado, unas acusaciones que probablemente el Príncipe rechazaría sin mi intervención?

Nunca se sabía; era mejor hacerlo.

Empecé a redactar una carta, pero fui interrumpido por la llegada de un correo especial, el último de una serie de mensajeros que habían cabalgado noche y día desde Roma. El peso de las noticias que traía reducía mis diferencias con los funcionarios provinciales al nivel de discusiones mezquinas entre decuriones bárbaros en algún poblado rústico y remoto. Pues el contenido del despacho de aquel mensajero podía cambiar la vida tal como la concebíamos en el interior de las fronteras del Imperio y más allá de ellas.

Afranio Burro ignoraba por completo los cánones de discreción impuestos por los agentes del César. Tras las cortesías y preguntas de costumbre, me escribía:

«La política de Palacio se acerca rápidamente a una encrucijada. El Príncipe se muestra cada vez más intolerante con sus antiguos consejeros: hombres como Séneca, Claudio de Esmirna y yo mismo. Sus vicios se multiplican; sus compañeros son cada vez más salvajes, crueles e indignos. Las sugerencias más obscenas de su tropa de disolutos se adoptan con demasiada frecuencia, y luego se hacen pasar por edictos imperiales.

»No puedo alardear de haber trabajado por respetar los privilegios del Senado o por aumentar lo que queda de su poder. Pero hasta ahora habíamos desplegado siempre una frágil fachada de decencia, una ficción amable que mantenía la ilusión de que el Senado, al menos en los asuntos del gobierno diario, era la asamblea ejecutiva y legislativa del pueblo romano. Todos sabíamos hasta qué punto el engaño era frágil, puesto que hace años que Roma es gobernada por un solo hombre y el Senado no es sino el portavoz de sus decisiones. Sin embargo, manteníamos las apariencias externas de una república, y fingíamos que el Príncipe era solo el principal de los senadores.

»Todo esto está desapareciendo con una rapidez que me asusta. Los groseros compañeros del Príncipe desprecian abiertamente al Senado y se burlan de sus deliberaciones solemnes y del peso de sus conclusiones. Desean el poder; esperan destruir los últimos vestigios del gobierno republicano y aspiran a la supremacía bajo un potentado cuya autoridad es absoluta, y que es, en realidad, un rey.

»El último descendiente de la dinastía Claudia se está volviendo loco. La contaminación de su sangre le ha infectado la razón. Me preocupaban poco las depravaciones personales de Nerón —su afición a la lira, la poesía, el teatro, y su extraña pasión por las carreras y conductores de cuadrigas— cuando su sentido de la responsabilidad pública tenía más peso que sus vicios privados. Pero ha dejado de ser responsable.

»Los hombres valientes y honorables se opondrán a sus aspiraciones, lucharán contra la rapacidad de sus compañeros. Me veo a mí mismo entre ellos. Pero la crueldad demente de criaturas como Tigelino los aplastará, y preveo un reino de terror, el paraíso de los delatores, que hará que las ejecuciones de Calígula parezcan el recuerdo feliz de una edad dorada.

»El principal de los compañeros juerguistas de Nerón es un tal Ofonio Tigelino, un antiguo pescadero y tratante de caballos que se ha convertido en prefecto de la guardia. Temo a ese hombre. Es increíblemente ambicioso y malvado, y su influencia sobre el Príncipe es enorme. Y no tengo ninguna duda de que aspira a mi posición.

»Creo que sabes cuán tensas han sido mis relaciones con Nerón desde aquel día, hace cuatro años, en el que negué la ayuda de los pretorianos para el asesinato de Agripina. Creo que nunca ha vuelto a confiar en mí. Su actitud en estos tiempos es notablemente fría; desprecia mis consejos e ignora mis opiniones. Mi prestigio se ha desvanecido; mi fortuna se precipita pendiente abajo.

»Sin embargo, no quiero ofrecerte una retahíla de lamentaciones sino una advertencia. Julio Clasiciano ha enviado al Príncipe una serie de cartas atacando tu administración con mucha vehemencia. No sé qué ha podido despertar el rencor de ese hombre. La cuestión es que, cuando Nerón muestra las cartas a sus consejeros y solicita sus opiniones, cualquier cosa que yo diga en tu defensa no solo es ignorada sino que puede predisponer al Príncipe en tu contra.

»El verdadero problema es que dos procuradores sucesivos, de actitudes y personalidades muy distintas, han llegado a las mismas conclusiones sobre ti y tu gobierno. Las diatribas de Cato se ignoraron como los insultos rencorosos

de un cobarde desacreditado; pero Clasiciano, un hombre capaz e íntegro, repite con más fuerza y argumentos más contundentes lo que Cato ya había dicho. El Senado empieza a dudar: ayer Thrasea dijo que cuando dos vientos traen el mismo olor, es el momento de retirar la carroña.

»El Príncipe quería destituirte. Hablé en tu favor con todas mis fuerzas, mientras él jugueteaba impaciente con sus carros en miniatura. Con el apoyo de Séneca, le convencí de esperar hasta que un observador desinteresado pueda valorar la situación en Britania y presentar un informe.

»El observador independiente está de camino, puede que ya haya llegado. Policleto, uno de los libertos del Príncipe, es quien decidirá tu destino. Es extravagante y presumido, pero también astuto y capaz, y goza de la confianza de Nerón. Trátalo con respeto, halágalo, pero no trates de engañarlo. Trágate el orgullo, Paulino. Recuerda que es el enviado del Príncipe en Britania.

»Te deseo lo mejor, viejo amigo. Para mí la arena disminuye. No lo lamentes demasiado cuando el reloj se haya vaciado, porque estaré preparado para irme y demasiado cansado para lamentarlo».

6

El lenguaje despreocupado de Burro me horrorizó casi tanto como el contenido de su carta. Los agentes del Príncipe, como él sabía muy bien, frecuentaban las casas de postas de todas las grandes calzadas que partían de Roma, y abrían los sacos de correspondencia, manipulaban hábilmente los sellos, y leían y tomaban nota de cualquier mensaje subversivo o que pudiera constituir una traición. Examiné minuciosamente los sellos y cierres de la envoltura de piel. Todo parecía seguro. Nada podría salvar la cabeza del prefecto si los espías de Nerón habían leído aquella carta; y la mía tampoco estaría demasiado segura. Burro había caído en el descuido de la desesperación.

Cuidadosas insinuaciones en mi correspondencia privada y chismes traídos por los tribunos recién llegados me habían dado a entender que el prefecto del Pretorio había caído en desgracia. Les había prestado poca atención. La fortuna de Burro había fluctuado en otras ocasiones; una vez, en un ataque de ira, Nerón lo había despedido, y solo la insistencia de Séneca había logrado su readmisión. La situación que me describía era diferente y muy peligrosa.

Me sentía profundamente deprimido. Quemé la carta y di instrucciones a mi chambelán para el regreso a Londinium. Mi mansión de Calleva Atrebatum, la casa de campo de un gobernador provincial, no era una residencia adecuada para el enviado del Príncipe. La flota tenía que ser advertida y preparar una escolta para su travesía; el nuevo palacio de Londinium debía acondicionarse para recibirlo, y Rutupiae, Durovernum y Durobrivae, o cualquier lugar donde pudiera detenerse o dormir, tendrían que ser amuebladas y aprovisionadas para su comodidad. Los dignatarios civiles, magistrados y decuriones debían ser advertidos, para que Policleto fuera recibido con las adecuadas ceremonias en cada ciudad. La Segunda Legión, la guarnición más cercana, tendría que enviar tropas para guardias ceremoniales y escoltas.

Roma no me envió ninguna notificación oficial de la visita del liberto, ni recibí ninguna noticia hasta que llegó a Gesoriacum. Al parecer, Policleto deseaba llegar a Britania sin ser anunciado, para atraparme desprevenido, aunque al desembarcar no mostró ningún desconcierto al descubrir los elaborados preparativos que habíamos hecho para su recibimiento. Pero aquello ocurrió más tarde.

La visita llegaba en un momento muy inconveniente. Los últimos despachos de Cerialis afirmaban que su cadena de fuertes había rodeado a los icenos en un estrecho cinturón de costa, un laberinto de arroyos impenetrable sin barcos. Lo había previsto. Tres mil soldados esperaban en Londinium; en el puerto había quince mercantes confiscados, y la flota britana estaba fondeada en Rutupiae. Mis planes contemplaban una breve expedición por mar, una travesía de tres días desde el Tamesa al estuario de la costa icena. Allí desembarcaríamos a espaldas del enemigo y, juntamente con nuestro ejército en tierra, acabaríamos definitivamente con ellos.

A causa de la llegada de Policleto tuve que abandonar mi intención de comandar yo mismo la expedición. Por lo demás, no había motivo para posponerla. Hice venir a Pantera desde Rutupiae, le esbocé el plan y le dije que trajera a Londinium doce birremes y diez embarcaciones auxiliares.

Como de costumbre, presentó objeciones. En aquella temporada, los vientos costeros, combinados con las corrientes y mareas contrarias y los bajíos no cartografiados del estuario, hacían que la navegación por aquellas aguas fuera extremadamente peligrosa. Ya había enviado una escuadra a escoltar a Policleto. Se acercaba el final de la temporada de travesías; las galernas de otoño eran inminentes. Sus nuevas tripulaciones no estaban bien entrenadas. Sus nuevos barcos no estaban bien equipados. Etcétera.

Lo escuché sin paciencia y finalmente le dije:

—Pantera, siempre te quejas de que no sigo tus consejos. Trataré de ser coherente. Trae los barcos, completamente tripulados, equipados y aprovisionados a Londinium antes de seis días, es decir, para el cinco de octubre como mucho. Dirigirás la flotilla personalmente.

No es que tuviera mucha fe en las cualidades marineras de Pantera, pero la política exigía que lo quitara de en medio mientras presentaba mi caso ante Policleto.

Los barcos llegaron el día cuatro; las tropas embarcaron, y el convoy, treinta y siete barcos con seis cohortes a bordo, zarpó al día siguiente. Designé a Flavio Longo, un tribuno de la Vigésima Legión cedido a mi personal, como comandante general. Envié mensajeros a caballo a advertir a Cerialis.

Dos días después llegó la noticia de que Policleto estaba en Gesoriacum. Corrí a Rutupiae para recibirlo.

7

Durante el mes siguiente, el exesclavo de Nerón dominó mi vida. No me disculparé. Los senadores de nuestra generación reconocen de mala gana el poder de los libertos de palacio; criaturas de baja estofa a las que halagan y desprecian al mismo tiempo. Mi padre los trataba con un frío desdén; mi abuelo no se hubiera dignado reconocer su existencia.

Policleto, para hacerle justicia, no era un personaje desagradable. Era un hombre grande, moreno, de rostro carnoso, que sabía escuchar y tenía una conversación ingeniosa. En otras circunstancias, habríamos podido ser amigos.

Su equipaje era magnífico, mucho más ostentoso de lo que su misión requería. Cruzó el estrecho a bordo del único trirreme de la flota, el *Radians*, con cinco transportes para su séquito y equipaje y una escolta de quince barcos de guerra. En Rutupiae, su campamento era toda una ciudad dentro de la fortaleza; sus seguidores se alojaban en pabellones magníficos, y su palacio portátil era un edificio de madera dorada con secciones prefabricadas y transportables en carretas. Viajaba en una litera tirada por mulas y cubierta con una cortina dorada, y, cuando la ceremonia lo exigía, montaba en un carro de guerra de cuatro caballos chapado en plata cuyos paneles tenían incrustaciones de perlas y marfil. Trescientos esclavos, además de numerosos

chambelanes, encargados y mayordomos atendían a sus necesidades, y un personal numeroso y competente se ocupaba de sus negocios.

Por supuesto, el procurador también recibió a Policleto en Rutupiae, compitiendo conmigo en obsequiosidad y servilismo. La larga procesión, aumentada por mi guardia personal y los legionarios de la Augusta, empezó a avanzar sin prisas hacia Londinium.

Había convocado a dignatarios y jefes de territorios cercanos y lejanos para que le rindieran honores. Acudió Gogidumno de los regni, así como príncipes de los belgas, atrébates, durotriges y otros. Cartimandua, pretextando estar ocupada con las irrupciones de Venucio, envió a su desagradable amante, Vellocato. Policleto los trató bien; sus modales eran amables sin condescendencia, y afables sin familiaridad. Los ancianos le respondieron con una dignidad grave y reservada que ocultaba su ultraje por verse obligados a tratar como a un ser superior a alguien que, a sus ojos aristocráticos, era poco más que un animal. Para ellos un esclavo siempre sería un esclavo; el olor de los corrales era imborrable.

Toda la comitiva partió hacia Camulodunum donde, el día trece de octubre, celebramos el aniversario de la accesión del Príncipe con plegarias y sacrificios en el Templo de la Victoria, desfiles ceremoniales y juegos en el campamento y discursos en la basílica, parcialmente reconstruida. A su debido tiempo regresamos a Londinium, y los jefes de tribu, aliviados, pudieron volver a sus hogares.

Entonces empezaron las reuniones.

Policleto fue muy meticuloso. Convocó reuniones a las que asistimos yo mismo y Clasiciano, cada uno apoyado por un equipo de consejeros y secretarios, y se abrió paso hábilmente entre un océano de evidencias contradictorias que, en ocasiones, estaban tan minuciosamente detalladas que nos pasábamos horas enteras para la exposición de un solo punto. Las reuniones duraban días. El liberto era paciente, persistente y equilibrado; perseguía la verdad con la tenacidad de un abogado hábil y experimentado, y sus preguntas eran siempre astutas y pertinentes.

La balanza se inclinó en contra de mí. Las medidas que había adoptado, a la luz de las circunstancias, parecían irrefutables; pero sus resultados materiales casi siempre resultaban perjudiciales para el fisco romano. Desafié a mi rival a proponer alternativas; me replicó fríamente que, aunque el pasado era inalterable, tenía un remedio completo para nuestros problemas del momento. Retirar nuestras tropas de los pantanos, restablecer a los icenos supervivientes en su antiguo territorio y aplacar a los forajidos catuvellaunos.

Me negué en redondo, por motivos de prestigio.

Policleto, tras haber apurado aquellas investigaciones agotadoras hasta las heces de la información, pasó horas en conversación solitaria conmigo y con Clasiciano por turnos. No sé cómo trataba al procurador. En mi mesa, jugueteando distraídamente con una copa de vino, era un invitado correcto que pocas veces insistía en sus opiniones y nunca hacía preguntas embarazosas. De manera suave e inevitable, llevaba la conversación al terreno que deseaba. Fui franco con él, y le oculté muy pocas cosas. Creo que hacia el final no había nada que no supiera, o no hubiera adivinado, sobre los problemas y tensiones, argumentos y equilibrios que habían influido sobre mi modo de llevar los asuntos britanos durante mi breve y tormentoso mandato.

Entonces, rechazando educadamente mi compañía y la de Clasiciano, Policleto y su séquito partieron a hacer una inspección de Britania. Fue a la zona de los pantanos y habló con Cerialis; se adentró en la región central y vio a nuestros hombres luchando por hacer salir a los forajidos catuvellaunos de los bosques; conversó con Mamiliano en Deva, y con Valens en Viroconium, y regresó lentamente, pasando por Corinium y Calleva Atrebatum. Según me informaron mis agentes en su séquito, en todos los pueblos y ciudades hablaba con los britanos e interrogaba a personas de todas las clases, decuriones y pastores por igual.

Los nativos, conscientes de que Policleto era un esclavo manumiso, despreciaban su estatus y, al mismo tiempo, se mostraban desconcertados por la deferencia que le otorgaban los romanos, del gobernador hacia abajo. Los nativos del oeste, cornovios y dobunos, encontraron su ostentación pretenciosa y sus preguntas impertinentes. En Viroconium y Corinium los magistrados nativos mostraron tan poco respeto por el emisario del Príncipe que el tribuno de su escolta tuvo que intervenir de modo realmente brusco. Policleto permaneció impasible: cuando los magistrados recobraron la compostura los trató con educación, y continuó tranquilamente con sus interrogatorios.

Entretanto yo sufrí una amarga decepción. La expedición contra los icenos, ayudada por vientos favorables y un mar tranquilo, había llegado velozmente al estuario. Entonces, por una serie de errores increíbles, Pantera hizo que once barcos encallaran en bancos de arena a cinco millas de la costa. Solo cuatro pudieron ser reflotados y, tras navegar peligrosamente durante dos días más, en busca de un canal abierto hasta la costa, Pantera se negó, a menos que recibiera una orden directa, a correr el riesgo de sufrir más pérdidas. Tras una agria discusión, Flavio Longo le ordenó que se acercara a

las playas. Tres transportes encallaron enseguida; desesperado, el tribuno ordenó que la flota diera la vuelta y pusiera rumbo a Londinium.

Ningún fracaso podía haber sido más ignominioso. No habíamos llegado ni a acercarnos al enemigo. Treinta hombres habían muerto ahogados. Las operaciones en el interior, calculadas para coincidir con un vigoroso asalto desde el mar, habían sido un fracaso total. No murió ni un nativo.

Cuando Longo me presentó su descorazonador informe —no pude soportar ver a Pantera—, tuve que plantearme qué hacer en Icenia. La temporada estaba muy avanzada; estábamos a finales de octubre, y el tiempo que quedaba antes de la llegada del invierno era demasiado breve para una campaña prolongada. Los icenos, decidí, deberían permanecer encerrados en su fortaleza acuática hasta que, en primavera, los que no hubieran muerto de hambre, pudieran ser obligados a salir y aniquilados. Escribí a Cerialis:

«Tus fuertes de los pantanos están demasiado alejados para permanecer guarnecidos y equipados durante el invierno. Retira tus fortalezas a los bordes del pantano, a una línea desde donde puedas cubrir los trabajos de Frontino en el canal y al mismo tiempo confinar al enemigo en los pantanos. No debemos permitir que se filtren hacia el interior. Las unidades del ejército que no sean necesarias para guarnecer los campamentos serán alojadas en Lindum. La zona quedará bajo tu mando; ordena a Aurelio Baso que se reúna conmigo en Londinium».

Por un tiempo, los accidentes de la naturaleza, los pantanos inaccesibles y el clima invernal, habían salvado de la espada a los salvajes icenos. Pero me aseguraría, por todos los medios en mi poder, de que murieran de hambre y frío durante los meses gélidos que se avecinaban.

8

Fui a Camulodunum para ofrecer, en el Templo de la Victoria, el triple sacrificio de cerdo, oveja y toro que marca el final oficial de la temporada de campaña. La colonia se recuperaba rápidamente. Las tierras comunales de Camulodunum, absorbiendo las propiedades confiscadas a los trinovantes rebeldes, habían aumentado enormemente. El número habitual de veteranos, unido a un flujo de soldados retirados atraídos desde otras partes de Britania por el señuelo del precio de las tierras, estaba repoblando la ciudad. La reconstrucción, ayudada por centenares de esclavos cautivos de la rebelión,

progresaba rápidamente; los veteranos, con abundante mano de obra trinovante para arar sus tierras, estaban satisfechos.

Policleto, muy ocupado con sus complicados preparativos para su regreso a Roma, estaba en Londinium cuando regresé. No mostró ninguna inclinación a comentar conmigo su viaje por la provincia ni ningún deseo de tratar de otros asuntos. Su comportamiento durante aquellos días fue más bien frívolo; acudió personalmente al mercado de esclavos y escogió a doce hermosos chicos trinovantes y a doce chicas; celebró, con unos ritos particularmente depravados, un festival de Isis en el templo de la orilla que los rebeldes, inexplicablemente, habían dejado en pie; dio una sucesión de fiestas donde el entretenimiento fue digno de Alejandría; y, finalmente, la víspera de su partida, me pidió prestado el palacio para un banquete oficial, magníficamente opulento, extremadamente correcto y muy aburrido.

La procesión a Rutupiae superó en esplendor y ostentación al desfile de su llegada. El segundo día, poco después de salir de Durobrivae, Policleto me invitó a compartir su litera. De bastante mala gana, desmonté, separé las resplandecientes cortinas, me recliné en los cojines perfumados y me pregunté qué tendría que decirme el liberto.

No era un hombre cuyos orígenes o educación lo hubieran preparado para ser directo en sus pensamientos o discursos; tuve que soportar largo rato de cortesías y charla insustancial mientras me ofrecía vino, fruta y dulces. Pacientemente le repliqué en el mismo tono, hasta que por fin fue al grano.

—La Corte, según me han dicho, está cambiando su carácter —dijo Policleto en el tono descuidado de una conversación inocente—. A medida que aumenta su experiencia, el Príncipe se vuelve, por decirlo así, más liberal en sus opiniones; se siente menos atado por los principios y prejuicios conservadores de sus divinos predecesores, y tiene menos en cuenta las opiniones de sus antiguos consejeros.

—He oído algo de eso —repliqué con cautela—. El mundo no se queda quieto, y un gobernante prudente ajusta sus velas a los vientos del cambio.

Policleto chupó pensativo un higo endulzado y empapado en vino.

—Exactamente —asintió—. El Príncipe, para seguir con la metáfora, está empuñando el timón con sus propias manos y tomando un nuevo rumbo.

—¿Qué ocurrirá con el antiguo timonel? —pregunté.

Policleto chasqueó los dedos en un gesto decisivo.

—Basta. Seamos claros. Burro está de capa caída. Séneca ya no cuenta. Claudio de Esmirna es un hábil contable que hace lo que se le dice y sabe que

no le conviene meterse en política. Tus amigos en el Senado carecen de poder.

A través de las cortinas, observé con aprensión a los ocho robustos esclavos que transportaban nuestra litera con una suavidad fruto de la práctica.

—Sordomudos —dijo Policleto—. Podemos hablar libremente. El estado de Britania, noble Paulino, será juzgado bajo un clima de opinión muy diferente del que prevalecía en el Consejo cuando tomaste posesión de tu cargo hace un año. La política dura y expansionista en las fronteras está desapareciendo, y en su lugar crece la tendencia a la consolidación, a una mejor relación con los nativos. El Príncipe se ha vuelto más liberal.

—O más despreocupado —gruñí—. En cualquier caso, no me creo una palabra.

El liberto sonrió.

—No olvides que soy el agente del Príncipe. Tienes razón, por supuesto. Simplemente te estoy citando la versión oficial. La verdad es esta. Escucha atentamente.

Habló largamente en voz baja, golpeándome ocasionalmente la rodilla con el dedo índice para enfatizar sus argumentos. Habló del presente con perspicacia y conocimiento de causa, y del futuro con precisión profética. Sentí horror y frustración, pero no incredulidad: la actitud de Policleto imposibilitaba toda duda.

—Los amigos del Príncipe ya no son los tuyos —terminó—. Los intereses del Príncipe son diametralmente opuestos a los tuyos: tus guerras fronterizas, tus onerosos soldados y tu problemática provincia son para él una carga fatigosa, un aburrimiento y un fastidio. No eres un hombre de intrigas palaciegas, ni dado a la poesía, la música o los vicios sofisticados; no le ayudarás a matar a sus adversarios. Por otra parte, eres un general distinguido; y, en esta lejana frontera, podrías llegar a ser demasiado poderoso, demasiado admirado por tus legiones.

Volvió a darme un golpecito en la rodilla.

—Por encima de todo, noble Paulino, has fracasado en tu misión.

No dije nada.

—¿Para qué fuiste enviado a Britania? Para hacer que la provincia pagara.

—Los libros aún no están equilibrados —dije con cansancio—. Antes de la revuelta de Boudica, nuestras exportaciones de plomo, artículos textiles y esclavos eran las más altas de la historia de Britania. Desde la rebelión he enviado a Roma más de treinta mil esclavos y un tesoro enorme.

Policleto meneó la cabeza.

—Ni ese tesoro ni el doble compensará el déficit humano y material creado por Boudica. En el balance de ganancias y pérdidas, eres un deudor.

—Temporalmente, tal vez —admití—. Las campañas que planeo para el próximo año restaurarán…

—No. —Levantó una mano imperiosa—. Tú y yo no somos recaudadores de impuestos, noble Paulino, como nuestro amigo Clasiciano, que quiere que te destituyan porque tu política de opresión afecta a su recaudación. Unos ingresos altos procedentes de los impuestos son muy deseables y, sin embargo, totalmente incompatibles con un sentimiento muy peligroso que he descubierto en Britania.

—Odio —dije lacónicamente.

—¿Lo sabías? —dijo Policleto, sorprendido.

—Naturalmente. No soy ciego ni sordo, y mi servicio de espionaje es competente. Los britanos me odian por haber suprimido su religión, profanado sus bosques sagrados y matado a sus sacerdotes. Me odian por haber derrotado a Boudica y masacrado a sus ochenta mil seguidores. Me odian por haber esclavizado a toda una tribu y exterminado a otra. ¿Y qué? Mataré más britanos el año próximo y me ganaré más odio. ¿Cuándo ha sido un vencedor popular entre los vencidos?

Con la barbilla apoyada en la mano, Policleto me miró fijamente.

—¿Eso es todo lo que sabes?

—¿Qué más hay? ¿Acaso no es suficiente?

Meneó la cabeza de nuevo, tristemente.

—No, no lo es. Y por eso debo recomendar al Príncipe que te destituya. No por tus juicios legales, que son impecables; ni por tu administración, que ha sido meticulosa y eficiente; ni por tus campañas, que han sido brillantes; ni porque los hombres a quienes gobiernas en nombre del Príncipe recen a sus dioses pidiendo tu muerte.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque los odias.

9

Esperé cinco irritantes días en Rutupiae hasta que la marejada y los salvajes vientos de noviembre se calmaron lo suficiente para que el *Radians* y su séquito se hicieran a la mar. Policleto permaneció en su casa de madera y no

dijo nada más: quedé desconcertado ante aquel abismal error de juicio por parte de un hombre por lo demás tan inteligente.

Su increíble veredicto me devolvió la confianza: los Príncipes de Roma no cambian sus políticas ni destituyen a gobernadores competentes por trivialidades. Aunque preveía algunas discusiones en el Consejo y un balance completo de pérdidas y ganancias, la opinión de Policleto sobre mis virtudes administrativas y militares —que estaba seguro de que presentaría a Nerón de la misma forma que a mí— predispondría a aquel testarudo libertino en mi favor. Y la caprichosa deducción del liberto era producto de su imaginación, no solo fantástica sino también completamente falsa. ¿Acaso un hombre cuerdo, sensato y educado se molesta en odiar a un animal? No. Por tanto, ¿cómo era posible que yo odiara a los britanos? Y si, por alguna flaqueza improbable de mi carácter, resultaba que era así… en el nombre de Hércules, ¿qué importaba?

Regresé alegremente a Calleva Atrebatum, a mis pleitos cuya carga había disminuido con la insistencia de Clasiciano en ocuparse personalmente de los casos fiscales. Un decreto del divino Claudio le otorgaba aquel derecho jurisdiccional que, en mi opinión, convertía al procurador en juez y parte de las causas. En época de Cato, la inacción del procurador ante cualquier litigio que no le hubiera ofrecido un soborno considerable me había llevado a juzgar los casos fiscales en mi propio tribunal. Con el enérgico y honesto Clasiciano, me conformaba con observar la máxima de que, cuando el caso afecta a los intereses pecuniarios del tesoro y a algún agente del Príncipe, un gobernador prudente debe abstenerse de intervenir.

La llegada de diciembre, con sus galernas heladas y tormentas de lluvia, convirtió a Britania en un desierto helado y embarrado. Los fuertes y fortalezas se cerraban para pasar el invierno; solo las patrullas, empapadas bajo sus capas dobles, se movían como fantasmas solitarios por las desoladas carreteras fronterizas. En mi mansión de Calleva Atrebatum, estudiaba peticiones, escribía informes y planeaba operaciones, mientras el aire cálido del hipocausto zumbaba suavemente en las tuberías.

Las Saturnales llegaron y pasaron, la nieve se fundió y regresé tranquilamente a Londinium. La ciudad parecía un tapiz harapiento, desolada en las garras del invierno, deprimente en apariencia y espíritu. La población crecía más aprisa que la reconstrucción: las cabañas, chozas y cobertizos superaban en número a las casas nuevas e infestaban las afueras como un enjambre de alimañas. La revuelta había dejado a muchos habitantes del campo, granjeros y campesinos, sin propiedades ni medios de vida, por lo que

se habían trasladado a las ciudades más cercanas en busca de subsistencia. Y los mercaderes, banqueros, tratantes de esclavos y tenderos, siempre insistentes en su persecución del dinero, habían regresado en enjambres a la población más rica de la provincia.

Desde la reocupación, Londinium había estado bajo el gobierno militar, administrado por el comandante del fuerte. Con la situación más tranquila y el pueblo pacificado, designé a un consejo de decuriones que eligieron magistrados y volvieron a adoptar las formas del gobierno municipal. En Camulodunum, el creciente influjo de veteranos romanos había puesto en marcha tiempo atrás la rutina normal de la administración civil sin ninguna orden mía.

Regularmente, por medio de mis espías, leía copias de los despachos de Clasiciano y de sus cartas privadas a Roma. Su propaganda en contra mía era constante, incansable y peligrosamente razonable en su tono. Ante el Príncipe y varios personajes influyentes, senadores y ecuestres, reiteraba su argumento, apoyado por hechos cuidadosamente seleccionados, según el cual Suetonio Paulino era el único impedimento para la seguridad y prosperidad en Britania. Leí las cartas sin diversión y no tuve más remedio que admirar su astuta estrategia. Agrícola, cuando las vio, quedó francamente alarmado.

—Deberías contestar, Paulino. Deberías escribir para refutar sus argumentos, o enviar a un representante desde Britania para que exponga tu caso ante el Senado.

Aurelio Baso fue más directo.

—Es hora de que Clasiciano tenga un accidente. ¿Quieres que lo arregle?

Me eché a reír ante ambas sugerencias. Era Policleto, no el procurador, quien decidiría sobre mi salvación o mi condena; mi destino descansaba en unas manos más innobles que las de un caballero. No tenía poder para cambiarlo, pero podía deplorar un sistema que daba a esclavos manumisos y belgas nacionalizados el poder de afectar los destinos de senadores y patricios. Desde entonces, he aprendido a dominar mis prejuicios; los años que me separan de Britania me han enseñado el valor de la sonrisa o el saludo de un actor o un gladiador… si es el favorito de un Príncipe.

Descubrí que Pantera también mantenía correspondencia con Palacio, aunque sus cartas parecían limitarse a detalles sobre barcos hundidos, tripulaciones ahogadas y cargamentos perdidos. Supuse que el Consejo del Príncipe, o el Senado, o ambos, estarían llevando a cabo una investigación detallada sobre las cuentas de mi gobierno.

Un triste día de febrero, mientras estaba preparando en Calleva Atrebatum una lista de las provisiones a acumular para las campañas de verano, un mensajero imperial me entregó el delgado pergamino, envuelto en una funda de piel, cosido y sellado, que ponía fin a mi gobierno en Britania.

La carta no era una despedida brusca. Una prosa oficial muy correcta me invitaba, en vista de las pérdidas sin precedentes de barcos de guerra durante aquel año, a acudir a Roma para comentar y volver a evaluar las necesidades navales de Britania. Se me pedía una pronta partida, para que las decisiones pudieran llevarse a la práctica antes de que empezara la temporada de campañas.

Faltaba el acostumbrado monograma de Burro. La firma de Tigelino, que entonces no supe descifrar, llegó a serme demasiado conocida más adelante.

El contenido de la carta no me engañó. Era una llamada final. De la negra oleada de asombro y desesperación que invadió mi mente durante varios días, surgió, como un reptil resbaladizo, la imagen del peligro. Tenía miedo, porque había fallado al Príncipe; y ese miedo, mi compañero constante en los humillantes años que siguieron, nunca me abandonó hasta la muerte de Nerón.

Para mantener la pretensión de una ausencia temporal, solo preparé para el viaje un pequeño séquito de sirvientes y equipaje; en secreto, pedí a Agrícola que hiciera los arreglos para que me enviaran el resto de mis cosas en primavera. El subterfugio fue una pérdida de tiempo. El extraño y preciso instinto para la información que poseen los britanos había hecho correr por toda la provincia, en cuestión de días, el rumor de mi destitución. No me molesté en desmentirlo.

Clasiciano, frío, correcto, formal, sin ninguna actitud de triunfo y fingiendo aceptar la razón oficial de mi viaje, vino a desearme buena suerte. Gogidumno, con menos tacto, se presentó para despedirse como presidente del Consejo. Me expresó la gratitud de las tribus por los beneficios de mi administración. Lamentó que un reciente decreto del Senado le prohibiera enviar a Roma la acostumbrada declaración solemne de agradecimiento en nombre de la provincia al gobernador cuyo mandato había expirado.

Nunca había oído hablar de aquel decreto del Senado. Una investigación en mis oficinas reveló que había llegado con los mismos despachos que contenían mi destitución. Me sentí tentado de considerar la prohibición como una muestra de despecho mezquino, un último pinchazo tramado por algún senador enemigo; pero el decreto se aplicaba a todas las provincias y sigue hoy en vigor.

La reacción de las legiones fue halagadora y peligrosa. De Lindum, Deva y Viroconium llegaron representantes de los centuriones, sobre caballos casi reventados, oficialmente para escoltarme en mi marcha hasta Rutupiae. La realidad era distinta. Todos sabían que la política de debilidad defendida por el procurador haría que me sustituyeran por un gobernador conciliador, un hombre de paz, un partidario de esconderse tras las fronteras. La consecuencia estaba clara: sin guerras, no habría botín. Y en mis breves años de mandato, el ejército de Britania había saqueado como nunca antes lo había hecho.

En una reunión secreta me rogaron que me quedara, que pusiera alguna excusa por el retraso. Hubo comentarios que hubieran constituido traición: se habló de nombrarme emperador, separarse de Roma o proclamar la independencia de la provincia. Me prometieron que los legados estarían a favor: Cerialis, Valens y Mamiliano apoyarían mi nombramiento.

Me quedé helado de miedo. Si un solo rumor de todo aquello llegaba a oídos de Nerón, mi vida no valdría ni un denario falso. En un apasionado discurso, y sintiendo cada palabra que decía, recordé a los hombres su deber y su lealtad hacia el Príncipe. Compré su silencio con un valioso donativo, siete mil sestercios para cada centurión; y me negué en redondo a su última petición de enviar a una cohorte de cada legión para que me escoltaran durante el camino.

Solo la Segunda Legión se había mantenido al margen de aquella conspiración. Pobre Augusta. Ni siquiera tenía espíritu para la sedición.

Tras aquella alarma transferí, en una breve entrevista, toda la administración de la provincia a Clasiciano. No le revelé mis planes para el verano, ni mi esperanza de anexionarnos Brigantia, una esperanza que todavía no se ha realizado. Siete años después, las fronteras de Britania continúan exactamente como las dejé.

Mi guardia personal, en orden de revista, me escoltó hasta Rutupiae. El paisaje estaba desolado y cubierto de nieve bajo un cielo gris. Los magistrados y decuriones de las ciudades asoladas por la guerra por donde pasábamos salían a formar, como era su deber, pero sin ningún entusiasmo. En Rutupiae me esperaba una pequeña flotilla muy castigada por las tormentas: un birreme, un transporte para mis sirvientes y equipaje y cuatro barcos de escolta. El trirreme *Radians* no estaría disponible para el gobernador saliente: Pantera, con una mueca, declaró que el mal tiempo no le había permitido traerlo desde Gesoriacum, y que el viento era demasiado fuerte para zarpar aquel día.

Le borré la sonrisa de la cara embarcando al momento y ordenándole hacerse a la mar. Con toda seguridad, el mareo sería terrible, pero el malestar físico serviría de antídoto contra el terrible dolor de mi corazón. Apreté las manos de Agrícola, que pronto se reuniría conmigo, y de mi fiel Manio Segundo, a quien no volví a ver.

Los remos se hundieron en el agua, haciendo retroceder el barco. El birreme se apartó del muelle. La vela crujió, se llenó de aire y tiró de las escotas. Con un fuerte golpe, los marineros embarcaron los remos. El estrépito atronador del saludo de mi guardia despertó a las gaviotas en sus refugios, haciéndolas revolotear y chillar como almas atormentadas.

El barco cabeceó salvajemente al abandonar el refugio del rompeolas. Permanecí en popa, agarrado a un estay, contemplando las hileras cada vez más borrosas de los soldados que amaba, y la espuma salada me llenó los ojos de lágrimas.

Una cortina de lluvia repentina se interpuso cruelmente entre el barco y la costa, borrando los contornos de la orilla, y Britania desapareció de mi vista.

APÉNDICE

Orden de batalla del ejército romano en Britania

Es seguro que las cuatro legiones estaban en Britania en la época de la rebelión de Boudica. Ninguna de las unidades auxiliares, sin embargo, se menciona en las fuentes literarias: sabemos de su presencia solo por las evidencias arqueológicas y epigráficas. Dado que todas estaban en Britania con anterioridad al año 180 d. C., y algunas desde mucho antes, es razonable suponer que la mayoría marcharon con el ejército de Suetonio Paulino.

Los números expuestos corresponden a dotaciones completas; la cantidad real de hombres tendía a ser inferior.

LEGIONES

(Cinco mil seiscientos hombres en cada una, incluyendo ciento veinte jinetes).

Segunda Augusta, fundada originalmente por Octavio después de Filipos.

Capricornio y Pegaso en el estandarte.

Novena Hispana (también Triumphalis y Macedonia, este último título conseguido probablemente en Filipos). Originalmente la Novena Legión de Julio César, refundada por Octavio.

Neptuno en el estandarte.

Decimocuarta Gémina (también Martia Victrix después del año 61 d. C.). Fundada por Octavio a partir de dos legiones (de ahí el nombre de «Gémina»).

Capricornio y águila en el estandarte.

Vigésima Valeria (también Victrix después del año 61 d. C.). Fundada por Octavio con el nombre de su general Valerio Mesalino.

Jabalí en el estandarte.

AUXILIARES

Regimientos de caballería	*Composición*	*Caballería*	*Infantería*
Caballería de Claso	Galos	500	
Caballería de Petra	Galos	1000	
Primero de Astures	Hispanos	500	
Primero de Tracios	(arqueros) Tracios	500	
Primero de Panonios	Panonios	500	
Caballería del Indo	Galos	500	
Primero de Tungrios	Belgas	500	
Caballería de Próculo	Galos	500	
Primero de Vetones	Hispanos	500	
Segundo de Astures	Hispanos	500	
TOTAL		5500	

Cohortes mixtas	*Composición*	*Caballería*	*Infantería*
Cuarta de Lingones	Galos	120	360
Primera de Várdulos	Hispanos	240	760
Sexta de Tracios	(arqueros) Tracios	120	360
Primera Nerviana	Germanos	240	760
Tercera de Galos	Galos	120	360
Cuarta de Galos	Galos	120	360
Primera de Vangiones	Rin	240	760
Primera de Lingones	Galos	120	360
Segunda de Lingones	Galos	120	360
TOTAL		1440	4440

Cohortes de infantería	*Composición*	*Caballería*	*Infantería*
Primera de Cugernos	Rin		500
Primera de Celtíberos	Hispanos		500
Cuarta de Dálmatas	Dálmatas		500
Primera de Morinos	Galos		500
Primera de Betasios	Belgas		500
Tercera de Bracarios	Hispanos		500

Segunda de Panonios	Panonios		500
Segunda de Vascones	Vascones		500
Primera de Tungrios	Belgas		1000
Segunda de Astures	Hispanos		500
Primera de Frisiavones	Rin		500
Segunda de Nervios	Galos		500
TOTAL			6500
TOTALES		6940	10 940

Total general para el ejército:

Legionarios	22 400
Auxiliares	17 800
TOTAL	40 200



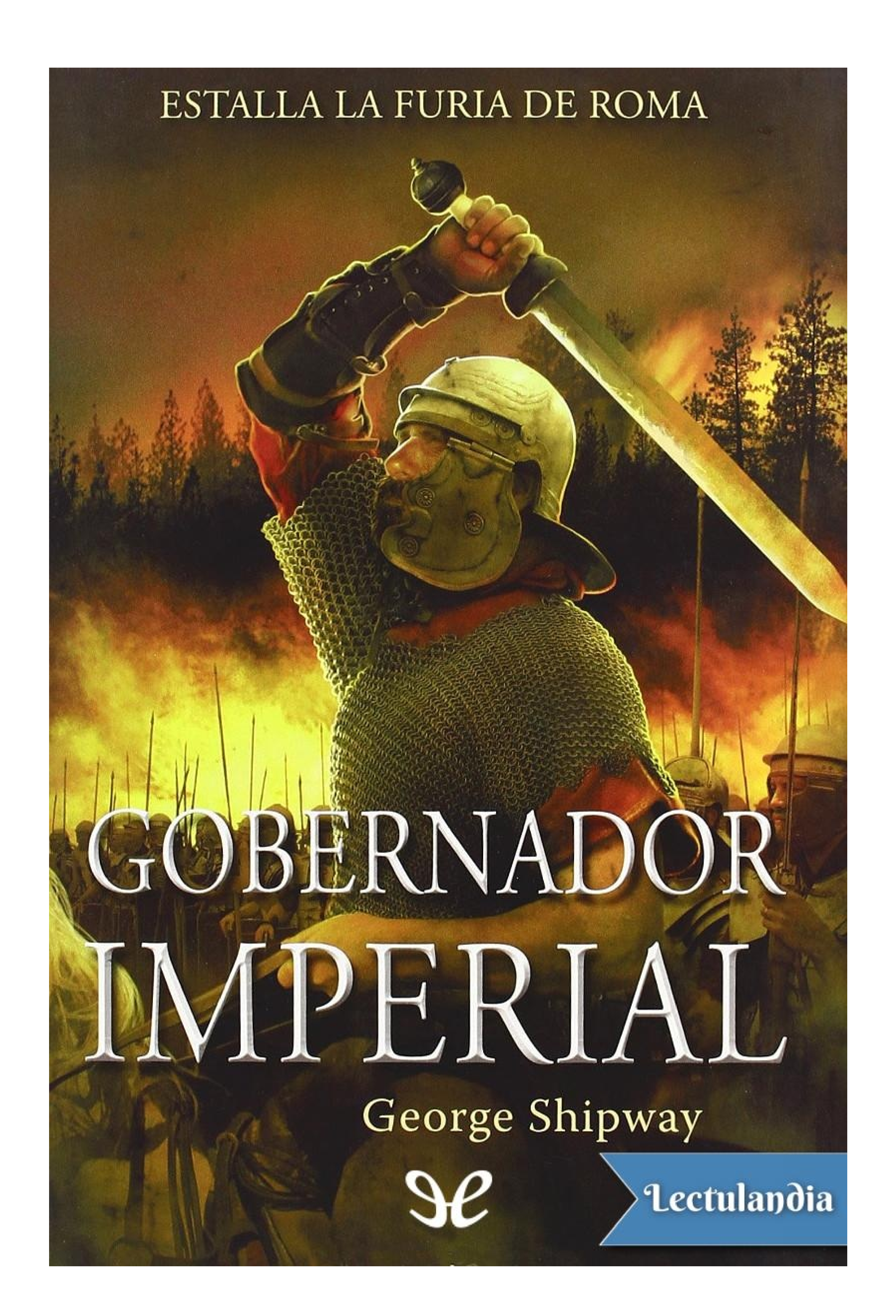
GEORGE SHIPWAY (1908-1982). Nació en Allahabad, India, donde su padre trabajaba como editor, pero muy pronto fue enviado a Inglaterra a cursar sus estudios.

Más tarde ingresó en el ejército y dentro de este en la Caballería Real India —según sus propias palabras, para poder jugar al polo—, de donde se retiró en 1947 con el rango de teniente-coronel.

Ya en Inglaterra, después de dos décadas dedicado a la enseñanza en una escuela privada —llegó a ser profesor del príncipe Carlos—, y con sesenta años empezó a trabajar en su primera novela, *Imperial Governor*, que alcanzó un éxito arrollador.

De ahí hasta su muerte no dejó de producir novelas históricas de gran calidad.

ÍNDICE


ESTALLA LA FURIA DE ROMA
GOBERNADOR
IMPERIAL
George Shipway
Lectulandia